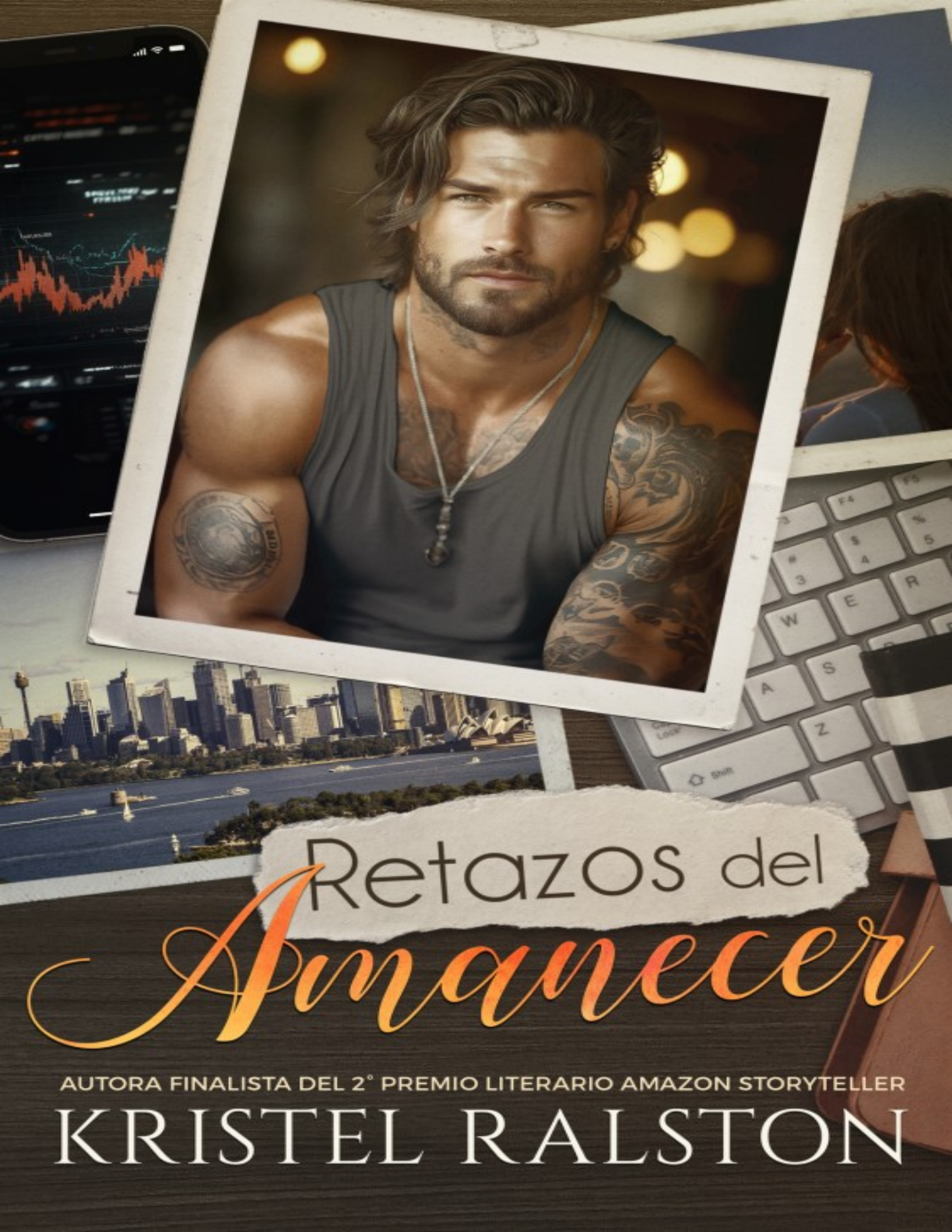


Retazos del Amanecer

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

Retazos del Amanecer

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

©Kristel Ralston 2025.

Retazos del amanecer.

Todos los derechos reservados.

SafeCreative N. 2506182168593.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Diseño de portada: H. Kramer ©AdobePhotoStock.

Diseño interior papel: Lotus ediciones ©AdobePhotoStock. ©Freepik

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright. Este es un trabajo de ficción.

Nombres, personajes, personalidades, lugares e incidentes son o bien producto de la imaginación de la autora o bien utilizados de manera ficticia para propósitos de entretenimiento literario. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, empresas, eventos o locales o tiendas es completamente una coincidencia.

Prohibido entrenamiento con IA: Sin que de ninguna manera se limiten los derechos exclusivos del autor, bajo la legislación de derechos de autor, queda expresamente prohibido cualquier uso de esta publicación para "entrenar" tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa para la generación de texto o audio. La autora se reserva todos los derechos para licenciar los usos de esta obra para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos de lenguaje de aprendizaje automático.

Puedes suscribirte a la página de Amazon de la autora y estar al corriente de sus más recientes trabajos literarios: https://www.amazon.com/author/kristelralston

ÍNDICE

ÍNDICE
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
EPÍLOGO
Trazos de euforia
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2

Pasión Irreverente
PREFACIO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
Quédate en contacto con Kristel Ralston
OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA
SOBRE LA AUTORA

"Puedo ser cambiada por lo que me ocurre.
Pero me niego a ser reducida por ello."
—*Maya Angelou.*

PRÓLOGO

Arua, Uganda, África Oriental.

Campo de refugiados Rhino – extensión Omugo

Años atrás.

Clarissa.

El viento era esquivo y el polvo del aire se fundía con el calor que irradiaba el camino de tierra rojiza, salpicado de óxido y arcilla. El horror que se desplegaba dejó atónita a Clarissa. Le sudaban las manos, el corazón le latía desbocado y sentía un estremecimiento recorriendo su columna vertebral. Los gritos desgarradores de las mujeres atravesaban la distancia como navajas afiladas, mientras corrían con sus hijos en brazos, niños que lloraban desconsoladamente. Los hombres, armados con palos, piedras o cualquier objeto que encontraran, trataban de defenderse de la invasión súbita. Ellos procuraban resguardar los rincones del campamento que ahora llamaban hogar, tras haber sido asignados allí por activistas y funcionarios de diferentes ONGs. Este era uno de los campos para refugiados más activos e importantes de Uganda.

Sobrevivir a la guerra, masacres étnicas y a la hambruna, había sido una cruzada titánica desde el inicio del conflicto en Sudán del Sur. Una disputa sangrienta fruto de las discordias políticas y sociales entre las etnias sursudanesas dinka y nuer. La población, en su mayoría, había logrado escapar para emprender rumbo hacia el país fronterizo más cercano por tierra: Uganda. El día en el que fueron aceptados como refugiados resultó en un gran alivio para todos ellos. Sin embargo, el terror de ver ahora a un grupo de al menos veinte hombres fuertemente armados, con cuchillos y armas de fuego, invadiendo un lugar que había sido la salvación de muchos,

pareció revivir la crudeza de los meses de guerra. Este ataque, en un entorno protegido, era inusual, especialmente porque hacía meses se habían firmado varios acuerdos de paz.

La zozobra de los desplazados, ante el riesgo de perder lo poco que poseían —como las "casas" en las que vivían— estaba latente. Se trataba de estructuras básicas de madera, lona y techos de hojalata, reforzadas con barro, pero era lo más cercano a un hogar. El asentamiento de refugiados ocupaba un terreno de 225 km², y de los cuales el área de Omugo —recién agregada— abarcaba veintitrés, divididos en seis aldeas organizadas que albergaban casi cincuenta mil desplazados. Cada aldea se conectaba a través de caminos de tierra, tenía acceso a un mercado, puesto de salud primario, escuela y un punto de agua. Lo anterior era limitado y no funcionaba del todo bien; las condiciones eran bastante precarias, faltaban insumos y sus reposiciones. El personal de ayuda también escaseaba debido a la falta de presupuesto. Los recursos económicos que recibían las ONGs resultaban insuficientes para cubrir la demanda de soporte, pues la cantidad de personas necesitadas no dejaba de aumentar.

Arua, la ciudad más cercana al campamento, quedaba a menos de una hora de distancia; parecía de otro mundo: tenía servicios, universidades y hospitales privados. Solo era accesible para el personal de ayuda, pues era el que disponía de transporte y vivía allí durante el tiempo que duraba su misión asignada. Los exiliados tenían la residencia legal en Uganda y era temporal, además estaba condicionada al sitio en el que se los había acogido, en este caso el campo de refugiados Rhino – extensión Omugo. La diferencia entre la vida en Arua y en el campamento era abismal.

Si alguien lo sabía bien era Clarissa Sneider.

Ella, acostumbrada a una realidad mucho más equitativa al vivir en Australia, sintió el impacto de los contrastes al arribar en África, ocho días atrás. Una adolescente de dieciséis años no se movilizaba sola, así que su presencia respondía a la petición que les había hecho, durante largos meses y de forma insistente, a sus padres:

que la dejaran acompañarlos en su próxima misión humanitaria sin importar el destino. Sheyla y Mark se opusieron, porque los trabajos que les asignaban fuera de Australia solían ser complejos y no tenían horarios. Por eso, siempre que viajaban, dejaban a su hija con los abuelos. Ante la negativa, Clarissa les dijo que acompañarlos sería un regalo de Navidad para ella, porque le hacía ilusión ayudar y hacer fotos.

—El último viaje, los tuvo dos meses fuera de casa —les había dicho una noche, durante la cena, en un tono que mezclaba pesar y frustración—. Nunca sé con certeza cuándo van a volver, porque jamás me dicen con exactitud lo que hacen…

Sheyla, que compartía el cabello rojizo de su hija, había sonreído con cariño.

—Porque no podemos compartir mucha de la información que poseemos, por seguridad, Clarissa. Pero eso no significa que nos olvidamos de ti. Sabes lo mucho que te amamos y echamos en falta. Las llamadas no bastan, lo sé, pero considera que siempre estamos pendientes de ti, hija —había replicado—. Además, aquí tienes más actividades que hacer que si viajas con nosotros, porque pasarías gran parte del tiempo en un hotel o la casa de alquiler que nos asignen. Clarissa, ¿acaso no te apetece pasar más tiempo con tus amigos en Sídney? Sé que Aubrey y tú siempre hacen planes.

Clarissa había asentido, luego de soltar una exhalación.

—Sí, mamá, mi mejor amiga y yo tenemos cosas en común, pero quiero marcar una diferencia en el mundo, para variar. Anhelo ver un poco de lo que existe lejos de este país. Lo que conozco lo leo en libros, pero sé que hay mucho más fuera de las páginas. Ustedes ayudan a otros, yo también quiero formar parte de eso… Por una sola vez, mamá. Por favor —había expresado con un toque idealista —. Sería épico.

—Ayudamos a otras personas, sí, pero es diferente a los eventos a los que nos acompañas aquí en Australia, hija —había intervenido Mark, su voz siempre era firme, pero carecía de dureza con ella. Sus

ojos azules eran de un tono más oscuro que el de la adolescente—. Cuando viajamos es muy distinto. Vemos situaciones difíciles…

—Papá, ¿hay gente con la que pueda hablar, enseñarles algo de nuestra cultura, ayudarlos con alguna tarea específica y hacer una diferencia? —había preguntado.

—Siempre se puede hacer una diferencia, mas no hace falta ir a otros países —había intervenido Sheyla con calma—. No solemos ir a hoteles de cinco estrellas.

Clarisa había hecho una mueca.

—Quiero la experiencia de campo, mamá. Estudiaré para ser fotógrafa, y no puedo alimentar mi perspectiva quedándome en nuestro país, viendo documentales o leyendo tan solo. Eso no es suficiente —había dicho en tono apasionado—. Necesito, de verdad necesito, tener una visión distinta. Ninguna revista o periódico contratará una novata sin una muestra sólida de su trabajo. Quiero hacer algo increíble y único. Por eso es importate lo que les pido: para mi futuro, para lograr ser competitiva.

—Mas bien podrías pensar en ser abogado, como tu padre —había replicado Sheyla con humor—. Entiendo tu punto de vista, pero no es tan fácil como deseas.

—Mamá, tantas veces me contaste que los abuelos no te apoyaron cuando quisiste aprender a manejar motos en tierra y barro. Que eso te gustaba y que, igualmente, te arriesgaste. Yo solo quiero hacer fotos, ¿por qué eso te parece peor?

Sheyla había soltado una exhalación leve. La etapa de adolescencia de su hija había empezado a generar discusiones más frecuentes; sabía que era lo esperado, mas no implicaba que se le hiciera fácil lidiar con ello. Ni a ella ni tampoco a su esposo.

—No estás en la posición de juzgar lo que haya hecho en mi pasado, para intentar justificar un capricho personal, Clarissa —había comentado la mujer, firme. Si bien era una mujer flexible, no le gustaba cuando su hija adquiría un actitud necia.

—He querido hacer esto desde hace mucho tiempo —había replicado la chica, frustrada—. Pero si no voy con ustedes, entonces lo haré con el grupo de amigos con el que realizo labor social y recorro la ciudad para ayudar a los indigentes. Todos tenemos esas ganas de salir del país, así que pensé que al hablarlo en casa, esta vez, sería diferente, que entenderían mi punto de vista. Si no es así, me iré por mi cuenta.

Mark había tamborileado los dedos sobre la mesa. En alguna época, él también fue un adolescente insoportable. Clarissa no era tan osada al punto de arriesgar su integridad, pero sí había provocado un par de altercados en protestas pacíficas —por causas sociales nobles— en el último año. Mark sabía que su hija no era una muchacha cabeza hueca, porque él y Sheyla mantenían un presupuesto sin límites para que ella comprara los libros que le apetecieran, además también la solían llevar a eventos culturales. Clarissa siempre había estado rodeada más de adultos que de jóvenes, por lo que su mente era bastante madura. Pero eso, claro, no había frenado la testarudez.

Él se había girado para mirar a Sheyla un largo rato, en aquella clase de comunicación no verbal que desarollaban los esposos con el tiempo. Ambos fueron conscientes de que esa no era la primera ocasión en la que Clarissa les había pedido que la llevaran con ellos a algún viaje de trabajo. Por otra parte, su hija desconocía los entresijos de sus roles profesionales, una mezcla de labor de campo y administrativo, pues se trataban siempre temas confidenciales y bastante difíciles. Esos viajes requerían de una total concentración, porque solían estar de por medio las libertades y el bienestar de grupos humanos provenientes de escenarios en riesgo. Era complejo.

Sheyla había hecho un asentimiento sutil a su esposo. Ella había considerado que era preferible que su hija estuviera bajo su cuidado, observación y protección, en lugar de que se largara con un grupo de jovenzuelos inexpertos, desafiantes e incautos.

—Existen varias condiciones, Clarissa —había expresado Mark con seriedad.

—Lo que sea, papá. En serio —había replicado la chica, ansiosa y expectante.

—La primera es que vas a entrenar, los próximos meses, para aprender defensa personal. La segunda es que siempre tendrás que obedecer nuestras órdenes, sin importar qué tan ridículas te parezcan. La última, y la más importante, llevarás un escolta. —Clarissa había querido discutir ese punto en particular, pero había cerrado la boca ante la expresión seria de Mark—. Será tu sombra y tu custodio todo el tiempo.

—Pero, ninguno de esos aspectos tendrá efecto si antes no obtenemos la autorización respectiva para que recibas el permiso de traslado —había dicho Sheyla.

Los ojos de la muchacha se habían iluminado de alegría.

—¡Clarísimo, mamá y papá! Obedeceré. Oh, gracias, gracias, gracias.

—Eso no es todo, jovencita —había continuado Sheyla—. Solemos trabajar con personas que han vivido situaciones de dolor, pérdida y tristeza inimaginables. Fotografiarlos sin su permiso es invasivo, grotesco e irresponsable. Así que antes de hacerlo, siempre, *siempre*, necesitas pedirles autorización a ellos. Aparte, Clarissa, sin importar el destino que nos asignen —que suele ser Asia o Europa—, ni las historias que te puedan contar, debes comprender que la capacidad de ayudar tiene un límite.

Clarissa había fruncido el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Damos lo mejor de nosotros, pero no podemos salvar a todos —había replicado Sheyla en tono quedo y sincero—. No les hagas promesas que con seguridad no podrás cumplir. No siempre nos asignan misiones laborales en campamentos de refugiados —como te hemos contado—, sino que atendemos temas administrativos dentro de las ciudades con crisis humanitarias. Esas vidas, Clarissa,

han sido tocadas por momentos duros e impactantes. Por eso hay que ser conscientes y empáticos con esa fragilidad. Si tú alimentas el espíritu de personas que no volverás a ver, al no cumplir tu palabra, ellos terminarán devastados. ¿Me he explicado mejor, cariño?

Clarissa había hecho un leve asentimiento, pero su alma rebelde se había agitado como las alas de un cóndor ecuatoriano, firme y con ganas de conquistar el cielo, ante la barrera que le imponían. «¿Cómo negarse a dar más de sí misma?».

—Me parece injusto no intentar hacer algo más por otros en necesidad… —había expresado enfadada, porque estaba en la época que buscaba afianzar sus propias convicciones. Quería usar el lente de su cámara para dar visibilidad a otros y crear una narrativa—. Yo… —había bajado el tono, ante la mirada severa de Sheyla—, bien.

—¿Bien qué, Clarissa? —había preguntado esta vez Mark, observándola.

La adolescente había soltado una exhalación. Ella había anhelado esa vivencia fuera de su burbuja australiana. El libro "Yo soy Malala" de la activista pakistaní Malala Yousafzai, la había inspirado a desear retratar otras realidades ajenas a la suya.

—Que no voy a involucrarme en las historias de otros, más allá de lo que pretendo hacer estrictamente: hacer fotografías —había dicho ella. Mark había enarcado una ceja, a la espera de que continuara—. De acuerdo, y tampoco haré promesas que no sea capaz de cumplir, y acataré las órdenes de seguridad, ¿bien?

—Excelente —había intervenido Sheyla, cortando la tensión—. Siempre y cuando nos den todas las recomendaciones de seguridad y la aprobación para que nos acompañes, entonces vendrás con nosotros en la próxima asignación fuera del país.

La expresión de Clarissa se había llenado de emoción.

—¡Gracias, mamá! —había exclamado, levantándose de la silla y acercándose para abrazarla—: ¡Gracias, papá! —había dicho, rodeando la mesa y abrazando a Mark—. Por cierto, mmm, necesito dos baterías para mi cámara y una memoria SD.

—¿Qué has hecho para ganarte algo así? —había preguntado Sheyla.

—Saqué las mejores notas de este mes en la clase, y todas las veces que Aubrey y yo fuimos de fiesta regresé a la hora que me exigieron —había dicho, convincente —. No salí a las últimas protestas contra el gobierno y sus políticas medioambientales, así como tampoco las que tenían que ver con injusticias contra los derechos de los animales —había agregado con una mueca, porque este era un tema sensible para ella.

Mark había hecho un asentimiento.

—Si no nos hubieras hecho caso cuando te prohibimos asistir a esas protestas y caminatas pacíficas, entonces habrías terminado detenida como esos vándalos, después de los líos que armaron de un momento a otro —había expresado el abogado—. Ahora, Clarissa, terminemos de cenar sin más argumentos. Quiero calma.

—Gracias, ¡de verdad! —había replicado la adolescente, sentándose de nuevo.

Los Sneider nunca habrían imaginado que el destino fuese Uganda.

El matrimonio no tenía por costumbre retractarse cuando hacía un acuerdo con su hija, pues era el modo de enseñarle integridad. Lo anterior quedaba en segundo plano si existía un riesgo para la seguridad de ella. Pero el viaje a Uganda, por suerte, no entraba en esa categoría. Mark y Sheyla eran empleados especiales de ACNUR, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, y por esa razón solían enviarlos a países cercanos a Australia, nunca a África, para mediar y asistir a los voluntarios y otros funcionarios. Ser asignados a ese continente resultó una sorpresa.

Fue solo cuando recibieron los informes oficiales —que confirmaban la firma de acuerdos de paz, tras cinco años de conflicto en Sudán del Sur— que Mark y Sheyla consideraron viable aceptar la asignación en Uganda y llevar a su hija. Los Sneider le contaron a Clarissa que viajarían en las primeras semanas de enero,

que coincidían con las vacaciones estudiantiles. ACNUR les asignó una casa amplia y segura en Arua, la ciudad principal más cercana al lugar de trabajo: *Campamento Rhino – extensión Omugo*.

Al final, ninguna precaución ni condicionamiento pudo prever dos aspectos.

Primero, un ataque inusual de milicias sursudanesas que buscaban a desertores para ajusticiarlos. A su paso, también saqueaban suministros e iban destruyendo lo que encontraban en el camino. Los agentes de seguridad del campo de refugiados no se quedaron quietos, sino que, apenas notaron la amenaza, salieron a enfrentarla. Los eventos —todavía en desarrollo— dejaron impactados a los miembros de ACNUR.

Segundo, el lazo de amistad de Clarissa con una chica de su misma edad y que había sido violada en el camino de huída de Sudán del Sur a Uganda. La muchacha africana tenía casi nueve meses de embarazo. Clarissa le había prometido que buscaría la manera de que pudiera acceder al permiso especial de reubicación, para que así diera a luz en Arua, saliera del campo de refugiados, y lograra crear una mejor vida en paz.

Los Sneider estaban en una reunión en Arua, con otros miembros de ACNUR, tras haberse recabado información sobre grupos que planeaban sabotear la ayuda de la ONU y de otras organizaciones humanitarias. Ni Mark ni Sheyla tenían idea de que su hija se encontraba entre las miles de personas que corrían por sus vidas. De hecho, creían que ella permanecía en la casa —tal como le indicaron que hiciera ese día— trabajando en las fotos que había tomado esa semana, y escribiendo notas en su diario.

La realidad, por supuesto, era totalmente diferente.

Clarissa extendió la mano y agarró con firmeza la de Nyaker, la joven africana que la había conmovido, hasta las lágrimas, con su desagarradora historia de supervivencia. Ella le permitió tomarle fotografías, mientras le contaba sobre las largas semanas que tuvo que caminar, hacer trasbordos y subsistir a base de plantas o animales salvajes, después de que su familia fuese asesinada. Antes

de encontrar una caravana que la trajera a la frontera entre Sudán del Sur y Uganda, lo más cerca del campamento, había sido interceptaba por un grupo de militares de la etnia contraria.

No solo la vejaron verbalmente, sino que se turnaron para hacerle atrocidades. El relato de Nyaker, en un tono sereno —a pesar de la crudeza— y su expresión atormentada, quedaron grabados en Clarissa y también en las fotografías que absorbieron las palabras en imágenes. Fue un contraste de vidas entre dos mujeres que tenían la misma edad, pero que el destino había decidido que fuesen tan distintas.

—Creo… Creo que aquí estaremos a salvo —dijo Clarissa, jadeando, cuando llegaron a una de las construcciones que se había usado como centro de acopio de alimentos. El lugar estaba vacío, pero quedaban aún rastros de varios implementos —. ¿Cómo te sientes, Nyaker? —preguntó mirando la panza abultada de la muchacha.

—Mi bebé y yo sobreviviremos —sonrió—. Estoy segura de que los guardias del campamento van a lograr que esa gente salga de aquí… Estaremos bien. ¿Y tú?

En el exterior se escuchaba agitación, gritos, disparos y cosas que se destruían.

—No tengo forma de comunicarme con mis padres —replicó secándose el sudor de la frente. Llevaba pantalones largos de algodón, unos tenis y camiseta estilo polo color gris—. Perdí el móvil cuando empezamos a correr hacia aquí… Deja y busco un poco de agua —dijo removiendo botellas y bolsas vacías alrededor. Todo estaba sucio, ante la falta de uso, y el piso era de tierra con algunas partes de cemento.

Clarissa había realizado incontables fotografías en esos días, no solo de los refugiados, sino también de los equipos humanitarios que trabajaban sin descanso. Entre estos últimos estaban compañeros de trabajo de sus padres. Ella había comprendido la importancia de la labor de Sheyla, que se encargaba de evaluar que los protocolos y procesos se cumplieran según las normativas. Su padre, en cambio,

al ser abogado en derecho internacional se enfocaba en casos de migración, regulaba el estatus de los refugiados, además formaba parte del comité de investigación de delitos de guerra y crimen internacional. Por esa razón, Clarissa le había promedio a Nyaker que hablaría con Mark para agilizar el proceso del permiso especial de reubicación.

—Clarissa, agradezco tu amistad, eres la primera chica de mi edad con la que he podido hablar con sinceridad. Me he sentido comprendida —expresó Nyaker cuando recibió una botella de agua, algo polvorienta, y desenroscó la tapa para beber.

—Llevaré tu historia conmigo a Australia y buscaré que una publicación importante visibilice el calvario que viviste —replicó acercándose y abriendo su propia botella, ya expirada, pero daba igual. Dio unos sorbos. Estaban sentadas sobre la parte superior de bidones grandes de aceite, vacíos, pero no eran ajenas al exterior —. Vamos a descansar aquí un instante. No podemos quedarnos mucho tiempo.

Aunque se habían conocido hacía solo ocho días, la conexión y simpatía mutua fueron instantáneas. Cada una asimiló la luz o la oscuridad de los relatos y anécdotas de la otra, llenando así los vacíos propios de la edad y que desconocían el contundente contraste de cuán dispares eran las cartas que el destino entregaba a cada persona. Quizá, en esa diferencia tan marcada, habían encontrado el punto medio: la empatía.

En la adolescencia se buscaba encajar y hallar la identidad, así que el obsequio que habían recibido en esos días iba más allá de todo eso. Aunque ellas no fuesen plenamente consciente al respecto, al menos sabían que ese lazo de amistad era único.

—Lo sé, Clarissa —dijo Nyaker posando las manos sobre el abomen—. Cuando intentamos salir de Kaya con mi familia, el olor a cuerpos quemados y los gritos, tal como se escuchan ahora, nos persiguieron durante días. Escuchar la violencia en este lugar y saber que es la misma gente, rebeldes sursudaneses, de la que

escapé a duras penas… —meneó la cabeza y tomó una larga respiración— me aturde.

Clarissa le tomó las manos a la muchacha y la instó a que la mirara.

Uno de los aspectos que más admiró de Nyaker fue su decisión de no abortar, aun cuando el embarazo fue fruto de una violación grupal. Cuando le preguntó por qué quiso quedarse con el bebé, Nyaker le respondió que tantas vidas habían sido violentadas y destrozadas, que ella, a pesar de sus circunstancias, no podría contribuir a ser parte de tanta maldad. Le aseguró que amaría a esa pequeña con todo su corazón, porque ahora era parte de ella, aunque hubiera llegado a su vida de una forma cruel. Además, le confesó que si hubiese tenido acceso a un centro de salud en las etapas tempranas, aun así, habría mantenido su decisión de quedarse con esa vida inocente.

—Lamento tanto que esos recuerdos atroces vuelvan a ti, pero esta vez no estás sola —expresó la pelirroja tratando de disfrazar, esperaba que con éxito, su propio miedo—. Saldremos de este embrollo. ¿Seguro está todo bien con el bebé…? —preguntó de nuevo, al notar que Nyaker de repente hizo un gesto de incomodidad.

Ante el tono asustado de su amiga, la expresión de Nyaker se suavizó un poco.

—Estamos a solo diez días del parto, Clarissa, según la ginecóloga del campamento… Dio una patadita —expresó acariciándose la panza. Luego apartó la mirada para enfocarla en su nueva amiga—. Supongo que anuncia que me debo calmar. ¿Qué crees tú…? —En ese momento se escucharon voces cercanas. Ambas entraron en alerta, mirándose con inquietud y también angustia—. Espera… —agarró la mano de la australiana para posarla sobre su abdomen—, ¿sentiste eso? —Clarissa abrió los ojos de par en par, luego asintió—. Esta vida da esperanza. Todo ira bien.

La pelirroja tragó saliva, porque sentía que estaban contra el tiempo. Tiró de la mano de Nyaker para ayudarla a incorporase del

bidón en el que estaban sentadas. La chica respiró como si le hubiera tomado un gran esfuerzo. Caminaron despacio.

—Nyaker necesitamos alcanzar una de las salidas que nos lleve lejos de esta zona. Otra de las aldeas del campamento, la más cercana, está a veinte minutos andando. A menos que encontremos otra vía de transporte. Aunque, dadas las circunstancias, es complicado. Además —hizo una mueca—, si bien sé conducir, mediocremente, temo arriesgar tu bienestar con una imprudencia —dijo frustrada.

Nyaker se acomodó el panuelo que llevaba en la cabeza, cubriendo parte de sus cabellos negros. Su físico era delgado por naturaleza y el prominente abdomen estaba cubierto por un cómodo vestido largo. Las sandalias que usaba eran nuevas, pues eran un obsequio que le hizo Clarissa esa mañana. Para Nyaker, después de tanto dolor en medio de su huida desde Sudán del Sur, la calidez de las personas del campamento, que curaron sus heridas, había sido una bendición. Pero ahora tenía miedo. Las voces en el exterior era amenazantes. Los llantos de los niños, angustiaban.

La africana le dio una palmadita en el brazo a su amiga.

—Puedo caminar, lento, pero sé que lograré llegar a puerto seguro —replicó tomando una larga respiración. Estaba cansada y hubiera preferido quedarse acostada en la cama, pero si no hubiera sido por Clarissa probablemente habría quedado en medio del fuego cruzado, entre los guardias del campamento y los invasores—. ¿Vale?

—Sí, entonces empecemos a…

Clarissa no pudo terminar la frase.

En ese instante dos hombres fornidos acompañados de una niña, aproximadamente de siete años, irrumpieron en la olvidada construcción de forma súbita y agitada. Ambos estaban con la ropa sucia, despeinados, y uno de ellos tenía lo que parecía ser una herida de cuchillo en la pierna, sangraba. La niña sollozaba en silencio y tenía las mejillas manchadas de tierra. Los recién llegados

se acuclillaron e hicieron un gesto frenético a las dos adolescentes para que los imitaran con rapidez.

Con dificultad, Nyaker se recostó de lado contra lo que hacía las veces de pared, en este caso de metal, mientras Clarissa la ayudaba. La pelirroja había notado que los desconocidos tenían un cuchillo, cada uno, pero también los reconoció, pues los había visto en el campamento. Eran auxiliares de enfermería en el dispensario médico. Por eso cuando les pidieron en tono muy bajo que guardaran silencio, Clarissa y Nyaker obedecieron al instante. La australiana sentía la garganta seca, y a medida que pasaban los segundos se arrepentía de haber desobedecido a sus padres. Sabía que la situación de ella y su amiga acababa de empeorar, porque si estas personas habían llegado a su escondite improvisado, implicaba que el centro de los enfrentamientos estaba esparciéndose. La niña le parecía familiar a Clarissa, pero no sabía su nombre. Si bien la australiana llevaba unos días en el campamento, no era posible conocer a todos los residentes, pues eran miles. Por otra parte, no quería sucumbir a los pensamientos catastróficos que amenazaban con desbordarla en lágrimas. Prefería confiar en que aún le quedaban varias semanas, hasta concluir su estancia en África, y que la posibilidad para fotografiar más escenarios la esperaba.

—Querían llevarse a Abuk, porque es hija de uno de los militares desertores; no logramos salvar a su familia, pero la protegeremos. Soy Deng, y él es Kuol —dijo el más alto de los hombres mirando a Clarissa, y haciendo un gesto hacia el otro hombre negro y regordete de barba—. Tú eres la hija del abogado, ¿no? —sonrió.

—Sí, Mark es mi padre —murmuró Clarissa.

El hombre asintió y dejó el cuchillo a un costado.

—Él nos ha ayudado mucho a todos, así que será un honor para mí tratar de brindarte la misma protección que Kuol y yo le hemos dado a Abuk —comentó.

—Gracias de verdad —expresó Clarissa, aliviada de contar con aliados.

—¿Quién eres tú? —preguntó Deng a la adolescente africana, silenciosa.

—Nyaker, a veces ayudo en la escuela y enseño manualidades a los niños —murmuró en tono tan bajo como el de los otros—. ¿Existe posibilidad de escapar?

—Sí, pero tenemos que ser rápidos —intervino Kuol—. Están buscando desertores y también escuché decir que a una persona clave. No tenemos más datos, pero sin importar la razón de la presencia de estos matones, necesitamos irnos a otra aldea. Conozco la forma de llegar a la salida más próxima. Sé que es mucho pedirles, mas estamos en el mismo bando, así que van a tener que confiar en mis órdenes.

—Lo entiendo —dijo Clarissa—. Pero Nyaker está de nueve meses, así que tenemos que ser cautos por su condición. Yo… En mi país esto jamás ha ocurrido… No puedo negar que tengo miedo —tragó saliva—, pero cuenten conmigo —finalizó.

—Tu cabello es raro —intervino de repente la niña de intensos ojos cafés.

Clarissa apartó la mirada de Kuol y esbozó una sonrisa leve.

—Solo tiene otro color, Abuk, pero no es tan bonito como el tuyo —dijo.

—Quiero a mi mamá… —susurró la pequeña bajando la mirada.

—Por ahora intentaremos salir de aquí, luego buscaremos a tu mamá —expresó Clarissa con el corazón hecho trizas, porque Abuk parecía no haber escuchado las palabras de Deng, en el que mencionaba que la familia de la niña ya no estaba en el mundo de los vivos—. ¿Qué tal si, tú y yo, ayudamos a Nyaker a pararse?

—Soy fuerte —dijo la niña, elevando el rostro—, yo puedo ayudar, sí.

—Gracias —expresó Nyaker a Abuk—, tu ayuda es muy importante.

Clarissa agarró la bolsa en la que tenía la cámara y se la echó al hombro.

—Vamos —dijo Deng incorporándose, no sin antes mirar a un sitio y otro, sacando la cabeza por una hendija, para ver si el exterior estaba despejado—. Solo tendremos un margen de cinco minutos para salir. ¿Están todos listos? —indagó.

Nyaker se puso de pie, así como el resto. Se iban a enfrentar al camino de la supervivencia. Para los cuatro africanos no existía un número de veces por contar, si acaso era la segunda o décima vez. Sus historias personales estaban llenas de vericuetos extraños y con matices que fundían la esperanza con el dolor y la fragilidad de la efímera existencia. Para Clarissa, en cambio, esta situación parecía sacada de una pesadilla que, bajo ninguna circunstancia, pudo haber imaginado. Enfrentarse a la posibilidad de morir, cuando su único anhelo había sido retratar y capturar la esencia de otras realidades —para crear un portafolio de cara a su futuro profesional, y que diera voz a quienes no la tenían— acababa de desestructurar su mundo. Este acontecimiento rompió el cristal de ingenuidad bajo el que había observado su vida.

—Clarissa —dijo Nyaker de repente agarrando a su amiga del brazo.

—¿Sí?

—Quiero que me prometas algo… —murmuró rápidamente, mientras empezaban a salir con sigilo. Iban en fila india. Mirando a uno y otro lado.

—Lo que sea —replicó Clarissa.

—Si no llego a sobrevivir en el parto, te asegurarás de que mi bebé lleve el nombre Nijma… —dijo—. Significa estrella, en árabe de Juba. Aunque hablamos inglés, yo quiero que ella tenga un nombre que recoja otra parte de nuestra cultura.

Clarissa sintió un nudo en la garganta. La mirada de Nyaker era suplicante.

—Yo —tragó saliva—, procuraré que estés bien. Así, tú te asegurarás de ello.

La mujer hizo una negación ferviente y después apretó la mano alrededor del brazo de Clarissa. Separó las piernas un poco y vio cómo el agua de la fuente caía.

—Yo… —farfulló Nyaker.

—Oh, Dios, oh, Dios —expresó Clarissa. Al instante, Deng, Kuol y Abuk repararon en lo que estaba sucediendo—. Necesitamos conseguir ayuda lo antes…

En el exterior un estruendo los sacudió a todos, cortando toda posibilidad de seguir hablando. Una explosión. Disparos. La niña, inevitablemente, soltó un grito.

Eso pareció sellar la suerte de los cinco, pues —al cabo de pocos segundos— siete hombres armados se acercaron apuntándolos con armas de fuego. El viento continuaba ausente, el sol brillaba con la fuerza de un rey inclemente, y el caos reinante no cesaba de aumentar. Se escuchaban sirenas y también algunos guardias del campamento anunciando que llegaban refuerzos. Los rebeldes sursudaneses se habían cobrado la vida de varias personas, sin importar si eran niños o mujeres; desertores o simplemente personas de otras regiones, no militares, que quisieron buscar un porvenir de paz para ellos y sus familias. La pequeña Abuk quiso escapar, pero uno de los atacantes la agarró del cabello antes de que lo consiguiera, a continuación la lanzó —como si fuese un costal de patatas— al interior del centro de acopio. Ella soltó un quejido de dolor y su voz se perdió en medio de las órdenes de esos brutos, instando a que los demás retrocedieran los pocos pasos que habían dado con la intención de escapar a la incursión salvaje en el campamento. Deng y Kuol recibieron, cada uno, un disparo en la cabeza; no tuvieron tiempo de defenderse ni protestar.

Clarissa sentía cómo todo su cuerpo temblaba con una mezcla de enfado por la injusticia, desconcierto por la emboscada, pánico ante la incertidumbre y profundo arrepentimiento por haberse dejado guiar —nuevamente— por su habitual rebeldía. Pero también por

ignorar la orden de Sheyla y Mark: esperar siempre a que ellos la acompañaran, así como los otros integrantes del equipo australiano de ACNUR asignado a Uganda, antes de ir a hacer fotografías y también ayudar en el campamento.

La parte más vergonzosa fue haber engañado al escolta que solía estar con ella, y que era quien la acompañaba —junto a sus padres — al campamento. Caso contrario, él se apostaba en el exterior de la puerta principal de la casa que les habían asignado a los Sneider, y se encargaba de que Clarissa no saliera sin compañía ni siquiera en la ciudad. Ella le había dicho esa mañana, llorando, que estaba con un fuerte dolor de cabeza y creía haber pescado una indigestión. Además, le aseguró que no tenía medicación que la ayudara. Cuando Abbuh se ofreció a llamar a un médico, Clarissa le dijo que no hacía falta. Obviamente, la muchacha no le comentó que había investigado en Google la medicación que podría pedir en las farmacias de Uganda para la condición que fingió padecer, sin necesitar una prescripción. Así que el custodio, confiando en que ella estaba muy dolorida, fue a la farmacia más cercana.

Clarissa había aprovechado esos minutos para agarrar su cámara y salir de la casa.

La garganta seca quizá le impidió soltar un grito de horror cuando vio cómo los cuerpos de Deng y Kuol cayeron al suelo. Sus sentidos estaban alterados. Su fantasía idealista de capturar vivencias con el lente de su cámara acababa de ser mancillada. Ahora entendía que cuando el universo escuchaba, no siempre cumplía las peticiones de la forma en que se esperaba. Quería huir, pero sus piernas parecían estar ancladas al suelo; no solo eso, sino que si lo hacía terminaría como Deng o Kuol.

—Por favor —dijo la voz trémula de Nyaker. Su vestido estaba mojado, pues parte del agua fuente quedó impregnada en la tela—. Mi bebé… Necesito ayuda.

Uno de los hombres, vestido con traje militar, expresión malencarada y un físico similar al de un combatiente de lucha libre norteamericana, la miró con asco. Parecía ser el que lideraba este

pequeño grupo de bárbaros. Todos eran intimidantes de un modo que infundía miedo, no respeto. Le hizo una seña a uno de sus hombres.

—Oblígala a que se saque la criatura, pronto —ordenó—. Luego, los matas.

—Bien, ahora mismo —replicó el africano, le faltaban tres dedos de una mano.

—¡No pueden violentarla de ese modo, malditos! —exclamó Clarissa de repente, llena de rabia. Su sentido de la prudencia saltó por los aires, mas fue imposible reprimirse. Eso le valió una bofetada contumaz que le sacó un hilillo de sangre del labio. Ella retrocedió cuando tuvo el cañón del fusil contra el plexo solar—. Cobardes —dijo con desafío. «Si iba a morir al menos se defendería, sin callarse», pensó.

Nyaker soltó un grito de dolor cuando fue empujada sin contemplación contra la pared. Se dejó caer, con su peso, sobre el material terroso del piso. Las lágrimas de angustia y el recuerdo de la razón de que estuviera embarazada, la atraparon como una red de dardos venenosos. El lenguaje de esos hombres daba cuenta que eran de la misma etnia que acabó con su familia, su aldea, y también su inocencia, sin piedad.

—Tú eres la persona a la que estamos buscando —expresó el líder.

Clarissa se limpió el hilillo de sangre con la manga de la camiseta.

—No… No soy nadie, solo una voluntaria temporal… —dijo altiva, y de reojo miraba cómo el otro salvaje abría los muslos de Nyaker para obligarla a parir.

—Tenemos informantes que te han visto tomar fotografías de lo que ocurre aquí, en áreas restringidas, y a los traidores de nuestro pueblo. Has cabreado a algunas personas, has hecho demasiadas preguntas —expresó avanzando, le arrancó prácticamente la bolsa que contenía la cámara de fotos—. ¿Para quién trabajas? —preguntó

sin amabilidad, vertiendo el contenido sin miramientos. En modo violento.

—N… No trabajo aquí, solo soy voluntaria —insistió—. Pero me iré pronto —acotó y vio con furia cómo el tipejo pisaba varias veces, con la fuerte suela de la bota, la cámara, hasta que esta quedó hecha trozos. Se afligió por la pérdida, pero esa mañana había vaciado toda la memoria en su portátil. Solo tenía las fotos del día, mas no el historial más valioso —a su juicio— recabado en sus otras jornadas alrededor.

De repente la voz desgarradora de su amiga africana la sobresaltó.

Mientras todo esto ocurría, la pequeña Abuk había utilizado la distracción de los acontecimientos —así como el hecho de que la ignoraban— para escapar con rapidez. Su pequeños zapatitos prácticamente volaron, en el afán de ir a por ayuda.

—¡Por favor, no…! —gritó Nyaker cuando el hombre, mientras los otros se reían y la miraban con asquerosa lascivia, le arrancó las bragas. No le permitió cerrar las piernas, sino que las mantuvo separadas con fuerza—. No hagas esto, te lo ruego.

El hombre, que tenía una cicatriz profunda en la mejilla izquierda, le empezó a golpear el abdomen. En su brutalidad y cruel proceder, pretendía forzarla a parir de esa manera. Nyaker se defendía, pero su propio peso y cansancio eran más fuertes.

Clarissa no podía soportar la impotencia que la embargaba. En su cuerpo, la adrenalina estaba en los niveles más elevados, así que no registraba el dolor por los movimientos bruscos, menos el labio que empezaba a hincharse por la bofetada.

—Déjanos ir… No somos valiosas para ti —dijo Clarissa retrocediendo, usando sus manos y sus pies para arrastrarse, sin levantarse del suelo, porque no podía. Quería, en ese modo lento y cauto, intentar llegar hasta su amiga—. Has destruído mi cámara, ya no tengo nada. No sé nada… Por favor —pidió. No creía que estos

imbéciles tuvieran conocimientos de tecnología o fuese a hacer más indagaciones.

—Eres valiosa para un buen polvo —replicó con una carcajada. Los demás siguieron el curso de sus palabras—. Antes de irnos podemos usar un poco de carne blanca —sonrió con crueldad—, y verificar si son coños que acogen bien a un macho.

Clarissa estaba horrorizada. Jamás había tenido sexo con nadie. La posibilidad de que esa experiencia le fuese arrebatada de las manos, impuesta mas bien, le provocó un terror brutal. Ella prefería un disparo, antes que sufrir el horror de una violación.

—Yo… —dijo respirando agitadamente. El sudor le recorría el valle que separaba sus pechos. Para tener dieciséis años, su cuerpo se había desarrollado de forma más voluptuosa que sus amigas. Era evidente que el hombre de barba lo notaba, a través de la manera en que se apegaba la ropa contra el cuerpo femenino—. Déjanos marchar… —murmuró. Luego se le ocurrió una idea para ganar tiempo—. Haré lo que quieran si me dejan ayudar a Nyaker… Yo traeré a ese bebé al mundo, por favor.

—¿Por qué habría de escuchar a una furcia extranjera? —preguntó con desdén.

—Porque no tengo a dónde ir y de igual manera no cambiará mi suerte. Has destruido mi cámara, toda prueba de lo que sea que consideras que tengo en mi poder… —dijo procurando mantener el tono sereno, pero era muy difícil. Quería que su padre y su madre estuvieran allí, que enviaran ayuda, ¡mas no tenían idea de que ella se encontraba en el campamento a esas horas! —. No pondré resistencia…

—¡Basta! ¡BASTA! —gritó Nyaker cuando el hombre siguió golpeándola. Ella, semidesnuda y vulnerable, intentaba hacerse un ovillo para protegerse y también a su bebé—. ¡No más! ¡Detente! —exclamó pensando en la vida que llevaba en su vientre.

Clarissa sintió el nuevo grito de su amiga como si hubiera sido el suyo propio.

—Quítate el pantalón y la camiseta —exigió el hombre a Clarissa —. Ese es el precio inicial que vas a pagar si quieres ayudar a esa basura que yace en el piso.

Los otros soldados sursudaneses se rieron, agitaron las armas, y la miraron. Ellos estaban a punto de marcharse, pero este era solo un entretenimiento previo. Después de destruir la cámara, se sentían satisfechos, creían que su misión había sido cumplida. Eso no implicaba que iban a dejar de divertirse con las dos mujeres.

Clarissa, horrorizada, pero consciente de que necesitaba ayudar a su amiga, no le importó. La vergüenza y la humillación no tenían cabida en la supervivencia. Ella era una autodidacta y devoradora de libros. Pero ningún texto, filme o imagen, podría compararse con la situación que estaba experimentado. Una simple aventura se acababa de convertir en la posibilidad de un infierno del que jamás lograría escapar.

Estaba tratando de ser optimista, pero cada segundo parecía peor que otro.

Ella hizo lo que le pidió el soldado. Al instante, todos los hombres la ultrajaron con la mirada. A veces, como ahora, no hacía falta que la tocaran para hacerla sentir sucia. Pero Clarissa también sabía que estos no eran seres humanos capaces de empatía, así como también sabía que solo la consideraban una diversión. Estaban cazando, jugando con la presa para sus bajos instintos. Podrían violarla en cualquier momento, destrozarla de mil maneras, así que necesitaba ganar tiempo. Con urgencia.

El hombre de barba le hizo un gesto, con el arma, para que se acercara a Nyaker. Clarissa no perdió ni un segundo, en el movimiento rápido trastabilló y se torció un tobillo; pero no le importó. Protegió a su amiga, que llevaba el sujetador como única prenda, de la mirada de los otros. En bragas y sujetador, Clarissa utilizó su imaginación para pretender que estaba en una playa, usando bikini, y que su amiga acababa de perder la parte inferior del suyo en el agua. Estaba dándole la espalda a los soldados que, entre risas, hacían comentarios soeces sobre ambas. Ella los ignoró.

—Nyaker —susurró—, vamos a salir de todo esto. He leído poco sobre partos, ya sabes, a los dieciséis no he pensado en ser madre —dijo intentando sonar ligera en su tono—. Necesito que pujes, por favor, yo voy a estar aquí. Haremos lo posible para que Nijma llegue al mundo gritando a todo pulmón. Estará a salvo. De paso comprobaré si todos esos libros de biología han estado en lo correcto… ¿Okey?

Nyaker, golpeada, pero jamás sintiéndose vencida, asintió entre lágrimas.

—Tengo miedo… —murmuró. Soltó un alarido de dolor al pujar.

—Lo sé, lo sé, pero Nijma llegará pronto… Ella querrá llegar al mundo y verte muy fuerte… Te sostengo, amiga mía —susurró Clarissa con un nudo en la garganta, sin saber si su propio miedo opacaba la intención de transmitirle seguridad a Nyaker. Entre ambas farfullaban palabras que los opresores no escuchaban. Al instante, uno de los hombres pateó a Clarissa en el muslo, gritándole que se apurara, mientras soltaba obscenidades sobre cómo iban a violarla—. Ignóralos, Nyaker. Puja…

El proceso de parto empezó. No se podía forzar a la madre naturaleza, menos a punta de amenazas o fusiles. Los minutos empezaron a transcurrir como si fuesen eternos, pero no lo eran; en situaciones de extremo peligro, el tiempo se volvía una composición confusa que cada persona percibía de diferente manera. Como ahora.

La certeza, sin embargo, era que este alumbramiento estaba derramando sudor, lágrimas y sangre. El escenario era bizarro, violento y cruel. A pesar de ello, Nyaker dio lo mejor de ella. Pero no fue fácil enfocarse en las palabras amables de Clarissa y las instrucciones para pujar y respirar, porque los hombres encontraron la escena grotescamente estimulante para golpearlas a ambas. Tiraron de los cabellos de Clarissa, la insultaron, pero ella no se dejó amedrentar. Sabía que esos animales no tenían una onza de integridad, y sería cuestión de tiempo que la apartaran de Nyaker e hicieran lo que se les viniera en gana con ella. Con ambas, porque la

depravación no estaba diseñada bajo ningún límite. Aun así, Clarissa procuró mirar a su amiga con cariño, le recordó que ya no estaba sola, que estaba vez no lo estaba porque eran un equipo, aunque tuvieran que enfrentar una situación en la que no contaban con armas. Pero Nyaker, en su estado de parto y dolor, le sonrió diciéndole que el amor era el arma más poderosa; el amor por la vida, los ideales, los sueños y también la integridad.

—Por mi hija… —susurró la africana—. Soy fuerte… Soy fuerte por ella…

—Sí, la pequeña saldrá airosa —murmuró Clarissa con los ojos llovidos, porque ni siquiera estaba segura si ellas lograrían sobrevivir lo que estos hombres estaban a punto de hacer con ambas—. Sigue pujando… Respira, Nyaker… Eso es…

No pasaron ni seis minutos, cuando el hombre de barba decidió que había sido suficiente. Se acercó a Clarissa con la intención de agarrarla de los cabellos y repartírsela entre todos, como si fuese un trozo de carne, para luego matar a la mujer parturienta. Sin embargo, lo que ocurrió luego lo tomó por sorpresa. No solo a él, sino al grupo de matones que lo acompañaba. Un equipo de policías, acompañados de los miembros de seguridad del campamento, entró en la frágil y olvidada estructura.

Los disparos entre ellos no se hicieron esperar. Un enfrentamiento, al igual que los que estaban ocurriendo en otras partes de la extensión Omugo, tuvo lugar.

Clarissa perdió la noción de la realidad, porque todo pareció ocurrir en cámara lenta, a pesar de que sucedía frenéticamente. Peleas, disparos y muertes. Se negó a apartarse de su amiga, gritando, pero al instante sintió que manos firmes la obligaban a ponerse de pie, mientras le cubrían el cuerpo con una frazada. Cuando el enfrentamiento acabó, los siete hombres estaban muertos —en el grupo de policías perecieron dos—, y en el aire quedaba el ruido sordo de las voces que habían desaparecido. Voluntarios que ejercían de médicos en la aldea se acercaron, después de lo que

pareció una eternidad. Temblando, Clarissa no soltó la mano de Nyaker.

La pelirroja ignoró los cuerpos sin vida en el lugar, no podía mirar tal crueldad. Sin embargo, lo ocurrido se convertiría en imágenes mentales que jamás iban a borrarse de su memoria, pero por ahora era incapaz de asimilar todo a la vez. De repente, notó que Abuk no estaba; se paralizó, porque en medio de la confusión, el dolor y el estado de Nyaker, perdió la noción de la pequeña al no volver a escucharla. Le preguntó, frenética, a uno de los policías por ella, temiendo lo peor. El agente le indicó que una niña llegó corriendo para pedir ayuda y gracias a ella, los encontraron. También le aseguró que la pequeña estaba a salvo en manos de un equipo de ayuda.

—Abuk es una guerrera… —farfulló Nyaker con la voz rota, sin mirarla.

—Sí, lo es. Hey… Por favor, mírame —pidió Clarissa con lágrimas en los ojos.

—Me han golpeado demasiado fuerte, amiga… Temo que mi hija…

—¡No, no digas eso! Nijma, me dijiste que significa estrella, así que es la que va a iluminar las próximas horas y el resto de tu vida. Luego me dejarás hacerle fotos.

Lágrimas de confusión, dolor y resignación, rodaron por las mejillas de Nyaker. La compasión, empatía y cariño que había recibido de su amiga eran oro.

—Clarissa… Me hiciste una promesa —susurró—. ¿Lo recuerdas, verdad?

Los camilleros las pusieron a cada una en una camilla de tela. Clarissa les gritó que no podían separarlas, que era importante, y no dejó de decírselos, hasta que ante su histeria —considerando que estaba en shock— accedieron a la exigencia. Después, les pidió que buscaran a sus padres, dándoles sus nombres; les rogó prácticamente.

Los auxiliares de traslado asintieron ante la súplica de la muchacha extranjera, sin dejar de caminar con celeridad entre los tramos que llevaban a los diferentes puntos de la aldea. El caos parecía haber remitido y la situación lucía menos agitada. Aparentemente, algunos de los atacantes —que estuvieron ajusticiando desertores en la extensión Omugo— huyeron. El grupo de ayuda del campamento buscaba por ahora socorrer a los necesitados y empezar a marcar un orden en medio de la desazón.

A medida que se movía la camilla de cada una, a causa del traslado urgente, Clarissa sostenía la mano de Nyaker. En ese trayecto que parecía eterno, la australiana pudo notar cómo los refugiados iban de un sitio a otro tratando de ayudarse mutuamente, intentado reagruparse y evaluar los daños. También observó que el personal de seguridad y policías ugandeses procuraban que todo volviese a la calma.

—Nyaker, ¿cómo te sientes…? —preguntó Clarissa, cuando las subieron al medio de transporte más cercano. No había una ambulancia, sino una doble cabina.

Las acomodaron en la parte de atrás de la camioneta. El cielo se había nublado.

Las llevarían a un hospital en Arua, después de que Clarissa les repitiera a los policías, así como a los tres coordinadores del campamento, el nombre de sus padres.

—Que no voy a resistir demasiado… —dijo girando el rostro, mientras el coche se movía y rebotaba cuando alguna piedra del camino impedía que el trayecto fuese suave—. No respondiste a mi pregunta. Sobre esa promesa que me hiciste.

Clarissa apretó los dedos de su amiga, la miró con sinceridad.

—Tu hija llevará el nombre que has elegido, lo prometo —replicó.

Nyaker esbozó una sonrisa suave. Asintió. El dolor era insoportable.

—Gracias por haber sido mi amiga… —dijo tragando saliva. Estaba sangrando por la vagina y esa no era una buena señal. Arua

quedaba a cuarenta y cinco minutos de distancia, pero era la única opción para su caso, pues en el campamento no tenían obstetra y cualquier situación de parto se programaba. No contaba con algo como lo ocurrido, ¿quién podría tener una imaginación tan llena de mierdas negativas?

—Saldremos de esta —mintió con descaro, porque ni siquiera ella sabía si, mentalmente al menos, sobreviviría a este episodio—. Cántame esa canción que me tarareaste el primer día que me permitiste tomarte fotos. Anda, hazlo, por favor.

Nyaker lo hizo, pero cerró los ojos. Estaba agotada. Mental y físicamente.

—Tengo sed… —susurró la africana al cabo de un rato, cuando llegaron al hospital. Esa frase la escuchó el paramédico que las recibió y procedió a darle agua.

Luego, a pesar de las protestas de Clarissa, las separaron.



Cuando estuvo en la habitación, después de ser examinaba por los médicos del hospital de Arua, Clarissa quiso incorporarse de la cama para ir a buscar a Nyaker. Pero su intención fue obstruida al ver a sus padres, con expresiones de angustia a la par de un gran alivio, mientras entraban en la suite. Se acercaron con rapidez a ella.

—No vuelvas a desobedecernos —dijo Sheyla con preocupación en la voz—. He pasado unas horas infernales —lloró—, Dios, Clarissa. ¿Estás bien de verdad?

La chica hizo un asentimiento leve. No quería darle más dolores de cabeza a su madre; ella no necesitaba saber, hasta que qué punto había tenido suerte ese día.

—¿Estás segura de que esos malditos no te hicieron nada? —preguntó Mark, abrazando a su hija con amor y alivio. Quizá la reprenderían más adelante por el momento tan desesperante que

vivieron, al enterarse que Clarissa estaba en el campo de refugiados durante el horrendo ataque. Por ahora, lo que más les importaba a él y a Sheyla era que su hija estuviera viva, bien—. Las investigaciones están en curso, en especial cuando el oficial nos compartió tu intercambio con uno de los agresores.

—No hicieron nada más allá de golpearme o insultarme —dijo tocándose el labio partido. Ella le dio un breve testimonio a las autoridades, cuando los médicos autorizaron a que la interrogaran, pero su capacidad de revivir lo que estaba tan fresco en su memoria era imposible. Intentó ser clara, sin ahondar en detalles—. Creen que poseo información o algo así tan solo porque hice fotografías. Tan idiotas.

Sheyla y Mark se miraron, preocupados.

—¿Qué clase de fotografías, hija? —preguntó Mark frunciendo el ceño.

—Las usuales: niños, familias, mujeres y el entorno. He conversado con algunas personas de diferentes temas, porque así me sirve para crear un contexto y plantear el enfoque de mis próximas fotografías… —soltó una exhalación—. Soy una adolescente, así que no sé por qué se fijaron en mí. Aparte no trabajo para nadie.

—Bien, cariño —dijo Sheyla en un tono sosegador, acariciándole los cabellos a su hija y observándola con alivio—. Vamos a encargarnos de todo. Ahora descansa, porque necesitas hidratarte. El informe médico completo nos lo darán en un rato.

—Pero estoy bien —comentó Clarissa, y luego miró a uno y a otro con expresión suplicante—: Hay una chica que vino conmigo. Se llama Nyaker…

—Te advertirmos, Clarissa —intervino Mark—, que…

—Por favor, papá —cortó en tono angustiado—. Necesito verla, está a punto de dar a luz. Le prometí que su hija tendría el nombre que ella deseaba y…

—Si el doctor lo permite, sí. Pero te quedarás esta noche en el hospital bajo observación —expresó Mark. El escolta de su hija le había comentado lo ocurrido en la casa, y la razón por la que la chica pudo escapar a su vigilancia—. ¿Está claro?

—Sí, papá… Seré obediente esta vez. Lo prometo —expresó apesadumbrada.

—Además, le debes una disculpa muy grande a Abbuh —comentó Sheyla.

Clarissa bajó la mirada, avergonzada al recordar a su escolta.

—Sí… Lo sé, mamá. ¿Van a despedirlo…? —preguntó en un susurro.

—No —replicó Sheyla—. Ahora, cuando te den el alta médica, tú y nosotros vamos a tener que fijar nuevas reglas. Lo que hiciste hoy fue temerario, así como irresponsable. La capa de Mujer Maravilla pertenece a un cómic, no a la realidad.

—Lo siento —expresó con los ojos llovidos. Sheyla soltó una exhalación y abrazó a su hija—. Lo que ha pasado fue horrible… Todas las personas del campamento… —se aferró a la seguridad de los brazos de su madre, y lloró cuando Mark se unió al abrazo—. Espero que los que sufrieron puedan ser ayudados…

—Por ahora, nos vamos a enfocar en tu bienestar. ¿Okey? —dijo Mark.

—Sí…

Sesenta minutos después, con la orden médica de que podía salir para ir a la habitación de su amiga, mas no del hospital, Clarissa fue con sus padres a esperar en el exterior de la sala de operaciones. Una enfermera les informó que Nyaker tuvo que ser ingresada para lograr sacar al bebé, después de la brutalidad a la que fue sometida. La única razón por la que le brindaron esa información fue por el rango de sus padres en ACNUR. Pasó un largo rato antes de que el ginecoobstetra saliera del quirófano.

—Usted debe ser Clarissa Sneider —dijo el médico con expresión solemne.

Eso hizo que la australiana se pusiera en alerta.

—Sí… —expresó en un tono suspicaz e inquieto a la par.

—Lo siento mucho, señorita, pero su amiga no lo logró. Hubo complicaciones y, aunque hicimos lo imposible, no salió adelante —dijo el doctor en tono suave—. La paciente insistió en que la llamáramos antes de entrar en el quirófano, pero no era posible, porque no está dentro de los protocolos sanitarios —concluyó, amable.

Clarissa, rebasada de emociones, soltó un grito desgarrador y se dirigió al interior de la sala de operaciones, pero no consiguió su objetivo porque sus padres la sujetaron con firmeza. Entre llantos inconsolables, Mark dejó que su hija se desahogara, a la par que Sheyla le acariciaba la espalda para calmarla. Mas no fue posible, hasta que la chica no estuvo lista; hasta que no dejó salir todo el dolor por el trauma vivido, pero, en especial, porque una vida tan joven se acababa de desvanecer.

—La bebé… —susurró entre lágrimas—. ¡La bebé! ¿Está viva?

El doctor, que no se había movido en esos minutos, hizo una afirmación.

—Está en una incubadora. La monitorean constantemente —replicó el hombre de cabellos entrecanos. Llevaba años atendiendo situaciones críticas, pero, en especial, la brutalidad que sufrían las mujeres. Hacía lo imposible por salvar vidas.

—Tiene que darle el nombre correcto: Nijma Wani, como el de la mamá. La niña necesita llevar el apellido de su madre —sollozó—. Nyaker fue muy valiente…

—No me encargo de eso, pero puede ir a verla al cunero mañana —replicó.

—Quiero hacerlo hoy, quiero cumplir…

—Cariño —intervino Sheyla—, por favor. Ven con nosotros. El doctor ha tenido la cortesía de darte esta información, así que mañana podrás acercarte y darles a las enfermeras el nombre que has mencionado, para que así lo guarden junto a la bebé. No nos iremos, hasta que lo hayan registrado en sus notas. Te acompañaremos.

Clarissa se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ella habría querido que lo tuviera hoy, no mañana, ni pasado…

—Pero tendrá su nombre, Clarissa —intervino Mark, estaba intentando ser paciente, mas su hija era demasiado tozuda y actuaba como tal. No podía reprenderla, al menos no después del informe que había recibido sobre lo sucedido al interior de esa vieja área de acopio de alimentos—. Hija, por favor, vamos a la suite para que descanses. Necesitas dormir. ¿De acuerdo? Has pasado una situación traumática.

Clarissa no lograba dejar de llorar. Estaba con el corazón destrozado.

Solamente asintió y caminó en compañía de sus padres a la habitación.

Lo que ocurrió a continuación fue algo que Clarissa jamás olvidaría y que la perseguiría durante muchos años. Esa experiencia en África la obligó a reconfigurar sus sueños, a buscar un camino que se le pareciera lo suficiente, como para no traicionarse del todo, pero que, al mismo tiempo, le permitiera mantener un perfil bajo. Vivir en el anonimato y procurar no remover aquellas aguas pantanosas que, sin querer, agitó a sus deciséis años, sería lo mejor. Aun si eso implicaba no volver a usar una cámara profesional de fotos y dejar a un lado aquellos anhelos tan arraigados por visibilizar

historias a través de imágenes. Ese sería el alto precio a pagar por sus acciones.

Ella había cruzado una línea con su rebeldía, y que la dejó en una encrucijada.

No tenía idea cuántos años podría mantener a raya su naturaleza impulsiva o aventurera, sin temer que su vida se volviese caótica o arriesgar a sus seres queridos.

Sabía que las advertencias recibidas no eran vano. Ella había tenido suerte.

¿Cuánto tiempo le podría durar la esquiva suerte a una persona?

CAPÍTULO 1

Las gotas de agua resbalaban por la piel bronceada, marcando cada surco de músculos definidos, mientras Knox salía del mar. Con el pulso todavía acelerado por el ejercicio, dejó la tabla de surf sobre la arena y agarró el termo de agua. Dio varios tragos largos, al tiempo que el sol del amanecer bañaba con fuerza la costa este australiana. El magnate procuraba salir a surfear cuando el clima o la marea lo permitían, si eso no era posible entrenaba boxeo en el gimnasio. Lo importante era hallar la forma de combatir los días habitualmente estresantes en la oficina. Como socio y gerente financiero de la firma de capital privado Aussie Equinox, las decisiones que tomaba eran medulares para la estabilidad y éxito de las inversiones que realizaban. Si bien el CEO de la empresa y uno de sus mejores amigos, Gabriel St. James, sabía cómo trazar una buena estrategia, las finanzas implicaban revisiones extras y dependían de Knox.

Sin embargo, no solo estaban en juego las ganancias y el éxito de la compañía, sino los salarios de cientos de empleados. Pero más allá del trabajo, Knox también necesitaba alejarse de la turbulencia que solía agitarlo cuando recordaba el porqué ahora gozaba de tantos privilegios desde su nacimiento. La anterior era la explicación a su contradicción, justificada, con respecto a la imagen que tenía de las mujeres.

En ocasiones les otorgaba el beneficio de la duda: que estaban interesadas en él, sin importar su apellido, conexiones y cuenta bancaria; pero sus amantes solían desmontar esa idea con celeridad. Eso provocaba que él reafirmase la mala opinión que solía tener sobre ellas, al menos en ámbitos personales. En otros momentos, casi la totalidad de las veces, consideraba a esas amantes parte de un intercambio banal, y luego cortaba de raíz cualquier contacto. Solía darles un número falso o fingir, a pesar de su privilegiada

memoria, que confundía sus nombres. Ellas no eran sus amigas. Quizá, por el modo en que las trataba, podrían llegar a pensar que eran diferentes a las otras. La anterior era una terrible equivocación de juicio, pero no era culpa de él.

Si acaso no comprendían que el *affaire* había concluido y lo buscaban en Aussie Equinox, sus abogados les advertían con demandarlas por acoso y, además, el personal de seguridad las escoltaba fuera del edificio. Knox no se complicaba la vida.

El modelo de vida que aprendió de lo que era una relación de pareja no fue el mejor. Cuando conoció a Catherine, la forma en que ella se desenvolvía y el aplomo con el que actuaba llamaron su atención. En un inicio se trató del interés por una propiedad que le pertenecía a ella. Aunque conforme pasaron las semanas decidió disminuir su cinismo, aquel que otros no eran capaces de ver porque él lo disfrazaba muy bien. Su actitud desenfadada era un excelente distractor de lo que realmente se ocultaba bajo esa fachada que parecía inofensiva: una mente calculadora, siempre un paso adelante del resto, manipulación innata de por medio, observando y analizando en silencio. Pero también resguardaba episodios de frustración y rabia, inclusive decepción, que experimentó durante años. Él parecía fácil de descifrar, pero quien cometía el desliz táctico de dejarse llevar por la primera impresión cometía un error.

Tal vez, en lo relacionado a su ex, Knox no quiso —o no pudo— ver las señales. Esas pequeñas alertas que indicaban que los patrones de comportamiento que él llevaba años evitando a toda costa comenzaron, silenciosamente, a tomar forma. Eran los mismos que había presenciado una y otra vez en su padre: intentar redimir a su esposa y salvar un matrimonio que parecía condenado desde el inicio. Hasta que todo se empezó a desmoronar de una manera que provocó caos y dolor. Un caos que ahora, aunque sordo y con eco menos potente, continuaba haciendo mella en Knox.

Entre él y Catherine quedaban cabos sueltos.

Lo cabreaba dejar asuntos sin concluír, pero sabía que más pronto que tarde sus caminos volverían a cruzarse. Que ella lo odiase y se

hubiera mudado de continente, después de dejarlo plantado, le parecía cómico. Él tuvo sus razones para irla a buscar a Nueva York. La tristeza que sintió al volver a Australia no tuvo relación con haberla encontrado con otro hombre. Aunque Gabriel, cuando le preguntó sobre ese viaje, pudiera haber asumido lo contrario. Knox habría hecho una aclaración al respecto, pero su mejor amigo estaba liado con sus propios asuntos, así que dejó pasar la ocasión. Le daba igual lo que la sociedad asumiera sobre su vida, y por eso no daba pie a que temas personales se convirtiesen en tema de discusión. Prefería la reserva.

Con su grupo de amigos cercanos sí era distinto, pero intentaba ser el mediador y ayudarlos a resolver problemas, en lugar de ser el centro de un escrutinio. La mayoría de las veces se salía con la suya. En general, Knox gobernaba su vida con un código de ética regido por sus propias reglas, así que —por esa razón— no encontraba impedimento para estrechar manos con personas de dudosa reputación. Entender cómo danzaban las serpientes o los lobos no lo hacía uno de ellos, pero sí lo convertía en alguien más listo al ver cómo se movían otros hilos de la compleja madeja comercial. Knox prefería mantener su abanico de posibilidades abierto y no juzgaba basándose en blanco o negro. Para él, existían matices con los que se podían negociar.

¿Acaso merecía que Catherine lo hubiese plantado en el altar, entre la crème de la crème de la sociedad? A ojos ajenos y según la versión de la historia que él no se molestaba en desmentir, ni en corregir —inclusive ante sus amigos más cercanos—, sin duda. Pero bajo el espectro de la verdad, esa que él prefería silenciar, no. Nadie lo consideraba un santo, pues su reputación señalaba lo opuesto: un millonario desalmado en temas corporativos. Lo que sí era una certeza —incluso entre sus competidores más férreos— era que Knox poseía integridad como empresario, y asumía sus errores con la misma firmeza con la que tomaba decisiones impopulares o poco ortodoxas. En el plano personal todo resultaba distinto. Él no era proclive a abrir su Caja de Pandora para compartir el contenido: despojos vergonzosos que salpicaban sus recuerdos. Quizá, sus

mejores amigos —a los que conocía desde la escuela— oyeron rumores alguna vez, retazos de alguna historia turbia. Pero nunca los escuchó insinuar que supieran lo que realmente sucedía detrás de los Wentworth.

Una ola rompió cerca bañando sus pies.

Knox miró la hora en su reloj Richard Mille.

Le quedaba el tiempo justo para desayunar y ducharse.

Aunque llevaba una hora en el agua procurando ejercitar su cuerpo y despejar la mente, el mar no había logrado disolver la desazón que lo carcomía. Knox buscaba en la adrenalina una vía de escape: necesitaba el vértigo para silenciar el pasado. Pero en los últimos días ni el paracaidismo, ni el buceo en aguas profundas, ni las carreras en moto o el *bungee jumping* anestesiaban tolerar esta época del año. Tanto así que habría deseado que desapareciera del calendario. La reunión familiar era como la cuenta regresiva al infierno. Cada encuentro le recordaba que el legado Wentworth estaba manchado de secretos y dolor: los suyos. Nadie podría saber hasta qué punto temía haber sido el verdadero detonante del desastre que marcó a su familia.

Hasta entonces, estaba condenado a llevar esa losa de acero en la conciencia.

Pero antes de que los eventos fatídicos coparan su mente, lo interrumpieron.

—¡Creía que estabas de viaje en Kuala Lumpur! —exclamó una voz conocida.

Al instante, la mujer rubia que sostenía una tabla de surf se acercó a él, sonriendo.

Knox poseía una vida social bastante dinámica, pero prefería la tranquilidad de su mansión de doce millones de dólares en Freshwater. Desde allí caminaba a la playa en minutos y llegaba a la oficina en media hora, en coche. A veces iba en motocicleta.

—Birdie —dijo como saludo. La mujer no dudó en darle un abrazo —, ¿qué tal estás? —preguntó sin desear escuchar de verdad la respuesta—. Regresé el martes, así que estoy tratando de retomar el ritmo con las olas. Por hoy ya he terminado.

A él no le gustaban los acercamientos súbitos de afecto, en especial de personas que conocía, pero que no representaban nada importante. Que él fuese amable y tratara bien a las mujeres, no implicaba que le agradaran esta clase de gestos. Birdie y él tuvieron varias oportunidades de acostarse juntos, pero Knox las ignoró a propósito. Que fuese su vecina volvía la situación complicada, porque podría dar pie a malos entendidos de los que sería imposible librarse al vivir tan cerca. En general, cuando él decidía estar con una mujer su intención consistía en follar y pasarla bien, jamás cortejarlas o que sintieran que podría existir algo más que un intercambio físico. Si ellas decidían malinterpretar su cortesía, ya no era su problema ni responsabilidad.

—Me encanta que hayamos coincidido hoy —le hizo un guiño—. Quería enviarte un correo electrónico a Aussie Equinox, algo más formal, pero aprovecho en decirte que mi estudio de arquitectos ganó la licitación para remodelar parte de tus oficinas. ¿Acaso no es increíble? No podía decirte antes que Diseños Monarch aplicó a la apertura de plazas, porque habría sido pretender que me dieras preferencia —soltó una risa coqueta—. Realmente estoy entusiasmada con el proyecto —expresó.

El magnate elevó la comisura de los labios con la misma facilidad con la que podía calcular fracciones numéricas de proyecciones de superávit en la oficina. Pero era parte de su actitud encantadora, aunque no pretendiera serlo; casi resultaba algo automático, mas la gente no notaba la diferencia cuando estaba siendo genuino o no.

—Suena bien por tu empresa, Birdie. Al tener pocos años en el mercado implica que tienes una visión de trabajo que hace una diferencia entre otras compañías similares —comentó. Se puso la camiseta. La tela se pegó a sus músculos, tapando algunos de sus tatuajes. Un fotógrafo de GQ Australia habría hecho un buen negocio

si lo hubiera visto en ese momento; no habría dudado en proponerlo como portada.

La mujer lo observaba como si él fuese un bocado, y ella estuviera famélica.

—Si no alcanzáramos a desarrollar algún detalle en horarios de oficina —sonrió acortando la distancia que Knox ya había marcado—, no tendría inconvenientes en recibirte en mi casa. Estarían mis colaboradores presentes, claro —se apresuró a agregar al notar la expresión distante de Knox—. ¿Qué te parece?

—Siempre prefiero mantener los negocios lejos de mi entorno personal —expresó con una sonrisa. Guardó sus pocas pertenencias con eficiencia en una bolsa. Después agarró la tabla de surf y la sujetó bajo el brazo—. Nos vemos en otra ocasión.

Birdie ladeó la cabeza, sonrojada por el sutil rechazo.

—Solo era una idea, Knox... Quiero que el proceso sea ágil para ambas partes —expresó tratando de salvar su orgullo por el día. Eso no implicaba que iba a darse por vencida con ese hombre—. Este contrato es un gran respaldo para mi empresa.

—Estoy seguro de que es así. Tendrás que hablar la mayor parte del tiempo con el encargado de estos procesos y quien contrata: recursos humanos —comentó.

Knox, a sus treinta y cinco años, contaba con suficiente experiencia con el sexo opuesto, pero había pasado mucho desde que alguien hubiera logrado de verdad despertar sus sentidos de una manera visceral. Ni siquiera Catherine. Pero su asunto con ella era de otra naturaleza. En el caso de Birdie, él prefería mantener la distancia.

—Espera —continuó la rubia, esa mañana llevaba un bikini azul pequeñito. Knox la miró por sobre el hombro—. ¿Te gustaría venir a cenar conmigo esta noche? —preguntó en un tono vulnerable—. Una botella de vino. Solo como amigos…

—Gracias, pero ya tengo un compromiso. Además, prefiero no mezclar asuntos profesionales. Suerte en tu hora de surf, espero que

tengas buenas olas. Te veo alrededor —dijo con indiferencia. Después, sin decir más, se alejó para ir a casa.

Knox no solía rechazar una invitación disfrazada bajo la vieja excusa de una cena hecha en casa, menos si sabía que no volvería a ver a la mujer. Pero este no era el caso. Disfrutaba de la paz de Freshwater y no iba a arruinarla por unos orgasmos de fin de semana. Él flirteaba con naturalidad, por supuesto, pero también sabía marcar un límite, tal como acababa de hacerlo con Birdie y sin necesidad de ser grosero. Knox no se iba a la cama con cualquiera. En sus años más jóvenes, mitad de sus 20´s, sí aprovechó a gusto la novedad de saberse atractivo; no tenía filtros y estaba ávido de experimentar con cualquier mujer que agitara sus hormonas y libido. Pero con el paso de los años y la madurez, las elecciones que hacía eran más selectivas.

Knox terminó su rutina y puso rumbo a Aussie Equinox. Su moto surcó las calles a toda velocidad. El accidente que debió infundirle miedo a manejar esta clase de vehículos provocó exactamente lo contrario. Luego de estar en el hospital y pasar por la mesa de operaciones un par de ocasiones, las ganas de desafiar la mortalidad tan solo se acrecentó. Su terapéuta le solía decir que existía una diferencia entre ser irreverente y ser imprudente, que él tenía que comprender por sí mismo la razón de su comportamiento. La doctora Lewis le explicaba que cuando aceleraba el motor a tope, como si su cuerpo careciera de importancia, lo que en realidad hacía era castigar al niño que creció viendo algo que podría considerarse prohibido. Un niño que había comprendido el amor como algo que se venía y se escondía. Que valentía no era sinónimo de temeridad, sino que en su caso era una forma elegante de autodesprecio.

—Nadie me impide acelerar o limitarme; puedo conducir la jodida moto como quiero —había dicho durante una de sus sesiones. Solía ir de forma esporádica. La doctora era la única persona que conocía su pasado por razones obvias—. Mis posibilidades ilimitadas. La adrenalina de la velocidad pareciera volverme invencible. Aunque sepa que no lo soy —había reído— sino, no hubiera tenido ese accidente.

—Mmm, ¿y eso provoca en usted una sensación de revancha o de libertad? —le había preguntado. La mujer era psiquiatra especializada en psicoanálisis.

Knox había echado la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo del sillón negro, y había soltado una exhalación larga. La oficina tenía vista al mar y, sumado a la voz sosegada y no sentirse juzgado, le había brindado la confianza para continuar yendo.

—Las dos —había comentado, mirándola—. Cuando tuve la oportunidad de hablar, callé. Ese chico idiota no podía romper las reglas, pero ahora puede hacerlo.

La mujer de cabellos negros y gafas para ver de tono azul había hecho sus anotaciones. Después había comparado los apuntes previos antes de volver a hablar.

—No fuiste idiota, Knox, sino que en esa época estuviste en una situación inusual para un chico de catorce años —había replicado—. ¿Quién imponía las reglas?

Él había hecho una mueca.

—El contexto: lo que se hacía y no se decía. Siempre se pensaba en la imagen de la familia sin importar lo demás. El prestigio antes que la moral, porque inclusive la moral tenía un precio —había replicado en tono sombrío—. No existía pecado a menos que fuese descubierto. Porque el dinero era importante, pero más el silencio…

La mujer había hecho un asentimiento leve.

—¿Y quién era usted en medio de todo eso que menciona?

—Un espectador por obligación; uno silenciado. Me paralicé al estar en un cruce de lealtades —había meneado la cabeza con frustración, después se había puesto de pie—. Al final terminé presionando el gatillo… —había apretado la mandíbula—. Regresar constantemente a esa mierda, el peso imposible que destruyó cualquier posibilidad de estar con una mujer, sin creer que es una jodida arribista o una furcia, me causa un conflicto… ¿Qué coño puedo hacer con todo esto? Maldición.

—Pudo comprometerse con Catherine, ¿la consideraba una furcia también?

Knox había soltado una carcajada cínica.

—Le expliqué el porqué estuve con ella y la razón de que me dejara plantado. Catherine no es importante en la sesión de hoy. Tampoco el motivo de que esté aquí —había replicado enarcando una ceja—. Le hice una pregunta hace un momento.

Acostumbrada a pacientes complejos, ella había mantenido su neutralidad.

—Por supuesto. Empiece por reconocer que no fue usted quien eligió ser testigo de esas circunstancias y que no poseía el criterio de un adulto para resolver problemas de esa categoría. Que hizo lo que consideró oportuno…

—¡Me quedé varios jodidos años callado, y por no hablar mi padre murió! —había interrumpido poniéndose de pie. Había empezado a caminar de un lado a otro, pasándose los dedos entre los cabellos—. ¿Puede comprender el puto asunto?

La mujer había asentido con una sonrisa cálida, comprensiva y empática.

—Puede elegir no quedarse detenido en ese tiempo, Knox —había replicado.

—¿Y qué sugiere, que compre una cápsula de viaje al pasado y cambiarlo?

—Puede cambiar su presente siendo consciente de sus creencias erróneas.

Knox, sin estar convencido y estando más bien cabreado, había tan solo hecho un asentimiento de cabeza a modo de despedida. Después había salido de la terapia.

Él solía frustrarse en terapia, creyendo que no avanzaba, aunque su doctora veía progresos. A veces creía entender el origen de sus conductas arriesgadas y su visión sobre las mujeres, pero seguía sin encontrar el detonante que lo empujara a cambiar. Incluso cuando

intentó desafiar una de sus convicciones sobre el compromiso, el resultado solo reforzó su idea de que todas las mujeres eran iguales. No vivía de esperanzas, sino de hechos concretos, y se mantenía alerta, buscando esa señal clara —ese catalizador— que rompiera, al fin, el ciclo agotador de su pasado.

El saludo de su asistente y el sonido del teléfono de su oficina lo instaron a apartar de su pensamiento todo lo relacionado a las mujeres, al sexo, sus frustraciones personales y la maldita época del año en la que se hallaba. Knox entró a su despacho.

El ambiente era impecable y sofisticado, pero no en un modo minimalista, sino mas bien cálido. Con varias estanterías de libros —ninguno de economía, y casi todos sobre thrillers y ensayos de filosofía— el lugar poseía elementos de la más alta tecnología. Knox era aficionado a ella, y disfrutaba sumergiéndose en planes al respecto que fuesen desafiantes, porque estimulaba su mente y creatividad. De hecho, estaba trabajando con el departamento de IT en un *software* para un proyecto llamado Wide Whole, el cual consistía en crear presentaciones en AI para las desarrolladoras inmobiliarias, constructoras en general y, especialmente, empresas de arquitectura.

Lo anterior no tenía relación con su trabajo regular con CFO. Sin embargo, Knox era curioso por naturaleza y si tenía la oportunidad de explorar un campo diferente al regular, lo hacía. En especial si, a la par de aprender y abrir otras líneas de crecimiento profesional, podía generar beneficios económicos para Aussie Equinox. Pero, más allá de asuntos novedosos, también existía un área más bien clásica que Knox solía tener siempre como un referente. No solo para cultivar su mente, sino porque le permitía tener ratos de solaz, entretenimiento y breves fugas de lo cotidiano.

Las novelas policíacas, thrillers complejos, en algún momento de su vida llegaron a ofrecerle todas aquellas alegorías tétricas, retorcidas, gore, y con un ritmo vertiginoso que reflejaron su realidad. Sentía que en los libros sus emociones parecían estar narradas con precisión; los actos de violencia que no podía cometer

en la vida real, los observaba en su mente siendo ejecutados en diferentes formas. Leer siempre fue su manera de evadir, porque existía otro mundo que empezaba al abrir una página, y acababa al cerrarse. Se podía volver, insistir, despotricar, reflexionar, todo a la vez. Pero últimamente no tenía tiempo de tomar diez o quince minutos para leer un rato.

Knox abrió la bandeja de entrada de su correo.

Los primeros mensajes los despachó con rapidez. Su actitud afable cambió a una de irritación al leer la notificación de que su vicepresidente financiero, Miles Landish, había registrado de forma errónea una donación millonaria. Landish jamás le consultó a Knox sobre ese rubro específico. La jodida equivocación había activado una auditoría de ATO, la oficina de impuestos. Aún no se consideraba una crisis, pero para el CFO —que era metódico y cuidadoso con los números— la simple sospecha contra Aussie Equinox ya era una afrenta. Ahora tendría que postergar otros asuntos para tomar el control de este. Dos golpecitos firmes en la puerta lo desconcentraron.

—Perdona, Knox —expresó Dhalia, la asistente ejecutiva, desde el umbral de la puerta. La mujer llevaba años trabajando con el magnate—. Lamento interrumpir, pero tienes una reunión con Gabriel en la sala principal. El grupo Stak va a darles los pormenores para analizar el proceso de inversión en la nueva ruta hotelera de Cairns.

El magnate apartó la mirada de la pantalla.

Esbozó una sonrisa amable, porque Dhalia no era culpable de su estrés.

—Bien —murmuró pasándose los dedos entre los cabellos. Su asistente era una mujer de sesenta años, eficiente y muy dinámica —. Por favor, agrega a mi agenda del día, una reunión urgente con Miles. —Ella asintió—. ¿Qué más queda pendiente?

—Hoy es la presentación de su sobrina, Marlin, en la obra de teatro de Peter Pan. Se llevará a cabo en el auditorio de la escuela, a

las cuatro de la tarde, y la niña hará de Campanita —expresó revisando el iPad—. Su hermana, Lynda, me pidió que le recordara que no acepta que se pierda un evento de la pequeña, porque le hizo una promesa de que asistiría y que debe cumplirla —se aclaró la garganta— y también insistió en que le dijera que fuese sin compañía femenina —concluyó con suavidad.

Knox se recostó contra el respaldo de la silla de cuero blanco. Su hermana era cinco años menor a él, no tenían la misma madre, y se llevaban estupendamente. Lynda estaba casada con un importante banquero con el que tenía dos hijos. Una niña de siete años, Marlin, y un niño de seis, Robbin. Knox adoraba a los pequeños, pero apenas tenía tiempo para visitarlos. Esta era la única parte de la familia con la que se sentía a gusto. Claro, eso no implicaba que le confesaba sus secretos a Lynda.

Él no podía darse el lujo de perder la confianza de su hermana.

Si no hubiera sido por su cobardía, probablemente ella todavía estaría disfrutando de quien siempre dijo que fue su persona favorita: el padre de ambos. Pero Knox procuraba no abrir la cortina que daba paso a las memorias recubiertas de bruma. Porque era esa última la que tintaba sus sueños para convertirlos en pesadillas.

Por otra parte, él jamás llevaba mujeres para conocer a su hermana o sobrinos. El comentario de Lynda era uno que solo Knox comprendía: ella quería presentarle a una de sus amigas. En pocas palabras, continuar su insistente cruzada de ser Cupido.

Después de algún evento de los niños, ella solía pedirle que fueran todos a alguna cafetería para celebrar con dulces y té. Una vez que estaban en el local, Lynda le comentaba todas las virtudes de una de sus amigas solteras y que estaba por hacer su aparición en la breve celebración. Ella era romántica incorregible y, en especial desde el desastre con Catherine, parecía haber asumido que su hermano mayor necesitaba ayuda en el departamento sentimental para olvidar el plantón en el altar.

De hecho, pensaba que tenía el corazón roto. Knox tan solo seguía el juego y se mostraba atento con la mujer que Lynda le

presentaba. Pero la mayoría del tiempo enfocaba la atención en sus sobrinos, hablaba con su cuñado, y se marchaba solo. Lo anterior implicaba, sin duda, una llamada de reclamo de su hermana, al siguiente día.

—Carajo —murmuró por lo bajo— mi cerebro es un hervidero de temas por resolver. Creía que la presentación de Marlin era el próximo jueves —meneó la cabeza y revisó el móvil. Tenía cuatro llamadas de su hermana. Cuando se concentraba en algo, no se distraía con el entorno—. Pídele a Gabriel que atienda solo la reunión con el asunto hotelero, y yo le entregaré los análisis financieros por email. Mañana tengo una entrevista con un periodista de Economics Growth, procura que la sala principal esté disponible. —La mujer asintió—. El tema con Miles es impostergable. Llámalo.

La mujer asintió. Los cabellos cafés se agitaron con el movimiento.

—Por supuesto, Knox, reajustaré todo y hablaré con Miles —expresó.

Lo llamaba por su nombre, porque era lo que él prefería y también era parte de la cultura corporativa. En la empresa, los empleados solían acudir a Knox antes que al CEO, porque no sabían lo que Dhalia sí conocía: su jefe también podía tener momentos explosivos y, en caso de ser necesario, resultaba implacable. Despedía, cancelaba contratos o llevaba a alguien a juicio. con la misma calma con que tomaba un té caliente. A diferencia de Gabriel —el CEO—, Knox no necesitaba levantar la voz para marcar un punto. Su peligro radicaba en el silencio de su sonrisa. Gabriel, en cambio, prefería la hostilidad abierta. Ambos eran respetados y apreciados a la par.

—Gracias, Dhalia. ¿Algo más? —preguntó el hombre.

—Me pidió que separara una mesa para dos en el restaurante *LuMi Bar & Dining* , en la zona de Pyrmont —comentó leyendo sus notas—. ¿La mantengo o cambió de fecha? —preguntó sin hacer mayor aclaración. Ambos sabían que se refería a la actual encargada de una empresa editorial, y que Knox tenía intención de adquirir.

Todavía quedaban pequeños detalles por finiquitar, pero se consideraba ya un hecho.

—Sí, pero tiene que ser a las nueve en lugar de las ocho de la noche —pidió —. Envíale un mensaje a la asistente de Morgana y actualízale el nuevo horario.

—Perfecto, me encargaré de ello —replicó con un asentimiento.

—Si eso es todo, Dhalia, puedes marcharte. Gracias.

Al instante, su asistente salió y cerró la puerta detrás.

Tres meses atrás, mientras evaluaba junto a Gabriel una posible inversión en Grupo Gregorian, una empresa dedicada a exportación de mariscos y logística industrial, descubrió que el grupo también financiaba una editorial, Wax & Ink. La junta directiva anunció que planeaban cerrarla por considerarla un proyecto fallido.

Pero Knox decidió que quería esa editorial como parte del trato. Lo concebía como un desafío. Esto último era algo que a él le encantaba: convertir un elemento defectuoso en un diamante que brillara con imponencia. Además sería una línea de negocios muy diferente a la que estaba habituado a llevar usualmente, así que lo sacaría de su rutina mental regular. Entendía que Morgana hubiese creado la editorial como un pasatiempo, y quizá mantendría esa idea, aunque con un enfoque de éxito. Su primer paso sería depurar la nómina de empleados e implementar cambios drásticos. Siempre había personas que carecían de la experiencia y que entorpecían los procesos.

Knox disfrutaba el poder, y vincularse al mundo editorial podría darle la entrada a una influencia silenciosa y que abría puertas que la reputación empresarial no podía garantizar. Esa influencia se traducía en la cultura, manejada y diseñada desde dentro: accesos, manipulación, influencia, mejora o ruptura de contenidos; diálogos de otra corriente que también movía opiniones y tendencias de modo sutil.

Todo lo anterior era poder puro, en especial en las manos correctas. Las suyas.

Pero en las siguientes horas no iba a perder el tiempo pensando en Morgana o la editorial. En su panorama había asuntos más urgentes. Miles tenía que darle una explicación. Así que durante cuarenta minutos trazó nuevos límites y expectativas laborales para su vicepresidente financiero. Fue tiempo suficiente también para darle un ultimátum e incrementar los controles sobre su gestión. El hombre se disculpó con argumentos sólidos, pero también matizados de preocupación y prometió que resolvería lo antes posible el error con la agencia tributaria. Knox, imperturbable —aunque por dentro bullía de enfado— le recordó que, a pesar de que sus colaboradores fuesen brillantes y con amplia experiencia, todos eran prescindibles. Enfatizó que ser flexible no implicaba que toleraría errores de novatos en un vicepresidente. Al terminar la reunión con Miles, Knox continuó con otros temas.

Faltaba una hora para las cuatro de la tarde cuando la puerta del despacho se abrió sin más. La figura alta y de aspecto autoritario de Gabriel apareció en el umbral.

—Tengo un inconveniente —expresó el CEO, sentándose frente a él.

Knox enarcó una ceja y envió la aprobación para la compra de nuevos ordenadores. Estaban realizando una renovación de equipos informáticos en la empresa. El gasto era muy alto, pero, con la competitividad del mercado, necesario.

—Qué alegría verte, Gabe, siempre es encantador cuando me interrumpen los procesos que requieren alta concentración —dijo con sarcasmo, cruzado de brazos.

El hombre de cabellos rubio oscuro se pasó la mano sobre el rostro e ignoró el tono de la réplica de su mejor amigo. Tomó una inhalación para intentar Lyndarse.

—Aubrey irá a una fiesta con su mejor amiga —expresó como si estuvieran arrancándole una muela. Al igual que Knox, Gabriel no hablaba de sus temas personales, aunque podía acercarse a comentar sobre un punto específico si estaba muy contrariado como, al parecer, era este caso—. Aunque la ciudad parece segura, ella ya

ha tenido situaciones en las que estuvo en riesgo —farfulló—. Mierda.

Knox frunció el ceño. Su socio estaba enamorado de la mujer con la tenía un *affaire*, pero el idiota seguía negándose a ver la realidad. Aubrey Blackeney era la asistente personal de Gabriel, y entre ese par tenían una historia bastante compleja.

—Si tanto pregonas que es una aventura, entonces eso no debería importarte, ¿no crees? Ella puede cuidarse las espaldas, pues es una mujer adulta y con criterio —replicó y se incorporó de la silla. No quería llegar tarde a la obra de su sobrina. Quizá, en esta ocasión, Lynda habría invitado a alguna amiga que sí lo tentara lo suficiente.

Gabriel apretó los dientes y se frotó las sienes.

—Le dije que le enviaría al chofer para que pasara por ella y su amiga —expresó frustrado—. Demonios, Knox, detesto todo este torbellino extraño que está pasando por mi vida. Nunca pensé que… —meneó la cabeza—. Es todo confuso.

El CFO de ojos verdes agarró la chaqueta gris oscuro y se la puso.

—Si tanto te preocupa su bienestar, entonces haz lo más coherente: dile que irás con ella. ¿Qué tal esa solución? Así podrás estar a su alrededor en el caso de que pudiera estar en peligro —preguntó con ironía, porque Gabriel era afilado para detectar actitudes estúpidas en otros, pero cuando se trataba de sí mismo no era igual.

—No es como si tuviera que pedir permiso, coño —dijo. La imagen de otro hombre flirteando con Aubrey, lo cabreaba—. Tan solo que nuestra relación no es…

—Gabe —interrumpió Knox mirando la hora—, no seas obtuso. La solución es fácil, pero si no la descubres hasta el día de esa fiesta, te daré un jodido sermón.

Gabriel soltó una risa sin alegría. Él y Knox se conocían desde pequeños. El grupo de amigos era de seis amigos: Chase, Jesse, Oleg, Knox, Gabriel y Calder. Este último había fallecido en un brutal

accidente marítimo cuando eran más jóvenes. El evento los marcó a todos de un modo distinto, y volvió al grupo mucho más unido.

Los socios de Aussie Equinox eran los más cercanos entre sí. Cada uno cargaba a cuestas su propia mochila con bagaje emocional pesado. Respetaban sus espacios y sus silencios, pero si de parar la mierda del otro se trataba no se quedaban callados.

—Jamás me había hallado en una situación como esta, joder —farfulló. Sus ganas de hablar de esta clase de temas acababa de expirar—. No soy relajado como tú en estos temas de mujeres, Knox —expresó—. Todo es una puta complicación.

—Un poco de diversión, menos ceños fruncidos y más flexibilidad, todo eso en conjunto, sería un excelente pack que necesitas ejercitar, Gabe —dijo Knox, porque su amigo no tenía idea hasta qué punto su comentario, sobre él y las mujeres, estaba errado. Para corregirlo tendría que contarle sobre asuntos que lo contrariaban, y no le apetecía hacerlo, menos cuando estaba a punto de ver a sus sobrinos—. Si en realidad no quieres que Aubrey baile con otros, ¿acaso no preferirías que baile contigo? —preguntó en un tono que sabía que a Gabriel lo cabreaba: suficiencia. Pero su pasatiempo era sacar de quicio a su mejor amigo—. Entonces sé ese otro, Gabe.

Sin más, Knox le dio una palmada en el hombro y salió hacia el centro.

El sábado por la noche, Knox consideró llamar a Lily, la amiga que su hermana le presentó después de la actuación de Marni. Habían tenido una charla interesante, la mujer era bonita, pero él acortó su interacción de forma súbita para regresar a la oficina. El departamento de IT tuvo una complicación con el proyecto Wide Whole —una iniciativa de Knox—, así que él no dudó en ir a revisar los pormenores. Una vez que todo estuvo bajo control, cerca de las nueve, lo que más necesitó fue dormir.

El viernes tampoco le ofreció un respiro. Junto a su mejor amigo viajó a las afueras de Sídney para visitar una bodega de vinos, cuyo dueño buscaba que Aussie Equinox se sumara como socio estratégico. Pero el hijo de perra les presentó unas proyecciones de ganancias que Knox, con su experiencia y ojo entrenado, notó que no coincidían con los documentos enviados antes de la reunión. Fue tiempo perdido.

Así que Knox estaba ahora en un punto en el que ni la adrenalina del surf ni el gimnasio iban a lograr apaciguar su mente convulsa. No encontraba sentido en ir a las siete de la tarde de un sábado a ejercitarse. A ese agobio, le sumaba las llamadas perdidas de su madre. Athina Wentworth era, probablemente, la última persona a la que deseaba oír o sobre la que necesitaba saber. Bastaba ver su nombre en la pantalla del móvil para que se le arruinara el humor y una rabia antigua, inevitable por cierto, le recorriera el cuerpo. Por eso —aparte de los factores laborales— llamar a Lily y desahogarse, a través del placer, le parecía una alternativa bastante conveniente.

Aun así, Knox optó por agarrar una botella de vino.

Si bien Lily era atractiva, la idea de follar con ella —agobiado o no —, a medida que pasaban los minutos, le parecía menos tentadora. Quizá tenía que ver el hecho de que Lynda le hubiera mencionado que Lily estaba desesperada por ser madre. Knox, bajo ninguna circunstancia, se creía en la capacidad de asumir una responsabilidad tan grande. Sí, tenía treinta y cinco años, pero su bagaje familiar le impedía confiar en que una mujer no arruinaría la vida de un hijo. El daño causado por Athina era irreparable. Se preguntaba si acaso él arrastraba una deuda que jamás firmó, pero que el destino se empeñaba en cobrar con intereses. «¿Acaso no era merecedor de una tregua... ?».

No era un hombre de excesos, pero el alcohol lograba apaciguar sus demonios ocasionalmente y por un breve instante. Abrió una botella de Dalmore, un whiskey de veinte mil dólares, y sirvió un generoso vaso. Bebió a gusto varios tragos. Lo hizo con lentitud, disfrutando el tono e intensidad. El líquido exquisito le quemó la

garganta. Al terminar, Knox soltó una larga exhalación y sintió la tensión disminuir. Un poco. Antes de que empezara a transitar las aguas turbias sobre Athina, el teléfono lo alertó de un mensaje de texto. A regañadientes se apartó de su cómodo sillón y agarró el iPhone. Frunció el ceño al ver el remitente. Deslizó el dedo sobre la pantalla.

Gabe: *Necesito que hagas un estudio urgente de un negocio. Tengo dos horas.*

Knox: *¿Por qué habría de acceder a algo como aquello?*

Gabe: *Joder, porque tengo que ir al bar en el que está Aubrey.*

Knox: *¿Y para eso necesitas un análisis financiero? Y pensar que el que está empezando a beber soy yo… *emoticón ojos hacia arriba**

Gabe: *Voy a comprar el bar en el que está ahora mismo. Así, ella siempre tendrá un lugar seguro por si quiere ir de fiesta con sus amigas, y yo podré tener la certeza de que está a salvo.*

Knox: *Eso que comentas es algo muy parecido a algo que comienza con A…*

Gabe: *No tengo tiempo para estupideces. La inversión sería mutua de Aussie Equinox, así que recibirás un dividendo como siempre del cincuenta por ciento. Un negocio rápido. Redondo.*

Knox: *Esta vez lo vamos a hacer diferente. Como estás interrumpiendo mi paz mental, un sábado nada menos, si compras ese bar quiero el sesenta y cinco por ciento. ¿Trato hecho?*

Gabe*: …*

Knox: *No debe ser tan difícil, a menos que quieras que Aubrey continúe yendo a sitios "peligrosos". Nadie te dará informes de riesgos, precisos por supuesto, y en tan poco tiempo como yo.*

Gabe: *Voy a cobrarte todas estas mierdas algún día.*

Knox: *Al menos te impulsé a buscar una solución: ¡Vas a comprar un bar! No sabía que esta era la clase de demostración romántica de*

la que eras capaz. Wow.

Gabe: *¿Vas a hacer ese análisis o no?*

Knox: *Sesenta y cinco por ciento *emoticón guiño**

Gabe: *Tenemos un trato. Pero como será un negocio mutuo, entonces vas a arrastrar tu trasero a ese bar. Luego vas a firmar el contrato conmigo. Llamaré al abogado.*

Knox: *Creo que Aubrey podría ser mi nueva arma para obtener mejores porcentajes en nuestras próximas asociaciones e inversiones, mi buen amigo.*

Gabe: *Mantente alejado de ella. Por cierto, el tema de la fiesta es Moulin Rouge.*

Knox: *Sí. Lo tuyo definitivamente es amor. Espero que me compenses algún día por tener que tolerar todas tus idioteces y momentos obtusos *emoticón serio**

El apuesto magnate de ojos verdes dejó el móvil a un lado y fue a su despacho, aquel que utilizaba en casa cuando le apetecía un poco de soledad o eran días complejos y necesitaba paz mental. Abrió el ordenador. Lo que le pedía Gabriel era bastante fácil, aunque para otros pudiera implicar largas horas de búsqueda. En cambio, Knox solo necesitaba entrar en la web, hackear un poco —no era profesional, pero sus habilidades generales en tecnología le eran útiles— y encontrar lo que necesitaba de ese dichoso bar. Gabriel le acaba de enviar también un correo con los datos básicos y el nombre del local. Pronto, el cerebro de Knox empezó a trabajar a toda velocidad y a hacer correlaciones numéricas con las estadísticas. Sus dedos volaban y su mente afilaba conectaba datos con la precisión de un francotirador.

Knox no podría llegar a imaginar que acompañar a Gabriel a ese bar —para que lograra lo que sea que tuviera en mente con respecto a Aubrey— terminaría llevándolo a él a un desvío inesperado. Un camino que que lo guiaría al inicio de algo muy parecido a la compensación que, durante años, siempre le reclamó al universo.

Por supuesto, los astros poseían una perspectiva peculiar y no iban a dejar que Knox saliera indemne de un desafío. Uno diferente de aquellos que él parecía conocer o descifrar con pasmosa agilidad. Esta vez sería diferente, porque llegaría en la forma de una belleza indomable que, al igual que él, también guardaba sus propios secretos.

Un desafío hecho a su medida. ¿Lograría comprenderlo y estar a la altura?

CAPÍTULO 2

No rechazaba la posibilidad de hacer algo más que solo bailar, con los hombres que se le acercaban esa noche, porque fuese tímida. La verdad era que no encontraba esa chispa que encendiera, en un modo visceral, su curiosidad de una manera distinta. Algo que la impulsara, realmente, a arriesgarse y soltar los frenos de la cautela que la solían contener. La falta de originalidad de quienes intentaban ligar con ella la aburría, y estaba cansada de las frases trilladas de los chicos de su edad. Tal vez, un factor que influía era que las circunstancias de su vida la obligaron a madurar con más rapidez —además de la crianza de sus padres, entre libros y personas más adultas—, y por eso le costaba un poco más empatizar con la mayoría de sus contemporáneos.

Clarissa no sabía si debía considerar una suerte el no haberse enamorado nunca, o si aquello era tan solo el inevitable resultado de no haber logrado conectar, en profundidad, con alguien del sexo opuesto. Que desconfiaba de los hombres, y que eso provocaba que no se entregara por entero, era cierto. No obstante, ese escenario tenía un origen, uno que arrastraba desde hacía tiempo: los miedos vivos que parecían cicatrices que no lograban cerrar por completo. Miedos que llevaban siete años anidados como un veneno sutil, pero potente, que se negaba a abandonarla.

En los últimos años no recibió llamadas, correos ni advertencias directas de quienes alguna vez le exigieron guardar silencio. Pero nada de eso era necesario, pues la estela oscura de la primera amenaza fue demasiado traumática y brutal para olvidarla. Clarissa era consciente de que había vivido episodios que pocas personas de su edad llevaban a cuestas. A sus veintitrés años sabía más sobre el putrefracto mundo de los lazos de poder y las supuestas ONGs de lo que debería. Aunque detestaba que sus padres continuaran

trabajando en una de estas últimas, ella no podía decirles la verdadera razón de su malestar sin ponerlos en riesgo. Su posibilidad de tener recuerdos de adolescencia y temprana adultez libres de la hediondez de la corrupción, y niveles de bajeza humana, jamás formarían parte de sus cartas en esta encarnación.

De hecho, al regresar a Australia tuvo complicaciones para integrarse de nuevo en la secundaria y no quiso volver. Pasó varias semanas en casa y fue su mejor amiga quien la ayudó a estar al corriente de los materiales de estudio para que cumpliera las tareas. Para los días de pruebas, sus padres habían pedido una consideración especial y Clarissa iba a rendir exámenes en la oficina de la directora. Sola. En ese proceso fue Aubrey su punto de soporte principal, alquien que —al tener la misma edad— la pudo anclar a la realidad y recordarle que tenía una amiga con la que siempre podría contar. A pesar de lealtad y ayuda de ella, Clarissa no pudo explicarle la verdadera razón de los moratones o las ligeras marcas en su piel. Así que le mintió diciéndole que tuvo un accidente de coche. Aubrey le creyó porque no existía una razón para no hacerlo.

Pasó un largo tiempo, meses quizá, hasta que Clarissa se sintió lo suficientemente fuerte para decidir que no podía continuar viviendo como una reclusa y perdiéndose la vida con sus amigos. Pero también fue consciente de que no podía mostrarse de cara al público con una versión afligida o demasiado cauta. Las personas rehuían de aquellos que demostraban estar cabizbajos o se veían rotos. No solo los excluían, sino que empezaban a hacer preguntas. En cambio, si ella se mostraba alegre y chispeante, pues la verían como una adolescente despreocupada y sin problemas.

Por eso, Clarissa reforzó la versión de su actitud extrovertida de siempre, por la que era conocida, pero agregó el arte de disimular lo que sí ocurría en su interior: los ataques de pánico súbitos y la desconfianza hacia el sexo opuesto. Uno de sus mayores recelos —que aún no lograba destruir, aunque lo intentaba— era entablar una relación emocional profunda. Ella prefería escapar antes de mostrarse vulnerable.

En cuanto sentía que el deseo comenzaba a dominarla, y que su pareja buscaba algo más que repetir caricias candentes, Clarissa enfriaba el momento apartándose. La sensación que la invadía era la de estar a punto de paralizarse. Por eso, antes de que eso ocurriese, necesitaba poner distancia con urgencia. Les pedía que se marcharan o bien lo hacía ella, dependiendo de dónde se encontrara. Disimulaba el frío gélido que empezaba a recorrerle la espalda con maestría: esbozaba una sonrisa coqueta que prometía —a quien estuviera a su lado— una compensación futura a ese instante. Sus citas la miraban con frustración y trataban en vano de seducirla nuevamente. Pero Clarissa no era capaz de explicar en profundidad sus motivos. «¿Cómo podría poner en palabras lo que ni siquiera ella recordaba sin estremecerse? Era demasiado. Demasiado oscuro, demasiado duro», pensaba. Esas interrupciones en sus interludios eróticos daban como resultado que ellos lo intentaran de nuevo, sí, y luego, no más.

Aunque pudiera parecer que salía con muchos chicos, lo cierto es que no alcanzaba a llenar los dedos de una mano con el número de veces que había ido más allá de un simple beso en los labios. Solo tuvo dos novios formales. A ambos les explicó que quería ir un poco más lento y que prefería experimentar de otra manera antes de la penetración. Pero tras semanas de espera, la conclusión era la misma: se sentían rechazados cuando intentaban avanzar más allá sin éxito o explicación de por medio a la petición de Clarissa de tomarlo con calma. Frustrados, terminaron por dejarla. Uno de ellos se atrevió a llamarla frígida y le confesó, en tono venenoso, que había sido infiel. Ella en lugar de enfadarse se había reído y después lo había sacado de su vida. «¿Cómo podría enamorarse con esa clase de referentes?», se preguntaba.

Clarissa escuchaba a su libido, tan descomplicada y extrovertida, quejándose ante esta situación irritante. No tenía más que optar por el confiable compañero de baterías que tenía en la mesita de noche. Así aplacaba un poco el ardor que a veces la consumía; tenía el control, literalmente. Por supuesto, sabía que no era igual que el

tacto anhelante y ávido de un hombre, pero servía para el propósito de desahogarse.

La causa genuina por la que se paralizaba, ante la posibilidad de ceder el control a un hombre en la cama, tenía un origen específico: la historia de Nyaker. Solo imaginar que pudiera vivir una experiencia parecida a la de su amiga bastaba para nublarle los sentidos. Se obligaba a mantener su espíritu rebelde confinado entre barrotes. Quizá elegía hombres que le parecían "seguros", es decir, que no agitaban sus sentidos ni le aceleraban el pulso. De ese modo, evitaba el riesgo de exponerse a la posibilidad de perder el control irrevocablemente. El precio que pagaba por esa clase de decisiones era una punzada de vacío y que la instaba a preguntarse si, tal vez, estaba rota por dentro. A pesar de todo, añoraba la conexión con alguien especial.

La contradicción de sus miedos y sus deseos era agotadora.

Sin embargo, esta noche —mientras se dejaba envolver por el ambiente del bar y la fiesta con temática de *Moulin Rouge*— volvía a contarse la misma historia. Como si al pensarla y repetírsela podría romper con esa traba incrustada entre los matices del pasado. *Ahora solo buscaba unas horas de placer sin ataduras y a la mañana siguiente volvería a la rutina; se olvidaría a quien sea que eligiera para follar y continuaría con su vida*. Pero sabía que solo era una frase e intento fallido para convencerse de hacerlo de verdad.

A la par de la vibración de la fuerza de la música en los parlantes, el cuerpo y la mente de Clarissa libraban una batalla sin tregua. La urgencia de romper el patrón de encuentros inconclusos era tan potente como el impulso de rendirse, aunque fuera por una vez, a la posibilidad de sentir algo auténtico. Comprobar que podría existir algo así para ella, al menos una vez. Lo anterior no significaba que buscaba apegarse a alguien, mas entendía que ese podría ser un efecto colateral cuando el sexo traspasaba las barreras de las expectativas. Sin embargo, tenía claro que deseaba una conexión profunda, sí, pero que durara un instante: breve, potente y

memorable. Como probar un pastel de chocolate exquisito sin volverse adicta e intentar repetir.

Clarissa llevaba demasiado tiempo esforzándose por mantener un perfil bajo, y prefería continuar de ese modo. Inclusive no asistía a los eventos de sociedad a los que sus padres eran invitados. En otra época, la posibilidad de buscar un vestido hermoso y zapatos únicos la hubiera emocionado. La excusa bastante creíble que les daba a sus padres, para no acompañarlos, era su trabajo en la editorial. Para Clarissa, el cubículo en el que ejercía de lectora de manuscritos, *Scout*, también era un refugio.

Ella ya había renunciado a su sueño de ser fotógrafa, porque no se sentía capaz de tomar una cámara y volver a tratar de contar historias a través de su lente. Su primera gran experiencia resultó en una pesadilla que todavía la mantenía en vilo. No obstante, optó por continuar su pasión por lo artístico en un giro diferente, aunque jamás sería igual que presionar el obturador para capturar en una toma, un relato completo. La literatura era lo más cercano al arte de poder recrear imágenes, a través de palabras contadas con tonos y estilos diferentes. Por eso eligió estudiar una licenciatura en comunicación con un enfoque en publicación editorial. A veces, no solo leía los manuscritos, sino que podía colaborar en el departamento creativo.

Que la infame de su jefa se llevara los laureles, cuando era Clarissa la que descubría una nueva voz narrativa que vendía algunos miles de copias, sí era decepcionante. Pero ella valoraba más contar con una paga mensual para cubrir sus gastos y, a la par, continuar usando ese empleo para intentar encontrar una pieza importante que hacía falta en el rompecabezas de su vida. Tan solo por ese motivo toleraba ser dejada de lado para proyectos que parecían prometedores. No era mediocre, tampoco una víctima ambulante, sino alguien que se trazaba un objetivo e iba a por él sin importar el tiempo que le tomara. Miraba la vida con entereza e intentaba atravesar las barreras espinosas, aun si sangraba. Ella planeaba y ejecutaba.

Le sabía mal —a pesar de los años— no mencionarle todavía a su mejor amiga lo que en verdad provocó los moratones en su piel, al regreso de su viaje en Uganda. Aunque también se alegraba de haber mantenido silencio, porque un par de semanas después de que ambas se graduaran de la secundaria, la tragedia sacudió la vida de Aubrey de un modo brutal e injusto. Clarissa no se habría perdonado el convertirse en una razón más que afligiera a una amiga que ya tenía demasiados reveses encima.

—¡Yujuuu! Estás muy pensativa, en lugar de mover más las caderas —expresó Aubrey riéndose, dándole un ligero empujón—. ¡Vuelve al mundo del *Moulin Rouge*!

Clarissa rompió el hilo de sus pensamientos y esbozó una sonrisa.

—Lo siento, me perdí en la música —replicó de buen humor—. Estoy pasándolo tan bien. Me encanta haber aceptado la invitación de nuestro amigo Dylan. Por cierto —expresó girando un instante sobre sí misma, antes de mirar a Aubrey de nuevo—, me parece que el chico que estuvo bailando hace un rato contigo es guapo.

—Clarissa, no empieces —dijo—. Ya sabes que Gabe y yo tenemos…

—Miedo de aceptar que existe algo más que solo lujuria —completó la pelirroja riéndose. Ante el puchero de su mejor amiga, agregó—: Venga, Bree —la llamó por el apelativo cariñoso—, si viniste hoy es para disfrutar. Nos la estamos pasando bomba y hemos tenido compañeros de baile interesantes. Flirtea un poco.

La decoración del bar recreaba París de 1900, en la efervescencia del Moulin Rouge: teatral y sensual. El ambientador era una sutil mezcla de vainilla, rosas, sándalo y toques de licor; una fragancia tenue creada para cautivar los sentidos. Había cortinas pesadas y otras livianas de terciopelo rojo, espejos dorados, lámparas de araña, detalles vintage y sofás de estilo boudoir. La iluminación era cálida, luces bajas en tonos burdeos y ámbar. Los asistentes vestían acorde a la temática. Los hombres llevaban trajes con chalecos sobrios, camisas negras o blancas, y sombreros estilo fedora. Las mujeres llevaban corsés modernos, faldas asimétricas —un poco

más cortas por delante— medias de red, tacones altos y tocados diversos con plumas o lentejuelas.

—Tal como te dije hace un rato, la idea de que Gabe flirtee con otras no me gusta… Bailar, al menos como yo estoy haciéndolo, no está mal. No permito que me toquen de más. Pero dime, ¿si tú estuvieras con alguien, y hubieras acordado ser exclusivos, te gustaría que él coqueteara con otra mujer? —preguntó con un guiño.

Clarissa frunció el ceño y se tomó un instante antes de responder. Cuando hablaba con Bree solía decirle las mentiras perfectas sobre su estatus romántico: que le gustaba experimental (falso), que prefería la variedad (más falso) y que no le gustaba repetir (triple falsedad). La razón era simple: no podía contarle la razón de que todavía fuese virgen. Sabía que Aubrey no se burlaría ni la haría sentir incómoda, pero lo mínimo que podría pedirle sí sería una explicación. Lastimosamente no podía dársela.

—No lo sé —se encogió de hombros—, jamás nadie me ha importado lo suficiente para pensar en algo como eso. Logan me fue infiel y tan solo rompí con él. Quizá se trata de que estoy más enfocada en mi carrera profesional que en enamorarme. Cada persona es libre de hacer lo que le plazca siempre que no lastime al otro. Mi ex no entendió esa parte —farfulló sin ocultar su desprecio por él. Que le hubiese importado un rábano, no equivalía a que esa traición fuese aceptable—. Una sonrisa inocente o una conversación pícara no es el fin del mundo —expresó.

Aubrey enarcó una ceja. Como si no creyera del todo la explicación, pero tampoco podía ahondar demasiado porque Clarissa solía ser descomplicada en general. Salvo por aquella época en que regresó de África. Pero Aubrey y su mejor amiga tenían un pacto silencioso en el que presionaban sin causar incomodidad. Y si era necesario causar esto último, entonces tenía que ser por algo realmente válido.

—Sí, recuerdo que a los pocos días aceptaste salir con el cantante de una banda de rock —comentó Aubrey. En ese rato, ella y Clarissa

se habían desentendido de sus recientes compañeros de baile, porque les pisaban los pies, así que ahora estaban solo ellas disfrutando alegremente del ritmo de la música en medio de la animada pista—. La verdad, Clarissa, a veces siento que lo que ocurre de verdad es que tienes miedo a comprometerte con alguien. Y que prefieres escudarte en lo superfluo… ¿Es así?

La pelirroja tragó saliva, porque su amiga había dado en la diana. Optó por bajar la mirada a su atuendo de esa noche, y que estaba acorde a la temática de la fiesta. El corsé negro exponía sus pechos y hacía lucir su cintura más fina. Las medias de red eran rojas y le daban un aspecto, en conjunto decadente, sumbado a los tacones altos, así como el elaborado peinado. Se sentía desafiante, sexy y también más confiada de su atractivo. Como si ese disfraz de bailarina de cabaret la convirtiese en una persona diferente a la verdadera Clarissa: aquella que era cautelosa y menos arriesgada.

—Bree —expresó, haciéndose escuchar sobre el ruido—, no es una ocasión en la que debamos seguir con temas profundos. Lo mejor es que sigamos con…

No pudo terminar la frase, porque súbitamente la figura alta de Gabriel St. James hizo presencia y robó la atención de su amiga. Clarissa no conocía al magnate más que por una fotografía que Aubrey le mostró varias semanas atrás. Aliviada por la interrupción, les dedicó a ambos una sonrisa y optó por continuar en lo que estaba haciendo: sucumbiendo a la música. En el bar sonaba *APT* de Bruno Mars y Rosé. Su mente se centró en disfrutar la sensación plácida y relajada de los tequilas que —un rato atrás— ella y Aubrey habían consumido en la barra. Clarissa jamás se pasaba de copas en sitios públicos, porque no era idiota para exponerse de ese modo. Pero esas bebidas la hicieron sentir menos a la defensiva, más relajada y desinhibida de lo usual.

Movió las caderas, llevó las manos a los cabellos sueltos y elevo los brazos dejando su cuello desnudo por un instante. Le daba igual que le dolieran los pies o que supiera que al final de la noche tendría ampollas. El aire acondicionado, potente a pesar de tanta gente

reunida, logró refrescar un poco su piel. Esbozó una sonrisa y pensó en que solo por esa noche dejaría de temer a sus fantasmas. Consideró buscar a Dylan Mulvany, amigo en común de Aubrey y ella desde la secundaria y propietario del bar, para pedirle que le presentara a otros amigos. Quizá, si tenía suerte, alguno merecería la pena. Pronto ese pensamiento se desplazó, cuando una desconocida tropezó sin querer con ella, instándola a dejar de moverse para evitar chocar con otros.

Se agachó para recoger el móvil que se le acababa de caer por el ligero impacto y vio un mensaje de su jefa. Clarissa torció el gesto. La mujer pretendía que trabajara el fin de semana —no le pagaba extra—, leyendo un manuscrito nuevo y que entregara el resumen respectivo con observaciones para el lunes. Clarissa soltó una exhalación y guardó el iPhone en su pequeña bolsa. Lo único que hacía tolerable su puesto como lectora de textos, *Scout*, era que disfrutaba conociendo nuevas voces de escritores. En este caso, según vio el correo con rapidez, se trataba de Ryan Tuckson, un autor que tenía una voz entretenida y similar a la de Dan Brown. Eso le gustaba, pero no equivalía a que quisiera resolver la desorganización usual de su jefadzilla. Tampoco podía negarse a acatar los pedidos súbitos de la mujer, porque Clarissa quería hacerse notar como un elemento valioso en la editorial. Corrían rumores de que existía la posibilidad de que vendieran la compañía a otro grupo empresarial.

Clarissa no podía perder ese empleo, eso era vital.

A diferencia de Aubrey, cuyas circunstancias actuales eran distintas a las de antes, Clarissa sí nació en una familia de clase modesta. Todo cuanto había alcanzado: colegio de clase alta y estudios universitarios, fueron producto de consideraciones especiales por la función de sus padres en ACNUR, y por la beca completa que se ganó para sacar su licenciatura. Para ella era medular mantenerse a sí misma, pues constituía parte de su independencia y no tenía que regresar a vivir con sus padres.

No quería tampoco verse obligada —ya no habría excusas posibles para escapar— a aceptar ir con ellos a eventos en la línea de las ONGs, menos al conocer cómo algunas funcionaban de verdad. A pesar de todo, ella no había destruido sus ganas de ayudar a otros. Cada vez que podía se sumaba a los voluntarios de un centro de logística humanitaria, y ayudaba a clasificar ropas y víveres para luego repartirlos.

—No recuerdo haber visto a una mujer bailar tan bien, pero que a la par pareciera tratar de convencer al universo de que todo le importa una mierda —dijo la voz profunda, desconocida, a espaldas de Clarissa. Demasiado cerca; le erizó la piel.

Ella se sobresaltó y el embrujo de la música se dispersó.

Se giró hacia el hombre que había interrumpido ese instante. Su intención fue decirle que se metiera en otros asuntos y la dejara en paz, pero las palabras se le atoraron en la garganta al mirarlo. Alto y de hombros anchos; una nariz recta; la barbilla acentuada por una barba de cuatro días, él poseía los ojos verdes más intensos que ella recordaba. Parecía como si el mismísimo Bernini lo hubiera tallado en mármol vivo y hubiera marcado una fuerza indómita que parecía contenida. El cabello no era largo, y el corte era en capas desordenadas que le daban un aspecto sexy. Real.

Él no estaba vestido acorde al Moulin Rouge. «Seguro es alguien que prefiere marcar las reglas, en lugar de seguirlas», pensó. Ella estaba convencida de que un traje del siglo XIX habría aumentado el atractivo masculino, dándole un toque decadente.

—¿Es que acostumbras a observar a muchas mujeres bailando? —preguntó Clarissa cuando su cerebro decidió que quedarse muda era pésima opción. Lo vio sonreír e hizo lo mismo de forma natural—. Además, me parece de mal gusto abordar a alguien como acabas de hacerlo. A menos que quieras afrontar las consecuencias.

Él se llevó una mano al pecho, fingiéndose arrepentido, y le hizo un guiño.

—He empezado equivocadamente la noche con mis modales, pero debo advertirte que tengo un máster en comentarios inapropiados y una especialidad en detectar mujeres con una sensualidad única e innata —replicó dando un paso más hacia ella—. Debo agregar que dicha especialidad la acabo de adquirir en este instante.

Clarissa soltó una carcajada. Su cautela habitual no había desaparecido, solo estaba agazapada, en algún rincón de su mente susurrándole, una advertencia: ese no era un hombre que entraba en la categoría "seguro" o "simple". Todo lo contrario.

—¿Ese enfoque te suele funcionar con todas? —preguntó arqueando una ceja.

Sus tacones parecían anclados a la pista de baile. Todos se movían, menos ellos. Lo curioso era que ni siquiera le importaba. Los demás de repente sobraban y hacían ruido. Aunque estaba vestida, los ojos del apuesto hombre parecían estar despojándola silenciosamente de cada prenda. Él ni siquiera se había acercado del todo, pero la energía entre ellos cambió, cargando el aire con una densidad peligrosa.

—Repetirme no está dentro de mis cualidades, y no pretendo cultivar tan innecesario talento —replicó burlonamente y luego extendió la mano—. Soy Knox.

—Un nombre poco común. No me gusta asumir detalles sobre otras personas, al menos si apenas las conozco, pero quizá tu nombre y tu personalidad vayan de la mano —murmuró y Knox soltó una carcajada, profunda, tan exquisita como sentir una cucharada tibia de Nutella en la boca—. Me llamo Clarissa —dijo mirándolo.

Se sonrojó de su propia irreverencia. «¿Qué le pasaba? Ella solía soltar esta clase de comentarios y no darles importancia». Al estrechar la mano de Knox, un estremecimiento recorrió su piel. No era la primera que le sucedía con alguien, pero sí la única en la que el impacto no se desvanecía a los pocos segundos. Tragó saliva.

Cuando intentó apartarse, él no se lo permitió. Clarissa enarcó una ceja ante el gesto sutil, aunque posesivo. No sintió ganas de

apartarle la mano, sino lo opuesto.

—Si no quieres continuar peleándote a solas con el universo, en esta pista de baile, ¿qué te parece si le das unos minutos de tregua y bailas conmigo? —preguntó.

Clarissa volvió a reírse. Fue inevitable, porque él resultaba encantador.

Estaba habituada a los flirteos previsibles de los chicos de su edad, pero este hombre era diferente. Irradiaba un magnetismo quedo, como si supiera que podía dominar un lugar sin hablar. El brillo de interés de esa mirada, potente y cargada de flirteo, le provocó un cosquilleo cálido en el vientre bajo. Su respiración se aceleró.

—Dame un buen motivo para hacerlo, en lugar de buscar un sitio para descansar mis pies. O tan solo marcharme —replicó sonriente. El hombre medía más de un metro ochenta, así que ella tenía que mantener el rostro elevado para mirarlo.

Knox, al notar cómo Clarissa se mordía el labio inferior, esperando su respuesta, decidió dar un paso adicional. Acortó la distancia y la sujetó de las caderas. Ella por instinto subió las manos sobre los brazos firmes para apoyarse mejor. Él la había visto desde hacía un largo rato, después de entrar al bar con Gabriel para hacer la oferta de compra. La única razón por la cual había apartado la mirada fue que la reunión requirió su concentración. Cuando Gabriel le dijo que no iba a pasar más tiempo sin bajar a la pista y hablar con Aubrey, Knox —en lugar de volver a casa como planeó— mejor optó por acompañarlo. La razón era que la sensualidad de los movimientos de la desconocida pelirroja lo había atrapado, despertando su libido. Gabriel le dijo que ella era la mejor amiga de Aubrey, mas no mencionó su nombre.

—Creo que tu medio de transporte seguro esta noche puede estar en riesgo de evaporarse —comentó y Clarissa enarcó una ceja—. Solo sé que eres amiga de Bree.

—¿Y la razón de que lo sepas es…?

—Soy el socio de Gabriel —hizo un gesto sutil con la cabeza hacia donde estaba su amigo junto a Aubrey, ambos ajenos al resto—, y Bree trabaja conmigo. Vinimos esta noche, entre otras cosas —rio— para hacer un trato y comprar este bar.

—Oh. Los hombres con demasiado poder también tienen un ego incómodo. Comprar un bar de repente, nada menos. Sumaré la arrogancia en la ecuación —dijo. «Si era amigo de Gabriel, lo más probable es que tuviera la misma edad, es decir, doce años más que ella. La diferencia, lejos de incomodarla, le resultaba reconfortante».

Él sonrió de medio lado y se inclinó hasta acercar los labios a la oreja de ella.

—¿Qué tal si me das la oportunidad de demostrarte lo contrario? Así no tomarás la arrogancia por seguridad, ni el ego por la calma de saberse suficiente —le preguntó al oído. Si no la hubiera estado sujetando de la cintura se habría perdido el ligero temblor en el cuerpo curvilíneo—. Puedo asegurarte que no vas a arrepentirte.

Clarissa pensó en que este era el instante en el que tenía la posibilidad de echar por la borda la cautela. No quería más análisis, ni barreras, ni excusas. Este podría ser un paréntesis para ceder al clamor silencioso de su cuerpo. «Una sola noche sin más». Después, todo regresaría a su sitio. Daba igual si Knox conocía y trabajaba con Bree. Incluso si algún día volvía a cruzarse con él, sería de forma esporádica, lejana, cuando ella ya estuviera en otra etapa de su vida, probablemente irreconocible para ambos.

—Creo que un baile es imposible de concederte por ahora —expresó, y él apartó rostro para mirarla—. Mis pies piden un descanso, después de tanto moverse.

—Como ahora soy copropietario de este lugar —dijo en tono jocoso—, puedo buscar un espacio más silencioso. A menos que estés interesada en la hospitalidad de mi casa, y así podrías andar descalza un largo rato para aliviar tu incomodidad…

Clarissa sentía el pulso acelerado ante la invitación sutil, pero clara.

Este era el punto definitivo. Podía rechazarlo, seguir con su vida y fingir que nada había pasado. O podía aceptar que esa noche sería de ambos. Sin interrupciones y sin barreras. Se retaría a romper sus propias reticencias, dejándose llevar. Un hombre como Knox tendría experiencia y sabría cómo hacerla sentir bien en la cama. Ella no era una damisela del siglo XVIII preocupada por su reputación, así que no consideraba importante decirle que era virgen; bastaba con pedirle que fuese despacio, porque tenía tiempo sin acostarse con alguien. En el ardor del momento pasaría desapercibido. Clarissa había explorado su cuerpo con vibradores y otras experiencias; conocía el deseo y el alivio, pero jamás lo había compartido del todo con nadie. Esta vez podría ser diferente. No solo conocería una pasión sin reservas, sino lo que significaba entregarse con la certeza de que era lo que su instinto quería, sin frenarlo.

Llevaba demasiado tiempo presa del miedo y no le parecía justo continuar viviendo de esa manera. Estaba dispuesta a bajar sus defensas, de verdad, y marcaría su propio ritmo. No tenía idea de cómo explicarse a sí misma la certeza que tenía de que Knox no la forzaría a hacer algo que no quisiera. Lo anterior jamás, nunca, lo sintió con sus pretendientes. Quizá, eso jugó un rol fundamental en su desconfianza.

Pero la perspectiva de esta noche era sumamente distinta.

Al amanecer, no habría rastros, ni promesas rotas, ni emociones lastimadas.

Solo habría un recuerdo que, probablemente, se diluiría entre otros.

—Knox —dijo con seguridad—, llevas razón en un detalle: me quedaré sin el transporte en el que llegué con Bree. Además, a esta hora no me apetece tomar el transporte público. —Él sonrió de medio lado y extendió la mano para frotarle el labio inferior con el pulgar. Ella cerró los labios y lo mordió con suavidad, mirándolo. El tono verde de esos ojos refulgió como el caldero de un hechicero—. ¿Qué incluye tu hospitalidad, además de garantizarme que estaré descalza un largo tiempo…?

Él soltó una risa ronca, la tomó de la mano, como si fuese lo más natural.

—Escríbele en el camino un mensaje a Bree y dile que estarás conmigo o hazlo mañana —le hizo un guiño, mientras salían del bar —. Estarás segura a mi lado.

Clarissa asintió levemente. Pensó hacerlo al día siguiente, porque sabía que su amiga notaría su súbita ausencia, así como también que estaría ocupada con Gabriel.

—¿Es esto algo rutinario para ti…? —preguntó de repente, sin poder evitarlo.

El chofer de Knox estaba aparcado a una cuadra de distancia.

—Si te refieres a flirtear, no es algo planeado. Si te refieres a invitar mujeres a mi casa, siempre que tenga una fiesta, sí. ¿Para ligar? No es algo que estilo. Prefiero los hoteles —replicó deteniéndose para mirarla bajo la luz tenue de la media luna, y las mamparas de la vereda. La mujer era realmente una belleza como ninguna otra que hubiera visto. Eso era una rareza reconocer para un hombre de mundo como él.

—¿A qué hotel iremos…? —preguntó en tono neutral. Saber que sería tratada como todas las demás no era muy motivador. Pero recordó que esto era de una noche.

Knox la sujetó de los hombros, y luego subió las manos hasta enmarcarle el rostro entre ellas. Después, sin mediar palabras, acercó la boca y la besó con ferocidad. Su miembro estaba duro, pero no podía descontrolarse en la mitad de una concurrida acera de bares. Soltó un gruñido, porque si el sabor de esta mujer era una mezcla de tequila y pecados por cometer, no quería pensar siquiera en la exquisitez al probar el cuerpo desnudo. Ella respondió a su beso con un gemido, entrelazando la lengua a la suya, mientras lo agarraba con firmeza de los hombros. Ambos parecían luchar para no desatar la lujuria contenida. Se besaron y los límites de dónde empezaba él y terminaba ella se desdibujaron un lapso brevísimo. Jadeantes se separaron, mirándose.

—La razón por la que vendrás a mi casa, y no a un hotel como acabas de mal interpretar, es porque estoy seguro de que un par de horas contigo no van a bastarme. Tampoco quiero convertirme en asesino si algún idiota en un hotel se equivoca de habitación y llama cuando tengo asuntos importantes que explorar contigo —expresó sujetándole el mentón a Clarissa. Él no recordaba la última vez en la que un beso se había convertido en el cerillo que conseguiría avivar su lujuria de este modo visceral.

Clarissa, tomada por sorpresa, se llevó los dedos a los labios.

—Knox… —murmuró con la respiración agitada, igual a la de él.

—¿Sí? —preguntó, mientras su chofer abría la puerta para que entraran.

—Asegúrate de no cambiar de opinión cuando te des cuenta de que no soy tan simple como pudieras creer —expresó en tono críptico, pero también ligero.

Él se inclinó y le mordió con fuerza el labio inferior. Ella soltó un jadeo.

—Me encantan los retos, Clarissa, y más cuando me intrigan. Como tú —dijo contra la boca deliciosa de la pelirroja. Después, el chofer puso el Audi en marcha.

CAPÍTULO 3

Clarissa imaginó que al estar a solas con Knox, las caricias serían ardientes, rápidas y desesperadas, al menos esa era la experiencia que tuvo con otros. Todo era besos agitados, toques algo hoscos —no de su parte— y luego ella tan solo se congelaba. Por eso se sorprendía de que apenas entraron en la mansión de Knox, él la apoyó contra la pared más cercana y solo rozó sus labios con los de ella. La miró de una manera que daba a entender no solo que la deseaba, sino que sabía muy bien lo que buscaba: pasión y sexo sin compromisos. El indicio de que el hombre estaba tan excitado como ella, además de la dura erección, era la respiración acelerada. Él no deslizó la lengua para dar inicio a la burbujeante atracción mutua, a través de un beso, sino contenía la pasión y se la entregaba a cuentagotas. Como una dosis del más exquisito elixir, pero al que solo le daría completo acceso cuando así él así lo decidiera.

Que Knox tomara el control —al menos por ahora— provocó que Clarissa empezara a desesperarse por sentirlo desatar la pasión completamente, en lugar de asustarse o inquietarse ante la certeza de que estaba dándole el mando a un hombre. La realización de que solo le importara sentir, vivir, y disfrutar con Knox, la impactó.

El millonario al fin la besó y le mordisqueó los labios a destiempos, mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra suavizada por la luz tenue que se colaba por las ventanas. Parecía estar probándola, paladeándola sin prisas, y ella respondía con gusto, aunque más impaciente. Ese beso, aún contenido, tenía la fuerza de una descarga: no era salvaje, pero inyectaba adrenalina. Ambos eran cazadores de su propio deseo, cada uno a su manera. Knox, con más experiencia, sabía cómo merodear antes del zarpazo: tanteaba, medía, y calculaba con qué intensidad arrasaría a Clarissa. Ella, anhelaba todo lo que él pudiera darle y esperaba —pese a la

incertidumbre— el momento en que pudiera rendirse al impulso de explorar ese cuerpo y descubrir qué lo volvía loco.

Lo que surgía entre dos animales con instinto de caza, de ligas distintas, no era una batalla de garras, sino una danza: un compás entre lenguas, dientes, cuerpos desnudos y sudorosos, que no se detendrían hasta alcanzar el clímax. Clarissa sentía el corazón latiéndole como un tambor en plena percursión magistral. La imponente energía masculina la excitaba. Cuando ella gimió, frustrada por la tortuosa letanía de esas caricias, lo sintió sonreír contra su boca, y también notó cómo él bloqueó su intención de profundizar el beso, varias veces. A continuación, los labios de Knox empezaron a darle mordiscos, breves, firmes y rápidos. Se apartó para dirigirse al cuello delicado, aspirando el aroma de Clarissa: una mezcla sutil de mango, vainilla y algo cálido y dulce, como si el deseo tuviera textura gracias a la piel de esta mujer. Él quiso devorarla sin pausa, pero si actuaba con gula echaría a perder la intención que tuvo desde que la vio en esa pista de baile: descubrirla y saborearla sin perder detalles.

—A pesar de tu descaro —murmuró él contra la boca de Clarissa —, y de que tu cuerpo tiemble de anhelo, también me cuenta otra cosa. Una muy interesante.

Ella gimió cuando Knox presionó la pelvis contra la suya. Estaba tan mojada que sintió cómo su vagina se volvía a lubricar aún más. Jadeó entreabriendo los labios.

—¿Sí…? ¿Qué sería eso? —preguntó en un susurro. Rodeó la nuca de Knox con las manos. Al estar tan cerca las ganas de probar el miembro con su boca se incrementaron. Quería saber cómo sería tener un hombre como él a su merced.

—Prefieres que te seduzca, antes de que arrase tus sentidos — replicó él en tono ronco cuando ella frotó su cuerpo con osadía—. Voy a paladearte y a saborearte. Estarás tan loca de deseo que, antes de que entre profundo en ti, querrás tocarte para acelerar el proceso de culminación. Pero, ¿sabes qué? No voy a permitirlo — susurró.

Clarissa jugueteó con el cabello sedoso, tal como había sentido curiosidad de hacer en el bar. Luego deslizó las manos para recorrer los pectorales. La fuerza de los músculos vibraron bajo sus dedos, a pesar de la tela de la camisa. Parecía como si la ropa tan solo fuese un accesorio sin densidad, porque ambos percibían la manera en que el cuerpo del otro se calentaba cada vez más con las llamaradas de calor mutuo.

—Sacas deducciones anticipadas —dijo ella en tono inquieto, tratando de disimular la sorpresa ante la suspicacia de Knox. Parecía deducir lo que ella necesitaba, sin hacer preguntas. Además, la manera en que le hablaba, la hacía sentir un escalofrío de exquisita anticipación—. Eso da cuenta de que no me equivoqué: eres arrogante…

Knox soltó una risa queda y empezó a desatar el corsé. Sus dedos no eran expertos con esta clase de prendas, pero se las arregló. Con esta pelirroja percibía, por la forma de hablar y sonrojarse de repente, un toque de sutil candidez. Este detalle merecía explorarse con el mismo interés con el que se desenvolvía un regalo misterioso: atento y consciente de que lo más atrayente no estaba a la vista.

Pero él no consideraba ingenua a ninguna mujer, tan solo astuta. Rescataba que Clarissa parecía menos cínica que aquellas a las que estaba habituado a follar. Lo anterior no tenía demasiada relevancia, pues este era un encuentro de fin de semana.

—Suelo ser un gran lector de pistas, y tu cuerpo es elocuente, Clarissa —replicó mientras recorría la esbelta cintura con mano firme —. El tuyo pide a gritos romper tus propias reglas. Y esos gritos los escucharé cuando gimas mi nombre.

Ella tragó saliva. La voz profunda de Knox reverberaba en el silencio con una fuerza que irradiaba seguridad, justo en una circunstancia en la que Clarissa temía perder la suya. Sentía como estar en medio de dos corrientes: el miedo que no se borraba de un plumazo —se apaciguaba y racionalizaba—, y la necesidad de rendirse. No podía dejar que sus contradicciones detuvieran este

instante, y estaba haciendo todo lo posible por enfocarse en cómo Knox la hacía sentir: sensual, bella y deseada.

—Ah, ya veo… ¿Leer mi cuerpo también es una de tus habilidades recién adquiridas? —preguntó ella, haciendo alusión a lo que habían hablado en el bar.

Intentó sonar ligera, pero todos sus sentidos estaban en alerta, como si los altos mandos de su cerebro hubieran activado la alarma general. Se acercaba un tsunami que, en su candor, confundió con una simple marejada. Un error de cálculo.

—Sí. Entre otras habilidades que poseo y que vas a ir descubriendo en el transcurso de la noche —replicó con ligereza—. No necesitas más explicaciones.

—Qué pagado estás de ti mismo —dijo con un temblor ligero cuando los dedos de Knox se deslizaron hasta su vértice, sobre la ropa, y lo frotó—. Mierda…

—Oh, Clarissa, esto apenas empieza —replicó apartando los dedos.

—¿Es que siempre consigues todo lo que quieres?

Le sostuvo el cuello con firmeza, y el pulgar rozó el punto exacto donde latía su pulso, como si midiera el efecto que tenía sobre ella. Clarissa lo miró, intrigada.

—Aunque no existe ninguna duda de que te deseo, como llevaba tiempo que no me ocurría con nadie, me parece gracioso que creas que esto se trata de mí —replicó con una media sonrisa—. Nada me tienta más que hacerte llegar al clímax una y otra vez. Pero para que eso ocurra vas a tener que seguir mis indicaciones, Clarissa.

Ella se pasó la lengua sobre los labios.

—Lo que pides es un poco…

Knox no le dio tiempo a elaborar más la frase. A ella no pareció importarle.

A continuación, él le sujetó la nuca con autoridad y estampó su boca contra la de ella. El hambre por Clarissa se desbordó. Sus

labios se apropiaron de los otros como si fuesen una fuente de oxígeno. Su ardor fue compensado en la misma medida, pues la mujer enroscó su lengua con la suya, mientras encontraban un ritmo para tratar de que ambos obtuvieran lo que buscaban del otro. Knox le sostuvo con firmeza el rostro entre las manos. Sus bocas no cesaban de encontrarse, probarse, seducirse y apropiarse de la esencia de la otra. Clarissa lo mordió al cabo de un rato, a modo de protesta, cuando él intentó apartarse, y lo instó a que le diera mucho más.

Besar a una mujer jamás le había parecido a Knox algo a considerar como revelador, hasta ese instante. Las manos femeninas se aferraron a su nalgas firmes, apretándolas, en un gesto osado y que a él le gustó. Apreciaba a las mujeres que tomaban lo que deseaban, pero que también sabían aceptar que ceder el mando les retribuiría en más placer. Soltó un gruñido y tocó el sexo de Clarissa sobre la falda, lo frotó en círculos, y fue compensado con más voracidad en el beso, un gemido de abandono y las sensuales caderas moviéndose en búsqueda de un alivio prometido.

Ella enterró los dedos en los cabellos de Knox, tiró de ellos y sintió satisfacción al escucharlo jadear. Los sonidos guturales que salían de sus gargantas, en conjunto con los de sus labios ávidos de paladearse, inundaban el lugar. Clarissa disfrutaba de los besos, en general, pero los de Knox entraban en una categoría diferente, superior. «¿Por qué justo tenía que ocurrir algo así con un *affaire* de una noche?», se preguntó.

Con la fricción de los dedos masculinos, los labios íntimos de Clarissa se lubricaban más; su centro palpitaba; su vientre anidaba la desesperación; y su mente parecía rendida a lo que Knox quisiera hacer con ella. Fue un pensamiento fugaz, aterrador, y también era la simple verdad. Porque era justo en este punto —en medio de los interludios y las caricias— cuando, en otras ocasiones, Clarissa solía apartarse.

Siempre había algo que la hacía detenerse: un gesto brusco, una urgencia mal disimulada por terminar rápido, o simplemente el

instinto de protegerse cuando sentía que su cuerpo no importaba tanto como el deseo ajeno y cuando el miedo a ser violentada, como Nyaker, aparecía. Pero no esta vez. Knox no intentaba forzarla, sino que la inducía a seguir su pauta, y la instaba a que también marcara la suya. Él podría dominarla sin esfuerzo si quisiera, obligarla, pero sus gestos decididos, expertos y sensuales, le daban la certeza de que él jamás incurriría en una abominación como esa. La miraba con lascivia, pero sabía contenerla; la tocaba con apremio, mas tenía la medida justa para enloquecerla; la besaba sin restricciones, y parecía aún guardar lo mejor para más tarde. El hombre la tocaba con propósito, porque sabía lo que hacía; no estaba experimentando con ella, sino creando una experiencia sexual juntos.

En ningún instante dejó de recorrer el cuerpo masculino sobre la ropa, porque la tenía fascinada. Él era una fortaleza de músculso definidos. Como un dios vikingo, pero con el cabello castaño oscuro. La voracidad de Knox parecía estar contenida tan solo por el traje civilizado que llevaba, pero estaba segura de que, una vez desnudo, el hombre desataría toda la fuerza de la pasión de la que parecía estar hecho. Arrasaría.

Ella tragó saliva. «Punto de inflexión. No hay paso atrás», se dijo Clarissa.

—Knox… —murmuró apartándose unos milímetros—. Esto es una locura.

—Las mejores ideas pueden parecer una locura al principio —replicó—, pero lo interesante es lo que sucede cuando decidas probarlas igual. Dime, ¿qué tan cerca estás de correte? ¿Qué tanto late tu sexo? —preguntó, agitado y muy excitado.

De hecho, el que estaba a punto de correrse era él. Aún con la ropa puesta, como si volviera a ser un adolescente en su primer roce —en lugar de un hombre de treinta y cinco años, con sobrada experiencia en la cama—, sus sentidos estaban más encendidos que nunca. Deseaba poseer a Clarissa con una vehemencia que lo devoraba desde dentro. Quizá se debía a las semanas de abstinencia, y a que era la primera mujer que, en un largo tiempo,

despertaba sus sentidos tan intensamente. O quizá esta pelirroja era una de esas fantasías húmedas que solo se cruzan una vez en la vida. Así que Knox podía dejarla escaparla. La retendría, hasta que se agotaran.

Clarissa se puso de puntillas, y le mordió el labio inferior.

—Muy cerca —dijo contra la boca de él—. Sigue moviendo tus dedos...

—Eso no va a ocurrir —expresó Knox y dejó de frotar el sexo sobre la tela —. Cuando llegues al orgasmo, Clarissa, lo harás contrayéndote alrededor de mi pene. Además, puedo asegurarte que no va a ocurrir en este espacio, sino en mi cama.

Se miraron, más habituados a la semipenumbra, y sus expresiones eran fieras.

La fuerza del deseo rasgaba el aire con un instinto crudo.

—Yo también puedo poner condiciones, ¿sabes? —expresó, frustrada por el hecho de que se hubiera detenido. Su cuerpo vibraba de necesidad por sentir alivio.

Knox se rió por lo bajo, sin saber que el comentario de Clarissa era mucho más profundo de lo que parecía. Y mucho más importante que estos preliminares.

—Me gusta dominar, Clarissa —dijo con firmeza. Ella abrió y cerró la boca ante el comentario, lo miró, inquieta, pero se calmó pronto cuando él habló de nuevo—. Pero no me excita la idea de una mujer pasiva, y noto que tú no lo eres.

Clarissa se sonrojó, aunque él no podría notarlo por la falta de claridad.

—Es bueno saber eso. Oh —murmuró ella, al sentir los dedos de Knox en la cremallera lateral de la falda. Al instante, la prenda cayó al suelo con un *frufrú* sutil—. Yo… —tragó saliva e intentó no perder el control del todo, pero este hombre lo hacía difícil— también quiero tocar más de ti, Knox —dijo envalentonada, y algo nerviosa.

Sus dedos desabotonaron la camisa, con prisas. Luego presionó ambas palmas de las manos sobre la piel tibia. Sintió no solo un torso definido con abdominales marcadas, sino que también vio algunos tatuajes. No imaginó que él pudiera tenerlos, sin embargo, tenían total sentido. Quiso tener luz para poder conocerlos y analizarlos.

—Me cabrearía y frustraría que no lo hicieras —expresó, preguntándose a cuántos hombres ella les habría dicho lo mismo. El pensamiento lo cabreó, porque era absurdo que se hiciera esa clase de cuestionamientos con un *affaire* de una noche.

Knox deslizó hacia abajo los tirantes finos del corsé, que a duras penas cubrían los pechos. De hecho, bastaría un tirón firme de él para exponerlos del todo. Pero había optado por dejar la prenda semiabierta, incrementando el deseo, sin saciarlo.

—Siempre me ha gustado la reciprocidad en el sexo —expresó de repente, porque la súbita perspectiva de que Knox la rechazara, por su falta de experiencia, le provocó un nudo en el estómago. Pero ya no contaba con la opción de marcharse.

«No iba a ser cobarde. Enfrentaría lo que sea que ocurriese», pensó ella.

—Me alegra que pienses de ese modo, pelirroja —dijo él apretando los dientes cuando ella le arañó el miembro, sobre la tela del pantalón, con las uñas—. Carajo…

—¿Ves? Reciprocidad, Knox. Estás demasiado vestido y yo estoy en ropa interior prácticamente —dijo. Estaba envuelta por la masculinidad que él exudaba, y también por el aroma de la costosa colonia—. Nos hallamos en desigualdad…

Él sonrió de medio lado, mientras deslizaba las manos hasta agarrarle las nalgas cubiertas tan solo por la tela de las bragas. Apretó los dedos sobre la seda. Ella gimió.

—¿Te parece que es así? —murmuró excitado. Necesitaba verla toda, no en partes; no dependiendo solo de los pequeños halos de luz provenientes de la calle.

—Sí, Knox… Sí…

—*Je vais me fondre en toi, lentement, jusqu'à ce que tu oublies tout le reste*, *chérie.* Voy a fundirme en ti, lentamente, hasta que lo olvides todo —dijo él en perfecto francés.

Ella le quitó la camisa, lanzándola hacia un costado. Que Knox supiera francés le pareció un detalle irónico, considerando que se acababan de conocer en una fiesta temática de Moulin Rouge. Pero, además, era sexy que un hombre no solo fuese ridículamente sensual, y atractivo, sino muy inteligente. Él se descalzó con rapidez, porque necesitaba ver con urgencia la piel de Clarissa que iba quedando al descubierto, a medida que se desnudaban. La casa de Knox poseía un diseño altamente tecnológico y detalles ingeniosos que maximizaban su comodidad. Con dos chasquidos de los dedos, la programación de iluminación automática se activó, cegándolos un instante.

—¿Qué…? —farfulló ella y se cubrió los ojos brevemente.

Clarissa parpadeó varias veces para habituarse a la claridad.

No tenía interés en fijarse en decoración o detalles ajenos al hombre que tenía ante ella. Elevó la mirada y los ojos de Knox la acariciaron con fuego. Clarissa fue muy consciente del estado en el que se hallaba: el corsé revelaba el vértice que recorría el valle de sus pechos, hasta el abdomen; las bragas de seguro tenían una huella húmeda fruto de su excitación, y se notaba, pues era de tono *nude;* su boca debía estar inflamada por el tórrido beso; el liguero que sostenía las medias de red… Sí, todo eso, probablemente la hacían lucir decadente. Así era como sentía, además de excitada.

—No más palabras, Clarissa, de ahora en adelante. A menos que sea para decirme algo que no te gusta o algo que necesitas. Joder, qué sexy te ves —dijo Knox.

Si sucumbía al último milímetro de autocontrol que poseía, entonces la tomaría contra la pared o contra el sofá más cercano. Diablos, la pondría sobre la mesa del comedor para devorar el coño mojado. Notar la humedad en las bragas lo puso al límite. Pero

quería ver cómo se esparcía la totalidad de ese cabello rojizo en sus sábanas; quería ver a esta mujer como una ofrenda de Afrodita, y luego hacerla suya.

—Knox… —susurró mirándolo. Fue una mezcla de súplica y curiosidad.

La réplica de él fue besarla con sensualidad, y Clarissa respondió de inmediado. La sujetó de nuevo de las nalgas, y esta vez la instó a que le rodeara la cintura con las piernas. Sin dejar de besarla en esa postura subió las escaleras, hacia la suite, con ella.



Apenas entraron en la habitación, las luces con censores de movimiento se encendieron. Knox dejó a Clarissa sobre la alfombra con suavidad, después le quitó el corsé por completo y se pasó la lengua sobre los labios al ver los pechos desnudos. Ella no intentó cubrirse. Knox consideró ese gesto de lo más sexy. Una mujer que estaba orgullosa de su cuerpo se volvía más atractiva y se convertía en afrodisíaco.

Por un instante, contempló a quien de verdad estaba ante él: la Venus esculpida en deseo y que era la promesa de la sensualidad femenina encarnada. El vértice del sexo femenino estaba depilado por completo, eran dos perfectos labios henchidos que deseaba besar, separar con sus dedos, lengua y pene, para conocer y disfrutar el secreto que escondían. Quería perderse en los confines de la plácida euforia, con ella.

A pesar de su desconfianza habitual hacia las mujeres, había algo en lo que Knox era perceptivo: leía con facilidad los matices que otras personas solían pasar por alto. Y Clarissa, aunque mostraba seguridad en sí misma, llevaba consigo un halo de cautela. No era evidente, pero estaba ahí. Sutil. Como si hubiera atravesado algunos desatinos demasiado pronto. Pero sería hilar fino en una vida sobre la que no tendría injerencia. Knox la observó, grabándose cada curva

en la retina. La breve distancia que los separaba, les permitía observarse a gusto. Ninguno ocultaba su atracción.

—Diablos, qué hermosa eres... La ropa te hace justicia, pero desnuda, eres una dimensión distinta. Además, tienes las tetas más tentadoras que haya visto —dijo tomando ambos montículos con avidez, estos se desbordaron ligeramente de sus manos—. Grandes, piel de seda salpicada por pecas ligeras, y estos —acarició los pezones erectos con los pulgares— son dos botones que voy a devorar —expresó. Ella soltó un jadeo cuando él así lo hizo. Knox recorrió las pequeñas protuberancias.

—Tú, tampoco estás nada mal… Oh, Dios… —dijo, gimiendo, mientras le enterraba los dedos en los cabellos, instándolo a que continuara succionando con fuerza. La forma en que tiraba de sus pezones, la enloqueció, así como el modo en que amasaba el pecho que no recibía aún las caricias de esa boca glotona—. Sí… así.

—¿Más duro… o más suave?

—Tal como estás haciéndolo se siente tan bien… Oh, tan bien, Knox…

«El ardor de esta mujer iba a ser su perdición esta noche». Cambió el rumbo de sus atenciones, y el seno que estaba libre de sus labios pronto encontró la humedad de su lengua, y el otro, la fuerza de su mano explorándolo. Después, tomó ambos con las manos y jugueteó con uno y otro pezón. Le gustó escuchar los sonidos de deseo.

—Tu aroma es mango con vainilla… —susurró él, besando los contornos de los pechos. «Ella olía tan malditamente bien». Elevó el rostro, mirándola a los ojos, mientras lamía un pezón. Clarissa entreabrió los labios y, cuando Knox mordió el botón de carne tierna con fuerza, soltó un gemido—. Pero hay otro aroma que quiero conocer desesperadamente —dijo y le arrancó las bragas, sin apartarse de los senos.

Ella soltó un suspiro entrecortado por el gesto abrupto.

—Es la loción que uso… —murmuró lo primero que se le vino a la cabeza, y no creía que tuviera sentido, pero no le importaba en absoluto. «Esto era increíble. Los magreos de otros hombres no se comparaban, ni por asomo, a estas caricias». Sentía la piel vibrante, el sexo palpitándole, sus sentidos agudizados y ganas de más.

—Sé que tu aroma natural es superior —replicó Knox, acuclillándose. Le tomó una pierna con decisión y la alzó hasta su hombro, exponiéndola con calma, revelando los secretos de Clarissa solo para él. Ella le apoyó la mano en el hombro para equilibrarse—. No soy un hombre de halagos, pero sería un imbécil al no decirte que tu coño está diseñado para venerarlo. Mira nada más esta hermosura —le entreabrió los labios con el dedo y tomó una prueba de humedad—. Esto —se lamió el dedo con lentitud— es ambrosía, Clarissa —dijo observándola, antes de lamerle el sexo.

Ella lo quedó mirando, obnubilada, excitada y sintiéndose muy, muy a gusto.

—Knox… Dios.

—Mmm, definitivamente tu aroma es la mejor fragancia. Eres deliciosa.

Le sostuvo una nalga con fuerza para atraer la vulva hacia su boca, al tiempo que un dedo se introducía en el interior empapado; no lo hizo rápido, sino poco a poco mientras observaba todas las emociones que iban pasando por los ojos azules. Con la lengua le recorrió el clítoris, los costados de las ingles; sus dientes, suavemente, mordisquearon los labios bañados de rocío íntimo. El sabor era almizclado, limpio y peligrosamente adictivo. Knox succionó, lamió y introdujo sus dedos, primero uno, luego dos, en el sexo de Clarissa. La mujer emitía jadeos y gemidos con abandono; movía las caderas para ir al son de los movimientos de él y le pedía más rapidez.

—Deseo poder conocer tu sabor también… —dijo ella casi tímida, con la respiración entrecortada. El hombre le hacía sexo oral como si estuviera en una misión en la que no podía fallar: dedicado, tenaz y

vehemente—. Quiero conocerte de ese modo en el que estás conociéndome tú a mí. Sería lo más justo —susurró.

—No voy a eyacular en tu boca, porque es exactamente lo ocurría si tan solo veo que te aproximas a mi pene —replicó Knox mordisqueándole el Monte de Venus, ella elevó la pelvis y soltó una exhalación—. Por ahora acata mis instrucciones.

—Eso no es justo… Oh, maldito seas —gimió cuando él le pellizcó el clítoris.

Él sonrió contra la cadera, recorriéndola con la lengua, luego volvió al sexo.

—Tócate los pezones, Clarissa, tira de ellos como quisieras que lo hiciera yo —ordenó dándole un lametazo—. Más fuerte… Eso es… —introdujo la lengua ligeramente entre los pliegues, luego succionó—. Estás tan cerca de correrte. Lo sé.

Ella echó la cabeza hacia atrás. El ángulo de la postura intensificaba cada roce de esa lengua, y sentía su cuerpo atrapado en un único punto: cómo vibraba su sexo en la boca de Knox. El placer le recorría la columna en espirales ardientes, pero no se sentía frágil, sino dueña de sí. Existía una entrega, sin duda, pero también sentía poder.

—No te detengas —gimió, sin dejar de acariciarse tal como él le había dicho. Cumpliría todas las instrucciones, pues la necesidad de aliviarse era insoportable.

—Suéltate el cabello, Clarissa —exigió. Cuando ella accedió gustosa, una cascada de seda rojiza se dispersó bajo los hombros delicados—. No cubras tus bellas tetas. —Ella tragó saliva y acomodó su melena hacia atrás—. Eso es, mmm, frótate los pezones. Sí… Aprétalos de nuevo —dijo en un tono gutural, y casi atormentado.

—Crees… Crees que tienes el control —farfulló ella, en un intento de protestar con lo que era inevitable: rendirse al hombre que había conseguido que cruzara el umbral del pasado, al menos durante una noche—. Y no… Y no es así…

—No se trata del control, belleza, sino de la capacidad de entregar y recibir, hasta la saciedad —dijo, y a continuación le succionó el clítoris con delirante ansia.

—En el pasado yo…

—No quiero el pasado, Clarissa —interrumpió sin más. Le mordió un labio sensible y luego la lamió por completo de arriba abajo. Ella soltó un jadeo—. Esta noche, tú, eres mía. Cuando el ardor de haber sido follada, hasta la mutua saciedad, te genere una sutil molestia al caminar, ese será tu único recuerdo válido —dijo. Luego entró y salió de ella con los dedos—. No olvidarás todo lo que gemiste —le mordió la ingle; luego bebió la humedad de ella— conmigo. *Conmigo* y nadie más, Clarissa.

Ella contoneó las caderas y tiró de los cabellos de Knox. Él gruñó.

—Puede… Puede que tenga amnesia selectiva… —dijo temblorosa.

Él soltó una carcajada profunda y arrogante. Apartó su atención del coño mojado un instante. La miró con tal crudeza que ella sintió como un latigazo de fuego.

—Me ocuparé de darte la cura para tan terrible situación —replicó incorporándose lentamente, pero antes de hacerlo se inclinó para besar el pubis, después las caderas, la cintura y los pezones. Los succionó una sola vez, pero lo hizo con fuerza para escucharla gritar —. Podemos comenzar recordándote lo sensibles que están tus tetas gracias a mis atenciones —murmuró, sosteniéndole la mirada—. Cuando te toques a solas, tu mente sabrá exactamente en quién pensar para correrte.

—Puedes intentarlo, pero no te garantizo el éxito —dijo con picardía.

No podía creer todo lo que estaba ocurriendo; cómo su cuerpo parecía macilla en manos de Knox y cómo reaccionaba de una manera natural. La forma en que él la paladeaba era maravillosa. De hecho, el hombre tenía el ritmo preciso para excitarla y a la par evitar que se corriera. Fue ridículo el pensamiento de detestar a las mujeres que estuvieron antes; mujeres por las que ahora él era

experto en enloquecerla a ella de gozo. Pero Clarissa podía ser pragmática, y por eso se recordó que esto era temporal. Esa también fue la razón de que suprimiera las ganas de preguntarle por los tatuajes que adornaban los pectorales, brazos y parte del cuello. No quería abrir la puerta a perder de vista que esto era efímero; no quería romper más reglas por ahora.

—Tsk, task —chasqueó la lengua—. Te confundes, belleza. No necesito garantías. Me basta con verte temblar como ahora, jadear desesperada, y cómo continuarás haciéndolo —expresó—. Pero la primera vez que te corras no será ahora.

—¿Qué…? —preguntó mirándolo con incredulidad. No podía concebir que este hombre no estuviera presionándola, sino, al contrario, parecía disfrutar más conteniéndose y viéndola sufrir de frustración—. Dios, Knox, eres insoportable…

Él enarcó una ceja. Le lubricó la vagina con movimientos circulares de sus dedos. Fue un gesto suave, pero iba acompañado de la mirada pícara. Luego, paró.

—Quiero sentir tu primer orgasmo de la noche cuando mi pene reclame cada parte de tu sexo; cuando estés tan llena de mí que el dolor del placer te abrume.

Antes de que Clarissa protestara, él se incorporó para besarla de forma voraz, callándola con efectividad. Él la mordisqueó y ella hizo lo propio con más fuerza, hasta que sintió el leve sabor metálico de la sangre. No era un beso, no, esto era una batalla de lujuria desatada. Ya no existían medias tintas, ni provocaciones; quedaba tan solo el clamor crudo y la intención de convertirlo en sensaciones arrasadoras.

Con el beso la instó a que se probara, mezclando así el sabor innato de su parte más íntima y la combinación de sus bocas. Knox la tocó con avaricia; le amasó cada parte suave del cuerpo; le recorrió la espalda hasta apretar, asegurándose de dejar una huella, la carne firme de las nalgas; finalmente, entre gemidos y jadeos, empezó a frotarle el clítoris. Estaba jugando a llevarla al límite,

porque era él quien controlaba los decibeles de esta música silenciosa de éxtasis. Una música sensual e inesperada.

Clarissa jamás había creído posible enloquecer de placer o sentir que un beso manchado de lujuria también podría estarlo de sangre, pero no por las razones equivocadas, sino por todo lo que estaba bien: sentir y expresarse sin miedo al deseo. ¿Qué clase de hombre era Knox, y qué clase de poder era este que destilaba en ella? Clarissa deslizó las manos bajo el elástico del bóxer negro. El miembro erecto era grueso, caliente y ella lo apretó firmemente. Su premio fue el gruñido de Knox y el movimiento de su pelvis para instarla a que continuara, mientras seguían besándose.

Knox inclinó la cabeza y le mordió el costado del seno izquierdo, luego hizo lo mismo con el derecho, pero —a pesar de las protestas — él dejó de tocarle el sexo. El rocío mojaba sus dedos. La agarró de la cintura y la dejó en la cama, pero no se unió a ella. La contempló sobre las sábanas que eran un mezcla de gris con blanco. Si existía una fantasía sensual que jamás volvería a replicar, entonces estaba ante él: Clarissa acostada en su cama, con la cabellera rojiza esparcida sobre las almohadas y la piel de alabastro marcada por las caricias salvajes mutuas, era una visión única. Que fuese la primera mujer que estaba en su suite, y que él no hubiera entrado en pánico al invitarla, lo dejaba en una postura incomprensible. Quizá se trataba de que ella despertaba un deseo crudo y fiero, diferente, y que provocaba curiosos matices posesivos en él. No buscaba sobreanalizar, pero no negaba que esto lo desconcertaba.

Para Clarissa, el estar desnuda ante la mirada de Knox eliminaba todas sus experiencias pasadas, porque este no era un hombre que la observaba con simple lujuria, sino también con una atención reverente que la desarmaba. Las llamaradas de esos ojos verdes brillaban tocando cada fibra de su cuerpo. Clarissa notaba ahora que existía una marcada diferencia entre el deseo torpe y atolondrado de un chico de su misma edad, frente al deseo que surgía de alguien de la edad de Knox: experto y letalmente sensual. Knox la tenía fascinada, mas no iba a decírselo, porque estaba segura de que

alguien como él no necesitaba que avivaran más su más que saludable ego masculino. Por otra parte, ella también necesitaba verlo completamente desnudo, porque anhelaba explorarlo y saber qué podría enloquecer de deseo a este magnífico espécimen del sexo opuesto. Clarissa era apasionada, pero esta era la primera ocasión en la que dejaba salir sin filtros o reticencias ese lado suyo, sin obligarse a contenerse.

—No quiero que más piezas de ropa te cubran, Knox, así como lo has hecho tú conmigo. Quiero clavar mis uñas en tu trasero y recorrer el valle de tu espalda, cada músculo definido, con mi lengua —expresó Clarissa en una abierta y frontal osadía.

Ella sabía que estaba sonrojada, pero no le importaba. De hecho, le gustó el brillo de reconocimiento y complacencia que sus palabras causaron en Knox. Clarissa no separó los muslos para exhibirse ante él; no por pudor, sino porque, aunque intentaba soltar los trucos de su mente sobre el temor a perder por completo el control, el juego del deseo como un arma de seducción no era todavía su especialidad. No quería fingir ser otra persona. Estaba haciendo lo que espontáneamente pedían sus instintos, pero las alarmas de su cerebro a veces se encendían con o sin motivo.

Knox no la desoyó, pero primero fue hacia el clóset, ofreciéndole un vistazo de su trasero sólido y musculoso. Al regresar a la cama dejó varios condones sobre la sábana, sonriendo con suficiencia. Ella leyó que eran de la talla más grande; tragó saliva. Al darse cuenta, él le hizo un guiño, y con movimientos fluidos se quitó el boxer. Su sexo se liberó del confinamiento con un impulso natural, reposando un instante contra su propio abdomen desnudo. Clarissa notó la huella húmeda en el glande. Ella sabía que el miembro podría caber en su cuerpo sin problema, aunque eso no impedía que sintiera un poco de nervios. Este hombre estaba en otra liga.

—¿Qué más quieres hacer, Clarissa? Cuéntame —expresó acercándose—. Aunque debo confesar que, hasta ahora, todas esas ideas me gustan mucho —sonrió.

—Quiero que me enseñes a complacerte como tú lo has hecho conmigo —dijo ella mirándolo a los ojos—. No quiero esperar más, estoy lista… Tómame, Knox.

—Las cosas que dices —farfulló.

La franqueza de ella le pareció refrescante.

Knox apoyó una rodilla en el colchón, luego la otra, acercándose con una calma que contrastaba con la tensión que los rodeaba. Entonces hizo algo que dejó a Clarissa boquiabierta: se agarró el miembro y lo envolvió con firmeza, apretando desde la base con un movimiento lento, deliberado. No dijo una palabra. Tan solo la miraba con la seguridad de un hombre que sabía lo que deseaba y que, más que impresionar, buscaba provocarla. Vaya si lo había logrado, porque la mujer no era capaz de apartar la mirada de la escena, en la que existía una crudeza hermosa y erótica.

—Ven, Knox… —pidió en un susurro, extiendo la palma de la mano.

Él se puso el preservativo con rapidez. La voz de ella era el canto de una sirena.

El aire estaba impregnado de deseo, desesperación y necesidad visceral.

—Separa esos muslos para mí —replicó Knox, en tono ronco. Cuando ella, apartando la mirada así lo hizo, él se inclinó posicionando su miembro en la entrada. Permaneció inmóvil. Con suavidad le tomó el mentón para que lo mirase—. ¿Qué?

—Debo confesarte algo —dijo, perdida en esos ojos verdes. Él enarcó una ceja, esperando a que continuara—. Aunque mi comportamiento no lo dé a notar, la experiencia que tengo en el sexo es limitada. Puede que tengas ciertas expectativas…

—Clarissa —expresó entrando solo un poco en ella—, claro que tengo expectativas. Las has sobrepasado. Pero la más importante es verte estallar de placer.

Ella abrió y cerró los labios. Miró hacia el sitio en el que él estaba posicionado. Su corazón retumbaba contra el tórax, el ruido de su sangre se entremezclaba con el alboroto de sus hormonas; todo su sistema estaba ansioso. Estaba lista, muy lista.

—De acuerdo… —susurró Clarissa, contra los labios de su amante.

—Estás tan resbaladiza que contenerme es imposible —dijo antes de entrar más en ella. Se detuvo un instante, pero no dejó de mirarla. Respiraban a destiempos; sus cuerpos tenían una ligera pátina de sudor. Él sabía que su miembro era grande, así que se introdujo centímetro a centímetro, ensanchándola, para que ella se habituara.

Ser recibido por el sexo de Clarissa fue erótico, seductor y despertó el instinto posesivo que Knox evitaba dejar libre con otras mujeres. Pero no consideró peligroso permitirse esa sensación con Clarissa. «No había ningún riesgo», pensó, mientras se besaban con frenesí. Ella lo besaba con avidez y él devolvía la misma pasión. La adrenalina les recorría el cuerpo. Los dos estaban en una sintonía imposible de apagar.

Knox aún no había entrado del todo, pero podía oler el aroma de la excitación, lo había probado con su boca y tanteado con los dedos; sobre todo, lo comprobaba cuando la punta de su glande se introducía más en ella. Si él perdía el control de sus caderas, dejándose llevar, ya estaría hundido por completo en el interior cálido. Pero Knox sabía cuándo permitirse abandono, y cuándo disfrutar el sexo como un buen whiskey: despacio, paladeando, conociendo el aroma, disfrutando el calor que se expandía por el cuerpo. Eso era lo más parecido a lo que ocurría ahora con Clarissa.

Él apoyó los antebrazos a cada lado del cuerpo sensual, cuidando de no aplastarla con su peso. Durante el sexo, Knox solía evitar el contacto visual, porque esa clase de intimidad no era parte del trato. Este último era: follar y correrse, punto. Pero con Clarissa consideraba que sería una afrenta no mirarla. Quería verla estremecerse, escuchar sus jadeos y memorizar los gestos de su

rostro impregnados de placer. Algo en ella despertaba su curiosidad, tan visceral e intensa como el deseo.

—No te atrevas a detenerte de nuevo, Knox —exigió Clarissa con suavidad.

Él se inclinó y le lamió un pezón. Ella arqueó ligeramente la espalda, gimió.

—Solo quería que estuvieras en este punto: desesperada, tanto como yo desde que te vi moviéndote en esa jodida pista de baile —dijo él en tono profundo y sensual. El cuerpo masculino estaba rígido por el autocontrol; su respiración era entrecortada, y los ojos verdes absorbían cada minúscula reacción del rostro bello y labios carnosos.

—Si eso querías antes, ¿qué quieres ahora…? —preguntó Clarissa, agitada.

Ella extendió los dedos y le acarició los contornos de la boca.

—Hacerte mía —replicó Knox con determinación.

Clarissa hizo un leve asentimiento, y fue suficiente para romper la última línea de control de Knox. Él embistió con fuerza, hasta que se ancló profundamente.

Ella soltó un grito ahogado, porque resultó inevitable. Sabía que podía doler, pero no pensó que al estar tan húmeda, deseosa y excitada, la penetración le causaría este crudo escozor. Sentía una emoción tan viva de que su cuerpo se abriese por primera vez en este modo tan vulnerable a un hombre. Pero, además, este instante significaba algo importante para alguien con su pasado: la ruptura física de un miedo que la había perseguido por años. Finalmente dejaba entrar a alguien a su templo más íntimo, aquel que guardaba sus secretos, buenos y no tan buenos. Estos segundos mezclaban el asombro de un inicio crudo y memorable. Quiso llorar. No por el ardor de su sexo al ser por completo ensanchado —brutalmente lleno por su amante— sino porque entendía que no estaba rota. Su cuerpo estaba pleno, encendido, y con mucho más por ofrecer y explorar en la intimidad. La realización era por completo increíble.

Knox, ajeno a la verdad de su amante, interpretó el grito como puro placer. ¿Cómo podría pensar algo diferente, si ella se entregaba con abandono? No solo eso, sino que lo arañaba con desesperación, gimiendo su nombre como un mantra o una petición silenciosa de que algo importante estaba ocurriendo entre ambos. Y él no podía estar más de acuerdo, porque conquistar a una mujer hermosa en la cama era magnífico, pero a una que no se callaba lo que pensaba y que se abría a él con tanta sensualidad, eso, era un privilegio. Daba igual si se trataba de un encuentro furtivo. La estrechez del cuerpo resbaladizo y receptivo, bajo el suyo, avivaba sus sentidos. No podía pensar, sino actuar con sus instintos: moverse dentro de ella, entrar y salir.

Sin embargo, en medio de la vorágine, algo hizo que él se detuviera. Notó que ella, aunque jadeaba y seguía moviéndose con él, parecía haber perdido un poco el ímpetu. El cambio era tan sutil que estuvo a punto de ignorarlo, pero ahí estaba. Sabía que no era falta de deseo. Había algo más. Algo parecido a la rigidez. Frucio el ceño.

Agitado, Knox se apartó apenas, lo suficiente para verla a los ojos.

—¿Estás bien…? —preguntó, sin soltarla. No era un patán.

—Sí —susurró ella, y le acarició la mejilla—. Solo estoy acostumbrándome a ti. Me gusta cómo me llenas. Solo quiero quedarme así un momento, sintiéndote.

Él soltó un gruñido, aliviado y más encendido que antes.

—Eres una fantasía, Clarissa, tan apretada a mi alrededor. Como si tu sexo hubiera sido estratégicamente diseñado para excitarme —murmuró junto a su oído.

El cuerpo de ella tembló. «Esta tan cerca del orgasmo. Tan cerca».

—Hace tiempo que no estaba con nadie —mintió con media sonrisa, mientras lo rodeaba con las piernas. El escozor inicial había pasado, y ahora necesitaba más de esta increíble sensación—. Deseo más, Knox, necesito este orgasmo tanto como tú.

Él sonrió de medio lado y capturó la boca de Clarissa en un beso ardiente.

A partir de ese instante fueron dos cuerpos amantes de la vida que se encontraban en un destino inesperado; que conectaban por un instante. Los finales felices no habían formado parte de sus historias personales, cada una de diferente. Sin embargo, en lo único que coincidían era en la forma en que sus cuerpos lograban conectarse de forma primitiva: intensa, salvaje y anhelante. Ninguno podría saber lo que cruzaba la mente o emociones del otro. La elocuencia estaba marcada por el ritmo de las acometidas de Knox, las uñas de Clarissa en la espalda masculina, y el compás de sus caderas saliendo al encuentro mutuo. Si pudieran componer una sonata con las notas del sonido del roce de sus cuerpos, el chasquido de sus besos desesperados, los jadeos que consumían sus sentidos y las caricias que parecían dejar una huella invisible e imborrable, entonces habría una orquesta sinfónica tocando para un auditorio lleno.

Knox entró y salió de Clarissa con fiereza, consumiendo cada milímetro. Se movió con una rapidez fiera e insistente. El vaivén de sus caderas provocaba que las tetas se bamboleasen, y él, porque no podía resistirlo y porque sabía que a ella la ponía a cien, se daba un banquete succionando y lamiendo los pezones. Mordisqueaba los contornos de los pechos y se regodeaba al verlos rojizos por sus atenciones. Ella le presionó las nalgas con los talones, como si necesitara que él entrara más profundo de lo que ya estaba. La fuerza de sus acometidas y los movimientos de Clarissa, sus modos de tocarlo, provocaban que —en conjunto— el respaldo de la cama chocara contra la pared. El sonido era una locura. Ellos estaban envueltos en un manto de lujuria. Pero al cabo de varios segundos más, Clarissa sintió que su cuerpo se inundaba de la conocida sensación que precedía al orgasmo. Sus paredes íntimas empezaron a contraerse alrededor del pene. Las olas que impulsaban el clímax se fortalecieron.

—Joder, Clarissa… Joder —farfulló viéndola tan febril como él. Movió las caderas, asegurándose de que en la fricción de sus

acometidas el clítoris fuese estimulado. Sintió que el orgasmo estaba a punto de barrer con su conciencia.

—Knox… Oh, voy a… —susurró arqueando la espalda.

—Lo sé… Déjate ir —gruñó y la penetró con fuerza.

Él sintió cómo su sexo se agitó en el interior de las paredes íntimas de Clarissa. Knox eyaculó y sintió una ceguera ante la realidad, porque todo lo que podía hacer era experimentar el éxtasis, mientras ella se contraía a su alrededor, succionándolo. El orgasmo lo sacudió, y él soltó un gemido profundo con el nombre de la mujer que había provocado tremenda conmoción. Ella lo sujetaba de la nuca. Sus bocas, que no se besaban, estaban unidas con los labios de ambos entreabiertos, respirándose. Durante un largo rato permanecieron de ese modo, febriles, hasta que las palpitaciones de Clarissa remitieron y él expulsó hasta la última gota de su simiente.

Ella soltó una exhalación y abrió los ojos con una sonrisa. Las palabras no alcanzaban para describir la sensación de libertad y plácida sensualidad que experimentaba en ese instante. Knox la observaba con saciedad, como si verla bastara… pero al mismo tiempo, no fuera suficiente. Menos mal, aún le quedaba toda la noche para continuar explorándola, palpando cada trozo de piel, y poseyéndola.

—Este es solo el inicio —dijo él mordiéndole la boca.

Ella se rió bajito, mirándolo a los ojos, y se encogió de hombros.

—¿Es esa una promesa? —preguntó con suavidad.

—Puedes apostar que sí —replicó Knox y se apartó tan solo un instante. No podía esperar a continuar, pero tenía que cambiar de preservativo. A regañadientes, empezó a salir del interior mojado, sin embargo, al hacerlo se detuvo en seco. Parecía imperceptible, pero él era un hombre que se fijaba en los detalles. No en vano era uno de los mejores empresarios financieros del país. Este detalle en específico que acababa de obserar, lo dejó paralizado por breves segundos. El condón tenía los fluidos de Clarissa, sin duda, pero también una ligerísima, ligerísima, mancha de tono rosáceo.

—¿Pasa algo? —preguntó Clarissa al notarlo de repente ceñudo.

Él se apartó del todo. Apoyó las nalgas sobre los talones. Enarcó una ceja.

—No habías tenido sexo en un largo tiempo, sino que jamás lo habías hecho —expresó en un tono serio e incrédulo. ¿Cómo era esta mujer, a sus veintitrés años, exudando sensualidad, belleza y desenvoltura social, virgen? ¿Cómo carajos ocurría?

Clarissa se acomodó mejor y optó por sentarse. Luego quedaron frente a frente. Él no parecía enfadado, tan solo desconcertado, y ella podía comprenderlo.

—Knox… —tragó saliva, porque no pensó que sangrar fuese parte de algo que iba a ocurrirle a ella. No era una conclusión estúpida, pues sí tuvo experiencias estimulándose con juguetes sexuales—. Si la virginidad no era tan importante para mí, entonces no tendría por qué serlo para ti —expresó, porque no podía contar el trasfondo del porqué lo era a sus veintitrés años. No porque estuviera bien o estuviera mal, sino porque vivía en un país mucho más abierto que otros en temas sexuales.

Él señaló el preservativo que aún cubría su miembro.

—Pudiste decírmelo —rugió—. Ese grito, mierda, fue de dolor, Clarissa.

—Fue una mezcla de dolor y placer, pero más de eso último. Además, si te hubiera dicho que era virgen, ¿habrías continuado la idea de acostarte conmigo? —preguntó en un susurro. Knox se acercó a ella y le tomó el rostro con una mano.

La respiración de ambos era agitada. Las miradas eran cautas y decididas.

—Soy un maldito egoísta, Clarissa. Por supuesto que habría continuado deseando follarte. Saber que podría ser el primero —dijo prácticamente contra la boca de ella—, me habría impulsado a seducirte tal como lo acabo de hacer. Lo más probable es que con menos crudeza, pero igual intensidad. En lugar de eso, te lastimé. No lastimo a las mujeres. —Ella quiso la mirada, pero él la instó a no

hacerlo—. Estoy seguro de que no soy el primer hombre que busca algo más que besarte. ¿Por qué yo?

Ella no podía decirle la verdad completa, así que utilizó un atajo igual de cierto.

—No me lastimaste, Knox —aclaró primero, con franqueza, porque esa era la verdad—. ¿Por qué tú? —tomó una respiración y esbozó una sonrisa leve—. Porque ningún otro hombre me había excitado y hecho sentir tan segura como tú —confesó.

—Mierda —dijo Knox apoyando la frente contra la de ella.

—No me arrepiento… Por favor, no me digas que tú lo haces… —murmuró.

—¿Quién eres en verdad, Clarissa? —preguntó retóricamente y soltando una exhalación. Todas las alarmas vinculadas a buscar indicios de que era una buscavidas, una interesada o que le había tendido una trampa, empezaron a jugar con su mente. Esa era la respuesta natural para un hombre acostumbrado a otra clase de mujeres.

—Una mujer que buscaba el placer con alguien que podría darle una noche memorable para su primera vez —replicó Clarissa, esta vez, sintiéndose vulnerable por lo ocurrido. No porque estuviera compartiendo su desnudez con él, sino porque percibía que la situación había borrado la expresión juguetona del rostro de Knox.

El magnate se pasó los dedos entre los cabellos.

—Nunca me he acostado con una mujer virgen, porque pueden pensar que…

—Solo esta noche —lo cortó Clarissa, porque sabía que saldría con alguna idiotez sobre las mujeres que confundían sexo con promesas a largo plazo—. Me prometiste una noche. Pero si una omisión, que para mí no tiene importancia, implica que prefieres que acabe todo ahora, entonces dímelo —dijo con Lynda franqueza.

Knox no podía dejarla marchar. Quería más de ella.

—¿Estás segura de que no te lastimé? —preguntó deslizando la mano hasta el vértice íntimo y mojado. Se lo acarició con suavidad, y ella gimió; él volvió a frotarlo.

—Lo estoy. No me lastimaste, Knox… —dijo Clarissa en un susurro.

—Lo que me diste fue un privilegio que no merezco —expresó—, pero me siento jodidamente posesivo contigo. Así que, al final, cumpliré mi promesa.

Antes de que ella respondiera, Knox salió de la cama y luego se inclinó para atraparla entre sus brazos. La llevó sin esfuerzo hasta el baño. La dejó en el piso, mientra él echaba el preservativo al váter. Después abrió el grifo de la ducha, lo calibró y luego entró con Clarissa, dejando que el agua borrara las huellas de sudor y sangre.

Ella sintió un aleteo inexplicable sacudiéndole el pecho con suavidad. Por un instante temió que Knox la rechazara, que aquella noche de sexo —la mejor que pudiera haber imaginado— se viniera abajo por lo ocurrido. Pero no. Él seguía acariciándola bajo el agua, besándola con la misma avidez del inicio. Le preguntaba si estaba bien o si necesitaba algo solo lo pidiera. Ella pedía más caricias. Y también las daba, porque sentir las manos de Knox recorriéndola era una sensación casi adictiva.

—¿Qué promesa…? —preguntó Clarissa, mirándolo con anhelo renovado.

—Que serán mis caricias las que recuerdes cuando quieras tener un orgasmo.

Ella soltó una carcajada y deslizó las manos para agarrar el miembro erecto.

—Knox.

—¿Mmm? —preguntó mirándola, excitado por cómo ella lo tocaba —. Por cierto, no me arrepiento de ser el primero en follarte, pero sí me cabreó que no me lo dijeras —expresó en un tono ronco, cuando la manos de Clarissa aceleraron los movimientos. «Era evidente que había otras cosas en las que no era virgen», pensó.

El ejemplo claro fue cuando ella le devolvió el favor, poniéndose de cuclillas en la ducha, y tomándole el sexo con la boca. Lo enfadó pensar que otros habrían contemplado el mismo espectáculo que ahora tenía ante él: Clarissa, mirándolo con sensualidad, acariciándole los testículos con la mano, y chupándole el miembro ávidamente. Los movimientos provocaban que los senos tentadores se agitaran.

—Me alegra escuchar eso —dijo ella apartándose por un breve instante, antes de volver a lamerlo. Desde su ángulo visual, aunque él estuviera a su merced, Knox seguía siendo impotente y hermoso. Los gruñidos que soltaba, la forma en que le sujetaba los cabellos con firmeza y le indicaba la presión con la que deseaba que se moviera su boca, la excitaban. Clarissa tenía experiencia en magreos subidos de tono, porque era virgen, no ingenua, y por eso reconocía que esta vez era algo distinto: más carnal, desatado, único, potente y cargado de un tono de intensa y cruda sensualidad.

—Si no apartas tu boca voy a correrme en ti —gruñó él, mirándola.

—Tú me probaste, así que ahora quiero hacer lo mismo contigo —dijo antes de succionarlo con más fuerza. A los pocos segundos lo escuchó gemir su nombre, mientras el pene golpeaba el fondo de su garganta. Ella bebió hasta la última gota.

—Joder —expresó Knox. La ayudó a incorporarse, mirándola bajo el grifo de agua—. No sé qué carajos voy a hacer contigo, Clarissa, pero esto no es suficiente.

A continuación, la tomó de la cintura y la instó a darle la espalda.

Ella lo miró por sobre el hombro.

—¿Knox?

—Apoya las palmas de las manos contra el mármol de la pared. —Ella obedeció—. Separa las piernas, sí muy bien —le dio un azote en las nalgas, y Clarissa gimió—. Eso es por haberme ocultado que eras virgen. Inclina el cuerpo hacia adelante, y déjame apreciar mejor

ese culo respingón. Perfecto —dijo y volvió a azotarla con más fuerza, luego le acarició la huella de sus manos con una sonrisa.

—Ser virgen no implica ser ignorante, sí tengo experiencia en otras co…

No, no terminó de hablar. Uno, dos, tres y cuatro azotes sucesivos en su trasero la hicieron cerrar la boca. Lejos de consternarla, Clarissa no podía creer que estuviera mojada por las nalgadas que acababa de darle Knox. Respiraba con dificultad y necesitaba que la hiciera llegar al orgasmo, otra vez. Cuando iba a verbalizar lo que deseaba, sintió las manos firmes agarrándole las nalgas y a continuación la lengua experta dándole lametazos. A diferencia de la primera vez, él nunca se detuvo, no le hizo preguntas, ni tampoco le dijo cuánto lo excitaba. Tampoco hacía falta, en especial por la manera en que la acariciaba tan ávidamente. Ella soltó un grito cuando se corrió.

Al cabo de un rato, Knox la giró y le tomó el rostro entre las manos.

—Hasta que te acostumbres a mí, te va a escocer el sexo —dijo mirándola.

—¿Y crees que, si solo tenemos una noche, voy a preferir dormir?

Él soltó una carcajada. La besó con intensa sensualidad.

—Eres una caja de sorpresas, Clarissa —replicó y salieron de la ducha.

Knox esperó un rato antes de volver a tomar a Clarissa, hasta entonces la acarició, volviéndola loca, y sin permitirle correrse. Ella se enfadó, haciéndolo reír con sus amenazas, hasta que las cumplió y, en lugar de reír, Knox soltó gruñidos de gusto. Hubo un rato en el que bajaron a comer algo. Él no era adepto a los dulces, pero el coño de Clarissa con crema chantilly, definitivamente, fue perfecto

para la medianoche. Su sabor le dio una lección de lo que era la verdadera comida gourmet.

—Acabas de arruinar todos los postres para mí —dijo Knox, mirándola, mientras terminaba de lamerse los últimos resquicios dulzones de sus labios.

—¿Y si te digo que aún queda un poco de crema…? —preguntó con descaro.

Estaba sentada sobre la encimera con las piernas entreabiertas, y la respiración temblorosa. Knox la había subido sin esfuerzo para luego esparcir crema chatilly en su sexo y comérsela, literal y figurativamente, hasta que ella le rogó que no continuara porque no creía posible poder correrse de nuevo. Pero la forma en que movía las caderas y lo instaba a que no se detuvieran, la contradijeron; él tan solo se había reído.

Knox se irguió en toda su estatura. Puro músculo y completa desnudez. En esa postura, ahora sus rostros estaban casi a la misma altura. Ella esbozó una sonrisa.

—Estoy al borde de eyacular con solo escucharte gemir, y si vuelves a decir algo como esto, tentando al diablo, voy a perder el poco control que me queda.

—Lo sé —murmuró—. Por eso lo hago, Knox.

Él se rió por lo bajo, y la besó con firmeza deleitándose en su sabor y haciéndola probarse a si misma, pero esta vez con un toque dulzón adicional. Fueron interrumpidos por el sonido de un móvil. No el de ella. Knox frunció el ceño. La bajó de la encimera guiándola hasta el sitio en el que continuaban las prendas que ambos habían dejado, horas atrás, al llegar a la casa. Entre las pertenencias estaba el iPhone de Knox. Al ver que era un remitente desconocido, él instó a su amante a ir a la suite. Se desentendió, porque para él existían asuntos más importantes: el placer del sexo.

Se dieron una ducha rápida para quitarse los rastros de la crema de chantilly.

Cuando Knox la tuvo de nuevo bajo su cuerpo, en la cama, el móvil sonó otra vez. Se cabreó por no haberlo dejado en silencio e ignoró el aparato. No hizo amago de apartarse de la mujer que estaba a su lado. Le gustaba que fuese tan receptiva. Además, él también comenzaba a conocer sus tiempos, su forma de responder a los estímulos que le prodigaba, la manera en que arqueaba la espalda justo antes de correrse, y ese sonido suave, gutural, con el que pronunciaba su nombre cuando estaba desesperada. Se sentía atraído por ese equilibrio peculiar entre la sensualidad latente y aquella sutil vulnerabilidad que Clarissa no escondía. La combinación resultaba tan adictiva como fascinante. Él no pensaba interrumpir esa exploración sexual, ni la exquisita sensación de penetrar la estrechez de la pelirroja, por una llamada que bien podría esperar.

—Contesta, Knox, quizá es algo importante —dijo Clarissa.

—No existe tal cosa esta noche —replicó haciéndole un guiño.

Ella soltó una risa suave y le hizo un gesto hacia el móvil.

—¿Quién es? —preguntó Knox de mala gana, al responder el teléfono.

—Estuve tratando de localizarte y te llamé varias veces —dijo una voz que era muy conocida—. Cambié de número hace dos días. Knox, hay un problema.

—No escuché el teléfono, hasta hace poco, y espero que este sea un problema que puedas resolver, porque estás interrumpiendo mi fin de semana, Brigitte.

Clarissa se removió para tratar de apartarse. Pero era imposible, porque todo el peso de Knox estaba sobre ella. Él hizo una negación, se inclinó y le mordió un pezón; después lo succionó suave y silenciosamente. Clarissa dejó escapar un gemido.

—Siempre puedo resolverlo, si está dentro de los márgenes legales, pero no puedo negociar por ti —replicó Brigitte con

paciencia, ignorando el tono cortante de Knox. Al oír el gemido femenino de fondo, entendió de inmediato el cabreo. No se lo tomó personal. Knox y ella eran amigos desde hacía años, y como una de las abogadas corporativas más respetadas de la ciudad, había sido la elección natural para encargarse de los asuntos personales del magnate, los que no estaban ligados a Aussie Equinox. Knox Wentworth no contrataba a cualquiera. Solo lo mejor, en todo—. Quería informarte de algo importante: Morgana ha desistido de vender la editorial.

—Te pago cientos de miles de dólares al año, a ti y a tu bufete de abogados, Brigitte. ¿Cómo puede ser posible? La mujer firmó el contrato, no podía retractarse.

—Sí, lo hizo, pero recuerda que la cláusula de aprobación interna seguía pendiente para que entre en vigor. El comité tenía plazo hasta el viernes a las cinco de la tarde, es decir ayer, para responder. No hubo comentarios, pero esta mañana, a las siete y media, recibí un correo del abogado interno del Grupo Gregorian notificando la revocación formal del contrato por falta de concenso —explicó.

—¿Un sábado? —preguntó Knox, mientras Clarissa apaciguaba su desconcierto, distrayéndolo, moviendo las caderas e instándolo a que se diera prisa.

—Las plataformas de gestión electrónica no descansan, Knox —explicó Brigitte con suavidad—. Su gente sabe exactamente cómo jugar con los tiempos.

—¿Cuál es la razón para que uno de los socios se negara a firmar?

—Al parecer otra editorial hizo una mejor oferta, una multinacional —dijo.

—Entonces, ¿es un asunto de dinero, como siempre? Porque esos hijos de puta dijeron que no les importaba esa empresa, porque no era su proyecto. Joder —farfulló, pero no para Brigitte, sino por la pelirroja que empezó a arañarle la espalda.

—Hasta que haya números más altos de por medio —comentó la abogada.

—Hablaré con ella el lunes —replicó Knox refiriéndose a Morgana.

—Siento la interrupción. Pero como no respondiste mis mensajes de texto en todo el día, ni de voz, entonces decidí insistir en llamarte, a pesar de la hora. Sé que te enfadaría más si no hubiera intentado de contactarte y avisarte por todos los medios. Cuando tengas nuevos comentarios sobre este asunto, lo revisaremos. Tendré que hacer un nuevo análisis legal, pero será muy rápido y eficiente. Como es habitual.

—De acuerdo. Bien. Buenas noches Brigitte —dijo y cerró la llamada.

Knox apretó los dientes cuando la mano de Clarissa le frotó el glande.

—Me dices que responda el teléfono —murmuró Knox, mirándola —, pero luego te quieres apartar. Tsk, tsk. Muy mal, Clarissa. Además, quisiste distraerme.

Ella se echó a reír y le rodeó el cuello con los brazos.

Knox no creía que le alcanzara la madrugada para lo que tenía en mente con ella. Habían charlado entre besos y orgasmos, nada profundo ni comprometedor, a pesar de que ella le provocaba curiosidad. Siempre era mejor saber poco en estas circunstancias. Knox no pudo dejar de reconocer que Clarissa, más que un rostro y cuerpo hermoso, poseía una mente bastante aguda. Ella le contó que sus padres eran ejecutivos de la ONU y que se había criado más entre gente adulta que entre personas jóvenes. Ninguno ahondaba en la vida del otro, porque no tenían una relación.

—¿Malas noticias? —preguntó Clarissa con suavidad.

—Una empresa que estoy a punto de comprar —dijo sin emoción.

—¿Ah, sí? —preguntó con una sonrisa—. Suena interesante.

—Sí. Una editorial un poco venida a menos, pero que pretendo reformar.

Clarissa lo quedó mirando. No le había dicho en qué trabajaba con exactitud, tan solo le mencionó que se dedicaba a asuntos

culturales. Él tampoco presionó por más detalles. Sin embargo, lo que Knox acababa de comentar sí agitó su interés.

—Oh… Lo siento, pero ¿no es Aussie Equinox inversora en tecnología? Al menos es lo que sé que hace Bree con ese proyecto de inteligencia artificial.

Él hizo un asentimiento. Le tomó el rostro en las manos, a punto de besarla.

—Wax & Ink será una inversión con capital privado: el mío —replicó sin ser consciente de que acababa de dejar a Clarissa sin palabras—. Pero no me gusta hablar de negocios cuando tengo a una mujer muy sexy y a la que me gusta hacer gemir.

—Oh… —murmuró.

Su cerebro no tuvo tiempo para racionalizar demasiado, tan solo le dio un breve margen para que se diera cuenta de la implicación del comentario de Knox. Sin embargo, cuando las manos cálidas y expertas empezaron a acariciarle los pechos, el vientre y el sexo, Clarissa se perdió en la bruma del placer que él provocaba. Ella no logró recuperar el resuello, porque esa boca hambrienta devoraba la suya. Se tocaron con ardor, avidez y ansias. Habían perdido la cuenta del tiempo, pero parecía todo tan breve. El reloj avanzaba sin piedad. Un largo rato después, cuando Knox volvió a correrse en ella, y Clarissa le dijo que era incapaz de tener otro orgasmo, las manecillas marcaban casi las tres de la madrugada. En lugar de pedirle un taxi u ofrecerse a llevarla, Knox la abrazó y le dijo que estaba demasiado cansado para dejarla marchar.

—Solo acordamos una noche —susurró él, sujetándola con firmeza. La espalda de Clarissa descansaba contra su torso, atrapada entre sus brazos y el calor que aún ardía entre ambos—. Pero no voy a dejar que te vayas en plena madrugada.

Ella, que ya había recuperado por completo sus sentidos, estaba inquieta. No porque iba a quedarse abrazada al hombre con el que había compartido unas horas sensuales, emotivas y llenas de autodescubrimientos, no. El detalle era que si Knox lograba tener

éxito con ese contrato del que habló en la llamada, no solo sería el hombre que jamás iba a borrar de su memoria con el paso del tiempo —algo que ingenuamente, ahora comprendía, había pensado que lograría— sino que sería su jefe.

—Me sé cuidar sola —susurró, pero no hizo amago de moverse. No se había sentido tan segura en ninguna parte como lo hacía ahora, entre los brazos de Knox.

—No lo dudo —le dijo al oído—. Si te marchas antes de que me despierte, deja tu número en la mesita de noche. Aunque nunca está de más tener un respaldo, así que mejor dímelo también ahora. Lo guardaré en mi memoria —pidió el magnate.

—¿Por qué querrías que hiciera eso…? —preguntó Clarissa en la oscuridad.

Ella podía sentir la respiración suave, tibia, en su nuca, así como también los dedos de Knox jugueteando con sus pezones. Dios, estaba tan sensible. Sin embargo, si él la tocaba de ese modo experto o se introducía en su sexo desde atrás, se correría.

—La comida más importante, Clarissa, es el desayuno. Conozco un lugar interesante en el que los domingos venden un famoso sirope de chocolate, jamás me ha gustado, pero cambiaré de opinión cuando lo pruebe en ti —le dijo con picardía. Le gustó sentir cuando ella tembló—. Después, cada uno seguirá su camino —comentó, sorprendiéndose a sí mismo. «Nada con Clarissa formaba parte de sus estándares, así que una mañana de sexo, a modo de despedida, sería interesante».

—Mmm, lo pensaré… —contestó la mujer de ojos azules.

—¿Tengo que convencerte?

Ella soltó una risa y luego suspiró, acomodándose mejor entre sus brazos.

Clarissa sabía que solo existía una salida. Esa no consistía en irse a mitad de la madrugada a su casa, ni discutir con Knox al respecto. Si bien era independiente, arriesgar su seguridad a esas horas no era opcional. Estaba arropaba por la mejor frazada que hubiera

imaginado que alguna vez tendría: Knox Wentworth, rodeándola con su musculatura, calor y fuerza masculina. Pero era un préstamo efímero de la vida.

Su burbuja de fantasía acababa de explotar.

Ahora que sabía que Knox podría convertirse en su jefe, la idea de volver a acostarse con él resultaba tan tentadora como peligrosa para ella, como profesional. Necesitaría trazar una línea y no cruzarla; era preciso separar un aspecto de otro. Quizá para un millonario como Knox, adquirir una empresa —sin importar el rubro comercial— era una bagatela, una ganancia en un juego de monopolio personal.

Para Clarissa, en cambio, la editorial representaba mucho más: su ingreso constante, una forma de mantener su independencia y lograr experiencia, hasta hallar otro lugar mejor. Pero, sobre todo, era el sitio en el que podía encontrar la pieza extraviada del rompecabezas vital de una parte de su vida. Nadie conocía cómo ella utilizaba los recursos de la editorial, sin perjudicar a nadie, para sus propósitos personales. Si el trato de la editorial se cerraba, ella fingiría ser indiferente a Knox.

Su cuerpo podría gritar lo opuesto, pero Clarissa seguiría con su vida tal y como lo había hecho hasta antes de conocerlo: divirtiéndose, saliendo con amigas, y consolidando sus metas. La gran diferencia sería su forma de mirar el mundo de las citas románticas, eso era cierto, pues esta vez lo haría sin miedo. Tampoco pretendía acostarse con otros de inmediato. Quería asimilar lo vivido, porque lo que ocurrió con Knox había dejado una huella real. No era la típica historia de una "primera vez", sino el modo en que él la tocó y le mostró lo que era el verdadero placer. Lo complicado era que quería más, aunque sabía que no debía pedirlo. Esperaría a que la impresión se diluyera, a que el efecto de Knox pasara. O eso quería creer. Porque, al final, tenía claro que para él solo era una más, y sería ingenuo pensar lo contrario.

—No, no tienes que convencerme —murmuró, al cabo de un instante.

Su única salida para la propuesta de Knox fue darle un número falso.

CAPÍTULO 4

Knox solía tener el sueño pesado. Fue ese el único motivo por el que no sintió el instante en que se marchó su amante al llegar el alba. Él no amanecía con ninguna mujer, menos en su suite. Pero hizo una excepción con Clarissa, una que ni siquiera podía justificar ante sí mismo. Abrazarla antes de quedarse dormido fue más bien instintivo, y no le apetecía racionalizarlo. Pero la posibilidad de volver a perderse entre las curvas sensuales fue un excelente aliciente para empezar con ánimos el domingo. Aún podía aspirar el tenue aroma que había dejado ella en sus sábanas, y eso lo excitó.

Se vistió con eficiencia, después bajó a la cocina y preparó un té caliente. A veces prefería la teína en las mañanas. Le gustaba el silencio de su casa al amanecer, y también la brisa del mar que solía llegar cuando salía al patio para tener unos pocos minutos de respiro antes de empezar el día. Se tomó un tiempo para leer las noticias financieras y luego hizo lo propio con el correo de Brigitte. Su abogada le había reenviado la respuesta del Grupo Gregorian y adjuntado el contrato marcando la cláusula que neutralizaba la firma de Morgana. Knox solía tomarse filosóficamente los reveses en el ámbito profesional, no solo porque tenía suficientes herramientas para afrontar cualquier reto que se presentara en el camino, sino porque le parecía estimulante demostrar que él siempre —al final— ganaba. Lo anterior no impedía que lo cabreara renegociar algo que ya había sido prestablecido. Además, esta vez, implicaba ver de nuevo a Morgana. La mujer nunca ocultó su interés en una cercanía más personal, la noche en que cenaron para definir los términos de la adquisición, pero él no dio pie a que eso prosperara. Se alegraba de haberlo hecho, pues sería una situación incómoda hablar de temas financieros luego de haber tenido sexo con ella.

Por otra parte, su vena competitiva lo instaba a buscar quiénes eran los ofertantes que habían provocado que la junta de accionistas rechazara el contrato. Estaba seguro de que no le tomaría más que unas cuantas pesquisas para encontrar alguna debilidad y sacar ventaja. Sus recursos económicos era muy amplios, y cuando fijaba su atención en un objetivo lo conseguía sin rechistar. Wax & Ink no sería la diferencia, en especial porque era una inversión personal y que le daría una entrada a un mundo de poder diferente: influencia social y comercial, a través de la cultura. Por ahora se enfocaría en identificar con claridad a la competencia y analizarla. La demora innecesaria en los procesos lo enfadaba, pero esta vez lo que consiguió apaciguar su estado de ánimo fue la perspectiva de escuchar a Clarissa gemir su nombre de nuevo.

Esbozó una sonrisa complacida al imaginar lo que haría con la pelirroja.

No se había sentido tan cautivado por una mujer en mucho tiempo, y estaba convencido de que unas horas más juntos bastarían para borrar la sensación persistente de que la noche anterior no había sido suficiente. Knox era un hombre apasionado, pero no emocional, pues había sellado a cal y canto ese aspecto mucho tiempo atrás. Prefería remitirse a lo lógico, y por eso argumentaba que la intriga que Clarissa le provocaba surgía del deseo de entender a alguien que salía de sus estándares usuales. Sin duda, ella era una novedad refrescante para un hombre cínico y con un considerable camino recorrido con el sexo opuesto. El haber sido el primero en poseerla aumentó su ego, y reconocía que las ganas de diseccionar la mente de Clarissa persistían. Quería saber qué ocultaban los ojos azules, pues parecían guardar secretos difíciles de extraer. Ese era para él un reto silencioso, en especial porque el deseo persistente, casi incómodo e insaciable al evocar los recuerdos de la noche y madrugada, no le había ocurrido en otras experiencias. El terreno que Knox estaba pisando era desconocido, inoportuno inclusive, especialmente al ser un hombre que estaba acostumbrado a tener calculados sus límites. El sexo solo podía

medirse por la intensidad del deseo, eso era verdad, y por ese motivo se sentía ahora fuera de lugar.

No exageraba al reconocer que esta mujer —indistintamente de la experiencia en la cama— había despertado a la par su instinto posesivo y el anhelo de querer más que solo escuchar sus gemidos. Pero el cinismo de Knox estaba muy vivo esa mañana, y creía que al besar de nuevo la boca carnosa de Clarissa y al recrearse en el placer de follarla otra vez, recordaría que ella —ahora que los retazos del amanecer se habían evaporado— en realidad no sería diferente de las demás. Con ese pensamiento rondando su mente, él agarró el teléfono y marcó el número que ella le había dado.

Su plan inicial era desayunar juntos y volver a casa con suficiente chocolate como para probarlo sobre la piel del otro. Pero Knox no tenía citas después de follar, y no quería que hubiese confusiones, así que cambió de idea. Pediría a domicilio. Le diría a su chofer que pasara por Clarissa, pero necesitaba su dirección. No es que fuera un cretino incapaz de recoger a la mujer con la que pretendía salir, pero —una vez más— prefería dejar las cosas claras: él no iba tras sus aventuras de fin de semana, y no estaba en una cita romántica, ni mucho menos. Mientras escuchaba el sonido del teléfono, Knox pensó que el apenas llegara el día lunes retomaría su rutina usual: una agenda de trabajo agitada y sus hábitos de soltero. Sabía que nada cambiaría. De hecho, esa tarde estaría en el yate de unos amigos disfrutando el resto del domingo. Lo más probable es que conocería, entre las invitadas, a alguna mujer guapa con la que borraría el rastro de la pelirroja. Toda novedad, por más impactante, perdía brillo.

Al séptimo timbrazo le respondieron.

—¿Quién es…? —preguntó una voz femenina adormilada.

Él frunció el ceño, porque el tono no se parecía al de su amante.

—Knox —replicó en tono quedo—. ¿Eres la compañera de piso de Clarissa? —preguntó a cambio, pero lo cierto es que no tenía ni idea si la pelirroja vivía o no sola. De hecho, más allá del pleno conocimiento físico, él no sabía nada sobre ella.

—No sé quién eres, ni qué rayos haces llamando a las ocho y media de la mañana. ¡Es domingo! —exclamó la mujer del teléfono —. Y no sé quién es Clarissa.

A continuación, la comunicación se cortó.

Knox miró el aparato y meneó la cabeza con incredulidad. «¿Qué rayos?», se preguntó y subió a la suite. Fue hasta la mesita de noche y miró los números anotados con el puño y letra de Clarissa. Coincidían con los que él había memorizado y marcado instantes atrás. No se había equivocado. Por simple verificación —o quizá por la incredulidad de su orgullo— volvió a llamar. El resultado fue el mismo. La diferencia fue que esta vez, cuando la adormilada mujer respondió, él fue quien cortó la llamada. Por un instante, no quiso asumir lo que había sucedido. La ironía de la situación no se le escapaba, pues era él quien generalmente daba números falsos a las mujeres con las que se acostaba. Al parecer el método se había vuelto contra él. Se quedó en silencio un instante y se pasó los dedos entre los cabellos con frustración contenida.

No creía que Clarissa le hubiera dado un número falso por equivocación, no subestimaría su inteligencia de ese modo, ni la propia. Lo había hecho a propósito. Si algo fue evidente entre ambos era que durante la noche —y la madrugada— se buscaron y se llevaron al límite con la misma intensidad. Fue algo mutuo. Por eso creyó que encontrarse esta mañana, para desayunar y tener un par de horas más de sexo, ya era un hecho. Apretó el jodido papel en un puño, hasta casi romperlo.

No poder hacer conjeturas sobre los motivos de Clarissa para darle un número equivocado, lo encabronó, en especial porque —fuera del sexo— no tenía la más jodida idea de cómo funcionaba la mente de ella. Knox detestaba no tener respuestas. No solo porque estaba acostumbrado a marcar las reglas del juego, sino porque llevaba años intentando buscar las piezas sueltas de una parte inconclusa de su historia familiar. Esa era la razón de que continuara yendo a las fiestas de su abuelo, Colton, a pesar de que detestaba hacerlo. Así que bastaba un simple recordatorio, que reactivara esa

sensación de que algo importante se le escurría entre los dedos, para devolverle la acidez de sentirse atrapado en un círculo estéril buscando respuestas que parecían a punto de revelarse, pero que finalmente no lo hacían. Depender de las decisiones o acciones de terceros para concretar sus intereses lo sacaba de quicio.

Knox pensó que podría sacarse a Clarissa de la cabeza, pero este incidente acababa de provocar lo opuesto. Por un instante, consideró llamar a Aubrey para pedirle el número correcto de su mejor amiga, pero eso lo haría quedar como un amateur al que acababan de devolverle su propia medicina. El hecho de que ya no existiera posibilidad de exorcizar la pasión que seguía hambrienta por Clarissa le agrió el humor. Así que, lejos de olvidarla, lo que realmente lo inquietaba era entender por qué ella había decidido actuar así. Dudaba que hubiese otro amante, porque él había sido el primero. De hecho, imaginarla con otro no le resultaba para nada agradable. Tenía que existir una razón lógica para que le hubiera mentido, pues él no había malinterpretado ninguna de las señales que ella le dio. «¿Qué carajos fue lo que pasó?».

Todo acababa de salir erróneamente.

Por si fuera poco, la siguiente llamada le terminó arruinar la mañana.

Llevaba días ignorando a Athina. Su madre era una criatura caprichosa, insistente y de moral cuestionable. Esta era la décima llamada, en cuatro días, que recibía de ella. Si continuaba enviándola al buzón de voz, la mujer era capaz de presentarse en la puerta de su casa. Si no lo encontraba allí, iría a buscarlo a la oficina al día siguiente. Esto último era algo que Knox prefería evitar, porque no mezclaba sus mierdas familiares con el ambiente de trabajo. Además, su madre siempre sacaba su peor versión. Eso no era vano, lo había provocado a pulso. Ella causaba que él perdiera su actitud encantadora y a cambio surgiera el hombre decepcionado de la mujer que lo engendró. La toleraba porque era su madre, pero no existía cariño alguno de su parte, porque ella se encargó de ensuciar cualquier emoción genuina con sus actos. Sin embargo,

esta llamada en particular le resultó útil: era un recordatorio del porqué él tenía una opinión tan cínica de las mujeres. Si aplicaba esa certeza a Clarissa, entonces le sería más fácil ignorar el escozor que le dejaba la idea de no volver a verla. Hizo una mueca. «¿Por qué habría de esperar algo mejor de ella?», se preguntó, burlón.

Se sentó en la butaca negra de la sala. El sol entraba con fuerza por la ventana.

—Oh, querido, gracias a Dios que respondes —dijo Athina con alivio. La voz de la mujer era melosa y aguda—. Estaba a punto de agarrar el coche para buscarte.

Él se frotó el puente de la nariz. Hizo acopio de la poca paciencia que tenía.

—¿Qué puedo hacer por ti, madre? —preguntó apretando los dientes. «Quizá era el momento idóneo para surfear, hasta que llegara la tarde».—. Estoy ocupado.

—Estamos domingo, Knox, relájate —dijo con una risa fresca y superficial —. Quería pedirte un pequeño depósito. Voy a someterme a una cirugía plástica para rejuvenecer mis manos. No es posible lucir mis joyas con la piel arrugada —explicó.

—Mi fortuna no está disponible para cubrir caprichos absurdos, en especial cuando eres la culpable de tu situación. No es mi problema que hayas sido tan irresponsable para firmarle un poder a tu último amante, y que este te hubiera vaciado las cuentas —replicó con irritación—. Te transfiero una mensualidad considerable para que lleves un nivel de vida adecuado, aunque no la mereces. Te compré un piso en una zona decente de Sídney. No soy un jodido cajero automático. Si cometiste errores debes asumir las consecuencias. Aparte, he hecho por ti más de lo que debería.

Athina soltó una exhalación teatral. Se acomodó los cabellos rubios, mirándose frente al espejo del piso de tres habitaciones y dos baños en Neutral Bay. La zona era acomodada, pero no tanto como Freshwater, Double Bay o Vaucluse. Eso la enfadaba, porque sus amigas tenían propiedades más grandes y con más servidumbre.

—No seas mal agradecido, Knox, gracias a mí tienes la vida de la que ahora disfrutas —expresó perdiendo el tono zalamero—. Me confinaste a residir en una zona alejada de la clase alta de Sídney, mientras tú te pavoneas por áreas elitistas. ¿Acaso te parece justo tratar de ese modo a tu propia madre? —preguntó enfadada —. Solo quiero una cirugía plástica, no estoy pidiéndote que me compres un jet.

Knox soltó una carcajada amarga. La cara dura de su madre era increíble.

—Destruiste el primer matrimonio de mi padre, y lo único bueno que quedó fue mi hermana Lynda. Con todo el trabajo que hiciste —si puede llamársele de ese modo— siendo más joven, me sorprende que no tuvieras inversiones ni pólizas. Lo que te quedó de herencia al morir mi padre, aunque no te lo merecías, también lo gastaste en llevar un tren de vida fuera de tu presupuesto. Que tu último amante te estafara y te robara lo que te quedaba en el banco, insisto, lo tienes merecido —dijo con acidez y apretando el móvil con más fuerza de la necesaria—. Vende tus joyas o confórmate con el dinero que recibes, el piso y con la señora que te ayuda en la limpieza. Eso es más de lo que mereces, después de la vergüenza que eres para mí.

Knox no había incapacitado legalmente a Athina, porque aquello significaría exponer secretos familiares ante un juez. El proceso abriría expedientes médicos, requeriría testigos y removería episodios que él prefería mantener sepultados. La condición mental de su madre era un asunto que casi nadie conocía, y Knox estaba decidido a que siguiera así. Además, en el testamento que dejó Gerard constaba una cláusula en la que pedía a su hijo que protegiera la reputación y bienestar de Athina.

—La operación está programada para dentro de dos semanas, querido hijo —replicó haciendo oídos sordos al comentario de Knox —. Ah, unas amigas se irán de viaje a Dubái, así que, por favor, amplía el cupo de mi tarjeta de crédito. Treinta mil dólares no son suficientes, lo sabes bien. Si te niegas tendré que considerar

entregar a la prensa ese viejo contrato que firmaste a los dieciocho, antes de entrar en sociedad con Gabriel St. James, y que te convirtió en socio silencioso de Carter & Wallace. ¿Recuerdas que esa empresa se disolvió por un escándalo de lavado de activos? Sería una lástima que ese detalle saliera a la luz, en especial cuando eres un conocido CFO.

—Carter era uno de tus malditos clientes —explotó él—. Fasificaste mi firma para vincularme con esos hijos de puta, tan solo para obtener dinero de las supuestas utilidades. ¡Fue una suerte que no me investigaran! Todo lo que tocas, lo destruyes.

Gracias a la intervención de su abuelo Colton, los abogados habían enterrado cualquier escándalo que pudiera vincularlo a aquel caso. El apellido Wentworth quedó a salvo, pero Athina seguía creyendo que podía usar ese episodio para chantajearlo.

La mujer soltó una exhalación dando a entender que el exabrupto la aburría.

—Eso no es lo que creen los notarios que legalizaron todo. Pero, tal como acabo de decirte, si no se dieron cuenta antes, bastará que una fuente confiable —es decir yo— filtre un documento para que el caso de Carter & Wallace resurja. Dime, ¿qué vas a elegir, querido Knox? ¿Continuarás manteniendo esa actitud hostil o vas a ayudarme? A diferencia de los hijos de mis amigas, tú eres el único que mantiene resentimientos absurdos por eventos del pasado. Quizá te convenga ser menos hosco. Esa fachada que proyectas en redes y en los reportajes de negocios —el hombre encantador al que las mujeres no pueden resistirse— debió costarte construirla. Pero si esas mismas mujeres supieran que tratas con frialdad a tu propia madre y que, además, eres tacaño, saldrían corriendo sin mirar atrás —espetó—. No me sorprende que a tus treinta y cinco años no hayas conseguido esposa, ni una relación estable —se echó una carcajada sarcástica—. Oh, aunque reconozco que me chocó que te dejaran plantado en el altar. Terrible —suspiró—. Pero no estamos para hablar del pasado, al menos no tanto. Solo ten en cuenta que no eres muy diferente a mí.

Knox apoyó la cabeza contra el respaldo. Su madre saltaba de un tema a otro, se quejaba, creaba un discurso tóxico, y hacía amenazas. Esa combinación era un veneno que ni el mejor antídoto lograba aplacar. Quizá no era surf lo que le hacía falta a Knox para expulsar esa mañana de mierda, sino varios vasos de su mejor whiskey. Decían que era imposible que un ser humano odiara a su propia madre, porque era inaudito y que solo un mal hijo sentía de ese modo. Él creía que esa postura resultaba idiota, porque los filósofos existenciales y los sociólogos aún no conocían a Athina.

Su progenitora era un ser humano de baja calaña. La mujer era consciente de la importancia de su reputación empresarial y social, y también de que, si se lo propusiera, podría arruinarlo fabricando pruebas que —por el simple hecho de ser su madre— el público daría por ciertas al principio. A su equipo de relaciones públicas le tomaría unos días para lograr que una estrategia, que desmintiera a Athina, cobrara fuerza. Pero para entonces el daño ya estaría hecho. Knox jamás pondría en riesgo su relación comercial con Gabriel. Su mejor amigo no tenía por qué ser parte de una debacle que él podía evitar, pero cuyo precio era tolerar —aunque no sin negociar o marcar ciertos límites, como ahora— los caprichos y pedidos ridículos de Athina.

Su madre era la razón por la que había aprendido a desconfiar de las mujeres.

—Mi abogada, Brigitte, irá a visitarte mañana a primera hora —expresó con hostilidad, porque iba a tener que empezar a restringir todavía más los accesos de su madre—. Vas a firmar un documento en el que te comprometes a dejar de pedir fondos que excedan los beneficios que ya recibes, gracias a mí. Tu maldita cirugía plástica y ese viaje a Dubái van a ser los últimos gastos fuera de lo que yo considero necesario o urgente. Después entregarás las copia de ese contrato, sin trucos —dijo Knox—. Si continúas en tu racha chantajista, prepárate para que tus condiciones de vida empeoren. Solo eres una sanguijuela que provocas caos donde sea que apareces.

Athina se rió, porque conocía bien la debilidad de Knox: la integridad. En su hijo existía esa necesidad casi patológica de no parecerse a ella y de hacer lo correcto incluso con quien no lo merecía. Knox intentaba enterrar el pasado con la precisión de un cirujano, pero bastaba que ella hablara para recordarle que la sangre no se elegía y que, por mucho que le provocara culpa, él era cómplice de la muerte de Gerard. Ella jugaba con esos factores para clavar más profundo el cuchillo en la conciencia de su hijo y continuar atormentándolo. Ese era su juego preferido, en especial después de que junto a Colton, el abuelo de Knox, la hubieran despojado de la posibilidad de continuar accediendo a la fortuna Wentworth, después de que enviudara, años atrás.

—Oh, querido, ¿acaso crees que tu mente afilada es gratuita? La heredaste de mí —se rió por lo bajo—. Hay muchas formas en las que puedo exponer tu vida y convertirla en un infierno. De hecho, últimamente he desarrollado afición por tu misma pasión: la lectura. Jamás he escrito un libro, pero estoy segura de que mis memorias serían interesantes. Cuando quiero algo, tu responsabilidad es proveer. Recuerda que sé lo terrible que actuaste el día en el que murió mi querido Gerard…

Knox habría ahorcado a su madre si la tuviera en frente en esos momentos.

Él llevaba años lidiando con los chantajes emocionales y cambios súbitos de animo de Athina, así como con las crisis que solía tener. Sabía que parte de sus comportamientos erráticos eran fruto de la esquizofrenia, pero también que muchas de sus decisiones las había tomado en plena lucidez, con frialdad calculada. Lo suyo era más que disfunción, una avaricia narcicista, en general: un cuadro complejo. Más allá de los caprichos o de ignorar a las enfermeras, que se aseguraban de que tomara la medicación oportuna, él tenía claro que su madre era una oportunista y mentirosa.

—No tienes derecho a mencionar el nombre de mi padre —expresó con dureza—, con solo hacerlo echas mierda a su memoria. Después de la forma en que lo traicionaste, y lo engañaste, deberías

mantener la boca cerrada sobre él. Tú, eres la causa de que yo haya vivido una adolescencia llena de vergüenza. Si tanto necesitas dinero, y tu cuerpo no te da para trabajar, entonces vende las joyas —concluyó Knox.

—Tu padre vivía amargado, hasta que yo le di los mejores años de su vida.

—¿Metiéndote en su matrimonio y separándolo de Tatiana? —se rió con desdén, porque Lynda le había contado la versión de la madre de ella: dolor, llantos y el divorcio—. Puedes tener la seguridad de que me encargaré de que te encierren en un manicomio si continúas en esta dinámica de creer que soy tu cajero automático.

—No sabes nada, Knox —replicó la mujer con altanería y burla—. Fuiste siempre un chico idealista, y todavía crees que el mentiroso de tu abuelo es la figura paterna que necesitabas. Solo te usa para que te hagas cargo de vigilar que el gerente financiero de Empire Corporation, en las auditorias, no le robe. Deberías agradecerme, en lugar de siempre estar a la defensiva, y negándome cosas básicas.

Knox apretó los dientes.

—Madre. Suficiente —zanjó en tono gélido.

—¿Sabes qué? Jamás me arrepentiré del día en el que me escuchaste decirle a uno de mis amigos que me habría gustado abortar. Fui muy lista al no hacerlo, porque si hubiera abortado habría perdido mi boleto a formar parte de una familia millonaria y de gran influencia: tú. ¡Te di los mejores años de mi vida! —expresó en tono casi ofendido por la respuesta cortante de su hijo. Athina necesitaba el drama constante; su presencia podía alterar un entorno, no siempre en un modo positivo—. Jamás falté a tus aburridos campeonatos de fútbol y esas mierdas escolares. El único error fue la forma en la que te enteraste de mis actividades profesionales —concluyó la mujer.

El comentario de su madre, sobre abortar cuando supo que estaba embarazada y que lo utilizó como moneda de cambio con

Gerard, no era la primera vez que Knox lo escuchaba. Pero cada vez que Athina lo mencionaba, estuviera ella o no con crisis esquizofrénica, era igual a verter alcohol en una herida que, en Knox, siempre se reabría. Ella no eligió quedarse con él por amor, sino por dinero. Le dejaba claro el mensaje: no merecía la fortuna Wentworth, porque no era fruto del cariño, sino de una trama de intereses económicos. ¿Cómo podría él tener una buena opinión de las mujeres, si la que se suponía que marcaba un precedente de ejemplo era una zorra?

—Ese supuesto error que mencionas, para un chico de doce años como yo en ese tiempo, fue suficiente para que me avergonzara de ti, y para entender que las mujeres usan el "amor" como sinónimo de buscavidas —replicó con desprecio—. Eras una prostituta de lujo, Athina. Jamás voy a olvidar las habladurías susurradas que escuchaba entre la gente que frecuentábamos. Tampoco olvidaré la forma en que destruiste a mi padre, poco a poco —dijo Knox. Su madre lo fatigaba mentalmente.

—Peores cosas he escuchado, hijo querido —replicó con un suspiro indiferente—. Quizá soy culpable de tu cinismo sobre las relaciones, pero escucha…

—Madre, no tengo tiempo para escuchar sermones de quien no tiene autoridad moral para intentar darlos. Si estás a punto de entrar en uno de tus episodios de quiebre mental, te sugiero que lo frenes a tiempo y tomes tu medicación —expresó con seriedad. Uno de los problemas de Athina era que no reconocía que tenía esquizofrenia, y ese era el detonante de una espiral de desastres—. No voy a dejar de lado reuniones o asuntos de trabajo, porque decidiste actuar de manera irresponsable tomándote las pastillas equivocadas a propósito, para llamar mi atención —zanjó.

—He sido diagnosticada erróneamente, no tengo esquiz…

Knox agarró el teléfono y lo lanzó con la pared.

La pantalla se hizo trizas y con ello se cortó la comunicación. El costo de un iPhone era una bagatela para alguien como él y podría ordenar uno nuevo después. Se mesó los cabellos y cerró los ojos. El

hecho de que estos episodios de discusión con Athina fueran esporádicos, no disminuían la indignación y la cólera que causaban.

La única razón por la cual no la internaba en un sanatorio iba más allá de la impresión que pudiera tener la sociedad o las murmuraciones del pasado. Se trataba de su lealtad a Gerard y lo que había dejado escrito en su testamento. Solo por eso. Pero sentía que cada que pasaban los meses, los años, su madre se volvía más osada, y él, sin duda, menos paciente. La combinación era una fórmula a punto de explotar.

Él no quería ir al yate con sus amigos cuando lo que más le apetecía era mandar todo a la mierda. Necesitaba calmarse y la única forma era ponerse al límite despejando el camino para dejar ir la rabia que lo consumía. Su mente era un hervidero de recuerdos, ninguno agradable, así que fue al garaje y agarró las llaves de la motocicleta. No le serviría surfear, ni el alcohol, para borrar esta conversación con Athina. Los dedos de la mano le sobraban para contar las ocasiones en que su madre había actuado de forma civilizada o sostenido una conversación como un adulto, en lugar de valerse siempre de sarcasmos o palabras hirientes cuando no conseguía lo que quería de él: dinero y más dinero. Athina era como un vampiro energético: robaba cualquier posibilidad de estar sereno y también se encargaba de empañar la alegría con recuerdos amargos. Así que, para Knox, manejar con temeridad por las calles, perdiéndose en caminos ajenos al tráfico regular, le daría suficiente adrenalina para canalizar las emociones agitadas que lo invadían. Agarró los implementos necesarios para estar protegido del viento y también para seguir los protocolos de seguridad.

No quería tener otro accidente como el de hacía unos años atrás. Un accidente que, no podía ser de otro modo, involucraba también a Athina como razón de fondo.

Una vez que la puerta de metal se abrió por completo, el viento fresco de la mañana agitó su ropa. El cielo ya no lucía tan nublado como hasta hacía un rato, así que la motocicleta era mejor opción que ir a hacer tiro práctico o incluso buscar a su equipo regular con

el que hacía paracaidismo. Knox calibró sus movimientos y encendió el motor de la Ducati color negro. Se acomodó el casco, los guantes y partió a velocidad.



Knox.

Años atrás.

Después de los partidos de fútbol solía comer con sus amigos en un Pizza Hut o Boost Juice, luego pasaban por un local de videojuegos que estaba de moda en el centro de Sídney. En otras ocasiones iban a la playa y, entre bromas y chapuzones, pasaban el resto de la tarde antes de que cada cual regresara a casa. Todos tenían chofer que los llevaba y recogía de la escuela, pues eran de familias acomodadas, pero cuando había práctica de fútbol ellos preferían usar el transporte público. La ciudad era muy segura y solían siempre andar juntos. Esa tarde, a diferencia de otros días, el entrenador los envió a casa más temprano, porque había un evento con los chicos de cursos superiores e iban a necesitar la cancha para la actividad. Knox y sus amigos: Gabe, Jesse, Oleg, Chase y Caleb, agarraron sus mochilas y fueron a comer algo. Al ser menores de edad no tenían tarjetas de crédito, pero recibían una mesada de sus padres cada lunes. Con ese dinero alquilaban películas o compraban alguna tontería.

El plan de esa tarde era ir a jugar volley en Bondi Beach, después comer. Pero este se canceló debido al pronóstico de lluvia. Knox aprovechó la ocasión para invitar a sus amigos a la piscina de su casa al día siguiente. Todos aceptaron, entusiasmados por la idea y también por competir en la PlayStation 2 con el juego Gran Turismo 3: A-Spec, y ver quién acumulaba más victorias. Además, a veces, hacían apuestas. No era sobre dinero, claro, sino sobre quién se

encargaba de hacer los trabajos de la escuela para los otros o quién pagaba las hamburguesas o la siguiente ida al cine. Knox era el que siempre tenía los gadgets que estaban de moda y le gustaba compartirlos, lo que convertía la casa de los Wentworth en un punto de reunión relajado y divertido.

Knox llamó a John, el chofer, para que lo recogiera lo antes posible. El hombre se disculpó y le avisó que el vuelo de Gerard —su padre— se había retrasado y que tendría que esperarlo en el aeropuerto más tiempo del previsto. Le preguntó si tal vez podría quedarse una hora más en la escuela, pero el muchacho le dijo que uno de sus amigos le daría un aventón. Knox no hizo intentos de llamar a Athina, porque su madre rara vez respondía el teléfono y el ama de llaves siempre le daba la misma excusa: "su madre está con visitas" o "su madre salió de compras con las amigas" o "su madre está nadando en la piscina y ha pedido no ser interrumpida". Así que él no perdía el tiempo insistiendo. Durante el trayecto en el coche, Knox pensó que su padre iba a alegrarse cuando le contara que había entrado en la selección de ajedrez para competir a nivel nacional y que también tendría un lugar fijo en el equipo de fútbol como arquero. Él admiraba a Gerard y le gustaba escuchar las historias que le contaba de sus viajes de negocios, así como el funcionamiento —al menos superficialmente— de Empire Corporation, la empresa que era el legado Wentworth. Los ramos comerciales vinculados a ella eran varios: moda, cosméticos y turismo.

El CEO era su abuelo, Colton, cuya reputación era la de un hombre discreto que llevaba con entereza una herencia comercial que había empezado varias generaciones atrás. Knox sabía que su familia tenía lazos con políticos, embajadores, líderes de opinión y personajes en ámbitos claves, no solo dentro de Australia. A su edad ignoraba el alcance y los manejos que hacía su abuelo o sus tíos, que también trabajaban para Empire Corporation, con el fin de lograr mover decenas de millones de dólares. Ninguno se caracterizaba por ser ostentoso, pues así no actuaba la gente que formaba parte de "las viejas fortunas", y quizá por esa misma razón

resultaba inevitable que la prensa social y empresarial se viera aún más atraída por su familia.

A sus doce años, por supuesto, no le interesaban las noticias globales. Su curiosidad por el trabajo de su padre provenía del aire de seguridad que veía en él, y también cuando lo escuchaba hablar de negocios, a veces por teléfono y a veces en alguna reunión casual. Knox así como algunos de sus mejores amigos, cuando cumplieron diez años, dejaron de quedarse en casa con las niñeras y ya acompañaban a sus padres a ciertos eventos. Para Athina era importante que su hijo supiera "quién era quién" en la alta sociedad australiana, además de que ella presumía siempre de Gerard y lo importante que había sido para él el nacimiento de su único hijo: Knox. Ella dejaba de lado la mención de que existía Lynda, porque odiaba a la madre de la niña, es decir, la exesposa de Gerard. Esto último le parecía estúpido a Knox, porque él se llevaba bien su mediohermana, aunque no vivieran juntos en la misma casa.

Si algo rescataba Knox de la vanidad de su madre, y la exigencia de que jamás repitiera el mismo traje o llevara siempre los zapatos que estuvieran a la moda para los chicos de su edad, era que por ir a esas reuniones —cuando había flexibilidad para que fueran también menores— llegó a estrechar la mano del Príncipe Carlos, en una de sus visitas a Australia, así como de Kofi Annan e inclusive de Bill Clinton. Fue de ese modo que comprendió el impacto de sus lazos familiares. Entendió que no era la norma que hubiera primeros ministros o prominentes figuras mundiales cenando en una recepción ofrecida en la mansión de sus abuelos: Colton y Lorelei. Sus amigos tenían vidas similares, así que para él, al final, todo esto lo consideraba natural.

Quizá por la clase de personajes que conocía, y por las conversaciones de alto intelecto que solía escuchar, Knox desarrolló curiosidad hacia los temas financieros. No comprendía los matices, pero se le daba bien discenir algunos patrones de la lógica numérica. Por eso, si lograba escuchar conversaciones entre su padre y su abuelo, u otros empresarios cuando se reunían en su casa —sobre cómo el clima político afectaba o podía torcer una negociación—

picaba su curiosidad. Pero a los doce años, un niño tenía ideales diferentes, por supuesto. De hecho, el sueño de Knox era comprar un terreno grande para salvar a los animales marinos que estaban en peligro de extinción o aquellos que los rescatistas encontraban heridos. No quería ser veterinario, pero amaba los animales. Gerard, que siempre trataba de estar presente a pesar de sus ocupaciones, jamás se burlaba de sus metas idealistas. Su padre le decía que todo lo que se propusiera, él lo financiaría con gusto. Athina, en cambio, le decía a Knox que los animales eran una pérdida de tiempo y dinero. La anterior era la razón de que jamás le hubiera permitido tener una mascota. Su amigo Oleg le había regalado a Knox un gato por su octavo cumpleaños, pero, al regresar de la escuela un día, descubrió que el animalito —al que llamó Capitán— había sido puesto en un albergue. Desesperado, le pidió a su padre que lo llevara a buscarlo, pero el gato ya no estaba.

Su madre era una mujer inestable en sus estados de ánimo. No solo se peleaba de gritos, sin motivos, con Gerard, sino que lanzaba trastes e insultaba. A veces bebía más de la cuenta y se lanzaba con ropa a la piscina en plena madrugada. En un par de ocasiones, cuando los episodios eran demasiado violentos o críticos, Knox —agazapado en su habitación y espiando desde la hendija de la puerta — escuchaba y veía que subían enfermeros a la suite de sus padres. Al cabo de un rato, su madre se quedaba en silencio y no volvía a salir de la habitación durante, al menos, cuatro días.

—¿Por qué ella me odia, papá? —había preguntado una tarde, después de que Athina le había gritado que era un estorbo y que solo le robaba el tiempo—. Yo… yo no entiendo —había dicho, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Gerard, con un vaso de whiskey en mano y sentado en el patio, le había hecho un gesto para que se sentara a su lado. El niño había obedecido, arrastrando los pies.

—No lo hace, Knox —había replicado, alborotándole el cabello con la mano libre en un gesto afectuoso—. Tan solo está pasando por una etapa complicada.

—Pero siempre hace lo mismo —había dicho el niño, que entonces tenía diez años—. No la entiendo… Una temporada está alegre y me habla bien, pero otras se comporta como si yo no existiera. Rompe cosas, pelea contigo. Y cuando vienen esos enfermeros, tú me dices que todo está bien. No soy tonto, papá, si hay médicos es porque algo no va bien —había comentado, frustrado, mirándose las manos.

—Eres un chico muy listo, Knox, y me duele verte así —había replicado con franqueza. Él se había negado a que su esposa fuese internada en una clínica de reposo, prefiriendo que los médicos le administraran la dosis para restablecerla en casa. No quería testigos ni buitres que dejaran correr habladurías. Las crisis eran esporádicas, eso era verdad, pero no restaban el impacto que ahora notaba en su hijo—. Ella no te odia, pero hay algo importante que necesitas saber sobre tu mamá.

—¿De qué se trata…? —había preguntado frunciendo el ceño.

—Tu madre está enferma, Knox —había respondido Gerard, despacio, como si cada palabra pesara, porque en realidad lo hacía —. A veces, su cabeza no le permite ver las cosas como son. Por eso puede decir palabras que te hieren o hacer cosas que duelen. No es culpa tuya, porque tú eres un niño inteligente, empático y muy listo.

Knox había mirado un instante la moqueta del jardín.

—Entonces quieres decir que mamá no piensa lo que me dice, ¿es eso?

El hombre había apoyado una mano firme en su hombro.

—No siempre, hijo —había dicho Gerard—. No siempre puede controlarlo. Pero, al final, sigue siendo tu madre —había comentado, porque no era posible lanzar una terminología médica complicada para un niño de esa edad. Más adelante, cuando él madurara, se enteraría—. Si alguna vez te asustas, haz lo que te enseñé hace cuatro años, cuando todo empezó: llámame de inmediato. Si estoy en Sídney, vendré a casa; si estoy de viaje, el chofer tiene instrucciones de llevarte a casa de mis padres, hasta que yo vuelva. Nunca te quedes callado. Nunca. Porque no es seguro. ¿Vale, hijo?

Aquella conversación había ocurrido ocho meses atrás.

Ahora, al abrir la puerta principal, lo recibió un silencio que no sonaba a calma, sino a algo cuidadosamente orquestado. Knox avanzó por el corredor rumbo a la cocina, pero un murmullo, casi imperceptible, le llegó desde el extremo opuesto. Dejó la mochila al pie de la escalera que subía al segundo piso y giró hacia ese lado, siguiendo el hilo invisible de aquellas voces. Identificó una risa suave y femenina que no le era ajena, pues evidentemente pertenecía a su madre. También había algo parecido a un golpeteo, pero no podía identificarlo, seguido de un gruñido o un murmullo masculino. Ese tono de voz no correspondía a Gerard. Knox sentía que el corazón le palpitaba con rapidez como si anticipara algo nefasto, pero fuese inevitable continuar el paso. Los sonidos se intensificaron: gemidos y algo que golpeaba contra una superficie. Libros cayéndose, risas ahogadas y jadeos entrecortados. Knox se detuvo a pocos pasos de la sala en la que se guardaban instrumentos musicales costosísimos. Su padre adoraba la música clásica y tocaba el piano, esa era "su sala".

Knox se quedó de piedra.

Los jadeos y gruñidos se detuvieron luego de varios segundos que a él le parecieron eternos. Pronto, la voz de Athina fue más clara. El chico decidió que no se quedaría como una estatua. Abrió la puerta con fuerza y también con un enfado descomunal. La escena con la que se encontró lo dejó helado, impactado y asqueado.

Un desconocido estaba entregándole lo que parecía una gargantilla con pequeñas piedras preciosas a su madre. El hombre tenía el torso semidesnudo, los pantalones y bóxer en el piso. El miembro semierecto cubierto por un condón. Su madre, de espaldas, llevaba una salida de cama ligera, así como zapatos de tacón fino y alto; el cabello estaba alborotado. La escena era íntima y elocuente. Al escuchar el sonido de asombro que brotó de su garganta hizo que ambos voltearan. Athina se cerró la bata de golpe, como si quisiera borrar lo que su hijo ya había visto. Se giró hacia Knox con el ceño fruncido, ajustando el cinturón de seda con

manos rápidas. Sus labios estaban hinchados y su respiración era todavía agitada. Estaba incómoda.

—¿Qué haces aquí, Knox? Llegas dos horas antes de tiempo.

—Ah, el pequeño heredero —ironizó el desconocido, mientras se subía el pantalón. A Knox le resultaba familiar su cara, pero no recordaba su nombre; su familia tenía muchos conocidos—. Tu madre dijo que te quedarías más tiempo fuera de casa hoy, con tus amigos, pero al parecer cambiaste de planes. Ya me marcho —dijo en un comentario que no era una disculpa, tampoco una excusa, sino indiferencia.

—¡Tú no eres mi padre! —soltó Knox con la voz impregnada de rabia, un sabor ácido de traición subiéndole a la garganta—. Lárgate ahora mismo de mi casa.

El hombre se rió, rodeó el piano y estampó un beso en la boca de Athina.

—Me apena que te enteraras de este modo que no soy el único, aunque espero ser el favorito, que viene a visitar a tu madre —replicó con insultante desinterés.

Knox instintivamente agarró lo primero que encontró a la mano: un paragüas. Se dirigió hacia el hombre con rabia ciega y estampó la punta en la pierna, pero el intruso logró esquivar lo suficiente para que no le diera de lleno en el miembro viril. Cuando Knox hizo un nuevo intento, su madre lo agarró del cabello, tirando con fuerza. El desconocido no miró a ninguno de los dos y tan solo se marchó como si nada hubiera ocurrido. Cuando se quedaron solos, Athina soltó a Knox, pero no sin antes darle una bofetada. El golpe provocó que el labio del chico se partiera un poco.

Aturdido y consternado, Knox se llevó la mano a la mejilla sintiendo el ardor.

—¿Por qué estabas con otro hombre? —le preguntó a gritos—. Esta es la casa de mi padre, y este es su salón preferido —señaló la mano en la que su madre sostenía la joya de oro—. ¿Por qué te dio eso? No es tu cumpleaños, ni estamos en Navidad.

Athina, irritada por la interrupción, guardó la pieza de joyería en el bolsillo de la bata. La forma en que había conocido a Gerard no ocurrió por casualidad: ella estudió al millonario, cada paso, su familia y antecedentes. Después, en una noche de copas, lo sedujo, a pesar de saber que estaba casado. Pero, ¿por qué sería culpable una mujer que no había hecho promesas ni votos? Al final, fue decisión de Gerard engañar a Tatiana. Lo único que hizo Athina fue aprovecharse y, a propósito, embarazarse.

—No te incumbe —dijo con sequedad.

—¡Dime por qué te dio eso! ¡Dime por qué estabas con él! —gritó Knox, la garganta tensa y los ojos ardiendo. Su madre nunca, jamás, lo había golpeado.

Athina le sujetó las mejillas con una dureza que le hizo doler la mandíbula.

—Me dio ese obsequio, pequeño metomentodo, porque soy una escort de lujo. Aunque estoy casi retirada por motivos familiares —se rió—. Así me ganaba la vida desde hace mucho tiempo. ¿Sabes lo que es una escort? —su voz estaba cargada de veneno—. Mujeres hermosas, como yo, que se acuestan con hombres ricos a cambio de dinero o lujos. A mí me encantan las joyas, y entre más aumente mi colección exótica, mejor. Los porqués o mis motivos más personales, querido hijo, no son para tus oídos —comentó con altivez. La mujer era hermosa—. Grábate bien en tu cabeza idealista, Knox: Si no tienes dinero, el amor jamás llegará a tu vida. ¿Comprendes?

Él parpadeó, incrédulo, porque no tenía sentido lo que su madre decía. A pesar de las peleas, Knox siempre veía que sus padres se llevaban bien y su madre solía sonreírle o abrazarlo. No cuando estaban en público, no, pero sí en la intimidad de la casa. Nada de lo que acababa de presenciar, ni la explicación de ella, encajaban.

—Pero… tú eres millonaria… Tienes todo. Estás casada. Mi padre te ama.

Athina hizo una mueca de desprecio por esas palabras.

—Otra lección, Knox —sus labios se curvaron en una sonrisa cruel —: el amor no paga mis caprichos y soy una persona que, así como ves en la decoración de nuestra bella mansión, me gusta la variedad y cambiar de ambientes siempre. Eso, en todo.

El niño tragó saliva, sintiendo un hueco enorme en el pecho.

—Se lo voy a decir a papá —expresó quitándole la mano, y retrocediendo.

Athina se inclinó hasta que sus ojos quedaron a la altura de los suyos.

—Hazlo… y cuando lo veas destrozado, sabrás que fue por tu culpa —contestó—. Ahora vete de aquí, Knox, ve a jugar lo que sea que juegas en la consola.

—Mi papá te ama —insistió con el rostro rojo de furia, apretando los puños.

—A veces, el amor no basta —dijo.

Sin más, Athina lo dejó a solas, confundido, atribulado y con un profundo vacío que no podía explicar. Las piezas de lo que creía que era una familia normal acababan de dinamitarse. Que su madre le confesara que se acostaba con otros hombres por dinero, le parecía horrible, asqueroso inclusive. Por supuesto que iba a contárselo a su padre. Gerard le había dicho que, entre hombres, existía un código de honor. A juicio de Knox, el confesar la verdad formaba parte de ello. Diría la verdad.

Pero ese pensamiento le duró a Knox pocos días, hasta que su padre regresó de Brisbane. Traía noticias, para nada buenas. Después de un análisis cardíaco en esa semana, algo rutinario, los médicos detectaron que Gerard tenía una fuga leve en una válvula del corazón. No se trataba de algo grave, pero sí era preciso repararla pronto, porque si no con el tiempo podría tener arritmias. Eso motivó que Knox callara.

No solo eso, sino que investigó sobre el asunto de las escorts de lujo y se sintió decepcionado de su madre. Porque, de hecho, Athina continuó llevando amantes a la casa. Ya no al cuarto de música, sino

que utilizaba la casa de invitados junto a la piscina. Él ignoraba si los empleados estaban al corriente de la situación, pero se preguntaba si acaso su madre les habría pagado para callar o si, como a él, los había amenazado con que Gerard tendría problemas en el corazón si se llevaba un disgusto.

Knox no comprendía cómo Athina, poseyendo todo lo que una mujer pudiera desear a raudales e incluído el amor incondicional de su esposo, engañaba a Gerard. «Suponía que había personas que no podían conformarse y siempre querían más, pero, ¿por qué lastimar a otros?», se preguntaba el chico. La excusa que le había dado ella de que le gustaban las joyas, y la variedad de personas, era algo absurdo para él.

A raíz de la operación de su padre, las peleas en la casa parecieron disminuir, pero no ocurrió lo mismo con el descarado y despreciable comportamiento de su madre. Knox no quería presenciar de nuevo algo tan emocionalmente traumático como lo fue pillarla con otro hombre. Él se sentía impotente al saber que Athina continuaba siendo infiel, y no poder decírselo a su padre por temor a que una mala noticia pudiera afectar su corazón. No quería causarle dolor. Aparte, siempre notaba cómo Gerard miraba a Athina con adoración y le cumplía cualquier mínimo capricho. La frustración del chico era ser consciente de que su madre no merecía esa devoción.

Varias semanas después del incidente —y tras una seguidilla de eventos sociales y la operación cardíaca de Gerard—, la casa estaba en silencio. El personal de servicio se había marchado, y su padre, como tantas veces, estaba de viaje por negocios. Knox se acercó al balcón de su habitación y abrió de par en par las ventanas, dejando que el aire entrara. Le habría gustado no hacerlo, pero tampoco podía prever las aventuras y guarrerías de su madre o evitar moverse dentro de su propia casa. Desde su ventana podía ver una parte de la casa de invitados, ubicada alrededor de la piscina. La luz tenue en el interior mostraba sombras que se movían tras las cortinas.

Knox ya no sentía enojo, sino un peso frío que le oprimía el pecho. Comprendió que callar no era proteger, sino convertirse en cómplice. Ese silencio, sin saber el porqué detrás de esa súbita desazón, lo perseguiría muchos años, así como también la certeza de que las mujeres eran interesadas sanguijuelas. Como Athina.

CAPÍTULO 5

Lo bueno de dar un número falso, algo que jamás había hecho, parecía ser que garantizaba el silencio. Lo malo era que llevaba dos semanas en las que Knox no se apartaba de su mente. Su piel recordaba cada roce, su boca cada beso, y su sexo la forma en que la había poseído con una mezcla de sensualidad y fuerza que no lograba olvidar. Intentaba convencerse de que poner distancia había sido lo correcto, pero no lo creía del todo. Por si fuera poco, las ocasiones en las que se acarició a sí misma —tal como el arrogante hombre le había dicho— imaginaba que era Knox, tocándola.

Tras eso, Clarissa tenía que lidiar con la decisión de asistir o no a la premiación que le darían a su madre, y a otros ejecutivos, que cumplían veinticinco años de trabajo en ACNUR. No le agradaba la posibilidad de rodearse de esas personas, le daba igual que algunos de quienes la amenazaron ya hubieran fallecido. Ella había empezado a seguirles la pista desde hacía pocos meses, porque fue cuando al fin logró aplacar las hipótesis catastróficas de que iban a descubrir que indagaba sobre ellos. Su puesto de *scout* en Wax & Ink fue la tapadera perfecta: podía llamar a periodistas usando un nombre falso y decir que buscaba información para un proyecto literario —también falso— como si fuera pasante. Sus preguntas fueron tan básicas y anodinas que nadie sospechó. No obtuvo grandes revelaciones, no, pero sí lo suficiente para quedarse tranquila: al menos sabía quiénes seguían vivos y quiénes no, y eso bastaba por ahora.

De las cuatro personas que habían convertido su vida en un infierno, solo una seguía envuelta en sombras. Nunca logró ponerle nombre, pero sabía que podría reconocerlo si volvía a cruzarse con él. Durante aquella tarde infernal en la que cambió su vida —además del ataque al campamento— ese hombre mantuvo la distancia física,

a diferencia de los otros, y fue por eso que pudo identificarlos. Pero le bastaría oír su voz para encender todas las alarmas. La recordaba demasiado bien, igual que ese evento. Reconocerlo, llegado el momento, no sería difícil. Cómo reaccionaría ella o qué ocurriría era otra historia. Pero nada era perfecto y, por ahora, le quedaba la certeza de que los otros tres ya no representaban una amenaza física: habían muerto.

Clarissa sabía que sus verdugos emocionales eran la punta del iceberg y que esas fotografías que jamás destruyó aún podrían causar, a pesar del tiempo, una crisis. No estaba interesada en verse envuelta en un escándalo ni en agitar el avispero. Aunque se enterara, en los próximos meses o años, que el último de sus torturadores había fallecido, las pruebas que ella tenía del alcance de la bajeza humana tendrían que quedarse en la oscuridad. Clarissa tenía que elegir entre continuar con vida y proteger las de sus padres o exponer una trama perpetrada contra los más vulnerables con el conocimiento de autoridades importantes. Se sentía mal eligiéndose, pero en la selva solo existía una opción: sobrevivir. Por selva se refería con exactitud a la sociedad.

Además, si ella compartía lo que poseía con la prensa se llevaría una decepción.

Ocurriría lo mismo que al revelar algo que impactaba al mundo: conmoción, agitación en redes, telediarios en repetición de la noticia, amenazas de líderes de opinión, grupos sociales saliendo con pancartas, y luego promesas que no llegaban a nada. Hasta que otro caso agitaba la curiosidad y el impacto en la gente. Así una noticia se olvidaba y surgía algo más en lo que alimentar el morbo. Ya nada sorprendía a las sociedades, porque los golpes de violencia psicológica perpetrados por los círculos de influencia habían logrado aumentar la indiferencia, y disminuir la capacidad de empatía. Era triste para Clarissa, sin embargo, su pasión por el fotoperiodismo se mantenía intacto.

La justicia gubernamental no existía para los desfavorecidos, sino para quienes tiraban de los hilos que movían los títeres en la política

y los sitios de poder. Los seres humanos eran idiotas que disfrutaban de las mentiras, porque se las contaban disfrazadas de promesas esperanzadoras. Clarissa, a veces, detestaba tener la mente tan clara sobre esta clase de temas, porque veía cómo la gente de su edad parecía estar más bien en una nube de adormecimiento crítico. Ella anhelaba con todo su corazón volver a sentir la libertad que le arrebataron: su sueño de contar historias en imágenes.

Nada era perfecto, así que procuraba usar las herramientas a su alcance.

Lo anterior se traducía en conexiones y contactos que ella había empezado a forjar, a partir de su trabajo como *scout*. Al necesitar nutrirse del mundo literario, asistía a actividades culturales variadas, más allá de los libros. Así estaba logrando conectar con periodistas que trataban temas de expresión artística vinculados a tópicos diferentes, entre ellos las guerras y los desplazamientos humanos. Esta parte era oro para Clarissa, porque usaba Wax & Ink como su plataforma de respaldo y acceso a estos eventos. Su finalidad más importante era encontrar a alguien que le diera pistas sobre cómo encontrar el destino que tuvo Nijma, la hija de Nyaker. Esta no solo era la pieza del rompecabezas de su pasado, una de las más trascendentales, sino también la justicia que podría darle a la memoria de su amiga africana. No era una tarea fácil, porque gran parte de los datos del hospital al que fueron llevadas se perdieron en una reconstrucción. Así que ella no tenía más remedio que ser paciente. Una vez más.

El punto más inmediato, por ahora, era confirmar con su madre que asistiría al evento de ACNUR. No existía una excusa creíble para ausentarse, además de que esa clase de actividades también incluía invitar a patronos que aportaban a las causas por las que trabajaba esa división de la ONU. Así que habría muchísimas personas, lo cual le permitiría a Clarissa escabullirse lo más rápido posible, mantener un perfil bajo y no fallarle a su madre. Confesarles la verdad a sus padres no estaba entre sus planes.

Así que, entre este asunto familiar y el recuerdo de un hombre que debería haberse disuelto de su memoria —pero seguía ahí, ella no hallaba serenidad mental.

—Sé que no me has preguntado en toda la tarde por Knox, así como sé que lo haces a propósito —le había dicho Aubrey, varios días después de la noche del bar, mientras comían en un restaurante *thai*—. Pero en la fiesta de Chase, uno de los amigos del grupo de Gabe, Knox hizo el comentario del número falso. Su expresión no era bromista, sino irritada. Ese no es el CFO, encantador y despreocupado, que conozco. Tan solo callé porque, obviamente, no traicionaría tu confidencia, Clarissa.

—¿Fue acompañado…? —había preguntado sin poder evitarlo. En varias ocasiones había imaginado a Knox con otras mujeres, ya olvidándose de su existencia. Aunque en un principio le parecía lo más lógico, porque así eran las aventuras de una noche aparentemente, no dejaba de incomodarla—. Olvida esa ridiculez, Bree, no respondas —había meneado la cabeza—. No me incumbe. Mejor háblame de…

—No —había interrumpido Bree, inclinándose hacia adelante—, no fue acompañado de nadie. Hasta donde tengo entendido, Knox está soltero desde hace un tiempo. Pero, Clarissa, dime la verdad: ¿en serio piensas dejar que esta situación quede así? Le puedo dar tu número. Tal vez solo te haga falta hablar con él y de ese modo, a la luz del día, podrías darte cuenta que o solo fue una aventura o quizá podrían, inclusive, llegar a ser amigos. Puedo afirmarte que es una buena persona.

La pelirroja había soltado una carcajada y luego tomó un trago de *Coca-Cola.*

—¿Ser amigos, después de esa ocasión? —había dicho con ironía, meneando la cabeza—. Bree, eso es imposible. No podría dejar de imaginármelo desnudo.

Aubrey se había reído ante el comentario.

—Supongo que fue muy memorable para que tú digas algo como eso.

—Sí —había confesado con franqueza—. Por eso no hay espacio para que exista la amistad con él. De hecho, fue una de las mejores noches de mi vida. Pero lo que te comenté sigue en pie: no voy a arriesgar mi trabajo. Wax & Ink no es el lugar de mis sueños, pero es el que me paga las facturas y me dará las armas para llegar más lejos. Si Knox hizo ese comentario sobre mi número hace días, para estos instantes ya me habrá borrado de su radar —se había encogido de hombros—. Los hombres son expertos en eso —había añadido con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

Aubrey se había recostado contra el respaldo del asiento, frunciendo el ceño.

—No podría hablarte al respecto, porque no estoy en su órbita personal —había replicado—. Pero sí te aseguro que su asistente, Dhalia, me ha comentado que tiene viajes acumulados de trabajo y una agenda apretada. Así que pasa más tiempo pensando en cómo hacer dinero, que en cómo flirtear —había sonreído—. Si fue un asunto de una noche, entonces mantén tu vida de siempre. Seguro en una de tus citas románticas encontrarás a alguien mejor y que logre cautivarte con vistas a largo plazo.

Clarissa se había reído con suavidad.

—No son citas románticas —había dicho la pelirroja, pero no hizo aclaraciones que dieran pie a profundizar—. En realidad tan solo lo hago para conocer chicos, porque sabes que me gusta mucho entender las experiencias de vida de otros, pero no concreto nada en específico. Mis dos novios anteriores solo querían sexo conmigo, y jamás se interesaron en quién soy. Lo sabes. Por eso no funcionó… —había relatado, permitiendo que Aubrey continuara con la idea de que no solo era experimentada, sino que el asunto del amor le daba igual—. La diferencia con Knox fue que él sabía que solo se trataba de deseo, y jamás fingió otra cosa para llevarme a la cama. Fue algo mutuo… La química entre los dos fue… No sé cómo describirla.

Aubrey había esbozado una sonrisa y extendido la mano para agarrar la suya.

—Te entiendo perfectamente. No quiero que te sientas presionada por lo que voy a decirte, pero se trata de algo que considero muy real: esa clase de química es muy rara de encontrar —había replicado Bree, porque le pasaba con Gabriel, aunque en esos tiempos ambos estaban pasando una situación demasiado tensa. Ella no había querido pensar en las circunstancias amargas al respecto, porque prefería escuchar a la descomplicada y optimista de su amiga—. Comprendo el tema del dinero, mejor que nadie. Si es lo que te preocupa, no lo pongas en riesgo. Elige lo que te dé calma.

Clarissa había hecho un asentimiento.

—Si encontré esa química una vez, sé que puedo encontrarla de nuevo.

—Claro que sí —había dicho Bree—. No conozco a una persona más determinada e inteligente que tú, querida amiga. Además, con tu encanto siempre tienes pretendientes que tratan de ligar contigo. Así que más pronto que tarde encontrarás un hombre que logre cautivarte lo suficiente para estar contigo más a largo plazo. Siempre dices que el amor es secundario para ti, pero llegará la excepción.

Clarissa se había echado una carcajada. No huía del amor como tal, pero sus experiencias no eran dignas de elogiarse. Además, necesitaba su atención para investigar lo que permitiría entregarle una rama de olivo a los recuerdos de su pasado.

—Quizá Knox solo me deslumbró, porque tiene más experiencia que otros… —había replicado sin contarle que en realidad fue su primera vez—. Lo más probable es que si volviera a verlo, en otro contexto diferente, me dará igual. Tienes razón.

—Los hombres de la edad de Gabe y Knox saben lo que quieren en la vida, y ese es un punto que a mí particularmente me hace sentir segura y me atrae. No tienen terrones de estiércol en la cabeza. El tema sentimental, bueno… —había dicho Bree.

—Supongo que el sexo opueto sufre de ese lapsus. Algo digno de estudio. —Ambas se habían echado a reír—. Gracias por escuchar mis desvaríos, Bree —había expresado la pelirroja con un tono afectuoso—. Me enfocaré en mis citas románticas.

—Haz eso, pero si cambias de opinión y quieres que le dé tu número a Knox, dímelo —había contestado Aubrey mirando el reloj —. Oh, lo siento, ya debo irme.

Clarissa había asentido con suavidad. La afligía que el tiempo juntas siempre le sabía a poco, pero también entendía que Aubrey lidiaba con una calamidad familiar y de ella dependían su hermano, y su madre. Su amiga era una guerrera admirable.

—Necesitamos vernos más veces, Bree —había murmurado.

—Sí… Las llamadas son importantes, pero este tiempo en persona cuenta más.

Clarissa le había dado un abrazo a la salida del restaurante, despidiéndose.

Las conversaciones con su mejor amiga siempre le hacían bien.

Pero esa charla en específico le demostró que estaba mintiéndose a sí misma.

No creía que si viese de nuevo, alguna vez, a Knox Wentworth, podría fácilmente hacer de cuenta que no vivió algo importante esa noche. Tampoco querría mostrarse como aquellas chicas que ignoraban el acuerdo de que era algo sin ataduras. No era una experta en ello, pero sabía seguir las reglas… cuando le convenía. El hecho de que Knox hubiese sido distinto a los otros no tenía que ver con el asunto trillado de perder la virginidad con alguien, sino porque gracias a él había logrado vencer un gran miedo. Clarissa iba a intentar, si se diera el caso, fingir que él solo fue uno más y que le daba igual cualquier experiencia compartida. «Quizá su profesora de teatro de la secundaria estaría muy orgullosa, si lograba tener éxito con esa charada», pensó.

Por otra parte, la inquietud sobre la adquisición de la editorial no se aplacaba. Si otra empresa o persona la compraba, ella también

pensaba que, entonces, habría echado por la borda la posibilidad de haber estado unas horas más con Knox y dejándose llevar por esas habilidades sensuales. Reconocía que la sensación de estar segura entre sus brazos, después de años reprimiéndose por temores pasados, no era fácil de descartar; no había sido una nimiedad. Aun así, ella trató de aquietar los recuerdos, reemplazándolos con otros, diciéndose que un hombre como Knox tendría una lista de conquistas esperándolo. Por eso, aceptó una cita casual en un café.

La charla fue divertida, pero el hombre, aunque era guapo y simpático, no despertó ese aleteo que aún le recorría la piel. Compartieron puntos de vista sobre literatura, además de tener en común el gusto por el buceo, pero la situación no prosperó más allá de eso. La realización fue decepcionante para Clarissa. No existía algo que pudiera hacer al respecto, sino solo continuar con su vida. Sabía que algunas huellas no se borraban con rapidez por intentarlo, pero que sí lo hacían con el tiempo. «Este último pasaría rápido». Ella tenía claro su enfoque: conservar su puesto de trabajo y mantener su independencia. Daba igual quién comprara Wax & Ink.

En algunas ocasiones, cuando conversaba con sus compañeros del área de marketing y diseño, sentía nostalgia al no ser capaz de usar de nuevo una cámara fotográfica profesional. Ese era un tema sensible, sus padres lo sabían, pero nunca mencionaban el evento que había provocado la renuncia de desear ser fotoperiodista. La razón era simple: no conocían el verdadero trasfondo. De hecho, ellos creían que las cicatrices emocionales de su hija solo tenían que ver con la espeluznante mañana en la que el campamento de refugiados fue invadido. La otra parte, aquella que obligó a Clarissa a elegir una profesión de bajo perfil, en lugar de la que le hubiera permitido llegar a conocer historias potentes y reveladoras, Sheyla y Mark la desconocían. Si les confesaba la verdad, Mark, al ser abogado en derecho internacional y especializado en derechos humanos, querría conocer lo que había capturado con su lente. Pero eso significaría que se pondría en riesgo su intengridad, porque la clase de información que tenía Clarissa no era juego de inocentes.

Podría levantar polvareda en sitios impensados. Todo eso solo tendría una consecuencia para su familia: la destrucción.

Lo anterior, sin embargo, perdía fuerza en estos momentos.

Estaba en la oficina.

Clarissa tenía su enfoque en atender a Eliza Long, su jefa y editora senior, mientras exponía las últimas directrices de la CEO, Morgana Pearson. Esta última rara vez bajaba del tercer piso, donde trabajaba junto al director editorial y el área de contabilidad, lejos del ir y venir del segundo, donde se concentraba el grueso del equipo editorial y comercial. En la sala principal de Wax & Ink, el ambiente siempre solía ser sereno, así que Clarissa escuchaba cómo Eliza desglosaba el nuevo proyecto: una línea editorial de lujo sobre la vida salvaje australiana, combinando ilustraciones impactantes con relatos de terror. El objetivo era refrescar el público lector y, en parte, contar con patrocinio gubernamental para reforzar el orgullo por los paisajes del país. Eso era lo que se esperaba cuando se lograra el objetivo que podría darle arranque: el escritor debía ser Tom Aldwin. Él era tan famoso como Nicholas Sparks, pero en el género de terror. Con apenas treinta años, encajaba perfecto en el perfil que buscaban.

El problema era que Aldwin llevaba años alejado del ojo público, reacio a nuevos acuerdos comerciales. No solo eso, sino que nadie conocía su rostro, pues se ocultaba tras un avatar. Jamás hacía conferencias de prensa y tampoco hacía firma de libros, sino que los enviaba con su representante. Sí era excéntrico y todo lo manejaba a través de su agente, pero también con su relacionista público. Lo que se sabía de Alwdwin era que tenía raíces mixtas, es decir, provenía de varias culturas, pues lo único que concedía era entrevistas telefónicas y se notaba un ligero toque foráneo en su acento en inglés. Así que, por todo lo anterior, convencerlo sería un desafío mayúsculo, pero también una jugada capaz de disparar la visibilidad y las ventas de Wax & Ink. Y para quien lograra ese hito —que no incluía en absoluto revelar la identidad del escritor al público, sino mantener la situación bajo secreto— significaría un

reconocimiento de peso, quizás incluso podría incluir un excelente bono. Lo que Clarissa no se explicaba era por qué, cuando existían empleados con más capacidad de gestionar esta clase de detalles, ella era la única en la sala con Eliza. Pero no interrumpió a la mujer, porque prefería esperar a que diera los detalles completos.

—¿Ha quedado claro lo que busca Morgana, Clarissa? —preguntó la mujer.

—Por supuesto, me parece novedoso, pero no comprendo por qué estás contándome esto a mí —replicó con suavidad—. Soy una *scout* con apenas unos meses de experiencia trabajando en esta compañía. He leído los libros del señor Aldwin…

—Porque ya tenemos historia con él, antes de que se hiciera conocido, y tuvimos un mal manejo de su primer manuscrito —reconoció con una exhalación, jugueteó con el lapicero, mirando a Clarissa con impaciencia—. Él rompió el contrato editorial, evitamos una demanda, y se llevó ese texto a la competencia. Lo hicieron popular y le dieron el trato que, por un error de alguien novato que me precedió en el cargo, nosotros debimos darle desde el inicio. Esa es la explicación a tu pregunta.

—Wow, nunca supe de ese antecedente…

—Porque se trató con discreción, aunque se supo a nivel de editoriales en altos mandos, jamás pasó a conocimiento público —expresó Eliza mirando el reloj.

—Él habría sido la puerta perfecta para que esta editorial pasara de ser mediana a una gigantesca con la cantidad de publicidad —murmuró Clarissa para sí misma. Pero era obvio que, en el silencio de la sala, su jefa la escuchó—. Lo siento —dijo.

Eliza tomó una respiración, agarró la taza de café y dio varios tragos.

—La razón de que esté contándotelo a ti, en lugar de hacerlo con Bernard, el editor de terror y thrillers o con Callum, el otro *scout* con varios años de experiencia, es porque eres la más joven del equipo —expresó la rubia, ignorando el comentario reflexivo de Clarissa—.

No tienes historia previa con Aldwin, así que posees la combinación ideal de inteligencia, entusiasmo y conocimiento literario para que baje la guardia y te escuche. Además de que generacionalmente tienen afinidad. No va a sentir rechazo de atenderte o al menos confío en que no te cerrará el teléfono o la puerta en la cara, como sí lo haría con cargos más altos, porque sentiría presión. Peor todavía, le recordaríamos la terrible experiencia que representamos para sus inicios.

Clarissa frunció el ceño, ladeó la cabeza.

—¿Y qué se supone que tengo que decirle? ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Lo antes posible. Básicamente tienes que cautivarlo con la idea del proyecto que acabo de contarte. Hacerlo comprender que es el único que podría darle vida a esas ilustraciones y que tendrá libertad de elegir cuáles prefiere convertir en historias. Será una colección de cinco libros. La oferta económica se la dirá nuestra CEO, cuando él se acerque a la oficina —explicó Eliza—. La finalidad es que él venga a Wax & Ink. Si lo logras te aumentaremos el veinte por ciento de tu salario, Clarissa. Si no lo logras, perderás la oportunidad de demostrar tus capacidades de convencimiento —cabe recalcar que son indispensables en una futura editora en este mundillo de la publicación tradicional— y eso sí sería una lástima —finalizó la mujer —. ¿Entendido?

Clarissa tragó saliva. La responsabilidad era inmensa. La oferta, tentadora.

—Eliza, suena muy interesante, pero hay algo que quiero preguntarte.

—Te escucho…

—¿Qué ocurre con los rumores de que van a comprar la editorial?

—Puede pasar de un momento a otro. Las conversaciones son confidenciales y no tengo acceso a los detalles. Solo te pido, al igual que hago con el resto de colaboradores, que continúen dando lo mejor de sí. En esta era de la digitalización de contenidos, las

publicaciones tradicionales están muriendo. Sería una pena que eso le ocurra también a Wax & Ink —replicó la mujer con total frontalidad—. ¿Algo más?

Clarissa soltó una exhalación breve. Necesitaba pensar en su estabilidad.

—Haré lo posible para tratar de que el señor Aldwin acepte venir a la oficina.

Eliza esbozó una leve sonrisa e hizo un asentimiento.

—Muy bien —replicó la editora recostándose contra el respaldo de la silla blanca—. Cambiando de tema, brevemente, revisé el informe que me diste sobre el manuscrito *Sangre con espinas* de Hannah Lorrah. Tu análisis es correcto, pero muy descriptivo. Necesito que me des una mejor proyección de mercado y justifiques que encaje con el catálogo. Tu valoración final es poco concluyente, parece marcada más por tu afinidad personal que con una mirada crítica. Si entre los cuatro manuscritos que te di, elegiste el de Lorrah, al menos esperaba algo más estructurado de tu parte.

«Por supuesto que iba a saltarme a la yugular», pensó Clarissa.

—Eliza, mi análisis fue descriptivo con la intención de no perder matices del texto —replicó con calma, no tenía sentido enfadarse porque si no la despedía el nuevo propietario o propietaria, lo haría esta bruja—. La proyección de mercado y el encaje están detallados y respaldados con datos; quizá debí resaltarlos. Lo que llamas afinidad, yo lo considero reconocer el valor que Hannah puede aportar a Wax & Ink.

Eliza miró la pantalla del ordenador, en lugar de Clarissa, al hablar.

—Estoy enviándote cinco manuscritos más, y requiero tu valoración para el final de la semana. Pregúntale a mi asistente el número del agente literario de Aldwin.

—De acuerdo —farfulló Clarissa y se incorporó de la silla.

Al cerrar la puerta detrás, luego de abandonar la oficina, la pelirroja soltó una larga exhalación. Eliza era agotadora, pero al

menos acababa de darle la opción de una responsabilidad diferente. No creía que fuera posible convencer a un autor de hacer algo que iba contra su orgullo, al tratarse de un manuscrito que fue infravalorado, pero podría pedirle que considerara tan solo escuchar la propuesta de Wax & Ink. Lo importante para Clarissa no era que el autor firmara con la editorial, sino que fuese en persona a hablar con los directivos. «Otra tarea más entre decenas pendientes», pensó.

Después, podría disfrutar de ese veinte por ciento de aumento salarial. Aunque le gustaban los desafíos profesionales, este en particular no estaba ligado a su capacidad intelectual, sino a su habilidad de vender una idea. Ella no había estudiado literatura para intentar convencer a los autores qué hacer o no en términos comerciales, pero las cartas de la vida siempre traían sorpresas. Esperaba que esta fuera agradable. Cuando llegara el final de la semana, Clarissa estaría lista para perderse entre la música, las luces y la atmósfera hipnótica de la cultura árabe. Eso la alegraba.

Drake Reynolds, uno de sus tantos amigos, poseía un yate de lujo que alquilaba para eventos exclusivos. La noche del viernes lo iba a transformar en un escenario flotante en el que habría farolas de cristal, cojines bordados, el aroma dulce del incienso mezclándose con la brisa marina, comida exquisita y un famoso DJ que estaría a cargo de elegir la mejor combinación musical. Clarissa sabía bailar danza árabe, la había aprendido porque le pareció exótico y también porque fue su terapia durante mucho tiempo. A través del baile logró evadirse de memorias dolorosas, las esquivaba y las hundía en los confines de las sombras. Cuando movía su cuerpo al compás de los ritmos hipnóticos y las melodías profundas, sentía que cada giro y cada ondulación borraba cicatrices que solo ella conocía que existían. Drake y ella eran amigos desde hacía dos años, pues pertenecían al mismo club para escalar en interiores. Se llevaban bien. Así que ella aceptó participar en la velada interpretando una pieza breve, y organizó su tiempo para lograr crear y practicar la rutina de pasos.

Aunque Drake ofreció pagarle, ella se negó a aceptar el dinero. Le dijo que lo haría por diversión y también por ayudarlo a ambientar la fiesta, pues él le comentó que una de las bailarinas —eran tres que tenían previsto actuar— se había torcido un tobillo y no podría estar presente. Ante la perspectiva de esa velada, Clarissa sonrió.

Volvió a su escritorio y se zambulló en el trabajo.

Le esperaban largas horas en la oficina.

«Que llegue pronto el viernes», pidió al universo, como tantas veces antes. Ella solía olvidar que ese mismo universo tenía la extraña costumbre —y un humor peculiar— de concederle los deseos, pero siempre con una cláusula en letra pequeña.



Knox se abrió paso entre la gente. La embarcación estaba preparada para unas cuarenta personas, vibraba con música suave, risas y charlas. Si no fuera porque el evento formaba parte de un proyecto de Lynda, él habría declinado la invitación; prefería reuniones con rostros conocidos. Su hermana le pidió que la acompañara. Con Matt a punto de aterrizar desde Nueva Delhi y los niños en casa de Tatiana, Knox no pensó dejarla sola, así que aceptó. La firma legal de Lynda asesoraba a la empresa, pero a título personal, ella era una de las accionistas de Olivander, la exclusiva marca de perfumes cuyas esencias, traídas desde Oriente Medio, encapsulaban el lujo en cada frasco. Esa noche presentaban una nueva línea de fragancias y era todo un acontecimiento. Knox subió al tercer piso y aceptó una copa.

La idea del evento en el agua —según le contó su hermana— tenía relación con el nombre del nuevo producto que presentaban esa noche, el perfume insignia de Olivander: Wavy. Los frascos con forma de ola y en tonos rojos, verdes y azules, estaban repartidos por todo el yate, y el empaque era tan impecable como el resto del montaje. Este último estaba medido al detalle. Los primeros veinte

minutos pasaron entre un par de discursos cortos, un brindis y el murmullo de las copas chocando. Había representantes de Qatar —los proveedores de las esencias— y los altos mandos de Olivander, entre ellos la CEO. La prensa ya había hecho lo suyo instantes atrás en el muelle, antes de que el yate soltara amarras: fotos, entrevistas, flashes y recolección de datos. Después, las cámaras se quedaron en tierra. Los dueños de la marca querían que la noche no tuviera intromisiones que restaran la espontaneidad o incomodaran a los invitados. Querían mantener un ambiente selecto, en una velada para recordar.

—Wentworth, dicen que eres muy selectivo para los eventos que aceptas, así que supongo que esto tiene relación con tu bella hermana —dijo una irritante voz.

Knox apartó la mirada del horizonte y quiso estamparle un puñetazo a Dionisius Katrakis. El griego había tratado de arruinar los planes de Lynda de expandir la marca Olivander, incontables ocasiones, utilizando denuncias falsas que retrasaron el lanzamiento que hoy estaba realizándose. El hombre era una sabandija y además, la competencia de su hermana. A diferencia suya, Lynda era una mujer que prefería mantener a los enemigos cerca. La filosofía de Knox era diferente: optaba por destruirlos con paciente eficacia. Katrakis era dueño de una empresa cosmética, que durante años había tratado —sin éxito— de equiparar el impacto de Olivander.

También poseía otros negocios, entre ellos una agencia de relaciones públicas y que representaba a importantes artistas y líderes de opinión australianos. El idiota se valía de esos recursos para esparcir campañas de desprestigio cuando le parecía conveniente a sus intereses. No jugaba limpio, y Knox no usaba el recurso de la diplomacia, al menos no cuando recibía un ataque directo y sabía de dónde provenía. Jamás había tenido que usar la fuerza, no con sus propias manos, pero en alguna ocasión cuando su hermana tuvo un acosador, Knox tiró de hilos importantes —que no trabajaban bajo los designios legales— y en cuestión de una semana

todo se silenció. El resultado fue que Lynda volvió a tener calma, y no se necesitó de un juez.

—Por supuesto que estoy aquí por ella —replicó Knox con simpleza—. Insisto en que mi hermana es la parte civilizada, y creo que peca de generosa al permitirle a un competidor tan desleal como tú entrar en un evento como este… Por cierto, los tiburones no deambulan por esta zona, pero quizá te apetezca comprobarlo.

El griego de ojos azules sonrió con arrogancia. Bebió de la copa de champán.

—Reconozco que Olivander ha hecho un excelente trabajo, pero no se gana siempre —dijo en tono velado—. Supe que tú y St. James están trabajando en biotecnología. Es una apuesta alta, y los coreanos son personas bastante confiables. Quizá puedas considerar un socio adicional. El asunto médico mezclado con tecnología siempre me ha llamado la atención —comentó Dionisius—. ¿Cuánto se requeriría para ingresar a la sociedad, en este proyecto específico, Wentworth?

—No estamos aceptando nuevos inversionistas —zanjó. Con este imbécil no tenía que procurar ser amable o encantador—. Y no trabajo con serpientes, Katrakis.

El trato que él y Gabe habían firmado por doscientos millones de dólares con la empresa LongMind, en Corea del Sur estaba enfocado en la crio-preservación: congelar cuerpos o parte de estos bajo la premisa de que la tecnología evolucionaría lo suficiente para revivir a los que estuvieran en esas cámaras a -169 °C. Esto ya estaba llevándose a cabo en otros países, aunque con perfil bajo, y sería un hito en Australia. Además, manejaría un programa de longevidad avanzada. Este implicaría terapias de regeneración celular, tratamientos con biotecnología, sueros personalizados con modificaciones genéticas para ralentizar el envejecimiento y un análisis de ADN individualizado que optimizaría la salud. El plan era ultra ambicioso, pero factible.

—Oh, hieres mis sentimientos —dijo el griego en tono burlón, llevándose una mano al pecho en modo teatral—. Si no han pensado

en una estrategia de educación social, porque es un tema muy controversial y también ajeno a la medicina tradicional, van a fallar estrepitosamente. Mi experiencia en estudios de mercado sería conveniente. Pero —terminó su copa, y luego agarró otra de la charola de un camarero—, siempre es un gusto verte fracasar desde lejos, Wentworth —concluyó.

—Es curioso, Katrakis —comentó Knox en tono frío—, llevas años apostando por mi fracaso, y no has logrado comprender que soy pésimo para cumplir expectativas ajenas. Si tanto te interesa saber mis aciertos y éxitos, lee la prensa.

El griego se encogió de hombros. Le gustaba beber, así que tomó otra copa.

Knox y Dionisius arrastraban una rivalidad desde la universidad. Con los años dejó de ser una competencia estudiantil y se convirtió en un duelo sutil, en el que medían influencia, prestigio y, a veces, también conquistas. Fue el griego quien le presentó a Catherine como parte de una maniobra precisa: la llevó a una reunión con contactos en común, sabiendo que Knox estaría allí, que se sentiría atraído por ella y, tarde o temprano, descubriría la propiedad que la mujer poseía. El griego solo necesitaba que mordiera el anzuelo, y el otro magnate lo hizo. Knox creyó arrebatarle un interés romántico a Dionisius, cuando en realidad cayó en una trampa que terminaría con Catherine dejándolo plantado en el altar y al griego cobrando una victoria silenciosa. ¿Qué hizo Knox al respecto? Logró que Katrakis perdiera la licitación para adquirir una empresa de producción de cristal. Olivander la compró.

En términos simples, estaban en tablas. Sin embargo, nunca bajaban la guardia: observaban, desde la distancia, cada movimiento comercial del otro como si fuera una jugada de ajedrez. Lo que había empezado como una rivalidad casi deportiva se transformó en odio el día que Katrakis descubrió a qué se dedicaba Athina, aún casada con Gerard. El padre de Dionisius fue amante de Athina y así se enteró su hijo. Fue su rival quien hizo correr los rumores que acentuaron la vergüenza de Knox. Y este, lejos de quedarse quieto,

respondió con un golpe certero: sedujo a la hermana del griego y luego la dejó. Desde entonces, todo se convirtió en una escalada de desafíos.

Pero el asunto de Catherine iba más allá, y Knox no quería pensar al respecto. La mujer se quedó con algo muy valioso que él no lograba recuperar. Esa fue la razón de que él volviera más que cabreado, afligido, desde Nueva York, varios meses atrás.

—Me parece casi milagroso que hayas venido con tu hermana, pero sin invitar a una acompañante adicional —dijo el griego, ignorando la pulla de Knox—. Supongo que estás perdiendo el encanto, Wentworth. En cambio yo… —en ese instante, las luces del yate se atenuaron y la música cambió— tuve el placer de conocer hace poco a una mujer absolutamente exquisita. Ah… —miró alrededor— un show sorpresa.

Knox frunció el ceño, porque él no tenía idea de cuál era el programa. La consigna era acompañar a Lynda un rato, punto. Pensó que sería un asunto de estar alrededor dos horas máximo, hasta que concluyera la velada empresarial, luego volver al muelle. Al parecer, según su reloj, la velada se expandiría más de lo previsto.

—No somos amigos, Katrakis. Piérdete —replicó, apartándose.

—Claro… —respondió el otro hombre sonriendo— pero sería aburrido no dejarte un recordatorio de que sigo aquí. Igual que en la universidad, Wentworth: un paso detrás de ti… o delante, según se mire. Nos veremos —dijo elevando la copa.

Knox lo ignoró por completo.

El socio de Aussie Equinox saludó a un conocido, y que era parte del directorio de Olivander. Luego se quedó en silencio —al igual que lo hizo el resto de invitados— cuando con rapidez, el personal de montaje —contratado por la empresa de su hermana— se movió alrededor con eficiencia; retiraron mesas y anclaron soportes ligeros. En cuestión de minutos, el tercer piso del yate quedó convertido en evocador escenario. La música de tambores e instrumentos de cuerda resonaban en los parlantes. No hacía falta ser un genio para

darse cuenta de que era música árabe. Había un leve aroma de inciensos. Los invitados buscaron la mejor ubicación para mirar.

Cuando aparecieron tres bailarinas, moviendo las caderas con elegancia y ritmo, el millonario comprendió de qué se trataba. Consideró que esta había sido una interesante idea del equipo de Olivander. Él no solía ver esta clase de espectáculos, porque no tenía tiempo, y no era adepto al asunto de la danza árabe, a pesar de que en incontables ocasiones había visitado Emiratos Árabes Unidos. Claro, no negaba que las mujeres eran simpáticas y sabían muy bien su oficio. Esta noche, Knox estaba aburrido y habría preferido revisar los informes financieros que esperaban a por él. No solo eso, sino que ya estaba en marcha el contrato para Morgana, y solo tenía que intercambiar un par de criterios adicionales con Brigitte. Finalmente habían llegado a un acuerdo financiero, y más pronto que tarde su nombre constaría como el nuevo propietario de Wax & Ink. Knox no podía esperar a iniciar los cambios necesarios y restructurar la empresa para que obtuviese el brillo y prestigio que, cualquier inversión que llevara su capital, merecía. Él miró la hora cuando se acabó la presentación.

Asumió que pronto las luces volverían a la tonalidad regular y que los invitados irían al salón del segundo piso para disfrutar del buffet. Él no tenía hambre y sus ganas de socializar habían acabado. Estaba a punto de alejarse para ir a un área más solitaria, y tuvo que mirar dos veces para reafirmar que no estaba alucinando. La música volvió a encenderse, porque, al parecer, la presentación de baile árabe no había concluido.

Knox no creía que un vaso de whiskey o champán pudiera conjurar a la mujer en la que no había dejado de pensar en esas jodidas dos semanas. La mujer por la que no intentó acostarse con otras, porque, básicamente, no lograban provocarle el deseo visceral de arrancarles la ropa y follarlas hasta dejarlas sin resuello. Tal como sí le sucedió con Clarissa. Knox no desplegó su habitual encanto con el sexo opuesto, y las mujeres que había conocido —por trabajo o por asuntos sociales vinculados a Aussie Equinox— le parecieron bonitas, pero sosas. Él aumentó, a propósito, su carga laboral

porque así pensó que mantendría la mente ocupada en temas que demandaban de su absoluta concentración. Pero aún en los jodidos instantes de descanso surgía el recuerdo de una mujer que aún le aceleraba el pulso. Ese sí que era un problema.

Un problema que, ciertamente, esta noche no era un espejismo.

Se quedó en shock al ver a Clarissa en el centro del escenario, sola, empezando a mover las caderas de una manera elegante y provocativa. Su cabellera rojiza estaba suelta y acicalada en ondas suaves. Esa cabellera en la que él había enterrado sus dedos, mientras se deslizaba en el interior estrecho y cálido; ese cuerpo magnífico que respondió tan sensual y ardiente a sus toques. Por varios segundos todo el puto yate desapareció de su panorama de atención, y solo quedó Clarissa bailando. Los aplausos de algunas personas rompieron ese breve trance, regresando a Knox a la realidad.

El millonario apretó los puños a los costados, al notar que no era el único que se sentía atrapado por la mezcla de la música y la sensualidad que emanaba de ella en el pequeño escenario. Los movimientos femeninos eran fluidos. El traje rojo era de satén. El corpiño en forma de corazón era ajustado y sin tirantes, por lo que dejaba a la vista la suave línea de las clavículas y un destello de piel blanca que la boca de Knox recordaba muy bien. La falda mostraba los muslos al compás de cada giro que ella daba; los velos rojos flotaban con facilidad. Él no era capaz de apartar la mirada de Clarissa, cuyo cuerpo él había trazado como un mapa con su lengua, con su sexo y con sus dedos, en la intimidad. Verla expuesta de este modo lo desarmó por completo.

Las mujeres la miraban con un toque de envidia y también admiración, pero los hombres la observaban con explícita lascivia, como si la imaginaran desnuda. Eso provocó que la sangre de Knox rugiera en sus venas con una fuerza casi animal, deseando marcar territorio. La sacudida visceral de posesión lo tomó desprevenido, y logró controlar a duras penas las ganas de exigirle al capitán que regresara en ese instante al muelle. Knox poseía una fortuna que

superaba a la de toda esta gente combinada, incluyendo los dueños de Olivander, pero haría el ridículo, pues no tendría una explicación lógica para dar órdenes irracionales. Aún más, ¿qué derecho tenía a reclamar sobre algo que acordó que era un asunto de unas horas de sexo? Así que tampoco tenía prerrogativa de sacar a Clarissa de ese escenario improvisado, agarrándola en volandas, y pedirle explicaciones. No del baile, aunque también lo incluiría, pero sí de la razón de que ella le hubiera dejado un maldito número falso.

Knox guardó las manos en los bolsillos. Apretó la mandíbula.

De pronto, la música bajó un tono, se tornó más íntima, porque empezaba a llegar al final. En el último movimiento lento de caderas, Clarissa giró el rostro y por un instante pareció perder la cadencia. Sus ojos azules colisionaron con los verdes que refulgían con un fuego que iba más allá del deseo. Se miraron en una mezcla de sorpresa que detonó una corriente eléctrica que tiñó el aire de reconocimiento sexual y también de suspicacia por cómo terminaron las cosas entre ambos. Clarissa, sin embargo, pareció consciente de que durante brevísimos segundos dejó de moverse, y pronto recuperó la compostura y la sonrisa. Antes de terminar el último movimiento lo miró, como si estuviera bailando para él. Al menos eso pensó Knox, pues cuando acabó la presentación un chico, con una confianza de alguien que conocía al otro desde hacía tiempo, se acercó a ella para ayudarla a bajar del escenario y la abrazó.

Él no se molestó en pensar de qué conocía a ese idiota, pues se le hacía familiar. Lo único que supo Knox en ese momento era que, en medio de los aplausos y la iluminación que retornó a su estado habitual, así como la música moderna reemplazando la de Oriente Medio, sus pies empezaron a moverse por instinto. El objetivo era muy claro. Pero cuando estaba a pocos pasos de llegar a la sirena tentadora de ojos azules, su hermana lo detuvo para hacerle una consulta. Knox no solía estar distraído cuando se trataba de asuntos numéricos —que era sobre lo que estaba preguntándole Lynda— así que le tomó unos minutos recalcular su respuesta.

—¿Todo bien, Knox? —preguntó ella, llevaba un vestido aguamarina.

—Sí —se pasó los dedos entre los cabellos—, no sabía que habría una presentación de esta clase. ¿Es de alguna escuela de baile o algo así? —preguntó él.

Lynda frunció el ceño, pues su hermano no hacía esta clase de indagaciones.

—No tengo idea. Los encargados fueron los de relaciones públicas. Aunque la única referencia que tengo es que la última bailarina es amiga del propietario de este yate, y tuvo la generosidad de ayudarlo porque una de las chicas que estaba dispuesta a bailar se torció el tobillo —dijo ella acomodándole la corbata a su hermano, le sonrió con calidez—. Le pediré a la empresa que le haga un cheque. Creo que es lo justo.

—¿En cuánto tiempo regresamos al muelle? —preguntó Knox—. Hay una persona con la que necesito conversar un asunto puntual, y no quiero interrupciones.

—Justamente venía a decirte que Matt está de camino y pasara a por mí para volver a casa, así que si tienes asuntos que atender no hace falta que me esperes.

Knox hizo un asentimiento. Tenía la vía libre para aclarar ciertos asuntos.

—Estoy orgulloso de ti, Lynda. El evento está siendo un éxito —expresó, luego le dio un breve abrazo, que su hermana devolvió, y avanzó en la búsqueda de cierta mujer de cabellos rojizos. Esta vez, obtendría el número de teléfono correcto.

CAPÍTULO 6

Clarissa sintió que el corazón le iba a mil por segundo. Drake le estaba dando un abrazo y elogiando su presentación, además de ofrecerle que podría subir al yate cuando este no estuviera al servicio de clientes, para que disfrutara del mar, pero ella era incapaz de concentrarse. Tan solo sonreía con amabilidad, aunque sus respuestas salían más bien en modo distraído. «No puede ser posible», pensó al recordar cómo sintió que la brisa del mar, la música, los aplausos y las luces se desvanecían por unos segundos, tan cortos y tan largos a la vez, cuando su atención había aterrizado en la persona que menos hubiera esperado ver esa noche. Ella lo conoció cuando vestía de una manera casual y elegante, pero esta vez era algo distinto. El traje gris oscuro hecho a medida, el cabello peinado hacia atrás, la sombra de una barba reciente, y esos penetrantes ojos verdes, estuvieron a punto de hacerla trastabillar y arruinar el baile.

—¿Qué opinas al respecto, bella? —preguntó Drake acomodándole un mechón de cabello—. Eso es lo menos que puedo hacer, ya que no quieres mi dinero.

Clarissa pestañeó y se aclaró la garganta. Regresó al presente. Estaba inquieta.

A pesar de que el yate estuviera a su máxima capacidad, su cuerpo podía recordar el magnetismo de la mirada de Knox como si este hubiera durado horas. No le parecía justo que esto estuviera ocurriéndole. De repente unas personas pasaron por donde ella y Drake estaban, felicitándola y charlando brevemente, pero pronto se marcharon. Esa interrupción cortó un breve instante el curso de sus pensamientos.

—Tu dinero… Claro, no lo voy a aceptar —dijo tratando de recuperar el hilo de la conversación y organizando su mente—. El

asunto del yate, te lo agradezco. No sé en qué fin de semana me venga mejor, porque mi jefa es peor que Miranda Priestly.

Drake se rió por lo bajo ante la mención de ese personaje.

Ambos estaban en un corredor lateral que conectaba áreas interiores, alejados del resto de personas, en general, así que les daba un espacio para conversar a gusto.

—Estará a tu disposición cuando lo desees, te enviaré el calendario de los días libres al WhatsApp y así podrás elegir —replicó —. Sé que te gusta pasar ratos de soledad con tus libros o haciendo fotos con el teléfono. Así que te daré las rutas que solemos navegar y si este yate no se ajusta al entorno que te gustaría como punto de relax, también te enviaré la ruta de mis otros dos yates. En verdad, me salvaste hoy.

Ella esbozó una sonrisa amable. No hacía favores porque esperase algo a cambio, pero tampoco era tonta para rechazar un gesto de generosidad como este.

—No pasa nada. Me alegro que hayas recordado cuando te comenté que solía estar en clases de danza árabe. Fue la excusa ideal para ejercitar los movimientos que llevaba tiempo sin practicar —dijo Clarissa y luego se miró a sí misma. El clima no era frío en esa época, aunque por la hora y después de estar expuesta a la brisa exterior, sí sentía la urgencia de ponerse su ropa habitual—. Creo que iré a cambiarme —comentó con suavidad—. Dejé la mochila con mis cosas en uno de los camarotes. Necesitaba un poco más de espacio que los baños. Espero que no te moleste.

Él hizo una negación, y los cabellos rubios ensortijados se agitaron.

—Para nada, los camarotes están vacíos. Me alegro de que los uses, además esa zona es más tranquila. Ve, cámbiate, y luego regresa para que comas algo, ¿sí?

—Gracias, amigo —expresó ella con la intención de marcharse.

—Oh, espera, aquí viene alguien que quiero presentarte — exclamó tomándola del codo con suavidad e instándola a darse la

vuelta—. Gracias a una recomendación que hizo de Vessels of the Sea, mi empresa, el negocio cobró notoriedad y prosperó.

—¿Quién es…? —empezó a preguntar, pero se cortó a media frase.

Clarissa se quedó sin poder hablar. La mirada intensa con la que Knox la recorría dejaba claro que no había olvidado el número falso ni la noche compartida.

—Knox Wentworth —dijo el rubio, ajeno a la tensión que se transpiraba en el aire, cuando el magnate se acercó con expresión oscura—. No sé si me recuerdes, soy Drake Reynolds, y tú y tus amigos fueron uno de mis primeros clientes hace cuatro años cuando empecé este emprendimiento. Gracias a que me recomendaste, las llamadas para reservar mi pequeña flota de yates de lujo se incrementó —sonrió.

—Qué tal Drake —replicó el multimillonario estrechando la mano del joven empresario. Ahora recordaba de qué le sonaba su rostro—. Hiciste un buen trabajo.

—Quiero presentarte a una amiga. Me salvó hoy, porque una de las bailarinas no pudo llegar. No sé si estuviste durante su presentación —dijo mirando a la pelirroja, ajeno a que ella tenía una actitud algo inquieta—. Ella es Clarissa Sneider. Nos conocemos desde hace un par de años. Es una de mis amigas más encantadoras.

Knox ignoró a Drake y fijó su atención en la belleza que estaba vestida para tentar a cualquiera. A él. Tenía los cabellos algo despeinados por el baile o el viento. No pudo evitar pensar en cómo fue la expresión de Clarissa durante las veces en que se corrió con los lametazos de su lengua, las caricias de sus dedos y la forma contumaz en que su pene rasgó por primera vez la resistencia del cuerpo femenino. La agitación al finalizar un baile no se equiparaba a cómo los ojos y la mirada estaban velados de lujuria en la cama, claro, mas le provocaba el mismo instinto primitivo de cazar. La necesitaba arqueándose bajo su cuerpo, hasta que ese fuego se

convirtiera en gemidos y sudor. Quiso apartar al hombre que estaba junto a ella. Pero optó por ser civilizado.

—Conozco a tu amiga. ¿Acaso no es esa una coincidencia? —preguntó Knox.

—Vaya, qué interesante —dijo Drake sin reparar en la ironía del comentario.

—Tuve el placer de verla bailar —expresó Knox en tono velado—. Supongo que hay personas que poseen excelentes habilidades para sorprender, ¿no te parece, Clarissa? —preguntó fijando su absoluta atención en ella. La expresión del CFO daba a entender que estaba enfadado, pero también existía innegable apreciación masculina.

—Oh, creo que me confundes con otra persona —sonrió ella extendiendo la mano. Knox apretó la mandíbula. «Clarissa no solo era osada, sino que estaba pidiendo problemas a gritos», pensó él, irritado. Las mujeres solían acercarse a Knox y tratar de entrar a su círculo social, pero esta pelirroja estaba intentando hacerle creer que estaba imaginando cosas—. Mi rostro puede sonarte de alguna parte, pero…

—Drake —expresó Knox, pero no estaba mirándolo a él, sino a la pelirroja. Iba a pagar cara la desfachatez de fingir que esta era la primera vez que se veían.

El hombre rubio, y barba abundante, carraspeó.

—Ehhh, ¿sí? —preguntó, un poco nervioso, y dándose cuenta de que algo no estaba bien. Concretamente que él continuara en esa conversación. Miró a uno y otro.

—Si quieres que le diga a mi hermana, Lynda, que es una de las accionistas de Olivander, que considere sugerir a sus empleados que vuelvan a contratarte para otros eventos, desaparece en este instante de mi vista. Eso sería todo, Drake —dijo él.

El hombre se ajustó la corbata azul y tragó saliva. Contradecir a un empresario con tanta influencia como un Wentworth era un suicidio estratégico, y él no era tonto.

—Oh… Claro, yo. Por supuesto —miró a su amiga, cuya mano continuaba atrapada en la del magnate—. Clarissa, nos vemos en nuestra clase de escalar —dijo y tuvo la intención de acercarse a darle un beso en la mejilla, pero la expresión asesina de Knox hizo que se lo replanteara. Drake se apartó con rapidez—. Hasta pronto.

Ella no tuvo tiempo de despedirse, menos de hacer un intento de marcharse. Drake, dedicándole una sonrisa de disculpa a su amiga y luego un asentimiento a Knox, les dio la espalda para ir al área en el que estaban congregados otros asistentes. Los dejó en esa zona alejada del resto y que era la antesala del camino a los camarotes.

Knox no emitió una sola palabra. Sosteniendo a Clarissa de la mano, empujó la puerta de madera e hizo su camino al interior del pasillo alfombrado. El silencio los envolvió al estar apartados de la reunión, cuyos ecos apenas se escuchaban, mientras la embarcación se mecía con suavidad en el mar en calma. Esa tranquilidad no se asemejaba en absoluto a lo que ambos estaban sintiendo. La adrenalina burbujeaba.

Él conocía bastante bien el camino en este yate, porque ya había estado en un par de despedidas de soltero de amigos, y utilizaron los camarotes para descansar la resaca, después de la juerga. No era partidario de emborracharse en los yates, menos después de que uno de sus mejores amigos hubiera muerto —más de una década atrás— en un accidente en las costas de Whitsundays. Knox era el que usualmente procuraba —solo en las fiestas en altamar— que nadie cometiera alguna idiotez. Él mantenía a raya el alcohol y por su límite era el que había consumido hoy: una copa.

El magnate abrió con eficiencia la puerta de una de las habitaciones. Una vez que estuvieron completamente alejados de todo y sin posibilidad alguna de que fueran interrumpidos, Knox soltó a Clarissa. Ella lo miraba cual cervatillo al que, en medio de un camino en plena noche, encandilaban las luces potentes de un coche: inquieto y suspicaz. Él avanzó, hasta que la espalda femenina quedó contra la pared de madera.

Clarissa tragó saliva, le habría gustado que Knox dejara la luz apagada, porque así no tendría que sentir que su piel empezaba a calentarse bajo la mirada verde. No perdió ningún detalle de este hombre, porque, básicamente, su presencia llenaba por completo el camarote. Jamás se lo diría o admitiría en voz alta, pero, en verdad, Knox era el hombre más sensual y atractivo que había conocido. Que además ella supiera con exactitud cómo era cada parte de ese cuerpo atlético y musculoso, el sabor de los besos adictivos, la textura del grueso pene mientras lo chupaba, y la exquisita sensación de sentirse poseída en plenitud, no contribuía a mantener la calma ahora.

—Al parecer sufro de alucinaciones y he confundido tu rostro creyendo que te conocía. Pero, según tú, no es así. ¿Lo he interpretado correctamente? —preguntó con sarcasmo ladeando la cabeza, quitándose la corbata, y observando a Clarissa de arriba abajo en un barrido sensual e insolente. Le siguió la chaqueta, la cual lanzó sobre la cama. Después liberó tres botones de la camisa y se arremangó las mangas hasta el codo, dejando a la vista sus tatuajes—. ¿O también he cometido un error?

—Knox… —susurró con inquietud. Su respiración, definitivamente, no era estable. Ninguno de sus pensamientos tampoco, porque sentía que cada terminación nerviosa de su piel había cobrado vida de repente—. No creo que sea lo más indicado que te acerques tanto o que estemos a solas. De hecho, me parece contraproducente.

Él apoyó una mano a cada lado de la cabeza de Clarissa. Bajó el rostro a su mismo nivel, para que ella no escapara de su atención. El calor de sus cuerpos casi los hizo arder a ambos. Si tuviesen una aguja habrían podido rasgar la fuerza del aire.

—Ah, mira nada más, sí recuerdas mi nombre después de todo —expresó enarcando una ceja. Deslizó la mano y le sujetó el cuello con presión suave—. ¿Mmm? Interesante cómo tu pulso me da a entender, al igual que tu respiración y tus pupilas dilatadas, que la posibilidad de apartarnos en este momento es otra de tus mentiras.

Ella abrió y cerró la boca. La presencia de este hombre era difícil de eludir. Desde el instante en el que sus ojos chocaron —atrapando la atención del otro— en la cubierta del tercer piso, no logró borrar la sensación de que su presencia la envolvía donde estuviera. Esa fue la razón de que deseara estar en el muelle y marcharse pronto. El recuerdo de Knox la había visitado incesantemente en todos esos días.

Podría dejarlo atrás e irse, pero ¿a dónde? El yate seguía su travesía. Pero siendo sincera, la idea de escapar no resultaba tentadora. Ella luchaba en esos instantes contra dos fuerzas opuestas: la que empujaba a que se alejara y la que suplicaba no volver a cometer el error de pasar semanas sin el roce de Knox. Esa pugna la desbordaba, estremeciéndola. Su cerebro enumeraba las razones para negarse este instante, pero sus instintos las desestimaban como si fuesen simples cartas al viento.

—No sé qué decirte —susurró. Los labios de Knox estaban muy cerca a los suyos. Si él quisiera solo tendría que acortar la distancia milimétrica y la besaría—. Me tomó por sorpresa verte aquí. Además, no quería que Drake asumiera que tú y yo…

—¿Tú y yo qué, Clarissa Sneider? —preguntó frotándole el sitio del cuello en el que latía el pulso, desbocado. Se complació reafirmando cuánto él la afectaba.

—Que nos conocemos —murmuró aspirando la deliciosa colonia de Knox.

—¿Y por qué sería eso? ¿Te has acostado con él, acaso? —preguntó en un tono peligrosamente bajo, suave inclusive, mientras la miraba a los ojos con desafío.

—Yo… No. Somos solo amigos —replicó—. Pero, hasta donde tengo conocimiento, lo que yo haga o deje de hacer no es tu problema. Ni lo que tú hagas es el mío. Acordamos una noche, y eso es todo lo que tuvimos, ni más ni menos. Como dos desconocidos. Porque, al fin y al cabo, es lo que somos. Tú, tienes mucho camino recorrido en estas lides, así que tu pregunta está por completo fuera de lugar.

Él sonrió de medio lado, en una promesa de castigo placentero y silencioso.

—Si te digo que me he acostado con cinco mujeres en estas dos semanas, desde que follamos tú y yo, pero que no la pasé tan bien como contigo, ¿te da igual? —preguntó acercándose todavía más. Ella apartó el rostro y él logró captar el ligero rictus de enfado—. Contéstame, Clarissa, y sé honesta en esta ocasión —exhortó.

—Así es —mintió elevando el mentón. Que Knox le confesara algo así, la hizo sentir insegura, enojada y celosa. Muy celosa de la idea de él acostándose con otras.

Knox bajó la mano del cuello. Posó los dedos en el vértice del corpiño de satén rojo. Luego realizó movimiento suaves, recorriendo el valle de los pechos, sobre la piel que estaba expuesta y sintió cómo se erizaba bajo su toque sutil. Ella temblaba.

—Ah, sí, ya veo que eres tan honesta como lo fuiste al darme tu número —replicó y continuó su recorrido, hacia la zona sur, y jugueteó con el elástico del pantalón de satén transparente—. Si te pregunto si en este instante me deseas tanto como yo a ti o si tampoco, aunque lo intentaste, has podido dejar de pensar en la pasión que compartimos, ¿me vas a decir también la verdad, que en este caso es "no"? —preguntó con sarcasmo. Se inclinó y le mordió el lóbulo de la oreja—. ¿Mmm?

El cuerpo femenino se tensó como si una descarga eléctrica la recorriese. No era la sensación de peligro, al menos no aquel que durante años la paralizó, porque con Knox se sentía segura en un modo en que sabía que jamás la forzaría a nada. La certeza era curiosa, pero le había bastado unas horas con él para saberlo. El peligro consistía en la facilidad con la que provocaba que su sentido común se volviese polvo.

—Si ya tienes la respuesta, no encuentro sentido en que preguntes —expresó soltando un jadeo leve, preocupada por cómo este hombre lograba calentarle la sangre y agitar su cordura—. Además, no sé por qué quieres estar aquí conmigo si ya has tenido varias amantes que siguieron a esa noche. ¿No es acaso lo que

acabas de decirme? Si necesitas desahogarte, entonces puedes llamarlas, porque yo no soy el reemplazo de otras —dijo en un tono ácido que no logró controlar—. ¿Es que tu frágil ego no soporta que alguien te dé el número equivocado? —preguntó a cambio.

Knox creía que su cuerpo se asemejaba al de un adicto a la heroína. Una vez que probó la droga que, sin saberlo, era el placer de hacer suya —una y otra vez— a Clarissa, lo que buscaba era repetir la dosis y aumentarla. Y eso, a pesar de que intentó relegarla donde lo hacía con otras amantes: el olvido. Con la pelirroja eso no existía.

—Mi ego no necesita reparación, aunque no niego que me sorprendió que hubieras hecho algo así, considerando que suele ser una táctica que yo mismo utilizo —expresó e hizo presión con los dedos, sin tocar aún el vértice que, estaba seguro, encontraría mojado—. Me intriga más bien la parte lógica: si hubieses querido que esta noche te ignorase, no habrías movido tus caderas, mirándome, al hacerlo.

Ella rió con ironía, fue una carcajada breve y firme, pero el leve quiebre en su aliento revelaba todo lo que intentaba ocultar. Optó por responder con una evasiva.

—Fue un lapsus —contestó, porque el hombre tenía razón. Lo hizo a propósito. ¿Por qué? Pues básicamente porque sus estúpidas hormonas lo quisieron.

—Ah —dijo él acercando más su cuerpo—. ¿Me sigues deseando, Clarissa? Porque si no lo haces, entonces será mejor que me pidas que me aleje por completo.

—N… no —farfulló Clarissa, cuando en un movimiento calculado él presionó dos dedos en su vértice. Ella estaba muy mojada—. Llama a esas mujeres…

Él le jaló el labio inferior con los dientes. Fue breve y firme. Ambos gimieron.

—Pelirroja —dijo hundiendo los dedos y empezando a frotarle el clítoris—. Joder, tu humedad me vuelve loco, tanto así que no ha

existido ninguna otra en mi cama desde que estuviste tú. Esa es la maldita verdad —gruñó—. Solo para hacer una aclaración: como no ha existido otra, no podría reemplazarte. Aunque lo hubiera intentado, ahora no existe otro coño que quiera lamer y penetrar que no sea el tuyo.

Ella se excitó con la crudeza de esas palabras. De seguro estaba sonrojada.

—Dios… —gimió moviendo las caderas—. No debería dejar que me toques —expresó en un tono que delataba ansias, frustración y también un deseo palpitante.

—He tenido tiempo de considerar un detalle importante: lo que ocurrió noches atrás fue un prólogo, y un número falso no lo borra en absoluto —expresó él con absoluta seguridad—. Dejaste algo pendiente y yo detesto los cabos sueltos. Si no quieres que te siga tocando, entonces deja de menear las caderas; deja de frotarte más sobre mis dedos y evita soltar esos ronroneos sensuales. Te reto a que lo hagas.

Al escuchar esa respuesta, ella se contrarió consigo misma al reconocer varios detalles. Primero, que le daba alivio saber que no estuvo con otras. Segundo, que esta encrucijada era una de la que no tenía idea de cómo salir, porque la sensación de estar rodeada de la potente energía de Knox era arrolladora y la instaba a desear olvidar las razones por las que era inconveniente continuar esta locura. Sin embargo, su cuerpo no atenía motivos de lógica. La forma en que la tocaba, la visión de cómo se flexionaban los músculos del brazo al masturbarla, y esos malditos tatuajes le parecía una combinación letal. Ahora entendía que la imagen social impoluta, elegante y civilizada de este millonario, contrastaba con el desenvolvimiento crudo, libre y salvaje en la cama. No quería saber cuántas mujeres más habrían tenido su misma realización.

El reto que le proponía Knox era estúpido, porque sus instintos sexuales —que él estaba estimulando— le impedían contradecir lo que podría haber expresado en palabras. Su reacción tan sumisa a las caricias que estaba dándole, no eran parte de su descubrimiento

sexual —ella ya había vivido eso hacía mucho—, sino que este hombre le había enseñado que poseía la misma prerrogativa de negarse, así como de exigir gozo; que no era precisa la fuerza, ni tampoco el tormento de traumatizarla.

Knox había redimensionado su percepción del sexo, ampliándola y haciéndola desear más. No de cualquiera, maldito fuera, sino de él. Clarissa rompió el curso de sus rápidos pensamientos cuando sintió que le abría los labios íntimos con dos dedos, frotándola, y con el dedo medio jugueteaba entre ellos. La lubricaba y estimulaba más.

—Me dijiste que no querías complicaciones, así que hice lo que consideré mejor —susurró, perdida en la mirada erótica. Al hablar, estando tan cerca, sus labios se rozaban contra los de él. Sus respiraciones no tenían un ritmo claro. La manera en que le bullía la sangre, como si fuesen parte de un proceso de una erupción volcánica, no era normal. Este hombre era el fuego que calentaba cada parte de su cuerpo—. Esa… Esa es la explicación que podría darte… —comentó Clarissa entre gemidos.

Él aceleró los movimientos de sus dedos, a propósito.

—Pudiste ser sincera y decirme que no querías pasar otro momento juntos, ¿huh? —apartó la mano que seguía en la pared y le arrancó el corpiño. Ella soltó una exhalación de sorpresa entremezclada con excitación. Sus pechos quedaron expuestos—. Mierda, cómo fantasié con tus tetas, Clarissa —dijo inclinándose para succionarle los pezones. Ella, incapaz de continuar inmóvil y negándose a lo que tanto quería, al fin enterró los dedos en los cabellos de Knox—. Magníficas… Bellas…

—Oh, Knox… —gimió con desesperación y alivio. La sensación era similar a encontrar algo que no sabía que buscaba, pero que tampoco podía descifrar qué era lo que estaba pasando—. Si yo te hubiera dicho que no quería pasar otro instante contigo… Me habrías seducido para evitar que me marchara… Así que preferí una partida limpia, sin necesidad de decir "adiós" —dijo, pero era solo parte de la verdad.

Él sonrió contra las areolas, recorriéndolas a gusto con la punta de la lengua. Pero en ningún momento sus dedos dejaron de juguetear entre los pliegues íntimos.

—Los "habría" ya no existen. Pero hay un detalle —dijo soltando un pezón, no sin antes darle un duro mordisco que la hizo gritar y gemir—, y es que acabas de repetir mi nombre. La próxima vez que intentes fingir ignorancia de mi identidad o que intentes escabullirte de mí, te castigaré de un modo que hará que supliques para que acabe con ese castigo —expresó en tono ronco, mientras dejaba de tocarla.

Ella soltó un quejido de frustración y lo miró desconcertada.

—Mi vida es complicada, Knox… No quiero…

—Tal como lo es la mía, Clarissa. Solo sexo y placer es lo que busco contigo —zanjó él con una expresión determinada y con los ojos brillantes de lascivia.

Clarissa lo quedó mirando con una tormenta en su mirada azul. Estaba en sus manos la oportunidad de sincerarse sobre Wax & Ink. Además, la editorial tenía una política de no confraternización entre empleados. Pero prefirió callarse, porque deseaba fervientemente no escuchar razones y solo permitir que la pasión la arrasara.

—No sabes nada de mí, más allá de conocer mi cuerpo, Knox —susurró.

—¿Estás saliendo con otro…? —preguntó en tono fiero, casi un rugido.

Ella hizo una negación, y Knox dejó de lado la expresión rígida.

—No ando con uno y con otro. Esa no soy yo —expresó, mientras él le arrancaba con facilidad la tela transparente del pantalón, así como también el pequeño short de material frágil, acompañado del tanga rojo. Quedó por completo desnuda.

—Interesante escucharlo. Mierda, qué guapa y sensual eres, Clarissa —dijo admirándola con una expresión de posesividad que ella no había notado antes.

—Knox —susurró tragando saliva—, entonces si volvemos a vernos…

—*Cuando* volvamos a vernos —corrigió, cabreado por la posibilidad de que ella creyera que esto iba a acabarse en ese puto yate. Su propia reacción lo sorprendió, porque lo más fácil habría sido quitarse el picor de querer follarla de nuevo. Pero, después de esas malditas semanas en las que estuvo a punto de claudicar y pedirle el número de Clarissa a Aubrey, estaba consciente de que necesitaría un tiempo, hasta que lograra quitarse a esta mujer de su sistema—. No hay una hipótesis "si es que".

Lo quedó mirando, jadeante, inquieta, excitada y también preocupada. Él era la clase de persona de alto perfil con la que jamás habría querido tener algo que ver.

—Será un secreto —se apresuró a decir Clarissa.

—Soy un adulto, no me ando escondiendo —dijo, enfurecido. Aunque, en otro universo paralelo probablemente se habría alegrado por la sugerencia de Clarissa.

—Lo sé —susurró ella, cuando él se inclinó y le besó el cuello, mientras con una mano le agarraba un seno, amasándolo, y con la otra le acariciaba el sexo—. Oh… Pero esta sería la primera vez que estoy con alguien de este modo: sin una relación real de por medio… Oh, Knox —se interrumpió cuando él le introdujo, primero un dedo, y luego otro. Ella se aferró a sus hombros. Su cuerpo vibraba—. Me distraes.

—Es una relación de placer. Cuando quieras tener sexo, me buscas. Y cuando yo desee hacerlo, entonces serás tú la que calme esa necesidad. Mutuo. ¿Está claro?

—Hasta que las circunstancias dicten la fecha de caducidad… —farfulló.

—No te confundas, Clarissa —dijo mirándola fijamente—. Quiero tu cuerpo, pero la razón de que lo desee de nuevo también es porque existe otro factor.

—Otro factor… —repitió ella.

—Me intrigas y si existe una especialidad que disfruto ejerciendo, además de manejar cientos de millones de dólares, es descubrir los misterios —expresó con franqueza—. Saber qué hace a una persona cómo es, qué la motiva y qué la define.

Clarissa tragó saliva. Esto no estaba contemplado en sus expectativas. Le parecía demasiado. Ella tenía secretos por proteger. Lo miró con inquietud, porque notó la determinación en la voz de él. Clarissa no quería que la descifraran. No buscaba ser descubierta, porque sus heridas eran suyas. No era miedo, sino que tenía la preocupante suspicacia de que este hombre siempre conseguía lo que se proponía.

—Knox… —empezó.

—Nos quedan al menos treinta minutos, hasta que el yate llegue al muelle… —interrumpió contra la boca de ella. Estaba costándole más de lo indecible tener una conversación, entre jadeos y caricias, cuando lo que necesitaba era hundirse en el cuerpo cálido—. A pesar de que estás desnuda y a mi merced, te doy la última palabra.

Ella estaba perdida en las sensaciones y a punto de llegar al orgasmo. Toda esta conversación, sus emociones y pensamientos eran una mezcla inusual de locura.

—¿La última palabra? —preguntó arqueando la espalda, cuando Knox se inclinó para mordisquearle con suavidad el cuello—. Si me sigues tocando así voy…

—Quiero tu consentimiento explícito para follarte en este yate —cortó Knox con firmeza—. Detesto los arrepentimientos, así que quiero tus palabras, Clarissa. Si me dices que no, me detendré aunque tenga las putas bolas en un punto casi doloroso. Me aseguraré de tener tu número correcto y hallaré otro momento para los dos. Así que dime, ¿quieres que siga o no… ? —preguntó Knox casi escupiendo las palabras.

Clarissa sabía que su decisión iba a cambiar todo para siempre. Ya no como la primera vez, cuando trastocó su manera de ver el sexo. En esta ocasión sería muy distinto, porque lo pondría en órbita a él,

un hombre buscado por la prensa social y la financiera, mientras ella prefería pasar inadvertida. Los Wentworth generaban interés, porque jamás hablaban de su vida familiar o personal, y eso provocaba morbo.

Sabía que Knox terminaría dejándola en cuanto asumiera su papel de jefe en la editorial o lo haría ella primero. Podría ocurrir el lunes, en quince días o en un mes. Entendía que un hombre de mundo, que nunca se comprometía y solo ofrecía sexo, se aburriría cuando esta novedad de la atracción mutua se acabara. «Lo más probable era que los comentarios de que tenía interés en conocerla, además de follar, formaran parte de un lapsus, más que de una certeza», pensó. Y esa idea la tranquilizó, porque implicaba que, sin importar cuántos encuentros tuvieran, no sería nada serio; nada que la pusiera en riesgo. La discreción era importante, solo así ella lograría relajarse.

Por otra parte, ante la pregunta de Knox, lo cierto es que si tenía un par de noches más con él, o una noche más, esta vez no las dejaría marchar. No se quedararía con anhelos frustrados. No iba a reprimir el fuego que él había despertado en su piel.

—Odiaría que te detuvieras, Knox Wentworth —susurró sellando su suerte.



El beso de Knox fue brutal y lleno de una pasión impregnada de fuego. Los labios de ambos se fundieron con exigencia, sin concesiones, porque el tiempo estaba en contra, pero la necesidad acumulada por el otro —aquella de la que silenciosamente eran conscientes— poseía una potencia irreverente. Clarissa desnudó a Knox con la misma rapidez con la que él lo hizo con su traje, la única diferencia es que la ropa masculina continuó sin rasgaduras al caer sobre el piso alfombrado del camarote.

Apenas podían respirar otro aire que no fuese el del otro; el beso los consumía, las caricias incendiaban. Agarraban la carne del otro, la acariciaban, la estrujaban y la mordisqueaban como si fuese un bocado único, porque lo era. Los dedos de Clarissa se enredaron entre los cabellos oscuros de Knox cuando él empezó a juguetear con sus pechos. Esa boca insaciable se apartó de la suya para cerrarse en torno a un pezón.

Ella estaba tan sensible que estuvo a punto de correrse con la fuerte succión, y no pudo evitar que de su garganta surgiera un gemido desgarrador de añoranza sexual, satisfacción. Después, esos labios dejaron de ser cruelmente deliciosos y se suavizaron, más tentadores, en su otro seno; ante las caricias ella arqueó el cuerpo hacia Knox, entregándose a lo que él quisiera darle, suplicando en silencio que no se detuviera. En las venas de ambos probablemente ardía fuego líquido, pues el calor que emanaban provocó que sus cuerpos se cubrieran de una ligera pátina de sudor.

Esto era más que una necesidad carnal. Se trataba de posesión, marcar territorio, y por territorio se referían a la piel del otro. Se trataba de un reclamo del tiempo perdido e intentaban volcar el fuego en los besos que dejaban estelas que rasgaban sus labios de placer. Knox la sujetó de las nalgas con facilidad y al instante Clarissa le rodeó la cintura con las piernas. Ella sintió la dureza sedosa entre sus muslos, provocándola y rozándola, tan cerca, pero aún sin entrar por completo en su sexo. Las ansias de tenerlo dentro la consumía con una ferocidad que solo la había experimentado con él, la primera vez que se acostaron juntos. Una mano de Knox la sujetaba de la cintura, y su fuerza la mantenía apoyada contra la pared. La mantuvo quieta para que la mano libre se abriera paso entre sus cuerpos para agarrarse el pene.

—Knox… —susurró besándolo—, estoy a punto de correrme.

—Recuerda quién está follándote —dijo en tono gutural, rozando con el glande la humedad—. La próxima ocasión que tengas la osadía de negarme, Clarissa, voy a azotarte el trasero, hasta que te duela tanto que ruegues que me detenga… —la besó larga y

profundamente—. Pero antes de acabar, ya te habrás corrido con ardor.

—Yo… Oh, por favor, sí —jadeó cuando él embistió en su hendidura con una firmeza que la sacudió. Ella echó la cabeza hacia atrás, agitada—. Cómo te abres paso en mí… La sensación es… Por favor, no te detengas, Knox —pidió con delirio.

—Carajo, cómo eché en falta esta sensación de tu coño rodeándome —gruñó.

La segunda embestida no fue larga y profunda, sino más veloz. El golpe de sus cuerpos resonaba en el lujoso camarote. No existía modo de ocultarse del otro. La luz plena y sus miradas impedían que evadieran la certeza de que este remesón, sensual y carnal, se lo estaban provocando mutuamente. Ella movió las caderas, sujetándose de los hombros de Knox, hundiendo sus uñas en los músculos, mientras se besaban. Sus cuerpos eran un compás de necesidad urgente, y sus sexos empezaban a crear esa sensación indescriptible que trepaba primero por la columna vertebral. Las brasas de fuego estaban en su máximo nivel, a punto de reventar en llamaradas imparables.

—Más rápido… Sí, Dios, Knox… —gimió y gritó contra la boca de él.

Aferrados al cuerpo del otro, sin saber dónde empezaba uno ni dónde terminaba. Vibraban con la certeza de que iban a necesitar muchas más noches o días para tratar de aplacar esta creciente pasión. Esto no era apaciguarse, sino encenderse. Clarissa sentía cada embestida como una mezcla de dolor, porque él era grande, y también gloria, porque sentirlo hasta lo más profundo era una experiencia magnífica.

—Mierda… —dijo él en un tono casi doloroso—, no tengo preservativo…

Jadeando ella se inclinó y le mordió el lóbulo de la oreja. Él gruñó.

—Estoy tomando la píldora —susurró.

No hizo falta más, Knox entró y salió de ella con vertiginoso ímpetu. Pocos segundos después, él hundió el rostro en el hueco entre el cuello y el hombro de Clarissa, soltó algo muy parecido a un rugido animal, salvaje y carnal. Se vertió en el interior de ella, murmurando el nombre de la pelirroja, mientras sentía las paredes íntimas contrayéndose a su alrededor. No dejó de moverse, hasta que escuchó cómo ella explotaba en mil pedazos de éxtasis, y a la par le clavaba con fuerza las uñas en los brazos, además de aferrarle más las piernas en la cintura. En ese instante se quedaron abrazados, mientras las oleadas del clímax, poco a poco, iban disminuyendo.

Ella soltó una exhalación, sintió sus cuerpos humedecidos, agitados, mientras posaba su mejilla contra la cabeza de Knox. Pasaron uno, cinco, diez segundos. Al cabo de ese lapso, él apartó el rostro del cuello femenino para mirarla. Con suavidad salió del interior, y la vio hacer una ligera mueca de incomodidad. No debería sentirse estúpidamente complacido, pero lo hacía, porque sabía que era la consecuencia de haber follado con ese nivel de intensidad. Le dio un beso, mientras ella se soltaba de su cintura y él la dejaba sobre la alfombra. La continuó besando, hasta que las respiraciones de ambos parecieron recuperar el ritmo sosegado. Un poco, al menos.

—No sé qué decir… —susurró Clarissa en un tono vulnerable.

—Las palabras no son necesarias, pelirroja —replicó dándole un azote en el trasero—. A menos que sea para decirme que estás bien. Y que recuerdas mi nombre.

Ella soltó una risa, meneando la cabeza, y le dio un beso, antes de dirigirse hacia la mochila que estaba en una esquina. Este había sido el único camarote abierto, por ende el que eligió para cambiarse antes de dar el pequeño espectáculo en el tercer piso. Mientras sacaba su ropa, escuchó que Knox abría el grifo de agua del baño.

Clarissa tomó una toallita de papel para limpiarse, pero Knox se adelantó. Se la quitó de las manos y, con una suavidad inesperada, limpió los rastros del placer consumado. Ella se sorprendió por el

gesto y aún más por lo que vino después: él inclinó la cabeza y le dio un lametazo entre sus labios íntimos, arrancándole un jadeo.

Cuando estaban terminando de vestirse, el teléfono de Knox sonó. Él deslizó el dedo en la pantalla y revisó el mensaje de Lynda. Ella le comentó que estaban a punto de llegar al muelle y le agradeció por acompañarla. Le aseguró que Matt ya la esperaba, y añadió que confiaba en que él hubiera resuelto su asunto pendiente. Guardó el móvil. Luego abrió la puerta y le hizo un gesto a Clarissa para que saliera.

No había incomodidad entre los dos, sino más bien una extraña sensación de que ese era el principio de una historia que ninguno sabía cómo ni cuándo acabaría.

Pero el magnate tenía claro que, a diferencia de tantas experiencias pasadas, esta vez él quería saber más sobre Clarissa. Por eso se lo dijo antes de follarla. No fue una mentira, ni un intento de endulzar el trato, pues ni siquiera hacía falta; la química entre ambos era más que elocuente. Él no mentía sobre lo que buscaba de una mujer. Con ella sentía curiosidad más allá de lo sexual. Esa certeza lo colocaba en una disyuntiva personal, porque se apartaba de su carácter habitual. El placer era el único lenguaje que conocía. Y, aun así, sentía la compulsión de descubrir las capas que habían hecho que Clarissa fuese difícil de sacar de su mente. Porque la lógica era parte de su forma de mirar el mundo, así como también, sin duda, el cinismo en general.

Existía una diferencia abismal entre la información que podía recabar del cuerpo de una mujer, y aquella que obtenía de una conversación en la que no existía la necesidad de tocarse íntimamente. Esta clase de contradicción, entre su usual *modus operandi*, y las ganas de hacer más que solo follar con Clarissa era algo que necesitaba meditar. No solía interesarle si sus amantes tenían sueños o pesadillas; si preferían hablar de astronomía o del último hito tecnológico; solo las follaba y punto. Ese era el fin del acuerdo. «Quizá en el silencio de su casa, cuando la euforia del sexo disminuyera, tendría más claridad y recordaría la importancia de

mantener a las mujeres a prudencial distancia de sus asuntos personales», pensó al llegar a cubierta.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Knox, cuando ella empezó a alejarse por la pasarela de embarque del yate. El camino desde el camarote lo hicieron rápido.

Clarissa pisó tierra firme y lo miró por sobre el hombro.

El resto de invitados no les prestaban mayor atención, pues tenían más interés en encontrar sus coches o sus choferes. Aparte no estaban saliendo todos a la vez.

—Mmm, a mi casa —murmuró—. Pedí un Uber.

Él se acercó y apoyó la mano en la espalda desnuda. La mujer no solo lo había tentado con esa ropa de bailarina, y sin ella, sino que lo hacía con ese vestido cóctel. La prenda tenía un escote en la espalda. Los tacones altos destacaban las piernas torneadas, y esa cabellera rojiza —ahora en media coleta— la hacía más vibrante.

—Respuesta equivocada —dijo Knox llamando a su chofer—. Voy a llevarte a casa. Esperaré a que entres, pero no lo harás sin antes darme tu número de móvil.

Ella se giró por completo, mientras el viento hacía ondear la falda del vestido.

Lo miró con el ceño fruncido, ante el teléfono desbloqueado que él le tendía. Clarissa soltó un suspiro resignado y tecleó sus datos con rapidez. Luego le devolvió el móvil. Knox presionó un botón y, de inmediato, el dispositivo de Clarissa sonó y vibró. Solo entonces, satisfecho de haber verificado la información, guardó el aparato.

—No me gustan los hombres arrogantes y que dan órdenes —dijo.

Knox soltó una risa profunda, queda.

—Hasta donde recuerdo sigues muy bien las órdenes en la cama —replicó con un toque sugerente e instándola a caminar. Ella puso los ojos en blanco, moviéndose.

Ancelot, el chofer, abrió la puerta del vehículo y ambos entraron.

—Los caballeros no tienen memoria, ni hacen esa clase de comentarios. — La pelirroja enarcó una ceja—. Aprende un detalle sobre mí, Clarissa —dijo elevando el compartimento que separaba el asiento del conductor, con el de los pasajeros, dándole privacidad—. No soy un caballero cuando se trata del sexo, sino un bárbaro con ansias de conquistar, seducir y hacer gemir. Concretamente a ti. Mi memoria es selectiva.

CAPÍTULO 7

Knox empezó la reunión con el jefe del departamento de marketing con la misma ilusión con la que alguien se clavaría un puñal en el pie. No le gustaba escuchar que Tadheo intentara siempre justificar la lista de gastos innecesarios en los que incurría, pero el hombre conocía al dedillo cómo dar buenos resultados, así que Knox procuraba tolerarlo. Además, considerando que su energía era un bien muy preciado, no iba a desperdiciarla cabreándose con alguien que —aparte de ser un idiota con los presupuestos— sí poseía un mapa clarísimo de la competencia y actuaba acorde a ello.

Por un instante, Knox dejó que su mente divagara sobre la última semana de trabajo.

Estaba considerando delegar más funciones en otros, porque humanamente no era posible abarcar tantos proyectos a la vez. Su vicepresidente financiero no podía sobrellevar más responsabilidades sin equivocarse, ya se había dado cuenta Knox después del fiasco con la oficina de impuestos, así que tendría que contratar un segundo vicepresidente comercial para hacer más sólida esa posición. Si bien el surf y el gimnasio ayudaban a descargar el estrés del CFO, y le daban un respiro importante, no se equiparaban al alivio y éxtasis al deslizarse entre los muslos suaves de Clarissa.

Después de su encuentro en el yate, tuvo que posponer durante algunos días su interés de buscarla: primero por compromisos con Gabriel y luego por la preparación de un viaje a Gold Coast. La noche previa a esa partida la llamó para proponerle un encuentro, pero ella no pudo aceptar pues tenía que concluir varios proyectos impostergables. Desde esa llamada transcurrió una semana entera. Al regresar, lo solucionó: volvieron a verse. Eso último había tenido lugar tres días atrás.

La testaruda mujer rehusó que él fuese a buscarla, argumentando que tenía su propio coche y que no era una cita. Knox le contestó que la cortesía no tenía etiquetas y le envió a su chofer a que la esperara fuera de la casa y la acompañara, como si fuese un escolta de seguridad, hasta su mansión. De ida y de regreso. Eso había enfurecido a Clarissa, pero él no le hizo caso; al contrario, tan solo utilizó ese enfado para añadir más leña a la ardiente hoguera que crearon durante la maratón de sexo que duró varias horas. La mujer era exquisita y él no podía dejar de tocarla, pues lo excitaba escuchar los ronroneos que brotaban de su garganta, entre anhelo e intensidad, así como la manera en que naturalmente se acoplaban. No desperdiciaron el tiempo y aprovecharon la piscina exterior para follar bajo el viento fresco, mientras se calentaban con sus cuerpos. Entre los momentos de pausa, para recuperar el resuello, conversaron de tópicos banales. Como si prefiriesen recordarse de qué se trataban sus encuentros. No por eso, aunque no lo confesaran al otro, dejaba de existir la intriga por conocer lo que guardaban cada uno bajo el sensual encanto que los caracterizaba.

Knox le mencionó su afición por todo lo que estuviera relacionado en vivir al límite desde lanzarse en paracaídas, hasta nadar en medio del océano con tiburones; que toleraba las multitudes por su trabajo, pero prefería su espacio lejos de la gente; le comentó que el sexo era mejor remedio para el estrés, no el deporte. Ante esa última mención, Clarissa se había reído. No le preguntó la razón de que buscara actividades de riesgo, pues le pareció que existían personas que disfrutaban de esa clase de motivación. Ella, en cambio, le dijo que solía dar paseos para explorar fuera de los límites de la ciudad; no temía a las alturas; el buceo le parecía fantástico y era ávida lectora. Al respecto de este detalle, él no le mencionó que acababa de comprar una editorial, pues no le pareció que tuviera importancia. Su enfoque de la noche consistió en disfrutar lejos de responsabilidades laborales con la mujer que satisfacía su libido.

Desde esa ocasión habían pasado tres días.

De hecho, habrían podido verse el día anterior, pero Clarissa le comentó que la situación en la empresa estaba un poco inestable y

que su jefa le asignó más trabajo del habitual, así que no podía distraerse. Knox, en su tono encantador y sensual, le explicó que a su lado no necesitaba detener lo que sea que estuviera haciendo, pues solo requeriría separar los muslos, mientras él hacía trazos sobre su sexo con la lengua.

—Te paso a buscar a tu oficina cuando salga de la mía —había dicho, casi eran las seis de la tarde. Sus horarios eran irregulares, pero también flexibles, pues en su despacho manejaba el punto neurálgico de una empresa: el dinero y, por supuesto, él era uno de los socios. No fallaba a sus responsabilidades—. ¿Dónde estás, Clarissa?

—No, no quiero que hagas eso —había comentado ella, apresuradamente, en un tono parecido a la inquietud—. Recuerda que prefiero un bajo perfil, Knox. Que vengas a buscarme a mi sitio de trabajo no es lo ideal para mí. Y, aparte, hoy no puedo.

Él se había guardado una réplica mordaz sobre lo que era o no apropiado. Ella parecía disfrutar manteniendo a raya su ego, o quizás escondía algo. Esta última teoría había despertado la suspicacia de Knox y también su irritación. La posibilidad de recurrir a un investigador privado le resultaba tentadora, pero habría sido la vía fácil. Knox disfrutaba de los retos, así que había optado por seguir el plan inicial: explorarla, y alejarse cuando se extinguiera la lava del volcán que se encendió al conocerse.

—Por ahora lo dejaré estar, pues me parece más importante tenerte desnuda en mi cama, en la piscina, y en cada jodida superficie que encuentre posible —había replicado Knox—. No me dijiste a qué te dedicas ni la empresa para la que trabajas.

Ella se había quedado unos instantes en silencio.

—No es relevante, pero se trata de asesorías sobre textos de diferente clase. Doy mi opinión, sugiero mejoras y también cambiar los enfoques informativos.

—Algo de comunicación, asumo entonces —había replicado él con suspicacia.

—Eso es…—había murmurado Clarissa sin elaborar—. Comunicación.

—Me dijiste la otra noche que te gustaba el surf. Pasaré a buscarte a tu casa, el domingo a las siete de la mañana, para surfear en una playa privada. Si logras subirte a más olas que yo, quizá te permita correrte sin rogar. ¿Asumes el reto, pelirroja?

Ella había soltado una risa suave y sexy. El cambio de tema la había relajado.

—Aunque no tengo problemas en ir a surfear a esas horas, de hecho, a veces lo hago, el sábado en la noche tengo una gala importante. Quizá llegue tarde a casa y no me apetecerá madrugar —había murmurado en un tono de voz casi resignado.

Knox había fruncido el ceño, imaginando que ella saldría con otro hombre.

—Ah, una cita de sábado —había comentado en tono letal, recordando que nunca habían acordado ser exclusivos, solo que se buscarían cuando quisieran sexo. No había considerado que hubiera hecho falta aclararlo, pero la confusión lo acompañaba: esta era la primera ocasión que —aparte de su ex, con la que sí tuvo una relación formal— veía a una mujer más de una vez, después de follar. Así que no tenía particular habilidad para lidiar con estos escenarios—. ¿Qué clase de gala, Clarissa…?

—No consideraría al evento en el Four Seasons como romántico —se había reído, pero existía un toque de amargura que a él no le pasó desapercibido—. Te lo repito, aunque no tengo por qué responder tu primera pregunta: no estoy con varios hombres a la vez. No sé si tu comentario esté diseñado para instarme a considerarlo.

Knox había apretado el teléfono. Sería el segundo que destruía en menos de un mes, pero se había contenido aflojando el agarre y presionando el manos libres.

—Sería un error provocar mi lado irracional, Clarissa. Nunca lo dejo salir. Cuando decido que algo es para mi exclusiva

contemplación, no lo comparto. No es emoción, sino establecer claridad —había dicho con dureza—. A menos que busques flexibilidad y quieras experimentar, según lo que he descubierto de ti, con algo distinto. Por ejemplo: un vínculo abierto. Si es así, dímelo ahora —había concluído.

No le había gustado la perspectiva de que ella quisiera algo así, aunque también habría sido la excusa perfecta para alejarse. Habría sido un modo de acabar con la absurda necesidad que se había instalado en él de saber más sobre Clarissa, y el deseo de poseerla. Esto último ya había rebasado sus propios límites. Esta parte de la llamada le había servido de freno, instándolo a recordar el fiasco de lo que tuvieron sus padres: un Gerard devoto que había soportado humillaciones y murmuraciones por proteger a una mujer incapaz de ser honesta. Knox ya había establecido como una regla personal que no repetiría esos patrones. Por eso siempre había exigido claridad en lo que compartía con una mujer, incluso si tan solo se trataba de sexo. En el caso de Catherine, su estupidez le había pasado factura. Eso no volvería a suceder.

Clarissa había soltado una carcajada.

—Los hombres son peligrosos, Knox, para el bienestar mental —había dicho en tono críptico—. Creo que, por ahora, puedo lidiar solo con uno. Si cambio de opinión te lo diré con antelación —había replicado con indiferencia, porque si él quería marcar un punto, ella también podía hacerlo sin problemas—. A menos que te comportes como un cretino, la pasión o el placer dejarán de tener relevancia, y me alejaré de ti —había expresado—. Volviendo al tema. La gala tiene un corte benéfico. Reúne a los mejores empleados de ONGs, y también aquellos médicos que han trabajado árduamente para proveer ayuda a los menos favorecidos —había dicho.

—Comprendido tu punto —había replicado Knox. Aunque no le gustaba que se enfrentaran a él, pues no era algo que ocurría habitualmente, disfrutaba que Clarissa sí poseyera agallas. Casi podría decir que disfrutaba sus réplicas. Además, también lo había

complacido esa respuesta—. ¿El evento es la premiación anual de la ONU?

La empresa de su abuelo contribuía a diferentes ONGs, y aunque Knox vigilaba de lejos las gestiones que hacía el gerente financiero, sin tener un salario por ello, como nieto de Colton siempre había recibido invitaciones a esos eventos filantrópicos. Nunca las aceptaba: detestaba esas farsas y desconfiaba de a dónde iban los fondos. Sabía que, en general, las donaciones empresariales solo servían para deducir impuestos al cierre del año fiscal. Al enterarse de que Clarissa asistiría, él había sentido un interés súbito: verla en un vestido de gala para luego quitárselo, sin duda.

—Sí… —había replicado con suspicacia—. Mis padres trabajan en ACNUR. Mi madre será premiada por sus veinticinco años de trayectoria. No puedo faltar.

—Eso suena muy interesante —había comentado Knox frotándose el mentón con la mano, pensativo. Él no había hecho una pregunta personal, pero ella le había dado voluntariamente un vistazo para acumular más pistas y armar la figura completa de esta mujer—. Ponte algo sexy, Clarissa, y debajo de ese vestido no lleves bragas.

—Si mi coherencia no me falla, no te estaba haciendo una invitación.

Él había soltado una risotada.

—No hace falta, pelirroja insolente —había replicado con humor—. Le diré a mi asistente que cambié de opinión y que acepte la invitación que me enviaron, pero que, inicialmente, rechacé. Tú y yo vamos a tener un arreglo interesante. ¿Quieres discreción? Perfecto. Iremos cada uno por nuestro lado. Pero si jamás has tenido un orgasmo en un evento con cientos de personas, me encantará introducirte en el juego.

—Knox… —había susurrado—. Estás demente. Eso es peligroso.

—La adrenalina es uno de mis intereses, y contigo se vuelve inevitable.

Después, él simplemente había cerrado la llamada.

Aunque Knox tuvo esos instantes de calma, el resto de la semana fue brutal.

Se reunió con Brigitte para repasar los últimos detalles de la adquisición de Wax & Ink, que ya era un hecho, y requería tan solo trazar los aspectos administrativos finales. Entre estos últimos Morgana incluyó, en sus puntos a considerar, un proyecto literario pendiente: una colección de libros de la que no reveló más que lo imprescindible. Insistió en continuarlo, aunque ya no fuese la dueña, y exigió que los empleados involucrados le reportaran directamente. También dejó en claro, a través de sus abogados, que, si la colección llegaba a generar interés o ganancias, quería renegociar el manejo exclusivo, siempre bajo las condiciones que Knox impusiera.

Él no encontró razones de peso para oponerse; le parecía casi un capricho sin relevancia. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejar cabos sueltos. Se aseguró de que Brigitte revisara cada aspecto con el departamento legal, blindando cualquier resquicio que pudiera volverse en su contra. Knox no pensaba vigilar de cerca aquel asunto, pero tampoco permitiría que una concesión menor terminara en un problema mayor: al final, la responsabilidad empresarial era suya, y se cuidaría de que quedara claro.

La razón por la que había postergado su aparición en esas oficinas como nuevo CEO —y con ello el anuncio oficial de la compra— estaba ligada a que consideraba que ese no era un tipo de negocio estándar. No quería que otros se anticiparan a crear un clima laboral de incertidumbre si se anunciaba que existía ya un nuevo propietario, y este no se acercaba o no había de por medio un comunicado apropiado para todos. A Knox le parecía que el modo de tratar a una empresa literaria era distinto. Se vendían libros, arte en letras, no una mercadería cualquiera o de valor corriente. Él quería presentarse en persona con sus nuevos empleados. Por eso le había exigido a Morgana, y al directorio, que nada se filtrara; que él elegiría el momento para informar.

Además, la mayor parte de sus horas estuvieron invertidas en su principal punto de interés comercial: los emprendedores que tenían

un nuevo modelo de automóvil eléctrico y que rebasaría la durabilidad y desempeño de los Tesla. No era un plan a corto plazo, pero era preciso estar presente cuando hubiera nuevos avances.

Él y Gabriel buscaban ser los inversionistas principales, si todo encajaba en sus parámetros. Si existía una gran inversión de parte de Aussie Equinox, lo mínimo que buscaban era tener el mayor peso en la toma de decisiones. El avance del prototipo que revisaron era interesante. Los dos socios tenían afición por los coches de carrera, así que poseían conocimientos de mecánica. En el caso del CFO se sumaba su afición a la tecnología. Lo primero que hizo Knox fue calcular la autonomía real de la batería, así como los ciclos de carga que resistía. Después, midió la respuesta en aceleración, el silencio del motor y la eficiencia del sistema de refrigeración. Revisó la aerodinámica del chasis, la calidad de los materiales y la precisión del *software* que lo controlaba. Eso le resultaba vital, pero lo que más le importaba era lo que no estaba a la vista: cuánto costaría fabricarlo en masa, qué tan rápido podría desplazar a Tesla del pedestal comercial y, sobre todo, cómo él y Gabriel podrían aumentar su prestigio corporativo a través de esa inversión. En el caso de que, efectivamente, la hicieran.

La atención de Knox regresó a su oficina en el piso 18, cuando el jefe de marketing hizo ruido, al levantarse de la silla, para inclinarse y agarrar un vaso de agua.

—Por eso consideramos importante el rubro en el que contratamos un servicio especial de grabación con tecnología cinematográfica —continuó Tadheo, ajeno al hecho de que, durante su balbuceante explicación, su jefe tuvo otras cosas en la mente—. Nos dieron un gran descuento. Debo agregar que esa empresa es la mejor.

El multimillonario dejó asomar una sonrisa calculada. Esa que desplegaba ante cualquiera que no perteneciera a su esfera íntima, con la única intención de aparentar ligereza. La había ensayado tantas veces que ahora surgía como un gesto automático.

—Si fuese una estrella de Hollywood, Tadheo —replicó el CFO—, no estaría sentado en esta oficina escuchando sinsentidos. Hacer un vídeo con estilo cinematográfico para explicar lo que hacemos en la empresa, y solo usarlo en la página web, es un desperdicio de recursos. Me gusta la tecnología, no el derroche en frivolidades o absurdos. Este no es un casino que regala dinero, sin más, a los proveedores —expresó en tono afilado—. Por otra parte, no voy a posar para ninguna cámara —dijo reclinándose en su asiento, relajado—, pero seguro que Gabriel estará encantado de hacerlo. Asegúrate de explicarle el concepto. Eso es todo por hoy.

El hombre de cabellos negros y barba entrecana se levantó, y asintió.

—Oh, sí, claro. Me alegro que el resto de justificaciones del plan del semestre te haya parecido coherente —comentó con una sonrisa. Knox controló las ganas de mandarlo a la mierda y solo asintió—. Veré si Gabriel tiene espacio en su agenda.

Knox se volcó de lleno a revisar unos documentos que acababa de recibir. Se trataba de los informes del semestre de Empire Corporation. El gerente financiero era competente, pero el ojo clínico y matemático de Knox lograba encontrar siempre alguna fisura. Ninguna grave para reportarlo, sino propias de cualquier humano que no buscaba la perfección. Esto último se aplicaba a la población empresarial general.

A él, no. Knox buscaba la excelencia y sabía que por eso su abuelo confiaba en que le diera su versión y opinión profesional. Este informe en específico tenía que ver con una rama de negocios que podría considerarse nueva, en comparación con las vigentes, en Empire Corporation. Se trataba de investigación farmacéutica y llevaba al menos quince años en funcionamiento. Los beneficios y alianzas con laboratorios de renombre eran impactantes. Pero Knox jamás consideró invertir en ese ramo comercial, porque consideraba que las líneas éticas eran muy fluctuantes.

Intentaba no pensar en la reunión familiar en casa de Colton, prevista para dentro de unas semanas. Su abuelo no era liberal, sino

un machista consumado, y eso lo cabreaba. En innumerables ocasiones, cuando su abuela Lorelei aún vivía, Knox había intercedido para refutar comentarios de su abuelo: que las mujeres solo pertenecían a la cocina o que servían para procrear, pero nunca para llevar las riendas de un negocio. Siempre encontraba la forma de establecer su propio argumento.

Pero Lorelei parecía estar curtida ante esas salidas de tono de Colton y optaba, para irritación de su nieto, quedarse callada. Knox siempre supo que no podía cambiar la forma de pensar de su abuelo, mas no impidió que lo intentara. Recordaba que, tras conocer a Catherine, Colton la elogió como futura esposa por su docilidad y la ausencia de réplicas mordaces en sus charlas. Quizá allí se encontraba la pista más reveladora: reconciliarse con Catherine tras aquel *impasse* había sido un error. El solo hecho de que Colton la hubiera aprobado debió bastar para que Knox recordara que el juicio de su abuelo sobre las mujeres era una versión absurda y tintada de machismo.

Knox se frotó las sienes. Al final de la tarde tenía una reunión en el restaurante Epicurean del Hotel Crown Sídney, y debía darse prisa para acabar los pendientes. Incluso había pedido a Dhalia que postergara los asuntos de menor importancia.

Su cita laboral era con Rochelle Williams, exmodelo de Victoria's Secret, filántropa defensora de los animales, y propietaria de una cadena de galerías de arte contemporáneo que eran populares en la ciudad. Sus salas se distinguían por abrirse a todo tipo de propuestas: sin discriminación de raza, sexo u opinión. La intención de Knox era vincularse con Rochelle, a través de Wax & Ink, y ofrecer una nueva manera de mirar los libros. Estaba anticipándose, antes de asumir oficialmente como CEO de la editorial, porque no le gustaban las medias tintas, y él tenía un plan de trabajo claro.

Así que quería que una de las galerías —que llevaba el mismo nombre de su dueña— se convirtiera en un concepto inmersivo, al estilo de las exhibiciones de Van Gogh que recorrían el mundo. Consideraba que sería un gran acierto comercial, porque era

innovador y atraería la atención de lectores desde una mirada interactiva.

Knox ya había cubierto el ochenta por ciento del trabajo del día cuando su puerta se abrió con suavidad. Él no levantó la cabeza, sino que continuó con los dedos tecleando números, el *mouse* deslizándose para organizar archivos, y leyendo cifras.

—Creo que implementaré la costumbre de poner seguro y un guardia —dijo sin ver quién era, porque ya sabía que Gabriel era el único que entraba sin llamar.

—Hubo una falla en LongMind —replicó el imponente CEO con voz irritada.

Eso captó la atención de Knox, instándolo a dejar de mirar la pantalla para posarla en su mejor amigo. Gabe era un cabrón que solía resolver situaciones de crisis con asertividad, pero, si estaba inquieto por un tema laboral, significaba que era serio.

—¿De qué hablas? —preguntó frunciendo el ceño.

Gabriel se pasó los dedos entre los cabellos.

—¿Recuerdas el programa piloto con el sistema molecular diseñado para detectar y neutralizar, en tiempo real, la progresión del cáncer de mama? —Knox asintió—. En la tercera fase participaron quince voluntarias, con todos los consentimientos en regla. Pero en el 60% de los casos, en lugar de frenar el tumor, observaron una progresión acelerada —explicó, luego apretó la mandíbula—. Vamos a tener que hacer una nueva inversión, inesperada, en este caso serán veinte millones.

—Joder —farfulló Knox elevando ambas cejas—, eso es una barbaridad.

—He pasado casi toda la tarde en videoconferencia con Corea del Sur, son cabezotas, y antes de perder los estribos preferí cortar la discusión y asegurarles que iba a revisar el tema antes de volver a contactarlos —comentó Gabriel apretándose el puente de la nariz—. Creo que tú y yo anticipamos estas situaciones. Lo mencionamos

inclusive en el contrato si mal no recuerdo. ¡Veinte putos millones! —exclamó.

—Sí, Gabe, contemplamos medidas de contingencia si una incidencia de esta clase ocurría. Acordamos que las fallas en términos médicos estaban fuera de nuestro alcance. Lo estipulamos. Ahora es responsabilidad de los médicos del programa y del equipo en Seúl. Lo revisaré con Legal, porque de lo contrario nos desangrará financieramente. Las fases experimentales ya estaban incluidas en la inversión inicial —explicó Knox con claridad—. Lo que están pidiendo no tiene sentido —aseveró.

Gabriel hizo un asentimiento y soltó una exhalación.

—Bien, confío en que evitaremos ese caos —replicó el CEO. Luego miró a su mejor amigo con suspicacia—. Por cierto, después de toda la mierda que he vivido por culpa de Claudia, no he tenido oportunidad de preguntarte qué pasó con Clarissa.

—Vaya cambio súbito de tema —replicó Knox, enarcando una ceja.

La mención lo tomó desprevenido; había preferido mantener el asunto de la mejor amiga de Aubrey como algo irrelevante. Ni en las noches de póker de los jueves, cuando se reunía con el grupo de amigos de siempre, lo mencionó. Estaban demasiado ocupados tratando de sacar a Gabriel del lío monumental que le tocó vivir.

—Somos pragmáticos. Cuando un problema se resuelve, se cambia rápido de canal —dijo Gabriel con una sonrisa burlona al notar la expresión adusta de su amigo.

—Pareces vieja chismosa, Gabe. Y, hasta donde sé, después de casi dos décadas aguantándote, mis asuntos de faldas no entran en tu descripción de puesto.

Gabriel soltó una carcajada.

—Ah, entonces ha dejado una huella importante —replicó el CEO —. Nunca te has puesto a la defensiva. De hecho, pudiste comentarme que la pasaron bien, o mal, que no has sabido de ella —se frotó las palmas de las manos—. Qué interesante.

Knox dejó la esferográfica Montblanc sobre el escritorio.

—Si prefieres que la empresa se caiga a pedazos porque estás estorbando mi tiempo de trabajo, entonces no muevas tu culo de esa silla en todo el día. Pero si, por el contrario, quieres salvaguardar esos veinte millones de dólares, sal de aquí —zanjó.

Gabriel sonrió y se incorporó. Dio golpecitos a la superficie del escritorio.

—Además has perdido tu tono relajado y tranquilo, ante la sola mención de Clarissa —comentó Gabe en tono burlón. Luego perdió la sonrisa y a continuación su tono se volvió serio—: Sé que lo de Catherine fue un golpe injusto y nadie merece pasar por eso —dijo —. No me refiero solo a Clarissa al sugerirte que no cierres las puertas si crees que puedes encontrar algo más que solo follar con una mujer. No importa cuándo ocurra. Alguna vez, en otras palabras y contexto, me diste un consejo que me ayudó mucho. No estoy aconsejándote, porque eres estúpidamente arrogante, así que tómalo como una sugerencia de alguien que estuvo a punto de perderlo todo.

Knox sabía que el comentario de Gabriel provenía de un lugar sincero. Pero no estaba en condiciones de aceptar un consejo como ese, porque no se aplicaba a su vida. No buscaba nada serio, con nadie. Que él quisiera conocer más a Clarissa no implicaba que tenía intenciones más allá del sexo. Su mejor amigo no sabía que Catherine no había sido más que una pieza en la ridícula estratagema de Dionisius: un plan para sacarlo de quicio y exponerlo en una situación humillante. Knox sentía cabreo al imaginar contárselo a Gabriel. Su grupo de amigos conocía al griego y su reputación de sabandija, así que mencionar el tema lo haría quedar como un idiota. Aparte, exponer la verdad de lo sucedido con Catherine no tenía sentido para el CFO.

—Que tú estés enamorado de una mujer que no se cortaría en darte una bofetada si la merecieras, no implica que yo quisiera tener lo mismo —dijo Knox con franqueza—. No necesito sugerencias. Clarissa y yo solo nos divertimos —concluyó.

—Desde Catherine, e inclusive antes y después de ella, la amiga de Bree es la única con la que has mantenido contacto por más de una noche o dos noches —replicó Gabriel en un tono que ya no tenía mofa, sino sinceridad—. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas, pero no leas más de lo que existe: algo pasajero.

—Si tú lo dices, entonces bien por ustedes. Dos adultos que la pasan bien.

—Correcto —dijo Knox, mientras agarraba de nuevo su esferográfica.

Gabriel lo quedó mirando un instante, como si no le creyera y esperase a que su mejor amigo le diera una respuesta más elaborada u honesta. Pero tampoco iba a entrometerse en asuntos que no le competían. Después hizo un asentimiento y salió.

El CEO de Aussie Equinox no podía imaginar que en el fondo, Knox se aferraba al fantasma turbulento de Athina para convencerse de que ninguna mujer —ni siquiera Clarissa— podía aspirar a ser más que un asunto transitorio. Y que, además, cada una de sus experiencias con el sexo opuesto las usaba para reforzar esa certeza.



Knox, años atrás.

Después de descubrir las múltiples infidelidades de su madre, él se convirtió en un chico mucho menos optimista respecto al asunto de enamorarse. Veía cómo su padre —ingenuo— abrazaba a su madre con una expresión de absoluta adoración en la mirada, ya fuera cuando salían a cenar juntos o durante las grandes fiestas que ofrecían en la mansión por motivos personales o empresariales.

Athina era una excelente actriz, porque lograba ejecutar el rol de esposa feliz, leal y amorosa. Si Knox no hubiera entrado a la casa aquella tarde infame, antes de lo previsto, también habría continuado creyendo que su madre era la mejor del mundo y que lo amaba en serio. En cambio, ahora sabía que él solo había sido una pieza en un tablero para que Athina llegara a la fortuna Wentworth. «Si pudiera decirle la verdad a mi padre», pensaba con amargura. Sin embargo, la posibilidad de que Gerard tuviera complicaciones cardíacas lo aterraba. Él era su apoyo, lo aconsejaba y de verdad lo quería sin importar qué.

Las sombras moviéndose tras las cortinas de la casa de huéspedes, junto a la piscina, no fueron ni el primer ni el último indicio de que las aventuras de su madre continuaban. Lo comprobó revisando la colección de joyas de Athina en la habitación principal. Dar con la combinación de seguridad fue para él un reto demasiado fácil. Su buena memoria le sirvió para recordar cuáles eran las piezas de oro y piedras preciosas que ya existían, a pesar de que sumaban decenas. Así que cada vez que encontraba una nueva joya en la suite de sus padres, él entendía que ella continuaba ejerciendo de puta de lujo. Ese aumento en la colección era esporádico, mas no hacía la traición menos grave. Ella era una furcia hundida en la avaricia; nada la satisfacía.

Una tarde, incluso, encontró un preservativo flotando en el jacuzzi, justo cuando sus amigos habían ido a visitarlo; menos mal lo vio a tiempo y pudo sacarlo antes de que alguien se diera cuenta. Por supuesto, no permitió que se bañaran. Ordenó al personal de limpieza que drenasen el jacuzzi y lo dejaran impecable. Estaba seguro de que había sido su madre, y no la típica sorpresa de un hijo al descubrir que sus padres tuvieron un descuido, porque Gerard había estado de viaje toda esa semana en Adelaide. Knox confrontó a Athina, después de que sus amigos se marcharon, y lo que obtuvo fue insultos, burlas y la amenaza de que la salud de su padre debía mantenerse óptima. Cada mes que pasaba era una agonía para la conciencia de Knox.

Se desencantó por completo de la idea del amor.

Con el paso de los meses, la imagen que él tenía de las chicas, en general, se empezó a contaminar de desconfianza. Una novia que tuvo, le comentó que le gustaba que él tuviera un yate de lujo, porque ella tenía buenos recuerdos de los veranos que había pasado en España en las embarcaciones de su propia familia. Eso fue suficiente para que Knox empezara a evitarla. Lo que él entendió de ese mensaje no fue que la chica sentía afinidad por los yates o que estaba habituada a ellos, sino que solo había aceptado ser su novia porque poseía esa clase de lujos. Solo fue el primer ejemplo.

La progresión de esa certeza lo siguió acompañando hasta sus dieciséis.

Con el paso de los años se volvió crónico. Inclusive llegó a ser cruel con las chicas que le gustaban: salía con ellas, follaba y luego no volvía a hablarles; cuando lo buscaban les decía tan solo que había encontrado alguien mejor. No le importaban los sentimientos de ellas, porque sentía que eso iba en doble vía. ¿Inmadurez entre jovenzuelos? Quizá. Mientras los chicos de su edad estaban en la etapa de conquistar o experimentar locuras —con sueños absurdos a largo plazo—, él veía el concepto de enamorarse como un engaño, como una emoción mancillada y rota. Irremediable.

El asco, la vergüenza y la repulsión que le provocaban las murmuraciones del ama de llaves, el chófer, el jardinero o cualquier otro empleado sobre las andanzas de Athina, en lugar de incitarlo a defenderla, solo le causaban indiferencia. También existían susurros y cotilleos discretos, pero que no pasaban desapercibidos, entre exclusivos círculos sociales que frecuentaban sus padres. Knox se sentía humillado, porque siempre pillaba rastros de alguna conversación en ese tono, en las jodidas reuniones en clubes deportivos y demás sitios de congregación de la élite de Sídney.

No creía que su padre fuese un imbécil, y si su teoría era la correcta, entonces ¿por qué no cortaba de raíz la toxicidad de esa unión? Un divorcio. Las peleas y los momentos de caos nunca se marcharon desde la operación del corazón de Gerard, solo

disminuyeron, pero eso no hacía más llevadera esa relación plagada de mentiras.

Comprendió que el amor parecía transitar en una sola dirección y que siempre era mejor esperar lo peor del otro: el engaño, la traición y las mentiras. Su madre se lo recordaba constantemente con sus acciones. Y le decía que necesitaba comprender que el dinero era la moneda de cambio para el corazón. Tanto se lo repetía que, cuando Knox llegó a los dieciocho años, lo terminó de asumir como algo cierto. Para esa época, Athina ya no recibía joyas, sino que viajaba con sus "amigas" a destinos paradisíacos durante unos días. Si bien era una puta, al menos se largaba poco tiempo y jamás faltaba a ningún evento social, profesional o familiar con Gerard. Esa era parte de la fachada de sus mentiras e hipocresía. A pesar de que, después de un tiempo, Knox comprendió el diagnóstico de la salud mental de Athina, nunca la justificó.

Cuando cumplió diecinueve años, el mundo de Knox ya era diferente. No vivía con sus padres, sino en un piso elegante en uno de los barrios de moda en la ciudad, pero siempre trataba de ir a las reuniones que organizaba su abuelo y su abuela. Además de que estaba al pendiente de Gerard. Lo que hiciera Athina era irrelevante.

Sin embargo, poco a poco, empezó a notar que algo no iba del todo bien con su padre. No hacía falta que viviera en casa para notarlo, pues conocía sus rutinas, así como la cantidad de responsabilidad que sobrellevaba al trabajar en Empire Corporation. Él era el gerente financiero, el CFO, y colaboraba codo a codo con Colton. Gerard era un campeón para manejar el estrés, pero los años pasaban factura y Knox creía que esa podría ser la razón de que en sus últimas visitas estuviera más callado. No era costumbre del joven heredero dejar pasar temas importantes con su padre. Así que le pidió que hablaran, porque eran pocos los días en los que coincidían.

Gerard le dijo que sería bueno si daban una caminata por el Centennial Parklands. Al ser un domingo, los alrededores estarían llenos de familias y mascotas.

Knox dejó listos los pendientes de la universidad y fue a reunirse con su padre. Sabía que le gustaba el café caliente con un toque de whiskey, a pesar de que los doctores —después de la operación del corazón— le recomendaron limitar el alcohol. Gerard seguía los lineamientos a conveniencia, pero procuraba no excederse. Solo por esa mañana, Knox incurrió en la indulgencia de comprarle a su padre un café irlandés. Ambos caminaron en silencio por el sendero arbolado hasta llegar al lago. El murmullo del agua y el aleteo de los cisnes negros rompían la calma. Se sentaron en una banqueta de hierro. Las festividades navideñas en Sídney estaban en sus primeros días, así que las decoraciones ya eran más llamativas en los comercios y en parques.

—Ah, este sí es un café de los buenos —dijo Gerard con una sonrisa.

Knox se rió y le dio una palmada en el hombro con afecto.

—Papá, la última ocasión que hablé con el abuelo me comentó que habían abierto una nueva línea de negocios —dijo Knox. Gerard no era vanidoso, así que había dejado que ligeras vetas plateadas empezaran a crecer—. ¿Eso te tiene agotado? Siento que no eres el mismo. Si algo ocurre con tu salud, por favor, no me lo ocultes. Creo que hemos tenido suficiente con las desventuras de la existencia de mi madre —comentó, aludiendo a la esquizofrenia. Aunque, en el trasfondo, había un doble sentido que solo él entendía: la vergüenza profunda de tenerla como progenitora.

Gerard esbozó una sonrisa. «Su hijo no poseía tendencia a irse por las ramas».

—Sí, algunos asuntos que no terminan de encajar por completo en mis estándares —replicó pensativo, pero evadió mencionar a Athina, entendía que era un tema complicado para Knox—. Así que he tenido que enfrentarme con la junta directiva. Los presupuestos son demasiado elevados y los estudios que realizamos despiertan interés de grupos fuera de la ley —confesó, porque sabía que su hijo jamás replicaría lo que escuchaba—. No podemos aceptar dinero sucio para llevar a cabo estudios científicos, porque implicaría

comprometer la veracidad del proceso. Así que estoy trabajando con tu abuelo y el equipo legal para blindarnos; para hacer las cosas como las empezaron nuestros predecesores: por la vía correcta. Siempre debe ser así.

—Entonces, ¿no estás enfermo…? —preguntó el chico de ojos verdes.

—No, hijo. Estoy muy saludable —replicó mirándolo con franqueza.

—Me alivia escuchar eso, papá —expresó con un asentimiento.

Knox solía ir una o dos veces por semana a Empire Corporation, desde que cumplió quince, pero las líneas de negocios que manejaban no desafiaban su intelecto. Le parecían algo aburridas, así que estaba considerando abrir su propio camino empresarial. Él y uno de sus mejores amigos, Gabriel St. James, ya habían hablado al respecto: independizarse de las cadenas familiares y crear algo propio y diferente.

Lo anterior no impidió que, bajo el tutelaje de Colton y Gerard, hubiera aprendido mucho sobre manejos financieros y estructurales de una corporación tan compleja como la que tenía como principales accionistas a los Wentworth. Aún no les había dicho a su abuelo y a su padre que no trabajaría con ellos. No había urgencia.

—Cada vez que se abre un nuevo ramo comercial, en una empresa diversa como la nuestra, los procedimientos requieren mucho tiempo, paciencia y también tener una firmeza de acero para saber decir "no" cuando algo no está bien —dijo.

—Supongo que la línea de investigación farmacéutica da más dolores de cabeza que si tuviéramos una productora en Hollywood —comentó Knox—. Pero acaban de empezarla, quizá tú podrías contratar otro gerente financiero que se encargue solo de esa línea y así tienes un descanso mental real. ¿Qué dice el abuelo?

Gerard miró a su hijo con algo parecido a la resignación.

—Cuando entras al imperio familiar haces un compromiso de por vida, Knox, y la palabra de mi padre es ley —replicó, sin saber que

estaba dándole el argumento que su hijo no sabía que necesitaba, para reafirmar que la intención de no entrar a Empire Corporation era la correcta—. Hay muchos hilos importantes de por medio que están tirando de diferentes lados: dinero, ética, conexiones. Una red amplísima y hay que hacer elecciones. Esta línea de negocios ha abierto intereses privados y gubernamentales. Tu abuelo es un hombre que no se detiene ante nada. Me educó de ese modo, así que yo traté de evitar que llevaras esa carga y que fueses más flexible.

Knox frunció el ceño. Nunca había escuchado a su padre hablar así de Colton, aunque comprendía que el vínculo entre ellos siempre había sido complejo. Por otra parte, lo que Gerard decía era verdad: él jamás le había impuesto a Knox la carga de continuar con el legado Wentworth en términos corporativos. Quien sí lo había hecho, de manera directa —tal como era su estilo habitual— había sido su abuelo.

—Esos hilos, papá, ¿son peligrosos? —preguntó Knox en tono quedo—. Quizá tenga diecinueve años, pero llevo demasiado tiempo escuchando e investigando cómo funciona el mundo financiero. Sé que hay situaciones complejas. Si este asunto vinculado a las farmacéuticas despierta interés de sectores fuera de la ley, no conviene.

Gerard bebió otro sorbo de café. Por un instante contempló los cisnes negros.

—He descubierto que sí, son peligrosos, hijo. De hecho, he pasado los últimos nueve meses recopilando información con pruebas para tu abuelo. Estoy afinando el documento. Con eso, tal vez, podría ser posible que tu sugerencia de contratar otro CFO para esta área del negocio, funcione —contestó, sincero—. O quizá detener toda esta maquinaria que, de repente, parece haberse activado. Hay más llamadas, más pedidos, más reuniones… —soltó una exhalación—. Más de todo —rio sin alegría.

Knox frunció el ceño. Esta conversación le parecía más seria de lo usual, aunque su padre intentaba disfrazarla de algo cotidiano, él

sentía que no era así.

—La línea de investigación farmacéutica agita círculos de poder, papá. El mejor negocio, al menos estadísticamente, es aquel que está vinculado a "cuidar" la salud —dijo Knox recordando lo que sabía al respecto, pues lo fascinaba sumergirse en ecuaciones, probabilidades y estadísticas de todo cuanto se pusiera en su camino.

—Correcto. Por eso mis viajes fuera del país son más frecuentes: para reunirme con farmacéuticas y negocios afines que se puedan enganchar a nuestra visión en Empire Corporation. Tengo que analizar la parte ética, legal y tu abuelo es un hombre bastante obcecado —comentó—. Soy el de los números —sonrió de repente en un tono más ligero—, pero mi padre es la mente estratega como CEO.

—Bien —murmuró Knox—, asumiré que es cansancio excesivo. Pero también te recuerdo que será mejor que reserves una cita con el cardiólogo, papá.

El hombre acabó el café y con un movimiento lo lanzó al cesto de basura.

—Estoy seguro de que tu madre ya lo ha hecho —replicó mirando el reloj—. Me comentó que hoy iría a jugar tenis con Celeste. Su mejor amiga es un ángel. Ha estado en las buenas y en las malas con Athina. Tu madre no ha tenido nuevas crisis.

Knox se frotó el puente de la nariz. No le caía bien Celeste, le parecía una mujer pérfida y que, paradójicamente, se aprovechaba de la cabeza hueca de su madre.

—¿Qué te impulsa a continuar casado con mamá, después de tantos años? —preguntó sin poder guardarse más esa interrogante —. Muchos de tus amigos se han divorciado y sus matrimonios, hasta lo que yo recuerdo, parecían muy felices —dijo.

Gerard miró a su hijo con una sonrisa, mitad triste y mitad sabia.

—El amor no se extingue con los años ni con las dificultades — respondió con firmeza—. Si es verdadero, Knox, resiste contra viento

y marea. La enfermedad de tu madre es un obstáculo, claro, pero lo enfrentamos juntos. Siempre juntos. Sé que ahora no lo entiendes, porque nunca te has enamorado de verdad, pero llegará esa mujer que te llevará a hacer lo imposible solo por verla sonreír, por darle paz, por verla bien. Solo espero todavía estar alrededor para conocerla. Sé que eres un joven listo, y tienes derecho a disfrutar la vida, pero cuando elijas hazlo con el corazón.

Knox meneó la cabeza.

—Papá, mi madre fue tu amante. Dejaste a la mamá de Lynda por ella. ¿Entonces no amaste a Tatiana? ¿Entonces el amor es descartable por un envase más bonito y novedoso? —preguntó sin contener el tono sarcástico y también el enfado —. No puedes darme consejos, cuando tu matrimonio surgió de una infidelidad.

Gerard soltó una carcajada suave y amarga.

—Sí, tienes razón, la forma en que me porté con Tatiana fue despreciable. Le pedí perdón —aceptó, mirando a su hijo—. Pero Athina me dio algo que ninguna otra fue capaz: la sensación de pertenencia y me instó a romper mis límites. Donde yo era cauto, Athina era desafiante. Así que nos moldeamos y acoplamos. Ninguna otra mujer entendió mi ambición, ni caminó a mi lado con esa determinación.

—¡Por favor, mi madre es esquizofrénica! La mujer arruinó mi infancia de tantas maneras —dijo en tono contenido, sin soltar la parte que llevaba atorada en la garganta—. Seguro es ambiciosa, porque es materialista, pero ¿caminar a tu lado? Papá, por favor… Un poco de coherencia vendría bien —replicó con incredulidad.

—Se la detectaron cuando eras pequeño todavía, pero antes, en su versión completamente sana, era diferente —sonrió—. No conociste esa parte de tu mamá.

Knox se puso de pie, pasándose los dedos entre los cabellos.

«Cállate, no se lo digas. Plantéalo diferente. Cálmate», se dijo a sí mismo.

—¿Entonces vives anclado a la mejor versión de ella, no a la real, y por eso aceptas cualquier vergüenza o humillación que nos haya hecho pasar? —preguntó, usando el plural en lugar de personalizarlo solo refiriéndose a Gerard—. ¿Es eso?

—No, Knox —dijo con calma—. Ella fue mi elección. Vivo con la versión de ella que existe ahora, porque sé de qué esencia me enamoré. Conozco *todo* sobre Athina, sus altos, bajos, y muy bajos. Pero yo no soy un santo, y tu madre también sabe eso. Quizá tú, como hijo, hayas elegido ver lo mejor de mí —sonrió con afecto.

—Yo… —meneó la cabeza—. Quizá, papá, la lealtad sea una cruz. Y el amor, sin duda, una enfermedad mucho más peligrosa que caer en la drogadicción —dijo.

El día de Navidad, después de que la familia se hubiera marchado —ese año les tocó ser anfitriones a Athina y Gerard, en lugar de a Colton y Lorelei— Knox fue a su apartamento a buscar el regalo de su padre. Se le había confundido con el de uno de sus primos, pues la mujer de la tienda utilizó exactamente la misma envoltura. El mes en que gran parte del mundo utilizaba abrigos y bufandas para recibir a Santa Claus, Australia lo festejaba con un clima cálido y húmedo. Así que no era una "blanca Navidad". Knox regresó a la mansión y no se sorprendió de que su madre estuviera con la tal Celeste bebiendo en la sala principal. «A esas no les importa nada», pensó.

Las ignoró y subió las escaleras, pero lo que sí lo hizo detenerse en seco, al llegar al segundo piso, fue escuchar el ruido de notas altas de rock —nada habitual— en el despacho que solía utilizar su padre para trabajar, cuando estaba fuera de la oficina. Gerard tenía gustos variados para la música, pero siempre utilizaba audífonos, era su manera de evadir interrupciones externas y solo enfocarse en los papeles que debía revisar. Knox consideró inútil llamar a la puerta. Además, tenía prisas, porque había quedado en viajar a Melbourne

con su grupo de amigos de siempre y también con los de la universidad, hasta la llegada del nuevo año. No había hecho la colada, ni la maleta. El regalo que había comprado para Gerard era un reloj de bolsillo *vintage* de oro. Sabía que él era puntual y aficionado a detalles de colecciones de otras épocas.

Esbozó una sonrisa al abrir la puerta, intrigado por la música en alto.

—Papá, ¿qué…? —empezó con una frase que se quedó sin acabar.

Así como su sonrisa se convirtió en un gritó desgarrador. Un clamor.

Knox dejó caer lo que tenía entre manos, su cuerpo ni su mente registraban por completo lo que estaba sucediendo, a pesar de la sangre esparcida sobre la alfombra beis. Se apresuró a apagar la música, y el silencio que quedó fue ensordecedor. El aire le quemaba los pulmones: cada inhalación era una batalla perdida, le costaba sostenerla. Entonces lo vio. Su amado padre. Gerard estaba desplomado hacia un lado en la silla, la cabeza destrozada por una bala, y fragmentos de masa cerebral salpicaban los bordes del escritorio y superficies cercanas. El arma descansaba a un costado, ensangrentada. Los documentos en los que trabajaba estaban todavía abiertos, con manchas rojizas expandiéndose. En el piso, desparramadas sobre un sobre roto, había un conjunto de fotografías. Eran imágenes de Athina en varias tomas; diferentes ángulos, lugares y también hombres distintos.

El joven millonario creyó contar diez imágenes, quizá más. Las fotos estaban ampliadas, lo suficiente como para borrar cualquier duda. Un nudo helado lo recorrió, una mezcla de enfado y algo parecido a un instinto de venganza; ganas de destruir. No eran rumores, nunca lo fueron, estas eran pruebas. Rostros, cuerpos, desnudez en poses inequívocas. Knox se sintió enfermo, consternado e incrédulo por lo que estaba ocurriéndole. Ante este escenario macabro, sin lograr que su sentido coherente tomara el mando, sentía que todo le daba vueltas. Tuvo arcadas, pero no vomitó.

En un intento inútil y sinsentido —para otros quizá así hubiera sido— se acercó para tomarle el pulso a Gerard. Le suplicó que le hablara y que lo perdonara; que volviera. Lloró con desconsuelo como si le hubieran arrancado la piel. Estaba de rodillas, no le importaba que sus jeans estuvieran absorbiendo la sangre, le daba igual.

Insistió en tomar el pulso a Gerard de nuevo, como si pudiera regresarlo a la vida. Como si ese gesto implicaría que, mágicamente, el universo se lo devolvería.

—Háblame… por favor, háblame, perdóname —suplicó, la voz quebrada.

Cero. Plano. Nada. Muerto.

—¡Papaaá! —gritó—. ¡Papaaaaá! —gritó de nuevo con lágrimas rodando por las mejillas. Entendió que todo era su culpa. «Su padre estaba muerto por su culpa». Se había suicidado al conocer la traición de Athina. El dolor que esas fotografías debieron causarle lo llevaron a cometer este acto innombrable, impensable y súbito.

«Pero si le hubiese dicho, semanas atrás, que su madre lo engañaba; años atrás, inclusive, quizá su padre lo hubiera tomado de otro modo, sin necesidad de ver la humillación en forma de fotografías, sin necesidad de acabar con ese amor que decía que lo soportaba todo. Sin necesidad de privarlo para siempre de su soporte», pensó. Knox apoyó la mano sobre el escritorio para sostenerse, seguía de rodillas, pidiéndole perdón a Gerard y creyendo que, en el *shock* brutal que sentía, todo estaría bien.

—¡¿Qué carajos?! —preguntó consternada, Athina, detrás de Knox.

Esa voz fue suficiente para que él se incorporara. Despacio.

Después se giró hacia su madre. La miró y sus ojos verdes jamás lucieron tan peligrosos, casi asesinos, como ahora. Las ganas de agarrar la pistola con la que su padre se había suicidado, para acabar con la vida de Athina, eran reales y potentes. No sabía que evitaba que lo hiciera, pero contra todo pronóstico logró contenerse.

Se acercó a la maldita, aún lleno de sangre, y en un gesto —que en la posteridad no recordaría que había cometido— le dio un puñetazo que la lanzó de espaldas.

Las siguientes horas fueron un borrón en la memoria de Knox.

Llegó la policía.

Los paramédicos.

Su abuelo y su abuela.

Sus tíos y parte del resto de la familia.

Los forenses.

—Muchacho, mírame —dijo Colton, cuando todas las autoridades se marcharon y el cuerpo de Gerard ya no estaba en la mansión—. No estás solo.

Knox, que seguía en *shock*, pero más tranquilo gracias a un sedante, no habló.

—Hoy he perdido a mi hijo —continuó el anciano con voz trémula. El golpe había sido durísimo para el anciano. Jamás pensó que algo como esto pudiera ocurrir—. Pero te tengo a ti. Vamos a salir adelante, Knox. Seré tu apoyo, siempre.

De nuevo tampoco pudo responderle a su abuelo. La culpa, el dolor, la desesperación, la fragilidad, todo junto, le impidieron elaborar una frase coherente.

—No quiero que esto se esparza en la prensa, ni en la sociedad, porque te hará sufrir la especulación o inclusive que tus amigos sepan lo que en verdad ocurrió. Será un secreto de familia. Me encargaré de que se mencione que mi hijo falleció de un paro cardíaco —continuó consciente de que su nieto no hablaría esa noche—. Usaré mi influencia. Tu abuela y yo estamos dolidos, pero no vamos a dejarte solo —dijo.

Lo único que resonaba en la mente de Knox era que su padre se había matado, porque tenía un hijo lo suficientemente cobarde como para haber hecho caso de los chantajes emocionales de una furcia,

en lugar de decirle la verdad. La verdad que hubiera logrado, Knox estaba convencido de ello, que Gerard aún estuviera con vida.

CAPÍTULO 8

Durante la hora que duró la ceremonia de premiación, Clarissa se sintió secretamente decepcionada de que Knox no hubiera llegado. Inclusive revisó dos veces el móvil para comprobar sus mensajes. Nada. Todas las mesas del evento estaban ocupadas, y él la habría buscado, estaba segura. Clarissa no incurrió en la tontería de llamarlo. Esa no era la clase de relación que tenían. En realidad, ella no podía definir lo que pasaba entre los dos y eso la inquietaba. Sus encuentros habían sido, cada uno, intensos, apasionados y cargados de una conexión que no podría describir tan solo en palabras. El hombre desdibujaba cualquier deseo sexual para redimensionarlo a un nivel que no creía que otro pudiera igualar. Aunque Clarissa no tenía intenciones de comprobar esa teoría por ahora, tampoco le quedaban dudas. Además no le hacía gracia que su mente se distrajera, cuando necesitaba concentrarse en su trabajo, pensando en él.

Por otra parte, se alegró de no haber seguido la consigna de su amante: no llevar bragas. Su vestido lo eligió con esmero por ella misma, para convertirlo en su armadura con la cual enfrentar a esta ocasión tan tensa para ella. Quiso una prenda que la hiciera sentir segura, elegante y tan importante como cualquiera alrededor, en especial ante aquellos con la clase de poder que iba más allá del dinero. Aquellos de los que huía, uno al menos, y que era la sombra que existía, a la que no podía ponerle un rostro o un nombre. Esos eran los fantasmas más aterradores, porque podrían acechar y asestar un golpe sin que sus víctimas pudieran preveerlo. Pero Clarissa también sentía que hacer este esfuerzo, a pesar de cuánto le costaba emocional y psicológicamente enfrentarlo, era un acto de amor y también empatía por sus padres.

Ellos siempre se esforzaron en apoyar cualquier mínimo emprendimiento, idea o aventura que tuviera en mente —desde que era una niña— y ahora, que su madre concluía una etapa importante, no podía faltar. De hecho, al verla entrar le dijeron que estaban felices de que compartiera ese instante con ambos y que también, a pesar de que su trabajo como *scout* demandaba muchas horas de lectura —fuera y en horas laborables— ella hubiera despejado el calendario para este evento tan concurrido.

Sus nervios se tensaron cuando Sheyla y Mark la presentaron ante varios amigos. No solo trabajaban en Australia: también provenían de delegaciones extranjeras. Clarissa sabía que la ONU cumplía misiones humanitarias legítimas. Eso era incuestionable. Su problema era con las divisiones satélites contratadas para operar en sitios como Rhino–extensión Omugo. Recibían la confianza de una estructura grande y honorable, pero traicionaban los valores por los que habían sido convocadas. Una vez asegurados los contratos, los controles parecían diluirse o quizá la corrupción era tan corrosiva y tan profunda que resultaba imposible poder erradicarla de raíz.

Los hombres que la chantajearon pertenecían a Proyect Horizon. La compañía era nueva en esa época, según le contaron sus padres al explicarle sobre las empresas que proveían servicios específicos. Esa división en particular decía tener como misión la mejora de la salud en campos de refugiados usando tecnología de diagnóstico molecular portátil. Se preguntó cuántos de ellos seguirían cometiendo las mismas atrocidades que aquellos cuatro hombres a los que, sin saberlo, había capturado con su cámara. O cuántos no eran de verdad conscientes de lo que ocurría bajo la fachada de esa empresa o cuántos sí, pero les daba lo mismo siempre que recibieran un cheque.

Clarissa sintió la garganta cerrarse al ver a Jemima Arnaz, la que había sido secretaria de Proyecto Horizon. No tenía idea de la información que esa mujer pudo haber manejado en su momento: si había sido otra víctima ingenua o si, por el contrario, encubría la bajeza de sus jefes. Esa duda bastó para que su mente empezara a disparar escenarios catastróficos, cada uno más oscuro que el

anterior. No era paranoia: en su caso, el miedo estaba cimentado en recuerdos demasiado reales. Al no poder escapar, optó por usar una técnica que había leído en alguna parte y que servía en situaciones de extremo estrés: pensar en detalles. Eligió concentrarse en su vestido. Este era de seda con destellos de satén que parecía acariciarle la piel al ceñirse a su cuerpo y resaltar sus curvas. El corte de un solo hombro realzaba la línea elegante de su cuello, mientras que el escote insinuante enmarcaba sus pechos con una mezcla de sensualidad, elegancia y sofisticación. La tela acentuaba la curva plena de su trasero y sus caderas, realzándolos. La falda tenía una osada abertura lateral en un solo lado.

—Clarissa —dijo en tono emocionado la mujer negra. Poseía unos inusuales ojos azules y que le habían dado la oportunidad de ser el rostro de Proyecto Horizon durante una campaña publicitaria—, cuántos años sin verte. Qué alegría me da encontrarte. Te has convertido en una mujer muy bella —sonrió—. ¿Sigues haciendo fotografías? Recuerdo siempre que llevabas al hombro tu bolsa y lucías determinada.

La pelirroja tragó saliva. El tono de Jemima no daba a entender ironías. Pero Clarissa estaba a punto de tener un ataque de pánico. Procuró controlar la respiración, pues la bendita técnica de inundar su mente con detalles de su ropa no sirvió de nada.

—Gracias, a mí también me da gusto volverte a ver. Aunque pasé poco tiempo en África, tengo profundas memorias de mi estancia —expresó, aunque no se refería a momentos felices—. Sobre la fotografía, pues la verdad me incliné por una carrera menos aventurera, aunque sigo estando ligada al arte. Siempre me ha gustado la posibilidad de expresarme sin restricción, a pesar de que no siempre es posible —sonrió sin alegría, estrechando la mano de la mujer. Sus padres observaban el intercambio, ajenos a la tensión que experimentaba su hija—. ¿Qué me cuentas de ti? —preguntó, aunque le importaba un rábano. Pero estaba en un acto que convocaba a la crème de la crème, en muchos ámbitos sociopolíticos, y debía actuar acorde a eso.

—Oh, sin duda, los caminos o aficiones suelen cambiar con el tiempo —replicó Jemima. Llevaba un vestido colorido y grandes pendientes de oro—. He estado viviendo en Australia desde hace un año y medio. Mañana regreso a África. Así que esta gala la siento como una despedida. Mi vida aquí ha sido gratificante.

La mujer de cabello rojizo hizo un breve asentimiento.

—Vaya, ¿sigues trabajando para Proyecto Horizon? —preguntó Clarissa, en un tono casi estrangulado, pero logró hacer que pareciera lo más normal posible.

La sonrisa de la mujer no pudo ser más amplia.

—Por supuesto, estamos comprometidos en hacer un cambio verdadero para las personas que realmente lo necesitan. Los niños, en especial —expresó como si se hubiese aprendido ese slogan. Jemima tenía aproximadamente cincuenta años, pero estaba en plena forma y era muy enérgica—. Estamos agradecidos con la ONU por continuar confiando en nuestro objetivo, y que ha ayudado a tantas personas. Mira, nada más, nos invitan a los representantes de Proyecto Horizon a estas lindas galas. Desde que estuviste en Uganda, he ido ascendiendo. Ahora soy jefa de logística.

«Si la ONU supiera lo que en verdad hacen, los destruirían», pensó Clarissa.

—Estoy segura de que la labor es encomiable —expresó con frialdad—. Me encantaría continuar charlando, pero hay una amiga alrededor a la que tampoco veo desde hace un largo de tiempo —mintió, porque necesitaba espacio. Su cabeza empezaba a pedirle a gritos alejarse de esta mujer—. Buen viaje de regreso, Jemima.

—Nuestra hija siempre ha sido de tener muchas amigas —intervino Sheyla, elegante con un sobrio vestido azul. Mark, a su lado, lucía impecable con el esmoquin.

—Nos ha encantado verte, Jemima —dijo Mark a modo de despedida.

Cuando los Sneider regresaron a la mesa asignada, los padres conversaron con Clarissa, más en detalle, sobre el plan que tenían

ambos de viajar en pocas semanas a Honolulu. Le hablaron de las actividades que ya habían contratado con un guía, en especial senderismo y kayak porque los disfrutaban. Ese año iban a jubilarse y les apetecía explorar Estados Unidos, al menos una parte, pues el resto de su largo viaje lo tenían proyectado extender a Canadá: Vancouver y Calgary. Le preguntaron a su hija por novedades del trabajo. Clarissa los adoraba y eran de las personas más cultas que conocía. Por eso conversar sobre libros podía llevarles horas, pero no tenían ese tiempo —en especial, porque estaban en una mesa para ocho— así que les hizo un resumen. No podía hablarles de Aldwin todavía, ya que no había concretado nada.

Desde aquella primera charla con Eliza, Clarissa había buscado distintos caminos para acercarse al esquivo escritor. El hombre parecía un fantasma: sin redes sociales y con un representante que operaba más como un *bot* de servicio al cliente que como persona. Preguntara lo que preguntara, recibía siempre la misma réplica hueca, un bucle sin salida. Necesitaba otra vía. Por eso exploraba contactos y tanteaba conexiones. Al menos, ya había conseguido la dirección de la casa gracias a los círculos que empezaba a tejer como *scout*. Pero presentarse sin aviso previo estaba descartado.

Clarissa no era una paparazzi ni una periodista detrás de un titular, tampoco le parecía correcto romper las reglas básicas de la privacidad ajena. Lo suyo era más claro y pragmático: un aumento del veinte por ciento en su salario. Y para lograrlo, necesitaba a Tom Aldwin. Él, sin saberlo, era su boleto a más recursos para continuar su cruzada de saber el destino de la hija de Nyaker. Aldwin vivía en Scotland Island, en Pittwater, al norte de Sídney. Para llegar debía tomar un ferry, lo que volvía ridículo hacer el viaje en vano. Antes de arriesgarse, Clarissa debía tener la seguridad de que él mismo le entregara la dirección y aceptara pactar una cita. Solo entonces podría presentarle el proyecto y persuadirlo de visitar las oficinas, y ya del resto se ocuparían Eliza o Morgana. Había, sin embargo, otra duda que no lograba sacarse de la cabeza: ¿qué pasaba con la compra de Wax & Ink? Ignoraba si Knox había insistido en la adquisición o si algún otro jugador había irrumpido en el proceso

para adelantársele. Esa incertidumbre, como todo lo que rodeaba a Aldwin, había vuelto sus días pesados.

Su pensamiento pasó de Aldwin a los dos diseñadores que sus padres le presentaron. Estos hacían ropa con materiales reciclados, y un porcentaje de las ganancias las donaban a causas de la ONU para zonas empobrecidas de Australia. Los intercambios con los italianos podrían haber sido más entretenidos o cautivarla de verdad, porque ellos eran bastante graciosos e ingeniosos, pero Clarissa no lograba quitarse la inquietud que la recorría. No creía estar en peligro, al menos era lo que procuraba reafirmarse, aun así ese rastro amargo no se marchaba. Sabía que Jemima ya se habría mezclado entre la gente, alrededor había quizá unas trescientas personas, pero la presencia de la mujer fue un detonante que activó las alarmas en Clarissa.

Para la muchacha de ojos azules, el tratar de disimular que respiraba con facilidad, que la sensación de picor en la piel no existía, y que disfrutaba esta clase de eventos, no estaba en su guion de habilidades histriónicas. Pidió champán y bebió unos cuantos tragos. El efecto del alcohol aparentemente contribuyó a mejorar sus síntomas de agobio. Pasaron solo dos minutos adicionales, y no pudo soportarlo más.

Con una disculpa, les comentó a sus padres de forma discreta que necesitaba un poco de espacio y que los vería pronto. Ellos le sugirieron que se acercaran a la barra al final del salón, entre la salida del salón y la gran mesa de bufette, porque estaban ofreciendo mezclas únicas de cócteles provenientes de varios países. Le comentaron que toda la línea de bebidas era de Latinoamérica. Eso hizo que Clarisa sonriera, porque si bien el vino le gustaba, prefería siempre lo más dulce: cócteles, en especial si venían con licores que lograran sorprenderla. Ella les dio un abrazo a modo de despedida. No tenía idea de cuánto tiempo más duraría la gala, pero dos horas le parecían más que suficientes. Por otra parte, su teléfono continuaba sin sonar o vibrar, así que aceptó que Knox olvidó que tenía el evento o quizá encontró un mejor plan.

Sin importar la razón, ella no tenía ganas de pensar mucho al respecto.

Lo que necesitaba era estar a solas para recobrar la calma, después de sentir que Jemima había sacudido la tierra bajo la que logró —un tiempo al menos— guardar los efectos post-traumáticos de Uganda. Su terapéuta le había dicho, alguna vez, que una ayuda para aplacar episodios de ansiedad extrema y también ataques de pánico era ponerse hielo en el cuello. La doctora argumentó que cualquier clase de sensación física que distrajera su cerebro y sus sentidos, creando un impacto sensorial, era válido.

El plan de Clarissa era simple. Antes de tomar un taxi, necesitaba que su sistema nervioso recuperara la serenidad. Mostrarse vulnerable ante otros, en especial con desconocidos, no resultaría en su favor, menos en la noche. Así que su plan era primero ir a la barra por hielo y servilletas, salir del salón y atravesar el pasillo hasta el área de la piscina conocida como The Cabana. Allí, sentada en una tumbona del hotel, envolvería el hielo en servilletas para presionarlo contra su cuello sin que el agua se deslizara por su piel. Después se iría de las inmediaciones, y podría aplacar la angustia.

Estaba a punto de llegar a la barra, cuando tropezó con un hombre. No creía que hubiera sido un accidente, mas él no la rozó o topó de ninguna manera, tan solo interrumpió su andar. Como si acercársele hubiera sido la intención desde un inicio.

—Entre todas las mujeres guapas, coincido con una que me parece haber conocido hace un par de semanas —dijo el desconocido de esmoquin gris oscuro.

Clarissa frunció el ceño. Necesitaba salir de ese lugar, no conversar.

—Sé que soy guapa, gracias —replicó con indiferencia para seguir su camino. Porque esa clase de halagos le daban igual, al menos si no provenían de cierta persona que no estaba presente en la fiesta —. Tu rostro no me suena de nada. Hasta pro…

Él le sujetó el brazo, con suavidad, deteniéndola. Le sonrió con amabilidad.

—Sí, eres la bailarina que estuvo en la presentación de Olivander —dejó de tocarla—. Intenté acercarme a ti para saber tu identidad, pero cuando fui a buscarte ya no estabas. Supongo que el destino me da la posibilidad de encontrarte en este lugar —comentó con encanto y extendió la mano. Omitió, claro, contarle que su interés aumentó al haberla visto con Wentworth—. No trabajo para ninguna ONG.

Clarissa tomó por inercia los dedos que le ofrecían el saludo, y los estrechó.

—Hoy no he venido a bailar, sino como invitada —dijo ella, tratando de usar esta conversación para distraerse de la ansiedad. El hombre soltó una risa breve.

—Soy Dionisius Katrakis —dijo con aplomo, sus ojos negros destellando con una mezcla de interés y desafío—. ¿Y tú eres…? —preguntó esbozando una sonrisa.

—Clarissa —dijo con simpleza, no necesitaba darle su apellido.

Las sensaciones de querer escapar estaban disminuyendo, pero no así el agobio de tanta gente moviéndose y hablando en el salón. Sabía que este hombre no era "la sombra" de su pasado, lo habría reconocido. Sin embargo, el salón del hotel ya le resultaba asfixiante. Solo quería regresar a casa, desmaquillarse, quitarse el vestido y tomar una píldora para dormir. Necesitaba evitar que su cerebro decidiera buscar recuerdos o empezar el camino de las hipótesis, posibilidades, y también frustraciones profesionales. Ya había cumplido con sus padres, los veía contentos, eso le bastaba.

—Encantado, Clarissa —dijo él—. Noté que antes de interceptarte, porque me pareció inevitable ante una mujer tan bella, que parecías dirigirte hacia el bar. ¿Te gustaría continuar esta conversación en la barra? Prometo no robarte demasiado tiempo, pero quizá te apetezca, al final de la velada, darme tu número de teléfono.

Ella soltó una risa breve ante tanta osadía. No era alegre, sino incrédula. Quizá podría pasar como un hombre experimentado, pero existía una diferencia entre serlo sin cautivar —como era este el caso —, y serlo provocando embeleso. Clarissa suponía que él esperaba que cayera redonda ante sus palabras. Reconocía el tipo: hombres que se creían dueños del mundo, cuya arrogancia no resultaba seductora, sino más bien tediosa. Dionisius parecía de aquellos convencidos de que el sol salía solo si estaban de humor para permitirlo. Clarissa no tenía interés en soportar una conversación que, a juzgar por el brillo de esa mirada, acabaría girando únicamente en torno a él mismo.

—No, no le gustaría —respondió una voz masculina a espaldas de Clarissa.

Una voz que la mujer conocía a la perfección y que de inmediato le provocó un ligero calor en la piel. Una voz que sabía cómo susurrar su nombre dándole placer. Clarissa se quedó en silencio absorbiendo la energía de autoridad y el calor de Knox.

—Wentworth —dijo el griego con sarcasmo, cuando el otro millonario se acomodó junto a la pelirroja—. Insisto en que tenemos gustos similares. ¿Verdad? Justamente le contaba a esta hermosa criatura que me dejó impactado con su baile y que no pude evitar acercarme cuando la vi esta noche. Asumo que la conoces…

Knox cerró y abrió la mano derecha. Apretó la mandíbula. Su retraso se debía a una videollamada con el príncipe de Nariem, Zarik Al-Sarkham, aliado de Aussie Equinox en un proyecto visionario: ciudades verdes en el desierto. El plan prometía un *boom* tecnológico para el país árabe. Pero una tormenta de arena había inutilizado los paneles recién instalados. Se pasaron más de una hora trazando contingencias.

Apenas llegó al evento, Knox llamó a Clarissa, pero no obtuvo respuesta. Así que la buscó entre la multitud. La encontró justo cuando el hijo de puta de Dionisius la retenía para que no se apartara. Le bastó ver que la tocaba para desear romperle la cara al griego. Sin embargo, mientras se abría paso hacia ellos, notó algo

más: Clarissa lucía distinta. No tenía que ver con la belleza, porque la mujer era absolutamente deslumbrante, sino algo parecido a la incomodidad en cada línea de su cuerpo. Tal vez, se equivocaba, pero conocía esa anatomía mejor que la palma de su propia mano.

—Clarissa y yo no somos un asunto que te involucre, Dionisius —dijo dando un paso amenazante hacia adelante. Sostuvo a la mujer de la cintura, posesivo—. Quizá deberías preocuparte más por revisar quién está metiendo capital en ese emprendimiento de los puertos griegos. Tengo entendido que la mafia italiana siente inclinación por acaparar territorios. Tus intereses caen justo en una de esas zonas con tratos, digamos, cuestionables. Curioso, ¿no? Es una suerte que uno de mis primos sea miembro del directorio de la Autoridad Portuaria Helénica. No hay contenedor que entre o salga sin que pase por su firma. Sería una pena que confundiese dinero de narcotráfico con dinero legal y manche tu reputación, además de generarte pérdidas.

Dionisius sonrió de medio lado. Su expresión era adusta, ya no había encanto, notó Clarissa. Ella sintió curiosidad por saber qué se traía este par o qué carajos pasaba, pero no le apetecía entrar en asuntos ajenos. Le bastaba con los propios.

—Qué hijo de puta eres, Wentworth —replicó con veneno.

—Nah, solo te dejo una advertencia. Si te vuelves a meter en mi camino, en cualquier forma, vas a lamentarlo —expresó Knox con frialdad. Había oído que el griego se expandía en negocios portuarios y decidió adelantarse, moviendo sus hilos para arruinarlo. Knox no tenía lazos con la mafia, pero tampoco discriminaba a quién daba consultoría financiera fuera de Aussie Equinox. El capo de la Camorra, al enterarse de que Dionisius usaría sus mismas rutas marítimas, no lo tomó bien—. Solo bastaría una llamada para que te saquen del negocio. Procura ser discreto y no incomodar. Aquí acaban los años de saber de tu existencia, a través de tus argucias.

Dionisius torció el gesto y ocultó su preocupación. La amenaza velada iba más allá de cualquier otra competencia o disputa que hubiesen tenido desde la universidad.

—¿Es una amenaza de muerte…? —preguntó el griego con enfado.

—Jamás haría tal cosa, Dionisius —replicó Knox con una sonrisa gélida—. Mantente fuera de mis negocios, y tus asuntos en Grecia irán bien. Procura no excederte en ambición y no cabrees con tu soberbia a la gente equivocada —concluyó.

El griego apretó los labios.

Clarissa se quedó atónita por el intercambio.

—Supongo que te enamoraste de verdad de Catherine —dijo el griego con malicia, tentando a su suerte—. No harías nada de esto por cualquier coño. Supongo que aún te escoce que te haya dejado plantado en el altar. Si algo me sucediera…

—Acabas de perder la última partida. Asúmelo y lidia con ello —zanjó Knox.

Sin más, el magnate de ojos verdes instó a Clarissa a moverse. Ella, porque intentaba procesar todo lo que acababa de escuchar, acomodó el paso para seguir el de él. Curiosamente, a pesar del tópico de conversación, sentía el brazo que le rodeaba la cintura como un soporte y salvavidas en medio de la noche. Solo quería salir de ese lugar. No pasaron por la barra, no se detuvieron a saludar a nadie e hicieron el camino hasta el sitio en el que ella inicialmente había pensado usar para tomar aire. Podía sentir la vibración de Knox a su lado: una mezcla de enfado descomunal y tensión.

En la zona de The Cabanas no tenía cabinas aisladas. Sin embargo, la hilera frondosa de plantas que bordeaba la terraza ocultaba un rincón secreto. Detrás de las tumbonas y sombrillas, el aire se volvía más denso, más íntimo. Existía visibilidad limitada de cualquiera que pudiera pasar alrededor. Aunque, siendo las once de la noche, el área estaba desierta. La única razón por la que les permitieron el paso, pues a esa hora la zona solía estar prohibida para invitados o huéspedes, fue porque un Wentworth no necesitaba pedir permiso, excusas, ni tampoco accesos a ningún lugar. Cuando finalmente estuvieron a solas, con la luz leve que se filtraba por

alguna parte, Knox apoyó la espalda de Clarissa contra una de las columnas anchas de madera.

No necesitó mediar palabra, porque su boca descendió con un ansia ardiente y posesiva sobre la de ella. Le mordisqueó los labios con firmeza hasta que se abrió a él. El beso no tenía nada de dulce, sino que, mas bien, contenía dosis de locura y apremio. Dejaba clara la necesidad de Knox y su desesperación por poseerla, pero también el abandono apasionado de Clarissa que replicaba ese mismo anhelo. Para ella este hombre era una caja de sorpresas, así como era la fuente exacta de lo que necesitaba en esos momentos. Vestido con un esmoquin negro hecho a medida, él lucía refinado e imponente, y esos ojos verdes refulgían, penetrantes. Dudosamente un hombre como Knox pasaba desapercibido cuando hacía su aparición en un evento.

—Te estuve llamando para avisarte que ya estaba en el hotel —dijo Knox, apartándose a regañadientes. «Dios, la mujer lo incitaba a perder el control», pensó.

Ella abrió y cerró la boca. Su respiración era agitada. Tragó saliva. Ya estaba mucho mejor, de hecho, este beso con Knox era más potente que cualquier remedio.

—Asumí que no llegarías, así que decidí ignorar por completo el móvil —contestó en un susurro. La boca de él quizá no estaba ya besándola, pero continuaba muy cerca, así que al hablar sus labios se rozaban; sus alientos se compartían; y sus miradas parecían estar calando hondo en un lugar parecido al que habitaba el alma.

—¿Pero no ignoraste flirtear con un desconocido? —preguntó deslizando la mano justo por la abertura lateral del vestido negro, hasta llegar al pubis—. Tsk tsk —chasqueó la lengua—, has contravenido mi petición de que no llevaras bragas hoy.

Clarissa se enfureció y le dio un empujón, pero no sirvió de nada. Él parecía construido en mármol. Cada parte de su anatomía estaba cincelada con precisión.

—No se puede contravenir una petición. Se contravienen órdenes. Y yo —presionó el dedo contra el pectoral masculino— no recibo órdenes de nadie, Knox.

—Permíteme disentir —replicó con arrogancia. Pero luego recordó que más allá de las ganas que sentía de demostrarle que tenía la razón, quería saber algo importante—. ¿Qué estaba pasando? ¿Dionisius te hizo comentarios inadecuados?

Ella parpadeó un instante. La bruma del deseo se disipó un poco, porque su cerebro decidió que era momento de entrar en acción, al menos sin sabotearla.

—Creo que, después de lo que escuché, debería ser quien hace las preguntas —Knox presionó más contra el cuerpo de Clarissa, y luego le agarró las muñecas para ponerlas justo sobre la cabeza, apoyadas sobre la madera—. Me niego a responder si no lo haces tú primero, en especial porque —bajó la voz— está la mafia involucrada.

Knox soltó una carcajada. Esa vibración hizo que a ella le aleteara el pulso.

—No lo está, al menos no somos amigos con el capo de la Camorra —dijo, porque comprendía de dónde surgía el tono inquieto de Clarissa—. Hago consultorías a título privado, fuera de Aussie Equinox, y elijo clientes según me apetezca. Mi única condición para asesorar, no generar informes directos que estén firmados por mí, es que me dejen fuera de sus tonterías y solo pueden consultarme una vez. Hace poco lo hizo el capo de la Camorra, a través de su mano derecha, y es bastante suelto de palabras. Surgió el apellido Katrakis y luego encajó. Hice un investigación y fue el resultado de lo que acabo de decirle esta noche a ese hijo de puta —concluyó Knox.

Clarissa lo miró con el ceño fruncido.

—¿Entonces no estás haciendo nada ilegal?

—Jamás —zanjó con convicción, recordando a su padre.

Ella lo creyó. Hizo un asentimiento breve.

—Tu amigo…

—No es ni por asomo un amigo —interrumpió Knox.

—Bien, Dionisius, no estaba diciéndome nada que pudiera incomodarme, pero sí trató de ligar conmigo. No tenía interés, yo solo quería llegar a la barra y me interceptó —expresó con la misma franqueza que él le había ofrecido—. Pero… —tragó saliva y apartó la mirada—. Dijo que la tal Catherine te plantó en el altar.

—Lo hizo, hace más de un año —replicó sin emoción.

—¿No vas a elaborar al respecto? —preguntó sintiendo celos, pero no lo demostró. Quiso saber qué habría tenido de especial la mujer para haber conseguido que un hombre, que parecía alérgico al compromiso, le hubiera dado un anillo; hubiera pensado en unir su vida a ella para siempre; la hubiera amado—. ¿Knox? —insistió.

Él no quería besarla o tocarla íntimamente pensando en la idiota de su ex. Le soltó las manos con suavidad, se apartó y a cambió la agarró con firmeza de la cintura. Este no era el lugar para hablar, ni tampoco para hacer con ella lo que su cuerpo le pedía a gritos; lo que llevaba días deseando. La idea de darle un orgasmo en un sitio público le parecía más que excitante, pero no sería en este hotel, ni tampoco en este espacio que la presencia del griego y la mención de Catherine acababan de empañar.

—Dionisius y yo siempre tuvimos una rivalidad desde la universidad. Nos llevamos mal. Competimos desde entonces por asuntos corporativos o mujeres. Esto último cesó hace años, pero el imbécil puso en mi camino a Catherine. Sabía que podría llamar mi atención, en especial porque poseía una propiedad interesante en Watson Bay. Soy aficionado a remodelar casas o edificaciones para convertirlas en un negocio, cualquiera que se me ocurra, y la ubicación de la casa de ella resultaba fabulosa. La busqué por interés, pero terminó enganchándome algo diferente —dijo en un tono parco, mientras se abrían paso para dirigirse hacia la salida del hotel.

Clarissa escuchaba con atención, pero sabía que no estaba diciéndole todo. Tampoco esperaría algo así. Aparte, no creía que él hubiese abierto la compuerta a este aspecto de su vida si no hubiera aparecido el hombre de ojos negros. Ella no se había molestado en investigar a Knox en Google, más allá de revisar la web de Aussie Equinox. No por falta de curiosidad, sino que había decidido que prefería conocerlo. Pues vaya sorpresa que estaba llevándose, pero al menos sería la versión de él, y no la que podrían distorsionar los de la prensa económica o, en este caso, la de sociedad.

Llegaron a la entrada principal y esperaron, uno junto al otro, el valet parking.

—¿Es ella tu asunto pendiente? —preguntó sin evitarlo. Ambos esperaban en la zona de valet—. Me refiero a que si es la razón de que prefieras no comprometerte.

Knox giró el rostro hacia ella un instante. Sus manos estaban en los bolsillos. No le apetecía continuar la conversación sobre Catherine. No le debía nada a Clarissa, pero también le parecía inevitable esta necesidad de darle algo más que solo la pasión que lo consumía. Optó por la vía que por ahora era más sensata: verdades a medias.

—Un cabo suelto, sí. ¿La razón de que no quiera comprometerme? No —contestó lo más cercano a la verdad. Tenía una conversación con Catherine, su cabo suelto, por terminar de resolver. Pero no iba a forzarla. Sus caminos volverían a cruzarse, porque ella tenía su familia en Sídney y de seguro regresaría de visita—. Hay situaciones complejas de mi pasado, pero que en nada empañan mi deseo por ti.

A Clarissa no le gustó la respuesta. Resultaba evidente que ese era un tema peliagudo. «¿Cómo se asumía el que a uno lo dejaran plantado en el día de la boda? No debió ser nada fácil para un hombre orgulloso como Knox lo que fue ese desplante», pensó ella. Además de todas las implicaciones sentimentales. Quizá, por eso, el amor no formaba parte de los planes de Knox, sino solo el gusto de pasarla bien. Consideraba que él no haría confesiones de nada,

aunque ella pudiera preguntar de mil formas, si no quería referirse a un tema específico. En eso sí se parecían.

—A ti no te gustan los cabos sueltos —murmuró mirando hacia el horizonte.

—Exacto.

—¿Por qué no la buscas y cierras este ciclo? —preguntó con suavidad—. Quizá todavía existe alguna chispa que espere a ser avivada o…

—Clarissa —zanjó Knox sujetándole el mentón. Le daba igual que ella le hubiera dicho que quería ser discreta—, la única chispa que me interesa encender es la que tengo pendiente contigo, desde la ocasión en que nos conocimos —concluyó.

—Oh… —dijo sumergida en el verdor de esos ojos.

—Para ser más específico: no me apetece ver que otro hombre intente ligar contigo y tú le sonrías; ni que te pida tu número y pienses en dárselo. ¿Me expliqué?

—¿Porque tendría que darle uno falso y no el verdadero? —preguntó fingiendo ingenuidad. Se rió, al escucharlo soltar una maldición, rompiendo así la tensa charla y siendo consciente de lo que la petición de Knox implicaba—. Supongo que establecemos frontalmente que queremos una aventura exclusiva, ¿es eso? Como sabes, no tengo experiencia en estas lides y podría malinterpretarte y hacer lo opuesto —dijo con el mismo tono juguetón—. Imagínate que pesar confundir los términos.

—Entonces más vale que te apresures a subir al coche —dijo cuando el válet parking le entregó las llaves. Esta noche había decidido conducir, en lugar de usar su chofer. No podía esperar a quitarle el jodido vestido a Clarissa y deambular por esas curvas que escondía, hasta escuchar gemir a su dueña. Así borraría cualquier vestigio incómodo de la velada y satisfacería su hambre por esta mujer, por un rato al menos.

Estaban a punto de subir al coche, pero él se detuvo cuando lo hizo ella.

—¡Clarissa, ya te marchas como yo! —exclamó Jemima del brazo de un hombre alto y fornido—. Te reitero que me encantó verte, oh, viniste acompañada.

—Sí, yo… Sí, ya me marcho —susurró Clarissa pálida. El hombre que estaba junto a la mujer fue el guardia que custodió la sala en la que fue retenida en Uganda.

Toda la euforia de la cercanía de Knox, así como su beso, desaparecieron. Sentía que el magnate sostenía su codo con firmeza. «Dios», pensó apartándose. Si el hombre la reconocía, entonces pondría también a Knox en peligro. Entró en pánico.

—Él es mi esposo, Makena, nos conocimos en la empresa —dijo la mujer mirando a la pelirroja. Luego miró a su pareja—: Makena, ella es Clarissa y estuvo en el campo de refugiados un tiempillo. La labor que han hecho sus padres es muy noble.

—Clarissa, mucho gusto —dijo el hombre y extendió la mano.

La aludida agradeció no estar temblando. O esperaba no estar haciéndolo. Sentía un frío gelido recorriéndole la columna vertebral. Sus temores resurgieron.

—Un… un gusto, señor Makena —susurró ella. Pero el hombre no mostró la más mínima señal de recordarla—. Yo tengo que marcharme, la verdad. Que esté bien —dijo esto último con rapidez. Su cerebro solo registraba que estaba en problemas, que Knox podría estar en riesgo, que también lo estarían sus padres, que necesitaba esconderse, que el pecho se le contraía y no tenía suficiente aire. Pero no registraba que el esposo de Jemima la miraba con indiferencia; que era más que obvio que no la reconocía, a pesar del comentario de la esposa de que Clarissa estuvo en Uganda.

—Por supuesto —dijo Makena sin emoción. Las amistades de su esposa le daban igual. Lo único que quería era largarse, porque les esperaba un largo viaje.

Knox, ante ese intercambio y al sentir tensa a Clarissa frunció el ceño. Estaba a punto de intervenir con esa mezcla de humor y

agudeza, que tantas veces empleaba en conversaciones con desconocidos, pero se detuvo. Todo cambió cuando Clarissa elevó la mirada hacia él. Se quedó de piedra. Había lágrimas sin derramar en esos impactantes ojos azules y también una expresión vívida de que necesitaba escapar.

—Nos vamos. Lamento no presentarme, pero nos urge marcharnos —dijo Knox, sin importarle ser grosero; ni tampoco sentía interés en perder el tiempo. Lo que quería era llevarse a Clarissa de ese lugar y saber qué era lo que estaba pasándole.

No escuchó los murmullos de despedida de la pareja, a él le daba lo mismo.

El valet parking le abrió la puerta a Clarissa y ella entró. Después Knox rodeó el automóvil y puso en marcha el motor. La casa de su acompañante quedaba más cerca, y él recordaba la dirección. Así que condujo con celeridad, pero con cuidado.

—Clarissa, ¿necesitas ir a un hospital? —preguntó Knox, sosteniendo el volante con la mano izquierda y extendiendo la mano libre para acariciarle el brazo.

Ella apartó la mirada de la ventana.

—No… —susurró con la garganta seca—. Knox…

—¿Sí? Dime qué ocurre —replicó con calma. Porque en situaciones complejas, él era experto en no sucumbir al caos. Bueno, al menos que alguien intentara tocar a la pelirroja. Lo cual era un problema a resolver en algún otro momento, no por ahora.

—Creo… —tomó una inhalación—. Creo que no puedo respirar.

—Sí, sí puedes, belleza —dijo al comprender lo que ocurría. Algo similar a lo que él pasó, incontables ocasiones, después del suicidio de Gerard—. Mientras estoy conduciendo, yo voy a contar hasta cuatro. Inhalas. Dos, sostienes la respiración. Ocho, exhalas suavemente. Sé que eres muy lista y puedes hacerlo, ¿de acuerdo?

—Knox…

—¿De acuerdo? —preguntó él nuevamente, tomando una curva. Le quedaba con exactitud diez minutos de camino. Menos mal no había tanto tráfico a esa hora.

—Sí… —dijo limpiándose las lágrimas. Odiaba que él la viera así, pero era su única boya de salvación en ese instante—. Sí… —inhaló cuando Knox empezó a contar. Siguió las instrucciones con los ojos cerrados, guiándose por la voz varonil.

—Ya estamos a punto de llegar a tu casa —replicó él. Quedaban dos cuadras.

—Necesito salir corriendo. Necesito correr —dijo con voz estrangulada. Le daba igual si tenía tacones altísimos. Su cuerpo le pedía que saliera del confinamiento del coche, no estaba en peligro, racionalmente lo sabía, pero el memo tardaba en hacer efecto. Su sistema estaba en modo supervivencia a toda máquina—. Tengo que bajar.

Él no hizo reproches. Aparcó el coche, después salió y le abrió la puerta. Solo se detuvo ante la petición de ella, porque la casa quedaba cerca, caso contrario la habría persuadido utilizando otra técnica que lo había ayudado en el pasado. La dejó que corriera, pero Knox no tardó en alcanzarla. Llegaron juntos a la puerta de la casa. Las manos de Clarissa temblaban y no lograba introducir la llave en la cerradura. Con suavidad, Knox la sostuvo de la cintura, y se hizo cargo. Una vez dentro encendió la luz y aseguró la puerta. Tomó a Clarissa en volandas, fue al sillón más cercano y se acomodó poniéndola a ella a horcajadas sobre sus piernas. En esa posición podían mirarse con más facilidad, pero él continuaba siendo más alto por varios centímetros.

—Mírame, por favor —dijo Knox sujetándole el rostro entre las manos.

Ella así lo hizo. Él le limpió los rastros de lágrimas con los pulgares.

—Puedo estar sola, no hace falta que…

—Eso voy a decidirlo yo, pelirroja —replicó con suavidad, porque si algo podía comprender sobre Clarissa es que le gustaba ser autosuficiente. Pero también era preciso que lo dejara que se hiciera cargo en esta circunstancia—. Quiero que me cuentes lo que estás sintiendo. Háblame y no dejes nada fuera de la lista. Te escucho.

Clarissa no sabía cómo permitirle a un hombre, ajeno a su padre, que tomara el control porque ella ya no era capaz de mantenerlo. Por unos minutos, al menos. Se sentía extraña —por sus experiencias pasadas— de que Knox, en lugar de enfadarse porque no estaban el uno sobre el otro rasgándose la ropa, parecía genuinamente interesado en su bienestar. Esta clase de vulnerabilidad jamás la tenía con nadie.

Entonces le relató todo lo que su cuerpo sentía. Lo murmuró con rapidez, mientras él la miraba con atención. Las manos de Knox bajaron de su rostro y empezaron a frotarle los brazos, como si le diese calor y también una reafirmación de que todo estaba bien. Luego, la instó a que respiraran juntos como hicieron en el auto. En otra circunstancia, Clarissa habría buscado un calmante inmediato o se hubiera puesto los zapatos deportivos para ir a correr unas cuadras, hasta recuperar la calma. Pero, en esta ocasión, Knox era el muelle que le permitía guarecerse de la tormenta.

Cuando pasaron diez o quince minutos. Ella se calmó.

Knox no la soltó, sino que la atrajo contra su cuerpo y la abrazó. Clarissa hundió el rostro en el cuello masculino, aspirando el aroma varonil mezclado con la exquisita colonia. Sin esfuerzo, él se incorporó del sillón y encontró el camino a la habitación de ella. La dejó sobre el colchón y se sentó a su lado. Le apartó un mechón de cabello. Cuando Clarissa quiso protestar e incorporarse, él hizo una negación.

—Todos somos humanos. No estamos jugando a ser superhéroes de Marvel, así que no hace falta que me demuestres que eres Wonder Woman, Clarissa —dijo.

Ella esbozó la primera sonrisa, tenue, desde hacía un largo rato.

—Gracias, Knox… —susurró.

Él hizo un asentimento leve.

—¿Traigo un poco de agua para ti? —preguntó. Ella le dijo que sí. Él no tardó—. Aquí tienes. Bebe todo —dijo, y luego dejó el vaso vacío en la mesa de noche.

—No seas tan mandón —bromeó.

Knox le hizo un guiño. No le gustó verla en ese estado, porque comprendía lo que esas sensaciones lograban provocar; la creencia de que todo iba a desmoronarse; esas ganas de encontrar respuestas inmediatas del porqué el cuerpo no obedecía cuando quería calmarse. En algunas ocasiones, los ataques eran provocados por un detonante específico, pero en otras —muchas, la verdad— surgían sin explicación. Por supuesto, siempre tenía que existir un antecedente de trauma previo que condicionara el inconsciente a lanzar el ataque. Knox se había educado al respecto.

—¿Quieres hablar sobre lo que detonó ese ataque de pánico o ansiedad? —preguntó. Clarissa hizo una negación suave—. Tal vez, entonces, alguna otra ocasión.

—Ha sido una noche agotadora, Knox.

Él hizo un asentimiento y le acarició la mejilla.

—Me voy a marchar —dijo con la intención de apartarse.

Clarissa lo retuvo de la muñeca e hizo una negación.

—Quizá, no tenga en mí la fuerza para contarte hoy de mi pasado, pero… —tomó una inhalación—, si existe alguien que podría hacerme olvidar, ese eres tú.

Knox esbozó una sonrisa, mitad sexy y mitad encantadora.

—¿Ha sido este un truco para seducirme? —preguntó quitándose los zapatos.

—No lo consideré de ese modo —replicó Clarissa sonriéndole.

—Pues uno nunca sabe las argucias de las mujeres estos días —dijo Knox.

Ella soltó una risa suave. Luego permaneció en silencio al ver que él se despojaba del corbatín, la chaqueta y la camisa, hasta solo quedarse con el pantalón. Procedió a quitarle a ella los zapatos. Clarissa espero a que empezara a besarla o a desnudarla, pero, para su sorpresa, apagó la luz. Ella sintió el otro lado del colchón hundiéndose. No supo qué decir cuando Knox la atrajo contra su cuerpo. En esa postura, su espalda estaba contra los pectorales, la abrazó de la cintura con suavidad.

—¿Qué haces…? —preguntó finalmente.

—Me dijiste que te hiciera olvidar, y no necesito follarte para que eso ocurra. Porque cuando follo contigo mi intención es que tu cuerpo siempre recuerde quién lo hizo vibrar —le dijo al oído—. Vas a olvidar, porque podrás dormir con la certeza de que tienes a alguien que está abrazándote y las pesadillas no van a despertarte —murmuró. En algún modo estaba haciendo por ella lo que jamás tuvo para él.

—Eso no hacen los amantes… —susurró ella con la voz entrecortada.

—Nosotros hacemos nuestros propios conceptos —dijo cerrando los ojos.

CAPÍTULO 9

Clarissa soltó un gemido suave y agarró las sábanas en puños. Aún estaba adormilada, pero la exquisita sensación de una tibieza mojada acariciándola íntimamente le impidió cometer la torpeza de despertar por completo. Esta era la única clase de sueño húmedo en la que despertar era necesario para disfrutarlo más. La manera en que Knox la devoraba, como si estuviera famélico y ella fuese la única posibilidad de subsistencia, le provocó sensaciones que nublaron su mente. Él hizo un movimento sensual y rápido con la lengua, de lado a lado —no de arriba abajo como había ocurrido en ocasiones anteriores— sobre su clítoris, arrancándole gemidos desesperados. Era evidente que Knox tenía sobrada experiencia en el arte de hacer vibrar el sexo de una mujer. Y esa realización hizo que Clarissa deseara buscar a las mujeres que la precedieron y arrastrarlas del cabello, hasta dejarlas calvas. ¿Era ella agresiva o posesiva? No y por eso ese pensamiento visceral la asustó, porque, además, venía acompañado del deseo de quererlo solo para ella. Aunque era una idea insana, considerando que apenas llevaban unas semanas en esa vorágine sensual, no podía negar que era una certeza que ardía en sus entrañas. Pero esas divagaciones y celos irracionales perdieron fuerza, cuando los pulgares de Knox la abrieron más para él.

—Mmm, sabes tan jodidamente bien —murmuró deslizando un dedo en el interior, lo empezó a mover, pero sin dejar de acariciarle el clítoris con la lengua.

—Knox… Oh, por Dios… —jadeó cuando él le introdujo un segundo dedo.

—Así debí despertar la primera mañana contigo, pelirroja —replicó Knox y los movimientos de sus dedos se aceleraron. Le gustó

escucharla gemir, así como también le gustó la sensación de ella tirando de sus cabellos y pidiéndole más rapidez.

Ambos continuaban con la ropa de la noche anterior. Knox le había quitado las bragas y subido la falda del vestido hasta la cintura para poder disfrutar mejor. Pero no era suficiente, quería tocar y abarcar más. En un movimiento ágil, extendió la mano y bajó el único tirante del vestido, después hizo lo propio con el corpiño. Soltó una maldición al ver que aún quedaba el sujetador; le apartó la prenda rápido.

—Tócame los senos, por favor, tócame —pidió con deleite y necesidad.

—Pronto voy… —lamió el sexo henchido— a hacer mucho más que tocarlos y pellizcártelos —dijo y succionó el clítoris. Ella soltó un grito, elevando las caderas.

Clarissa se acomodó, apoyándose sobre los codos, porque ver cómo Knox la paladeaba era tan excitante como sentirlo. Los dedos se curvaron en su interior, moviéndose despacio, e imitando el movimiento que habría hecho el miembro viril: entrando y saliendo del canal estrecho. El tono verde de la mirada de Knox se volvió oscuro, como el jade mojado bajo una tormenta, cargado de una lujuria peligrosa. Él la observaba como si fuese la mujer más fascinante que hubiera visto en un larguísimo tiempo, quizá desde que podría tener plena memoria de su gusto por el sexo opuesto.

—Quiero todo de ti, Knox… —gimió y lo sintió sonreír contra su sexo. Notó cómo los músculos de los hombros y brazos se flexionaban con los movimientos.

—Debería fotografiarte en este instante —dijo él, tan excitado como solo ella lograba hacerlo sentir—. Así guardaría tu imagen para recordarte quién manda.

—Yo mando… Yo lo hago —jadeó cuando él le mordisqueó un labio íntimo.

—Entonces —succionó durante un largo instante, impidiéndole hablar—, si me detengo ahora mismo, a menos que muevas más tus

caderas para mí, ¿no lo harás?

—Grrr… ¡Knox!

Ella se dejó caer de nuevo sobre el colchón, arqueando la espalda.

—Dime —exigió dándole un lametazo, mirándola desde su posición.

—Te detesto en este momento…

—Esa no es una respuesta, ¿quién está al mando en realidad, Clarissa? —preguntó girando los dedos en la humedad y usando el pulgar para frotar el clítoris.

Ella soltó un gemido de abandono. Su cuerpo no podía resistir la privación de llegar al clímax. Necesitaba desesperadamente que él la dejara correrse; liberarse.

—Arrogante, insufrible… —gimió—. Tú. ¿Feliz?

Él soltó una carcajada profunda. Se apartó con movimientos fluidos y se quitó los pantalones y el bóxer. Su miembro quedó libre, duro y con la punta humedecida.

—Muchísimo —replicó, cubriéndola con su cuerpo. Se posicionó en la entrada de Clarissa—. Buenos días, pelirroja —dijo mirándola y sujetándole la garganta con la mano. El gesto no causaba daño, ni tampoco preocupación en ella, pues existía la presión exacta para recordarle lo que vendría a continuación—. Separa más esos muslos. Mmm… Sí, así. Cuando entre en ti, quiero que me rodees con tus piernas.

—Una manera interesante de dar los buenos días —jadeó ella.

—Procuraré considerar que este aperitivo mañanero es de mutuo gusto…

—Bésame… —susurró Clarissa, atrayéndolo para reclamar su boca, consciente de que, en ese beso, se probaba a sí misma, pero también la pasión de ambos—. Oh —gimió mirándolo cuando él se ancló en su interior, lo hizo con dureza, y a ella le encantó la fuerza masculina escociéndole ligeramente—. Sí… Knox.

Él soltó un gruñido y su beso se tornó fiero, dominante, demandante y carnal. Reclamó cada recodo de esa boca, mientras su sexo se anclaba en la suavidad mojada. Le gustaba sentir lo pequeña que era la cavidad al momento de recibir su pene, porque lo maravillaba la sensación de expandir la carne tierna con la firmeza de su cuerpo.

Clarissa lo besaba con ansias, moviéndose al ritmo de sus embestidas, suplicándole que se diera prisa porque estaba a punto de correrse. Knox respondió tirando suavemente de su labio inferior y, para frustrarla, hizo lo contrario: ralentizó cada movimiento, retrasando el clímax. Era un juego que compartían; cuando uno estaba al borde del orgasmo, el otro bajaba la intensidad solo para volver a construir esa tensión que los llevaba a la locura. Hasta que ya no podían contenerse más y entonces el sexo se volvía una carrera frenética: lujuria sin tregua, besos hambrientos, gemidos y un ímpetu desbordado. El instinto de ambos estaba siempre en sincronía.

Con una mano, Knox la sujetaba por la cintura, alzándole la pelvis para embestir más hondo; con la otra, le acariciaba los pechos y retorcía los pezones entre los dedos para excitarla. La gruesa erección se deslizó en la humedad, entrando y saliendo con facilidad. Ella sentía la vagina palpitante, los senos ligeramente pesados de deseo, la piel sensible y el corazón agitado a medida que este baile primitivo iba *in crescendo*. Sus talones presionaban con firme insistencia las nalgas de Knox para que cada penetración fuese más profunda, más fuerte. El trasero de su amante era redondo y sólido por el ejercicio, le gustaba tocarlo y estrujarlo. Sus movimientos se volvieron más agitados, ambos jadeaban, y sus bocas consumían los gemidos del otro. Knox dejó de besarla solo por un instante para tomar entre sus dientes uno de sus pezones.

—Me fascinan tus tetas, Clarissa —le mordió un pico, y luego apaciguó el mordisco con la lengua—. Y también tu culo, pero de eso me encargo en un rato…

—Lo que haces conmigo… —jadeó cuando el salió y embistió de nuevo.

—Tu cuerpo fue creado para complacerlo y es una delicia tocarlo —dijo él.

El pecho de ella subía y bajaba con rapidez. Arqueó la espalda.

—Oh, Knox… —gimió cuando él continuó las acometidas.

Los cuerpos de ambos estaban bañados por una pátina de sudor. La posición de Clarissa era decadente, porque el cabello lo tenía alborotado, el maquillaje corrido, los pechos al aire; la falda y el corpiño del vestido anclados en la cintura; el vestido arrugado por completo; sus muslos abiertos en una postura deseosa y desvergonzada, mientras su increíble y sexy amante la marcaba con el ardor de esa mirada lujuriosa.

—Clarissa, eres perjudicial para mi cordura —expresó el apuesto hombre.

El estar profundamente sumergido en ella, la forma en que la anatomía curvilínea lo acogía y se movía a su ritmo, y la certeza de que el desespero de Clarissa por el orgasmo era provocado por él, le parecía adictivo. Saber que era el primer y único hombre que la había poseído y que tenía el privilegio de arrasar sus sentidos, lo hacía sentir estúpidamente invencible. Esta sensación le era desconocida y extraña.

—Entonces, ya somos dos —susurró Clarissa mordiéndole el labio inferior.

Knox la besó y ella agitó las caderas. Ese fue el último coletazo que hizo falta para que ambos se mirasen con un hambre feroz, con esa certeza muda de que el orgasmo los arrastraría juntos de forma inminente, sin escapatoria. Clarissa le rodeó el cuello con los brazos, y él enterró el rostro en el hueco del cuello femenino soltando un gruñido cuando empezó a verterse en su interior. La manera en que las paredes íntimas se contraían alrededor del miembro viril hizo que Knox perdiera por nanosegundos la noción de la realidad, no le importó nada, sino solo esta sensación electrizante de estar unido a

una mujer que —sin buscarlo— había conseguido volverlo adicto a su cuerpo, a sus besos y también a tratar de conocer sus secretos.

Clarissa sintió los espasmos como pálpitos intensos y electrizantes. El orgasmo la envolvió en una ola embravecida, desatada, única, rompiéndose dentro de ella con tal fuerza que le quitó el resuello; cada músculo se contrajo en un espasmo salvaje que la dejó sin aire. Cada vez que sentía a Knox hundirse en su interior —con la boca, los dedos o su miembro—, algo en ella se quebraba. Las barreras de la cautela se desdibujaban todavía más, hasta volverse casi inexistentes. Peligrosamente inexistentes. Él la estaba guiando por los momentos sexuales más explosivos de su vida, en los que le permitía sentirse libre; ese sabor de la libertad que le había sido alguna vez arrebatada, Knox se la devolvía en forma de expresión sexual. En él también existía un toque de veneración erótica silenciosa y que la desarmaba.

Al cabo de unos minutos se apartaron, pero Knox no salió del interior suave.

Ambos jadeaban, unidos del modo más primitivo.

—Te habría chupado el coño con chocolate tu primera noche conmigo —dijo con crudeza y observándola como una tentación de la que no podía tener suficiente.

Clarissa soltó una carcajada. Le acarició una ceja.

—Espero que no sea una oportunidad perdida —replicó ella con humor.

—Claro que no, pelirroja—dijo él haciéndole un guiño—, pero los roles van a invertirse. Hay penalidades a pagar por actuar de un modo rebelde —sonrió refiriéndose al hecho de que ella le había dado el número de teléfono equivocado—. Así que en una próxima ocasión quiero tu boca llena de mi pene, y puedes darme placer con chocolate, para tu gusto, mientras el solo disfrute de tus labios será el mío.

Ella se deleitaba con la crudeza en sus palabras y la rudeza en el sexo, así como también con los instantes en que Knox bajaba la

intensidad solo para volver a encenderla. Él sabía combinar ambos extremos creando una atmósfera irresistible que la atrapaba.

—Quizá pueda considerar tu petición —replicó mirándolo.

Knox soltó una risa breve, profunda y sexy.

—Hazlo —dijo inclinándose para lamerle un pecho.

—Knox… Debo estar hecha un desastre —susurró con un gemido suave.

—Uno bastante apetecible, sin duda —replicó él. Miró el reloj de la mesita de noche. Las siete de la mañana—. Aún nos queda tiempo de desayunar y surfear.

—¿Qué tienes en mente…? —preguntó agitándole los cabellos con los dedos.

Knox sonrió de medio lado.

—Sabes que las pruebas son más elocuentes que las palabras —dijo él.

—A veces sí, a veces no —replicó Clarissa haciéndole un guiño.

—Entonces procuraré crear un equilibrio entre ambas tendencias, pelirroja.

Esta vez, a regañadientes, salió del interior de Clarissa, pero no la dejó sola en la cama, sino que la llevó consigo. Le quitó finalmente el vestido —cuya cremallera trasera estaba echada a perder— y se metieron a la ducha. Él tuvo un poco de trabajo para maniobrar bien, porque el cuarto de baño era mucho más pequeño que el suyo.

Tanto el baño como la habitación de Clarissa tenían algo acogedor, pulcro, con la clase de detalles que generaban la sensación de acogedora calidez. Exactamente lo que Knox sentía con Clarissa: comodidad. Y eso era nuevo. Nunca se detenía a pensar si la mujer con la que estaba servía para algo más que sexo, pues apenas pasaban unas horas juntos. Mucho menos se le habría ocurrido cargarlas en brazos. Ni pensarlo. Pero con Clarissa, el instinto lo empujaba a tratarla y actuar de otra manera. Cada vez le quedaba

más claro que ponerla en la misma categoría que al resto era complicado.

La parte de usar shampoo y jabón fue la más rápida entre los dos. Lo otro no: la vez en que Clarissa lo tomó con la boca; la vez en que él la penetró desde atrás, con sus senos apoyados contra el vidrio mientras el vaho los envolvía; y la última, frente a frente, con la espalda de ella contra los azulejos, al tiempo que la embestía rápido, contundente, sin apartar la mirada de sus ojos. Esas tres veces que follaron fueron lentas, posesivas y las ansias parecían estar dando paso a algo distinto. Sus cuerpos estaban compenetrados a la perfección, pero lo que había ocurrido la noche anterior también creaba un vínculo silencioso e inesperado. Aquel al que ninguno tenía ya la capacidad de poner freno, porque no era posible detener el bramido del océano una vez que se abría la compuerta que le daba paso. El control se les escapaba de las manos, pero fingían que nada cambiaba. Al final, era más fácil, menos arriesgado, seguir aferrados a esas capas de protección que sus propias heridas habían levantado.

El trauma podía jugar dos papeles: separar y destruir, o unir y crear un lazo inesperado. Ese último fue el que surgió entre ellos tras el ataque de pánico de Clarissa. A pesar de la sensualidad vivida en la cama y en la ducha esa mañana, el motivo que los había llevado a amanecer juntos seguía presente en la mente de ambos.

Ella no le debía explicaciones a nadie sobre su vida, y agradeció la manera en que Knox manejó la crisis: con empatía, sin presionar y dándole un confort que jamás había recibido. No porque no hubiesen personas dispuestas a dárselo, sino porque la única que conocía las dos partes de su historia era su terapéuta. Pero la mujer recibía dinero para ayudarla, no lo hubiera hecho sin esa transacción profesional-paciente; no era algo espontáneo. Clarissa nunca pensó que la fachada despreocupada, aquella que era su estandarte de resistencia, pudiera romperse con un hombre desconocido. O un hombre en general, pues el estigma de desconfianza hacia el sexo opuesto —consecuencia de su vivencia del pasado— había sido como una cruz a cuestas. Por eso, cuando Knox la rodeó con sus

brazos, la sensación de que estaba protegida de cualquier mínima amenaza y que podría dormir tranquila la desconcertó y alivió a la par. Dormir en brazos de Knox había sido una experiencia íntima, sin tener sexo.

Un sonido de la calle instó a Clarissa a dejar a un lado ese tipo de reflexiones.

Knox aún llevaba la misma ropa de la noche anterior, sin la corbata ni la chaqueta. Pero daba igual, el hombre parecía tener la clase de *look* descomplicado que retrataban en las revistas de moda masculina. Existían personas que compraban ropa de alta gama y seguían viéndose corrientes; existían otras que cualquier elección de vestimenta les quedaba fantástica. En esta última categoría entraba Knox. Por supuesto, Clarissa era consciente de ello, así como de la mirada penetrante que sentía en la nuca, mientras preparaba unos huevos revueltos para ambos y también tostadas. Él había hecho el café y picado las frutas, luego acomodó los trozos en un platillo grande. La situación resultaba doméstica, aun así, surgió de forma natural y fluida.

—No he hecho la compra de la semana todavía, así que no tengo tocino —comentó Clarissa batiendo las yemas con las claras, echó luego un poco de sal.

—Me gusta la buena mesa —replicó Knox—, pero no considero que pueda atribuírselo a la cantidad de ingredientes. La intención detrás de la oferta que tuviste de hacer el desayuno, me parece que podría llevarse una estrella Michelín, Clarissa.

Ella soltó una risa suave y lo miró por sobre el hombro.

—Y dicen que la galantería está muerta —dijo echando un poco de crema.

—No lo está, tan solo has conocido niñatos estúpidos probablemente.

—Probablemente… —repitió ella volviendo la atención a la sartén.

El magnate, mientras la veía moverse en la cocina, dejó que la luz de la mañana revelara mejor el entorno. La casa era cálida, sencilla

y auténtica como su dueña. Muebles de madera clara, sofás color chocolate suavemente gastados, y una estantería atiborrada de libros con lomos arrugados que evidenciaban que habían sido leídos. También había un par de plantas junto a una ventana, así como fotografías en las paredes. Pero no eran las fotos clásicas con familia o amigos —esas sí estaban en una de las estanterías, y Knox sonrió al ver a Clarissa siempre rodeada de gente, haciendo alguna mueca graciosa en cada toma—, sino las otras imágenes colgadas alrededor: casi artísticas. Llamaron su atención porque, como inversor, el arte también estaba dentro de su abanico de intereses, y además tenía la facilidad de reconocer lo que era auténtico y especial. Estas fotografías lo eran, porque poseían algo crudo y sensible a la par. Todas eran distintas. Así que se acercó a una que le pareció la más impactante.

En la imagen aparecía un cunero hospitalario bajo la luz blanca. En primer plano había una cuna vacía con una pulsera de identificación, las clásicas de todos los bebés, pero esta estaba rota, sobre el colchón pequeño. El fondo era algo difuso, a propósito, y dejaba entrever médicos y enfermeras en pleno ajetreo. Una mano señalaba fuera del cuadro y otra sostenía algo parecido a un portapapeles. Caos congelado, ese era el nombre que tenía justo debajo. Encajaba perfectamente, claro.

Clarissa carraspeó y él se dio la vuelta.

Knox no sabía cuánto tiempo estuvo frente a la imagen. ¿Diez minutos?

—No desayuno sola si tengo un invitado —dijo ella sentándose.

—¿Es que han venido muchos? —preguntó Knox apartándose de la foto y dirigiéndose a la mesa. Apartó la silla y se acomodó enfrente de ella—. Cuéntame…

Clarissa soltó una risa queda. No le llegaba a los ojos.

—Los parámetros que preguntas son muy ambigüos, confórmate con saber que, en general, fuiste en realidad el primero —replicó encogiéndose de hombros.

Knox sonrió de medio lado, arrogante.

—Excelente respuesta, pelirroja —dijo haciéndole un guiño.

—¿Obtengo algún premio por cada respuesta correcta? —preguntó.

Él dio varios tragos al café, y enarcó una ceja.

—¿Premio? —Knox dejó la taza a un lado, la mirada fija en Clarissa—. Sí. Cada respuesta correcta te va a ayudar a perfeccionar cómo gemir mejor mi nombre.

Ella se sonrojó y meneó la cabeza antes de empezar a comer. Llevaba un short ligero sobre el bikini azul y un top, con un bolso preparado con lo básico. El plan era simple: un reto de quién surfeaba más olas esa mañana; el perdedor tendría que obedecer la primera orden que el otro quisiera darle. Eso implicaba que pasarían, al parecer, el resto del domingo juntos. Knox le aseguró que no hacía falta que ella llevara una tabla: en su casa había varias, la playa estaba más cerca y, de paso, él cambiaría de coche para cargar dos tablas y agarrar un bañador. Pero, por ahora, lo que se respiraba en el aire no tenía relación con olas ni el mar. Sino algo más serio. Lo anterior, por supuesto, no negaba la atracción que entre ellos permanecía intacta.

—Knox —dijo, la sonrisa apagándose, cautelosa—. Gracias por haberte quedado conmigo —añadió tras un silencio, mirándolo por encima del borde de la taza de café—. La situación fue un poco complicada y no ocurría hacía mucho tiempo.

—No tienes que darme las gracias, Clarissa. Me alegré de haber estado cerca.

Ella hizo un asentimiento.

—Tengo una pregunta —murmuró Clarissa. Él le hizo un gesto con la mano para que prosiguiera—. Me has parecido desde un inicio alguien muy seguro de sí… La forma en que manejaste la crisis que tuve es de alguien que sabe del tema —tragó saliva—. Lo que me lleva a preguntar, ¿cómo sabías con exactitud cómo actuar frente a un ataque de pánico? —expresó—. Así como me diste el respeto de

elegir el silencio, cuando me preguntaste si quería hablar de la razón detrás de ese ataque de pánico, ahora te devuelvo el gesto: eres libre de ignorar la pregunta —dijo en tono sincero.

Knox sabía que Clarissa era lista; no hacía falta convivir dos años con ella para notarlo, bastaba un breve intercambio de palabras. Por eso había asumido que no dejaría pasar tan fácil lo ocurrido la noche anterior. Si la conversación le daba la pauta para expandir el tema, él sabía tomar ventaja de esa oferta. Además, como buen negociador entendía que no siempre se obtenía exactamente lo que se buscaba, pero sí era posible encontrar la forma de acercarse al objetivo. Y en este caso su meta era clara desde un inicio: saber más de Clarissa. Para recibir había que dar, por supuesto, y por ello estaba dispuesto a ceder algo suyo a cambio de entender mejor a su amante.

—Contrario a lo que pudieras leer en la prensa sobre mí…

—No te he buscado más allá de la página web de tu compañía —interrumpió—. Si acaso supe de ti, a lo mejor en alguna conversación en la que Bree me hablaba de trabajo, fue limitado. Así que prefiero saber lo que tengas que decir tú.

Knox hizo un asentimiento.

—Mi vida estuvo marcada por eventos complejos y trágicos. A raíz de uno de ellos, desarrollé ataques de ansiedad y estos se agudizaron, hasta convertirse en ataques de pánico. Ocurrieron durante varios años. Estuve medicado gran parte de mi vida —expresó en tono neutral. Llevaba mucho tiempo sin experimentar uno de esos episodios, pero recordaba muy bien lo que se sentía. Por eso empatizó con ella.

—Oh —murmuró—. Siento mucho escucharlo, Knox. Sé que es diferente en cada caso, pero eso no define la magnitud o gravedad de lo que se experimenta.

—Sí —dijo él. Jamás hablaba de este tema con nadie, pero en esta ocasión los factores que se conjugaban eran distintos—. Aunque hace unos ocho años decidí que no quería más fármacos. Por eso busqué otra clase de terapia: hipnosis dirigida. Avancé con

más rapidez al trabajar el inconsciente. La terapéuta también me enseñó técnicas para ejecutar en el caso de que viviese una crisis de pánico. Gracias a ese conocimiento previo, así como mi propia experiencia, fue que supe qué hacer ayer.

Clarissa lo quedó mirando. Quiso preguntar qué clase de evento habría sido aquel, pero le parecía que él estaba dándole mucho más de lo que hubiera esperado.

—Vaya… Yo… —susurró conmovida por la franqueza de Knox—. Siento mucho lo que sea que hayas tenido que vivir. Pero agradezco que estuvieras para mí. Sinceramente, llevaba mucho tiempo desde que desarrollé un ataque tan fuerte.

Knox hizo un asentimiento.

—¿Qué lo detonó, Clarissa? —preguntó con suavidad acabando el café.

Ambos lo sabían, aunque no lo dijeran: estaban cruzando una línea casi borrada. Esa franja peligrosa que separaba un *affaire* de algo demasiado parecido a una relación, sin nombre ni etiquetas, suspendida en un limbo incierto. Cada encuentro era un choque sísmico que agitaba los cimientos de ambos. Clarissa no sabía cómo lidiar con la vulnerabilidad; Knox no estaba preparado para abrirle una ventana a su pasado. Y, sin embargo, el sexo se había convertido en la llave: cada caricia era un acceso silencioso, cada embestida un privilegio no concedido a nadie más. Cargaban cicatrices profundas, recuerdos que los habían marcado, y juntos —sin planearlo— se iban despojando de sus defensas. No era un escenario fácil de asimilar, pero tampoco era posible evitar el vínculo que iba fortaleciéndose, silencioso, entre ambos.

—No quiero ponerte en peligro —susurró bajando la mirada.

Él se sintió intrigado por el comentario.

—¿Te olvidas de que tengo contactos en la mafia? —preguntó bromeando. Ella lo miró con una sonrisa leve—. Soy bueno con los acertijos, creo que es un mal que Gabriel y yo compartimos con el

resto de nuestros amigos del grupo, así que me atrevo a decir que la fotografía de la cuna vacía tuvo relación con tu ataque de pánico.

Clarissa tragó saliva y soltó una exhalación. «El hombre era muy listo», pensó. Consideró como una victoria que no le preguntase sobre la identidad del fotógrafo.

—Sí… La fotografía está relacionada —replicó—. La mujer que se despidió de mí anoche fue parte de una época que me trae recuerdos muy difíciles. Recuerdos que marcaron mi vida para siempre, Knox. Cuando tenía dieciséis años acompañé a mis padres a un campamento para refugiados. Conocí a una chica que tenía la misma edad que yo, Nyaker —sonrió con nostálgica tristeza—, pero con una existencia marcada por abusos de toda clase. Hubo un asalto al campamento, y yo no debía estar ahí —hizo una mueca—, pero fui idiota y rebelde. Burlé a mi escolta. Entré al campo de refugiados, cuando mis padres me ordenaron quedarme en la casa de la ciudad que estaba a varios minutos en coche, y justo ese día ocurrió un ataque —susurró, tensa.

Knox se pasó los dedos entre los cabellos. Y escuchó el resto de la historia. Clarissa no lloró, pero él creía que ya había derramado demasiadas lágrimas a lo largo de los años. Consideró que lo que vivió ella no podía compararse con su vivencia, porque las tragedias no tenían forma de medirse, sino por el impacto que provocaban.

—Mierda, belleza —dijo—. Fuiste imprudente, pero también valiente.

Ella soltó una risa amarga. Meneó la cabeza.

—La foto que ves ahí significa que perdí la posibilidad de encontrar al bebé de Nyaker, y que no logré cumplir con la promesa que le hice —expresó en tono triste.

Omitió contarle que estaba forjando su red de contactos desde la editorial, usando su privilegio como *scout*. En horarios de oficina —y fuera de ellos— quedaba a tomar café con periodistas, en su mayoría eran hombres que cubrían conflictos bélicos y también la forma en que las guerras impactaban la cultura global. Lo que

buscaba no era amistad, que tampoco se negaba a ello porque no veía nada malo, sino otra cosa: cualquier pista que la llevara a saber cómo acceder a los archivos del hospital. No era fácil considerando que la zona había sido rediseñada y que el ambiente ahora era más peligroso de transitar. Solo podían visitarlo o bien personas de ONGs o bien periodistas. La anterior era la razón de que los buscara. Lo más duro es que probablemente la pequeña Nijma estaría muerta, pero Clarissa se lo debía a Nyajer: saber cuál había sido el destino de la pequeña. No podía darse por vencida.

Él extendió la mano y sujetó la de Clarissa. Le acarició el interior de la muñeca.

—No dejaste a tu amiga, hasta el final; hasta que no pudiste hacer más que asegurarte de que ambas llegaban a un hospital. El resto, ya no estuvo en tus manos —expresó Knox con franqueza—. Viviste una experiencia terrible y llena de instantes que pudieron acabar con tu vida. Estuviste al filo de la muerte. Eres una sobreviviente, nunca una víctima y lo demuestas con esa actitud vibrante que me llamó la atención.

Clarissa lo miró un instante. Se quedaron en silencio.

Ella decidió ocultar de su relato el tema de las fotografías: que fue ese el motivo del viaje a Uganda, además de la parte filantrópica; que fue su cámara y su curiosidad que la metieron en problemas. Así que por eso solo mencionó su imprudencia y lo sucedido con Nyaker. Sabía que la invasión no había ocurrido por su culpa, aunque tal vez sus imágenes hubieran sido un factor menor. No quería confesarle a Knox la segunda parte de su odisea: la verdadera razón por la que había dejado de fotografiar. Fue un alivio que las imágenes que él acababa de ver en su casa no llevaran su firma.

Si lo hubieran hecho, Knox habría preguntado por qué ya no fotografiaba, y esa sola pregunta la arrastraría a Proyecto Horizon. Justo la parte que más la aterraba y que hizo incómodo su encuentro con Jemima; el detonador del ataque de pánico. Su relato para Knox era una media verdad. No porque quisiera engañarlo, sino porque mencionar el tema de esas jodidas fotos no le hacía bien, en

general. Sentía que sería como reactivar la amenaza silenciosa que aún pendía sobre ella y sus seres queridos.

—La verdad está en el ojo de quien la interprete —replicó ella.

—¿Tratas de decirme que mostrarte divertida y vibrante es un mecanismo de defensa? —preguntó leyendo con claridad más allá de lo que Clarissa estaba diciendo.

Ella elevó ambas cejas y soltó una risa queda.

—Tan solo lo sabría alguien que también incurre en el mismo mecanismo…

—*Touché* —replicó Knox con un asentimiento, validándola—. Vivimos realidades diferentes con trasfondos que explotan con un resultado similar. Mmm.

Clarissa soltó una exhalación e hizo un asentimiento. A medida que hablaba con Knox se daba cuenta de las similitudes detrás de la fachada que los caracterizaba. Se preguntaba el alcance o profundidad de lo que él habría tenido que vivir para, al igual que ella y tal como Knox lo reconocía, utilizaba su encanto como armadura.

—La pareja de africanos que se acercó a mí desató una cascada de recuerdos amargos, miedos, frustraciones… y no fui capaz de detenerla —soltó una exhalación y miró a Knox con una serenidad frágil—. No sé qué habría hecho si no hubieses aparecido. Y luego, en tu coche… —rió sin alegría—, si no hubieras entendido lo que me estaba pasando, de seguro me regresabas al hotel para pedirme un taxi. No lo sé.

—O te habría besado para que te calmaras —dijo él con suavidad.

—Habría funcionado, por supuesto —murmuró Clarissa jugando con los dedos de Knox de forma distraída, pero mirándolo—. Al ver a la mujer de África con su esposo, ambos trabajaban en ese campo de refugiados, me provocó la crisis…

Él hizo un breve asentimiento. Como sobreviviente de un trauma era normal que prefiriera hacer como que ciertas partes jamás

sucedieron. Knox era suspicaz y no creía que esta fuese la historia completa, pero era más de lo que merecía escuchar.

—Aprecio, más de lo que puedes imaginar, lo que acabas de confiarme.

—Bree no lo sabe —susurró—, por favor, jamás lo menciones a nadie. Si te preguntas por qué nunca se lo dije, a pesar de que es mi mejor amiga desde que somos unas crías, fue porque no me pareció justo. Le di una excusa falsa, pero creíble, sobre mis motivos para negarme a ir a la escuela. Bree me ayudó con las tareas, me daba ánimos. Pero luego su vida se desmoronó. No quise ser una carga —comentó ella.

Knox se quedó en silencio al entender la magnitud de esa confidencia. Le habría gustado ser recíproco y hablarle más de sí mismo, pero esto no era un confesionario. No existía la obligación de entregar una parte de sí, solo porque ella había decidido abrir la suya. Así que prefirió escucharla y apreciar algo adicional que surgió de todo este relato: Clarissa era resiliente, empática y más real que cualquier mujer que hubiera conocido con más edad y con más experiencia. Había vivido situaciones que, ahora comprendía, eran parte del motivo de que fuese muy madura.

Pero también existía un detalle en esta conversación que lo dejaba pensativo. Lo que provocaba Clarissa no era caridad emocional, ella era demasiado aguerrida para algo así, sino algo que ninguna mujer había logrado provocar en él: admiración. Eso, en su mundo fragmentado y salpicado de traiciones, era más fuerte que el deseo.

Knox se puso de pie e instó a Clarissa a que también lo hiciera.

Le sostuvo el rostro entre las manos y la besó con suavidad. Ella tenía rastros del dulzor del café, sabía a todo lo que siempre Knox se había negado a creer que existía en el sexo opuesto: valentía, resiliencia, empatía y determinación. La sujetó de la cintura, mientras ella le rodeó la nuca con los brazos. Sus lenguas se entrelazaron como ondas eléctricas de calor, pero la intensidad no era brutal ni arrasadora como ocurría cuando estaban en la cama,

sino que existía un tipo de ardor diferente. No se molestaron en descifrarlo. Él ladeó la cabeza para mejorar el ángulo del beso, pero al cabo de un instante se apartó, lo hizo poco a poco. Necesitaban el aire del mar, la adrenalina del surf y el sol en la piel para tratar de lidiar con este irremediable cambio entre los dos. Parecía sutil, pero la fuerza que subyacía era tan poderosa como un tifón. Las olas serían por ahora el escape para ambos, al menos antes de caer otra vez en la implacable pasión por el otro; una pasión que, contra todo pronóstico de Knox, lo único que lograba era fortalecerse a medida que pasaban más tiempo juntos.

—Estás impaciente por perder el reto en el mar —dijo Clarissa tratando de usar un tono ligero, cuando él se apartó. Se sentía aliviada de haber compartido algo tan importante con otro ser humano distinto a su familia o la terapéuta—. Ya veo.

Él soltó una carcajada, mientras entraban al coche.

—Nah, solo ansioso por ver cómo justificas tu derrota —replicó encendiendo el motor—. Recuerda que el perdedor tendrá que obedecer la primera orden que el otro quiera dar. Así que ten por seguro de que pensaré en algo interesante para ti.

—Lo único que perderé será la paciencia cuando intentes convencerme de que una ola de medio metro cuenta como victoria —dijo Clarissa con humor.

—Ya veremos, pelirroja. Ya veremos —le hizo un guiño y empezó a conducir.

CAPÍTULO 10

Después de ganarle a Clarissa surfeando —y cobrando su recompensa con una placentera velada—, Knox continuó viéndose con ella a lo largo de los siguientes diez días. No todas las noches, porque tuvo que viajar, pero sí suficientes para conocerse en terrenos que no eran solo marcados de lascivia mutua. La mujer era una fuente inagotable de energía y también tenía un sentido del humor peculiar; sabía cuándo lanzar un comentario agudo y otro mordaz con la suficiente ironía para arrancarle una carcajada. Sus conversaciones mutaron de ser superficiales a más significativas. Ya no visitaron de nuevo lo ocurrido con Clarissa después de la gala de la ONU, pero tampoco evitaron transitar temas que podrían considerarse complejos. Conversar con Clarissa y descubrir que compartían gustos en ciertos tipos de lectura, y que además el reloj marcara la una de la madrugada mientras hablaban por teléfono, sobre hipótesis y teorías de personajes ficticios, fue algo nuevo para Knox. Notó que ella poseía una visión firme sobre política y los desvaríos existentes en temas religiosos.

¿Estaba él en problemas? Sí. Una mujer sexy, valiente y que, aparte, fuese culta, sí era una receta para la que no estuvo en absoluto preparado cuando la vio bailando tantas noches atrás. Quizá por eso, la parte de Knox que lo instaba a recordarse sobre las razones de su desconfianza hacia las mujeres parecían tambalearse del todo con Clarissa. No sabía con certeza cómo navegar esa situación, pues era evidente que el tono de su vínculo había cambiado de dirección. Ella no trataba de impresionarlo, y no necesitaba intentarlo tampoco, porque con actuar espontáneamente lo lograba.

En una de esas ocasiones, puesto que él y Gabriel solían ser patrocinadores de compañías teatrales en Australia, la invitó a ver

una obra que estaba en cartelera. El Teatro Roslyn estaba presentando *La gata sobre el tejado de zinc.* Clarissa aceptó encantada, pero le dijo que eso no era una cita, él tan solo se rió y la besó, hasta que la tozuda mujer desistió de su argumento. Durante la puesta en escena, Knox perdió su concentración en un par de líneas, porque optó por observar el perfil de Clarissa y la expresión absorta con la que miraba el escenario. A él le pareció bastante irónico que la obra de la temporada hubiera sido esa de Tennessee Williams. El guion tocaba detalles de las historias de ambos y eso la hizo más interesante: una lucha entre lo que se decía y se callaba, y sobre las heridas del pasado con la carga familiar como fondo.

—Hemos llegado, señor Wentworth —dijo Ancelot, interrumpiendo su recuento de los últimos días—. ¿Lo recojo al mediodía para ir a Aussie Equinox?

—No —replicó Knox—, voy a quedarme en estas oficinas el resto del día.

—Muy bien, que pase un excelente día —replicó el hombre de bigote.

El magnate le agradeció y salió del coche para dirigirse hacia la entrada del edificio. No podía postergar más tiempo la presentación oficial y toma de la batuta en Wax & Ink. Todo estaba en orden, así que le había pedido a Morgana que organizara una reunión en la sala principal convocando a la nómina completa —que no sumaba más de veinticinco personas en total— a las ocho. Los temas administrativos y de nóminas iba a continuar manejándolos la persona de recursos humanos actual. Él no tenía intención de hacer despidos sin antes contar con una evaluación apropiada del desempeño de cada empleado. Consideraba que las personas que tenían contratos nuevos podían ser prescindibles, si no daban resultados, pero no iba a precipitarse.

Morgana, vestida con un traje de oficina rojo oscuro que realzaba sus curvas, además de joyas discretas, lo recibió con una sonrisa en el lobby. Le dio un abrazo breve, como si creyera que existía esa

clase de confianza. Knox apretó los dientes y marcó distancia de inmediato, su expresión dura, y se limitó a pedirle con amabilidad que lo guiara hacia la sala de reuniones. Ella disimuló la decepción de que no correspondiera a su entusiasmo, pero a él le dio igual. Estaba en el edificio por asuntos de trabajo, no para alimentar vínculos sociales con alguien que no era su amiga, sino un contacto de negocios como tantos otros. Su paciencia para estupideces era nula.

Además, esa mañana Knox estaba cabreado porque Vance Lloyd, el gerente financiero de Empire Corporation, todavía no le respondía sobre una transferencia de capital inusual. No lo consideraba una estafa, pero hasta lo que había revisado, la cantidad era alta. Era la primera vez, en años, que algo así sucedía. Parecía un descuido absurdo. Pero él tenía mejores cosas que hacer que ocuparse de las idioteces que los CFO de la corporación cometían. Ya habría despedido a Lloyd si hubiera estado en sus manos, pero el hombre llevaba más de veinte años como la mano derecha de su abuelo. Knox solo cumplía con ayudar en lo que era experto. Y esa, al final, era su manera de retribuir, con su habilidad numérica, la preparación que Colton le dio cuando iba a la compañía a aprender sobre el negocio familiar. Su abuelo no se interpuso en su decisión de no formar parte de la corporación, mas sí le pidió que —en honor a la memoria de Gerard— no cortara los lazos empresariales por completo.

—Quiero aprovechar en agradecerte por haber aceptado que siga con mi proyecto de la colección de novelas —comentó Morgana mirándolo, sonriente. Solo le había comentado que quería traer un autor conocido para que fuese el eje narrativo.

—No veo ningún problema en que lo hagas, y todo es un tema de negocios. Solo procura seguir el contrato: si no es exitoso tu proyecto, ya no habrá un espacio en Wax & Ink para ti y tus ideas —replicó con simpleza. Su móvil empezó a sonar—. Si hay pérdidas, al usar el nombre de la editorial, tendrás que pagar una penalidad.

—Sí, por supuesto —murmuró—. Por cierto, me gustaría invitarte a la presentación de un prototipo de una plataforma digital de lectura que podría ser la competencia directa de Kindle. Solo se accede con invitación, pero sé que te gusta la tecnología y estuve pensando que serías mi acompañante perfecto, ¿qué opinas…?

Él revisó el móvil. Contuvo una maldición. Su madre le comentó que el resultado de su cirugía ya se notaba y que estaba feliz, además le preguntó si podría transferirle dos mil dólares para aplicarse una nueva técnica de colágeno. Knox se sintió irritado y le respondió que él podría enviarle a los enfermeros de un sanatorio para que le aplicaran otra técnica que requeriría su estancia durante un par de semanas.

Athina no volvió a responder.

—Morgana —dijo el magnate con una media sonrisa que no alcanzó los ojos—, mis inversiones no se apoyan en "podrías", sino en cifras concretas. No son un juego social, sino tendencias con potencial marcado. Nuestro acuerdo ha sido claro desde el inicio. Te sugiero que te ciñas a eso, así ambos evitamos perder el tiempo.

La mujer abrió y cerró la boca.

—Por supuesto, solo consideré que podríamos ser un equipo —murmuró.

Él enarcó una ceja, pero no volvió a dirigirle la palabra.

El millonario procedió a hacer de cuenta que ella no había hablado. Aprovechó en tomar nota de que era necesaria una remodelación de las instalaciones, porque la decoración le pareció que era excesiva y generaba distracciones. Aunque sabía que también existía otra distracción importante en su nueva empresa, y esta tenía el cabello rojizo. Knox había postergado conocer los nombres de sus nuevos empleados hasta el día anterior, cuando se preparó para asumir por completo el mando de Wax & Ink, pues no le pareció importante anticiparse a algo rutinario como aquello. Pero en cuanto tuvo la lista frente a él, tuvo que leer tres veces el mismo nombre para asegurarse de que Clarissa Hazel Sneider y la mujer en

la que no podía dejar de pensar fueran la misma. Lo reconfirmó, porque era meticuloso, en el archivo empresarial.

Al mismo tiempo, Knox recordó un detalle: la primera noche en que se conocieron, él le mencionó su intención de comprar la editorial a Clarissa. Más adelante, ella le comentó que prefería que sus respectivas oficinas no fuesen puntos de referencia para encontrarse y que, en su lugar, usaran otros lugares. Knox lo consideró válido, aunque le pareció distinto a lo que otras mujeres habrían querido: buscar notoriedad a toda costa, dejando claro que estaban saliendo con él o, al menos, insinuando que algo ocurría entre ellos. Clarissa, además, nunca mencionó el nombre de la empresa para la que trabajaba, y Knox no le dio importancia al asunto, pues estaba más interesado en disfrutar con ella de cosas que consideraba más relevantes.

Después de aquella primera ocasión en que Clarissa le dijo que se dedicaba a temas de comunicación, él no encontró razones para volver a tocar el tema. Ahora, por supuesto, comprendía que era *scout* . Si bien no era mentira que estaba enfocada en asuntos comunicativos, se trataba de una verdad a medias. Eso, en alguien con su experiencia de vida, despertó su suspicacia. Su instinto inmediato fue contactarla e interrogarla, pero una parte de sí —aquella vengativa y tajante— consideró en despedirla de inmediato. Lo anterior habría sido arbitrario e injusto si tenía en cuenta que no le estaría dando la oportunidad de explicarse. Por lo general, no proporcionaba concesiones a las mujeres, pero también sabía que Clarissa no era como las demás.

No podía evitar preguntarse si ella había olvidado, de verdad, la llamada de Brigitte y la mención de Wax & Ink aquella noche en que follaron por primera vez o si había omitido hablarlo a propósito. Y si era esto último, ¿por qué lo hizo? «No necesitaba especular demasiado, pues pronto obtendría su respuesta», pensó, mientras entraba en el elevador con Morgana. Ahora que conocía mejor a Clarissa, la intriga pesaba más que el enfado, aunque este seguía presente. Una persona con el pasado de la pelirroja no ocultaría algo banal, como lo era saber que él estaba negociando la compra de la

editorial, a menos que representara una amenaza. «Pero si este era el caso, ¿por qué no decirlo? ¿O siempre supo quién era él y le mintió todo ese tiempo?».

La duda era siempre una compañía amarga. Pero el contacto breve de su madre bastó para sobredimensionar la situación en general, así como para agriar su humor.

Una vez que entraron a la sala de juntas, la mano de Morgana se posó sobre su brazo como si quisiera dejar claro que ambos eran amigos o que la cordialidad provenía de un espacio de confianza mutua. Knox no le apartó la mano con rapidez, porque tenía veinticinco pares de ojos sobre él. No sería muy agradable conocer a un nuevo jefe y notar que actuaba de manera grosera durante una transición empresarial. Eso provocaría un clima laboral incómodo y también de desconfianza. Knox no quería empezar con mal pie. Así que esperó, con expresión neutral, a que se apartara.

Morgana lo presentó como el nuevo dueño de la editorial. Agradeció a los empleados por el trabajo y esfuerzo de esos años bajo su tutelaje. Les mencionó que los involucrados en su proyecto especial harían doble labor, pero se los compensaría de igual manera, y que le reportarían a ella los avances. Finalmente, le dio paso a Knox.

Él había escaneado la estancia apenas llegó, y no fue difícil encontrar el par de ojos azules que tantas veces se velaban de pasión cuando él provocaba un orgasmo en su dueña. Pero esos mismos ojos, notó el magnate, también chispearon con algo parecido a la furia contenida cuando Morgana había posado la mano en su brazo. Knox la miró con intensidad, y casi sonríe cuando Clarissa tan solo enarcó una ceja.

—Buenos días —saludó el millonario con una sonrisa que era su marca registrada, y eso bastó para que la tensión de la sala se disolviera—. No me gustan las formalidades, así que llámenme simplemente Knox. Comprar una editorial no ha sido un capricho. Desde hace años he querido estar en un lugar donde las buenas historias importen de verdad, y ahora me toca asegurarme de que

los autores con talento tengan un espacio en nuestras estanterías. El modelo de negocio que traeré será diferente y competitivo, así que espero que estén a la altura. Soy un hombre ocupado, sí, pero cercano. Si surge algo importante, un correo o una llamada bastarán. Si les preocupa la estabilidad de sus puestos de trabajo, pero han hecho una labor con resultados tangibles, no tienen de qué inquietarse. Analizaré caso por caso, antes de tomar decisiones drásticas o realizar aumentos salariales. No tolero la mediocridad y mis estándares de excelencia son elevados —continuó con serenidad —. Estoy seguro de que haremos que Wax & Ink no solo crezca, sino que supere expectativas comerciales y también de los lectores. Gracias por estar esta mañana. Pueden volver a lo suyo.

Los aplausos fueron conservadores, pero sinceros. Todos entendían que Knox no estaba vendiéndoles humo. Preferían a un jefe directo antes que a uno que prometiera estabilidad y, a la primera de cambio, empezara a despedir gente. Les sorprendió que recién esa mañana anunciaran la llegada del nuevo propietario, pero consideraron que quizá también fue lo mejor para evitar más especulaciones. Morgana les informó que los involucrados en su proyecto editorial, Chronos, recibirían instrucciones sobre los pasos a seguir y también sabrían cuánto dinero adicional recibirían. Una vez que la mujer se marchó, los empleados empezaron a salir para volver a sus responsabilidades, pero no sin antes estrechar la mano de Knox. Él intercambió unas pocas palabras con cada uno, como era necesario en estos casos.

Knox se dio cuenta de que Clarissa estaba haciendo todo lo posible por ignorarlo y pasar de largo. Así que fingió no conocerla y le preguntó si tenía alguna prisa. Al sentir que era el centro de atención de los compañeros que quedaban en la sala, ella apretó la mandíbula y esbozó una sonrisa sin alegría, le respondió que solo tenía mucho trabajo por resolver y no quería retrasarse. Knox le pidió que, si no era mucha molestia, se quedara para empezar con ella el análisis de su desempeño laboral.

Cuando el último de los empleados se marchó, él cerró la puerta de la sala.

Clarissa había tenido los mejores días que pudiera imaginar con Knox. Él no solo era encantador y sensual, sino que —sin saberlo— estaba enseñándole más sobre lo que era la libertad. No en el sexo solamente. Lo hacía en la forma en que la escuchaba divagar o hacer hipótesis, sin cortarla o decirle que estaba equivocada o haciéndola sentir que su opinión no contaba. En la forma en que aceptaba sus puntos de vista, cuando él le contaba de algún proyecto en Aussie Equinox. En la forma en que le ofrecía espacios sin invadirlos, pues no existía la necesidad de llenar de palabras los silencios, y eso era algo que Clarissa jamás tuvo. En la forma en que la animaba a que tomara la batuta para elegir, a pesar de ser un hombre dominante, qué hacer juntos.

Además de ir al teatro y a surfear —ella se alegraba de haber perdido aquel domingo entre las olas, porque la noche que pasaron fue más que memorable— él la llevó en motocicleta por la ciudad. Fue su primera vez en uno de esos aparatos, yendo a toda velocidad, viendo Sídney desde un ángulo diferente. Le encantó sentir el viento en el rostro y detenerse, a pesar del frío nocturno, en la cúspide de Dudley Page Reserve. La adrenalina mezclada con euforia y deseo provocó un beso eléctrico.

Aunque no se vieron todos los días, porque trabajaban y tenían asuntos paralelos por atender, las ocasiones en que lo hicieron contaron de verdad como un tiempo especial. Para ella, al menos. Ninguno hacía mención que cada vez el sexo era menos volátil y más pasional entre los dos, pero no solo desde la necesidad de desahogo, sino desde una posesión en la que marcar al otro —en un silencio que lo decía todo— era indispensable. A la par, Clarissa sentía que había más por conocer de Knox, pero no presionaba y dejaba que todo fluyera de forma orgánica. Las emociones que empezaba a sentir por él, aún no podía definirlas con exactitud y no se atrevía a elegir esa palabrita de cuatro letras. De hecho, la posibilidad la asustaba.

Ella, lo reconocía con pesar, nunca estuvo habituada a que un hombre la protegiera o en verdad prestara atención. Knox, sin embargo, era un mundo distinto. Por ejemplo, en una de sus noches juntos llegó a visitarla, después de una larga reunión en Aussie Equinox, llevando una bolsa de un famoso lugar de comida Thai. Ni bien cerró ella la puerta, la boca de Knox consumió la suya como si estuvieran saltándose el plato principal para llegar al postre. Sí, esa vez cenaron bastante tarde, porque la distracción de estar piel con piel fue una prioridad. Pero la razón de que Knox hubiera llevado comida no fue porque se trató de la hora de la cena, sino porque en alguna otra ocasión ella le comentó que la comida thai era su preferida. El hombre parecía recordar muchos detalles, como la forma en que tomaba el café: negro con una cucharadita de azúcar. Desde ese domingo, en que le habló de Uganda, sabía que Knox era con quien más segura se sentía, pero estaba en peligro de perder su corazón.

—Todo lo que describes —le había dicho Aubrey, una tarde en que quedaron para almorzar en un lugar cerca de Bondi Beach—, me parece como si una bomba de placer, deseo y algo más, hubiera caído sobre ti. Me encanta. En menos de dos meses, has dejado de salir con hombres que en realidad no te merecen para elegir solo uno —. ¿Estás enamorándote de él, verdad? —había preguntado con una sonrisa suave.

Clarissa había escupido un poco de Coca-Cola.

—Dios, Bree, no hagas esa clase de preguntas irracionales al mediodía. Tengo que regresar a trabajar y la idea es que vernos logre relajarme —había meneado la cabeza, mientras se limpiaba la boca con una servilleta—. Qué falta de consideración —habí comentado en broma—. No hablemos de temas complejos, por favor.

Bree había soltado una carcajada.

—Hace unas cuantas semanas, antes de todo el caos reciente que he tenido que sobrellevar con Gabriel, él me dijo que Knox es esquivo, pero que rara vez, desde que lo conoce, actúa como si no

supiera qué hacer con una mujer… contigo, específicamente —había comentado Aubrey—. ¿Qué le hiciste al encantador Knox?

Clarissa había esbozado una sonrisa.

—Supongo que ser yo —había respondido—. Bree…

—¿Sí? —había preguntado bebiendo un *Sex on the beach*.

—No sé qué voy a hacer cuando sepamos el destino de la editorial —había murmurado Clarissa jugando con el tenedor sobre los restos de comida—. No quiero dejar de verlo, pero tampoco puedo poner en riesgo mi empleo. Si él cree que le mentí y siempre supe que era el potencial comprador… —había soltado una exhalación.

—Me gustaría saber si en efecto Knox compró Wax & Ink, Clarissa, pero sería un poco sospechoso preguntárselo a él o a Gabriel —había replicado—. Sé que, sin importar el desenlace de la adquisición, encontrarás la manera de enfrentar el tema.

—A veces creo que tienes demasiada confianza en mí —había dicho Clarissa en un tono bromista, saliendo del restaurante y empezando a caminar por la playa.

Bree se había detenido sujetándola del brazo.

—Clarissa, sé que piensas que no me doy cuenta de que, al igual que yo, también has vivido momentos complejos sobre los que no hablas. No, no me tienes que decir que es o no es así, mucho menos intentar justificar algo. Somos amigas, y te quiero como a una hermana, pero sobre todo sé que ambas respetamos el derecho al silencio de la otra. Cuando te sientas lista, si alguna vez lo estás o así lo quieres, estaré para escuchar lo que sea que tengas que decirme. Si nunca lo haces, no te querré menos, pero recuerda que siempre cuentas conmigo —había expresado con cariño.

Las lágrimas habían asomado a los ojos de Clarissa.

—La bruja de Eliza va a llamar a recursos humanos, porque llego con el maquillaje deshecho —había dicho abrazando a Aubrey con un sollozo—. Gracias…

Se habían separado con una sonrisa.

—Clarissa, dos cosas. La primera: si Knox hace más que solo provocar placer y adrenalina, y crees que puedes explorar emociones en profundidad, arriésgate. El mejor amigo de Gabriel es de los pocos que sé que podrían merecer tu corazón. —Clarissa había abierto la boca para refutar, pero Aubrey había negado con la cabeza antes de seguir hablando—. La segunda: estoy organizando una cena para celebrar el primer contrato de W2, el nuevo departamento que creó Knox y que usa el *software* en el que trabajé con otras personas. Quiero que vengas, por favor. La pasaremos genial.

—Bree, Knox y yo no tenemos esa clase…

—Solo será una reunión de oficina fuera de la empresa —había replicado haciéndole un guiño—. Gabriel ha ofrecido su casa como punto de encuentro. Seremos un grupo de adultos que van a celebrar un acontecimiento exitoso, sencillo por ahora, y con gran potencial de crecimiento —había explicado con elocuencia—. Además, soy la organizadora y te estoy invitando. Si Knox va, pues genial. Si no…

Clarissa se había reído.

—¿Eres consciente de que es el socio de Gabriel y que también es su empresa? —había dicho con humor—. No quiero que se haga ideas de que intento atraparlo y que, de repente, me presento entre sus amigos o subalternos. No busco algo así.

—Ayer le comenté que hoy íbamos a vernos e iba a invitarte. —Clarissa la había mirado con curiosidad—. ¿Sabes qué me pidió? Que prefería pedírtelo él, pero que probablemente pensarías que era una cita e ibas a rechazar la propuesta.

Clarisa se había carcajeado.

—Siempre le digo que, las veces que salimos, no es una cita. Porque, en realidad, Bree, no sé qué está pasando ya entre los dos —había comentado, inquieta.

—Ah, tú y tus terminologías de evasión —había replicado Bree—. En todo caso, ya estás invitada. Al final, ¿qué diferencia existe entre

decir que estás enamorada y fingir que no lo estás? ¿Qué diría esa mente tuya, experta en palabras y significados?

—Que tengo una amiga bastante incómoda —había replicado Clarissa.

—Pero que siempre atina en sus percepciones, ¿o no?

—Yo… —había susurrado mirando a Bree—. No sé cómo asimilar todas las emociones que me provoca Knox. Necesito que mi mente esté un poco más serena.

—Sí, intenta hacer eso, pero deja de mentirte, Clarissa.

—No estoy haciendo tal cosa —había comentado la pelirroja con suavidad.

—Claro que no —había replicado Bree haciéndole un guiño.

Ambas se habían despedido, pero no sin que antes Aubrey le arrancara la promesa a Clarissa de que consideraría seriamente ir a la reunión de Aussie Equinox.

El recuerdo de aquella conversación con su mejor amiga se mezcló esa mañana con algo parecido a la ansiedad. No era un ataque como tal, no; solo estaba ansiosa, y aun así la sensación resultaba igual de molesta. La pequeña celebración en casa de Gabriel sería esa noche, pero la inquietud no tenía que ver con asistir o no, sino con lo que iba a suceder esa mañana en su oficina. Cuando fue a la sala de reuniones con sus compañeros de trabajo y vio entrar a Knox, que parecía cómodo con Morgana, Clarissa sintió deseos de acercarse y besarlo para dejar claro que ese hombre no se tocaba arbitrariamente. Sí, habría quedado como esas mujeres que tenían un tornillo suelto en la cabeza y que hacían cosas irracionales. Gracias a su sentido común, esos pensamientos, quedaron en su imaginación. Clarissa tomó una profunda respiración.

«¿Cómo era posible que Knox siguiera libre por la calle cuando debería estar arrestado por ser obscenamente guapo?». La debilidad de ella, lo reconocía, siempre habían sido los hombres inteligentes, pero no de un modo convencional. Si además eran atractivos,

aquello se volvía un cóctel letal. ¿Buenos amantes? Solo contaba con una experiencia, pero sabía que la mezcla de esos aspectos eran una fórmula casi imposible de repetir. Por eso, ver a Knox —sabiendo que era nerd de la literatura, genio con los números y algo *geek*— en su traje de Tom Ford a medida, jamás la aburría. Escucharlo hablar era todavía más interesante: esa mezcla de seriedad y encanto propio de alguien que sabía que el mundo estaba a sus pies podría resultar adictivo. A pesar de su embeleso de esos instantes, Clarissa pretendía salir lo antes posible de esa sala. Ella no estaba preparada para hablar de que él era ahora su jefe.

«¿Le diría Knox que este era el final de lo que compartieron? ¿O la acusaría de fingir no recordar que él era uno de los potenciales compradores del sitio donde trabajaba… Ese mismo lugar que prefirió no nombrar?». Al parecer, no importaba qué respuestas pudiera haber imaginado a esas preguntas, porque Knox le acababa de pedir que se quedara en la sala para hablar. Que quería conocer su rol en la editorial. Lo anterior tenía que ser una flagrante mentira, pero resultaba creíble. Siendo él un hombre meticuloso, no solo sabría cuál era su salario e historial laboral, sino que, además, conocería a la perfección el rol de cada empleado en el proceso editorial.

Por supuesto, ninguno de sus compañeros sospecharía nada, lo verían como algo natural. Además, ¿quién quería ser la primera víctima de un nuevo jefe que, si le apetecía, podría considerarlo no apto para el cargo y despedirlo de inmediato? Así que, ahí estaba ella, atrapada en la sala de reuniones , mientras la mirada verde refulgía. Pero no existía deseo en esas profundidades esquivas, sino una mezcla de enfado con toques de curiosidad y algo parecido a la desconfianza. A ella eso último le sentó fatal, porque sentía que era el reflejo de lo que jamás habría deseado ver en otra persona.

—Señorita Sneider, *scout* de Wax & Ink desde hace varios meses. O como alguien que conozco comentó: trabaja en comunicación —dijo Knox en tono burlón y empezó a caminar hacia ella. Por simple instinto, Clarissa retrocedió, hasta que su trasero tropezó contra el borde de la gran mesa ovalada de reuniones—. ¿Correcto?

—Mmm, en teoría es correcto. Para ser específica y muy exacta, tal como alguien que le gusta la precisión requeriría, soy lectora de manuscritos. O, si lo ajustamos a la jerga laboral en Australia: *scout* —replicó con suavidad. No imaginó este escenario, hasta que dieron las ocho de la mañana y llegó el correo de Morgana.

Knox la tomó de la cintura con facilidad, y la sentó sobre la mesa de madera. Apoyó las manos en la superficie, una a cada lado de Clarissa, atrapándola. Se inclinó hasta que sus narices casi se rozaron. Estaba enfadado y no lo ocultaba. Además, el aroma de ella —mango con vainilla— lo distrajo por un instante. El vestido verde oliva, semi-formal de oficina, le quedaba como un guante, delineando con discreción la anatomía que él tanto disfrutaba recorrer. No había nada provocativo en el atuendo; el problema para Knox era que conocía lo que había debajo, y también el tono y el sabor de cada centímetro de esa piel. Le costó no besarla en ese mismo instante.

—Vaya, ahora ofreces datos exactos, pero cuando te hice una simple sugerencia para recogerte en tu oficina, preferiste desviar el tema y utilizar otros argumentos. Me parece que, aunque puedes refutarlo, eso se llama verdades a medias —dijo con sarcasmo. Apretó la mandíbula y evitó que su concentración se diluyera —. Quiero una respuesta clara. ¿Ya sabías quiénes eran los potenciales compradores o interesados en adquirir Wax & Ink el día en que me conociste? —preguntó, tenso.

Clarissa sentía el pulso acelerado. «Jodido hombre y su imponente aura».

—No —susurró—, no lo sabía, Knox. Habría necesitado ser Nostradamus para predecir que iba a conocerte esa noche, y si hubiese sabido los nombres de los hipotéticos interesados en comprar la editorial, entoces jamás me habría ido contigo.

Knox intentó desterrar la sospecha y acallar el cinismo que crecía en él como un monstruo. Eso solía suceder cuando existían circunstancias que agitaban sus heridas del pasado y que estaban vinculadas a los engaños o intentos de aprovecharse de su posición

como millonario. Las palabras de Clarissa no contenían tonos de duda al expresarse, y esos ojos azules no eran un mar en calma, sino que lucían confusos.

—Entonces dime el porqué, y no te atrevas a mentir —expresó respirando con fuerza—. No soy un hombre que tolere bien a las mujeres falsas, Clarissa.

Ella lo miró con expresión dolida, y Knox se arrepintió de inmediato. Pero no iba a retractarse de sus palabras ahora, porque no quería repetir la debilidad de Gerard.

—Yo no soy falsa —murmuró Clarissa con los ojos llovidos—. He tenido que pasar muchos años lidiando con circunstancias que nadie de mi edad debería. He procurado protegerme y también proteger a mis padres de información que les haría daño. Soy selectiva en lo que digo y mi intención detrás no es engañar a nadie. Pero también soy una mujer que ama su independencia y este trabajo me permite mantenerme —explicó con suavidad. No veía la hora de salir de esa sala—. Cuando te escuché mencionar que tenías planes de comprar Wax & Ink, me preocupé. Así que esa fue la razón de que te hubiera dado un número falso… Después, en la oficina, los rumores de la adquisición mencionaban otros interesados y también que parecía estar todo en pausa. Por eso continué viéndote, pero subyacía el temor de que esto podría ocurrir. No quiero ser la mujer que se acuesta con el jefe ni arriesgar mi trabajo.

Knox la quedó mirando. Algo en él lo instaba a bajar el tono de su interrogatorio. La estaba tratando como si hubiera cometido un crimen, en lugar de hacer lo que pensó inicialmente: indagar sin acusar. Pero le fue imposible evitarlo.

—Fue la razón de que me hubieses dicho que no querías tener "citas" conmigo, cuando cada jodida salida juntos sí que lo es, ¿huh? —preguntó retóricamente y poco a poco sus piernas separaron los muslos de Clarissa, hasta que quedaron apenas separados. Ella lo observó con cautela. Él acercó más su rostro, como si quisiera rodearse de su adictivo aroma y, a la par, medir su autocontrol—. ¿Fue también el motivo de que hubieras sugerido que fuésemos un

puto secreto, como si tuviéramos quince años y necesitáramos escabullirnos de nuestros padres?

Clarissa tragó saliva. No podía hablarle de la reunión en Proyecto Horizon, porque sentiría que estaba abriendo una cloaca. No quería contaminar a Knox. Además, él buscaría la manera de ahondar en su relato y eso sería contraproducente. La extraña necesidad de protegerlo, la desconcertó, así como también lo hizo darse cuenta de que Knox poseía un nivel de desconfianza que sobrepasaba la media.

—Temía encontrarme con rastros de mi pasado —contestó siendo lo más fiel a la verdad sin comprometer lo que consideraba que era su seguridad. No le gustaba esta versión rígida y defensiva de Knox, como si buscara falsedad en sus respuestas —. Aunque terminó sucediendo esa noche —murmuró—. En todo caso, Knox, este empleo me da estabilidad, pero también es la forma en que busco a la hija de Nyaker —confesó. Si él empezaba a hacer pesquisas, si no se sentía conforme con sus explicaciones, porque ahora que lo conocía mejor sabía que era como un sabueso buscando pistas, descubriría tarde o temprano las citas que tenía con sus contactos.

Él frunció el ceño.

—Explícate, Clarissa. ¿Qué tiene que ver la hija de tu amiga?

—Algunas de las ocasiones que no podía quedar contigo —dijo mirándolo, porque no quería dar pie a malas interpretaciones—, en realidad estaba viéndome con otras personas. —Knox apretó los labios y su mirada se volvió una pócima oscura que prometía tormentas—. No en un plano romántico —se apresuró a aclarar— sino que, a través de la editorial, he creado una red de contactos. La mayoría son periodistas o profesionales. Nos hemos vuelto amigos. Quedo con ellos o ellas a tomar un café o cenar, y puedo preguntar cosas sin revelar demasiado. De mi salario reúno una cantidad de dinero para, en casos necesarios, pagar por documentos o información que ellos me consiguen. Información a la que no tendría acceso de otro modo.

Knox se pasó los dedos entre los cabellos. No le gustaba tirar del hilo de una madeja y ver que tenía tantas ramificaciones. Se preguntaba qué más ocultaba ella.

—Esperas que crea que no te acostaste con ninguno de esos "contactos", supongo —comentó Knox en tono venenoso—. Tsk, tsk. Parece que has pensado muy bien en qué clase de detalles manipular para crear un relato consistente, Clarissa. Porque para cada pregunta que tengo, las respuestas están muy bien organizadas.

Ella abrió los ojos de par en par. Le habría cruzado la cara de una bofetada, la merecía sin dudas, pero notaba que Knox parecía estar atrapado en un torbellino. No estaba justificándolo, sino tratando de comprender lo que se fraguaba en sus ojos.

—No, Knox —dijo con tristeza. Le estaba dando una verdad, pero él le contestaba con cinismo—. Lo que sucede es que soy una mujer inteligente y lo más seguro es que, tal como vi el ejemplo de tu cercanía hoy con Morgana, estés habituado a tratar con aquellas que pretenden serlo. Quizá te gusta escuchar argumentos mal construidos y te sorprende que, por una vez en tu vida, alguien sea coherente cuando dice la verdad. Ahora, si vas a despedirme, necesito que me lo digas —replicó ella.

Él se sintió como un idiota. Bajó la cabeza e hizo una negación.

—Clarissa…

Ella lo empujó, pero Knox se mantuvo inamovible.

—Esta noche es la cena que organizó Bree en casa de Gabriel —dijo apartando la mirada. No iba a derramar ni una sola lágrima—. Sé que es un asunto más social que laboral y que estarán tus amigos cercanos, a quienes no conozco. Voy a ir, porque me invitó mi mejor amiga, pero no vayas a creer que intento atraparte o algo similar.

—Clarissa… —insistió sosteniéndole el mentón—. Mierda. Yo…

—El código de ética de esta compañía no permite las relaciones entre compañeros de trabajo —interrumpió mirando hacia un punto

perdido en la sala, no a Knox. Su toque le quemaba y su perfume la envolvía como una seda suave que la invitaba a reclinarse buscando confort. Pero confort era lo que menos sentía en esos momentos—. Por la forma en que me has tratado esta mañana, asumo que algo ocurrió en tu pasado y que te llevó a desconfiar de una manera tan… visceral —expresó Clarissa—. No disfruto haciendo daño a las personas, y eso se traduciría en mentir con intenciones crueles o ruines. No he hecho tal cosa contigo, Knox.

—Esta es mí compañía y todo está bajo revisión, incluído el maldito código de ética que, por cierto, manejará las mismas políticas de Aussie Equinox —replicó observándola. Estaba furioso por su actitud insultante con Clarissa—. Así que la cláusula de no fraternización quedará eliminada con efecto inmediato. Tienes una mente aguda para ser una buena *scout*. Con esa capacidad de diseccionar tramas, argumentos y preponderar la esencia de una historia eres el perfil idóneo, Clarissa.

—No voy a acostarme contigo de nuevo, porque eres mi jefe —replicó—. Tampoco me apetece continuar hablando, pues, al parecer, todo cuanto salga de mi boca en estos instantes solo vas a refutarlo con acidez o con tu poco atinado sarcasmo.

—¿Quién está trabajando en el proyecto Chronos de Morgana? —preguntó Knox de repente. Primero atajaría estos detalles, antes de considerar hacer algo que hubiera preferido evitar: explicarle la razón de su actitud hostil y acusaciones sin más.

Ella frunció el ceño ante la pregunta. Clarissa era consciente de lo cerca que seguían; Knox, testarudo como siempre, había acercado todavía más el rostro. Se sintió enfadada y dolida, porque tras tantas semanas compartidas había pensado que él ya entendía la clase de persona que era. Pero no. Quizá su error había sido no querer mirar demasiado en el pasado de él. ¿Cómo hacerlo si temía que sus emociones se desbordaran? ¿Cómo hacerlo sin entregar más de lo que ya había dado? ¿Cómo hacerlo sin desgarrar ese frágil velo que sostenía el equilibrio, y que al romperse podía arrastrarlos a una profundidad emocional para la que ninguno estaba preparado?

—Charlie de diseño, Ernest de marketing, Eliza como editora senior, y yo…

—Bien, entonces estás despedida, Clarissa —dijo Knox.

—Oh… —dijo sin poder articular más palabras—. Entiendo.

—No, no lo haces —replicó Knox. Tenía que arreglar la estupidez que él mismo había provocado. Detestó ver el semblante sombrío en Clarissa—. Firmé una cláusula: Morgana llevará ese proyecto paralelo. Si resulta bien, podrá seguir usando la marca Wax & Ink; si no, se acaba todo. Pediré a Legal que modifique tu contrato: el actual quedará inactivo y, durante las próximas dos semanas, trabajarás como freelance. En cuanto la cláusula de no confraternización quede anulada, volverás a la nómina fija. No perderás beneficios. Tal como dijo Morgana, quienes formen parte de su proyecto recibirán doble remuneración —dijo Knox y bajó el tono, con la calma de quien encuentra una salida—: No voy a terminar lo que hay entre tú y yo.

Clarissa enarcó una ceja.

—Hasta donde tengo entendido, quizá debe ser que aún no he tomado el café de la mañana, las decisiones en estos casos son entre dos personas, ¿no? —replicó ella—. Salvo que, para este caso, necesites hacerle alguna consulta a tu amiga Morgana.

Él no sonrió. No había celos en la voz de la pelirroja, sino resentimiento.

—No ha sido mi amiga, ni mi amante —zanjó de raíz—. Es un contacto de trabajo que no ha logrado comprender el mensaje de que no estoy interesado en ella. Lo que otras puedan hacer o pensar, Clarissa, me da igual. Solo respondo por mí.

—Sí, bueno… —dijo sin concluir la frase. Ocultó su alivio de escuchar eso.

—Si de verdad no quieres seguir conmigo, en lo que sea que estemos construyendo, estás en tu derecho —dijo él con amargura, porque la idea de no volver a tenerla en sus brazos le parecía un sacrilegio. Esa era una verdad que lo preocupaba, pues no tuvo

jamás problemas en dejar de lado a una mujer—. No voy a comprometer tu talento, que es vital para la editorial, por un asunto personal. De cualquier modo, pasaré más tiempo en Aussie Equinox. Así que, decidas lo que decidas, el empleo seguirá siendo tuyo y no nos veremos tan seguido en este edificio. Y ahora que sé que este trabajo también te ayuda a reconciliarte con esa promesa que hiciste a Nyaker —añadió con suavidad—, sería un canalla si te la quitara por una decisión personal.

—Me acusaste de ser falsa y también de acostarme con otros hombres —dijo mirándolo—. Pensé que empezabas a verme de verdad. Imagino que es el proble…

—Te pido disculpas —expresó Knox, interrumpiéndola. Apoyó la frente contra la de ella. No tenía idea de qué carajos hacía con Clarissa, solo contaba con la certeza de que no buscaba lastimarla, y eso —al parecer— era lo que acababa de hacer.

Él extendió la mano y le acarició la mejilla. Sintió alivio de que no se apartara.

—Debería aceptar tus disculpas sin condición, porque sé que no eres la clase de hombre que se disculpa con frecuencia. Aunque aceptes errores —dijo Clarissa. Knox asintió—. Sin embargo, sí necesito dos cosas de ti. Primero, que me dejes marchar y que no intentes besarme o tocarme. —Knox soltó una exhalación y puso distancia entre los dos con lentitud—. Segundo, no merecí ser el blanco de tu severidad, tus actitudes a la defensiva o ese sarcasmo con tintes espinosos. Pero sí merezco saber las razones detrás. Te daré la gracia que me concediste el día en el que tuve el ataque de pánico: puedes elegir decírmelo o no hacerlo en absoluto. Aunque no te permitiré que me trates de nuevo como lo hiciste hoy. No te he dado razones válidas para cuestionar mi integridad —finalizó con suavidad y le extendió la mano.

Knox la tomó y la ayudó a bajar de la mesa. Con el impulso, quedaron muy pegados el uno con el otro. Demasiado cerca y también tentador. Pero en el aire quedaba pendiente un tema que ella acababa de trazar sobre el terreno de su relación. Así que no

importaba la fuerza del deseo, por ahora, lo que predominaba era la razón.

—Lo que acabas de pedirme es válido —dijo Knox con sinceridad —. Has abierto una parte de tu vida y me has dado más de lo que probablemente merezco. No suelo hablar de mi pasado con nadie… No es un tema que me traiga serenidad.

Clarissa quiso que la abrazara, pero prefería tomar aire y distancia por ahora. De paso podría buscar un café, porque no había alcanzado a tomárselo en el desayuno por las prisas de encontrar parqueo. Asumía, un buen lector era capaz de hacer deducciones bastante acertadas y que no eran prejuicios, que la desconfianza de Knox venía de algo importante. Tal vez, mucho más allá de la idiota de su ex. No descartaba que la mujer le podría haber sido infiel, y de ser ese el caso, qué falta de escrúpulos.

Pero ya no quería hacer conjeturas sobre Knox. Los días en que se reprimió de preguntarle más profundamente sobre su vida, para no terminar de quebrar la frágil barrera que impedía que quisiera mucho más que la pasión de él, ya habían pasado.

El final de sus silencios llegó con esta conversación. Mas no iba a presionar.

—Asumo que es así, Knox, pero no estoy presionándote. Solo te comento mi opinión de esta conversación… Si puede llamársele de ese modo —replicó Clarissa —. Sobre el contrato que me propones, gracias por sugerirlo, acepto esos cambios. Aprecio que recuerdes lo importante que es para mí el tema de Nyaker —murmuró.

Él no pudo evitarlo, lo intentó, pero falló. Extendió los dedos y le acarició los labios. Ella cerró los ojos. Knox se inclinó y besó la punta de la nariz de Clarissa.

—¿Qué hay del resto…? —preguntó Knox, refiriéndose a seguir viéndose.

Clarissa esbozó una sonrisa leve.

—No voy a tener sexo contigo en esta oficina —replicó.

Él sonrió de medio lado y la acompañó hasta la puerta.

—Entonces habrá que inaugurar un nuevo sitio —dijo enigmático, mientras ella salía. El sonrojo de Clarissa, antes de marcharse, le dio la pauta de que no había arruinado sus posibilidades del presente, a causa de los sinsabores amargos del pasado.

Knox era consciente de que todas las victorias eran temporales, y que no podía permitirse otro paso en falso que fuese impulsado por su desconfianza. No importaba que fuese o no justificada, Clarissa ni ninguna otra persona era culpable de sus nudos no resueltos. Su pelirroja era empática, pero, al igual que él, no toleraba tonterías ajenas. Aunque no pudiera delimitar qué diablos le provocaba ella con exactitud, más allá del deseo y de la placidez serena, cuando salían o tan solo hablaban, Knox tenía algo muy claro: no estaba dispuesto a dejarla escapar. Clarissa necesitaba a su lado a una persona que la protegiera, en lugar de hacerla sentir frágil; alguien que pudiera sostener sus miedos hasta lograr disolverlos, y darle el valor de entregarse por entero.

Él era un perfeccionista nato para temas profesionales, pero su falta de práctica en su vínculo con mujeres —más allá del sexo— lo frustraba, porque cometía errores. En esos temas de las relaciones íntimas, en un plano sentimental, no existían los cálculos exactos, pues todos los ingredientes no surgían de la mente lógica, sino de la parte emocional. La parte que había dejado desangrarse alejada de sus prioridades.

Knox regresó tras el escritorio. Soltó una larga exhalación.

Él sabía que el pasado no se limitaba a causar caos a la distancia o a cohabitar como memorias tóxicas, sino que siempre encontraba cómo cobrar sus deudas. El detalle, tal como la letra pequeña de los contratos, es que era imposible calcular desde dónde o cómo llegaría el tiro de gracia. Lo que sí garantizaba era dolor y tinieblas.

CAPÍTULO 11

Después de la discusión que tuvieron en la editorial, Clarissa no se quedó más tiempo —como a veces solía hacer— leyendo textos para adelantar trabajo. En cambio, salió de la oficina y usó la tarjeta de regalo para un masaje que Aubrey le había dado dos meses atrás. Con el móvil apagado, la música serena, y la esencia de lavanda en el ambiente, así como las manos expertas de la masajista, casi se queda dormida. Ella no solía incurrir en esta clase de indulgencias, así que fue muy agradable consentirse. Por otra parte, no podía negar que su discusión con Knox la dejó un poco triste. Clarissa sabía, mejor que nadie, lo que significaba llevar un trauma a cuestas y, por ende, cómo era la reacción cuando una situación se convertía en un detonante de esas memorias.

Solo le quedaba analizar si esa relación con él podría avanzar, hacia el camino que fuese, o si Knox preferiría que se alejaran o si ella decidía hacerlo primero. Lo cierto es que no podía dejar el destino o su felicidad en manos de otra persona, aunque esa persona fuese el hombre que la cautivaba y hacía que se sintiera cuidada. Mientras se vestía en el baño de la cabina del SPA, Clarissa apoyó las manos sobre un espejo de cuerpo entero, mirándose. Estaban solo ella y su reflejo, además del silencio.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó a su imagen—. Hoy no tienes salida, porque has llegado a un punto en el que necesitas ser sincera ante la única persona que de verdad importa: tú. Así que, Clarissa Hazel, ¿qué diablos es lo que sientes por Knox Wentworht? —dijo con un suspiro—. Te encanta, porque es inteligente y guapo. Te seduce, porque sabe cómo tocarte, hasta que vibres de placer. Te cautiva, porque su experiencia en la vida y su mente culta son irresistibles. Te saca de quicio, porque es terco y arrogante cuando quiere algo. Te provoca admiración, porque conoces la historia de

cómo trabajó codo a codo —hasta el amanecer, durante semanas— con Gabriel para levantar Aussie Equinox. Te hace reír como ningún otro, y comparten un sentido del humor parecido. Te hace sentir valiosa, porque no te pide que cambies tu forma de pensar, sino que te escucha y —si no comparte tu opinión— te pide que le expliques con más argumentos para tratar de entenderte. Te protege…

—¿Señorita Sneider, todo bien? —interrumpió la voz de la masajista.

Clarissa llevaba un poco más del tiempo habitual mirando su reflejo.

—Oh, sí, disculpe. Estoy terminando ya de vestirme —expresó. Las cabinas del SPA tenían un baño privado con ducha. Así que ella optó por ganar tiempo y bañarse, porque luego tenía la cena en casa de Gabriel. En casa elegiría otra ropa y se maquillaría—. Solo creo que se me pasó un poco el tiempo —dijo con amabilidad.

—No pasa nada, solo quería saber que todo estaba bien. La espero a la salida, por favor, continúe disfrutando de nuestras instalaciones. Si requiere algo, avíseme.

—Gracias —murmuró soltando una exhalación.

Todavía no terminaba su mini-charla consigo misma.

Se puso con rapidez la falda y se recogió el cabello en una coleta.

—Bien —dijo mirándose al espejo. Llevaba la bolsa en el hombro y estaba a punto de salir—. Entonces, Clarissa Hazel, te quedaste en la parte en que enumerabas las razones por las que estabas enamorada de… —se detuvo abruptamente. Cerró los ojos. Ese no había sido el tono de esa conversación consigo misma—. Mierda… —susurró con un nudo en la garganta. Abrió los ojos con suavidad, como si volverse a mirar implicara enfrentarse a alguien que no iba a permitirle dejar pasar este desliz. Que en realidad no era un desliz, sino su subconsciente hablando la simple verdad—. No, no Clarissa Hazel, no estabas enumerando las razones —tragó saliva, nerviosa, mientras continuaba hablándole a su reflejo— para entender qué sentías por Knox. En realidad estabas enumerando las razones por

las que estás enamorada de él. Así que, lo que corresponde preguntarte es qué vas a hacer con este conocimiento…

Clarissa meneó la cabeza. El corazón le martillaba en el pecho.

«¿En qué lío me he metido?», se preguntó en silencio. Dudaba que él pudiera corresponderla, no mientras las cadenas del pasado siguieran sujetándolo. Le había dicho que detestaba los cabos sueltos, y eso era, en esencia, lo que representaba la ex. ¿Qué pasaría si regresaba y, a pesar de haberlo dejado plantado en el altar, lo que alguna vez sintió por ella resurgiría? Clarissa no podría soportarlo. Por eso, confesar lo que llevaba dentro era una decisión que, por ahora, no estaba dispuesta a tomar. ¿Qué sentido tenía, si ni siquiera sabía si él algún día podría corresponderla? Exhaló con fuerza. Tendría que ser cautelosa. Aunque tarde o temprano la sinceridad sería inminente, pues no tenía la fuerza de llevar más secretos sobre sus hombros. Esta aceptación de sus sentimientos por Knox era todo lo que podía permitirse. Para una mujer que jamás se había enamorado resultaba abrumador y excitante a la par.

Fue al garaje del SPA y subió al coche.

Encendió la radio para escuchar *Cruel Summer* de Taylor Swift.

Durante el camino de regreso recibió el inesperado mensaje de Tom Aldwin. Al ver el nombre, se quedó estupefacta y luegó soltó un grito de emoción. Ella había escrito cada día al correo de la web pidiéndole una reunión, también obtuvo el número de teléfono gracias a uno de sus colegas periodistas. Se apresuró a leer. El escritor le dio la dirección de la casa, una fecha, y le expresó que si no tenía un argumento sólido para que él considerara pisar Wax & Ink, lo mejor sería que se ahorrara el viaje. Clarissa respondió al instante confirmándole que estaría visitándolo en el día señalado.

El semáforo se puso en verde, y ella aceleró.

Continuó manejando con una sonrisa y menos meditabunda. Se sintió emocionada, porque se visualizó ganando ese veinte por ciento de aumento salarial. El mensaje de Aldwin le acababa de devolver el optimismo ante la posibilidad de avanzar más rápido en

sus pesquisas para saber qué había sucedido con el bebé de Nyaker. Quizá tardaría meses o incluso años en dar con las respuestas, sí, pero no le importaba. Quería hacer todo cuanto estaba a su alcance para sentir que le daba paz a esa Clarissa de dieciséis años que hizo una promesa. De hecho, la situación no era tan desalentadora, pero intentaba ser realista: habían pasado ocho años. Por otra parte, Larry Burrel, un periodista de su red, le mencionó días atrás que lo enviarían a Uganda para cubrir una revuelta política. Clarissa estaba considerando ofrecerle pagar tres días extras de su estancia para que, personalmente, él hiciera la investigación. Porque eso era lo mejor, al menos así lo consideraba ella, en lugar de continuar con intermediarios que conseguían documentos —costosos— pero que no aportaban mayor claridad.

Clarissa soltó una maldición al verse obligada a aparcar dos cuadras más lejos de su casa, porque algún vecino desconsiderado había ocupado su espacio. Su tiempo estaba casi cronometrado para llegar a la casa de Gabriel, además sería la primera vez que visitaría ese lugar y no quería llegar tarde. Bajó del coche y caminó con rapidez.

Se detuvo en seco cuando vio a Knox con el hombro apoyado contra el marco de la puerta, un tobillo cruzado sobre el otro y con un ramo de flores Flannel en la mano. No llevaba la misma ropa de la oficina, sino que parecía haber ido a cambiarse. Llevaba pantalones caqui, una camisa blanca y zapatos oscuros. El cabello estaba peinado hacia atrás. «Universo, ¿por qué me torturas de este modo? Acabo de darme cuenta lo que siento por él, y decides enviármelo en un empaque de regalo para acelerarme el pulso», pensó. Al notar que ella se acercaba, Knox le dedicó una de sus encantadoras sonrisas, pero no las que solía esbozar con facilidad sin que existiera de verdad una genuina emoción de placidez detrás. Ella sintió algo parecido a un aleteo de mariposillas en la panza. Subió los tres escalones con lentitud, hasta llegar a él.

Quedó a su lado y elevó el rostro, porque Knox era alto. Aspiró la colonia masculina que la envolvió como una promesa de compañía

galante, pero que también dejaba entrever toques de aquel lado más primitivo que ocultaba el costoso atuendo.

—Hola… —murmuró Clarissa.

Él hizo un asentimiento breve, sin borrar la sonrisa, a modo de saludo.

—Le marqué a Aubrey para un asunto de la oficina y me preguntó si irías conmigo a la cena, porque le habías comentado que tenías cita en un SPA al final del día —dijo y le entregó las flores. Ella murmuró un agradecimiento, sonrojada—. Me di cuenta de que nunca hablamos de esa cena. Supuse que estarías buscando aquietar tu mente y que llamarte sería desconsiderado. Así que decidí venir en persona, ya que no encontré razones para echar abajo la puerta del SPA, si me hubiese enterado de que un hombre puso las manos sobre ti para intentar que te relajaras —dijo, serio.

Ella soltó una risa. Luego aspiró el aroma limpio y a miel ligera de las Flannel.

Saber que estaba enamorada de él, y ahora tenerlo frente a ella, pareció redimensionar las emociones que Knox solía provocarle cuando estaban tan cerca: placidez, excitación, sensualidad y protección implícita. Cuando la verdad veía la luz del día, no era posible volver a esconderla, porque sería como tratar de detener un rayo con las manos: inútil. Aceptar emociones, positivas y negativas, era una forma de sentirse libre, como ahora, a pesar de que esta realización la llenaba de inquietud. No se trataba de un *crush*, por supuesto que no. Estos eran fáciles de olvidar. Clarissa tenía la certeza de que Knox sería inolvidable sin importar qué ocurriese entre los dos.

—Supusiste bien —replicó ella—. Necesitaba esa quietud, pero ¿cómo sabías que no era un hombre el que estaba dándome el masaje? —preguntó con suspicacia.

Knox sonrió en modo arrogante, sexy inclusive, pero sin intentarlo siquiera.

—El SPA que mencionó Aubrey es diseñado por mujeres, para mujeres. La dueña es una de mis primas —dijo con el aplomo habitual—. ¿Te gustan las flores? —preguntó en un tono con levísimo toque de inquietud. Como si temiera haberse equivocado. Clarissa sonrió con un asentimiento—. No son una ofrenda de paz, si crees que es lo que representa el blanco. —Ella enarcó una ceja—. La flor Flannel es como te percibo a ti: suave y elegante, capaz de iluminar cualquier lugar con su presencia, pero también con la fuerza salvaje de resistir incluso la oscuridad más vil. No es la flor que representa a una mujer falsa, menos a una que va de cama en cama.

Ella esbozó una sonrisa suave. Entendía lo que estaba haciendo: reafirmando su disculpa, sin darla con esas palabras. «El hombre es sutil a su modo», pensó.

—Knox, entiendo el trasfondo y lo aprecio —expresó mirándolo. Él nunca se afeitaba por completo y ese toque de una barba de cuatro días, le quedaba magnífico—. Lo que has hecho ha sido dulce y considerado —concluyó Clarissa.

Él sonrió de medio lado y se acercó a ella un poco más.

En toda la jornada de trabajo él no logró salir de esa condenada oficina, porque Morgana había dejado un desorden monumental a nivel de registros financieros. Le iba a tomar un par de días hasta que el sistema digital, que implementaría, cobrara fluidez. Así que, entre dar instrucciones, recibir llamadas y analizar el estado interno de Wax & Ink, apenas tuvo un respiro. Además no quiso invadir el espacio de Clarissa, después de la discusión que tuvieron, pidiéndole que se acercara a su nuevo despacho.

Lo anterior habría generado habladurías y sabía que ella no lo hubiera tomado bien. Por eso Knox consideraba que le tocaría establecer algunas reglas nuevas, hasta que el código de ética quedara implementado. Irónicamente era él, pues Clarissa nunca hacía insinuasiones de buscar algo diferente, quien sentía la inclinación de dejar en claro que la pelirroja era suya. Knox quería definir lo que estaba pasando entre los dos, y por definir se refería a

que resultara evidente que ya no se trataba solo de follar. Esa etapa ya la había pasado semanas atrás, pero él no sabía cuándo cambió todo. Tampoco tenía relevancia ahora. No era un pelele incapaz de darse cuenta de que, en verdad, tenían una relación exclusiva y que el sexo era un plus espectacular, pero había más. ¿A qué podría referirse con "más"? Knox necesitaba una pausa para descifrarlo.

—Dulce no es un adjetivo con el que podrías describirme, pero entiendo que te han gustado las flores —replicó él ayudando a Clarissa, que se reía, a abrir la puerta —. No vas a ir a casa de Gabriel sin mí, y esa es la razón por la que he venido.

Entraron y encendieron las luces.

Ella lo miró por sobre el hombro. Necesitaba acicalarse para la cena.

—Eso sonó más a una orden, Knox, y ya sabes cuánto detes…

No le dio tiempo a completar la frase, porque él acortó la distancia con rapidez, le sujetó la nuca firmemente con una mano y la mejilla con la otra, para luego besarla.

Ella soltó un gemido y lo abrazó, acariciándole la espalda con las uñas sobre la tela de la camisa blanca. Knox la besó como si fuese su primer y último beso a la par, como si no fuese a dejar de besarla nunca. Había algo profundamente lacerante en ese contacto, pues era lo más parecido a sellar el corazón con fuego. Sus lenguas bailaron como si fuera un tango argentino: acompasadas, provocadoras y haciendo vibrar cada fibra de sus sentidos. La música eran los gemidos del otro. El público silencioso era el corazón de ambos que latían con brío desbordado, reconociéndose vívamente, pero, aun así, discretos y cautos de expresarse en voz alta. Clarissa dejó en ese beso su nuevo descubrimiento emocional; no solo besó a Knox con pasión, sino con ese amor que no pidió sentir, pero que el universo plasmó en su destino. No pudo evitar preguntarse cómo se sentiría Knox si alguna vez le decía la verdad, pero decidió que por ahora iba a disfrutar y dejar que la realización de sus sentimientos se asentara.

El magnate rompió el beso de repente. Respiraba agitado y excitado.

—No puedo perderme la cena de hoy, porque marca el éxito de un proyecto que llevo un largo tiempo desarrollando. Tú, tampoco, porque la cena la organiza Aubrey. Así que —le tomó el mentón entre los dedos— corre, antes de que te atrape.

Ella quiso desafiarlo y olvidarse de todo, pero él tenía razón en que era algo importante para celebrar entre colegas, así como para Aubrey. Clarissa esbozó una sonrisa pícara y, en un acto de absoluto descaro y picardía, le acarició el miembro con la mano sobre el pantalón. Sin mirar atrás fue con rapidez a su habitación, pero no sin antes escuchar la promesa gutural de Knox de que iba a cobrarle esa osadía.



Clarissa escuchaba las risas alrededor de la mesa y se sentía a gusto. La casa de Gabriel era preciosa y el patio había sido decorado con informal elegancia. No había buffet, sino tres camareros que estaban encargados de cubrir la necesidad más mínima. Los presentes sumaban diez personas. La dinámica era agradable y relajada. A pesar de que todos los amigos del anfitrión eran millonarios, ninguno hizo intentos de remarcar sobre sus posesiones, sino que se dedicaron a hablar de anécdotas graciosas.

A ella le gustó escuchar una interesante discusión sobre la ética en el uso de la IA, entre todos, especialmente lo que opinaban los cuatro empleados del nuevo departamento: W2. Lo anterior incluía a Aubrey. El grupo brindó con champán por el primer contrato que era de un millón y medio de dólares. Los amigos de Gabriel asistieron, no porque tuvieran algo que ver con Aussie Equinox o sus negocios, sino porque —dicho por el mismo CEO— siempre que era posible, desde que podía recordar, entre todos tenían la buena costumbre de

celebrar los éxitos de los otros. En ocasiones lo hacían durante la partida de Póker de los jueves o en alguna salida.

Clarissa tuvo la oportunidad, porque todos la incluyeron como si ya fuese parte del grupo, de hablar sobre su pasión por los libros, su trabajo como *scout* y también contó alguna que otra anécdota. Pero, la mayoría del tiempo se dedicó a observar y escuchar con atención cómo era la dinámica del grupo. Por otra parte, el viaje en coche desde su casa a la de Gabriel fue tenso, porque el pulsante hilo eléctrico que lanzaba descargas entre ella y Knox era muy fuerte. Clarissa creía que si Ancelot, el chofer, no hubiera estado conduciendo, jamás habrían llegado a la reunión a tiempo o llegado simplemente. Además fue un alivio ver a Aubrey, las dos eran las únicas mujeres, y se sentaron juntas, pues siempre tanía tanto de qué hablar. No le pareció nada extraño a Clarissa sentir sobre ella la mirada de Knox, cada cierto tiempo, durante la velada. Podía comprender la razón: el beso que se dieron fue un aperetivo insuficiente. El detalle importante era que nunca parecían saciar las ganas del otro.

Clarissa se alegró viendo a Knox rodeado de personas con las que se sentía en plena confianza; se notaba en la forma relajada en que bromeaba. Él ya le había mencionado que, a pesar de tener un círculo social amplio y una vida social dinámica, prefería un entorno más privado. A ella le resultó significativo que, al llegar, la presentara él mismo ante todos, en vez de dejar que lo hiciera Aubrey —lo esperado, considerando su amistad y el hecho de que organizó aquella celebración—. No dijo qué etiqueta los definía, si acaso eran novios, amantes, lo que fuese, pero el gesto de mantener la mano en su cintura le pareció una definición suficiente: estaban juntos.

Después del postre, los ingenieros y especialistas se retiraron, no sin antes agradecerle a Gabriel y a Knox por darles la oportunidad de trabajar en W2. En la casa, alrededor de la diez de la noche, solo quedaron los amigos de los socios de Aussie Equinox: Oleg, Jesse y Chase. Optaron por dirigirse a una de las salas. Los hombres parecían tener mucho de qué hablar, pero las incluían a ella y a Aubrey. Eso fue algo que a Clarissa le agradó, porque le gustaba

compartir sus puntos de vista. No importaba si las opiniones ajenas no coincidían con las suyas, ella aprendía de todos.

—Hay algo que no me quito de la cabeza —dijo Jesse. Guapo a su manera, rubísimo y de ojos celestes, parecía un vikingo en plena forma—. Es raro ver a Knox comportarse como un adulto, lo cual me alegra, porque lleva años en deuda con la madurez. —Las risas estallaron alrededor—. Quiero saber qué lo llevó a dejar de esconder a su novia y traerla, al fin, a una reunión para conocerla. —Hizo una pausa, girando hacia Clarissa—: Por cierto, me has parecido encantadora, pero si este tipo —señaló a Knox con el pulgar— ya te aburrió —le guiñó un ojo— puedo presentarte mejores prospectos. Solo dime qué características buscas y lo haré posible. ¿Vale?

Chase rodó los ojos, Oleg soltó una carcajada y Gabriel lo siguió, como si ya esperaran de Jesse ese tipo de comentarios absurdos que, aun así, lograban arrancar sonrisas. Knox, que tenía un vaso de coñac en la mano, bebió con calma sin reírse.

Clarissa abrió los ojos de par en par. Se sentía el centro de atención, algo que no le gustaba particularmente, pero mantuvo la serenidad. Se preparó para la clásica respuesta que daría un hombre frente a sus amigos cuando no era una relación seria.

—Jesse —comentó Knox con humor, sin sonreír—, no sé si recuerdas una ocasión en la que te partí la nariz por insultar mi afición a llevar un libro todo el tiempo. Nunca te dije el porqué de mi reacción tan abrupta. Bien, ya que has mencionado el tema de la madurez, te lo diré: siempre llevé un libro porque encontré en sus páginas respuestas cuando todo lo demás fallaba. Pero Clarissa es ese ejemplar único que no se presta ni se muestra a cuanto ignorante hay alrededor. Porque cuando abres ese libro, ya tiene escrito un nombre de a quién pertenece. *Un solo nombre* —enfatizó —. Si no quieres que vuelva a partirte la nariz —sonrió—, evita mezclar "otros" en la misma línea en que hablas de ella. ¿He sido claro, pedazo de zopenco? —preguntó, sin aclarar que si el término "novia" que Jesse usó, era erróneo o no.

El aludido, que no se ofendía por nada, soltó una carcajada y luego asintió.

El resto de amigos miraron a Knox con una mezcla de alegría y también sorpresa por el comentario tan firme, porque todos se habían sentido cabreados cuando lo dejaron plantado en la iglesia y notaron cómo él se volvía más hermético. Aubrey, que estaba en el sillón junto a su mejor amiga, Clarissa, le susurró un discreto: "*Por eso mentirte a ti misma y estar ciega a la vez puede resultar peligroso. ¿No te parece a ti?*". La pregunta iba en referencia a la conversación que tuvieron días atrás en Bondi Beach.

—Mil disculpas, honorable Knox —replicó burlón, elevando las palmas de las manos en señal de rendición. Luego miró a Clarissa, la mujer tenía una expresión de que no sabía qué hacer con ese comentario—: Retiro la posibilidad de presentarte a otros prospectos —señaló su propia nariz— ya que esta reconstrucción fue costosa.

Clarissa soltó una risa suave, y asintió, pero sentía su mundo agitado. ¿Qué significaba ese comentario de Knox? Un hombre defendiéndola ante sus amigos era novedoso. Estaba acostumbrada a que sus novios, los dos únicos formales que tuvo, hicieran bromas absurdas o actuaran como gallitos menospreciando sus opiniones.

—No quiero peleas en esta casa, jovenzuelos —dijo Gabriel con mofa—. Knox posee tendencia a entablar demandas legales por errores ajenos, y Jesse conoce a los mejores abogados para defenderse. No quiero quebraderos de cabeza en el caso de que al resto de ustedes se les ocurra hacer sus clásicas apuestas a ver quién gana.

Todos se rieron. Gabriel St. James no era conocido por bromear, así que cuando lo intentaba sus palabras siempre estaban tintadas de sarcasmo. El grupo de amigos era muy unido, a pesar de sus diferencias de caracteres. Los unían eventos trágicos, en particular uno que había golpeado mucho a Gabriel. Las desventuras adolescentes, en especial si involucraban dolor y culpa, marcaban cicatrices indelebles.

—Quedó un poco de postre —intervino Aubrey—. ¿Solicito que sirvan más? —preguntó, porque había contratado, junto con Dhalia, un servicio de catering magnífico. Si tenían el presupuesto sin límites, obviamente, no iban a escatimar.

—Una mujer en búsqueda de mi corazón —dijo Jesse llevándose la mano al pecho—. Acepto, hermosa Aubrey, que pidas más tiramisú. Podemos compartir.

Gabriel enarcó una ceja.

—Si Knox te parte la nariz, yo te dejo sin dientes, Jesse. Cierra el pico.

El otro hombre se carcajeó y se encogió de hombros.

Pronto, el tono de la conversación cambió por completo, cuando Oleg le pidió consejo a Chase sobre un asunto de licencias de propiedad intelectual para explotar una marca de accesorios de lujo en aeropuertos internacionales. Luego pasaron a temas económicos desde un punto de vista global y cómo estaba afectando la guerra de tarifas arancelarias a la estabilidad mercantil. Aubrey, que captaba con facilidad la esencia de esos temas, prestó atención, pero se involucró más cuando hablaron de tecnología. Eso la apasionaba y era la razón de que tuviera empleo en Aussie Equinox.

Clarissa, en cambio, estaba distraída porque la parte numérica la aburría, aunque eso no significaba que dejaba de apreciar que este grupo de millonarios no solo era de hombres que heredaron una fortuna, sino que de forma individual habían construido sus negocios. Además, era evidente que sentían un genuino afecto entre todos, como si fuese una pequeña hermandad que se gastaba bromas. Ella escuchó que uno de ellos, Oleg, le comentó en voz baja a Knox —no lo suficiente, pues Clarissa alcanzó a captar una parte de esa información— que Catherine estaba en la ciudad, pero desconocía las circunstancias de su regreso. Eso dejó a Clarissa en un estado de incómoda alerta, aunque resultaba obvio que la noticia fue una novedad para Knox, pues lo vio fruncir el ceño al escuchar a Oleg. Sus inseguridades afloraron como espinitas invadiendo sus pensamientos, porque desconocía la historia de ambos y esa

ignorancia para Clarissa sí era una desventaja. No quiso dar a entender que el comentario de Oleg la había afectado, porque, en verdad, lo escuchó por accidente.

Aubrey la miró con una expresión interrogante al ver que se ponía de pie, pero Clarissa solo le sonrió y le señaló hacia un punto lejos de la sala: el baño. Una de las camareras le indicó cómo llegar: por el extenso corredor y luego a la izquierda. Cuando entró, soltó el aire que había contenido los últimos minutos. En realidad no tenía ganas de usar el servicio, sino solo de estar un instante a solas. Se lavó las manos para relajarse. Su mente era un carrusel de pensamientos asociados con su trabajo en la editorial y también sobre cómo iba a sobrellevar los siguientes días con Knox. Durante esas semanas, en las que pretendía ignorar sus sentimientos, le parecía más fácil engañarse diciéndose a sí misma que todo estaba bien y que no hacía falta buscar drama haciendo tantas preguntas. Pero, a la vez, otra parte de sí —la que era más sensata— le exigía que dejara de escapar y lanzara todas las interrogantes que tuviera.



Cuando salió al cabo de unos minutos, Knox la estaba esperando fuera. La expresión del magnate era serena, pero también seria. Ella cerró la puerta detrás y se acercó.

—¿Qué pasó? —preguntó Clarissa con suavidad.

—Desapareciste sin más, y quiero saber si te incomodó algo en la reunión —replicó en un tono de voz firme—. Mis amigos pueden ser algo idiotas, pero nunca tienen la intención de causar problemas. Aunque diré que Jesse sí es la excepción.

Ella soltó una risa suave.

Knox la tomó de la mano y la guio por la mansión de Gabriel con rapidez. La propiedad era igual de grande que la suya, y la conocía muy bien porque solía ir con frecuencia cuando él y su mejor amigo

tenían planes de trabajo inminentes. Empujó la puerta de una habitación que llevaba a la sala de juegos: una mesa de pool, sillas altas alrededor de un bar surtido, un sofá grande en una esquina y una pantalla gigante. No iba a incurrir en la estupidez, por más que deseara locamente a Clarissa, de llevarla a una de las habitaciones de invitados. Cuando follara con ella, lo haría en su cama.

—No me ha incomodado nada, Knox —replicó—. Creo que tienes la suerte de contar con un grupo de amigos tan sólido como ese. Las bromas son las usuales. Por cierto, ¿qué van a decir porque tú y yo desaparecimos de repente? —preguntó.

—Me tiene sin cuidado. Ellos saben que más les vale meterse en sus asuntos —dijo él—. Lo que cuenta es que vine, porque quería saber por qué te marchaste.

—Necesitaba usar el baño…

—Intenta decirme la verdad —replicó enarcando una ceja.

Clarissa bajó la mirada. No podía decirle lo que sentía, pero sí otra cosa.

—Escuché a Oleg mencionar a Catherine… y que está en la ciudad. —Él hizo una mueca—. Sé que es un asunto pendiente para ti, pero ignorar lo que pasó entre ustedes me deja en desventaja. Entiendo que lo nuestro no incluye exigencias sobre lo personal, lo sé, pero no puedo evitar sentir que ella es un fantasma en tu forma de relacionarte con las mujeres. No sé si hubo infidelidad y por eso reaccionaste tan severamente, como ocurrió esta mañana, en la sala de reuniones de la editorial —dijo.

Knox le sujetó la cintura con ambas manos.

—Ha sido un error de mi parte no aclarar con anterioridad algo importante, Clarissa —expresó él con seriedad—. Lo que tú y yo tenemos puede haber empezado de un modo mundano, práctico: placer a cambio de placer. Pero hace varias semanas que dejó de serlo. No hago por otras mujeres lo que hago por ti: intentar protegerte o interesarme genuinamente por saber quién eres y qué estimula tus sentidos.

—Knox…

—Tú no eres una aventura. ¿De verdad piensas que dormiría con una mujer a la que solo veo como un desahogo sexual, abrazándola en mitad de la noche para callar sus demonios? ¿Crees que perdería el tiempo llamándola, interesándome por cómo está en los días de su período, cuando ni siquiera hay posibilidad de acostarme con ella? —preguntó el CFO, alzando las manos para enmarcar el rostro de Clarissa.

Los ojos azules de Clarissa lo observaban con algo más que simple interés, pero Knox no alcanzó a descifrar de qué se trataba. Él estaba demasiado concentrado en hacer esta precisión, y en trazar con palabras lo que debió dejar claro mucho antes.

—Oh —susurró ella. Esta era la primera vez que hablaban frontalmente del estatus de lo que estaba ocurriendo entre los dos —. No, sé que no —dijo y elevó los brazos para rodear el cuello de Knox. En esa postura se sentía siempre más a gusto.

—Exacto, por eso, cuando no negué ni acepté el comentario de Jesse de que eras mi novia, no fue porque no tuviera importancia hacerlo, sino porque primero necesitaba que tú comprendieras que sí lo eres —expresó con franqueza—. No he tenido una novia formal desde hace tiempo. Pero si hubiese tenido que elegir quién merecía ser la primera en tener ese privilegio en mi vida, bajo mis estándares y a pesar de mi cinismo, habrías sido tú. Así que dime, Clarissa, ¿estamos en la misma página?

Ese breve intercambio le ofrecía a ella un terreno más firme para sostener sus emociones. Aún no quería exponerlas —todo era demasiado reciente—, pero al menos había una estructura, palabras que les daban forma y conciencia de lo real. Tal vez, más adelante, podría decirle a Knox que lo quería. Definir el estatus de una relación no garantizaba amor, pero abría la puerta para que este surgiera sin miedos. Ella desconocía casi todo de las heridas de Knox, y era vital comprenderlas antes de saber si alguna vez podría quererla o si, por el contrario, ella tendría que apartarse. Para Clarissa había una sola línea que no iba a cruzar: nunca se quedaría en una relación donde

no fuera correspondida. No había planeado enamorarse, por supuesto, pero siempre supo qué podía, y qué no podía, aceptar cuando llegara ese momento.

—No tienes idea de cómo esta conversación borra la ansiedad de no saber si de un momento a otro considerarías alejarme de ti o si yo, por los miedos e incertidumbre, lo habría hecho primero —replicó Clarissa, devolviéndole la misma sinceridad—. Si me ves así… entonces sí, Knox. Estamos en la misma página. —Él soltó una exhalación e hizo un asentimiento, dedicándole una sonrisa—. Pero quiero saber la verdad de lo que sucedió con tu ex. Si todavía tienes sentimientos por ella…

Knox la guio hasta el sofá y la instó con suavidad a sentarse a horcajadas sobre él. Quería tenerla de frente, sentirla cerca, como si esa intimidad bastara para devolverle el control. No soportaba la idea de que ella pudiera sentirse incómoda entre sus amigos; su instinto protector se encendía de inmediato cada vez que Clarissa mostraba la más mínima señal de vulnerabilidad. Por eso, cuando vio en la mañana que fue el causante de que ella tuviera los ojos llovidos, se cabreó consigo mismo.

Por otra parte, comprar flores no era su estilo, así que intentó tener un gesto con Clarissa que fuese fiel a su propia personalidad: algo práctico y simbólico, que fuese elocuente. Ella ya había pasado por suficiente trauma en la adolescencia como para ser él quien sumara situaciones en las que hubiera una pérdida de control, al menos fuera de la cama. Pero se alegraba por la respuesta que ella acababa de darle en estos instantes. Quizá si Oleg no hubiera mencionado a Catherine, y Clarissa no hubiese escuchado, Knox no habría tenido que sacar ese tema en esta conversación.

—No me gusta mencionarla —dijo con disgusto por el pasado—. La conocí en un evento en el que Dionisius me la presentó y me causó intriga. Su profesión como pediatra y su trabajo ocasional con Médicos Sin Fronteras me pareció encomiable, así que empezamos a charlar. Ella me habló de una propiedad estilo victoriano que era de su familia y con la que no sabía qué hacer —relató en tono simple—.

Debes saber, Clarissa, que mi sentido de la ambición y la competitividad no tienen límites. Quizá no cruce los rangos de lo que se considera legal, pero llego a extremos con tal de que aquello que tengo en la mente pueda materializarse.

Ella ladeó la cabeza, mirándolo con curiosidad.

—¿Entonces usas los márgenes grises para no causar conflicto con tu sentido de la ética o lo que está bien? —preguntó suspicaz. Knox hizo un asentimiento.

—Sí. Mi interés fue primero por la casa y sabía qué palabras decir o qué gestos tener para suavizar la negativa de Catherine a vendérmela. —Clarissa hizo una mueca—. Así que manipulé toda la relación, hasta que ella cedió. Cuando llegamos a ese punto: la propiedad era mía, los planes para convertirla en una galería de arte y a la par una cafetería mezclando ambos concepto estaban listos, y creí que mis sentimientos estaban comprometidos. Así que decidí confesarle la verdad del porqué me interesé en estar juntos —explicó—. No fue mi mejor momento, lo admito, pero intenté ser honesto. Tuvimos una discusión muy grande y nos alejamos un tiempo.

—Yo me habría cabreado mucho… —dijo Clarissa—. Te habría dejado.

Él se rio con acidez.

—Fue lo que hizo Catherine en un inicio. Después, logramos zanjar las diferencias y volvimos a estar juntos. Le presenté a mi familia y también a mis amigos. Parecía encajar, aunque siempre me quedaba una duda que no podía definir con exactitud. Quizá debí recordar que fue Dionisius quien me la presentó, pero en ese entonces ya tenía como antecedente el porqué forjé una relación con Catherine: por la casa. Así opté por mirar hacia adelante —relató Knox sin mayor emoción, porque revivir esa época le causaba aburrimiento—. Creía que ella quizá era la persona con la que podría compartir un futuro. Salvo por temas cotidianos, no discutíamos; no existía fuego o emociones viscerales de posesividad, además

siempre me dejaba salir con la mía y parecía encajar en el rol de una compañera idónea para un empresario.

Clarissa, aunque había pedido saber la verdad, ahora comprendía mejor que nunca el porqué decían que "las verdades duelen". En su caso la parte dolida era su ego femenino. Saber que el hombre que amaba estuvo a punto de casarse con otra. No estaba contradiciéndose, en realidad quería saber el trasfondo del pasado sentimiental de Knox, porque sería el único modo de entender algunas de sus reacciones o pensamientos. Todo lo anterior no anulaba que le causara incomodidad.

—Le propusiste matrimonio… —comentó. No olvidaba que él le había comentado un par de veces, que le gustaba que su fuego, que siempre le dijera lo que opinaba y que exigiera en la medida que entregaba. Era clarísimo que su relación con Knox era explosiva, intensa y encajaban muy bien. A diferencia de lo que tuvo con la ex —. Aunque según todo lo que me describes, me parece una mujer aburrida.

Él sonrió de medio lado, no la contradijo.

—Sí, porque ella me aseguró que me había perdonado por el tema de la casa y que en verdad estaba enamorada de mí —dijo con un toque cínico—. El amor siempre ha sido un tema del que prefiero huir, me escoce el concepto detrás, así que jamás le confesé unos sentimientos que no tenía. En cambio, la llené de joyas y obsequios. Eso parecía hacerla sonreír, lo cual tan solo validaba mi certeza preexistente de que todas las mujeres buscaban solo eso de mí: dinero e influencia.

—Knox… —meneó la cabeza—. ¿Aun así, ella aceptó casarse y tú seguir?

—Qué estúpido fui, ¿verdad? —preguntó retóricamente—. En mi intento de controlarlo todo y ser pragmático, inclusive cuando no debía, perdí de vista lo más importante: una mujer siempre tiene detrás un cuchillo para clavar en la espalda.

—Eso es falso. No todas estamos hechas de la misma madera, Knox —expresó, pero sabía que él hablaba desde la experiencia del pasado. Lo que no sabía era si esta experiencia continuaba teniendo influencia en su actual vínculo con ella.

—Eso es probable —replicó sin comprometerse, porque no quería entrar en debates en esos instantes—. En todo caso, no le propuse matrimonio con un anillo. Sino que le di un brazalete de oro con esmeraldas y diamantes que era el favorito de mi abuela Lorelei. Ella fue lo más cercano a una figura materna para mí. Consideré justo que si la casa victoriana que era de la familia de Catherine me pertenecía, sería congruente que yo le entregara algo que formaba parte de la mía —se rio con acidez —. Solo supe que Catherine, en verdad, nunca me perdonó. Su venganza fue dejarme plantado el día de la boda, humillarme ante cientos de personas —concluyó Knox.

—Ella siguió contigo, después de que le dijeras la verdad, pero nunca te perdonó en realidad —meneó la cabeza—. Qué hija de perra tan vengativa. Entiendo que ninguno de los dos empezó con pie derecho esa relación, pero también creo que pudieron zanjar diferencias sin necesidad de llegar a los extremos que tuvo ella…

Knox sonrió de medio lado, no era alegría, sino veneno hacia Catherine.

—En realidad, cuando la fui a encarar a Nueva York, aparte de no devolverme el brazalete de mi abuela —el anillo que le di me dio igual— me confesó la verdad.

—¿Qué verdad…?

—Dionisius le ofreció cien mil dólares, luego de que se hubieran encontrado en casa de amigos en común, si ella me dejaba plantado en el altar. Además de que le ofreció hacer una donación a cualquier organización sin fines de lucro que ella eligiera —dijo—. Supongo que ninguna de esas ofertas resultaba fácil de rechazar. ¿No?

Clarissa extendió la mano y le acarició la mejilla con suavidad. Él giró el rostro y besó el interior de la palma. Se miraron en silencio.

Luego, Knox continuó el relato.

—Ahora comprendo el porqué de tu animadversión hacia él, el día de la gala de la ONU —dijo Clarissa, horrorizada por la confesión. ¿Cómo pudo esa idiota preferir el dinero a la cercanía y compañía de un hombre como Knox? A ella se le hacía algo inconcebible, porque no habría suficiente dinero en el mundo que valiera para alejarse de él—. Te salvaste de una vida miserable al lado de alguien que solo por ambición es capaz de traicionar de ese modo, Knox. Vamos, ella pudo haberte dicho que no quería casarse contigo, pero, ¿por dinero? —meneó la cabeza—. Así que, al final, le devolviste el golpe a Dionisius con tu amenaza de los puertos en Italia. ¿No?

—No era una amenaza. Ayer la policía italiana allanó las oficinas de ese imbécil y también hubo una inspección en sus barcos —replicó con una sonrisa arrogante.

Ella elevó ambas cejas.

—Entonces fue tu manera de retaliar por el pasado. ¿Por Catherine?

—Por ti —dijo Knox mirándola fijamente—. Se atrevió a acercarse, tocarte y a dirigirte la palabra aquella noche, pero, especialmente, te hizo sentir incómoda.

—Oh… —susurró Clarissa, y él le acarició el labio inferior con el pulgar—. Pero si ella está en la ciudad, ¿qué tal si siente arrepentimiento y quiere hablarte?

—Solo hay algo que quiero de ella: el brazalete de mi abuela Lorelei que se negó a devolverme. Las joyas, al morir la abuela, fueron repartidas entre mis primas. Yo me quedé con esa pieza y alguna otra. Todas tienen un valor sentimental, no monetario. Por eso cuando regresé a Australia sin el brazalete, luego de ver a Catherine en Nueva York, me afligí —replicó—. Pero ya no quiero hablar de ella.

Clarissa aceptó que era el final del camino con esta conversación. Mas no implicaba que no se verían. Al menos tenía la certeza de que él despreciaba a la ex.

—¿Y qué es lo quieres ahora, entonces? —preguntó ella.

—Tus besos y tus gemidos. Sin un orden en particular —replicó antes de acortar la distancia para besarla. Fue un beso largo, profundo y sin urgencia, a pesar de que las manos de ambos volaban sobre el cuerpo del otro. Tan solo se detuvieron cuando necesitaron tomar aire. Knox, apartó el rostro—. Pero no aquí. En mi cama.

CAPÍTULO 12

Cuando sus pies tocaron la arena, el viento continuaba zumbándole en los oídos, el corazón galopaba con la adrenalina de haber surcado el cielo rodeada del mar, las rocas que bordeaban esa área de la playa y las aves que la acompañaron. El parapente se agitó a su espalda con un último crujido, mientras los asistentes la ayudaban a despojarse del equipo de seguridad. Todavía creía percibir el aire mezclado de algas, sal y ese indiscutible toque de libertad. Se quitó el casco protector con facilidad y buscó a Knox con la mirada, pues él había aterrizado primero. Su sonrisa se borró cuando vio que una mujer le tocaba el brazo, sonriéndole con confianza, al hablar.

Después de la reunión en casa de Gabriel, unas semana atrás, las salidas con Knox se volvieron más públicas. No es que se hubieran escondido, aunque ella lo planteó al inicio de la relación, sino que él le pedía que fuese su acompañante en alguna cena o reuniones en el club de golf. La presentaba como su novia, la mostraba con orgullo y nunca daba prioridad a otros si ella no se sentía a gusto. De hecho, durante una tarde de sábado, en una barbacoa, uno de los invitados le comentó a Clarissa —en modo despectivo— que las mujeres tenían que estar pariendo bebés, en lugar de jugar a subir la escalera corporativa. Clarissa le contestó que eso era misoginia, y el hombre replicó que ella tenía demasiadas opiniones y que, precisamente por eso, validaba su punto de que era mejor que tuviera hijos para ocupar su mente más productivamente. Knox no le dio un puñetazo al hombre; se contuvo, aunque con dificultad. No necesitaba macharse las manos, porque el golpe que lanzó fue mucho más certero: le advirtió que se encargaría personalmente de que jamás obtuviera el aval para ingresar en Chef Coure, el club exclusivo donde se movían los contactos más codiciados para hacer negocios. Era una condena silenciosa, y el otro lo supo al instante.

Después de eso, Knox no perdió más tiempo: aunque tenía pendiente una conversación con el cónsul de Londres en Sídney, decidió marcharse del evento.

—¿Por qué hiciste eso? Me comentaste que el cónsul podría abrir una importante vía para uno de tus proyectos con Gabriel —le había preguntado Clarissa.

—Mientras estés conmigo, pelirroja, y te lleve a un evento, es mi prioridad que te sientas bien. Si eso no ocurre, en especial a causa de un petrimete como el de hace un rato, nos marchamos —había replicado, a la par que salían en el coche a toda prisa.

—Yo puedo lidiar con esa clase de idiotas.

—No lo dudo —había dicho, mirándola cuando se detuvieron en una luz roja—. Mi intención no es anular tu voz, belleza, sino protegerte cuando puedo.

—Oh, Knox, ¿qué voy a hacer contigo? —había susurrado—. Y dices que "dulce" no te define —había sonreído extendiendo la mano para acariciarle la mejilla.

Él la había mirado de reojo cuando el semáforo cambió a verde.

—Perverso puede ser un adjetivo sexual interesante —había replicado—. Así que compensaré tu mal rato usando algo que queme y provoque placer a la par.

Ella había tragado saliva.

—¿Y qué sería eso?

—Cera caliente comestible sobre tu sexo y tus tetas —había replicado.

Clarissa había soltado una carcajada incrédula. «Este hombre, Dios mío».

—Knox, no puedes decirme esas cosas —había meneado la cabeza, sonrojada.

—Sé que te excita que te hable de ese modo, y te anticipe lo que planeo contigo —había dicho deslizando la mano libre bajo la falda,

separando las bragas y acariciándole el sexo desnudo—. Mmm, muy mojada, pelirroja. Supongo que puedo agregar usar una de mis corbatas para restringir tus movimientos y comerte el coño.

—¡Knox! —se había carcajeado y luego gemido cuando él siguió tocándola.

—Ese ese el único nombre que vas a gemir el resto de la tarde, Clarissa.

Por supuesto, no había sido una amenaza, sino una promesa y la había cumplido. Poco a poco, a medida que pasaban las semanas, Clarissa había perdido el miedo a las posibilidades de que aparecieran fantasmas del pasado. Sentía que lo más probable era que el último de ellos hubiera tenido la misma suerte de los otros tres: la muerte. Convenciéndose de que podía empezar a vivir sin temores, abrazando el amor que sentía por Knox y los días maravillosos que pasaba fuera y dentro de la cama con él, sabía que el cristal con el que ahora observaba su realidad era más ligero. En cada ocasión que hacían el amor, Clarissa estaba a punto de confesarle lo que sentía. Pero en este aspecto era cobarde. «¿Cuánto tiempo más podría guardar esa verdad?».

En la editorial, el proceso de actualización del código de ética ya había sido instaurado, pero ella acordó con Knox que no tendrían sexo en esa oficina. ¿Qué hizo él? La llevó una noche a Aussie Equinox, cuando ya no había nadie en las instalaciones; le mostró el área, sin duda, pero también le comentó que tener sexo sobre su escritorio era una fantasía que necesitaba cumplir con ella. Clarissa agradeció que fuesen los únicos presentes, porque estaba segura de que sus gemidos se habían escuchado desde el piso dieciocho, hasta el primero. Fue una noche excitante en la que ella también probó los límites de Knox. Él solía querer manejar las riendas, así que Clarissa lo desafío a que intentara contener esa inclinación y le cediera el mando.

Sin duda, podía decir que esta era la época en la que más tranquilidad había sentido en mucho tiempo. Sí, existían ligeros resquicios de inseguridad, porque no existía una varita mágica para

borrar las suspicacias propias de las malas experiencias, sin embargo, sentía que sus cicatrices ya no la encadenaban. La soltaban paulatinamente. Cuando Knox la miraba, ella sentía que le daba una fuerza silenciosa para limpiar su armario de vestigios sombríos. Esa fuerza la hacía desear más, inclusive volver a agarrar la vieja cámara que había dejado en casa, aquella que no llevó a África. Claro, tan solo eran etapas tempranas de ese empuje. Knox había aportado a su vida momentos especiales, pero también le ofrecía, sin saber, algo parecido a un refugio.

Pero ahora, viéndolo desplegar su encanto con esa rubia, se agrió su humor. Clarissa llevaba esta tarde un bikini azul que destacaba sus curvas y también acertaba en combinarse con el tono de sus ojos. La parte inferior estaba cubierta por un short. Jamás se sentía inferior a ninguna otra mujer, no importaba si era guapa o millonaria o exitosa. Ella estaba orgullosa de su cuerpo, así como también era consciente de que despertaba interés del sexo opuesto sin proponérselo. Pero, cuando sí se lo proponía y flirteaba, la pasaba muy bien. Al menos hasta que llegaba la parte de concretar algo más allá de sonreírse y conversar con frases en doble sentido. Había vivido durante años intentando vencer su miedo a los hombres. El temor se desvaneció cuando Knox apareció en su camino. Así que, por supuesto que se sentía posesiva con él. Sentía que con ese hombre, ella podía ser tan libre como quisiera, y eso incluía reclamar su sitio.

—Hola, soy Clarissa —dijo presentándose ante la mujer de bikini negro. Bueno, si es que podía llamársele bikini a esos dos pequeños trocitos de tela.

La rubia apartó la mirada de Knox, que estaba de espaldas a Clarissa.

—¿Te conozco? —preguntó la desconocida con fastidio.

—No, no la conoces —intervino Knox sosteniendo a la pelirroja de la cintura en un gesto casual—. Birdie, ella es mi novia y la causa por la que llevo un rato diciéndote algunas razones por las que sería complicado ser parte de tu club swinger.

La mujer abrió los ojos con sorpresa ante lo que consideró una indiscreción.

—Ah, qué interesante —interrumpió Clarissa—. Qué bueno conocerte, Birdie. ¿Sabes? Me encantan estas tendencias sexuales tan esparcidas por el mundo y la idea de compartir ese lado picante que todos tenemos. —Birdie frunció el ceño, y Knox sonrió de medio lado por la osadía de su novia—. Espero que Knox te haya explicado, ya sabes lo encantador que suele ser, la verdadera razón de su negativa.

—Oh… No, para nada —replicó la vecina del millonario, frunciendo el ceño.

Clarissa miró a la mujer con una sonrisa resplandeciente. Su mano estaba jugando, a propósito, con el trasero de Knox, apretándole las nalgas. La tal Birdie no podía ver el gesto. A la pelirroja le dio igual si otros, que estaban en la playa, sí lo notaban. No lo hacía de forma grotesca, sino que eran toques juguetones y pícaros.

—No es que mi novio sea descortés, Birdie, pues tiene una reputación de siempre regalar sus sonrisas y tambie´n de hacer pasar un buen rato con sus conversaciones, a menos que lo cabreen, claro —dijo Clarissa riéndose con suavidad.

La rubia esbozó una sonrisa, altiva.

—Sí, lo conozco hace algún tiempo —dijo Birdie—. Tenemos historia…

—La razón por la que no puede entrar en un club swinger —comentó Clarissa— es porque estamos probando la poligamia, y ya tenemos suficientes parejas. Pero créeme, agradecemos tu generosidad, Birdie. Lindo nombre por cierto —sonrió.

Knox en ese instante echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Sin importarle que la rubia estuviera enfrente, tomó a Clarissa de la cintura y la giró para besarla apasionadamente. Fue un encuentro de sus lenguas, breve, pero lleno de fuego y abierto deseo. La clase de besos que estaban prohibidos cuando había público alrededor. La playa de Freshwater no estaba llena, pero a

ellos poco les importaba; tampoco estaban haciendo nada obsceno. Cuando se separaron, Clarissa tenía los ojos chispeantes de picardía y sensualidad. Knox la observó con anhelo y admiración.

Birdie ya no estaba por ninguna parte.

Alrededor, la gente se preocupaba por sus propios asuntos y el océano.

—Así que poligamia, huh —murmuró él con humor tomándola de la mano.

Ella se encogió de hombros, mientras caminaban hacia la mansión de Knox que quedaba a pocos minutos. La idea de hacer parapente había sido de él. Clarissa, a pesar de que era arriesgada, el asunto de estar colgada en el aire, como si fuese una cometa, nunca llamó su atención. Lo que hicieron esta tarde, sí era la aventura más loca en la que hubiera aceptado embarcarse. Mas no se arrepentía. La sensación de estar surcando el aire, rodeada de naturaleza y nutriéndose de adrenalina, fue fabulosa.

—Fue lo que se me ocurrió, ya que estabas en aprietos y en una situación en la que parecía imposible que dejaras de sonreír con tanta simpatía —replicó, y él se rio—. Sé cuánto aborreces estos asuntos de hacer charlas breves sin sentido con extraños, pero, tal como mencionó tu *amiga*, parece que ambos comparten —se dio un par de golpecitos en el labio, como si le costara recordar—, ah lo tengo: historia.

La superficie más cercana que había era la mesa del comedor. Knox la apoyó sobre el borde, le separó los muslos con las piernas, y Clarissa esbozó una sonrisa.

—¿Por qué estabas celosa? —preguntó desatando la parte superior del bikini—. Qué lindas tetas, Clarissa —susurró inclinándose para lamerlas. Le supieron a toques de sal ligera, madurez y la escencia de la sensualidad propia de su amante.

Ella enterró los dedos en los cabellos de Knox. Maniobró con dificultad, pero logró quitarle la camiseta. Él usaba las manos para juguetear, tentar y disfrutar de los montículos blancos de picos

rosáceos. Recorrió las areolas con la lengua, marcando con avidez una estela eléctrica cada partícula viva del cuerpo femenino. Poco a poco, entre besos, mordiscos y gemidos, Knox la dejó totalmente desnuda en la mesa.

—No te detengas, por favor —pidió Clarissa cuando él dejó de succionarle un pezón—. Quiero que te desnudes también, te quiero sentir dentro de mí, Knox…

Él removió el bañador y ya no hubo capas que los separaran físicamente.

—Responde a mi pregunta, pelirroja —dijo el CFO con el torso subiendo y bajando. Le separó más los muslos con las manos, exponiéndola por completo ante él. Con los dedos le frotó el clítoris humedecido—. Mmm, qué coño tan sexy —lamió el dedo que contenía el sabor dulzón del sexo femenino— es una adictiva delicia.

Ella gimió y frunció el ceño. Sus sentidos estaban embargados de un anhelo no satisfecho, pues el hombre que podía proveerle alivio perdía el tiempo hablándole.

—Porque no me gusta verte con otras mujeres —replicó agitada, sosteniéndole el rostro entre las manos e inclinándose luego para morderle la boca.

Solo bastaba que sus labios se conectaran para crear un cortocircuito, como si cientos de voltios se unieran en ese toque íntimo. Eso creaba alta sensibilidad y una ola expansiva de sensaciones mutuas, pues —en este caso— iban acompañadas de caricias subidas de tono. Mordiscos en las tetas de Clarissa, succiones en los pezones erectos; masturbación con firmeza sobre el pene duro y vibrante de Knox y rasguños suaves sobre los pectorales cincelados. Eran dos chispas que al unirse provocaban una hecatombe sensorial. Para Clarissa, el aroma natural de Knox se asemejaba a un hechizo que la volvía loca, hambrienta y lujuriosa; ella siempre pensaba en que resultaba delicioso que un hombre dominante tuviera labios tan suaves y calientes.

Knox la instó a que le rodeara la cintura con las piernas, sin dejar de besarla, y fue con ella al patio trasero. El sol brillaba en el cielo de la ciudad con menos fuerza a las cuatro de la tarde, pero mantenía el calorcito propio de esa hora. Sin hacerle ninguna clase de advertencia, abrazándola fuertemente, se lanzó con Clarissa a la piscina. Ella salió a la superficie con una bocanada de aire y los ojos abiertos de par en par. Knox no le permitió que se alejara, sino que la mantuvo con firmeza contra su cuerpo. El agua recorría el rostro pecoso y él le apartó los cabellos rojizos y suaves.

—¡Knox! ¡¿Es que te volviste loco?! —preguntó ella riéndose, mientras le golpeaba el hombro macizo, sin fuerza—. Esta es la mejor manera de apagar la pasión.

Él le guiñó un ojo y la apoyó contra los azulejos, en la parte más honda.

Le fascinaba escucharla reír —a ella, que había sobrevivido a un infierno en África— y descubrir que era él quien provocaba esas carcajadas. La confianza absoluta de Clarissa, y su confesión de sentirse segura a su lado, lo estremecían de una forma que Knox no podía ignorar. «¿Cuándo había sentido algo tan genuino, tan capaz de sacudirlo por dentro? Nunca». Clarissa era una mujer distinta, y despertaba emociones que él creía muertas desde que supo quién era en realidad Athina Wentworth. Lo tenía claro: no pensaba dejarla ir. Ni de su casa, ni de sus brazos. Quería más momentos con ella. La deseaba cerca, porque su presencia lo desafiaba a ser una mejor persona.

—A juzgar por cómo estoy de duro, la pasión es el menor de los problemas —replicó en tono pícaro. Las gotas de agua se deslizaban por su mandíbula. Sus ojos verdes refulgían con el resplandor del sol que paseaba a ratos sobre su rostro varonil.

—Sí, pues parece que tu cuerpo no tiene problemas con el asunto del deseo o las mujeres que se lancen hacia ti para contarte cosillas, ¿verdad? —preguntó ella.

Knox sonrió y la atrajo más contra él.

—No estaba flirteando con Birdie, sino que tiene un contrato con Aussie Equinox y estaba explicándome algunas novedades. En ocasiones la encuentro en la playa, pero no estoy interesado. Además, estaba esperando a que estuvieras en tierra.

Clarissa jugueteó con el cabello oscuro y esbozó una sonrisa sexy.

—¿Es así? —preguntó—. Oh, Knox —gimió cuando él posicionó la erección en el vértice de su sexo. Movió las caderas y, poco a poco, sintió cómo la ensanchaba.

—Totalmente —replicó el magnate—. Aparte, solo existe una mujer a la que deseo y que es la razón de que a veces me distraiga en la oficina. —Ella tenía las piernas alrededor de la cintura masculina, y se sostenía por la inercia del agua y también al aferrarse a los hombros de Knox—. Lo anterior es, sin duda, un gran problema cuando soy el encargado de las finanzas y su equilibrio —dijo besándola.

Clarissa movió las caderas, y el agua alrededor se agitó. El miembro viril entró hasta lo más profundo de su sexo, sacudiéndole los sentidos y haciéndolos vibrar alto.

—No sé si podría soportar verte con otra. No quiero compartirte —dijo ella, vulnerable. Desnudos en el agua, con la tibieza del sol y los ligeros rastros de la brisa, Clarissa rozó su boca con la de él. En ningún instante dejó de mirarlo a los ojos.

Knox le besó el cuello, lo recorrió con la lengua y luego le mordisqueó la oreja. La sintió temblar. Los senos estaban apenas cubiertos por el agua, y la sensación de que estuviera mojada —literalmente— resultaba magnífica. Estar anclado en el interior de Clarissa era exquisito. Esta urgencia carnal mutua parecía predestinada, idílica e inevitable. Como si sus cuerpos hubieran sido diseñados para el gozo del otro.

—No existe competencia para ti, belleza —dijo Knox chupándole un pezón, y estrujándole las nalgas con las manos, mientras se movía con suavidad dentro de ella—. Me has logrado cautivar con tu inocencia —entró y salió de ella— con tu mente brillante —entró y

salió de ella otra vez, firme y duro— con la rebeldía de tus pensamientos y el riesgo que tomas conmigo, porque confías en que voy a protegerte siempre que estés a mi lado —entró y salió varias veces—. Con la integridad con la que trabajas, y la nobleza que posees al pensar en quienes tienen menos recursos o posibilidades que tú. Si a todo eso le sumas que eres jodidamente sexy y vienes en un empaque que me vuelve loco, entonces ten la seguridad de que no hay otra para mí.

Los dedos de Clarissa clavaron su fuerza en la piel de los hombros de Knox. Un gemido lleno de ansias y necesidad brotaron de su garganta, mientras él continuaba entrando y saliendo de su humedad; lo hacía con intensidad brutal, pero Clarissa no deseaba ser poseída de ninguno otro modo. Cada célula y cada nervio de su cuerpo estaba sincronizado con la presencia de Knox, y bailaba al son de su toque.

—No soy usualmente posesiva… —jadeó cuando él se quedó anclado en ella. Las palabras de Knox le brindaban una reafirmación que calmaba sus inseguridades.

—Entonces me alegra de que esa particularidad sea mutua —replicó bajando la mano hacia el centro en el que se unían sus cuerpos íntimamente, le frotó el clítoris.

—Knox… —gimió contra la boca de él, cuando lo sintió salir por completo de su vagina, tan solo para volver a embestir con tanta determinación que ella se quedó sin resuello. Un gemido escapó de sus labios, le costaba respirar, pero en ese instante él era su aire, su mundo, y todas las fantasías conjuradas en un acto tan salvaje como primitivo, pero que, a la vez, contenía tanta emotividad y pasión—. Quiero más.

—Contigo no cometería el error infame de restringir la pasión que me provocas —con las manos recorrió con rapidez los senos, los costados, la espalda, las piernas y el sexo—, cada parte de ti es devorable y este coño, irresistible —gruñó.

—Oh, por Dios, sigue hablando así y voy a correrme en segundos…

—Mírame, Clarissa —exigió en un tono profundo. Su cuello estaba tenso por la urgencia de continuar, pero necesitaba que sus miradas estuvieran conectadas.

Clarissa enlazó sus ojos azules con los verdes de Knox.

—Hay algo en tu mirada, más allá del placer —gruñó cuando ella se inclinó para besarlo y hacer que se callara. Sucumbieron al beso, un largo y sensual instante, pero las acometidas de Knox continuaron su ritmo firme, pulsante y demencial.

—Me llenas tanto… Este deseo que me provocas es uno que jamás he sentido —confesó Clarissa, porque era la verdad. Aunque las palabras de Knox le dieron a entender que él estaba consciente de que había mucho más ahora—. Sigue… Sí…

—Tan perfecta —dijo mordiéndole el cuello—, tan mía.

—Tuya… —confirmó con emoción y un nudo en la garganta.

Ella sintía el corazón acelerado, pero no tenía relación con el sexo o la excitación propia de esta deliciosa locura en la piscina. Aquí se trataba de que Knox, que con cada toque, e inclusive con sus palabras de reafirmación, destruía su intención de contener sus emociones más puras. Clarissa sabía que su rostro y su mirada tenían que ser expresivos, dejando desnuda su alma, mientras se conectaban con la de Knox. La dedicación sexual de él, le recorría hasta la partícula más pequeña de su cuerpo.

—Dilo, Clarissa… —pidió Knox en un gemido, leyendo finalmente lo que existía detrás de la pasión y los gritos de ansias por llegar al clímax de Clarissa. Sus ojos verdes se incrustaron en los de la pelirroja como acero candente, rompiendo de un tajo las últimas defensas que ella aún intentaba mantener. Pero Knox lo entendió todo—. Dilo, por favor, porque si no lo haces, creeré que estoy imaginando cosas… —gruñó cuando ella le mordió el labio inferior—. Y no soy un hombre de fantasías. A menos que esas fantasías lleven tu nombre y el exquisito aroma de tu sexo —dijo.

Ella lo miró con absoluta franqueza, a punto de correrse. El mundo estaba lleno de unos colores inimaginables, su cuerpo se

encontraba al punto del paroxismo, y su corazón estaba tan lleno de un amor que no podía contenerse, que al fin explotó.

—Knox… —dijo en una plegaria sin fuerza, a punto de desnudar su alma.

—Por favor, dime si no estoy imaginándolo —pidió él con un gruñido fiero.

Clarissa lo miró con lágrimas sin derramar cuando él volvió a entrar en ella. Las emociones la sobrepasaban; la mirada de Knox la desarmaba, pero su abrazo era suficiente para devolverle la certeza de estar a salvo. Que con él siempre lo estaría.

—Estoy enamorada de ti… —susurró jadeando, sosteniéndole el rostro entre las manos con un fervor que rompía todas las emociones previas. Él agradeció su confesión en un beso abrasador, humilde, fiero y lleno de algo parecido a la ternura.

Knox sentía como si le hubiese pedido a un dios del Olimpo que le concediera un deseo secreto, y este lo había enviado en forma de mujer. Las palabras de Clarissa, dichas con el temblor de esa voz suave, el brillo de los ojos azules y mezclado con una expresión de entrega sexual absoluta, fueron su ruina, pero también su salvación.

Esta era la boya que no supo que había necesitado a su lado, para escapar de las fauces infames de la disidia, la mentira y los engaños. La miró, cautivado, por la forma en que cada gemido brotaba de esa boca, el modo en que se movían sus curvas en cada embestida, el aleteo de las pestañas tupidas y los vidriosos ojos azules que sostenían los suyos. Knox continuó entrando en Clarissa, haciéndola suya y reafirmando con su cuerpo lo que él aún no verbalizaba. Quiso tratar de engañarse, tantas noches, pensando que ese calor que se expandía en su pecho, el martilleo incesante en su corazón, y esa incapacidad de borrar el nudo en su garganta cuando la besaba, la veía sonreír, la escuchaba debatir o susurrar durante el clímax, solo era parte de los efectos de una pasión salvaje y que no tenía límites. Pero era mucho más. No había necesitado que alguien lo impulsara a ser honesto consigo mismo, porque con una mujer como su pelirroja habría sido imposible no entender lo que le ocurría.

—Dios, Clarissa. Eres todo lo que necesito —susurró Knox en tono reverente—. Cada pequeña parte de ti. Me tienes cautivo de todo lo que eres —dijo.

Cuando ella iba a responder, el calor líquido en la espalda recorrió el camino conocido, hasta que su sexo empezó a sentir los espasmos del clímax. Le clavó las uñas a Knox en la piel, aferrándose a lo inminente, mientras él no detenía el ritmo de las acometidas, sino que juntos se movieron con ímpetu, creando olas en el agua. Los gritos de placer se fusionaron en un beso que era la suma de todos los compartidos desde el primer día en que se conocieron. La suma de los fantasmas que escondían y que empezaban a perder fuerza, las cicatrices del destino, y la ilusión de un futuro que parecía abrirse, finalmente, con timidez, a través de la honestidad de sus palabras.

—¡Knox…! —gimió con abandono, echando la cabeza hacia atrás.

—Hermosa mía… —gruñó vertiéndose en el interior con ardor y potencia.

Al cabo de un instante, él la besó con suavidad. La notó vulnerable, suave y cómoda entre sus brazos. Sabía que era un hombre muy afortunado, pues por una vez en su puñetera vida no sentía que estaba cometiendo un error. Al fin tenía una persona que aportaba pureza emocional a su vida, sin trucos; y aplacaba su cinismo.

Salieron del agua en silencio, Knox la recostó en la tumbona y se acomodó sobre ella, cuidando de no aplastarla con su peso. Al mirarla pensó que, en su mundo de oscuridad emocional, había sido ella quien le permitió ver retazos del amanecer desde la primera noche en que sus labios conocieron los suyos. Knox sentía que sus emociones acababan de pasar por un terremoto, sacándolas de las profundidades, y trayéndolas al sitio que necesitaban: el presente, con Clarissa. Escuchar las palabras de amor de ella fue como si hubieran derramado agua fresca en las grietas sedientas de sus emociones genuinas, aquellas que protegió por temor a que fueran destruidas.

Él le recorrió el cuerpo con la mano, suave y delicadamente, como si ella fuese un fragmento de la porcelana más costosa entre las colecciones de arte más exquisitas del mundo. Cuanto más la tocaba, más la necesitaba. No era una teoría a comprobar, sino un hecho que asumía y disfrutaba, porque ella encajaba donde todo lo demás fallaba, como si fuera la excepción que probaba que aún quedaba algo genuino. Clarissa desmontaba sus teorías más retorcidas de cinismo; aplacaba el veneno con el que convivió, con respecto a la imagen que tenía de las mujeres, a causa de su madre. Y también creencias que eran ratificadas una y otra vez. Clarissa rompía el ciclo.

Ella lo miraba siempre sin miedo, sin máscaras, sin intenciones escondidas. Y era esa honestidad cruda y casi brutal, la que tenía para Knox más poder que cualquier promesa. Clarissa salía del molde, porque trabajaba con sus propios códigos, no respondía a los suyos o a los de terceros; sabía defenderse a sí misma; no buscaba provocarlo con la intención de manipularlo, menos le entregaba migajas en el afán de recibir una reacción de su parte. A ella no le importaba si tenían que usar un taxi o el último modelo de Bentley; no la impresionaba el dinero o el portafolio que él acumulaba; no le exigía promesas vacías. Clarissa prefería adentrarse en su mente antes que hablar de posesiones o aspiraciones vacías; quería conocer quién era de verdad Knox Wentworth, lejos de las apariencias o percepciones que pudieran tener los demás. No le temía a los enfrentamientos con él por tener opiniones diferentes; de hecho, Knox encontraba valiosos esos intercambios. A ella le atraía tanto probar cosas nuevas —como hacer el amor en una playa oculta— o como debatir sobre un libro o el mejor café. Clarissa valoraba más conocer la visión del mundo de Knox que cualquier conversación sobre dinero o prestigio. Se había insertado en cada capa de su piel, y él no creía posible borrar la impronta tan profunda que ahora lo marcaba.

—No espero que me correspondas, Knox —susurró Clarissa acariciándole la mejilla con la mano. Le gustaba estar piel con piel, porque sentía que, con él, nada podría lastimarla—. Ciertamente

pude evadir tu pregunta y fingir que no comprendía lo que tratabas de decirme, pero llevo varios días sintiendo todo esto… —sonrió.

Knox frotó su nariz contra la de ella.

«No es que no la correspondiera, sino que primero necesitaba ser sincero. Quizá, después, las probabilidades existían, Clarissa no querría saber de él», pensó. Intentó mantener la calma y responder de otro modo, pero con honestidad, en especial por la magnitud de lo que ella acababa de confesar. Aquí no cabían mentiras.

—Jamás nadie me ha mirado como tú —replicó Knox girando el rostro para besar el interior de la muñeca a Clarissa—. En tus ojos no hay sombras que surjan de falsedades, tampoco existe el brillo de avaricia, ni intenciones veladas o premeditadas. Eso para mí es algo novedoso en mi mundo de apariencias, materialismo y cinismo.

Ella esbozó una sonrisa suave. Se sentía expuesta, literal y figurativamente, pero estaba segura de que, desde la cena en casa de Gabriel, su forma de mirar o actuar con Knox era diferente. Mantenía la misma pasión y picardía; humor y desafío; sin embargo, en sus ojos siempre estaba el fiel reflejo de sus verdaderas emociones. Ocultarlas mucho tiempo era imposible, como al parecer había sucedido. Que Knox se hubiera dado cuenta demostraba dos cosas. La primera: que hasta entonces había perdido el tiempo con mujeres incapaces de ofrecerle algo real; por eso, al cruzarse con ella, la diferencia resultó tan evidente. La segunda: que Knox ahora la conocía muy bien y que le ofrecía mucha más dedicación a los mínimos detalles, al punto de haber notado los más ligeros cambios. Ella sabía que sus sentimientos eran valorados.

—No está en mi naturaleza dañar a otras personas, Knox, menos si son importantes para mí. Como tú —murmuró acariciándole el tatuaje que surgía desde el corazón y llegaba hasta la clavícula, cerca de la arteria aorta—. Me interesas tú, como hombre, y lo que llevas dentro —le tocó la sien y el corazón—. Pero también me generas constante curiosidad —sonrió—. ¿Me contarías sobre tus tatuajes? —preguntó mirándolo con dulzura, dejando al fin volar su curiosidad al respecto.

Clarissa no quiso hablar más de sus sentimientos. Necesitaba que su corazón se calmara un poco. ¿Si acaso querría escuchar que él también estaba enamorado? ¡Por supuesto! Pero, contrario a lo que una vez pensó, Knox no se había quedado atónito ni cambió su actitud con ella, sino que pareció conmovido y también emocionado. Eso le dio la pauta de que, tal vez, él solo necesitaba un poco más de tiempo que ella.

—¿Mis tatuajes? —preguntó Knox frunciendo el ceño.

—Sí… Desde que los vi la primera vez sentí curiosidad, pero no me atrevía a preguntarte. Supongo que son simbologías muy personales, así que opté por esperar.

—Puedes preguntar lo que sea, pelirroja —susurró.

—Entonces, cuéntame, por favor —dijo ella sonriéndole con dulzura.

Knox hizo un breve asentimiento. Le explicó que la hiedra representaba el veneno que surgía en los lugares más inesperados, en la propia casa inclusive, y que podía llegar a calar tan pronto hasta causar la muerte. Le explicó que el león rugiendo con las fauces tintadas con gotas de sangre, en el brazo izquierdo, era la batalla entre la lealtad y la culpa; se devoraban mutuamente, pero ambas poseían la misma capacidad de aniquilar. Le explicó que la serpiente enroscada en un reloj de arena, en el costado derecho, simbolizaba la crueldad de los momentos perdidos. El laberinto sin salida, que le recorría una parte del omóplato izquierdo, representaba su propia mente y en donde los muros no guiaban, sino que podían llegar a confundir. No se guardó nada, hasta que terminó de contarle cada una de las piezas tatuadas en su piel.

—Creo que he abarcado todos —dijo él mordiéndole la boca. La sintió temblar, pero sabía que no tenía que ver con el usual efecto de la química mutua.

—Sí, lo has hecho. Gracias por contarme, Knox. A pesar de que he recorrido cada marca con mis besos y mis manos, entender sus significados cambia todo —murmuró trazando el camino de hiedra

en el brazo y que llegaba hasta la parte baja del cuello—. Lamento que ellos condensen momentos complejos de tu vida…

—Eres la única mujer a la que podría contarle mis secretos más oscuros —dijo el magnate en tono críptico. Lo que que sentía por ella lo sobrepasaba. Necesitaba quietud en su mente, distraerla un instante, hasta que fuese capaz de reorganizarla.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y soltó un suspiro.

—Me gusta escuchar eso… —dijo besándolo.

—Ven conmigo, vamos dentro —murmuró devolviéndole el beso largo.

Knox se apartó, aunque deseaba poseerla de nuevo, pero no quería hacerlo cuando estaba a punto de llegar el fresco del atardecer. Así que subieron a la suite y, después de hacer el amor bajo el grifo de agua varias veces, se acostaron exhaustos en la cama. Había sido un día largo, pero la adrenalina de volar en parapente no se comparaba con la euforia que vibraba inagotable en cada poro de su piel, después de que Clarissa le confesara lo que sentía por él. Knox experimentaba la compulsión de hablarle de algo más que solo sus tatuajes. Durante todas estas semanas juntos, le había ido revelando a Clarissa, poco a poco, retazos de su infancia, adolescencia y años en la universidad, además de lo que solía hacer —si no era confidencial— en Aussie Equinox. Aunque ella no tenía una vena numérica, prestaba atención y hacía observaciones interesantes. Knox había encontrado una amante y confidente, pero más allá de eso sentía que, en verdad, su pelirroja era un obsequio del universo a ese Knox que, durante años, despreció la posibilidad de querer y entregarse; a ese Knox adolescente traicionado por su madre, decepcionado por la lealtad sin sentido de su padre, además de la tragedia familiar que hundía los colmillos de la culpa. La compuerta a su vida personal estaba a punto de abrirse por completo. Existía una mujer con la capacidad de entenderlo, y la tenía ante él. Clarissa hacía fácil lo complejo.

Knox sabía que si dejaba que su pelirroja se marchara esa noche sin haber sido sincero del todo, iba a maldecirse. Ya había callado

antes y las consecuencias lo habían destrozado; no pensaba repetir ese error. Le daría la oportunidad de que ella dictara un veredicto, aunque la confesión lo dejase en un punto en el que tendría que abrir de nuevo esas heridas punzantes. La dejaría tomar la decisión final, luego de escucharlo, porque era lo justo. Knox había sentido, desde el instante en el que la besó, que en sus manos tenía pureza e inocencia, mas no desde un punto de vista carnal solamente, sino que existía una autenticidad cruda, directa y honesta en Clarissa.

Él, en cambio, pertenecía a un mundo donde manipular era un ejercicio tan cotidiano como respirar. Tocar algo puro con las manos manchadas lo hacía sentir que no merecía a Clarissa; sin embargo, con ella esa sensación se desdibujaba, como si su presencia fuera capaz de absolverlo de una culpa que llevaba tiempo a cuestas. Desde la gala de la ONU, Knox comprendió que Clarissa no era una aventura ni un cuerpo que lo sacara del paso. Le tomó un tiempo unir las piezas de las emociones que lo atribulaban, confundían y también lo asustaban. Pero ella era su necesidad más primaria y, al mismo tiempo, la única con la que podía imaginarse en los años por venir. No quería que nada ni nadie se la arrebatara, y por eso necesitaba ser sincero.

Su interés por Clarissa no era pasajero, ni podía extinguirse con un par de noches juntos; exigía permanencia. Una permanencia que surgía de una necesidad natural de su propio clamor, aquel que reconocía a su igual, después de divagar en caminos oscuros y, al fin, hallaba la luz. Knox nunca había proyectado nada con una mujer, y lo de Catherine fue un error nacido de un pragmatismo marcado por sus heridas, mas no desde el corazón. Con Clarissa era distinto. Con ella se trataba de certezas, y para un hombre pragmático, esa verdad no solo lo tranquilizaba: lo anclaba.

Después de cenar bajaron a la sala y él le brindó una copa de vino.

—Pareces un poco serio —comentó Clarissa. Ella tenía las piernas sobre las de Knox y la mejilla sobre el musculoso brazo, como si fuese una almohada humana—. De hecho —bajó la voz—, quiero

saber si decirte lo que siento por ti te hizo sentir incómodo de alguna manera. Como te comenté no espero nada a cam…

Él le acarició la mejilla e hizo una negación, interrumpiéndola. Ella estaba usando ahora una de sus camisas Armani, porque la ropa estaba en la lavadora. Habían llegado a un punto en el que ella tenía un par de cosas en su casa, y él en la de Clarissa. La situación era bastante doméstica. ¿Lo curioso? Que fue Knox quien lo propuso.

—Hay algo importante que quiero que sepas —expresó con seriedad.

Ella se sintió intrigada. Ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Me asusta ese tono serio —murmuró.

—No me ha incomodado que respondieses con sinceridad a la pregunta que necesité hacerte —replicó Knox tranquilizándola—. Esto no se trata de ti, sino de mí. Quiero que escuches lo que tengo que confesarte —soltó una exhalación—. No es un tema sencillo de exponer, porque dejó muchas heridas en mí, y es la razón de que siempre hubiese tenido un concepto desdibujado de las mujeres. Hasta que tú llegaste.

Clarissa sentía que este era un punto delicado y sensible.

—Comprendo, Knox —susurró inclinándose y se besaron un instante, breve. Él le acarició el labio inferior con el pulgar con delicadeza. Luego dejó caer la mano.

Knox se pasó los dedos entre los cabellos.

Ambos dejaron las copas de vino, a medio acabar, a un costado.

—Mi madre es una prostituta de lujo —expresó con vergüenza.

—Oh… —murmuró Clarissa, tomada por sorpresa. Eso no se lo esperaba.

—Durante años, Athina engañó a mi padre —dijo apretando, sin darse cuenta, los puños—. Cuando la descubrí, no solo se rio en mi cara, sino que me abofeteó. Ella poseía todo lo que una mujer podría anhelar: un esposo devoto, un hijo que la quería, una vida confortable y la apertura para estudiar si quería, viajar si le apetecía

o hacer lo que se le diese la gana. En pocas palabras: el mundo a sus pies. Pero la imagen que tenía de ella cambió drásticamente una tarde en que la encontré follando a un desconocido. ¿El pago? Una preciosa joya valorada en miles de dólares —relató.

Clarissa no podía creer lo que estaba escuchando. Sintió rabia por Knox.

—Por Dios, cuánto me apena que hayas presenciado algo así —susurró. Extendió la mano, pero inmediatamente se contuvo de tocarlo. No creía que Knox buscara su consuelo, lo que necesitaba era ser escuchado. «Luego lo abrazaría, sí».

—Los cotilleos existían, no sé si alguno de mis mejores amigos alguna vez supo al respecto, pero jamás hemos tocado este tema. Estoy seguro de que nunca lo haremos —continuó Knox—. Pero lo que yo no lograba entender era el nivel de ambición de mi madre, porque era como si nada fuese suficiente, ni siquiera yo. Mi padre, no sé si por estúpido o ingenuo o demasiado leal, no se enteraba de nada. La única razón por la que jamás le mencioné lo que yo sabía fue porque él sufría del corazón, y mi madre me chantajeó diciendo que si hablaba y algo le ocurría a mi padre, la culpa sería mía. —Clarissa se sintió horrorizada por la crueldad de esa mujer a la que, sin conocerla, odió inmediatamente—. Inclusive una ocasión intenté defender el honor de mi madre, cuando en realidad debí contenerme, porque Dionisius decía la verdad —expresó con acidez —. Así que, tal como deduces, mi riña con él tuvo orígenes más complicados que solo el tema de competir en la academia y por mujeres.

—¿A qué te refieres con Dionisius? —preguntó Clarissa preocupada.

—Él se enteró de que una de las amantes de su padre era Athina —dijo sin emoción en la voz—. Y que el pago lo hizo a través de una gargantilla de esmeraldas. Lo supo, porque pertenecía a su madre, y Dionisius vio a la mía usándola en un evento. Así que me confrontó en la universidad diciendo que era hijo de una puta.

Clarissa se llevó la mano a la boca.

—Dios mío…

—No decía mentiras, y yo lo sabía. Pero que lo verbalizara, en mi cara, me cabreó lo indecible. Así que esta cicatriz —dijo señalándose el antebrazo, en donde había una línea ligera, pero ya casi invisible —, fue parte de la golpiza que nos dimos. Fui con la motocicleta a buscarlo. En el camino choqué contra un puto coche, pero me di a la fuga —se rio con amargura— no fue mi mejor récord, claro. A pesar del brazo herido, lo busqué y lo encaré. No se trataba de ganar, sino de desahogar la furia que llevaba dentro. Después, cuando me di cuenta que yo sangraba, fui a la clínica.

Ella podía comprender la impotencia y la rabia de Knox. Le delineó la cicatriz con el dedo, después le agarró el brazo y le dio un beso suave antes de soltarlo. Lo de Dionisius ciertamente era más que una rivalidad, porque el griego supo la debilidad de Knox: las grietas en su familia y la vergüenza de tener una madre promiscua, y la utilizó para fastidiarle la existencia. Por supuesto, eso no borraba el hecho de que el padre de Dionisius era un infiel, pero ese aspecto a Knox le había dado lo mismo.

—Todo cobra más sentido ahora… —replicó Clarissa—. ¿Tus padres se terminaron divorciando o continúan juntos a pesar de lo que me cuentas? —preguntó.

Knox soltó una carcajada amarga.

—Athina es la que debió morirse, no mi padre —dijo Knox con acidez. Clarissa no comprendió esa frase, pero mantuvo la boca cerrada; notaba el tormento en Knox y odiaba no poder borrar ese pasado tan cruel—. Debí decirle la verdad…

—Knox…

Él la miró con el corazón en la mano: vulnerable, dolido y atormentado. Dejó que todo aquello que llevaba conteniendo tantos años fuese visible en su mirada.

—El día de Navidad, Gerard, mi padre, recibió un sobre con las fotografías que eran las pruebas de la infidelidad de mi madre —tragó saliva—. Se suicidó.

—Oh, Dios —dijo abrazándolo, porque no podía quedarse quieta.

—Yo encontré su cadáver en casa… —murmuró contra el cuello de Clarissa.

—Cuánto siento que hayas vivido algo tan traumático y horrible, cuánto lo siento —insistió con los ojos llovidos. No era justo todo lo que él había sufrido.

—No tienes por qué, pero sé que lo dices desde la empatía —replicó él.

—Lo hago desde el corazón —susurró mirándolo a los ojos.

Él hizo un asentimiento, tragó saliva, y decidió que no iba a guardar nada.

Durante los siguientes minutos, Knox le contó absolutamente todo, mientras ella le acariciaba las mejillas, le daba besos suaves o lo envolvía en un abrazo. En cada recuerdo amargo, el toque de Clarissa lo sanaba. En cada ligero quiebre de su voz —al hablar de la culpa que lo asaltaba a ratos, de la desazón por aquel chico defraudado por su madre, del cinismo construido sobre los pilares de la fe ciega y absurda de Gerard o de lo horrible que había sido convivir con una esquizofrénica y narcisista— era Clarissa quien lo consolaba con su sola presencia. Knox era orgulloso, y permitir que ella lo abrazara en esos instantes no solo era una inusual muestra de vulnerabilidad en alguien autosuficiente, sino también una confianza que para ella resultó elocuente.

Knox soltó una exhalación. El peso que llevó durante años había disminuido.

—Esa es la puta historia de mi pasado… —expresó él apretando los labios.

—Tu abuelo parece un buen hombre y que se ocupó de ayudarte —dijo ella.

Si bien su propia historia era tétrica, no existía comparación con el dolor que Knox debió vivir al ver la escena del suicidio de Gerard. No solo eso, sino que convivir con una madre con problemas mentales,

y que, aún ahora, creía tener derecho a seguir atormentando a su hijo, resultaba una carga brutal. No en vano Knox era un hombre que, nacido en el caos, había preferido cortar de raíz esos aprendizajes y optar por el orden, la pulcritud y la organización metódica. La adrenalina de los deportes o aventuras extremas, le recordaban que seguía vivo a su modo y elegía sus propios retos. Clarissa entendía que, aunque su novio no lo considerara así, más allá de la petición del testamento de Gerard —esa exigencia de que no dejara desamparada a Athina—, Knox actuaba desde la humanidad. No era necesario amar para ayudar a un padre o a una madre vil en su vejez; se trataba, simplemente, de humanidad. Y eso hablaba del carácter noble de Knox, aunque él no pudiera reconocerlo. Ni Clarissa lo mencionaría, pues su intención no era aleccionar. Se sentía halagada por la confianza.

—Sí, aunque me independicé de Empire Corporation, le doy apoyo en revisar las mierdas que suele dejar el CFO —replicó Knox—. Él ha sido la figura paterna que, si bien jamás suplirá a mi padre, sí fue la constante al igual que mi abuela.

—De seguro está orgulloso de ti —dijo Clarissa.

Knox soltó una exhalación.

—¿Cuál es tu veredicto final entonces? —preguntó él sin ocultar el atisbo de anticipada resignación a que ella decidiera apartarse—. Soy el hijo de una familia forjada a base de mentiras, y la mujer que me parió es una prostituta de lujo. Que ya no ejerza no implica que deje de serlo a mis ojos. Jamás se redimirá, sin importar qué.

Clarissa sintió ganas de llorar, porque él hablaba desde la decepción sufrida. No habrían palabras válidas, en esta ocasión, si estas no iban acompañadas de un gesto. Así que movió las piernas y reptó hasta acomodarse en el regazo de Knox, a horcajadas, le sostuvo la cara entre las manos y no dijo nada, sino que empezó a darle besos suaves en todo el rostro. Poco a poco, sintió que la tensión en el cuerpo masculino empezaba a diluirse. Al cabo de un rato, ella le mordisqueó con dulzura el labio inferior, luego se apartó, y lo miró con la misma franqueza que en la piscina.

—No sé qué veredicto buscas, pero lo que yo tengo es una certeza contigo, Knox —dijo sonriéndole—. Esa certeza es que te amo con todo mi corazón. No me interesa de dónde vienes, porque sin importar tus raíces, el hombre en el que te has convertido es el que tiene mi atención, mi deseo y mi amor. Me has dado algo que jamás pensé que llegaría a encontrar en un hombre: protección y seguridad. ¿Crees que voy a dejarte o que mi confesión está condicionada a solo ciertos aspectos de ti?

—Clarissa… —murmuró tragando saliva.

—Knox, el amor es íntegro, no es selectivo. Para mí es todo o nada —dijo—. He hecho mi elección. Sin importar el tiempo que dure, y aunque no me correspondas.

—Te amo, Clarissa —confesó a bocajarro, abrazándola. Ella lo miró y se quedó en silencio—. Solo necesitaba que escucharas de dónde provienen muchas de mis actitudes o desconfianzas; que escucharas las marcas de mi pasado. Un pasado que me avergüenza, como acabo de contarte… Necesitaba que tuvieras la opción de decidir si preferías retirar esas palabras que me confesaste, luego de conocer todo.

Ella sentía que todo su cuerpo reaccionaba con euforia. Su corazón empezó a latir desbocado, emocionado y llenándose de una ilusión que no conocía límites.

—Quiero cada parte de ti, Knox —dijo en un susurro y con lágrimas sin derramar en los ojos—. Quiero tus partes oscuras y aquellas vibrantes. Te amo…

Knox apoyó la frente contra la de ella.

—Nunca había amado a nadie, Clarissa, y este sentido de posesión que tengo contigo es algo que no controlo. Te quiero solo para mí —replicó sintiendo el pecho henchido al sentir que pertenecía de verdad, que era aceptado por completo, y que era suficiente por ser solo él—. Pero jamás cortaría tus alas si, alguna vez, necesitas alejarte. Solo quiero que tengas en cuenta que la elección de quedarte o irte es tuya. Aunque también debes tener la

certeza de que te buscaré en cada rincón e intentaré convencerte de que no hay otra mujer a la que podría amar como te amo yo a ti.

Ella esbozó una sonrisa llena de amor y tintada de deseo.

—Convénceme de cuánto me amas —le susurró—, y hazme el amor Knox.

Él, por supuesto, no dudó en complacerla.

Durante largas, apasionadas y sensuales horas.



Existía gran diferencia entre hacer el amor si solo uno de los dos estaba enamorado, pero si el sentimiento era correspondido, la fuerza de la pasión se convertía en alquimia emocional: única e irrepetible. Y eso fue precisamente lo que Knox y Clarissa compartieron entre besos, susurros, caricias y un alto nivel de erotismo salvaje que no necesitaba ni buscaba ser domado. Exorcisaron sus demonios y los transformaron en la fuerza que ahora recorría sus venas con una estela que cerraba las heridas del otro.

Pero ni siquiera el amor más fuerte, menos el recién descubierto, podía otorgar a los amantes el don de la clarividencia. Ni Clarissa ni Knox podían prever que esa cúspide en la que creían encontrarse ahora era, en realidad, el borde de un abismo. Lo que venía no solo pondría a prueba sus confesiones, las noches de risas compartidas o las reflexiones que los unían, sino cada uno de los valores que los definían como personas. Y nadie podía asegurarles si, al caer, tendrían una red esperándolos o si, por el contrario, el fatídico impacto sería inevitable y sus secuelas, duras e irreversibles.

CAPÍTULO 13

Clarissa.

Años atrás.

Uganda, África.

El dolor de perder a una amiga no podía medirse en el tiempo que duraba esa amistad: días, semanas, meses o años. El impacto que había dejado la muerte de Nyaker en Clarissa la dejó en un estado de tristeza e impotencia. Durante esas dos noches que sus padres le pidieron que se quedara en el hospital, para constatar que estaba bien —que lo estaba, solo que Sheyla y Mark estaban preocupados por lo sucedido en el campamento—, buscó a los enfermeros de turno para saber sobre el destino del bebé. Una niña que, según pudo entender, había nacido en perfecta salud. Cuando fue al cunero y la vio, los ojos se le llenaron de lágrimas. Pensó en lo indefensa que era y que el destino que la esperaba no sería en brazos de su valiente mamá. Clarissa le pidió a la enfermera de turno que escribiera en el brazalete el nombre correcto: Nijma Wani. La mujer la miró con cansancio, era evidente que hacía más turnos de los que eran humanamente posibles, pero accedió a la petición. Eso alivió a Clarissa y regresó a la habitación que tenía asignada. Su visión del mundo había cambiado, volviéndose gris.

Sus padres aún necesitaban permanecer en Arua, la ciudad principal de Uganda, hasta el término de la misión asignada. ACNUR no podía dejar de obtener sus objetivos por la imprudencia de una adolescente o imprevistos que, en un país sensible en asuntos conflictivos, no eran inusuales. Clarissa salió del hospital y regresó a la casa donde la esperaba su escolta, Abbuh. Ella se disculpó profusamente por la posición incómoda en la que lo puso a causa de

su irreverente comportamiento. El hombre, habitualmente impasible, le dedicó una sonrisa y le comentó que lo importante ahora consistía en que obedeciera y no volviese a intentar salir sin ayuda.

Clarissa regresó al hospital cinco días después, su corazón estaba inconsolable, así que consideró que buscar a Nijma le daría un poco de sosiego. En el centro de salud, al no ser ella familiar de Nyaker, no le permitieron acceso a información sobre el destino del cuerpo de su amiga, a pesar de que prácticamente le rogó a la administradora que lo hiciera posible. La mujer se negó, argumentando que de eso se encargaría "la ciudad", en especial al tratarse de una persona extranjera y sin documentación. Clarissa buscó la ayuda de su padre y este, abrazándola con fuerza, le comentó que la administradora estaba equivocada. Le aseguró que él, como abogado de ACNUR, y al Nyaker no tener familia y ser refugiada, realizaría el proceso necesario para que el cuerpo no fuese abandonado, sino que pudiera recibir un entierro digno y acorde a la cultura del pueblo nativo de la muchacha. Clarissa se sintió aliviada.

En el sepelio solo estuvieron sus padres, otro representante del campamento, y un enfermero, Moses Lule. Este último tenía solo seis años más que Nyaker y fue el que, en todo momento, acompañó a Clarissa cuando las visitas ya no estaban permitidas en el hospital, durante el tiempo en el que ella estuvo registrada. No solo eso, sino que fue el que recibió a ambas amigas cuando llegaron en la ambulancia desde el campamento. Moses se convirtió en una compañía agradable que sabía escuchar, no juzgaba los autoreproches de Clarissa y solo hablaba cuando se lo pedía.

Así que ese era el motivo de que ahora, mientras estaba en una cafetería —a una mesa de distancia se encontraba Abbuh— mantuviese una conversación con Moses. Él le había sostenido la mano cuando nadie, en ese jodido hospital, le mostró empatía ante sus súplicas de ver a su amiga, ni tampoco cuando pidió que le permitieran saber lo que ocurriría con Nijma. Todo, en vano. No le hicieron caso. La descartaron. Por otra parte, Clarissa no confiaba en nadie, pero sus padres —al ver que Moses era el único con el que

ella hablaba— pidieron un par de favores para cerciorarse de la identidad y antecedentes del enfermero. Con alivio, comprobaron que este tenía un historial impoluto, su familia consistía solo en él y los padres, y era un profesional dedicado. Los compañeros del hospital hablaban bien de él y su ética.

Así que, con esa venia de aprobación, basada en hechos y datos, Clarissa continuó el contacto con Moses. Por otra parte, ella se negaba a regresar al campamento, pero sabía que sería algo que —más pronto que tarde— tendría que hacer para vencer su miedo. No quería volver a Australia sintiendo que no fue capaz de ir al sitio de la tragedia. Eso no sería lo que su heroína, Malala Yousafzai, habría hecho. Ya existían muchos cobardes en el mundo y ella no quería ser parte de la lista.

—No debes tener miedo, Clarissa —dijo Moses en un inglés fluido. El padre del chico era británico y se había casado con una ugandesa, así que por eso mezclaba ambos idiomas con facilidad—. Aunque nací en Inglaterra, me interesé por la medicina, y no encontré un lugar mejor que el sitio de origen de mi familia materna.

—Pero aquí apenas haces dinero para lograr un nivel de vida sostenible, a diferencia de lo que harías en el Reino Unido, ¿por qué Uganda? —le preguntó con genuina curiosidad. Moses tenía la piel morena y los ojos verde oliva, herencia de su padre; su físico fuerte contrastaba con la suavidad con la que trataba a las personas.

El chico se encogió de hombros, mientras revolvía el contenido del café.

—Quizá nací con los privilegios de un país del primer mundo, pero mi madre me contó sobre lo difícil que fue para ella migrar de un sitio tan estigmatizado como Uganda —comentó sin tapujos. Su tono de voz era cálido—. Así que, cuando estudié enfermería, decidí que vendría una temporada al país de mi madre para ejercer y tratar de hacer una diferencia. La falta de personal médico capacitado, aquí, es preocupante.

—Eso es muy noble de tu parte, Moses —dijo ella con una sonrisa.

—Me parece que se trata de un deber humano el tratar de hacer una diferencia cuando eso es posible —expresó él—. Mis padres vinieron conmigo, pero nos marcharemos el año que viene. También doy clases de inglés —sonrió—. Me gusta la gente. Mi madre dice que en lugar de enfermero debí prepararme para ser misionario.

Clarissa se rio.

—Gracias por escuchar mis desvaríos sobre lo ocurrido… —dijo de repente.

—Hay muchas historias que llegan al hospital, muy trágicas y dolorosas la mayoría, así que puedo comprender tu situación —comentó—. Me gusta hablar con personas de otras culturas, porque aprendo, además siento interés por temas de arte.

—¿Sí? —preguntó—. Yo, no creo que vuelva a usar una cámara…

—No fue tu culpa sentir curiosidad por querer captar información en una sola imagen —contestó—. Sigue usando ese don que te dio el universo. Aprovéchalo.

Clarissa estaba indecisa. Quería volver y enfrentar ese campo de refugiados, usar la cámara de repuesto que su padre le había obsequiado el día anterior, pero no quería hacerlo sola. Claro, Abbuh la acompañaría, mas no tenía charlas largas con él. Sería solo una presencia silenciosa y ella no creía que pudiera lidiar con el ruido de sus pensamientos, así que necesitaba alguien que aquietara su cabeza y la distrajera.

—Moses —dijo Clarissa—, ¿cuándo tienes otro turno libre del hospital?

El chico se rascó la cabeza. El cabello afro era abundante, pero no caótico.

—Dentro de dos días —comentó—. Podemos ir a Abairo Falls. Queda solo a ocho kilómetros, puede venir tu escolta, e inclusive existe la posibilidad de nadar. Sería estupend para que despejes un poco la cabeza. Además, el lugar es muy bonito.

Ella esbozó una sonrisa, la idea sonaba estupenda. Pero tenía otra prioridad.

—Me encantaría, aunque quizá sea mejor dejarlo para otra ocasión. Antes de marcharme a Australia —sonrió—. Quería saber si me acompañarías a Omugo…

—Esa es una petición muy valiente, ¿estás segura? —preguntó el chico.

—No del todo, no —dijo, sincera—, pero no quiero vivir con miedo. Además, quería aprovechar para mirar si quedan algunas pertenencias de Nyaker, si alguien, tal vez, las tiene guardadas. Las podría recuperar y buscar la manera de que la pequeña Nijma las lleve consigo —tragó saliva—. Moses, ¿sabes qué va a pasar con ella?

—Sí, al ser hija de una refugiada, ACNUR se hará cargo de ella dándole cuidados temporales y luego le buscarán una familia de acogida. Es todo lo que sé…

Clarissa bajó la mirada y dejó caer los hombros. Pensó en que si ella fuese mayor de edad y contara con suficientes recursos económicos, suyos y no los de sus padres, buscaría la manera de adoptarla. Pero claro, eso resultaba muy improbable.

—Ya veo…

—Por cierto, me contaste que habías traído algunos libros contigo —dijo Moses, levantándose y echándose la mochila al hombro. Iba a dar clases de inglés privadas—. Aquí no hay muchas ofertas, así que apreciaría si pudieras prestármelos.

Clarissa esbozó una sonrisa.

—Todos los libros se devuelven, Moses —replicó—. Así que, bajo esa consigna, te los prestaré con gusto. Me traje uno de Stephen King, otro de Oriana Fallaci, uno de Noam Chomsky y también algo de Dean Koontz. ¿Te interesan?

—¡Absolutamente! —dijo el chico, encantado—. Pasado mañana iremos al campamento para que busques las pertenencias de Nyaker,

si acaso quedan, y de paso me traes esos libros. Prometo devolvértelos cuando termine de leerlos, Clarissa. Pero si me gustaría que me dejaras una dirección en Sídney, en el caso de que no logre acabarlos antes de que te vayas, y así podré realizarte la devolución —ofreció Moses.

Ella hizo un asentimiento y extendió la mano. Él la estrechó.

—Vale, tenemos un trato —murmuró. En su mente existía un poco de temor de ir al campamento—. Gracias por estar alrededor. Has sido un gran soporte en este país. No sé qué habría ocurrido sin tu ayuda y los datos que me das sobre la bebé.

—Será un secreto, porque estoy dándote información confidencial —dijo él.

Clarissa hizo un asentimiento solemne.

—Lo aprecio inmensamente, en verdad, Moses. Supongo que el destino te puso en mi camino para aliviar este doloroso e injusto proceso de perder a una amiga.

Moses posó la mano sobre el hombro de Clarissa. La miró a los ojos.

—Soy enfermero, también un viajero cosmopolita, y para mí es importante tratar de dejar una huella en mi entorno —comentó él—. Me alegra ser de ayuda. A veces —sonrió con pesar, porque sabía el dolor de Clarissa—, un amigo se marcha para dar paso a otro que, no sabes en qué momento, puede ser el soporte que faltaba.

Clarissa esbozó una sonrisa leve y asintió.

—Eso es verdad, gracias, Moses y que vaya bien con tus alumnos de inglés.

—¡Nos vemos!

Arua era relativamente segura, porque había ejecutivos de ONGs residiendo con sus familiares —en forma temporal la mayoría— así que existía buen resguardo policial y también agentes de empresas de seguridad privada que daban soporte. La anterior era la razón de que Clarissa caminara, no sin temor por el reciente trauma sufrido,

por las calles de la ciudad. Se negaba a victimizarse, aunque en las noches su cuerpo se sacudía con ataques de ansiedad y las lágrimas eran inminentes, así como los *flashbacks* que golpeaban su memoria con frecuencia. Ella solo intentaba sobreponerse, mas no estaba hecha a prueba de tragedias. Apenas tenía dieciséis años.

Su madre le había ofrecido que viera al terapéuta de ACNUR, pues al ser hija de empleados de la organización, también podía acceder a esos beneficios. Clarissa le comentó que iba a pensarlo, pero que, por ahora, repetir en voz alta todas esas horas infames tan solo aumentaban su angustia. Sheyla no insistió, pero tanto ella como Mark estaban pendientes de cualquier mínima necesidad de su hija. Se sentían culpables por haber cedido a traerla a Uganda, así que intentaban redimirse con más cuidados de los que ya le brindaban desde que era una cría. Ahora la tenían más vigilada, por seguridad, pero tampoco la asfixiaban pues no era lo que ella necesitaba.

Clarissa quería ver a Nijma, pero su padre le había comentado que necesitaba dejar descansar el tema un tiempo. Que él comprendía la magnitud de sus emociones, pero que ya era momento de aceptar que la vida de la pequeña estaba bajo los cuidados de los médicos del hospital y que, yendo a diario, no iba a marcar ninguna diferencia. Le explicó que, eventualmente, encontraría un hogar que pudiera sostenerla. Sin embargo, ese comentario no satisfacía esa corazonada inquieta que le gritaba a Clarissa que algo no iba bien; que necesitaba cerciorarse del estado de la niña, diariamente.



Abbuh y Moses, con conocimiento y autorización previa del matrimonio Sneider, acompañaron a Clarissa al campo de refugiados Rhino – extensión Omugo. El permiso de entrada se garantizó solo cuando, después de una triple comprobación de inteligencia de ACNUR, confirmaron que el sitio mantenía las más altas medidas de

seguridad. Estas últimas se habían reforzado desde el ataque, una semana atrás. Durante el trayecto desde Arua, con una bolsa en mano y en la que tenía gas pimienta, así como también su nueva cámara fotográfica que le dio Mark —este era un desafío silencioso al hombre negro que se la había destruído a punta de patadas—, Clarissa sentía un nudo en la garganta. Como quien estaba próximo a recibir una sentencia de muerte. Por supuesto, tal fatalidad no era lo que ocurría en el viaje. Aunque ella no evitó mirar a los costados como si temiese que, de un momento a otro, alguna caravana de insurgentes les cerraran el paso. El camino polvoriento dejaba estelas de suciedad, a medida que el vehículo se abría espacio hacia el destino. Clarissa miraba a Moses, y este tan solo le sonreía y ponía los pulgares hacia arriba dándole ánimos.

—Si te desmayas —bromeó Moses cuando llegaron— al menos cuentas con un amigo con formación médica para sacarte de apuros —dijo esbozando una sonrisa.

Clarissa tomó una profunda respiración.

—Gracias, Moses —murmuró y entró al campamento.

El ambiente continuaba igual que el primer día que puso un pie dentro: risas, alborozo, gritos de niños jugando, personas tejiendo o construyendo cosas o reparando algún cacharro. La diferencia ahora era que la seguridad era evidente. Había más agentes en los bordes cercanos y estaban fuertemente armados. Clarissa no era partidaria de las armas, pero sabía que si hubiese tenido una al alcance —aquella mañana y tarde— lo más probable es que se hubiera convertido en una homicida.

Algunas personas la reconocieron y se acercaron a saludarla. Moses le comentó que iría a saludar a las personas de la brigada médica y ofrecerse de voluntario en sus días libres. Clarissa no le dio importancia, porque Abbuh estaba —silencioso y serio— a su lado, así que acordaron verse dentro de unas horas en la salida para volver a Arua. Cuando una oleada de náuseas pareció apropiarse de su cuerpo, seguida de pálpitos agitados en el pecho y angustia, ella se inclinó apoyando las manos en las rodillas. Respiró varias veces

tratando de recuperarse. Sin decir palabras, Abbuh abrió la mochila que él llevaba y extrajó una botellita de agua. Se la extendió y ella agradeció antes de empezar a beber. Lo hizo con lentitud y esperó veinte minutos, hasta que su cuerpo dejó de traicionar la calma que ella necesitaba mantener. Abbuh no juzgó, ni hizo preguntas, porque sabía a qué respondía esa reacción súbita en su protegida.

—¿Quieres que te acompañe a la que era la carpa de Nyaker? —preguntó él.

—Sí, por favor —murmuró Clarissa con un vacío en el estómago.

Caminaron entre carpas, algunas personas reconocieron a Clarissa y se acercaron a saludarla. Ella se detuvo un instante a hablar con cada uno de ellos. Cuando llegó al sitio en el que había vivido Niakyer encontró flores, algo marchitas, en el exterior de la entrada. Clarissa contuvo un sollozo y abrió la tela firme de la carpa pequeña. Todo estaba en perfecto orden, como si alguien se hubiera encargado de que esta parte no se tocara. Con cuidado buscó en cajoncitos y alrededor si acaso hallaba algo de valor que pudiera servirle a Nijma. Encontró una pequeña cadenita de hilo negro con dorado y el dije era un pequeño elefante que significaba valentía. Agarró la pequeña pieza y la guardó en su bolsillo. El resto no creía que fuese útil.

Pensó en decirle a la coordinadora del campamento que Nyaker no tenía familia y que su amiga se hubiera sentido feliz si sus pertenencias eran donadas a otras personas que les pudieran dar utilidad. Clarissa sacó su cámara de fotos y registró el estado del interior de la carpa, lo guardaría como un recuerdo para siempre. Después salió junto a Abbuh con la intención de continuar su recorrido. Fue hasta el área de enfermería y vio que Moses estaba animado hablando con el doctor principal. El médico al reconocer a Clarissa, no era tan difícil al ser extranjera y, además, pelirroja, la invitó a que se acercara. La animada conversación fue súbitamente interrumpida cuando una mujer entró a la estancia hecha de bloques con barro y techo de zinc.

—Buenos días, doctor —dijo la mujer negra con calidez. Sus ojos azules resaltaban—. No pude evitar ver que Clarissa regresó al campamento —sonrió—. Creía que no volvería a encontrarla, así que me alegro de que esté aquí. Además, justamente, me han pedido mis jefes que la invite a conversar con ellos sobre la experiencia que ha pasado como extranjera en un campo de refugiados —comentó.

Clarissa abrió y cerró la boca. No recordaba el nombre de esta mujer, pero su rostro se le hacía conocido. Por otra parte, le parecía ridículo hablar del incidente.

—No quiero sonar descortés —dijo Clarissa—, pero lo último que quiero es compartir una experiencia traumática con extraños. Lamento, además, no recordar tu nombre. Si bien tengo buena memoria, a veces, me falla. ¿Me lo podrías repetir?

La mujer no se ofendió en absoluto y mantuvo una expresión amable.

—Jemima Arnaz —replicó con una ligera inclinación de cabeza—. Nos saludamos el primer día, antes de que entraras al campamento con tus padres.

—Oh, sí, por supuesto —comentó Clarissa, reconociéndola.

—Afuera está la oficina principal de Proyecto Horizon. Soy la secretaria —explicó Jemima—. Mis jefes suelen conversar con quienes llegan del extranjero para escuchar sus experiencias. Me pidieron que, si volvía a encontrarte, te invitara. Ellos están al tanto de lo ocurrido, por supuesto, pero ese no es el enfoque de la charla.

Clarissa frunció el ceño.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó la australiana con desconfianza.

Jemima le extendió un papel, cuyo contenido parecía ser una encuesta. Clarissa empezó a leerla y notó que se trataba de experiencias vinculada a su salud, mas no desde un punto de vista invasivo, sino de cómo le afectaba el clima, qué hubiera hecho más agradable su llegada para adaptarse a las condiciones atmosféricas, si la comida le afectó de algún modo o si tuvo problemas luego de

ingerir el agua de la zona. No encontró nada que pudiera considerarse extraño o fuera de lugar. Devolvió la hoja.

—Como acabas de leer, son preguntas para una charla general —dijo Jemima—. En Proyecto Horizon no solo investigamos para mejorar la salud de los refugiados; también estudiamos cómo la cultura impacta en el bienestar de quienes llegan del extranjero. Nuestros programas de salud comunitaria y kits de higiene adaptados han servido de modelo en otros campamentos. Incluso publicamos informes que ayudan a que nuevas políticas se implementen en África Oriental.

—Oh, eso suena interesante —dijo Clarissa sonriendo.

—Entonces, ¿nos ayudarías? —preguntó.

—Claro, por supuesto —replicó la pelirroja y miró a su escolta brevemente, este se mantenía sereno—. Pero no puedo ir sola, así que si niegan el paso de Abbuh o a mi amigo, Moses, me temo que tendré que declinar la posibilidad de acompañarte, Jemima —comentó recordando seguir al pie de la letra, las reglas de sus padres. Estas incluían no separarse de su escolta y tampoco ir a sitios que pudieran ser riesgosos.

La mujer negra hizo una negación.

—No queremos que te sientas incómoda, las oficinas están a tres minutos caminando desde la puerta principal del campamento y, obviamente, tu escolta y también tu amigo pueden venir contigo —dijo Jemima—. Pero no a la charla, porque no serían el grupo objetivo de contribución. ¿Está bien si ellos esperan en la puerta?

Clarissa se tranquilizó e hizo un asentimiento.

—Sí, está bien, siempre que me acompañen.

—Absolutamente —reafirmó Jemima.

Se despidieron del médico. En el camino hacia las oficinas satélites, pues el edificio principal de Proyecto Horizon estaba en Arua, Jemima y Clarissa conversaron sobre naderías de las diferencias entre Nueva Gales del Sur y Uganda; un poco sobre las

tradiciones locales de cada lugar. No tardaron más de diez minutos en llegar al destino. Todos entraron, el acondicionador de aire los recibió y sintieron alivio. En la recepción improvisada —aunque la construcción era decente y firme, ergo el acondicionador de aire— no existían lujos. En la sala de espera se quedaron Abbuh y Moses. Jemima guio a Clarissa a través de un corredor y luego abrió la puerta de una sala amplia, pero que tenía una iluminación deplorable. Menos mal sí estaba fresco.

—En un instante vendrán mis jefes a hablar contigo, ¿quieres beber algo? —preguntó solícita. Ella amaba su trabajo, porque le permitía compartir con otras personas. Además creía firmemente en el proyecto de la empresa—. Soda, agua o té.

—Oh, no, estoy bien —replicó Clarissa—. De seguro será algo rápido.

—Sí, cuando vienen personas aquí a hablar con ellos no se tardan, a menos que seas parlanchina —sonrió—. Mi jefe es Samuel Robinson y estará aquí en breve. Él ha luchado mucho por los derechos de los ugandeses y fue ex ministro de salud. Así que en verdad es un honor trabajar con él. —Clarissa asintió—. Si en algún instante cambias de opinión y decides que quieres beber algo, en el exterior estará Makena. El guardia de seguridad que acabas de ver. Él tiene órdenes de ofrecer ayuda.

Clarissa asintió con una sonrisa, y luego se acomodó en una silla.

—De acuerdo, le diré a Makena —dijo—, pero por ahora todo está bien.

—Nos vemos a la salida, y a nombre de la empresa, gracias por ayudarnos.

—Por supuesto, Jemima —dijo la pelirroja. Sentir que hacía algo para dar apoyo a las empresas que colaboraban para ACNUR lograba alegrarle el corazón.

La estancia no tenía mayor adorno, resultaba bastante simple. Las paredes de ladrillo tan solo tenían los logotipos de Proyecto Horizon, un par de recuadros con la misión y visión de la compañía, y un par

de fotografías de varios empleados juntos a niños y adultos de África sonriendo con un brazalete azul. Ella se relajó y pensó en que le quedaban muchas fotografías por hacer, aunque no serían durante ese día. Quizá llevaría su cámara a algún safari, pero siempre que sus padres y Abbuh la acompañaran. No volvería a ser temeraria. Por otra parte, se felicitaba a sí misma por haberse enfrentado a su miedo. No negaba que continuaba un poco inquieta, pero la parte más complicada la había vencido: cruzar los límites al interior del campamento.

La puerta se abrió y el sonido interrumpió los pensamientos de Clarissa.

El hombre que entró era calvo, negro y regordete. Su ropa era impoluta, salvo por los zapatos, pero era lógico considerando que estaban en una zona terrosa. Ella esbozó una sonrisa, a pesar de que el señor le pareció algo intimidante y también algo conocido; no en la forma que lo fue Jemima, sino como aquellas personas que quizá veías en algún sitio y había otra que se le parecía. Solo no recordaba de dónde.

Clarissa se incorporó de la silla y extendió la mano con la intención de saludarlo. Pero fue recibida con una mirada estoica y no hubo intento de aceptar el gesto. Ella frunció el ceño ante la hostilidad. Intentó hacer memoria sobre el lugar en el que lo pudo haber visto, pero no se le ocurría nada. Antes de que pudiera hacer algún comentario para romper el hielo, una puerta lateral —en la que ella, por supuesto, no había reparado— se abrió súbitamente y entraron tres hombres adicionales. Uno de ellos permaneció en una esquina, en donde apenas llegaba la luz, y solo se alcanzaba a notar un traje semiformal, hecho a medida, mas no el rostro.

Clarissa se incorporó de inmediato, como si un resorte la hubiera impulsado. Caminó con rapidez hacia la puerta, decidida a marcharse. Su mente le gritaba que buscara la salida, al tiempo que los miedos regresaban a borbotones a causa del encierro sufrido con los atacantes, una semana atrás. No ayudaba que hubiera en esa sala tres hombres desconocidos de los que Jemima no le había

hablado. «¿Sabía la mujer que entraron extraños? ¿Qué estaba pasando?», se preguntó, muy asustada.

Agarró el pomo dispuesta a abrir, pero sus pies se negaron a avanzar más allá de los pasos recorridos. No porque su cuerpo fallara, sino porque la voz de aquel hombre —oculto en las sombras, con el rostro invisible— le ordenó detenerse. Clarissa se detuvo en seco. Sentía la garganta seca. Pensó que un vaso de agua le habría venido estupendo en este instante, pero comprendía que esta no era una reunión para intercambiar experiencias de vida como extranjera, tal como le comentó Jemima.

«Por favor, que me no me maten. Que no me violen…».

—Siéntese, señorita Sneider —dijo esa voz, firme y contenida. Peligrosa.

Clarissa sintió que se le iba la sangre a los pies. Los otros tres hombres no tenían problema, al parecer, en que les viera el rostro. Entonces, con un frío gélido recorriéndole la columna vertebral, su cerebro unió todos los hilos de esa madeja. Ella comprendió la razón de que esas caras no se le hubieran hecho tan desconocidas.

—No tienes forma de escapar —intervino Samuel y la sujetó tan fuerte de los brazos que ella gritó. ¿El resultado? Él volvió a apretarle la carne, dejándole de seguro moratones que serían evidentes pronto al ser ella tan blanca—. Así que vas a escuchar con mucha atención lo que vamos a decirte. ¡Siéntate! —expresó con autoritarismo.

El corazón de Clarissa parecía un tambor en pleno concierto filarmónico. Sentía las manos sudorosas y las piernas débiles. Rogó que su cuerpo no desfalleciera.

—¿Qué…? ¿Qué quieren de mí? —preguntó en un susurro estrangulado.

—Eres una muchacha bastante entrometida —dijo otro, este era un hombre blanco, rubio y de bigote. Su voz era hostil. Ella lo reconocía, aunque no recordaba su nombre. Él había estado en alguna que otra reunión con sus padres, no en África, sino en

Australia. Se trataba del coordinador mundial de FONSE, la ONG con sede en Sídney que ayudaba a personas con enfermedades terminales—. Has causado problemas y has puesto en riesgo importantes negociaciones. Debiste morir con tu amiga aquella. No calculamos que hubiera alguien que diera el chivatazo para salvarlas.

Clarissa se llevó la mano a la garganta. Continuaba de pie. «¿Entonces todo había sido premeditado? ¿El hombre negro, el que daba las órdenes mientras ella y Nyaker estaban cautivas con los otros rehenes, en verdad la estaba buscando?».

—¡Que te sientes, coño! —exhortó la voz del hombre en sombras.

Ella estaba temblando y ese temblor aumentó cuando escuchó cómo uno de ellos le quitaba el seguro a un arma. Después, le pusieron el cañón de la 9mm en la sien. Quien lo hizo fue el otro hombre: alto, fornido, barba negra y cabello negro. No solo puso el cañón en su cabeza, sino que deslizó la punta —con saña— desde el cuello, sobre la camisa de algodón que ella llevaba, hasta la espalda baja, lastimándola.

—Eso duele… Pare… Yo… —susurró con piernas temblorosas y se sentó. Le ardía la espalda y le dolían los brazos. No podía defenderse, porque era minoría.

—Primero —intervino el hombre de barba negra, apoyando la mano con el arma sobre la mesa, y la otra palma sobre la superficie de madera vetusta—, quiero que me des la memoria de tu cámara fotográfica. —Clarissa se quitó el bolso, que había mantenido sobre su hombro; sacó la cámara y no dudó en acceder—. ¡Esa no, muchacha idiota, la que utilizaste el día en el que hubo el ataque en el campamento!

—Yo… Yo no tengo esa información —mintió a pesar de estar siendo amenazada, porque si les decía la verdad sería peor. Estas personas no estaban jugando e irían a su casa en Arua a buscar o, lo que era más terrible, amenazarían a sus padres—. Uno de los hombres que me violentaron e intentaron matar a golpes a mi amiga —tragó saliva— destruyó mi cámara fotográfica. No tengo ningún registro. Si acaso alguien rebuscó entre los escombros del sitio en el

que estuvimos —elevó ambas palmas de las manos— no estoy haciendo acusaciones, pero si así ocurrió, entonces ahí quedaron los restos de mi cámara. Con todo lo que tenía guardado.

El mismo hombre de barba y cabello negro la agarró del cuello, apretándolo.

—Suéltala, Iván —dijo la voz en las sombras—. Manda a alguien a buscar de inmediato a ese sitio la información que ella menciona. Si no queda nada, la desapareces. Si existe la cámara, haz que saquen la memoria y la traigan de inmediato.

Clarissa tosió varias veces y trató de recuperar el resuello.

—Me quedaré aquí con él —intervino el rubio de bigotes, señalando al hombre que apenas era visible—. Así podremos aprovechar en hacer una entrevista apropiada.

Clarissa al fin recordó el nombre del rubio: Peyton Jackson. No solo era respetado, sino que daba conferencias en Australia sobre derechos humanos y salud mental. ¿Si acaso ella había visto el contenido de la memoria anterior de la otra cámara? Sí, superficialmente. Por eso estos rostros le parecieron algo familiares, mas no de modo consistente, sino como borrones indecisos. Necesitaba mirar con detenimiento las fotos para comprender qué era a lo que tanto le temían ellos. Vamos, estaban amedrentando a una adolescente que no tenía armas ni nada para dañarlos.

En la estancia solo quedó el hombre en las sombras, a quien Clarissa decidió llamarlo Siniestro. Además, el idiota de Peyton. Los otros dos se largaron, uno de esos era el tal Iván, lo que significaba que no la apuntarían más con una 9mm en la sien.

—¿Quién te dio acceso a la caseta de recepción de víveres? —preguntó Peyton.

—No había restricción de entrada… —replicó Clarissa, haciendo memoria. El lugar de acopio era el área más amplia, pues se receptaban víveres de todas las ONGs que querían colaborar con este campo de refugiados. Ella, como nadie le había impedido el paso, hizo varias fotografías, tanto con el lente zoom estándar y otro

lente de 50mm para hacer retratos. Sí, recordaba haber visto personas hablando, documentos alrededor, pero su intención nunca fue captar papeles o similares, sino el ambiente en general—. Solo me adentré un poco más de lo usual. Había unas personas hablando, pero no me prestaron atención —explicó—. Luego me marché. Mi intención era captar la dinámica de un centro de acopio de víveres en un refugio.

—Si no hubieras venido hoy, Clarissa —dijo Peyton—, te habríamos ido a hacer una visita. No es difícil conocer los horarios de trabajo de tus padres, ya que los conozco y con una llamada a la persona adecuada, todo se vuelve más sencillo.

—No entiendo por qué me tienen aquí… Les prometo que no he hecho…

—¡Cállate! —zanjó el rubio—. Solo respondes cuando yo hago preguntas.

—No necesitas ser un hijo de puta —intervino la voz de Siniestro, calmada—. La suerte de la muchacha se va a decidir cuando vengan Iván y Samuel. Creo que ella comprende que meterse en donde no la llaman o tratar de ejercer de fotoperiodista en áreas restringidas puede resultar en un gran peligro. O también en la muerte…

Clarissa apretó los dientes, porque sentía que empezarían a temblarle. Sentía que el espacio la asfixiaba. Quería gritar, pero eso no iba a salvarla. Ignoraba, además, si este Peyton o el Siniestro tendrían un arma y la sacarían si se atrevía a moverse. Al ser ellos los que tenían el control, nadie la rescataría. Estaba segura de que todos cuantos estaban en estas oficinas sabían lo que estaba ocurriendo. ¿O no? ¿Qué tal el guardia que estaba afuera de la puerta? «¿Y Jemima, sabría que estos hombres habían entrado, después de que lo hiciera su jefe? ¿Sabría ella que el jefe era un malnacido?», las preguntas se repetían y se reformulaban, una y otra vez, insistentes, en su cabeza.

—Estamos al corriente de tu escolta, pero él es una mota de polvo si queremos llegar a ti —dijo con burla y arrogancia—. Así que vamos a hacer un trato, Clarissa.

—Un tra… ¿trato? —preguntó en un susurro, inquieta. No sabía si iban a matarla, violarla o si acaso la torturarían. Nadie iba a llegar a defenderla—. ¿Cuál…?

En ese instante entraron, por la puerta lateral, Samuel e Iván. Llevaban, esta vez, una pequeña portátil. La dejaron sobre la mesa y sacaron la memoria que habían encontrado —para alivio de Clarissa — en el sitio en que la que había sido retenida.

—Dense prisa —dijo Siniestro—. Tengo un vuelo que tomar y muchos proyectos que esperan por mi aprobación. Les doy cinco minutos o me marcho. Con ello, por supuesto, cualquier posibilidad de financiación de esta mierda de vacuna.

Clarissa notó que el acento no era de Europa o Estados Unidos, sino Australia. Al igual que el de Peyton. Eso, para ella, solo daba cuenta de que eran una red. Lo que no comprendía era de qué con exactitud. Intentaba no derrumbarse y no era fácil.

Peyton maniobró en el ordenador. Todas las fotografías, para alivio de Clarissa, solo contenían capturas de animales silvestres, la ciudad de Arua, rostros sonrientes de los refugiados, la dinámica de trabajo de las brigadas médicas, atardeceres, fotografías con sus padres, ella posando con algún atuendo o haciendo muecas. Aparte fotos de tiendas pequeñas y en construcción. También había imágenes del centro de acopio: frutas, frejoles, arroz, enlatados, y poco más; ninguna persona. Se tomaron los cinco minutos que Siniestro les dio para revisar las imágenes rápidamente. Cuando no encontraron lo que parecían buscar, apagaron la portátil.

—Esto no parece ser suficiente —dijo Iván, lanzando la nueva cámara de Clarissa al piso, frustrado. En ninguna de las dos memorias, de la vieja y nueva cámara, encontró pruebas de aquello que les preocupaba—. Pero sé que la muchacha miente.

Siniestro movió la mano, impaciente, y ella pudo ver un reloj muy costoso en la muñeca. Aunque no podía identificar la marca, no hacía falta, porque había visto demasiados de esos lujos en las galas a las que sus padres solían llevarla en Australia.

—Necesitamos desaparecerla —intervino Iván.

—Tiene contingencias —comentó Samuel—. Vino acompañada de dos personas. Uno trabaja en el hospital principal de Arua y el otro es un escolta. Desaparecer tres personas con lazos, dos de ACNUR y uno del hospital, serían cabos sueltos que no tenemos tiempo de cubrir. Tu sugerencia es apresurada y absurda.

—¡Tengo un puto negocio que dirigir, y esta mocosa tiene información sensible que se niega a aceptar que existe! —exclamó Iván descontrolado—. Son millones de dólares en estudios. ¿Acaso crees que esta mierda es fácil? —preguntó.

—Sabemos que la muchacha estuvo haciendo fotografías en los días de la conversación crítica —dijo Samuel—. Los imbéciles que entraron a hacer desmanes con la misión de obtener toda la información de esta chica, tal vez echaron a perder algún otro ítem que pudo haberse caído de la mochila que encontramos —se pasó los dedos por la frente—. Si ella muestra las imágenes a alguien o si acaso…

—¡Prometo que no tengo más! ¡Lo prometo! —exclamó con lágrimas rodando por sus mejillas. Veía la desesperación y preocupación en la mirada de Iván, Peyton y Samuel. De Siniestro solo parecía emanar un aura de control, autoridad y poder.

—Peyton te habló de un trato —intervino Siniestro con ese tono sereno, pero que contenía una amenaza letal. No le hacía falta levantar la voz—. Te voy a ofrecer uno, señorita Clarissa Sneider. Si alguna vez llegara a existir rumores, que involucren comentarios sobre este campo de refugiados, en el que se desprestigie la vacuna PulmoVax-A77, en la más mínima forma, puedes tener la seguridad de que tus padres tendrán una vida más corta. Con sus trabajos en ACNUR podrían sufrir problemas en algún vuelo interno o un lamentable accidente de coche —comentó—. Quedarte huérfana sería triste, pero no acabaría ahí tan solo. Tu vida sería miserable tanto o más que las personas que estén cerca de ti. No importa tu edad, no importa cuánto tiempo haya pasado. Siempre habrá

alguien pendiente de que mantengas la boca cerrada y que la reputación de esta vacuna sea intachable. No hay caducidad —dijo.

—Pero… Pero no lo comprendo, no sé por qué me habla de eso o por qué me amenaza —susurró aterrada, porque no entendía qué era lo que buscaban o este interés tan insistente—. Yo no tengo nada. No sé qué es esa vacuna… Créame…

—PulmoVax-A77 —dijo Siniestro—, lo repito, para que no lo olvides. Se trata de una interesante vacuna en proceso de desarrollo para evitar la tuberculosis en lugares de hacinamiento y campos de refugiados. ¿Acaso no te parece altruista?

Ella tragó saliva.

—Supongo… —dijo con voz temblorosa.

—Las imágenes que tomaste ese día podrían poner en riesgo muchas oportunidades de crecimiento en materia farmacéutica y que podría ayudar a cientos de miles de personas —replicó Siniestro—. A menos que, por supuesto, nos estés diciendo la verdad y esas memorias —extendió la mano hacia la portátil en la mesa— sean todo lo que tienes contigo. Si nos has mentido, recuerda que no solo pondrás tu vida en riesgo, sino la de tus padres y todos aquellos que se acerquen demasiado a ti.

—¿Qué tienen que ver los estudios farmacéuticos, señor, conmigo…? Tengo apenas dieciséis años, no me interesa lo que pase en el mundo de los negocios —dijo con la voz quebrada, sin ocultar su miedo, aunque trataba de controlarlo—. Solo estaba haciendo unas fotos, caminando, conociendo… ¿Cómo podría perjudicar algo así, las oportunidades de ayuda para otros? —se frotó las sienes— estoy confundida… —susurró, agitada, porque sentía que todo volvía a repetirse: hombres, amenazas y abuso de poder. Porque eso era lo que sucedía. Ellos tenían posiciones de autoridad y ella era tan solo una chica con una mente idealista. Sentía que las paredes se cerraban, así como que un ataque de pánico era inminente. La lucha consigo misma, para evitar demostrar más vulnerabilidad y debilidad si sucumbía al ataque de pánico, era tenaz.

Clarissa empezó a jugar con los dedos de sus manos, tratando de calmarse. También apretó los dedos de los pies dentro de las zapatillas deportivas con fuerza. No podía, no quería, quebrarse ante estos desconocidos infames. Estaba asustada.

—Te metiste a jugar con fuego y si has mentido, puedes quemarte, porque hay muchos millones de dólares invertidos y en juego que podrían echarse a perder si tus fotografías, aquellas que dices que no posees, llegaran a ver la luz del día —intervino Peyton —. Cabrearías a mucha gente. Considera que nosotros somos los buenos.

—Mis fotografías de este viaje son las que tienen. Las pueden destruir… —mintió de nuevo, porque su estúpido instinto le decía que, tal vez, algún día el respaldo que tenía de esas fotografías que les aseguraba a estos hombres no poseer, podrían salvarla—. Mis padres y yo nos marcharemos lo antes posible de este país.

Iván se acercó a ella, la miró con furia. Levantó la mano para golpearla, pero una palabra: "No", dicha por Siniestro lo detuvo de inmediato. Clarissa exhaló.

—Si alguna vez llegase a existir inconvenientes en este proyecto u otros como consecuencia de que nos hayas mentido, y, accidentalmente, tus imágenes aparezcan en la prensa o las compartas con terceros, te buscaremos —dijo Siniestro—. Pero no seremos tan civilizados como hasta hoy. Que tengas una buena vida, señorita Sneider, y procura no meter las narices donde no te llamen. Recuerda que esta charla jamás tuvo lugar —concluyó, fundiéndose con la oscuridad de la esquina en la que se hallaba y saliendo silenciosamente por la puerta lateral. Los demás no le dirigieron la palabra a Clarissa, sino que optaron por seguir el mismo camino. Solo se quedó Samuel.

Ella respiraba con dificultad. Nada de lo que esos hombres decían poseían sentido, salvo las amenazas. Estas últimas, lo sabía, no eran en vano. Si habían hecho mención a millones de dólares, entonces se traían algo gordo entre ellos. No podía esperar a volver a la casa y rogarles a sus padres que regresaran a Australia. Le daba igual si

tenía que suplicarles, pero no podía soportar un minuto más en este país.

—He dicho la verdad… —susurró Clarissa a Samuel.

El hombre la observó con desdén y abrió la puerta. Makena estaba a varios pasos de distancia, pero parecía no haber escuchado nada ya que su rostro era neutral.

—La señorita Sneider ha concluido su contribución —dijo Samuel en tono jovial. Casi parecía una persona totalmente diferente al hablarle al guardia.

—Por supuesto, señor —dijo Makena con el mismo tono monótono que empleaba para dirigirse a todas las personas que iban a las oficinas—, la guiaré fuera.

Una vez que Clarissa salió y vio a Moses, este se dio cuenta de que algo no andaba bien con ella. En especial, cuando Jemima se despidió muy sonriente, pero la pelirroja tan solo se despidió haciéndole un gesto con la mano. Abbuh miró alrededor buscando una amenaza, mas no había nada. Todo parecía en orden e inclusive Samuel salió para dar instrucciones a su secretaria, dando a entender que si creían que estaba ocurriendo algo extraño, eso tan solo formaba parte de sus imaginarios mentales.

Clarissa no se derrumbó, sino que mantuvo la compostura a lo largo del camino en el coche y actuó de manera serena. Inclusive fue capaz de sostener una conversación bastante creativa: se inventó todas las respuestas que nunca dio sobre el supuesto interrogatorio de su experiencia en el campo de refugiados y Uganda, en general, como extranjera. Moses le preguntó si acaso el gerente de Proyecto Horizon le hizo algún comentario fuera de lugar, pero ella le respondió que tan solo se sentía agotada, después de enfrentarse a un entorno que le había causado dolor, nada más.

Sin embargo, le preguntó a Moses si existía la posibilidad de que la ayudara con alguna píldora para dormir. Él se rascó la cabeza, pensativo y al notar que Clarissa estaba muy tensa, casi a punto de romperse —aunque intentara disimularlo— le dijo que sí. Abbuh le

comentó al chico que no podía moverse lejos de Clarissa, omitió contar lo sucedido la primera vez cuando confió en que ella estaba enferma y lo mandó a por unas pastillas. Clarissa intervino pidiéndole de favor a Moses que fuese a comprar a la farmacia esas píldoras. Un largo rato después de llegar a casa, cuando estuvo a solas, Clarissa buscó la primera memoria con las imágenes que esos hombres buscaban. Abrió el ordenador. Aún no se iba a tomar la píldora que le dio Moses.

La adrenalina reemplazó al miedo —después de conocer que el asalto fue planificado por estos hombres y que el objetivo era matarla a ella— y amortiguó un posible ataque de pánico. Aunque temía que más pronto que tarde haría presa de ella. Clarissa empezó a pasar las imágenes, hasta que llegó al grupo que captó lo que ocurría en el centro de acopio de víveres. El lugar quedaba varios metros alejado del área donde vivían los refugiados, cinco minutos a pie dentro del circuito protegido, y trabajaban varias personas de diferentes organizaciones de ayuda que recogían donaciones, nacionales e internacionales. Clarissa había entrado al centro, saludado a los que estaban en la entrada —que sabían que era hija de trabajadores de ACNUR— y llegó hasta el lugar donde estaban las frutas y los cereales. Las fotografías daban cuenta de la cantidad de alimentos y cómo funcionaban los inventarios rudimentarios.

Pero en medio del bullicio externo nadie le prestó interés cuando ella llegó a una zona más silenciosa. Notó que había varios hombres dialogando, creyendo que nadie los veía. Sin embargo, el lente de Clarissa era un gran observador. Ella había utilizado el zoom para capturar las expresiones de algunos de esos hombres, pero también de lo que estaba esparcido sobre una mesa pequeña. Además de una portátil había varias fotografías y también documentos. Curiosa, ella había capturado todo. Después, a la salida, alguien la alcanzó a ver, pero no era ninguno de esos hombres, sino uno de los encargados del inventario. Le preguntó por qué estaba en esa zona, pues estaba prohibida, y que daba igual que ella fuese hija de empleados de ACNUR. Clarissa se disculpó, al notar la hostilidad, y tan solo le comentó que se confundió.

Ahora, mientras observaba las fotos, pensaba que él fue quien la delató.

Clarissa revisó las siguientes fotografías. Su lente zoom era barato así que la nitidez era un poco pobre y fue ese el motivo por el que capturo casi perfectamente a los hombres que le hicieron la encerrona, horas atrás, en las oficinas de esa empresa. Al menos tres de ellos, ahora los reconocía: Iván, Peyton y Samuel. El Siniestro no constaba en ese grupo. Clarissa continuó observando con detenimiento y cuando hizo zoom en una de las últimas fotografías sintió ganas de llamar a la policía. Ahora comprendía con claridad el porqué de la amenaza. Lo que ella había capturado eran imágenes de personas de raza negra encadenadas a camas de hospital. Clarissa había estudiado y visto información de lo que implicaba hacer experimentos con humanos.

Jamás pensó que ella registraría, sin quererlo, pruebas de que eso era exactamente lo que estaba haciendo Proyecto Horizon. Sus representantes constaban en esa imagen, el tal Samuel Robinson, al menos. Pero ese Iván y Peyton Jackson tenían que ser parte del grupo. ¿Quién era el Siniestro? ¿Cuál era su nombre? Lo ignoraba. Entre más acercaba la imagen en su ordenador, más se le agitaba el corazón con pesar y angustia. ¿Esa vacuna que mencionaron? Lo más probable es que la estuvieran utilizando como ensayo en esas personas a las que tenían encadenadas.

¿Lo más triste? La mayoría era niños y bebés, entubados y en condiciones de restricción de movimientos. Como una muestra medieval en pleno siglo XXI, porque la maldad humana no conocía de tiempos; la naturaleza vil y avariciosa era capaz de destruir en el afán de obtener recursos a toda costa. Clarissa no podía ver más allá de lo que el zoom le permitía en la portátil. «Por eso estaban preocupados: porque intuían lo que ella pudo haber captado en esas imágenes», pensó. No era raro que hubieran amenazado con arruinarla, no solo a ella, sino también a sus seres queridos. Si iba a la policía o a la prensa con esas imágenes, antes o después de que saliera a la venta la maldita vacuna aquella, se armaría un escándalo internacional de grandes proporciones. Se empezaría a cuestionar

todo: nexos, dinero, empleados, conexiones, y demás. Probablemente estarían involucrados gobiernos que permitían utilizar a la gente pobre y necesitada de África como conejillos de indias. Los hijos de perra de Proyecto Horizon utilizaban a las personas de los campos de refugiados para experimentos médicos y luego, con los resultados, iban trabajando en vacunas o medicamentos. No solo eran animales, sino también personas las que servían como granjas de cultivo para obtener la materia del negocio más lucrativo —aparte del sexo, tabaco, drogas y alcohol— y eso era la farmacéutica. Lágrimas de pesar afloraron a los ojos de Clarissa. Se sintió impotente y también en conflicto consigo misma.

Su conciencia le exigía buscar a las autoridades, pero, ¿qué tal si estas estaban comprometidas? ¿Qué tal si iba a la prensa, y la enviaban con viento fresco y no le daban credibilidad? Ella sabía que jamás podría mencionar nada a nadie. Le dolía profundamente decepcionar a esas personas que eran víctimas de abusos, y que no la conocían, pero Clarissa tenía que elegir entre salvarse y también salvar a su familia. Para una chica de dieciséis años, la elección era una de las más duras que tenía que hacer. No quería saber de África, no quería saber de ONGs, no quería saber de las empresas que se asociaban para trabajar con ellas, ni tampoco de la fotografía.

El mundo no era un lugar mejor cuando había que elegir a quién salvar, porque todos los seres humanos merecían dignidad y un camino seguro para transitar la vida. Clarissa guardó la memoria y fue a darse una ducha. Los moratones en sus brazos y la huella de la raya en la espalda hecha con el cañón de la pistola, le recordaron que no se había imaginado ni la conversación, ni su descubrimiento ni la amenaza. Apenas salió, no solo se tomó la pastilla para dormir que le dio Moses, sino que dejó hechas las maletas. Claro, no sin antes escribirles una carta a sus padres pidiéndoles que la despertaran temprano al siguiente día, porque no soportaba estar más tiempo en Arua.

Después, no sin cerciorarse que todo estaba perfectamente asegurado en la casa, se acostó a dormir. Pero mantuvo firme el propósito de ir a buscar a la hija de Nyaker al siguiente día y

despedirse. Todavía continuaba en el cunero, y su padre le había comentado que saldría pronto para que miembros de ACNUR le ofrecieran los cuidados necesarios, hasta que pudieran encontrarle un hogar definitivo. Con eso en mente, con el cuerpo agotado, así como las emociones drenadads, caóticas, se durmió.

Pero ese descanso no le trajo calma, sino más dolor al siguiente día.

CAPÍTULO 14

Tres días atrás, Knox recibió la llamada de Catherine. No aceptó verse con ella en un café, ni tampoco cenar juntos. Le preguntó con tono frío qué quería, y la mujer se tomó al menos cinco minutos, sin parar de hablar, pidiéndole disculpas. No solo por haberlo dejado plantado en el altar, sino porque durante ese tiempo sin verse había comprendido su error y también que continuaba enamorada de él. Le preguntó si podría darle la oportunidad de explicarse en persona, y Knox le replicó que no. Ella le dijo que ya no volvería a Nueva York, sino que iba a quedarse en Australia, porque los planes que tenía trazados en Estados Unidos no fueron exitosos. Le insistió en verse. Knox le dijo que no echaría su tiempo a la basura en una reunión con ella.

Catherine sollozó y le comentó que también necesitaba su ayuda, porque su familia estaba atravesando problemas financieros y podrían perder la granja que tenían en las afueras de la ciudad. Le preguntó si él podría llamar al banco o mover sus contactos. Ante eso, Knox soltó una carcajada, sin sorprenderse de que hubiera un motivo detrás de que ella regresara a Sídney: la familia. Y también de que lo buscara: conexiones y dinero. La mujer creía que, porque una vez él le dio un anillo, iba a considerar ayudarla o que, puesto que había pasado más de un año desde el incidente en la iglesia, él borraba la pésima impresión que ahora tenía de ella. Ese era el nivel de caradura que tenía Catherine, uno que nunca quiso ver o fingió que le daba igual.

Su ex le preguntó que quería a cambio de hacerle ese favor para su familia, y también le aseguró que sus sentimientos no estaban condicionados por el hecho de si la ayudaba o no. Knox no la mandó a la mierda, porque sabía que ella tenía un precio y también guardaba algo que él quería de regreso. Le pidió el nombre del

banco y dejó claro que Dhalia, su asistente, haría la llamada en su lugar; él no perdería tiempo en algo trivial. Esa gestión bastaría para aplazar el embargo y mantener la granja a flote. Catherine se deshizo en agradecimientos, pero Knox la cortó en seco. Antes de terminar la llamada, le recordó con voz helada que nada era gratuito: habría un precio.

Ella le dijo que estaría siempre a su disposición, lo hizo en un sentido sexual, y él soltó una carcajada sin alegría. Knox le comentó que enviaría a Ancelot para retirar la pulsera que era de Lorelei, y que si no la entregaba no solo iba a pedir a Dhalia que llamara al banco, para que activaran el embargo de la granja al día siguiente, sino que enviaría a agentes de la oficina de sanidad. Su ex aceptó. Después tuvo la desfachatez de preguntarle si en verdad le guardaba tanto rencor, hasta el punto de no querer ni siquiera intentar ser amigos, pero la respuesta de Knox fue cerrarle el teléfono.

Ahora, al fin, tenía el brazalete de su querida abuela Lorelei en su caja fuerte.

Sobre esa conversación, por supuesto, le había contado a Clarissa. Ella lo abrazó y le comentó que estaba contenta de que hubiera podido recuperar ese brazalete que era tan importante para él. También le dijo que si alguna vez llegaba a conocer a la tal Catherine, le arrancaría los ojos por haberlo humillado públicamente. Knox tan solo se rio y la besó, hasta que ese beso se volvió un gemido. Él no quería tener secretos con Clarissa, le gustaba la calma y la sensualidad que le daba su pelirroja. Saber que lo amaba era uno de los regalos más bonitos para Knox, uno que ni su portafolio multimillonario, ni su apellido, ni su cuenta bancaria podrían comprar jamás. El comentario sobre la llamada con Catherine no tuvo trascendencia, porque tampoco la merecía. Lo más relevante consistió en recuperar una reliquia familiar.

Finalmente, ese capítulo estaba cerrado.

Lo importante, su presente, se encontraba ahora junto a él.

—Estás un poco pensativo —dijo Clarissa tocándole la mejilla—. No creo que el fondo azul con cinco puntos blancos requieran tanta concentración —bromeó.

Ella llevaba un vestido negro cóctel que le daba un aire elegante, el cabello suelto la hacía lucir arrebatadora, y unos pendientes de zafiros —que le obsequió su madre para un cumpleaños— completaban su atuendo. Knox no había resistido la oportunidad de seducirla, cuando fue a recogerla a la casa, y eso resultó en que se retrasaran media hora para la visita. Clarissa tuvo que retocar su maquillaje y cabello.

Knox apartó la mirada de la fotografía. Estaban en la galería Rochelle, la misma que él había conseguido asociar con Wax & Ink bajo un concepto inmersivo pensado para atraer no solo a los amantes del arte gráfico, sino también a los de la literatura.

—Clarissa, estaba pensando en que este lugar se vería fantástico con tus fotografías —dijo posando toda su atención en ella. Extendió la mano y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. No necesitas una colección completa. Bastarían unas cuantas imágenes que elijas. ¿No te parecería estupendo, belleza?

—Knox, no me aventuraría a algo como eso… Pero aprecio que lo ofrezcas.

—Cuando estés lista para volver a usar una cámara fotográfica, la galería estará disponible para ti. No hará falta que tengas un tema en específico o concepto —expresó con determinación—. Solo quiero que captes lo que resuene contigo. ¿Sí?

Ella esbozó una sonrisa. «¿Cómo no amarlo?», pensó.

—Eso es muy generoso de tu parte —dijo con emoción en la voz. No podía creer su suerte. En una noche inesperada, a pesar de sus miedos, había dado un paso que la acercó al hombre que transformó sus reticencias en certezas—. Gracias, Knox.

A pesar de que estaban rodeados de muchas personas, los dos —al mirarse a los ojos— sentían que el resto se desvanecía. Pero eran prudentes y sabían que besarse en público traería consecuencias

indecentes si ese beso se profundizaba, o si un roce de sus dedos, que nunca era inocente aunque lo pareciera, tenía el ardor de una promesa sensual. El sexo entre ambos era la suma de sus anhelos, pero también existía un toque tan sutil como profundo: cuando se unían entre el éxtasis y la pasión, creaban un bálsamo que aquietaba demonios mutuos. Un bálsamo que borraba cicatrices.

Clarissa tragó saliva. La noche anterior había amanecido con Knox, pero para su gran consternación, no fue un despertar sereno. Llevaba años sin tener una pesadilla que la hiciera levantarse en la mitad de la noche o al amanecer, inclusive, bañada en sudor y gritando por ayuda. Por supuesto, la idea de mentirle se le cruzó por la mente, pero habría sido ridículo, menos cuando él la amaba y ella sabía que le brindaría el confort que necesitaba. La anterior fue la razón principal, sumada a la certeza de que con Knox estaba segura, para que le hablara de la segunda parte del viaje a Uganda: la justificación de su desconfianza inicial, la necesidad de ocultarse y el porqué la intimidad con un hombre la había paralizado, hasta que él llegó a su vida.

No le mencionó el nombre de la empresa, Proyecto Horizon, porque los tres hombres involucrados ya estaban muertos. Le explicó lo que hacían con los refugiados, en el afán de probar que las vacunas y medicamentos funcionaran. Knox se mostró consternado y la sostuvo entre sus brazos, mientras la escuchaba, pero en todo momento Clarissa podía sentir que él vibraba de rabia por lo que ella había pasado y también soltó varios improperios, a medida que avanzaba el relato.

Knox la dejó llorar, limpió sus lágrimas con cariño y acunó su cuerpo como una barrera inamovible, capaz de bloquear los proyectiles envenenados de la vida y sus circunstancias. Le aseguró que si él tuviera el poder de borrar esos recuerdos o inclusive absorberlos, para que ella no sufriera más, lo haría sin dudarlo. Ante esas palabras, los ojos de Clarissa se llenaron de lágrimas de nuevo, se inclinó para besarlo y le aseguró que ahora, al estar a su lado, sabía que todo estaría bien. Esa noche, Knox hizo el amor con ella de un modo dulce, suave inclusive, y anclándose en su profundidad

con reverencia. La tomó de forma posesiva también, pero no solo hubo pasión, sino una promesa silenciosa de que él sería su ancla cuando hiciera falta.

Cuando pasó un largo rato, mientras Knox la sostenía contra su cuerpo, en el silencio y oscuridad de la suite, él le preguntó qué era lo que más echaba de menos de esa Clarissa de dieciséis años. Ella le confesó que la fotografía y la sensación de que podría tener la libertad de ser y hacer con su talento lo que quisiera, sin restricciones ni amenazas contra ella o su familia. Knox le comentó que había visto varios libros de fotos en la estantería que ella tenía en la casa, y asumió que era una de sus aficiones, pero que nunca imaginó la razón por la que no la vio usar una cámara profesional o escuchó comentarios al respecto. Clarissa, con un nudo en la garganta, también le habló del destino que había tenido la hija de Nyaker: cuando había ido a buscarla al hospital, antes de volver a Australia, hubo un incendio en una parte del centro médico de Arua. En medio del caos, algunos de los bebés desaparecieron del cunero. Entre esos había estado Nijma. Así que, inclusive su despedida de la niña, le fue arrebatada.

—Los hijos de puta que te atormentaron están muertos. ¿Y ese otro que mencionas, el que nunca pudiste identificar? Lo más probable es que también lo esté, mi vida. Pero si supiera su nombre, y continuara con vida, lo habría matado con mis propias manos por amedrentarte y hacerte sufrir. Apenas eras una adolescente —dijo mirándola con amor—. Mereces recuperar esa libertad y seguir tu pasión, Clarissa.

—Tengo los libros por ahora, el proyecto Chronos de Morgana —sonrió—. Como te conté se trata de convertir imágenes en relatos de terror. Me hace feliz…

—No te mientas a ti misma —zanjó Knox con seriedad—. Los libros son un paliativo, una pasión en segundo lugar, pero tú ves el mundo de otro modo. Lo he notado en este tiempo contigo, la forma en que se ilumina tu mirada cuando hablas de arte, el conocimiento que posees para diseccionar los planos e imágenes de una película.

Eso es más allá que ver el mundo, a través de las letras; eso es darle color a la vida con un ojo distinto —comentó—. Así que, mientras yo esté a tu lado, Clarissa, nada va a sucederte. Nadie va a perseguirte. No hay ningún Siniestro, no hay sombra que pueda acercarse a ti, estás protegida. Quiero que seas libre de hacer lo que amas y te da felicidad. Así que vas a empezar eligiendo una cámara fotográfica profesional.

—Knox, ya te he dicho que uso mi dinero para encontrar a Nijma —susurró.

Él sonrió con arrogancia.

—No te he sugerido que hagas una compra, sino que elijas una cámara —expresó, dejando en entrelíneas el verdadero significado de ese comentario—. ¿Bien?

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—Después de cómo te han usado mujeres en el pasado, en especial tu madre, en el afán de obtener siempre algo de ti, ¿cómo crees que yo aceptaría que me dieras algo tan costoso? —meneó la cabeza—. Elegiré una cámara y la compraré luego.

Knox le tomó el mentón entre los dedos.

—Me alegra que lo consideres hacer, finalmente —dijo complacido —. Pero no te atrevas a comparar lo que ocurrió en el pasado, contigo. Tú, jamás has buscado algo de mí, aparte de muchos orgasmos, los cuales te los doy y provoco muy complacido. —Ella soltó una carcajada—. Esta vez, te estoy haciendo yo un regalo.

—Para mí es difícil aceptar algo así…

—¿Aunque te ame y lo haga genuinamente, Clarissa?

—Por ahora elegiré una cámara, me habituaré a la idea de volver a hacer fotografías y considerar, quizá en algún momento, una exposición pequeña —dijo con suavidad—. Luego iremos conversando el resto. Así me siento más cómoda.

La respuesta no le gustó a Knox, porque sentía la necesidad de cubrir a esta mujer de todo cuanto deseara, especialmente porque

no le pedía nada. Quería bañar a Clarissa de mimos y consentirla, pues era lo que ella merecía: ser complacida. En esta ocasión, tal como acababa de decirle, ofrecerle algo material era su voluntad.

—Aunque me parece absurdo que me niegues el placer de obsequiarte una cámara fotográfica —dijo cediendo—, me alegra que hayas considerado habituarte a la idea de retomar algo que te apasiona. Usaremos los fines de semana para visitar sitios que, si te apetece, los puedas tener como puntos de referencia para fotografiar.

Ella sonrió, conmovida.

—Ah, propones fines de semana de aventura, ¿eh? —preguntó enlazando su brazo con el de Knox—. Eso suena más a una sugerencia poco altruista, y más egoísta.

Él soltó una carcajada breve y le besó el cuello.

—Puedo encontrar espacios en los que tus gemidos sean la cúspide de un día de exploración, dándoles un toque de adrenalina, mi vida —replicó con suficiencia—. Por cierto, ¿al menos me permitirías poner a tu disposición un investigador privado para que te ayude a encontrar a Nijma…? —preguntó de repente, caminando.

La exposición era un poco compleja y se titulaba *Geometría del Caos,* y mostraba fotografías abstractas, por ejemplo de las grietas en el asfalto, cables entrelazados, reflejos fragmentados en vidrios rotos, manchas de óxido, pequeñas marcas de luz con fondo desdibujado o sombras superpuestas. El enfoque era sugerir al espectador que inclusive en el caos cotidiano podía encontrarse belleza y una estructura secreta.

—No tengo pistas claras, apenas empiezo a tratar de recabar información…

—¿Es ese un no? —preguntó ladeando la cabeza.

Ella soltó una exhalación y lo abrazó de la cintura.

—Todo lo opuesto —susurró con emoción en la voz—. Gracias, Knox…

La aceptación de Clarissa relajó al magnate. La mujer era tozuda y pretendía resolver todo sola. Le costaba entender que ahora estaban juntos, y que, por eso, eran un equipo. Pero él entendía de dónde surgía esa necesidad de ser autosuficiente, pues él tenía la misma tendencia. Sin embargo, si querían que esta relación tuviera un futuro, sí era necesario que ambas partes comprendieran que la ayuda no era dependencia y que no los volvía más débiles ante el otro, sino compañeros de verdad.

—Clarissa, ahora entiendo de dónde surgen tus miedos —comentó —. Pero también llevas años a la sombra de ese pasado. Déjalo ir. ¿Puedes confiar en mí?

Ella soltó una exhalación acompañada de una sonrisa.

—Siempre —dijo con amor.

—Entonces considera retomar esa cámara de fotos y empezar a estirar tus alas hacia la dirección que siempre quisiste y necesitas — expresó, sosteniéndola de la cintura—. Si no convences a ese idiota escritor de participar en tu proyecto, entonces te asignaré otro en el que puedas combinar la fotografía con la literatura. Poco a poco.

—No necesito favores del jefe —dijo riéndose, mientras continuaban hacia otra área de la exposición—. Aunque no me opongo a visitar las oficinas de Aussie Equinox y repetir cierta escena que me hizo sentir particularmente interesada…

Él le hizo un guiño y le apretó los dedos alrededor de la esbelta cintura.

—Tus deseos son mi debilidad, sin duda —replicó en broma—. Pero quiero hacerte una aclaración: jamás te daré, como jefe y mientras trabajes en Wax & Ink, algo que no merezcas. Tampoco evitaré sancionarte si incumples las normas —expresó Knox—. Hasta ahora, el hecho de que seas la novia del jefe no ha generado murmuraciones, que era lo que temías, y tu nivel de eficiencia no ha cambiado.

—Bueno, resulta que mi novio es un gruñón muy sexy y al parecer todos se cuidan mucho de no provocar que sus ojos verdes se

vuelvan intimidantes —se rio —. Mi nivel de eficiencia jamás va a cambiar sin importar quién sea el CEO —dijo.

—Lo sé, y esa ética profesional de ti es la que me gusta tanto.

—¿Solo mi ética profesional…? —preguntó en tono sugerente, mirándolo.

Knos esbozó una sonrisa.

—Ah, Clarissa, más tarde voy a contarte con mi boca y mis manos todo lo que me gusta —bajó la voz— y me vuelve loco de ti. Nos espera una noche interesante.

—¿Lo prometes? —preguntó flirteando abiertamente.

—En realidad es una advertencia, pelirroja —replicó en tono sensual.

En ese instante fueron interrumpidos por una pareja que conocía a Knox. La conversación fue breve y giró en torno a próximos eventos de la temporada de negocios. Al cabo de un rato, Clarissa se sintió un poco incómoda. Las arcadas la tomaron por sorpresa. En el almuerzo habían ido a un restaurante de mariscos, así que lo más probable era que algo le hubiera caído mal. Esto era muy inconveniente, porque al siguiente día tenía que ir a la casa de Aldwin. No podía llamar para cancelar, así que más le valía a su estómago comportarse. Se excusó un instante y fue con rapidez hacia los lavabos. Abrió la puerta de uno de los dos cubículos del baño. Su estómago protestó y ella vació todo el contenido. Maldijo en silencio, porque no era de las que solía enfermarse con facilidad. Permaneció casi veinte minutos encerrada en el baño, hasta que sintió que su estómago se calmaba, y también las arcadas.

Fue al lavabo y se limpió la boca. Menos mal había un frasco de cortesía con enjuage bucal. Lo usó varias veces, hasta que sintió que su aliento era fresco de nuevo.

El esfuerzo de devolver la comida, le provocó dolor de cabeza. No eran ni las nueve de la noche y todavía faltaba el brindis. Este evento era la inauguración de la exposición, el primer día. La fusión con Wax & Ink, al menos en esta sucursal específicamente, se

anunciaría en las próximas semanas. Clarissa había conocido a la socia de Knox, Rochelle Williams, y le pareció una mujer muy inteligente con la que pudo sostener una agradable conversación. Lo único que no le gustó fue que parecía interesada en conseguir una sonrisa de Knox. Pero Clarissa dejó los celos a un lado, porque estaba resignada a que él tuviera ese efecto en el sexo opuesto. Su resignación no provenía de la inseguridad, sino lo contrario. Sabía que él solo tenía ojos para ella. No porque se lo imaginara, no. Knox le demostraba que la quería, no solo en la cama —donde ambos se dejaban llevar por el placer del deseo ardiente y que parecía aumentar con los días— sino también le daba su lugar ante otras personas, conocidas o no. Si tenían discusiones —vaya que las tenían, porque sus temperamentos eran fuertes— él no utilizaba palabras que opacaran las opiniones de ella. Tampoco era ya un secreto que eran novios ante sus amigos. De hecho, cuando se volvieron a reunir todos —esta vez en un bonito restaurante cerca del mar— Knox la mantenía cerca, de vez en cuando le daba un beso fugaz en el cuello o le acaricaba distraídamente el interior de la muñeca al hablar. Ese gesto, claro, no pasó desapercibido para Aubrey.

Clarissa le había contado cómo cambió la relación con Knox, pero no le mencionó lo sucedido en África y no creía que fuese un tema que compartiría en un futuro. Adoraba a Aubrey, pero lo ocurrido en Uganda era la clase de herida que solo alguien que había sufrido una tragedia de la magnitud de Knox podría entender. Al menos desde un punto de vista emocional. Además, su amistad con Clarissa se basaba en quién sostenía a la otra a pesar del silencio; quién estaba para reírse de las locuras compartidas y para celebrar las alegrías, así como quién estaba para sobrellevar las calamidades de la vida e instantes aciagos que no eran necesarios explicarlos siempre.

—Clarissa, por favor, acompáñame un instante al tocador de damas —le había pedido Aubrey con suavidad, aquel día en el restaurante. Luego se había levantado.

La pelirroja había hecho un asentimiento. Pero no habían ido al tocador, sino que Aubrey la guio hasta un área en los exteriores del

restaurante, en Barangaroo. La tarde estaba fresca y ya había bastantes comensales en la línea de exclusivos locales del área. En esta zona de Sídney, la vista y el entorno se volvían inolvidables al ocaso.

—¡Oh, por Dios, ese hombre está loco por ti! —había dicho Aubrey.

Clarissa se había reído.

—Quizá igual o más que lo que yo siento por él —había contestado la pelirroja—. Darme cuenta de lo mucho que amo a Knox me paralizó y por eso, aquella ocasión que nos vimos en Bondi Beach, preferí no ahondar en esos sentimientos. Aunque creas que es fácil para mí enamorarme, la verdad es que soy muy selectiva —había confesado—. Uso una fachada para protegerme, pero, realmente, Knox es el primer hombre que logra romper mis defensas de verdad, Bree.

Aubrey había unido ambas manos con una sonrisa ilusionada.

—Mereces todo el amor del mundo —había replicado Bree dándole un abrazo afectuoso—. Sé que a veces eres impulsiva, así que, si llegara a ocurrir algo que parece lastimarte o causarte agobio, piensa antes de tomar decisiones drásticas. ¿De acuerdo?

Clarissa había fruncido el ceño.

—¿Lo dices por experiencia propia? —había preguntado.

—Sí… —había murmurado—. Nos deben estar esperando arriba, pero no quiero que esta situación sea sobre mí, sino que tengas claro que estoy feliz por ti. No solo yo. De hecho, antes de que llegaras, los amigos de Knox comentaban lo inusual que era verlo así: a gusto, casi despreocupado. Tú eres la única mujer —después de todo lo que pasó con su ex, que también conoció al grupo— con la que lo han visto mostrarse de verdad. Dicen que contigo es menos hermético, casi como si volvieran a tener al Knox de siempre, Clarissa —había dicho Aubrey con emoción en la voz.

El viento alrededor había soplado suave, pero consistente.

—Estoy tan enamorada de él…. —había confesado Clarissa—. El amor no estaba entre mis planes, pero ahora que conozco a Knox me alegra la decisión alocada que tomé de irme con él aquella noche en el bar. Parece tan lejano, Bree. No me arrepiento. Creo que es de las locuras más emocionantes y gratificantes de mi vida.

Aubrey se había reído con suavidad, contenta por su mejor amiga.

—La verdad es la única que ofrece la posibilidad de continuar a pesar de los reveses —había comentado en todo críptico—. Pero ahora será mejor que volvamos al restaurante, porque ya sabrán que hemos venido a cotillear. Además, la comida está deliciosa y sé que Chase está saliendo con una estrella de televisión. Quiero cotilleos.

Ambas se habían carcajeado antes de regresar con el grupo.

Una llamada insistente en la puerta sacó a Clarissa de sus recuerdos.

—Belleza —dijo la inconfundible voz de Knox—, llevas un buen rato ahí.

—Ya salgo —replicó agarrando la pequeña bolsa y colgándosela al hombro.

—¿Qué pasó? —preguntó Knox, preocupado, mirándola con intensidad.

—Creo que me hicieron daño los mariscos que comí en la tarde —replicó en un tono ligero—. Será mejor que regresemos. Pronto será el sorteo de una de las imágenes en exposición. ¿Imagina que gane una? —preguntó en tono ilusionado.

—Puedo comprarte toda la galería de fotos —comentó Knox.

Ella se rio con suavidad y entrelazó los dedos con los de él.

—Estoy segura de que sí, pero prefiero dejarlo a la suerte hoy —replicó.

—Clarissa —dijo Knox deteniéndose, antes de llegar a la sala—. Me acabaste de decir que te hicieron daño los mariscos, pero no qué ocurrió con exactitud.

—Vomité la comida —replicó haciendo una mueca—. Pero ya estoy bien.

—¿Quieres que busque un médico? —preguntó, preocupado.

—No, no hace falta. Solo me cayó mal algo y no tengo fiebre, ni nada. Así que no es intoxicación. Mañana estaré bien. Además, no puedo faltar a la entrevista —dijo—. De eso va a depender mi bonificación del veinte por ciento mensual, Knox.

Él se relajó, pero agarró el móvil para decirle a Ancelot que buscara Pedialyte en la tienda más cercana y se encargara de tener una paca de doce botellas en el coche. Sí, quizá estaba siendo un poco exagerado, pero él no tenía límites con Clarissa.

—Puedo aumentarte el salario —intervino Knox, mientras se sentaba, junto al resto de invitados, para escuchar al artista Burguess Rossdale explicar su trabajo.

Clarissa esbozó una sonrisa y se inclinó para besarle la mejilla.

—¿Dónde estaría el reto si obtengo las cosas fáciles, mi amor? —preguntó.

Knox se quedó un instante en silencio. Esta, esta era la maldita razón por la que jamás podría dejar de admirar a Clarissa. La mujer era resiliente y tenía ética en su trabajo. Cualquier otra habría negociado de inmediato una cantidad o aceptado su oferta, pero su pelirroja no era cualquiera. Él jamás se había aferrado a las personas, porque sus emociones eran pragmáticas, sin embargo, cualquier posibilidad —por más mínima que fuera— en la que pudiera perder a Clarissa, le parecía una pesadilla. Si ella decidía alejarse, Knox no se lo impediría, pero él no era un hombre que abandonara una guerra que merecía librarse. La buscaría en cada rincón e intentaría reconquistarla y recordarle que su sitio era junto a él, así como el suyo era con ella.

—Por cierto —dijo él, mientras Rochelle probaba el micrófono—. Entre perderme en el aroma de tu sexo esta noche, y distraerme con la idea de usar el jacuzzi contigo al salir de esta galería, he olvidado

un detalle. —Ella se sonrojó y meneó la cabeza con una media sonrisa—. Pasado mañana tengo un evento familiar incómodo.

—¿Incómodo? —preguntó Clarissa mirando el perfil varonil de Knox.

Él giró el rostro y ella notó de inmediato la tensión en sus facciones. No tenía idea de qué iba a decirle a continuación, pero podía prever que era algo importante. No desde un punto de vista que le causara alegría, sino más bien frustración y enfado.

—Todos los años, por estas fechas, mi abuelo organiza una reunión en su mansión. Así estará presente la fulana que tengo por progenitora —expresó con acidez —. Después de que me invitaras a cenar con Sheyla y Mark, me temo que no vas a encontrar la misma dinámica amable y cómplice en la casa Wentworth, aun así, Clarissa, me gustaría llevarte conmigo. Mis primos son tolerables, así que pasarás entretenida con sus comentarios absurdos, pero Athina es impredecible… Una vez hecha la advertencia —soltó una exhalación leve—. ¿Considerarías acompañarme?

Ella esbozó una sonrisa.

—Si he podido domar al dragón Wentworth —se rio al ver cómo Knox enarcaba una ceja con arrogancia—, creo que un clan que comparta su ADN no va a lograr intimidarme. Porque, según veo, me estás pidiendo protección esta vez, ¿no?

Knox le frotó el centro de la palma de la mano con el pulgar, presionó.

—No, muñeca —dijo en tono sensual, bajo e íntimo. Alrededor la gente platicaba a gusto e ignoraba la eléctrica química de Knox y Clarissa—. Pero supongo que, con esta insolencia, lo que estás pidiendo es que deje las marcas de mis dedos en tus nalgas esta noche. Estoy convencido de que un par de azotes van a mojarte y dejarte muy lista para recibirme, hasta lo más profundo de ti —presionó el pulgar de nuevo en la mano de ella— y te ensancharé, hasta que te escueza deliciosamente.

Ella abrió y cerró los labios. Apretó los muslos.

—Knox…

—¿Eso es un sí? —preguntó, frotándole el sitio en el que le latía el pulso.

—Depende a qué quieres que responda —murmuró perdida en su mirada.

Él sonrió de medio lado, le gustaba provocarla y saber cuánto la afectaba.

—A ambas preguntas, mi vida —dijo en tono gutural.

Clarissa tragó saliva e hizo un asentimiento.

—Te acompañaré a la reunión en casa de tu abuelo. Creo que, después de haber sido la figura paterna que te protegió tanto tiempo, será un honor conocerlo —replicó conteniendo las ganas de morderle la boca a Knox—. Sobre la otra pregunta…

—¿Sí…?

—Me encantaría sentir los azotes de tu mano, mientras me penetras…

—Joder —gruñó Knox—. Cuenta diez minutos por reloj, y nos largamos.

—Se verá como una grosería —dijo Clarissa empujando, juguetona, el hombro de Knox—. Aparte, Rochelle ha sido amable con nosotros y querrá verte en el brindis.

—Sería peor que te lleve al lavabo de la galería y te folle, porque —bajó más la voz— eres muy gritona. Me encanta que esos gemidos sean para mí, no públicos.

Ella soltó una risa, pero la disimuló con una tos cuando se hizo silencio en la sala, para dar paso a la intervención del artista. «Sí, serían diez minutos casi eternos».

Clarissa no podía describir la ilusión que le hacía siempre que tenía la posibilidad de conocer a un escritor. Lo que Knox le había sugerido, la noche anterior: considerar regresar a la fotografía, le provocaba una mezcla de sentimientos contradictorios. Por una parte, recuperar aquello que siempre amó, y por otra, el miedo que subyacía de captar una escena que desembocara en un lío tremendo como el que tuvo en Uganda.

Esto último la devastaría para siempre. La oferta que le hizo Knox de ayudarla a buscar a la hija de Nyaker fue algo que no pudo rechazar, pues en esa posibilidad no cabía el orgullo, sino tan solo la apertura a una oportunidad para cerrar la duda que llevaba años pesando en su corazón. En sus pensamientos más derroteros, asumía que la pequeña estaba muerta, pero al menos querría saber los acontecimientos de su destino, luego de que hubiera sido robada del hospital. Pero, en sus pensamientos más optimistas, confiaba en que estuviera viviendo en algún rincón en un país de acogida.

Por otra parte, también sentía un poco de nervios, ante la posibilidad de conocer a la familia de Knox. Este le había comentado que Colton era bonachón, pero poseía una tendencia machista, de hecho, le advirtió que si el abuelo actuaba de modo tajante o decía frases con tintes misóginos, no se ofendiera y le replicara respetuosamente si se sentía incómoda, pero que él nunca se lo reprocharía. También le comentó que Athina poseía inclinación a decir comentarios soeces o fruto de su resentimiento, porque él no le prestaba atención. Pero Clarissa estaba preparada para ser recibida por un clan bastante peculiar. Después que Knox le hubiera contado toda su historia, la mujer comprendía que esta clase de reuniones causaban agobio en él.

Por ahora, ella prefirió en continuar ensayando el discurso que le diría a Tom Aldwin. Lo llevaba repitiendo en su mente desde que el hombre le dio la cita y la dirección de su casa. Necesitaba convencerlo en cinco minutos. «¿Cómo carajos iba a lograr algo así?». Además, más allá del dinero —que sí era un aliciente— quería borrar la expresión idiota y arrogante de Morgana. Cuando la mujer se enteró de que Clarissa y Knox estaban juntos, no dudó en hacer

comentarios velados sobre cómo se podía escalar posiciones fácilmente cuando existía un vínculo personal como ventaja. Pero la pelirroja no le prestó atención, porque cumplía con todo su trabajo en el proyecto Chronos, participaba con el equipo y ahora, al fin, se reuniría con el esquivo escritor.

El trayecto que hizo en coche desde el centro de Sídney, hasta Church Point, fue una combinación de suburbios, autopistas y también áreas con árboles de eucalipto que anunciaban la cercanía del agua. Dejó el coche aparcado en Church Point, después tomó el ferry comunitario con destino a Scotland Island, situada en Pittwater, al norte de la ciudad. El área resultaba idílica, como una postal de Hallmark.

Durante diez minutos navegaron, entre velas blancas y casas escondidas, a propósito, entre un mar de árboles frondosos. La embarcación no estaba tan llena, y se deslizó sobre el agua en calma. Las viviendas de Scotland Island solo tenían acceso a través de embarcaderos. No se podía llegar en coche, sino en ferry. Así de exclusivo era todo, además de costosísimo. Pittwater era una ensenada continental, así que los residentes de la zona se trasportaban a pie o en pequeños vehículos de carga. Al cabo de unos minutos vio la pasarela de madera, parecía nacer del bosque y hundirse en el agua de la bahía, y supo que había llegado a su destino final. Salió del ferry y empezó a caminar sobre la madera del muelle que crujía bajo sus zapatillas deportivas.

Clarissa se sentía optimista en su objetivo: convencer a Tom de ir a Wax&Ink.

La casa con el número 544 estaba pintada de azul y tenía el techo negro. No había sillitas en el exterior, pero sí algunos juegos infantiles. Se sabía poco de la vida privada del autor, aunque esto daba cuenta de que debía estar casado y con hijos. Clarissa no podía ver a través de las ventanas, porque estas tenían filtros de privacidad. Ella no creía que los residentes supieran que tenían como vecino un escritor anónimo y que, sin importar eso, vendía millones de copias de novelas de terror. Quizá el misterio de su apariencia y

también su vida creaba más interés en los lectores. Clarissa descartó esos pensamientos y se concentró en su misión del día: convencer a Aldwin de visitar las oficinas de Wax & Ink para hablar de Chronos. Se armó de valor.

Llamó a la puerta dos veces.

Espero al menos tres minutos. Solo se escuchaba un ligero murmullo lejano parecido a risas infantiles y tal vez, podría equivocarse, una voz adulta firme. Luego se hizo un completo silencio que estuvi seguido de pasos que se aproximaban a la puerta. Clarissa se acomodó el cabello. Llevaba jeans, una blusa de chifón azul y encima una sencilla, pero elegante, chaqueta color blanco. Su aspecto era juvenil, cómodo y profesional, exactamente la clase de impresión que necesitaba dar a notar.

Cuando la puerta se abrió, Clarissa se quedó boquiabierta.

Sus ojos no daban crédito a la persona que tenía ante ella. Sintió una mezcla de inquietud, nervios y un cúmulo de preguntas no relacionadas precisamente con historias o contratos. Sin pensarlo demasiado acortó la distancia y se acercó al autor. Porque estaba convencida de que no se había equivocado de casa. Este era el lugar.

—Moses… —susurró con un nudo en la garganta—. Moses Lule.

El hombre esbozó una sonrisa, pero no era alegre, sino simple. A diferencia de las que solía tener en África. Aún conservaba el aire confiable, mas no usaba el cabello en estilo afro, sino la cabeza rapada. Sus ojos verde oliva eran insondables. Casi parecía el mismo de años atrás, aunque eso sería tan solo una impresión errónea.

—En carne y hueso. Solo quise asegurarme de que continuabas siendo la misma chica tozuda y persistente que conocí en Uganda —replicó el hombre—, antes de darte una cita. Mi agente estaba harto de ti. Mi página web llena de tus mensajes. ¿Qué buscas con exactitud? —preguntó en un tono distante, casi desconfiado.

—No sé qué decir —murmuró ella. Se llevó una mano a la boca—. Dios mío.

—¿Recuerdas que solo tienes cinco minutos? —preguntó con seriedad.

Ella estaba en shock y su cerebro estaba mezclando recuerdos del pasado, con la razón por la que había hecho este pequeño viaje desde el centro de Sídney. Asintió.

—Claro… —tragó saliva. Habían pasado años sin verse, así que era normal que la breve amistad que tuvieron ya no conservara la calidez o cercanía—. Sí.

Moses abrió la puerta por completo.

—Entra, por favor, Clarissa —dijo apartándose para dejarla pasar.

Una vez que estuvieron dentro, él la guio en silencio hacia una sala. El ambiente de la casa era cálido. La decoración no era minimalista, sino rica en colores, pero de un modo organizado. A diferencia de otros autores, cuyas decoraciones o formas de vida solían ir acorde al género que escribían, la casa no tenía nada aterrador. De hecho, al fondo de la sala había un gran ventanal que daba vistas a una arboleda y permitía que la luz cálida de la tarde se filtrara. Todo era sofisticado. Ella suponía que, si ganaba tantos millones de dólares con sus novelas, no podría ser de otra manera.

—¿Debería decirte Moses o Tom? —preguntó, retóricamente, en un susurro.

Él se recostó contra el respaldo del asiento.

—El tiempo corre en tu contra. Cinco minutos, Clarissa —dijo el hombre.

Ella tomó una respiración e hizo un asentimiento. Le recitó, con la modulación y palabras ensayadas, su discurso para convencerlo de los motivos por los que volver a colaborar en Wax & Ink era importante, en especial por la clase de proyecto. Al terminar soltó una suave exhalación, y esperó a que Moses o Tom le contestara.

—Así que, dime, ¿qué te parece la oferta? —preguntó, cuando él no dijo nada.

—No me convence —contestó. Ella abrió la boca en una pequeña O—. Y te voy a decir exactamente el porqué. —Clarissa solo asintió —. La primera obra que llevé a Morgana contenía partes importantes de mi vida, pero convertidas en una pesadilla, ergo el género de terror. El dinero que me ofrecieron me dio esperanzas, porque lo necesitaba urgentemente. Mi familia dependía de mí. Tuve que salir de Uganda antes de tiempo e irme a Inglaterra de regreso. Hubo una revuelta, así que Londres fue el refugio indiscutible. Después, encontré una oportunidad de trabajar como enfermero en Australia y la tomé. Pero los turnos eran interminables y apenas me alcanzaba el dinero. Decidí aventurarme a escribir y volcar en historias los horrores que vi en el hospital de Arua, así como en otras áreas en las que colaboraba. En fin. Morgana actuó de forma irresponsable y terminó defraudándome. Sus titubeos y medias tintas me pusieron en aprietos, porque no cumplió su palabra —relató.

—Vaya, la mento que hayas tenido que pasar por una experiencia así. Aunque no vine a justificar a Morgana, pero sí a que consideres, quizá, escucharla. Como bien acabas de decir: ha pasado un largo tiempo —dijo sincera. Se acomodó la solapa de la chaqueta—. Por cierto, nunca me devolviste mis libros —murmuró de repente.

Moses frunció el ceño.

—Mis padres fueron asesinados. —Clarissa se llevó la mano a los labios y meneó la cabeza, horrorizada—. Así que lo último en lo que pensé fue que tenía que devolver unos libros, pero debo confesar que me salvaron la vida, porque me permitieron usarlos de escape mental, una y otra vez. Fuiste la única persona en Uganda que me mostró humanidad y confianza —sonrió—. Los conservo todavía.

—Yo… Lamento lo de tus padres Mos… Tom.

—Sigo siendo Moses, legalmente, pero mi seudónimo es Tom —replicó—. Por Tom Sawyer, y Aldwin porque tiene resonancias intelectuales. Llámame Moses.

Clarissa hizo un asentimiento.

—No he venido a invadir tu casa, Moses —dijo ella, aún sin salir de su asombro—. Pero que aceptes trabajar en Chronos me ayudaría mucho con mi jefa. Te soy sincera al decirte que verte, luego de tantos años, me ha dejado impactada. En especial saber quién eres en realidad. Nunca tuve suficiente tiempo de agradecerte…

Él elevó la mano para que hiciera silencio.

Clarissa no lo tomó como grosería, así que hizo un asentimiento.

—Lo que hice por ti no fue egoísta, sino altruista. Sinceramente me caías bien —expresó—. Así que no quiero tu gratitud. Solo me da gusto ver que estás bien. Por otra parte, Morgana jugó sucio e intentó perjudicarme, porque me vio joven y necesitado —replicó con resentimiento—. Así que no, bajo ningún concepto, iré a verla. No me interesa si es un proyecto solidario o la edición del Ave María católico.

Clarissa bajó la mirada.

—Solo hay una razón para rehusarme a aceptar tu respuesta sin antes intentar darte argumentos sólidos de por qué ese proyecto sí haría una diferencia. Sin importar que esté Morgana u otro editor o editora a cargo de dirigir la logística —dijo ella.

—Ya veo que la persistencia es tu marca registrada, si considero que han pasado ya cinco minutos —miró el reloj de pared—. Puedo hacer una concesión, particularmente, porque aceptar tu visita tenía segundas intenciones detrás, Clarissa.

—Segunda intenciones… —susurró preocupada, mirando a un lado y otro.

Moses la sorprendió con una carcajada.

—No voy a hacerte daño, al contrario —comentó—. Antes, dime cuál es la razón de que hayas persistido tanto y estés dispuesta a abogar, además de insistir en la probidad de la serpiente de Morgana, para que yo vaya a las oficinas de Wax & Ink.

—Mi novio es el nuevo propietario, no Morgana, aunque este proyecto es de ella —confesó, porque sabía que ocultar información

no iba a ayudarla—. Quizá, no sé, podrías considerar solicitar que el proyecto Chronos sea manejado por él…

—No respondiste a mi pregunta —dijo, ya en un tono menos a la defensiva. La vida le había puesto reveses duros, pero era consciente de que su antigua amiga estaba abogando por un asunto laboral—. Hazlo, por favor —pidió con suavidad.

Ella se relajó un poco, aunque eso no quitaba el impacto de verlo nuevamente. Además, tenía muchas preguntas que quería hacerle. Pero no tenía derecho a ellas.

—Durante todos estos años —empezó—, no he dejado de buscar cuál fue el destino de Nijma, la hija de mi amiga Nyaker, si acaso respetaron el nombre que tenía en el brazalete. —Moses hizo un asentimiento—. Si tú aceptas ir a hablar con ella, solo aceptar y escucharla, me darían el veinte por ciento de aumento salarial. Con ese dinero planeo pagar a un periodista que está en Uganda, y al que prometí darle tres días de estadía para realizar una investigación específica para mí. Y bueno, además de eso, porque también me vendría bien tener un mejor ingreso para vivir —expresó. No consideró necesario, porque no venía al caso, hablarle del investigador privado.

Moses tamborileó los dedos sobre el brazo de la silla.

—No se llama Nijma —dijo él con suavidad.

—¿Qué? —preguntó Clarissa sin comprender.

—No hace falta que la sigas buscando —expresó. Luego elevó el rostro y dio un grito firme, afectuoso—: ¡Estrella, ven aquí, quiero que conozcas a alguien!

Los ojos de Clarissa se llenaron de lágrimas. Las manos empezaron a temblarle.

—Moses… —susurró con la voz rota.

—Me casé, la adopté y me fui a Inglaterra —explicó, mientras se escuchaban unos pasos breves sobre la madera del piso superior—. Necesité sacarla de Uganda con otro pasaporte. Sabía que merecía

una vida mejor. Tuve que cambiar su nombre, pero jamás olvidé lo que alguna vez me contaste que significa Nijma: Estrella.

—¿Me contarás esa historia…? —preguntó con un sollozo.

—Por supuesto —sonrió al fin de verdad y genuinamente. Este era el viejo Moses—. Mi esposa no está ahora en casa, pero sabía que vendría una vieja amiga. Así que dejó unas galletas horneadas y también un té helado para que te los ofreciera.

En ese instante llegó a la sala una niña de piel negra, ojos del color de la miel oscura y el cabello ensortijado recogido en una coleta rosa. Tenía, claro, siete años.

—¿Qué pasa, papá? Estaba coloreando el nuevo libro que me compraste.

La pelirroja se llevó la mano al corazón. No podía creer lo que veía, y sintió que, al fin, el destino le entregaba una ofrenda de paz para sellar una angustia del pasado. Finalmente, la Clarissa adolescente que vivió un infierno en África, aquella que hizo una promesa, ya no necesitaba buscar más. Un ángel se había hecho cargo de encontrar a la pequeña hija de Nyaker y, a juzgar por la expresión de placidez y confianza, darle un hogar amoroso y también una vida llena de comodidades. Tal como, Clarissa estaba segura, habría soñado Nyaker para su pequeña hija. Su estrella.

—Estrella, hija, quiero presentarte a Clarissa Sneider —expresó Moses en tono cariñoso, sujetando a la niña de la cintura para que se acercara más—. Te conoció cuando apenas eras bebé. No solo eso, sino que siempre ha querido verte de nuevo.

—¿Sí, y por qué? —preguntó la niña frunciendo el ceño—. Está llorando.

—Lo siento, me emociona mucho verte, yo conocí… —susurró Clarissa, y se limpió las lágrimas. No iba a decirle nada sobre Nyaker, pues ignoraba cómo la habría criado Moses: si con la conciencia de que era adoptada o no—. Conocí el lugar en el que naciste. Siempre te visitaba cuando eras una bebé, en el hospital. Estás preciosa.

—Sí, este es un vestido nuevo que me regaló mi mamá —dijo ignorando por completo las razones de la mujer, y fijándose en su propio razonamiento infantil.

—¿Podría darte un abrazo? —preguntó Clarissa con la voz entrecortada.

—Mi papá ha dicho que no puedo dejar que extraños me toquen.

—Claro… Lo siento.

—Ella no es una extraña —intervino Moses—. Clarissa es una amiga de la familia. Tan solo que ha estado un poco perdida en el tiempo, construyendo una vida, estudiando y trabajando. Pero el destino ha hecho que nos encontrara. Ve, abrázala.

La niña esbozó una sonrisa.

—Si papá dice que eres mi amiga, entonces es verdad —comentó Estrella yendo hacia Clarissa con los brazos extendidos—. Mucho gusto en conocerte.

La pelirroja la abrazó con firmeza, sin aplastarla. No pudo contener las lágrimas, porque sintió que, a través de Estrella, estaba sosteniendo una vez más a su amiga Nyaker. Esta vez, en silencio, pensó en que de seguro —en cualquier sitio del firmamento en el que Nyaker se encontrara— estaría sonriendo por ella y por saber que Nijma no solo estaba viva, sino feliz y rodeada de un hogar protector. Clarissa miró, sobre el hombro de la niña, a Moses. Este le dedicó una sonrisa cálida. Ella permaneció unos minutos abrazando a la pequeña que, curiosamente, no intentó alejarse, tal como sí habría hecho otro niño de esa edad. Clarissa se apartó con renuencia, pero tampoco quería abrumar a este ser tan especial con su intensidad.

—El gusto es por completo mío, Estrella —dijo acariciándole las mejillas.

—¿Papá, puede Clarissa quedarse a jugar esta tarde conmigo? —preguntó.

—No creo que ella tenga tiempo, muñequita mía —comentó Moses.

—Oh, sí, sí, claro que tengo, Estrella —intervino Clarissa—. Siempre que a tu papá le parezca bien que me quede, y si no estoy interrumpiendo tu rutina diaria.

—Entonces parece que has encontrado una compañera de juegos para esta tarde, hija —dijo Moses con humor—. Ve a tu habitación que pronto irá Clarissa.

—¡Wupiii! —exclamó Estrella y subió las escaleras brincando.

Clarissa se quedó unos minutos en silencio. Estaba tratando de organizar sus emociones, porque eran demasiadas en poco tiempo. Miró a Moses, desconcertada.

—No sé qué decirte…

—Perderías tu veinte por ciento de aumento —dijo él con humor —, pero como tengo una deuda contigo. —Ella frunció el ceño—. Los libros no devueltos. Consideraré negociar con Wax & Ink, siempre que sea con el nuevo propietario.

Clarissa hizo un asentimiento y esbozó una sonrisa.

—El veinte por ciento me interesa, pero no tanto como conocer la historia de Nijma-Estrella —murmuró—. ¿Considerarás contármela, por favor, Moses?

—Sí. Y lamento haber sido hostil al inicio —dijo en tono más relajado—. Mi esposa llegará dentro dos horas, así que probablemente quiera invitarte a que te quedes con nosotros a cenar. Mientras tanto, antes de que subas a jugar con Estrella, te contaré todo el periplo que pasé para escapar de Uganda, después de que mis padres murieran, cómo soborné a los guardias y busqué a los bebés perdidos con otros médicos. Los tenían en una bodega listos para ser vendidos a familias europeas que estaban desesperadas por adoptarlos. Pero yo me adelanté y vi a Nijma. La rescaté e hice un montón de trucos para adoptarla rápidamente, sacarle el pasaporte británico y llevármela. En ese ínterim yo tenía una novia, Sandy, que ahora es la mamá de Estrella. Mi hija no sabe

que es adoptada, pero se lo diremos más adelante. Así que, Clarissa, si tienes tiempo para los detalles, además de cómo fue mi proceso de incursión en la literatura, me gustaría que te quedaras el resto de la tarde —comentó.

Ella soltó una exhalación.

—¿Eso implica que, al final del día, me iré con mis libros?

—Y quizá, con alta probabilidad, un vínculo a construir con Estrella.

Clarissa no pudo evitarlo, se incorporó y abrazó a su antiguo amigo.

—Gracias, Moses…

—Creo que las gracias de seguro te las dará Nyaker donde sea que esté.

—Entonces quizá, sí tenías razón sobre lo que decían tus padres —comentó Clarissa apartándose para limpiarse las lágrimas—. Debiste ser misionero.

—Pero a cambio me convertí en escritor —sonrió—. Cambio la vida de las personas con mis palabras. Al final, a mi parecer, también es una clase de misionero.

—¿Escribiendo terror? —preguntó riéndose, mientras subían a la habitación de juegos de Estrella—. Porque no creo que tener pesadillas sea el ideal de ayuda.

Moses se rio también.

—A veces, Clarissa, las pesadillas pueden crear lazos positivos e inesperados.

CAPÍTULO 15

Knox, después de escuchar de la boca de Clarissa sobre la verdadera identidad de Tom Aldwin, no solo se sintió feliz de que su novia hubiera podido darle un cierre a la búsqueda de Nijma, sino que él aprovechó en reunirse con Morgana. Renegoció el contrato de alianza entre ella y Wax & Ink. La mujer pidió un precio ridículamente alto, para cederle los derechos totales de Chronos, que al magnate le pareció calderilla. Brigitte se encargó de todo el apartado legal no solo de ese aspecto específico, sino también en la elaboración de un acuerdo especial para Moses Lule. Se reunió en la sala de la editorial, con Clarissa también presente, y Knox le ofreció al escritor que fuese el que dirigiera la línea narrativa, pero que tenía que conversarlo con él como CEO, para analizar el contenido y también con Legal, porque era el protocolo usual.

Todos los requerimientos creativos de Moses, Knox los aprobó, inclusive el tema presupuestario. Él, mejor que nadie, comprendía el valor de la narrativa y la libertad de quien la realizaba. Mas no lo hizo por altruismo literario —tal cosa no existía para él como empresario— sino, porque era calculador. Su aceptación tuvo que ver con una condición: Clarissa participaría en todos los procesos de toma de fotografías y colaboraría en varias de ellas. Ante ese detalle, la pelirroja lo quedó mirando —asombrada—, pero también consciente de que era una oportunidad discreta, viable, que le daría la posibilidad de mantener el contacto con Moses y, por ende, empezar a crear un vínculo con Estrella. Además, Knox había visto las fotografías en la casa de Clarissa y sabía que no le faltaba talento. Él asignaría el proyecto fotográfico a un profesional y así su novia haría fotos, pero también adquiriría experiencia. El resultado: un proyecto con calidad en el que todos los involucrados ganaban algo importante. El contrato terminaría siendo de alto beneficio para

el multimillonario: brindarle a Clarissa el espacio ideal para retomar la fotografía —sin excusas— y, al mismo tiempo, asegurar para Wax & Ink el talento que Moses Lule ofrecía con su escritura y fama como Tom Aldwin. Esto último iba a traducirse en altas ventas y visibilidad para la editorial, dejándola en un espacio de notoriedad.

Clarissa, aunque lo había mirado con inquietud, al final aceptó continuar como parte del proyecto como lectora beta, y también como fotógrafa adjunta. Agradecía que Knox no jugara a crearle falsas esperanzas, sino que fuese realista y asignara la presencia de un fotógrafo profesional y experimentado del que ella pudiera aprender. Que Clarissa tuviera pasión por un ámbito artístico, como la fotografía, no le daba de manera automática las habilidades ni la visión necesaria. Aunque, por supuesto, existían muchos pseudoartistas a los que sus amigos adulaban por simple comodidad: era más fácil mentirles que decirles de frente que lo que producían era un desastre, un material bochornoso que jamás debía exhibirse en público. Pero ese no era el caso de Clarissa, y Knox no utilizaba las mentiras para hacer bien a las personas, aun si involucraba a la mujer que amaba. Además, también se trataba de un negocio y, con su frialdad clínica, él necesitaba ser coherente. Así que, una vez más, en esa mesa de negocios de Wax & Ink se impuso la habilidad de Knox para asegurarse otro éxito.

Pero ahora, recostados sobre la alfombra de la sala, en la casa de Freshwater, Clarissa y Knox no querían hablar de temas que implicaran a terceros. Solo buscaban continuar desvistiéndose mutuamente y aumentar la pasión que siempre los consumía. La chimenea estaba encendida y el crepitar de las llamas le daban al entorno, por completo a oscuras, un toque íntimo y destellos naranjas que cubrían sus cuerpos.

—Eres la mujer más bella —le besó el cuello y luego la boca— y a la que tengo el privilegio y honor de llamar mía, Clarissa —dijo quitándole el sujetador, para luego arrancarle las bragas y dejarla desnuda bajo su cuerpo—. Además, eres irresistible.

Ella tiró de la última prenda que tenía Knox: el bóxer gris oscuro. Él no tuvo que hacer muchos movimientos para quitárselo y quedar expuesto en toda su gloria masculina. El miembro duro y grueso vibraba con el deseo instintivo de reclamar el sitio que le pertenecía, que lograba acogerlo a la perfección, y que lo apretaba tan bien.

—Si no te hubiera dicho antes que te amo —susurró Clarissa—, entonces este momento habría sido el instante perfecto que habría elegido para confesártelo.

Él esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento.

—No me cansaré nunca de escucharlo —dijo Knox—. Te amo y te deseo —susurró antes de cubrir el pezón y la areola con la boca, succionando con fuerza.

—Oh… La forma en que me tocas me vuelve loca… —gimió ella arqueando la espalda, mientras él jugueteaba con sus tetas, lamiendo, succionando y mordiendo.

—Necesito tu sabor —farfulló él, jalando un pezón con los dientes. Cuando ella gritó de placentero dolor, Knox la besó en la boca con hambre, ansias y amor. Después sintió cómo ella tiraba de sus cabellos, instándolo a que se deslizara hacia el sur—. Mmm, alguien necesita más placer —dijo contra la boca de ella, sonriendo.

—Te encanta jugar con mis emociones —comentó Clarissa acunándole la mejilla con la mano libre, con la otra tenía los dedos enredados en los cabellos de él.

Knox se rio e hizo una negación ante el tono juguetón.

—Si por jugar defines el poder tentarte, hasta escucharte suplicar para llegar al clímax, entonces sí, mi vida, me encanta hacerlo —se deslizó hacia abajo, besando el valle entre los pechos, el abdomen, las costillas, las caderas, la pelvis— como ahora —concluyó, mirándola y haciéndole un guiño, antes de separarle los muslos y lamerla.

—¡Knox..!

—Sí, mi vida, siempre seré yo —murmuró antes de perderse por completo en el elíxir dulzón y suave que era el aroma femenino. Su lengua recorrió los pliegues con reverente hambre, los succionó con delicadeza y luego los mordisqueó—. Deliciosa…

Con una mano, Knox presionó la cadera de Clarissa contra la mullida alfombra y con la otra usó sus dedos para penetrarla, primero con un dedo, luego con dos. La lengua masculina se hundió en el vértice húmedo, luego succionó y lamió reiteradas veces. Movió la mano de la cadera, hasta ahuecarle una teta, jugando con los pezones a destiempos y apretándolos entre los dedos. Clarissa soltaba gemidos de gozo y ronroneos sensuales que enloquecían a Knox. Él estaba duro y su punta roma tenía la humedad del líquido preseminal; quería poseer a Clarissa, pero siempre tenían tiempo para el sexo salvaje que los caracterizaba y por eso, la mayor parte de las veces, prefería deleitarse intensa y suavemente con el cuerpo de su novia. Por eso su lengua se detenía para cambiar el ritmo de los lametazos: suave, rápido; profundo, superficial. Estaba sediento de ella y la devoraba como se hacía con un manjar: despacio.

—Voy a correrme, Knox… —susurró con abandono.

Él apartó la cabeza del sexo femenino y se sentó sobre los talones. Ella lo miró con desconcierto, pero poco le duró, porque, en un acto eficiente, Knox la tomó de la cintura instándola a que se acomodara en cuatro apoyos. Clarissa lo miró por sobre el hombro, la fascinaba lo sensual y experimentado que era en la cama. Pero más le gustaba que la introducía en nuevas formas de descubrirse a sí misma y disfrutar.

—Solo cuando yo te ordene que puedes hacerlo —dijo dándole un azote que rezonó en toda la sala. Ella soltó un grito—. Te gusta, y te mojas, ¿verdad, pelirroja?

—Sí… Oh, sí —gimió cuando él entró en ella con un único empellón.

—Joder —gruñó Knox—, la vista frontal y trasera de tu cuerpo es igual de endemoniadamente tentadora —dijo y empezó a moverse

con rapidez. Le tocó el sexo a Clarissa y no solo estaba empapada por sus lametazos, sino de excitación.

Ella separó más los muslos, el fuego de la chimenea no se comparaba con el calor que emanaba del ardor de Knox. Se movieron con frenesí. Los dedos de Clarissa se aferraban a la alfombra, sus caderas encajándose al compás que marcaba su amante. Lo que hacía se sentía monumental, como cada encuentro, pues parecía ampliar el nivel de confianza en el otro y unirlos de una manera, no solo física, que traspasaba cualquier lógica, cualquier tiempo, cualquier expectativa preconcebida sobre el amor. Su cuerpo se tensó y un grito escapó de sus labios, Clarissa se rompió en mil pedazos; no era más que un amasijo de sensaciones incomprensibles y un cuerpo que parecía no pertenecerle, porque el éxtasis recorrió cada partícula en fibras más bien etéreas.

No advirtió el momento en que él salió de su interior, la giró con firmeza y ella quedo de nuevo de espaldas en la alfombra; luego Knox volvió a hundirse en su sexo. Clarissa sabía que su amante disfrutaba hacerla llegar en cuatro apoyos, contra la pared o de espaldas, abrazados en la cama desde atrás, pero nada lo incendiaba tanto como mirarla de frente, devorando cada gesto y gemido, cuando ella se corría. Como ahora.

—Mírame, Clarissa —exigió en un gruñido. Su frente estaba perlada de sudor, su respiración tenía un ritmo acelerado y su expresión era tan férrea como posesiva.

Ella abrió los ojos y vio la pasión, el amor y la devoción en este hombre. Este hombre que había logrado que creyera en lo imposible: que amar no era dolor, que la libertad no estaba solo en la mente, sino en la capacidad de llevar a cabo pequeñas acciones para desafiar los miedos. Le había enseñado que el miedo era un acompañante incómodo, pero también podría ser la gasolina que impulsaba el crecimiento. Y esto último era lo que Clarissa sentía que había logrado estos meses. No era la misma mujer insegura que se escondía de las sombras, reales o difusas; ahora abrazaba los

retos y había abierto por completo su bien más preciado: su corazón.

—Te amo, Knox —dijo con lágrimas sin derramar.

—Jamás más que yo —gruñó saliendo de ella y entrando de nuevo. Su gemido se volvió casi animal, un hombre poseído por una pasión que lo arrasaba, lo destruía y lo regresaba entero. Sintió cómo Clarissa le apretaba las nalgas. Su miembro se agitó con furia sensual y su simiente caliente se vertió por completo en el interior estrecho.

Él se dejó caer sobre Clarissa, y ella le rodeó la espalda con los brazos. Le acarició la espalda con suavidad, calmándose y calmándolo, para regresar de ese sensual torbellino que acababan de crear. Permanecieron en esa posición, abrazados y sosteniéndose, durante un largo rato. Paulatinamente recuperaron el resuello. Knox se apartó, sosteniéndose sobre las palmas de las manos, mirándola con intensidad.

—Hola, mi vida —le sonrió y le mordió la boca con dulzura.

Ella soltó una risa de gozo, satisfecha y feliz.

—Eres insaciable, Knox —murmuró.

—Sí, tú eres la única droga a la que soy adicto —dijo saliendo del sexo femenino. La besó largamente en un ritmo seductor que no intentaba avivar las llamas.

—Qué suerte entonces que solo me interese ser consumida por ti…

Él soltó una carcajada e hizo un asentimiento. Luego la ayudó a ponerse de pie. No medió palabra, como solía hacer, o tratar de continuar la faena en su cama o en alguna otra superficie, sino que la tomó de la mano y la instó a que caminara a su lado por esa casa en la que eran los únicos ocupantes. Después, Knox abrió la puerta del sitio en el que solía pasar más tiempo cuando estaba en casa trabajando: su colección de libros en la que había sendas primeras ediciones y que valían miles de dólares. Se acercó a una de las estanterías y extrajo un libro de tapa blanca con dorado. Ambos

continuaban desnudos, cómodos y sin afán de cubrirse ante el otro. Ese era el nivel de confianza y plenitud al que habían llegado. Clarissa lo miró con curiosidad cuando Knox se lo extendió. Parecía algo inquieto, pero ella no comprendía el motivo.

—¿*La insoportable levedad del ser* de Milán Kundera? —preguntó abriéndolo y se quedó helada. La edición era con filos de oro y había sido impresa con características personalizadas, no existía otra similar en el mercado. Era evidente que Knox había utilizado los beneficios de poseer una editorial para crear este producto único. No solo eso, sino que este era el libro preferido de Clarissa—. Wow, esto es bellísimo.

Knox tragó saliva. Él trataba de prever todo, pero esta vez sería complicado.

—No es la razón de habértelo dado, aunque es un obsequio —expresó él.

Ella elevó la mirada con una sonrisa, murmurando un agradecimiento.

—¿Entonces, cuál es la razón…? —preguntó Clarissa, algo nerviosa.

—Mandé a hacer esta edición especial, porque la ocasión que eligiera para dártelo tendría que también ser única, como la que estamos pasando —dijo acercándose lo suficiente, le acarició la mejilla—. Este libro, que es tu favorito, también tiene gran influencia en mi existencia. Se refiere a lo leve y lo eterno; aquello que parece pasajero, y lo que marca un para siempre. Clarissa, contigo he descubierto que no quiero lo fácil ni lo efímero, quiero lo profundo, lo denso; quiero lo divertido, lo que es un reto; quiero aquello que me hace mejor, pero también entender lo que me hace débil. Te amo y te quiero a ti, con todo lo que eres y puedes llegar a ser; a cambio, te ofrezco todo lo que soy, con lo que fui, lo que soy y seré si me aceptas…

—Knox… —interrumpió en un tono incrédulo.

—Revisa en la contratapa, belleza —pidió el magnate. Llevaba varias semanas pensando en algo que creyó jamás hacer de nuevo: desdibujar las líneas de sus límites personales—. Hazlo con suavidad —explicó, observando todas las reacciones de ella.

Clarissa lo hizo con manos temblorosas, removió un fondo falso tan sutil que era imperceptible al toque instantáneo. Al moverlo sacó un anillo. Casi se le resbala de los dedos por la impresión. La pieza era preciosa: oro blanco, corte princesa, diamantes con zafiros y un rubí. Se quedó sin palabras durante varios segundos.

Elevó el rostro hacia Knox.

—Oh, por Dios —susurró mirándolo.

—Soy una mezcla de errores y aciertos, pero intento ser mejor gracias a ti —dijo hincando una rodilla en el piso—. Sé que aún queda tiempo para que traces tu camino de la manera en que lo necesitas, pero nada anhelo más que acompañarte en esos momentos. Te has convertido en la razón de que mire la vida con una sensación de propósito que ha redefinido mi día a día —expresó mirándola—. Te amo, Clarissa, y bien sabes que jamás le he dicho esas palabras a ninguna mujer. No soy de tantas frases, pero sé lo importante que es para ti escucharlas. Estoy a tus pies, literal y figurativamente. ¿Me concederías el honor de casarte conmigo? —preguntó Knox.

Ella se rio entre lágrimas, mientras él tomaba el anillo de sus dedos.

Clarissa no quería ver a Knox de rodillas más tiempo. Le parecía un gesto romántico de un hombre que no se definía de ese modo y, por eso, esta propuesta era muy Knox con un toque de lo que ella necesitaba. Se arrodilló frente a él y asintió.

—Sería mi privilegio ser tu esposa, Knox —susurró, mientras sentía el anillo deslizarse y calzar perfecto en su dedo—. Por supuesto que aceptó casarme contigo.

—Mi pelirroja —dijo el magnate en un tono emocionado—. Gracias, mi amor.

Ella se lanzó a sus brazos y rodaron sobre la alfombra de la salita, riendo. Knox se acomodó con Clarissa bajo su cuerpo. La miró con una sensación de triunfo, pero también había toques de vulnerabilidad, pues este era un paso muy grande para él.

—No voy a poner una fecha —comentó ella acariciándole la mejilla. Knox hizo un breve asentimiento, no tenía prisas—. Dejaremos que, tal como ha sido nuestra relación hasta ahora, la temporada perfecta llegue a nosotros. ¿Está bien?

—Siempre que sepas que eres mía, y que soy tuyo —le tomó la mano en la que relucía su anillo— y que este brillante no se mueva de tu dedo, me parece perfecto.

Clarissa se rio y le echó los brazos al cuello.

—¿Knox? —preguntó apartándole de la frente un mechón de cabello.

—Dime, cariño… —dijo mirándola, sumergiendo su alma en la prístina laguna azul que lo invitaba a zambullirse con la certeza de que esas aguas solo le daban paz.

—Siento decepcionarte, pero el adjetivo "dulce" te define perfectamente.

Él se carcajeó y bajó la cabeza para besar a su prometida. Le demostró, durante el resto de la noche y madrugada, que esa definición era una afrenta. ¿Por qué? Pues Knox prefería que Clarissa lo reconociera como sensualmente salvaje. Y eso fue con exactitud lo que consiguió al escucharla gemir, una y otra vez, entre besos y orgasmos.



Había pasado una semana desde que Knox le propuso matrimonio, y Clarissa aún no podía creer que su vida estuviera cambiando de un modo tan especial y consistente. Su trabajo con Angus Holler, el fotógrafo profesional que lideraba la parte gráfica del proyecto

Chronos, empezó el día anterior con el primer viaje. Se trató de las Montañas Azules, a casi dos horas en coche desde Sídney. Tanto Moses, Holler y el pequeño equipo que había iniciado el proyecto con Morgana, estuvieron de acuerdo que era la locación perfecta como el punto de anclaje para hacer la mayoría de las fotografías que irían en el primer libro. Luego, decidieron, elegirían las demás ubicaciones para ilustrar los siguientes cuatro tomos de libros. Clarissa había comprado una cámara profesional con sus ahorros, y cuando Knox lo supo, se enfadó. Le expresó que si ella estaba trabajando y aprendiendo, bajo contrato de Wax & Ink, entonces tenía la obligación de aceptar que le asignaran herramientas adecuadas para esos propósitos.

Clarissa lo apaciguó con un beso lleno de emotividad; luego le comentó que él ya le había dado algo importante: el impulso de volver a fotografiar, y que comprar la cámara —fuese o no por temas laborales— necesitaba financiarlo ella, con su propio dinero, como parte de su proceso final de sanación. Knox aceptó la explicación, pero también la sorprendió pidiéndole que hiciera las fotografías de la reunión familiar. Ella le contestó que considerando que no era algo de corte glamuroso o profesional, sino más bien privado, podría hacerlo, pero que no estaba segura de algo así. Knox la tranquilizó al explicarle que las quería para él, no para compartirlas. La mujer supo con claridad lo que Knox estaba haciendo: dándole más motivos para usar la cámara, sin importar los escenarios. Clarissa se quedó sin argumentos para negarse. Ella comprendió que, indistintamente del momento de la vida o la edad, cuando la persona correcta llegaba a su destino, los planes que tuviera trazados volaban por los aires.

—¿Te he dicho que me encantas? —le preguntó Knox al oído, cuando bajaron del Bugatti azul oscuro, ya en las inmediaciones de la bellísima propiedad del patriarca Wentworth. Las vistas hacia la bahía de Sídney eran espectulares—. ¿Mmm?

—Knox —se rio Clarissa, cuando él le mordisqueó la oreja—, sabes el efecto que provocas en mí, al hacer esos comentarios en tono

sensual. Pero no necesito entrar a la casa de tu abuelo sintiendo las bragas mojadas. ¿Puedes comportarte?

Él deslizó la mano sobre la falda larga y elegante que había elegido Clarissa, posándola de manera firme en la cintura. La mujer llevaba unas sandalias doradas de tiras, y un top discreto y casual en tono azul oscuro. El cabello lo tenía recogido en una media coleta y se había esmerado con el maquillaje. Para Knox, Clarissa era una belleza cuyo lado desenfadado, en la cama, él tenía el privilegio de conocer y disfrutar.

—Soy un ciudadano ejemplar, señorita Sneider —replicó Knox, burlón.

—Uno bastante pecaminoso —murmuró con una sonrisa—, pero al que amo.

Knox, cuando pasó por ella, la había apoyado contra la pared de la sala, pero Clarissa protestó y le dijo que no quería que la primera vez que conocieran a su familia llegaran tarde. ¿Qué hizo él? Le subió la falda, apartó las bragas y lamió su sexo. El que terminó con el cabello despeinado fue Knox. Ella se corrió en tiempo récord, porque el hombre tenía una lengua experta y unos dedos traviesos. Que Knox se acomodara el cabello y borrara todo rastro del aroma de ella, le tomó menos tiempo que lo que habría tardado en besarla —como había deseado— y poseerla con ansias.

—Ah, Clarissa, esa clase de declaraciones me vuelven tan posesivo —dijo entrelazando los dedos con los de ella y avanzando hacia la mansión ubicada en la privilegiada zona de Mosman—. No sé qué jodida deidad se apiadó de mí, después de años de sinsabores propios de mi pasado, pero estoy en deuda con el destino. Y si soy un hombre pecaminoso, entonces tendré que hacer honor a semejante título.

Clarissa se rio, mientras llamaban a la puerta de madera oscura.

—Bueno, al parecer somos dos personas en la misma sintonía, Knox —replicó—. Supongo que por alguna razón nuestros destinos se cruzaron en ese bar.

Él le dio un breve azote en el trasero con la mano libre. Ella se sonrojó.

—Sí, pelirroja —dijo el magnate, besándole la punta de la naricilla pecosa.

En ese instante se abrió la puerta. Julie, el ama de llaves, los recibió con amabilidad y una sonrisa. No era la clásica mujer cercana, sino más bien gentil de una manera distante. La casa, a ojos de Clarissa, no solo era impresionante, pero —a pesar del buen gusto en la decoración y la amplitud de los espacios— carecía de algo que, por ejemplo, la mansión de su prometido sí tenía: calidez y toques más vibrantes. Aquí no había plantas, sino una ostentación propia de las grandes fortunas y traducidas en pisos de mármol, grandes cuadros de pintores renombrados, así como detalles fastuosos. Nada sobraba y nada faltaba, pero Clarissa no se sintió a gusto del todo.

—¿Mi abuelo está en el patio o aquí en el salón? —le preguntó Knox a Julie.

—El señor se encuentra en una llamada de trabajo en el estudio —replicó el ama de llaves—. Me ha pedido que lo excusara con todos, y que saldrá cuanto antes.

—Ah, bien —dijo el magnate. Su abuelo era adicto al trabajo y tenía una vena controladora más rígida que la suya. Cuando su abuela estaba viva, ella solía decirle a Knox que, si alguna vez se casaba, eligiera a una mujer que lo cautivara lo suficiente para comprender que nada merecería la pena ser celebrado si ella no estaba a su lado. Él, ciertamente, había hecho caso del consejo de su querida abuela Lorelei. No en vano le había dado un anillo a Clarissa—. Iré a saludar al resto, asumo que están todos.

—Todos, menos su mamá —comentó la mujer, sin ocultar el poco agrado ante la posibilidad de ver a Athina. Knox no se lo tenía en cuenta. La única razón de que su madre continuara asistiendo a estos eventos era porque Colton era lo suficientemente generoso, como para seguir considerándola parte de la familia solo por haber

estado casada con su hijo mayor—. Pero llamó a confirmar que sí asistiría.

Knox hizo una mueca. Él mantenía los dedos entrelazados a los de Clarissa.

—De acuerdo, Julie, gracias —dijo apartándose.

—Todo va a estar bien, Knox —susurró Clarissa al notarlo tenso—. Ahora conozco la historia de tu madre. Esas heridas son del pasado. No permitas que su presencia afecte la posibilidad de tratar de pasar un buen momento con tu familia.

Él se detuvo un breve instante para mirarla.

—Nadie sabe que fue mi silencio la razón de que mi padre…

Ella elevó la mano y posó dos dedos en los labios de Knox. Hizo una negación.

—Tu padre tomó una decisión unilateral —dijo en voz baja, solo para que él escuchara. Había música ambiental y en la antesala solo estaban los dos, pero de todas maneras ella quiso ser más discreta —. En un matrimonio, los hijos no tienen la culpa de los problemas de sus padres y, en la vida real, ningún ser humano es responsable ni culpable de las decisiones de otros. Solo es libre albedrío — expresó con convicción.

—Quizá debería decírselo a mi abuelo…

—¿Va a revivir a Gerard? —preguntó en un susurro dulce y empático.

—No… —dijo apretando los dientes.

—Solo eras un adolescente llevando las cargas injustas de una adúltera. Además —dijo acariciándole la mejilla con amor—, ya revisamos exhaustivamente, con varias fuentes de referencia, que la condición médica que tenía tu padre no era de gravedad. Ninguna emoción fuerte, como decirle que su mujer lo engañaba y que continuaba ejerciendo de prostituta de lujo, podía detonar un ataque cardíaco. Athina te utilizó y se aprovechó de tu ingenuidad, y tu

confianza, para que callaras. Y, tal como acabé de decirte hace un rato, la decisión de tu padre fue unilateral —finalizó.

Knox, sin importarle si su familia —que estaba dispersa— lo veía, la abrazó. Lo hizo con fuerza y hundió el rostro entre los cabellos suaves, aspirando el aroma que le daba serenidad. Esta era la primera ocasión que enfrentaba a su familia con una mujer que significaba todo para él y que conocía su historia, sin secretos ni medias tintas. Así que confiarle que estas reuniones detonaban esa vaga sensación de culpa le parecía natural; recibir el confort de Clarissa, en este entorno que siempre resultaba caótico y agobiante, cambiaba por completo la experiencia. La sanaba del todo.

—Te amo, más de lo que imaginas —susurró sonriéndole al apartarse.

—Lo sé —dijo ella haciéndole un guiño.

Él soltó una risa, relajado al fin, y la llevó hacia el exterior.

La velada estaba celebrándose entre el patio y el interior de la casa. En el gran salón había un elegante bufé coordinado por un impecable equipo de catering. En el exterior se habían dispuesto mesas y sillas bajo amplios toldos, y una estación de bebidas atendía a todos los invitados: los adultos contaban con su barra, mientras que los niños tenían la suya propia, surtida de sodas y zumos frescos. Un despliegue de bonanza en una familia habituada a ella. Knox le presentó a Clarissa a sus primos: Albert, Jonas, Henry, Elias, y a sus primas: Josephine, Marla, Persefone, Lorraine y Brittany. Cada uno con sus respectivos acompañantes. Además estaban los tíos de Knox, en total eran cinco hermanos, y sus parejas. Como habían niños alrededor, el ambiente era dinámico, privado, pero agradable. Knox les comentó a todos que Clarissa era su prometida, que era *scout*, pero que también tenía talento para la fotografía y que estaría recopilando imágenes a lo largo de la tarde, aunque sería con el fin de que él tuviera un registro de que ellos existían. Ante ese comentario, sus primos se rieron, y acogieron a Clarissa. Los felicitaron por el compromiso; las mujeres alabaron el precioso anillo de oro. Pero, tal como le había advertido Knox a la pelirroja, la

mayoría de los Wentworth eran esquivos y solían soltar tonterías cada dos por tres. Las mujeres eran algo diferentes, y los temas favoritos eran moda y viajes.

Aún no se servía la comida principal del bufé, pero los camareros ofrecían canapés y otros bocadillos mientras tanto. Estaban esperando a que Colton saliera del estudio, terminara su videollamada de trabajo, para servir la exquisita comida. Esa era la norma familiar, pues todos —directa o indirectamente— trabajaban para Empire Corporation. Así que el patriarca no solo era el mayor de la familia, sino el que llevaba las riendas del abanico de negocios que les daba un gran nivel de vida y privilegios. Nada se hacía entre los Wentworth sin el apoyo de Colton. El único que se había rebelado y no formaba parte de la empresa era Knox. Sus familiares no lograban comprender —aunque ahora secretamente envidaban su éxito multimillonario con Gabriel— que hubiera rehusado formar parte de un imperio ya construido, para arriesgarse en una aventura empresarial que le tomó un largo tiempo cimentar.

Clarissa se desenvolvió con soltura entre todos. Hizo un par de tomas generales, luego algunas grupales —en las que los Wentworth colaboraron sin reparos— y finalmente guardó la cámara. Sentirse de nuevo tras el lente le devolvió algo que había echado de menos durante años, aunque ahora lo pusiera al servicio de un escenario ajeno. Nada de eso le pesaba: su prometido estaba a su lado, y con él la situación fluyó con una naturalidad inesperada. Además, ya tenía a cuestas unos cuantos días en los que el fotógrafo del proyecto Chronos la ayudó a recuperar la práctica con el obturador. Ella estaba ilusionada, porque también Moses empezaba a abrirse un poco más en sus conversaciones, dándole detalles de lo que ocurrió en Uganda, el paso por el Reino Unido y el proceso de adaptación —en cada país— para Estrella. Clarissa le había llevado la cadenita que recuperó de la tienda de campaña en la que vivió Nyaker, y la pequeña hija adoptiva de Moses recibió feliz el obsequio.

—¡Esta fiesta no puede estar completa sin mí! —exclamó una mujer bellísima al llegar, tenía alrededor de sesenta años, pero se

conservaba estupendamente. No se detuvo, hasta haber saludado a todos y dejó en último lugar a su hijo—. Hola, Knox.

Clarissa sintió cómo él tensó los dedos alrededor de su cintura.

—Madre —dijo con simpleza.

—Oh, pero ¿a quién tenemos aquí? —preguntó acercándose a Clarissa—. Esta es la primera vez, bueno no la primera —sonrió— pero sí la única en la que mi querido hijo trae a una mujer, y muestra —señaló cómo Knox la sujetaba— este gesto posesivo. Cuando era pequeño nunca le gustó compartir, siempre fue egoísta. Oh, perdona mis modales —rio—. Soy Athina Wentworth, la madre de este ingrato.

La pelirroja se mantuvo impasible e hizo de cuenta que no pasaba nada. Alrededor, los primos y tíos de Knox, parecían habituados al histrionismo de Athina. Los miraban de reojo, sí, aunque continuaban en lo de cada cual: cotillear, y beber.

—Buenas tardes, Athina, un gusto saludarla —dijo y extendió la mano.

Al instante, la mujer le sujetó la muñeca y miró el anillo. Luego a Knox.

—¿Te vas a casar otra vez? —preguntó riéndose—. Vaya, algunos hombres no aprenden cuando carecen de las cualidades para ser material de un matrimonio.

Él notó gestos inequívocos de que Athina estaba en una de sus crisis: movía los labios como si fuese un tic. Su forma de vestir seguía siendo elegante, aunque ahora en colores estridentes; el maquillaje resultaba exagerado y la voz, chillona. Todo coincidía con los patrones que delataban un espiral de destrucción, uno de sus períodos más complejos. El detonante era siempre el mismo: Athina empezaba a consumir las píldoras que la volvían hiperactiva en lugar de aquellas que la calmaban.

Era experta en engañar al personal médico. Por más vigilancia que hubiera, su verborrea, respaldada por un amplio círculo social y contactos, conseguía burlar el ojo controlador de quienes la asistían.

Lo peor era su negativa constante a aceptar que padecía una enfermedad mental. Rehusaba obedecer, cumplir reglas médicas, y someterse a la asistencia que su condición exigía. Eso, precisamente, era lo que la viuda de Gerard detestaba. Los estados pacíficos de Athina duraban pocos meses.

Además, Knox no veía a las enfermeras de turno aquella tarde. Ese era un indicio claro de que Athina se había vuelto violenta y las mujeres habían abandonado el trabajo. No existía fortuna en el mundo —según sus propias reflexiones— que justificara ser el blanco de una mujer esquizofrénica que mentía, engañaba y luego estallaba con tal violencia que ponía en riesgo la integridad de otros. El equipo médico a cargo de un especialista, designado por Gerard en el testamento, recibía una gran paga por vigilar el bienestar de Athina. Knox se limitaba a contener las irrefrenables ganas de encerrarla en una residencia de salud mental de por vida. Sabía que con la edad, las células del cuerpo y del cerebro de Athina se deterioraban con rapidez, y más aún con la condición que padecía. Ya ni siquiera se trataba de humanidad: Knox vivía en un estado constante de irritación que, cada vez más, se mezclaba con hartazgo. Quienes no habían convivido con una enferma mental nunca podrían entenderlo.

Lo más sensato no era aparentar una vida normal —después de décadas sin mejora—, sino asegurar que ella estuviera en un lugar donde no pudiese dañar a otros ni a sí misma. Él sabía, por reportes médicos, que en sus últimas crisis había intentado cortarse las venas; no por deseo suicida, sino por alucinaciones. Aquella tarde marcaba el final de su tolerancia y de su cumplimiento con el testamento de Gerard. No existía ninguna penalidad para Knox: el magnate soportaba a su madre únicamente porque esa había sido la lealtad que su padre le exigió como última voluntad. Pero no más.

—Madre —dijo en un tono gélido y agarró la mano de Clarissa—. Estás en una evidente crisis y me tienes cansado. Si tu intención de venir aquí, como cada año, es llamar la atención, has tenido éxito. Te voy a recomendar que no vuelvas a tocar a Clarissa, bajo ninguna circunstancia. ¿Qué pasó con tus enfermeras? —preguntó, aunque

en realidad se trataba de un cuestionamento retórico—. Debes estar acompañada. Esa es la condición para que puedas ir y venir por donde te plazca.

Athina se llevó la mano al pecho, ofendida.

—¡Soy tu madre! La que hace las preguntas soy yo, y no tienes derecho a hacer amenazas contra mí —exclamó—. La última novia que trajiste, esta es una segundona, se nota, te dejó plantado en el altar. Probablemente por ser tan arrogante, obtuso e insoportable. No tienes un ápice de diversión en tu ADN, ¡qué desgracia! —dijo.

Clarissa no se sentía ofendida por el comentario de Athina. Sabía, menos mal, qué era lo que sucedía con la mujer. Si intentaba razonar con una enferma mental, lo más probable es que la loca terminara siendo ella. No iba a incurrir en esos juegos.

—No son amenazas, pero estás refiriéndote a la mujer que amo —dijo Knox, enfurecido. Sacó el teléfono y llamó al doctor de Athina. El hombre le comentó que enviaría un equipo médico al instante para que inyectaran a su paciente, y procurar que entrara en calma —. Como acabas de escuchar, ya vienen a por ti. Este ha sido…

Él no terminó la frase, porque Athina levantó la mano con la intención de abofetearlo. Knox fue más rápido y le sujetó la muñeca con firmeza, deteniéndola.

—¡Basta, no me toques! —lloriqueó la mujer. Ya no estaba enfadada, ahora empezó a llorar. Alrededor, la familia de Knox tan solo meneaba la cabeza. Sabían que él podía ocuparse perfectamente de la mujer—. La santidad de una madre…

—Eres una prostituta, Athina —dijo Knox, bajando la voz, entre dientes.

—Quizá porque conozco bien esa profesión —comentó riéndose—, he podido rentabilizar mi vida. —Knox no le soltó la muñeca—. ¿Sabes la razón por la que tu abuelo me pagaba una fuerte suma de dinero mensualmente, querido hijo?

Knox apretó la mandíbula. Ya no sentía ningún compromiso o deuda con su pasado, menos después de la conversación

esclarecedora, instantes atrás, con Clarissa. «Esto acababa de una buena vez hoy. No iba a cargar más mierdas de su madre».

—Para que cerraras el hocico es lo más probable —zanjó Knox con acidez.

Athina soltó una carcajada. Cuando pasó un camarero cerca con varias copas de champán, ella agarró una copa con la mano libre, pero Knox la echó al césped.

—¡Hey, majadero! —forcejeó—. Pues ya que tienes tanta estima por el petrimete de tu querido abuelo, él era el que me pagaba para que no me divorciara de Gerard. ¿Crees que no sabía cómo obtenía joyas o a qué me dediqué durante un largo tiempo, ni que fue así como conocí a tu padre? —rio, y Knox, con asco, la soltó. Clarissa miraba la escena con una mezcla de pesar por su prometido, y una furia creciente por la mujer que lo atormentaba—. Me pidió que tratara de hacer funcionar el matrimonio por ti. Para que siempre tuvieras un hogar. ¿Las fotos que encontró tu padre el día en que se suicidó? Pues solo fueron un evento desafortunado —sonrió —. Pero detrás de esa coraza de suficiencia que tienes, aún persiste un chico iluso.

—Te calló con dinero, para mi bienestar. Pues solo prueba el nivel de afecto que sentía por mí —replicó Knox a la defensiva, sin poder evitarlo—. Tu precio siempre es el dinero, porque no conoces el amor. Porque estás jodidamente enferma.

En ese momento, un equipo médico llegó a las puertas corredizas del patio.

Esta vez, los Wentworth, al completo —salvo los niños, claro, que jugaban en la piscina con las niñeras vigilándolos— observaban atónitos la escena. Esta era la primera ocasión en la que Athina estaba tan descontrolada; en otras, si bien solía ser escandalosa, vulgar inclusive, mostraba menos inclinación a la violencia. Los médicos sujetaron a la mujer en medio de gritos, la inyectaron y, casi al instante, se desvaneció.

«Menos mal es una propiedad privada y alejada del ruido», pensó Clarissa, horrorizada por Knox. Su prometido le dio instrucciones rápidas y claras a los enfermeros de que se llevaran a Athina de inmediato. Knox llamó al doctor de su madre y le expresó con claridad que si no la internaba de una buena vez, en lugar de darle cuidados en la casa como estaba previsto en el testamento —cuando ella entraba en crisis— iba a demandarlo personalmente por negligencia médica. Le dijo que no era una amenaza y luego cerró el teléfono. Los enfermeros sacaron de la mansión a Athina, completamente sedada, y todo el escándalo se aplacó. Luego de unos minutos, los murmullos de la reunión se encendieron. La música nunca dejó de estar presente.

Las expresiones de los otros Wentworth eran una mezcla de bochorno por la escena, sumada a comentarios e intercambios sobre cuánto les apenaba que Knox tuviera una madre como aquella. A estas alturas de la vida, ya todos sabían el motivo del suicidio de Gerard. Sin embargo, estaban atados por un contrato de confidencialidad para callar —que amenazaba sus fortunas si lo rompían— que Colton y Lorelei los habían obligado a firmar, muchos años atrás, para mantener el escándalo lejos de la sociedad y por el bienestar de Knox. Conforme pasaron los años, el personal de servicio y cualquier persona que entrara en la familia, también firmaba un contrato. La única, en esta ocasión tan excepcional, sin firmar nada era Clarissa.

—Mi amor —dijo la pelirroja apoyando la mano con suavidad en el brazo de Knox, este se había sentado meneando la cabeza—. Lamento que pasaras algo así.

Él la miró y su expresión, una mezcla de furia y hartazgo, se suavizó.

—Ni siquiera es desprecio lo que siento, sino una decepción profunda.

—Supongo que es imposible no esperar que las personas que debieron protegernos, si no lo hicieron o nos defraudaron en su momento, cambien —comentó Clarissa—. Llevamos un buen rato

aquí. Ahora comprendo el porqué estas reuniones familiares te causan tanto agobio. ¿Qué te parece si nos marchamos…?

Knox no iba a permitir que esta escena arruinara su día con Clarissa. No iba a permitir que, una vez más, su madre empañara otro instante de su vida. Ya se la habían llevado y eso era lo importante. Después, él se aseguraría de que permaneciera internada en una clínica de reposo. Se enfrentaría a los abogados para cambiar el testamento o lo que fuese necesario, legalmente, para no volver a saber de Athina.

Él agarró un vaso de whiskey y bebió el contenido de una sola vez. Luego exhaló. Su cuerpo pareció entrar en un estado de menor rigidez. No hacía falta enredarse más con lo ocurrido. Sus familiares podrían opinar que acababa de recuperarse rápido del episodio, pero no se trataba de la rapidez. Él ya no estaba en la edad de tolerar dramas y llevaba demasiado tiempo en esta dinámica con Athina, que explotaba en un momento inesperado, como para desear extender minutos de su tiempo hablando o repensando la situación. Su asunto con su madre estaba muerto. Lo que sea que viniese a continuación, para borrarla de su vida, era administrativo. Y, al tener abogados a disposición y mucho dinero, ni siquiera tendría que involucrarse directamente, mucho menos volverla a ver. La familia no era un claustro del que, por presión social o culpa o emociones tóxicas, resultaba imposible escapar. Llegaba un punto, que era el que Knox acababa de alcanzar ahora, en el que romper con los últimos coletazos de aprendizajes daniños y dolorosos era un acto de amor propio.

Por otra parte, él admiraba la serenidad con la que Clarissa le hablaba, no juzgaba sus decisiones, y tampoco parecía escandalizada por la escena que acababa de presenciar. Knox sabía que elegirla había sido su mejor decisión en la vida, pero también que ninguna otra persona habría podido entender la situación como lo hacía alguien que, bajo circunstancias que fueron de vida o muerte, superó los reveses. Eran realidades diferentes las de ambos, sí, pero los dos se sostenían desde la fortaleza. Eso era lo distinto entre una relación que se aferraba desde la herida, y la que buscaba

salir a la superficie para crear un nuevo aire sin las esquirlas de los desastres y sinsabores.

Su promesa silenciosa sería siempre proteger a Clarissa, sin importar nada.

—Sí, cariño —dijo Knox y miró el reloj—, creo que ha sido suficiente tiempo de estar entre mi familia. Suficiente entretenimiento por un día —comentó con humor negro, y ella se rio por lo bajo—. Gracias por no salir huyendo esta tarde, pelirroja.

—Knox, no digas esas cosas —replicó—. Huir no está entre mis intenciones.

Él le hizo un guiño.

—Bien, porque igual planeo perseguirte hasta que desistas, si lo intentas.

Ella se rio, aliviada de ver que Knox perdía la tensión del cuerpo. Él se puso de pie y le extendió la mano para instarla a hacer lo mismo. Clarissa accedió al gesto.

—Pero no me gustaría irnos sin que antes conozcas a mi abuelo. Como acabas de escuchar, entre los desvaríos de mi madre, él ha velado siempre por mi bienestar.

Clarissa esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento. Ya conocía todas las advertencias que le había hecho Knox, cuando le mencionó este evento familiar, sobre Colton. Pero, después de la locura de Athina sabía que nada podría equiparársele.

—Sí, por supuesto, pero dijo Julie que está en una reunión de negocios.

—Siempre ha tenido tiempo para mí, y sé que se alegrará de saber oficialmente —tomó la mano en la que Clarissa llevaba su anillo— que estamos prometidos. No busco su aprobación, ni la de nadie, pero sí quisiera compartirle esta noticia —dijo.

—Me gusta esa forma de pensar —replicó ella.

Él le hizo un guiño y le besó el interior de la muñeca.

CAPÍTULO 16

Se despidieron de todos en el amplio patio, y luego se aventuraron al interior de la casa. Knox se conocía la propiedad al dedillo, claro, así que guio a Clarissa por un pasillo, hasta el final. La puerta de interés estaba cerrada y no se podía escuchar nada, la razón era simple: era a prueba de sonido, tal como lo era también la oficina de Knox en casa. De ese modo ni el más mínimo ruido exterior se filtraba o causaba distracción.

Knox no llamó a la puerta, no recordaba la última ocasión en que lo había hecho, pues su abuelo le daba vía libre siempre. Por eso, sus primos siempre decían que era el favorito del anciano y también de la difunta abuela Lorelei. Clarissa se acomodó la ropa, limpiándose un polvo inexistente. Estaba un poco nerviosa porque sabía lo importante que era el patriarca Wentworth para su prometido, en especial por cómo se había convertido en protector y guía, después de que Gerard se suicidara.

—No hay nadie aquí —dijo ella, mirando la claridad del estudio. Era amplio, lleno de libros, adornos de seguro costosos, y un ventanal que daba al lago artificial. En esa área no había nadie, pues los invitados estaban en la zona de la piscina.

Escucharon el sonido del grifo de agua.

—Debió terminar hace poco la reunión. Él tiene un toc con la limpieza —sonrió Knox acariciándole la mejilla a Clarissa—. Quiero aprovechar para hablar con el de un tema de Empire Corporation, será rápido, y después iremos a surfear. Creo que la marea está perfecta en Freshwater para disfrutar de una tarde en el agua. ¿Sí?

Ella asintió con una sonrisa. «Esa era la vía perfecta para terminar el día».

La puerta del baño del estudio se abrió y apareció el abuelo de Knox.

—Muchacho, ya estaba a punto de ir a reunirme con todos —dijo Colton.

La gran diferencia para Clarissa era que no podía identificar a esta persona como abuelo de nadie. Se quedó paralizada cuando el hombre apartó la mirada de Knox y la posó sobre ella. Su cerebro unió a la velocidad de la luz todas las piezas. Sintió que le faltaba la respiración. Instintivamente agarró el brazo de Knox con más fuerza de la necesaria. Su corazón empezó a aumentar la velocidad de los latidos. Esa voz la reconocería con los ojos cerrados y, aunque nunca vio su rostro, ahora tenía la figura completa ante ella. Clarissa no podía mover los pies. Se sentía incapacitada de correr como tanto le gritaba su cerebro que hiciera. Quizá Knox estaba hablándole, pero Clarissa era incapaz de apartar la mirada del hombre que, para su mala suerte, completaba el cuadro que cambió su vida años atrás. La sombra que estaba muy viva.

—Belleza —dijo Knox preocupado al verla pálida—. ¿Qué te sucede?

Ella intentó ralentizar su respiración, mantenerse indiferente o firme, pero no lograba estabilizarse. Esto era algo que no se esperaba, ni en sus pesadillas más rocambolescas. Colton la observaba con frialdad. No ocultaba su desdén, ni tampoco sorpresa de verla del brazo de su nieto preferido y, además, en su mansión. Clarissa sabía que, mientras Knox estuviera a su lado todo estaría bien. Lo miró, aterrada.

—K… Knox —enfocó su atención en él. Estaba segura de que su cuerpo temblaba como una hoja al viento y los dientes le castañeaban—. Por favor… Sácame de aquí… Necesito que me saques de aquí, por favor —dijo en un susurro angustiado.

—Cariño, tienes que decirme qué te ocurre, y mi abuelo puede llamar a un doctor si hace falta —comentó ajeno a la turbulencia que vivía su prometida—. ¿Sí?

—Knox… —tragó saliva, no podía mirar a Colton, no podía; pero sentía esa mirada hostil sobre ella—. ¿Recuerdas lo que te conté sobre mi paso por África…?

—Claro —dijo él frunciendo el ceño—. No sé por qué lo mencionas.

—¿Confías en mí…? —preguntó ella apresuradamente.

—Señorita, no nos han presentado —intervino Colton, acercándose a los dos. El hombre era alto, imponente, y su ropa lucía impoluta. Llevaba un reloj costoso.

En ese instante, Clarissa soltó un grito aterrado, alejándose de Knox y caminando de retro, hasta que su espalda se golpeó contra una estantería. Su pecho subía y bajaba aceleradamente. Creía que las paredes se cerraban a su alrededor. Miró a un lado y a otro, su cerebro parecía no recordar en dónde estaba la puerta, se sentía atrapada. Extendió las manos, como pidiendo en silencio que Colton no se acercara.

—Abuelo, este no es el escenario que esperaba. Pero Clarissa es mi prometida. En estos momentos necesito que me ayudes, no sé qué le pasa. Por favor, llama…

—¡No! —gritó ella, las lágrimas corrían por sus mejillas. Recuerdos de las amenazas, y lo que podría ocurrirles a sus padres, la invadieron—. No… No quiero nada de él. Knox… Dime, dime, por favor —casi suplicó— que confías en mí. Por favor, dímelo —pidió Clarissa, mirándolo con una intensidad desesperada.

—Creo que tu prometida necesita un calmante —replicó Colton, distante.

Cuando Knox se acercó a ella, la pelirroja lo sujetó de la muñeca.

—Dime… —susurró, insistiendo, con un sollozo.

—Por supuesto que confío en ti, Clarissa —expresó con convicción.

Ella soltó una exhalación entrecortada.

—No me importa qué pueda pasarme de ahora en adelante —dijo Clarissa, rota—. Estoy aterrada, pero esta vez no me callaré… —hipó. Knox la miró, perdido por completo sobre de qué iba este asunto. Colton observaba a Clarissa como si tratara de retarla a continuar hablando o callarse—. Knox, la sombra de mi pasado…

—¿Qué hay con eso, mi vida? —preguntó con suavidad. Detestaba verla en este estado—. Necesito comprender qué está ocurriéndote, por favor, explícame.

Ella sentía la garganta seca. Tomó una inhalación profunda.

Intentó sobreponerse. Se recordó que era fuerte y resiliente.

—Dime todas las empresas que están bajo el abanico de negocios de Empire Corporation —pidió en voz temblorosa—. En el orden que sean. Hazlo, por favor.

Knox frunció el ceño ante una petición tan extraña, porque ella nunca se había interesado antes por ahondar en qué propiedades tenía o qué negocios realizaba la corporación Wentworth. Tenía un mal presentimiento, mas no podía saber el porqué.

Colton apretó los puños a los costados.

—Señorita Sneider, me parece que ha llegado la hora de que usted reciba un calmante, urgentemente. Su comportamiento no está dentro de parámetros saludables —espetó el anciano con acidez y desdén—. Lamento que nos conozcamos en estas circunstancias tan —movió las manos en un gesto aburrido, pero su voz era acerada— poco usuales. No sé cuál es su estado mental, pero quizá le convenga marcharse.

Clarissa ignoró al anciano. No podía seguir escuchándolo, porque el efecto creaba la misma irritación que si hubiera escuchado a alguien deslizar las uñas sobre una pizarra de tiza. O como ver cobrar vida a los personajes de Shirley Jackson.

—Responde, Knox —pidió ella. No podía dejar de temblar. Se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano, manchándose las mejillas con el maquillaje echado a perder. Clarissa continuaba con la espalda pegada a la estantería. Estaba acorralada.

El magnate de Aussie Equinox ignoró el comentario de su abuelo.

—Turner Jewelry: joyería de alta gama —empezó a decir, no sabía si ella quería distraerse de alguna manera o llegar a un punto específico, pero, lo que fuese daba igual, solo necesitaba entender este estado de angustia desmedida en alguien usualmente tan controlada como Clarissa. No solo eso, sino que, si bien este no era un ataque de ansiedad, lo que sí existía en Clarissa era pánico. Le dolía verla así—. Realto Holders, cadena de hoteles y cruceros. West Mex, cadena de restaurantes de comida fusión. Oxmond, entretenimiento. Proyecto Horizon, estudios farmacéuticos.

Clarissa cerró los ojos, las lágrimas no cesaron de rodar por sus mejillas.

—Knox… Proyecto Horizon —dijo ella, sin ocultar la devastación en sus ojos azules, mientras él le sostenía la mano con firmeza y suavidad. El gesto era un apoyo silencioso, a pesar de que ignoraba qué demonios sucedía—, fue la razón de que mi vida se viniera abajo. Esas fotografías de las que te hablé y por las que me amenazaron, estaban vinculadas a esa empresa. La empresa que, ahora me acabas de confirmar, forma parte de Empire Corporation. Jemima y Makena, a quienes vi en la gala de la ONU, trabajaban ahí… —susurró. Entonces, haciendo acopio de coraje, valentía y pensando en que no iba a permitir que volvieran a arrebatarle su vida de las manos, agregó—: *Siniestro*, el hombre al que nunca pude ver el rostro, pero cuya voz podría reconocer en cualquier lugar… Ese malnacido está en esta habitación y es tu abuelo.



Knox la quedó mirando como si le hubiese explicado que los dinosaurios seguían vivos. Su cerebro tardó en registrar la información, pero cuando lo hizo, en lugar de dudar de Clarissa —casi en modo automático— se giró hacia su abuelo. No dudaba de lo que ella acababa de decirle por dos motivos. El primero, porque

jamás pondría en entredicho la palabra de la mujer que amaba, aunque estuviera de por medio su propia familia, porque sabía el nivel de integridad y calidad humana de su pelirroja. Lo que Clarissa le había dado era más fuerte que sus lealtades con el ADN. Lo segundo, porque se dio cuenta de un detalle muy importante. Al presentarla con su abuelo, él jamás le dijo que el apellido de ella era Sneider. Su abuelo ya lo sabía.

No quiso darle la espalda a Clarissa, pero fue necesario para encarar a Colton.

Pero no fueron palabras las que surgieron de la garganta de Knox, sino que sus pies se movieron con la rapidez propia de su edad, y agarró del cuello a su abuelo. El anciano, tomado por sorpresa, intentó apartarlo, pero, por supuesto, no tuvo éxito.

—Durante años, a pesar de las burlas de Athina, siempre te tuve de ejemplo paterno y te consideré en la mayor estima posible, abuelo —dijo Knox en un tono gélido—. Hoy, mi madre me confesó que le habías pagado para que continuara casada con mi padre. No era altruismo ciertamente, no era por mí, sino por la imagen de la familia —se burló—. Para que no hubiera un divorcio y así mantener el fango oculto. Que mi padre se suicidara, lo llevé en mi conciencia como culpa, pero la razón de que siguiera con una mujer que fingía amarlo eras tú. Cuando conocí a Clarissa y su historia, cuando comprendí el nivel de maldad y perfidia de la ambición corporativa, sentí asco, pero, en especial, rabia por todo lo que ella tuvo que pasar —expresó.

—¡Suéltame, muchacho! —exclamó Colton tratando inútilmente de zafarse del agarre—. Por mil demonios. ¿Cómo te atreves a hablarme de este modo? Te acompañé siempre y te abrí la puerta a todas las oportunidades que un chico pudiera desear. Gracias a mi tutelaje aprendiste cómo se tejen los pilares de una empresa.

Knox estaba lívido de furia. Si apretaba más el cuello envejecido, lo asfixiaría.

—Mi padre estaba trabajando para ese puto proyecto. Jamás me dijo el nombre, pero solo me basta sacar números de tiempos y

fechas. En la época en que ocurrió todo en Uganda, cuando amenazaste a Clarissa, Proyecto Horizon estaba en sus primeros pasos. Mi padre se lamentaba de la cantidad de problemas éticos que estaba ocasionando —le apretó más el cuello al anciano de barba blanca— y tenía previsto sugerirte desistir de continuar. Pero, por supuesto, no escuchaste —expresó.

—Tu padre era un iluso y soñador —espetó Colton con esfuerzo—. En los negocios se necesitan agallas y hacer lo necesario para mantener la hegemonía de ciertos sectores y eso incluye, a veces, forzar la lealtad. Acceder a prácticas que podrían ser cuestionables, pero que, al final, resultan en el bienestar de la humanidad, es usual.

Knox sacudió al anciano. Quería matarlo. Vaya si quería. No reconocía al hombre que estaba hablándole en estos instantes. Parecía como si una máscara hubiera caído. La decepción lo invadió como si fuese un veneno suave, pero letal.

—Empire Corporation utiliza Proyecto Horizon para traficar influencias, mientras destroza la vida de personas en necesidad, ¡niños, por todos los cielos! Utilizan infantes como carne de cañón, experimentos, y con crueldad. ¡Cuántos jodidos gobiernos deben estar involucrados! Un lucrativo negocio: estudios farmacéuticos, refugiados que carecen de conexiones en medio de penurias, y una imagen de ayudar a los países en vías de desarrollo con vacunas para mejorar la salud. Pero nadie los cuestiona, porque nadie sabe la verdad —gritó sin guardarse nada.

Colton trataba de aflojar los dedos de Knox con ambas manos. Imposible.

—Todo es un negocio, Knox, lo sabes mejor que nadie.

—¡Eres un puto criminal! —le gritó—. Atormentaste a una muchacha inocente, le arrebataste su inocencia en la forma de ver la vida, y la obligaste a limitar su libertad. Fuiste el responsable de que muriera una mujer refugiada y embarazada, porque enviaste una emboscada ante el temor de que las pruebas de tu infamia y la de tus aliados salieran a la luz —expresó—. Asumo que, hasta ahora,

has logrado deducir que, con todo lo que estoy diciéndote, esas fotografías jamás fueron destruídas. Que las he visto, todas y cada una de ellas. Que conozco la historia y el testimonio real.

—La muchacha pagará un precio —dijo Colton con frialdad. Ese tono que, durante la infame tarde en la oficina de Proyecto Horizon, Clarissa había escuchado.

Knox lanzó al anciano a un costado. Él aulló de dolor cuando la cadera, que recientemente había sido reemplazada, chocó contra el borde afilado de una mesa. El multimillonario agarró un abridor de cartas. Se trataba de un objeto de oro y filudo. Se inclinó sobre Colton y apoyó la punta en un lugar muy cercano a la yugular. El anciano se quedó inmóvil, respirando agitadamente y con miedo, porque jamás había visto este lado de su nieto: descontrolado, violento, prepotente y también impulsivo.

—Esa mujer de la que hablas es libre —expresó clavando la punta del abrecartas y un hilillo de sangre brotó del cuello de Colton. Sin duda, que la oficina fuese a prueba de sonido era un aliado excelente, nadie escucharía lo que sucedía dentro—. No solo es valiente y decidida, sino también la única que, además de mi padre, ha tenido las agallas para ser noble en un mundo cínico. No dependo de ti, sino tú de mí. En mis manos tengo información financiera de muchos años de Empire Corporation y todo el abanico de negocios vinculados. Puedo arruinarte y a todo el clan Wentworth. No le temo al escándalo público. Tampoco necesito de tu reputación para sobrevivir, porque he creado una propia, así como mi fortuna —dijo, furioso.

—Desagradecido, hijo de puta, no sabes todo lo que arriesgas…

Knox le hizo un corte vertical, poco profundo, pero doloroso. Colton gritó.

—Será fácil hacer una correlación de datos y obtener los vínculos de tus contactos, en negocios pasados y presentes. La red de ejecutivos y políticos que se nutren de esta bazofia de negocio, usando humanos como ratas de laboratorio, debe ser amplia. Sumadas las fotografías que tiene Clarissa —espetó con veneno—.

Lo mejor de todo, *abuelo* —dijo esto con burla— es que lo haré parecer como si el chivatazo lo hubieras dado tú mismo. Yo saldré indemne. Mis manos están limpias.

Colton tosió cuando Knox lo soltó, pero no antes de recibir un puñetazo que le rompió la nariz. A Knox no le importaba que fuera su abuelo. La única persona en su familia, aparte de Gerard, que merecía ser querida y recordada era Lorelei.

—Eres débil como tu padre… —dijo Colton con burla, aún en el piso.

—No eres más que una sanguijuela de doble moral, y un viejo cobarde que no conoce límites en el afán de ampliar su poder —zanjó Knox, porque no necesitaba defenderse—. Quedas advertido. Si te atreves a hacer algo contra mí o contra mi prometida, voy a destruir tu legado. No me detendré. Ahora —lo señaló con el dedo—, el que va a vivir con miedo serás tú. Probarás de tu propia medicina. Estás tan embarrado de mierda que bastará que yo abra la Caja de Pandora para destruirte.

Cuando Knox se giró, Clarissa estaba sentada en la alfombra. Lo miraba con ojos llovidos, aún temblorosa, y no parecía asustada al haber presenciado esta escena de violencia. Él sabía que su abuelo iba a requerir puntos de sutura para la nariz, pero también que debería estar conforme por continuar con signos vitales estables. Knox no se convertiría en un tormento para Colton, sino el que, en el rato menos pensado, iba a destruirlo. No perdería el tiempo, ni años de su vida, sosteniendo la espada de Damocles sobre la cabeza del anciano. Asestaría el golpe más pronto que tarde. Por ahora, su único y absoluto interés era asegurarse de que Clarissa no huyera de su lado.

Se acercó y se acuclilló frente a ella.

—Mi vida —dijo con suavidad—. ¿Estaría bien si nos vamos a mi casa?

Ella miró hacia un costado, Colton estaba tirado en el piso. Probablemente se habría desmayado, pero era evidente que

continuaba —para mal del mundo— vivo.

—Creíste en mí —susurró Clarissa con la voz entrecortada—. Amenazaste al hombre que te ayudó a crecer en medio de la debacle emocional que sufriste…

Knox soltó una exhalación. Le extendió la mano y ella la tomó. Con un impulso, la ayudó a que se pusiera de pie. Luego la abrazó y la instó a que le rodeara la cintura con las piernas. Ella hundió el rostro en el cuello de Knox, sintiéndose que estaba segura, pero todavía agitada por lo que acababa de suceder. Él caminó con Clarissa hasta la salida. El ama de llave los miró impasible y abrió la puerta principal deseándoles que tuvieran un buen resto de la semana. Knox no se molestó en decirle que fuera a buscar a Colton, sino que fue hacia el sitio en el que había aparcado.

Una vez que llegaron al coche, él dejó a Clarissa en la acera. La apoyó contra el Bugatti con suavidad. Le limpió las lágrimas con los pulgares y la miró con amor.

La avenida de casas estaba tranquila y vacía. Ruidos lejanos llegaban apenas.

—Aún no comprendes cuánto te amo, Clarissa —dijo con fervor—. Estaría dispuesto a todo con tal de verte sonreír. Me siento devastado, ha sido un día muy jodido… Asimilar la realidad, después de que me contaras las barbaries y me mostraras las fotografías que hiciste, al saber que mi abuelo fue uno de los hombres que te amedrentó, es muy complicado —tragó saliva y se miró las manos—. Llevo el ADN que causó tu dolor y años de infierno, Clarissa. Solo reitero que no te merezco, mas no significa que no te ame con cada fibra de mi ser. Por favor, perdóname.

Sí, ella sabía cuánto la amaba. En especial después de verlo con Colton. Pero también le hacía falta tomar distancia, porque se sentía sobrepasada. La escena con Athina era un juego de niños en comparación con lo que acababa de suceder ahora.

—No tengo nada que perdonarte, Knox —susurró—. Creo que ya tienes suficientes frentes emocionales que te han golpeado hoy. Si

alguien debería pedirte perdón es Sinies… tu abuelo y también Athina. Pero también sé que no lo harán… Mi amor —dijo y se miró el anillo de diamantes y jugueteó con él—, esos niños que fueron usados en Uganda y los que probablemente estén siendo parte de prácticas perversas ahora, en el nombre del negocio de las farmacéuticas, merecen una voz.

—Buscaré el modo de dárselas, aunque me tome un tiempo —afirmó él.

—Gracias… —susurró, mirándolo.

Clarissa todavía sentía los nervios a flor de piel, porque ponerle rostro a su tormento en las sombras, y descubrir que era el abuelo de Knox, resultaba abrumador. Tenía la certeza de que Knox iba a protegerla, eso era verdad, así como también que esta vez ya no tenía temor. Ahora solo buscaba aquietar su mente y reorganizar las piezas del rompecabezas, para cerrar este episodio plagado de angustias, pérdidas, lágrimas, incertidumbre y miedos. Quizá, pensaba ella, el universo estaba dejando en su camino la lección de que un entorno familiar no era capaz de corromper ni destruir a alguien que había nacido para cambiar el destino de acciones nefastas. Tal vez un Wentworth había sembrado terror y destrucción, pero era otro quien estaba allí para demostrarle que no todos los legados se escribían con sangre ni se perpetuaban en las sombras. Knox no era la continuación de esa herida, sino la prueba de que incluso en los designios más complejos del destino, podía hallarse una salvación inesperada.

—Lo que voy a decirte no te va a gustar… —susurró Clarissa.

Él cerró los ojos y extendió la palma de la mano hacia arriba.

—Entiendo —dijo con la voz derrotada—. Yo tampoco querría cargar con el apellido de alguien cuya familia me dejó solo daño y penurias. No te lo reprocho.

Clarissa le acarició la mejilla y lo instó a que la mirara.

—Este anillo es mío —expresó con convicción y también dulzura en la voz —. No voy a devolvértelo, Knox, porque hoy me has

demostrado, una vez más, que eres la persona para mí. Acepté casarme contigo, no lo hice en vano. —Knox soltó una exhalación, ligeramente aliviada—. Pero quiero tomarme un par de semanas a solas. Esto que ha sucedido resulta muy fuerte… Voy a agarrar mi cámara —sonrió con una mezcla de tristeza y alegría— y continuar con el proyecto Chronos. Pero me tomaré quince días sin ir a la editorial, sin vernos, Knox. Viajaré a las Montañas Azules con el equipo de trabajo y estaré al corriente de mis responsabilidades vía remota.

Knox la abrazó con fuerza.

—Por favor, mi vida, vuelve a mí al final del viaje —dijo en tono vulnerable.

Ella no respondió, porque si lo hacía entonces no continuaría adelante con su plan. De verdad, genuinamente, necesitaba desconectarse de todo, aunque le doliera no ver a Knox ni sentir sus brazos o el clamor de sus besos en la piel. Además, estaba segura de que él también sentía el mismo impulso, y lo más probable es que lo canalizara de otra manera. Ambos requerían un reposo de esta tarde tan turbulenta.

Las palabras no servían por ahora, así que Clarissa le dio un beso breve.

Él no insistió. Comprendía lo que ella estaba pidiendo, pero no implicaba que lo devastara la posibilidad de que, en ese viaje o viajes, Clarissa cambiara de opinión sobre su relación. No dudaba de que lo amara, pero también que había cultivado una gran fortaleza que la inclinaría a seleccionar lo que era mejor para su vida. Todos tenían derecho a cambiar de opinión. Él solo esperaba que Clarissa lo volviera a elegir.

Hicieron el trayecto a la casa de ella en silencio.

Al llegar, Knox se bajó del Bugatti y la acompañó a la puerta.

—Intenta no perder tu encanto y convertirte en un ogro durante mi ausencia —dijo ella por sobre el hombro, mientras entraba a la casa—. ¿De acuerdo?

Él tenía tormentas en los ojos verdes. Ella sabía que alejarse, las apaciguaría.

—No haré tal promesa —replicó Knox, haciendo un gran esfuerzo para no intentar convencerla de quedarse—. Si por alguna razón me necesitas en estos días, sin importar dónde estés o la hora que sea, llámame, pelirroja. ¿Me concederías eso?

—Sí, Knox —murmuró con los ojos llovidos antes de cerrar la puerta.

EPÍLOGO

PARTE I

Antes de marcharse de Sídney, Clarissa se reunió con Aubrey para ponerse al día y tomar unas copas. Le había prometido a su mejor amiga que, llegado el momento, sería ella quien organizara su despedida de soltera. Esa noche bebieron en un bar y, entre risas, Clarissa dejó sus demonios en la pista de baile. No le habló a Aubrey de la verdadera razón de su partida a las Montañas Azules, más allá del asunto laboral. Confiaba en ella, por supuesto, pero no se trataba de convertir a su amiga en un paño de lágrimas inagotable; además, verbalizar de nuevo todo el recuento de daños habría revivido en Clarissa emociones incómodas. Esa noche fue para celebrar su amistad —que nunca daba por sentada— y también para agradecerle a la vida, en silencio, porque el círculo estaba cerrado. A pesar del dolor de su pasado, Clarissa sabía que pocas víctimas de violencia lograban hallar todas las respuestas que necesitaban para sanar. Por supuesto, fue muy duro descubrir que su último victimario vivo estaba vinculado por lazos de sangre con el hombre al que amaba. No era una píldora fácil de digerir, pero quería hacer las paces con ese conocimiento. Aquella noche con Aubrey no se embriagó; solo disfrutó de la libertad que le dio tener el rompecabezas armado por completo y las certezas, al fin, reveladas. Eso significaba que era consciente de los escenarios vividos y que necesitaba aceptarlos en soledad y calma.

Por esta última razón, ya tenía varios días hospedada en las afueras de Sídney.

Clarissa había alquilado *Rose Cottage*, una casa preciosa que quedaba solo a nueve minutos a pie de Las 3 Hermanas, una

formación rocosa icónica con una leyenda mágica detrás: sobre cómo un anciano que, en el afán de proteger a tres hermanas en una guerra tribal, las convirtió en piedra. El hechizo jamás pudo ser revertido y ahora permanecían como parte de la inmensidad de las Montañas Azules. La tierra, en general, con sus paisajes, daba la impresión de estar en una dimensión diferente: pacífica, serena y llena de una sabiduría silenciosa. *Rose Cottage* estaba ubicada en South Katoomba y ofrecía comodidades tecnológicas, un ambiente hogareño, cálido, y céntricamente ubicado. En los alrededores era donde ella se reunía con el equipo del proyecto Chronos. El grupo visitaba casi a diario las Montañas Azules, para hacer las fotografías. No porque se necesitaran tantas, sino porque Moses era bastante peculiar y si un día le gustaba un enfoque gráfico, al siguiente discutía con Angus Holler —el fotógrafo— porque había decidido que la narrativa que estaba creando se ajustaba a otra dirección. Era una ventaja que esa zona estuviera a solo una hora y media en coche desde Sídney. Clarissa solo intentaba disfrutar, llenarse de naturaleza y aceptar, poco a poco, su realidad. Reflexionar en las noches, a solas y bajo el manto de estrellas, la ayudaba, pero le hacían falta los abrazos y besos de Knox.

Más allá de lo físico, echaba en falta las conversaciones. Él estimulaba su mente: un hombre que leía tanto como su prometido poseía una profundidad al hablar, trazar teorías y sostener argumentos que enriquecían su mundo intelectual. Ella, que había crecido con padres amantes de la cultura y las letras, no podría haber pedido un mejor compañero. Aunque este tiempo era necesario para apaciguar sus emociones y reorganizar las piezas de su vida en soledad, extrañaba a Knox a rabiar. Pero también supo que él estaba librando sus propias batallas, unas muy complejas.

Clarissa agradecía que Knox no hubiera intentado llamarla ni buscarla: era una prueba del respeto que él le ofrecía cuando ella necesitaba algo, incluso si ese "algo" era estar lejos de su lado. Así que la forma en que se enteró del caos que se desató en los últimos diez días, entre la alta sociedad —política, económica y social— fueron las plataformas de noticias. Ella podía imaginar lo difícil que

debía ser para Knox ver en todos los títulares —probablemente también internacionales, no solo locales— el trasfondo de lo ocurrido en Proyecto Horizon. Parecía haberse destapado una olla de grillos, ratas y culebras. Estaban involucrados personajes públicos, *influencers* y grandes empresarios que —de cara al público— parecían bondadosas almas del universo, pero que, con todas las pruebas exhibidas en la prensa, daban cuenta de que no era así.

La imagen de Colton detenido por la policía, a la salida de Empire Corporation, fue un triunfo personal para ella. Durante esos días, Clarissa devoró las noticias y notó un detalle revelador: en ninguna parte se mencionaba a Knox ni a Aussie Equinox asociados a temas de corrupción o titulares que pusieran en tela de juicio la honorabilidad. Aquello dejaba claro que su prometido poseía mucho más poder e influencia que Colton, y que había movido los contactos precisos para mantenerse al margen de la mala prensa. Clarissa no quería saber de qué hilos había tirado Knox para detonar aquella bomba que salpicaba a todos los implicados en la red de trata de niños refugiados, y que eran usados como ratas de laboratorio en experimentos farmacéuticos. Tampoco quería saber el porqué su nombre no aparecía como autora de las fotografías tomadas en Uganda, y que ahora circulaban en la prensa; no todas, pero sí las más reveladoras. De hecho, estaba agradecida de permanecer en el anonimato y lejos de toda esa pesadilla. Lo importante para Clarissa era que Knox había cumplido su palabra: dar voz a quienes no pudieron expresarse, ni defenderse, y fueron oprimidos y usados en las peores circunstancias posibles para un ser humano.

Clarissa estaba orgullosa de él, porque no había perdido tiempo en exponer la verdad. Además, tenía la plena certeza de que un hombre tan calculador y metódico, antes de lanzar la verdad al mundo, se habría blindado legal, profesional y estratégicamente. De hecho, los titulares mencionaban que todo salió a la luz por varios documentos filtrados, aparentemente por error, desde Empire Corporation. Lo anterior, según se decía, parecía difícil de explicar en detalle, porque todo estaba siendo manejado ya por las autoridades australianas. En las pruebas que tenía la prensa había fechas,

estadísticas e informes financieros que daban cuenta de cómo funcionaba Proyecto Horizon y cómo los fondos salían de la fortuna principal de Colton Wentworth. Además de quiénes eran sus socios y contactos más fuertes. Se asemejaba a una herida infectada que supuraba información, rápida a ratos y lenta en otros. Esto era obra de Knox, Clarissa lo sabía. Él había lanzado la carnada, a través de terceros, para desentenderse de todo lo vinculado a Colton. Knox estaba dejando a su abuelo pudrirse en donde más le dolía: la imagen social y el orgullo empresarial.

Desde la oficina de Aussie Equinox, apenas salió el primer titular en relación a Colton —por ende el apellido Wentworth— el área de relaciones públicas ejecutó su estrategia de comunicación de crisis. Se emitió un comunicado a nombre de Knox —pues Gabriel no tenía por qué ser involucrado o mencionado— expresando que esperaba que cayera el peso de la ley, aunque fuera su familia, y que él se alegraba de haber elegido —más de una década atrás— desvincularse de ellos para abrir su propio imperio. Su historial empresarial era impoluto, sus cuentas, claras, y al abrir voluntariamente su comunicación a la prensa evitaba sospechas maliciosas o mentiras.

Algunos periodistas empezaban a señalar, en reportajes y artículos, que la polvareda alcanzaba a otras compañías similares a Proyecto Horizon, no solo en África, sino también en países menos favorecidos de Europa y Asia. Igual que en Uganda, las víctimas eran refugiados. Pero Clarissa no necesitaba conocer más dramas: le bastaba con estar convencida de que Knox no estaba bajo sospecha, y que había planeado todo al detalle, exponiendo a Colton de tal forma que, al mismo tiempo, arrastrara a otros implicados en Proyecto Horizon y en crímenes asociados.

Por todo lo anterior, ella sabía que dos semanas —aunque la mataba no ver a Knox— no serían suficientes para que él estabilizara todo lo que estaba llevándose a cabo. Por eso, alargó su estancia una tercera semana. Esa tampoco fue una decisión fácil de tomar, pero era importante. Sus lágrimas, aquellas que durante los primeros días a solas fueron sus incómodas compañeras —mientras

caminaba entre las montañas y debatía con el destino, en las noches — habían remitido. El silencio y la certeza de que todo lo que se podía hacer para exponer los crímenes de Colton estaba en marcha, le dieron la paz que necesitaba. No importaba el final, sino que todos aquellos que fueron silenciados injustamente —en especial Nyaker— podrían descansar, porque sus victimarios estaban saliendo del anonimato en diferentes países.

Su cierre a toda esa historia, dejando de lado lo que haría la prensa y los jueces más adelante, había sido ese sábado en la mañana, mientras hacía una caminata en los alrededores de Minnehaha Falls. Clarissa no solo tenía su cámara llena de fotografías hermosas, que, claro, no formaban parte de la colección Chronos —pues el fotógrafo principal y que tenía los registros era Angus—, sino que sentía el corazón sereno, rebosante de gratitud a pesar de sus turbulencias. Sabía que sin la calamidad vivida en Uganda, el universo no hubiese puesto en su camino a Knox. Ambos habían sanado al otro de diferentes maneras, esto no habría sido posible si —por separado y en el tiempo de cada uno— no hubiesen experimentado situaciones complejas y crudas.

Clarissa se había sumergido en el agua de la cascada, a pesar de la temperatura fría, y esa sensación sacudió sus sentidos. Fue como si la naturaleza, después de todos esos días nutriéndola de calidez y acogiéndola, le hubiera dado un obsequio final al equilibrar todo su sistema en un solo instante. Como si el agua hubiese servido de último catalizador para expulsar los rastros de tristeza, temor o dudas con los que ella había llegado a las Montañas Azules. Al regresar a casa, había sentido libertad. Aquella fuerza que le brindaba el recibir un libro en blanco para trazar una nueva historia.

Así que ella, cuando el cielo aún estaba claro, hizo lo que Knox, tres semanas atrás, le pidió. Con el corazón latiéndole a mil por segundo, Clarissa agarró el móvil. Desde el porche de la casa, sentada en un sofá de mimbre, y con una cobija sobre las piernas, aspiró el aroma de los eucaliptos, así como el toque de tierra húmeda y fresca.

Deslizó el dedo sobre el teclado digital. Tomó una inhalación y sonrió.

Clarissa: *Hola… Espero que no sea un momento inoportuno *Emoticón carita sonrojada* *Emoticón corazón entrelazado con otro corazón* Han pasado tres semanas, no sabes la falta que me has hecho. Quise darme tiempo, pero también dártelo para que pudieras resolver lo que he visto en la prensa. Gracias… por darles voz *Emoticón ojitos con lágrimas*. Knox, te necesito conmigo.*

Ella esperó una respuesta con ilusión, y con el corazón ansioso y emocionado. Pasó una hora, tres, cinco… y no llegó ningún mensaje. La soledad se le clavó como una losa sobre los hombros. Clarissa empezó a sentir un gran pesar al imaginar que, quizá, Knox había considerado que todo lo sucedido era demasiado. Al fin y al cabo, aunque Colton fuese un malnacido seguía siendo su abuelo, el mismo que lo había protegido —de un modo bastante controversial — y le había ofrecido formación empresarial en sus primeros años. Tal vez, pensó Clarissa con un suspiro quedo, Knox había cambiado de opinión sobre estar con ella. No lo culparía: cualquiera tenía derecho a cambiar de parecer. Lo que nunca imaginó fue que corría ese riesgo al pedirle espacio para reorganizar sus emociones y procesar lo descubierto en el estudio del patriarca Wentworth. Quizá todo era paranoia. Quizá solo estaba nerviosa.

«Confía en el proceso que has llevado aquí», se repitió varias veces.

El cielo estaba oscuro e ir a buscarlo a Sídney sería contraproducente. No tenía problemas en conducir en la noche, pero no en esta clase de carreteras, por más que estuvieran en excelentes condiciones. Soltó una exhalación y se arrebujó más bajo la manta caliente. El día había sido intenso, en temas sobre comprender lo que ocurría consigo misma y soltar por completo las manchas del pasado. Era libre, pero no tenía a Knox, pensó, mientras el viento soplaba levemente y agitaba sus cabellos rojizos.

Estaba cansada. Sus piernas, luego de la caminata, le dolían un poco. Cerró los ojos…



Llevaba años sin embriagarse, pero, después de todo el circo mediático que se armó cuando orquestó cuidadosamente cómo filtrar la información sobre su abuelo y Proyecto Horizon —sin salir salpicado de mierda—, sumado a la ausencia de Clarissa durante esas malditas tres semanas, no encontró otro remedio para aplacar su mente. Aunque le doliera la distancia y la necesitara como al aire para respirar, Knox no se sentía abandonado. Conocía bien a Clarissa, no había nadie más generosa y empática que su prometida. Por eso, él comprendía que, al apartarse, le estaba regalando un espacio. Un espacio que él no había pedido, pero que, en el fondo, sí necesitaba. Esa semana extra, a las dos que se acordaron previamente, se volvió imprescindible para ultimar detalles, y aunque los días parecieron interminables, le dieron margen para cerrar su propio círculo del pasado. Si Clarissa hubiera estado a su lado en medio de la debacle de esas semanas, la habría arrastrado a preocupaciones y recuerdos amargos. Y lo último que Knox quería era añadirle tormentos a la mujer que amaba.

Por otra parte, Brigitte le informó que se habían realizado ajustes, sin mayores contratiempos, al testamento de Gerard. A partir de ahora Athina estaría viviendo en una lujosa y discreta residencia para personas con enfermedades mentales; no solo esquizofrénicos, sino también aquellos con cuadros más graves. El problema de Athina consistía en que ya empezaba a representar un peligro para otros, al vivir sola y continuar autosaboteándose, a pesar de tener enfermeras. En general, un esquizofrénico podía convivir con otros, siempre que se tomara la medicación, recibiera terapia y aceptara su problema. Ese no era el caso de Athina y por eso era mejor que viviera en una residencia especializada, discretamente ubicada en una zona segura de Sídney, con vigilancia constante, y sin accesos a

salir a dar paseos breves sin vigilancia, a menos que Knox solicitara hacerse cargo de ella por unas horas y visitarla, pero eso nunca sucedería. La mujer no volvería a interrumpir ni a fastidiar su vida.

Una madre o un hijo tenían roles específicos, pero estos no incluían destruir emocional, física ni psicológicamente. Así que Knox no tenía cargo de conciencia, porque había hecho todo lo que fue posible para tolerar a una persona que —bajo el último informe médico— no era seguro que recibiera atención en casa o que socializara libremente con otros. Inclusive, cinco días después de que Athina estuviera ya en una residencia, Brigitte lo llamó para comentarle que la mujer se había liado a golpes con otra persona y que terminó con una ceja rota y un tobillo torcido. A Knox no le importó, y tan solo le pidió a su abogada que nunca más volviese a hablarle de Athina y que le informara cuando hubiera muerto. ¿Sonaba cruel? A juicio de Knox, le parecía lo más pragmático, justo y lógico luego de tantos años de abuso emocional.

Por otra parte, los éxitos empresariales le supieron a poco. Había firmado un acuerdo para financiar, como Aussie Equinox, la primera planta de coches eléctricos íntegramente fabricados con capital, humano y económico, australiano. La negociación para ser quienes tuvieran mayor poder de decisión fue feroz, pero él y Gabriel se impusieron. El proceso de montaje de la planta automovilística, así como la contratación de ingenieros, equipos, y demás, tardaría al menos un año adicional. Durante ese tiempo tendrían suficiente espacio para hilar fino en temas de ejecución.

—Siento todo lo que está pasando con tu abuelo, Knox —le había dicho Gabriel, la noche en que celebraron en un restaurante la firma de ese contrato para los coches eléctricos. Eso había ocurrido doce días después del escándalo de Colton.

Antes de emitir el comunicado de prensa y ejecutar su plan, Knox le había confiado a Gabriel, en un modo breve, todos los antecedentes de Proyecto Horizon. En ningún instante, había hecho mención del rol de Clarissa. Nunca traicionaría la confianza de ella, ni con su mejor amigo, así que había mantenido esos detalles fuera.

—Pues es una putada enterarte que el héroe de tu infancia no es más que un desalmado hijo de puta que utiliza a otros humanos como mercancía —había contestado—. Después de la muerte de mi padre, mi abuelo se convirtió en mi guía.

Gabriel había notado la amargura en su voz.

—No puedo imaginar lo que estás pasando ahora, pero, al igual que has hecho conmigo a lo largo de estos años, puedes contar con mi apoyo —había dicho Gabe.

—Gracias —había replicado el CFO.

—Por cierto, Knox, ya habías confirmado que Clarissa y tú irían al almuerzo-karaoke en casa de Chase unos días atrás —había comentado el CEO en un tono cauto—. Sé que no es de mi incumbencia, pero, ¿ella te dejó por lo de tu abuelo…?

—No, tan solo me pidió espacio para organizar sus emociones —había comentado, porque era lo más cercano a la verdad. Sí, le había contado a sus mejores amigos que él y Clarissa estaban comprometidos; todos habían celebrado la noticia.

Gabriel había fruncido el ceño.

—¿Igual que Catherine…?

—No. Jamás pondría en la misma oración a Clarissa con otra mujer, en especial mi ex —había dicho en tono ácido—. Nuestras circunstancias son distintas. Ella tiene un pasado complicado, sobre el que jamás hablaré con otros, y esta situación la abrumó. Así que es un espacio para tratar de reorganizar lo que busca y siente.

—No quise ofender… —había replicado Gabriel.

—Lo sé —había comentado Knox, porque por un breve instante sí se había cruzado por su mente esa incómoda percepción de que se volvía a repetir la historia. Aunque no fuese con la misma mujer: que él no era merecedor o que no era suficiente fuera de sus millones de dólares y amplio portafolio de bienes raíces—. No he tomado tu pregunta como ofensa, creo que yo la habría hecho si fuesen los roles invertidos.

Gabriel le había dado una palmada en el hombro.

—Me alegra que estés con Clarissa, veo que, desde que están juntos, eres menos metomentodo y has dejado de fastidiar mis asuntos —había dicho esto en un tono más ligero, bromista. Knox se había reído—. Seguro que volverá a ti. No todos reaccionamos de la misma manera. Algunos necesitamos espacio, otros, no tanto. Clarissa no parece alguien que se preste a juegos mentales, ni tampoco mentiras.

—Lo sé, pero por ahora prefiero no continuar hablando de Clarissa, porque correría el riesgo de ir a buscarla. Prefiero respetar sus tiempos, aunque no tienes idea cuánto me jode ser paciente al respecto —había meneado la cabeza y soltado un suspiro—. Por ahora, Gabriel, brindemos por nuestro nuevo y prometedor éxito.

—Salud, Knox. —Su amigo había chocado el vaso de whiskey.

Esa conversación había sido de gran ayuda, porque no era costumbre entre ellos hablar de emociones. Sus intercambios solían ser directos, pragmáticos y sensatos. Ambos eran hombres orgullosos que decían lo que pensaban sin restricción. No se trataba de poder o dinero, sino de la complicidad entre amigos que reconocían, sin tapujos, cómo cada uno era capaz de soltar idioteces cuando una mujer llegaba a poner su mundo del revés. Y, en el fondo, esa sinceridad era lo que los mantenía leales: sabían que podían decirse la verdad, incluso cuando dolía. Que acataran el consejo recibido era otro asunto, porque no solo Knox y Gabriel, sino todo el grupo de amigos, solía ser tozudo. Al final, cada uno era responsable de sus elecciones.

Pero ahora, en su jodida mansión, que guardaba los recuerdos de sus noches con Clarissa, Knox sentía que el espacio era demasiado grande. Las paredes parecían observarlo y esperar a que moviera el culo del sillón en el que llevaba dos horas bebiendo. No en vano, la botella Macallan Lalique III que costaba quince mil dólares estaba casi terminada. Le daba vueltas la cabeza. Sentía el cuerpo pesado. Necesitaba a su pelirroja; necesitaba saber si ella había decidido que, a pesar de todo, quería continuar a su lado. Necesitaba besarla,

tocarla y hacerle el amor; demostrarle con gestos que sin ella no era posible que respirar fuese un ejercicio agradable, y que sin ella, vivir perdería los toques coloridos que hacían la vida tolerable. Su belleza de ojos azules le había dicho que elegiría la fecha de la boda cuando la ocasión se presentara. Pero él no quería que ninguna puta ocasión llegara. Knox necesitaba que Clarissa fuese su esposa ese mismo día. «¿Estaba tan ebrio que hablaba solo?», se preguntó.

De repente sonó su móvil. La alarma de un mensaje.

Ahora que sabía que no era Athina, que jamás volvería a ser ella, no le daba reparos agarrar el teléfono. Con dedos inestables y mirada borrosa deslizó el dedo en la pantalla. Su corazón empezó latir con fuerza al ver la remitente. Clarissa le pedía que fuese a por ella. «Tres infernales semanas sin su belleza pecosa», pensó, mientras se le cerraban los ojos. Pero decidió que iba a responderle que pasaría a por ella. Pero se le resbaló el móvil de los dedos, cayendo sobre la alfombra, y ya no estuvo seguro si había o no respondido el mensaje, hasta que se despertó a la mañana siguiente.



Sintió ligeros besos en las mejillas y luego que la levantaban con facilidad. Se arrebujó más contra el cuerpo cálido y esa fortaleza de músculos que le parecía tan conocida. Segura. Al cabo de un instante sintió un colchón suave bajo su cuerpo, asumía que era su cama. «¿Estaba en su cama?», se preguntó, somnolienta. Al cabo de un instante, minutos o segundos, no lo sabía, percibió el aroma del café caliente. Ella esbozó una sonrisa y dejó que le pusieran el borde de la taza en los labios. Bebió un trago breve, luego otro largo, y otro más. Luego escuchó la risa de Knox. Salió de su estado atontado, porque no recordaba en qué momento se habría quedado dormida, pues su cansancio había sido más de lo que podría haber

tolerado, al menos para intentar desvelarse a la espera de su prometido que nunca llegó. Pero ahora él estaba a su lado.

—Buenos días, perezosa —dijo Knox dejando la taza a un lado. Sintió que su mundo regresaba al centro, estable. Solo bastaba tener cerca a Clarissa—. Creo que tuve una noche un poco extraña. Fueron tres semanas horribles sin ti, y, además, tuve que sortear asuntos de la oficina, lo de mi abuelo y también internar a Athina. Así que decidí que un poco de whiskey me ayudaría… Hasta que amanecí dándome cuenta de que no había respondido a tu mensaje. Vine en cuanto reparé en mi descuido…

Ella soltó una exhalación, con los ojos llovidos, emocionada.

Extendió los brazos hacia él y Knox la cubrió con su cuerpo.

—Te extrañé demasiado —susurró ella con la voz entrecortada—. Cuando no respondiste, me volví un poco paranoica. Pensé tontamente que no querrías verme.

Él sonrió de medio lado, le sostuvo las mejillas entre las manos.

—Jamás vas a poder librarte de mí, pelirroja; aunque pongas tierra de por medio. Pensé que esas tres semanas iban a alargarse… —confesó—. He vivido momentos complicados, pero ninguno se equipara a la espera de recibir un mensaje o una llamada tuya. Te eché de menos. No quiero volver a estar lejos de ti. La próxima ocasión en la que necesites tiempo, alquilamos una casa, tú ocupas el piso superior y yo el inferior o viceversa. Pero estar separado de ti casi acaba con mi habitual encanto.

Clarissa soltó una risa suave, aliviada al estar rodeada por este maravilloso hombre que, al igual que ella, había librado batallas difíciles, pero las había vencido.

—Siempre voy a elegirte, Knox —dijo rodeándole el cuello con los brazos—. Estar aquí no se trataba de pensar si quería o no pasar el resto de mi vida contigo, sino en ordenar mis emociones y las piezas de mi pasado para ser la versión que tú mereces, y que yo necesito de mí misma. ¿Puedes entender, ahora, cuánto te amo?

Knox apoyó la frente contra la de ella.

—Sí, mi vida —dijo inclinándose para morderle el labio inferior—. Pero sabes que soy muy competitivo y jamás vas a equiparar el amor que siento por ti.

Ella movió las caderas, su cuerpo lo necesitaba. «Dios, cuánto lo necesitaba».

Las reflexiones mutuas sobre estas semanas separados quedarían para después. Había suficiente tiempo para compartirlas y también hablar de asuntos más complejos, así como también, porque no podrían quedar de lado, los temas en Sídney.

—Mmm, no estoy segura —comentó ella, burlona, contra los labios de Knox.

—Permíteme demostrártelo, pelirroja —susurró él, antes de atrapar por completo la boca de Clarissa y fundirse en un beso que marcaba un nuevo inicio.

Los labios femeninos se abrieron a los de Knox. El contacto inició suave, reverencial, pero pronto empezó a cobrar fuerza. Como lanzar un cerillo a una pila de madera lista para arder. Sus gemidos mutuos llenaron la habitación de la casa, cobijados en el exterior por una suntuosa naturaleza que sonreía en silencio ante los amantes que se reunían en sus dominios. El hambre de Knox por Clarissa rebasaba toda lógica y coherencia. Dejó en cada mordisco y juego de sus lenguas el rastro de su necesidad, la promesa de su devoción y el compromiso de que siempre sería ella la única. Mutuamente empezaron a reclamar al otro, pero iba más allá del plano físico; aquel famoso hilo rojo los estaba rodeando sutilmente, fortaleciéndose, en cada toque.

Empezaron a desnudarse poco a poco.

Esta vez no había prisas, aunque nunca faltaría pasión. Tenían todo el tiempo a sus pies. El universo era testigo de un amor que surgió de la casualidad, se mezcló con tintes de tragedia y supervivencia, pero se había transformado de una oruga a una mariposa que, finalmente, lograba dejar el confinamiento para volar

en libertad. Eso era el amor: libertad absoluta de ser, y crecer con el otro. Tal como Clarissa y Knox.

PARTE II

Cuatro años después.

La relación de Knox y Clarissa había atravesado momentos tensos y dulces, pruebas difíciles, retos, pasión inagotable siempre, amor imperecedero, devoción incuestionable y compenetración única. Lo esencial era que siempre se elegían el uno al otro, sin importar los choques de carácter ni los desacuerdos, que no eran pocos considerando sus personalidades fuertes. Esta noche contaban ya tres años y dos meses de casados. A pesar de los sensuales métodos de persuasión de Knox, Clarissa se tomó su tiempo para organizar la boda. Aubrey fue su dama de honor, y Estrella, la niña florista principal. A Clarissa no le importó que entonces tuviera diez años: era su pequeña muestra de resiliencia y recuerdo de una amiga a la que jamás olvidaría. Moses y su esposa los habían ido integrando, a ella y a Knox, en su familia. Además, el proyecto Chronos resultó un éxito y extendieron la colección a diez libros extras.

Pero más allá de celebraciones y momentos de logros profesionales, así como personales, las noticias sobre personas del pasado también se infiltraron en sus vidas.

La suerte de Colton resultó imposible de ignorar: después de haber sido sentenciado a veinte años de cárcel, apenas seis meses después de ingresar, fue apuñalado durante una riña entre reclusos. Quedó mal herido y falleció, luego de una agónica semana, en el hospital. Knox decidió no acudir al sepelio y Clarissa no intentó

convencerlo de lo contrario. Ofrecer respeto a un criminal, vivo o muerto, les pareció un absurdo. Athina permanecía en la residencia para personas con trastornos mentales complejos, mientras Knox sostenía su decisión de mantenerla alejada de su vida. Los años sin el tormento materno significaron para él alivio y catarsis; no más dramas.

Esta noche, mientras el matrimonio Wentworth llegaba a la galería Rochelle, lo único que importaba era la primera exhibición fotográfica de Clarissa. Ella había seguido trabajando en Wax & Ink, aprendiendo el oficio editorial, sin pretender tomar atajos o beneficios que no le correspondían. No era descarada como para aspirar a ser editora en poco tiempo, de hecho, prefería escalar al ritmo adecuado de sus propios aprendizajes. Knox, por su parte, le ofrecía con frecuencia una división editorial para que la dirigiera en el género literario que quisiera, convencido de que nadie haría un mejor trabajo que ella. Clarissa recibía esas palabras con cariño, porque nacían del amor, pero también de la firmeza: él sabía que era una buena profesional, aunque a ella no le parecía justo aceptar un cargo de editora todavía. Se sentía más cómoda llevando sus propios tiempos. Su disciplina le había permitido, a pesar de los nervios o dudas propias de un artista nuevo, atreverse a exponer su trabajo fotográfico.

—Estás hermosa, pelirroja —dijo Knox besándole el cuello antes de entrar.

—Debe ser el famoso brillo de la maternidad —replicó Clarissa con humor, mirando a su esposo con dulzura. Ella tenía cinco meses de embarazo—. ¿No?

—Más allá de eso —comentó sonriéndole—. Bien sabes que me vuelves loco y te has recogido el cabello en este endemoniado tocado para dejar expuesto tu cuello. Porque sabes cuánto me gusta besarlo y sujetarlo con mi mano al penetrarte. Mmm.

Ella soltó una risa. Claro que lo hizo a propósito, le gustaba provocarlo.

—Oh, Knox, me haces tan feliz —susurró mirándolo con emoción.

Knox posó sus manos, firmes y posesivas, sobre la pequeña curva del vientre de su esposa. Desde que supo que serían padres, se había transformado en un ogro protector. No permitía que su pelirroja moviera ni un plato. Había contratado a un chef especializado, un entrenador que la guiaba en estiramientos seguros para mantenerla fuerte durante ese proceso agotador, y hasta mandó construir una sala de masajes para que no acumulase tensión. Claro que el primero en ofrecerle un masaje fue él, aunque lo suyo distaba mucho de lo maternal: tenía todo de erótico y pícaro. Por supuesto, ella se había reído en un inicio, pero gemido durante el resto del masaje; que fue el primero de muchos que Knox le ofreció. Aparte de sus instintos protectores —exagerados a veces, ante los que Clarissa lo besaba y le aseguraba que todo estaba perfecto— Knox sabía que ella sería una madre extraordinaria. Su esposa era una fuerza de la naturaleza y que solo podría ser compatible con la suya. Era su igual.

—Y tú, me has hecho el hombre más afortunado, pelirroja —replicó dándole un beso suave en los labios, antes de avanzar hacia el centro de la galería Rochelle.

Todos sus amigos estaban esperándolos, sus padres, el equipo de Wax & Ink, la asistente de Knox en Aussie Equinox, Dhalia; además de Moses, la esposa de este, y Estrella, que ya era toda una adolescente. La sala estaba llena, el ambiente era vibrante y elegante. Los críticos de la prensa también habían sido invitados, porque este no era un pequeño evento, sino un gran lanzamiento. Las fotografías que tomó Clarissa la inspiraron a crear una colección especial, a la que dio por nombre *Mater*. No solo porque estaba embarazada, sino porque el concepto encerraba algo mucho más profundo: para ella, cada aprendizaje de la vida —por más crudo que fuese— había llegado impregnado de una esperanza y una recompensa llamada amor. Esta última llegó primero con la presencia de Knox, y pronto con el embarazo de su hija.

—¡Enhorabuena, por esta exposición, está hermosa! Estoy tan feliz por ti —exclamó Aubrey, abrazándola fuerte. Pronto se acercaron otros amigos del grupo.

—Oh, Bree. Gracias, gracias, por venir —dijo Clarissa emocionada.

—Hija, estamos orgullosos de tu recorrido profesional —expresó Sheyla con un brillo especial en la mirada, conmovida por este gran logro. Clarissa, un año atrás, finalmente les había contado lo sucedido en África, así como la forma en que Knox se convirtió en su ancla emocional y la razón de que hubiera creído que existía el amor —. Eres más fuerte de lo que crees y mi nieta, lo intuyo, será una guerrera como tú.

—Oh, mamá —susurró Clarissa—. Vas a hacerme llorar.

—No, sin lágrimas, pelirroja —intervino Knox—. Solo quiero ver sonrisas.

—Ah, muchacho —dijo Mark riéndose, mirando a su yerno—. Si vas a consentir a tu hija tanto como lo haces con Clarissa, en esa casa estarás en minoría. Te lo puedo decir con experiencia, pero serán las batallas más felices de perder.

Knox se rio e hizo un asentimiento.

—Ven, mi vida —le dijo Knox al oído, a su esposa—, hora de la presentación.

—Luego iremos todos a cenar para celebrar —dijo Clarissa, esta vez no solo dirigiéndose a sus padres, sino a sus amigos que estaban cerca—. ¡Comida *thai*!

Pronto, el público empezó a acomodarse en los asientos frente al podio.

Todos escucharon a la artista dar un breve discurso explicando cada una de las veintidós fotografías que había organizado en los últimos tres meses. Sin embargo, la recopilación de imágenes llevaba un largo tiempo gestándose, pero la elección fue la parte más complicada, porque todas las fotografías representaban algo especial o un momento que marcaba una diferencia. Clarissa compartió con el público el concepto que escondía su trabajo, así como sus motivaciones personales detrás de cada toma. Clarissa era jocosa en su forma de contar anécdotas y lograba hacerlas ligeras. Los asistentes disfrutaron la exposición y se rieron cuando ella

incluyó algunos episodios de su vida con Knox, mientras este, tan solo sonreía desde el público, viéndola brillar.

El magnate se sabía el hombre más afortunado del mundo.

Se sentía poseedor de la mayor riqueza, pues esta no era medible en dinero ni en propiedades. No era equiparable a nada, pues solo era posible sentirla, cada día, al recordar la mujer que había aceptado llevar su anillo. Clarissa había transformado su vida, en todas las formas posibles, enseñándole que, sin importar lo que él hubiera perdido en el pasado ni los errores cometidos, continuaba siendo merecedor de amor, un entorno de calma, y felicidad. Ella era su primera y única oportunidad de tener lo que jamás imaginó: un matrimonio de desafíos, placer y amor. ¿Lo mejor de todo?

Su vida junto a Clarissa era para siempre.

FIN.

¡Espero que te haya encantado la historia de Knox y Clarissa!

Si tienes un instante disponible, quizá 30 segundos, te agradecería mucho si dejas tu reseña u opinión de **Retazos del amanecer** en Amazon.

Las reseñas, para una autora indie como yo, son una ayuda muy importante.

Besazos y gracias por elegir mis novelas.

Nos leemos pronto,

Kristel.

Continúa leyendo la historia de la mejor amiga de Clarissa.

Trazos de euforia

(Aubrey Blackeney y Gabriel St. James)

Sinopsis:

Gabriel St. James posee un portafolio de inversiones de lujo, así como un corazón indomable. Cuando una promesa lo obliga a contratar a la ahijada de su mentor, él descubre que la mujer no solo es talentosa e irresistible, sino también la misma que intentó robarle tiempo atrás. Gabriel traza un plan para enseñarle una lección, controlando y marcando el ritmo del juego. Sin embargo, hay algo que no anticipó: su propia obsesión por esa boca que lo tienta y lo impulsa a romper cada una de sus reglas.

Aubrey Blackeney conoce la impotencia de no llegar a fin de mes y el miedo a perderlo todo. Con una familia que depende de ella, rendirse no es una opción. Aunque su determinación es inquebrantable, trabajar para el insufrible Gabriel St. James pone a prueba sus límites cada día. Entre la electrizante química que los envuelve, el choque de voluntades y las sombras con las que cada uno lidia, Aubrey debe decidir si este baile de seducción será o no el mayor error de su vida, en cuya línea de riesgo está su corazón.

Trazos de EUFORIA

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

PRÓLOGO

Sídney, Nueva Gales del Sur.

Australia.

Meses atrás.

Aubrey tomó una profunda y temblorosa respiración, mientras procuraba no moverse ante la amenaza de recibir una cuchillada si mostraba resistencia. Las palabras de los ladrones resonaron en el callejón de la zona de Kings Cross. No podía gritar para pedir ayuda, porque estaba en desventaja. Intentar un forcejeo, considerando que un arma blanca presionaba contra sus costillas, sería un error. La única solución consistía en entregar sus pertenencias. Esta área de Sídney era poco segura, pero Aubrey no podía evadirla, porque solía ser el camino más corto al hotel del que era recepcionista.

Ella trabajaba usualmente de nueve a cinco, pero en esta ocasión aceptó quedarse más tiempo para reemplazar a una de sus compañeras de limpieza. Aubrey necesitaba la paga adicional con urgencia. El dinero siempre era escaso, en especial desde que su familia se desmoronó, años atrás, a partir del diagnóstico que recibió Bonnie, su madre. El cáncer de colon, sumado a la diabetes, se volvió un cuadro complejo de sobrellevar. Los ahorros de Bonnie se extinguieron pronto y la única persona adulta, en capacidad legal y física, que podía trabajar para solventar los gastos médicos que la seguridad social no cubría era Aubrey. Habían sido años duros y tristes.

El dinero que recibió esta vez, por limpiar varias habitaciones, estaba destinado a financiar un tratamiento de inmunoterapia sugerido por el médico de cabecera de Bonnie. Al tratarse de un procedimiento nuevo, fuera de la lista de la sanidad pública

australiana, no recibiría cobertura. Aubrey estaba desesperada para que su madre recibiera la ayuda, pero también tenía sus propios gastos personales, así que llegar a fin de mes era un acto tanto de malabarismo como de persistencia. Por si fuera poco, el último informe del oncólogo había sido un golpe terrible, pues el cáncer había alcanzado el estadio 3. La posibilidad de que avanzara, hasta convertirse en metástasis en etapa 4, era una preocupación que aterraba a Aubrey. Ella procuraba inclusive considerar la medicina no-tradicional para intentar que su madre venciera el cáncer de una buena vez. Pero esa jodida enfermedad era como una sombra acechando siempre.

Con ese escenario catastrófico, Aubrey decidió retrasar de nuevo, tal como lo hizo cuando Bonnie recibió el diagnóstico inicial cinco años atrás, su ingreso a la universidad. El campo que le interesaba, ingeniería de software, era muy competitivo. Como no podía pagarse la carrera, ella se inscribía en cursos gratuitos que daban certificaciones de programación, desarrollo web, análisis de datos y nuevas tecnologías. Lo que la apasionaba era la inteligencia artificial y la creación de simuladores virtuales, así que utilizaba las limitadas posibilidades de su portátil. Aubrey había aprendido a tomar las riendas de su vida, pero no se convertía en una víctima paralizada por el miedo. Al final del día se sentía cansada, mas no derrotada. Lo anterior era un gran logro si consideraba el incierto horizonte médico de Bonnie

Craig, el hermano menor de Aubrey, cursaba el último año de la secundaria. Él trabajaba de cajero en una hamburguesería. Su objetivo era lograr una beca deportiva en la universidad y así poder estudiar gratuitamente la escuela de medicina. Ni él ni Aubrey tenían familiares a los cuáles recurrir para tener ayuda de ningún tipo. Además, los ahorros de la madre de ambos se habían agotado fruto de la misma enfermedad; las ayudas que recibían del gobierno apenas alcanzaban para subsistir.

Bonnie era una inmigrante huérfana de Nueva York que llevaba treinta años en Sídney y se había casado con un australiano que la deslumbró con atenciones, halagos y promesas de una buena vida.

Sergei provenía de una familia de clase alta. Esta mostró su disgusto ante el matrimonio con Bonnie, porque ella no entraba en las expectativas sociales y financieras a las que los millonarios Blackeney estaban habituados. ¿El resultado? Rompieron contacto con su hijo y quitaron a su descendencia de las herencias. Sergei demostró no ser mejor que sus familiares, pues se largó de la casa apenas entendió que la batalla de Bonnie contra el cáncer no sería fácil e implicaría esfuerzo y atenciones. Él prefirió irse con una amante y alejarse por completo de sus hijos. No solo eso, sino que vendió la casa en la que habían vivido de casados y que estaba a su nombre. De la venta le dio una parte ínfima a Bonnie.

Con esa cantidad, la mujer compró una modesta vivienda, pero ya no en una suntuosa área como Bellevue Hill, sino en una menos segura y de clase baja, Redfern. Lo anterior no le importó a ella, pero fue consciente del impacto para el estilo de vida al que estaban habituados sus hijos. Una vez que se oficializó el divorcio, el seguro médico de Bonnie, que estaba unido al de Sergei y al de sus hijos, dejó de darle cobertura. Ella tomó la difícil decisión de hipotecar la casa cuando el laboratorio para el que trabajó durante años, la despidió al no cumplir los horarios por estar enferma.

—Mamá, te has gastado tus ahorros en doctores. Yo acabo de graduarme de la secundaria —había dicho Aubrey cuando Bonnie les explicó la situación financiera—. Muchas personas de mi edad se toman un año sábatico para viajar y conocer el mundo. Yo puedo tomarlo para reunir dinero y ayudarte con los gastos.

—Oh, Bree —había dicho llamándola con ese apodo cariñoso—, tienes un corazón tan generoso, pero no puedo permitir algo así. Encontraré el modo de…

—No, mamá —había intervenido Craig, en ese tiempo tenía catorce años y el cambio de estatus, escuela y grupo social sí lo afectó—. Mi padre es un imbécil y si se largó, no vamos a pedirle nada. No quiero que nos faltes tú. Mis amigos consiguen empleos en tiendas de ropa o cosas así. Entraré en el equipo de natación y

mantendré mis tiempos con el entrenador. Cuando llegue a la universidad podría recibir una beca.

Bonnie se había limpiado las lágrimas contemplando a sus hijos, conmovida.

—Será solo un año mamá —había dicho Aubrey sonriente, optimista—, luego te pondrás bien y yo podré ir a la universidad; y seguro Craig gana esa beca académica.

—Mis niños, no sé qué haría sin ustedes —había susurrado Bonnie.

Esa conversación había ocurrido un lustro atrás.

El año sabático se había convertido en un lapso mucho más amplio y sin un pronóstico exacto de cuándo iba a finalizar. Desde entonces, hasta ahora, Aubrey sentía que su madurez era la de alguien que había vivido tres décadas, en lugar de veintitrés años. Ella no se arrepentía de la decisión que había tomado. A veces, sería absurdo negarlo, deseaba que toda la pesadilla acabara y que la calma, la estabilidad y la bonanza que alguna vez conoció, regresaran a su hogar. Pero parecía imposible. Así que solo podía enfocarse en tratar de hacer su mayor esfuerzo para ayudar a Bonnie.

En alguna ocasión, en medio de la angustia, su rebeldía con la vida, el enojo con su padre y la sensación de injusticia por todos los sinsabores que atravesaba —mientras otras chicas de su edad iban de fiesta o tenían una rutina que parecía menos espinosa que la suya— cometió el error de confiar en la persona equivocada. Ese también fue un episodio lúgubre que le mostró otra cara del dolor y la decepción, sumándose al cúmulo de pedradas que continuaban cayendo sobre el techo de su vida. Pero Aubrey era terca como una mula y eso le servía para levantarse cuando parecía que, después de probar el fango, era imposible recomponerse. Sabía que existían casos más trágicos, los conocía porque había conversado con las personas que estaban en quimioterapia al igual que Bonnie, pero eso no aligeraba el peso que llevaba a cuestas.

Aubrey a veces ejercía de mucama en el hotel y cuidadora de niños; en ocasiones daba clases particulares de matemáticas a los compañeros de Craig; si tenía suerte, aunque no era frecuente, la llamaban para solucionar algún problema informático en la biblioteca local o de algún negocio pequeño. Ella no se atrevía a pedir sumas elevadas como compensación por temor a que rehusaran contratarla de nuevo. Conocía la pobreza y también la abundancia, porque antes de que su padre los abandonara, y su realidad se viera salpicada de trozos de cristal envenenado, tuvo una vida con lujos. Sin embargo, todos sus "amigos" le dieron la espalda cuando cesaron los vestidos bonitos para las fiestas, el coche nuevo en el que un chofer la llevaba a la escuela o cuando ya no hacía un viaje de verano hacia algún sitio exótico de Europa.

Pero Aubrey no tenía tiempo para pensar en lo que perdió, porque su enfoque estaba en hallar los recursos para subsistir e intentar retomar sus estudios. No era una tarea fácil. Aunque tenía toda la energía propia de alguien de veintitrés años, lo cierto era que también necesitaba un respiro; solo un poco de alivio y un soplo de buena suerte; algo que aligerara su carga por más breve que fuese el instante que eso durara. Necesitaba una excusa para olvidarse de su realidad por un momento y pretender que todo ya estaba solucionado. La literatura solía proporcionarle un escape, si no se quedaba dormida con el libro sobre la cara, pero no era real. Anhelaba algo tangible.

Aunque, según notaba esta noche, ante las amenazas contra su integridad física y las groserías que los dos ladrones le lanzaban, parecía más bien que algunas criaturas invisibles conspiraban de forma malévola para negarle esa calma que tanto buscaba. En ocasiones, Aubrey sentía que el reloj corría más rápido de lo usual; que ella iba retrasada como si fuese Alicia en el País de las Maravillas a un encuentro que desconocía; que solo seguía un camino de tropiezos, mas no hallaba explicación. Pero su vida no era un cuento de ficción y ninguna Oruga le daría consejos existenciales.

Le tocaba sobrevivir y eso era lo que estaba tratando de hacer, a pesar de que ahora estaba siendo víctima de un robo. Los dos hijos

de puta estaban quitándole el dinero que había sacado del cajero y con el que iba a comprar la dosis mensual de un medicamento de su madre. Bonnie requería protección gástrica con una formulación específica y la sanidad pública no la ofrecía, así que Aubrey tenía que adquirirla de forma privada. Si a ese gasto le aumentaba la urgencia de completar dos mil dólares, para que su madre iniciara la nueva inmunoterapia, lo único que le quedaba era echarse a llorar por la impotencia. Lo anterior no era una solución. Aubrey inhaló profundo.

Aún sin moverse, para no dar a entender que tenía intenciones de desafiarlos, ella contuvo las lágrimas que le quemaban los ojos. Frustración, rabia y enfado. En esos breves minutos pensó en que quizá debió aceptar el trabajo de hacker, que le ofreció uno de sus amigos, para transferir dinero a cuentas en Suiza, un paraíso fiscal. No se conocía el contratante ni la procedencia de los fondos, pero la remuneración habría sido suficiente para anticipar la mitad de la hipoteca de su casa y tener un respiro. Ella no había accedido, porque temía que todo eso hubiese estado relacionado con la mafia albanesa, rusa, japonesa o italiana. Todas estas operaban en Australia, en mayor o menor medida, y Aubrey no quería introducirse en esos caminos escabrosos.

—Por favor… —dijo en un susurro—, mi madre está enferma y este dinero…

Una carcajada resonó a su lado y fue acompañada de un tirón consistente de su cabello. Quería gritarles y patearlos con todas sus fuerzas, pero sería en vano. Se resignó, abrazándose a sí misma, mirando a un costado. Nadie iba a ayudarla. Lo anterior era la regla y no la excepción en su vida. No creía que este par de rufianes fuesen experimentados, pues los gestos de ellos eran más volátiles y parecían nerviosos, impredecibles y novatos. Esta era una razón de peso para ser más cautelosa.

—¿Crees que nos importa? —preguntó uno de los muchachos con fastidio. Lucía corpulento de un modo intimidante. Como si se hubiera inyectado esteroides.

—Si tienen un poco de empatía, entonces podrían entender —murmuró ella —. Soy igual que ustedes. Sobrevivo. Por favor, si tienen un poco de corazón…

—Eso es para los imbéciles; alguien como tú —replicó el otro ladronzuelo con hastío, empujándola con fuerza contra una pared cercana. Agarró la bolsa y se largó. El otro no tardó en seguir el mismo camino, perdiéndose entre las calles de la ciudad.

Aubrey permaneció con la espalda apoyada al cemento durante varios minutos.

El corazón le latía desbocado, mientras trataba de calmar los nervios.

No tenía un teléfono para tratar de llamar a su mejor amiga y pedirle ayuda. Entre tantas amistades que conocía desde pequeña, Clarissa fue la única que no le dio la espalda cuando su situación familiar y social cambió para mal. La afligía que, además de las ocupaciones propias de cada una, ahora vivieran en polos opuestos de la ciudad.

Pero Aubrey no podía permitirse pensar en más circunstancias frustrantes; tenía que recuperarse de este horrible incidente para cumplir con el trabajo que se había comprometido a realizar una semana atrás. Su día aún no terminaba. Escondió el rostro entre sus manos agotadas de tanto limpiar, sintiendo el cuerpo apaleado después de haberse levantado al amanecer. No había probado bocado en horas, pues había preferido hacer tiempo extra para recibir una paga adicional. Y ahora todo se lo acababan de robar. Dejó escapar una exhalación entrecortada, echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra el cemento, y miró el cielo oscuro con reproche desde el callejón. Intentaba ser optimista, pero parecía como si la vida se esmerase en no darle tregua con los obstáculos que le lanzaba. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Se levantó del suelo de concreto, temblorosa, y se alisó la ropa con renuencia.

Antes de salir del hotel ella había aprovechado para ducharse en el área de los empleados y así poder quitarse la suciedad del día.

Luego se había puesto un uniforme de camarera, pues un amigo le consiguió una oportunidad laboral, por horas, en un evento. El servicio al cliente, en este caso coordinando charolas, no era su fuerte, pero en ningún instante consideró negarse cuando Darren le comentó que existía esa opción. Esta sería su primera experiencia como camarera. Aunque no le apetecía estar rodeada de personas ni sonreír, esta noche específicamente, iba a dar lo mejor de sí. Lo que recibiera como pago le serviría para reponer, aunque fuese poco, lo perdido.

Ella rebuscó en el bolsillo de la ropa y cerró los ojos aliviada por haber guardado la tarjeta Opal de transporte público, en lugar de haberla dejado, como solía hacerlo, en el interior de la bolsa. Aubrey salió del callejón y se dirigió a la estación de autobuses más cercana. Estaba aún agitada y consternada, pero existía una contraparte inesperada en todo esto: la adrenalina surgida como resultado del impacto de un acto violento. Curiosamente era esta sustancia la que aplacaba su extremo agotamiento.

Se bajó rápido del bus y empezó a caminar hasta la dirección indicada por Darren. Sintió una leve nostalgia a medida que avanzaba, pues el entorno le recordaba al área en la que vivió cuando su mundo aún se mantenía en pie. Cuando creía que el amor entre sus padres duraría toda la vida y la imagen de la pareja ideal estaba intacta. Hasta que todo se desdibujó. Aubrey meneó la cabeza para apartar esos recuerdos.

—Llegas tarde —dijo una pelirroja de facciones angulares, cuando Aubrey se acercó a la puerta lateral de la mansión. Esta era la zona por la que, al parecer, pasaban los empleados propios y externos—. Las personas de esta familia son muy estrictas con los horarios. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó seria, mientras sacaba un iPad.

—Sí, lo lamento —replicó Aubrey—, hubo un pequeño incidente y tuve que tomar tarde el bus. Soy una persona muy responsable. Puedes contar con eso.

La mujer enarcó una ceja y deslizó el lápiz digital sobre la pantalla.

—Nombre y apellido —repitió con impaciencia y moviendo el tacón rojo.

—Soy Aubrey Blackeney y tú debes ser Mónica Logan —replicó amable y vio a la mujer revisar la información—. Darren Piper me recomendó y me pidió que…

—Sí, soy Mónica. Solo te anoté entre mis notas de borrador, porque no estás en la nómina oficial, lo sabes, ¿verdad? —interrumpió con fastidio y apartando la vista de la pantalla. Aubrey asintió—. Darren nunca ha fallado con sus recomendaciones, así que por eso toleraré el que no hayas llegado a tiempo —dijo indiferente y la miró de arriba abajo, examinándola con aires de superioridad—. El uniforme está mal planchado y no llevas maquillaje. Este evento está vinculado a multimillonarios y no puedo tener camareras que parezcan haber salido de un callejón de mala muerte.

Aubrey se enfureció y quiso largarse. Estaba cansada y lo que menos le hacía falta era una mujer agresiva haciendo comentarios groseros. Pero las personas que tenían necesidades no tenían la ventaja de perder los estribos cuando la subsistencia estaba sobre la mesa. Aunque eso no iba a impedir que se defendiera sin ser ofensiva.

—Mónica, me acaban de robar, disculpa si este Versace —dijo con sarcasmo y se señaló a sí misma—, no luce tan impecable. Te aseguro que utilicé mis últimos resquicios de paciencia y tolerancia para evitar que el shock de ser amenazada con un cuchillo no influyera en mi actitud hoy. Si me dices en dónde hay un aseo, entonces…

—No voy a perder el tiempo contigo —replicó, interrumpiendo de nuevo, y haciendo una mueca. Las disculpas no estaban en su vocabulario, porque para ella las personas a su cargo eran estadísticas—. En el interior hay un estilista y maquillador que se encarga de que todas las camareras de ArticFood estén impecables. Inclusive puede que tenga una plancha a vapor para que la utilices de inmediato. Date prisa.

Aubrey no tenía tiempo para discutir. La miró con renuencia.

—¿Cuánto me van a descontar por eso…? —preguntó preocupada.

Mónica la observó con horror y apretó el iPad contra el pecho.

—Dios mío, le diré a Darren que la próxima ocasión me recomiende una persona que tenga un poco más de mundo. ArticFood es un catering de alta valía y preparar a sus empleados y equipo de camareros es parte de su imagen —replicó.

Aubrey no se dignó en responder ese comentario y empezó a avanzar hacia la zona indicada. Al entrar se topó con un hervidero de actividad: camareras, camareros, chefs, sous-chefs, asistentes de cocina, y otros oficios que ella no podía definir en ese momento, caminando, entrando y saliendo. Del otro lado, asumía correctamente, estaba llevándose a cabo la celebración. Los invitados jamás veían lo que ocurría "tras bambalinas", solo estaban interesados en el servicio que iban a recibir mas no en cómo se organizaba. Aubrey trataba a todas las personas del mismo modo, sin importar qué tan costosa fuese la ropa que llevaban o las propiedades de las que alardeaban. Quizá por eso el contraste al cambiar de un tipo de vida a otro no resultó tan catastrófico, pero mentiría al decir que no echaba de menos las facilidades de las que alguna vez disfrutó. Se mezcló entre el grupo de personas del servicio, impecablemente vestidos y diligentes, hasta llegar a una zona en la que había un maquillador alto y distinguido.

Ella se aproximó con celeridad. No quería perder el tiempo. En el camino vio una moneda de dos dólares en el piso, todos pasaban de lado sin percatarse e ignorándola, así que la recogió al considerarla de buena suerte. Luego retomó el paso.

—Buenas noches, soy Aubrey. La mujer que está registrando a los empleados para esta fiesta me comentó que necesitaba arreglar mi cabello y mi maquillaje —le dijo al hombre rubio de expresión amable—. ¿Existe la posibilidad de que me ayudes?

El hombre tiró de la silla e hizo un gesto para que se acomodara en el improvisado espacio de belleza. Ella soltó una exhalación de alivio. Se sentó. El trato amable y de caballerosidad, después de la experiencia del asalto, resultó agradable.

—Mi nombre es Étienne, chérie, encantado de conocerte —replicó en un inequívoco acento francés—. Los productos que emplearé son ecológicos. No sé si tengas alguna preferencia en tonalidades, pero me ocuparé de elegir unos que sean favorecedores. Debo decirte que yo armo mi propia celebración de colores y estilos.

—Esta es una excelente forma de trabajar —dijo ella con un asentimiento.

—Por cierto, no necesitas maquillaje, porque tienes una estructura ósea magnífica y una piel muy suave —dijo moviéndole el rostro para contemplar los ángulos bajo la luz de la lámpara profesional que había llevado—. Voy a destacar un poco tus puntos fuertes sin que opaques a las invitadas —sonrió—, aunque eso tampoco estaría mal. Conozco a alguna de las mujeres que están detrás de esta puerta bebiendo champán. No tienes idea lo que muchas de ellas darían para tener tu belleza natural. —Aubrey esbozó una sonrisa. No siempre recibía halagos sinceros; lo que sí solía recibir eran propuestas sexuales de algunos huéspedes descarados del hotel—. La bruja que te recibió en la entrada es Mónica y puede ser insoportable. Espero que hayas ignorado cualquier idiotez suya. Llevo seis años en la empresa soportándola.

Aubrey se rio con suavidad. El hombre le cayó bien de inmediato.

—Nunca había trabajado de camarera —murmuró, mientras el estilista empezaba a aplicarle varios productos en el rostro con rapidez—. Estoy algo nerviosa.

El hombre soltó una carcajada suave.

—Tranquila, chérie —dijo Étienne—, lo harás muy bien.

—Gracias por el voto de confianza —expresó ella—. Tuve una jornada laboral complicada y entiendo cómo funciona el servicio al cliente. Así que intenté arreglarme lo mejor que pude, pero creo que no lo conseguí —dijo apenada al mirarse las ojeras.

El hombre esbozó una sonrisa amplia e hizo un gesto con la mano restándole importancia al comentario. Sus manos y brochas se movían con pragmática rapidez.

—Para eso está Étienne —le hizo un guiño—. ¿Sabes, chérie? En ocasiones colaboro maquillando para sesiones fotográficas de grandes cadenas de ropa. La cantidad de trucos que tengo que utilizar para que muchas de esas modelos luzcan espectaculares no los necesitas tú. Así que es un gran alivio no intentar hacer cirugías plásticas con mis productos de belleza —expresó al aplicarle un labial en tono muy bajo—. ¡Perfecta! Ahora, te haré una media coleta y haré ondas a tu cabello. ¿Vale?

Aubrey se sintió a gusto, mimada inclusive, y la alegría burbujeante de Étienne fue como recibir un vaso de agua, después de haber corrido una maratón infinita.

—Sí. ¿Qué tiene de particular este evento para que exista esta excentricidad con el personal de trabajo subcontratado, como yo, por ejemplo? —preguntó, curiosa.

—Los representantes norteamericanos de Sillicon Valley han apostado por abrir una sucursal de varias empresas de tecnología en Sídney. Toda la gente que ha venido a esta mansión están aquí para celebrarlo, junto con ellos, así que será de seguro el primero de varios encuentros sociales que harán en la ciudad. El dueño de ArticFood es un chef muy conocido y quiere causar una buena impresión en los más mínimos detalles. Esto incluye el personal propio o subcontratado —explicó él.

—Oh, qué interesante —dijo sorprendida por la noticia de Sillicon Valley—. Australia se está convirtiendo en el sitio en el que más tecnológicas buscan invertir.

—Sin duda, ¿por qué si no habría decidido yo dejar mi bella París por Sídney? Considerando que los hombres parisinos son más refinados, lo cierto es que ahora prefiero un poco más lo indomables que son los australianos —le hizo un guiño.

Aubrey se rio con suavidad.

—¡Étienne! —llamó una voz detrás de ambos—. Tenemos un problema.

—Qué novedad —murmuró el hombre en tono bajo solo para Aubrey, luego esbozó una sonrisa y miró a la persona que está detrás—: ¿Qué ocurre, Rachel?

—Jacob estaba encargado de atender a las personas que van a llegar pronto a la sala privada, pero se sentía mal y ha vomitado. Lo envié a casa —replicó, frustrada.

El estilista dejó la pinza de cabello a un costado. Se cruzó de brazos.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Étienne poniendo los ojos en blanco—. Llama a un médico. Ve y habla con Mónica. La mujer está al mando hoy.

—Por esa misma razón estoy aquí —replicó Rachel en tono urgente.

Aubrey escuchaba, pero contemplaba en el espejo el trabajo de Étienne. Le había resaltado los pómulos, delineado los ojos cafés con un tono verde oliva y borrado rastros de cansancio. La media coleta era baja. Lucía sencilla y también guapa.

Ella no tenía tiempo para vanidades y agradecía esta inesperada indulgencia. Se levantó y trató de quitarle las pocas arrugas al cómodo uniforme, parecido al de una azafata de avión, que Darren le había enviado al hotel. La prenda era negra, llegaba ligeramente por debajo de las rodillas, tenía escote redondo y mangas cortas. Se ceñía al cuerpo de manera sutil y daba un aspecto formal. Los zapatos eran de tacón alto.

—Explícate. No soy adivino, ma chérie —dijo Étienne frunciendo los labios.

—Ella es la solución —intervino Rachel en un tono frustrado y señalando a la mujer de cabellos castaños—. Me dijo Mónica que había una persona que estaba contigo y que podría reemplazar a Jacob. He venido para llevarla al otro salón y que tenga todo preparado cuando empiece el brindis previsto. Estoy coordinando el equipo de camareros en general, así que no puedo encargarme. ¿Comprendes?

—Sí comprendo, porque todos hablamos inglés, Rachel —replicó Étienne con indiferencia. Luego se giró hacia Aubrey—: Procura que te paguen extra, chérie.

—Gracias por el consejo —murmuró Aubrey con una sonrisa.

La tal Rachel meneó la cabeza y soltó una exhalación, impaciente.

—Aubrey, soy Rachel Duncan y estoy a cargo de los camareros. Como este trabajo está orientado a servir a un grupo específico y tendrías que hacerlo sin asistencia de otros compañeros, tal como acaba de mencionar Étienne, el tiempo que dure el brindis se te compensaría con el doble del valor regular por hora pactado. ¿Estás interesada o no? —preguntó en tono amable, aunque también apresurado.

—Sí, claro que lo estoy —replicó entusiasmada—. ¿Cuántas horas serían?

—Una o dos como máximo —dijo Rachel mirando el reloj—. Sígueme.

Aubrey hizo un asentimiento, después murmuró "gracias" a Étienne por su ayuda. A medida que caminaba rápidamente junto a Rachel, pasando desapercibidas entre los invitados, procuraba fijarse en los alrededores para distraer la mente e ignorar así el cansancio. «Solo unas cuantas horas y se acabará la jornada». Aubrey no se deslumbraba por los lujos u opulencia, pues creció con ellos. La riqueza y quienes la poseían le eran indiferentes. Para ella el dinero no definía el valor de otra persona.

—¿Qué tengo que hacer exactamente, Rachel? —preguntó al llegar al final del pasillo, en una zona más silenciosa y con un aroma tenue a sándalo con brisa marina —. No tengo tanta experiencia, pero la paga me interesa, así que quiero hacerlo bien.

La mujer de ojos celestes hizo una mueca de frustración. No podía demorar y contactar a un reemplazo con más trayectoria profesional, porque no tenía tiempo.

—El primer trabajo: cubrir a Jacob en la breve reunión prevista para dentro de quince minutos en este salón —dijo y abrió las

puertas dobles que daban paso a una estancia que combinaba una alfombra persa, en tonos de grises con negro, madera alrededor, asientos grandes y un bello sofá, también negro, frente a una chimenea ahora apagada—. Los bocaditos que ves en esa mesa junto a la ventana están calientes. Cada botella de champán está lista en su cubitera. Dime que sabes descorchar botellas.

Aubrey esbozó una sonrisa e hizo un asentimiento.

—Sí, eso no será un problema —replicó, porque lo había hecho un par de veces en el hotel, cuando alguno de sus compañeros que era camarero iba muy liado.

—Bien, qué alivio —dijo soltando una exhalación—. Lo más importante, Aubrey, es que estas personas tengan su champán y bocaditos sin necesidad de perdírtelos. Así que tienes que estar atenta si les falta algo. No puedes distraerte, en especial porque el anfitrión, el señor St. James, estará entre ellos. ¿Comprendes?

—Por supuesto, no te preocupes —comentó, pero no tenía idea de quién era esa persona. Aunque no creía que sería difícil de identificar, en especial cuando escucharía a otros refiriéndose a él en la reunión—. Trabajo en un hotel y sé muy bien lo importante de que cada huésped sienta que sus necesidades se satisfacen. Las personas de la tercera edad suelen tener requerimientos específicos, ¿tiene el señor St. James alguno que yo deba saber con antelación? —le preguntó con amabilidad.

—¿Tercera edad? —preguntó riéndose con incredulidad—. Aubrey, esta mansión le pertenece a un solo señor St. James y él no está en la tercera edad, puedo asegurártelo —meneó la cabeza—. Debes leer poco sobre sociedad —dijo Rachel.

«No es que me haya pasado los últimos años compartiendo con la clase alta de Sídney», pensó Aubrey conteniendo las ganas de decírselo. Se encogió de hombros.

—Prefiero la literatura —dijo Aubrey con suavidad—. Da igual la edad de las personas. Solo fue una simple conjetura equivocada. Haré bien mi trabajo, Rachel.

La otra mujer hizo un asentimiento.

—Respodiendo a tu consulta sobre si existen requerimientos específicos del señor St. James: toda la comida que está en esta sala ha sido aprobada previamente, así como la marca de la champaña y la temperatura. Tu único trabajo es servir, sonreír y hacer de oídos sordos a las conversaciones que no te incumben. Así de simple.

—Entendido —replicó Aubrey con simpleza.

—Me alegro de que estemos en la misma página, porque ArticFood tiene una reputación que mantener. El segundo trabajo: una vez que el brindis en esta sala concluya tienes que llamar —le entregó un walkie-talkie— para que enviemos a retirar todo lo utilizado. Solo entonces podrás bajar, para atender al resto de invitados de la fiesta, uniéndote a trabajar con el resto de camareros —dijo Rachel—. Tus honorarios te los darán, al no ser parte de la nómina regular, en un sobre cerrado antes de irte.

—Oh, muchas gracias —replicó Aubrey, aliviada. Quería hablar con su madre para hacerle saber que estaba bien, pero no tenía un móvil —. Perdona, ¿me puedes prestar tu teléfono para hacer una llamada breve, por favor? —preguntó con suavidad.

—No me puedo creer que te olvides de llevar contigo algo tan básico —dijo Rachel con impaciencia—. Date prisa, por favor, o te tendré que descontar el tiempo.

—Te prometo que no voy a tardar —murmuró ella agarrando el aparato.

Aubrey marcó el número que se sabía de memoria. La voz de Bonnie no sonaba bien. Se alejó unos pasos para buscar algo de privacidad. Rachel la ignoró.

—Mamá, estoy en la zona de Vaucluse en un trabajo, regresaré tarde. ¿Por qué hay tanto ruido a tu alrededor? —preguntó en un susurro y frunciendo el ceño.

—Oh, Bree, no estoy en casa…

—Son las ocho de la noche, ¿en dónde estás? ¿Qué es de Craig? —preguntó.

—Tu hermano me trajo a urgencias. Esta mañana comí algo en mal estado y me desmayé por ir al baño tantas veces… No quise llamarte al hotel, sé que estás liada y ya haces suficiente… Están poniéndome suero para hidratarme. Lo siento, Bree.

—Tu salud es lo más importante, mamá —dijo con un nudo en la garganta, porque sabía la razón de que ella le estuviera pidiendo disculpas: el costo a pagar por la atención médica, además de los exámenes adicionales que le harían al ser Bonnie una paciente con cáncer—. Procura ponerte bien que yo iré a verte apenas salga.

—Bree —intervino Craig agarrando el móvil de Bonnie—, no hace falta que vengas. Me quedaré con mamá. Te intenté llamar al móvil, pero sale fuera de servicio.

—Me robaron cuando estaba a pocas calles de la parada de bus, antes de venir a este trabajo que me consiguió un amigo —murmuró en un tono resignado—. Menos mal tenía conmigo la tarjeta Opal. Me queda poco dinero en ella, el justo para regresar.

—Oh, no. ¿Estás bien, Bree? —preguntó Craig—. Dios, qué desastre.

—Sí —soltó una exhalación—, pero se llevaron el dinero que tenía para el medicamento que le toca tomar mensualmente a mamá. No se lo comentes, por favor. Aún creo que tiene pastillas para unos seis días. Mejor dime qué dicen los médicos.

—La doctora que nos ha atendido aquí probablemente le dará el alta a mamá mañana —informó en tono bajo, lejos de la cama en la que estaba Bonnie, porque no quería que escuchara o intuyera lo que estaba ocurriendo con su hermana—. Van a hidratarla y a monitorearla para asegurarse de que se encuentra estable —expresó y luego le dio el nombre del hospital en el que se encontraban en ese momento.

Aubrey quiso echarse a llorar. «Su madre merecía una vida mejor», pensó mirando la mesa redonda de vidrio, las ocho bellas

sillas alrededor y los bordes de madera que recubrían las ventanas de la estancia en la que se hallaba. No podía ver el mar, ni escucharlo, pero sabía que estaba en el exterior. A veces, le apetecía meterse en el agua del océano, cerrar los ojos y olvidarse un minuto de todo. Solo un minuto.

Bonnie, a pesar de estar enferma, mantenía la entereza. La ayuda del gobierno, que se apreciaba, se sumaba al dinero que ella podía conseguir vendiendo los bordados decorativos que hacía para cojines, así como tapices con diseños únicos. Lo anterior no ocurría siempre, porque se cansaba, pero estaba determinada a no dejarse vencer. Esta forma de afrontar la vida había sido un referente importante para sus dos hijos.

—¿Tienes una idea de cuánto costará pagar este ingreso hospitalario, Craig?

—Quizá mil quinientos dólares —expresó él en tono bajo—. ¿Queda alguna joya que podamos vender? —preguntó haciendo un puño con la mano que tenía libre.

—No… —dijo Aubrey cabizbaja—. Lo vendimos todo en la última crisis.

—Lo siento, Bree —murmuró el joven mirando a un punto en la pared de la habitación del hospital—. Entonces, podría pedirle al doctor que le permita salir hoy, así solo nos cobrarían los medicamentos o exámenes, pero no la estancia…

—No, Craig, mamá debe quedarse. Necesitamos asegurarnos de que todo está médicamente bien —interrumpió mirando de reojo a Rachel que esperaba, cruzada de brazos, el móvil de regreso—. Iré al hospital apenas me desocupe de este trabajo.

—Será muy tarde en la noche y creo que ya has pasado bastante por un día. No eres Wonder Woman, Bree —dijo—. Mañana es festivo y no tengo clases, así que me quedaré a dormir con mamá. La enfermera acaba de entrar. Hablamos pronto…

—Espera, ¿aún conservas ese teléfono viejo con la pantalla medio partida?

—¡Sí, es cierto, nunca lo tiré a la basura! Quizá pueda funcionarte.

—Bien. Lo buscaré apenas vaya a casa y te llamaré para saber de mamá. Dile que estoy al pendiente de ella, ¿vale? —pidió apretándose el puente de la nariz.

—Vale, Bree —murmuró el chico y colgó.

Ella le devolvió el teléfono a Rachel y esta lo guardó en el bolsillo. Resultaba obvio que había escuchado las respuestas de Aubrey y deducido que no había sido una conversación con buenas noticias, porque ahora la miró con menos indiferencia. Después sin mediar palabra, la mujer murmuró un "buena suerte" y salió de la sala.

Una vez a solas, Aubrey contempló la estancia con detenimiento. Este silencio en soledad le parecía una opresión invisible y nada bienvenida, más cuando estaba ahogándose de desesperación por las noticias sobre su madre. Por otro lado, los resultados de las competencias de natación de su hermano, especialmente después de convertirse en campeón nacional con el equipo de la secundaria pública donde estudiaba, le daban a Aubrey la esperanza de que Craig obtendría la beca deportiva para la universidad. Hasta entonces, ella continuaría pagando las actividades extracurriculares que estaban vinculadas a su preparación deportiva. Craig lo merecía.

Ella empezó a caminar de un lado a otro y notó en la esquina, una urna de vidrio. Se acercó y vio doce monedas de oro con formas y tallados que lucían muy antiguos. Todas eran diferentes entre sí. Una especialmente llamó su atención, no solo parecía de un consistente grosor, sino que también tenía cuatro escudos rústicos grabados en la superficie. Se sintió intrigada. De pronto tuvo una idea de la que no se sintió orgullosa. Estas eran monedas de colección y cada una debía estar valorada en miles de dólares. Si se llevaba una de ellas, considerando que había doce y que podría reordenarlas para que no se notara un espacio vacío, lo más probable sería que nadie se diese cuenta. Según la perspectiva de Aubrey en esos instantes, cuando se tenía tanto lujo era fácil olvidar los detalles de cada ítem que se había adquirido. «Una moneda de más o una moneda de menos no

haría una diferencia», pensó ella, en su estado de angustia por lo ocurrido en Kings Cross y las malas noticias sobre Bonnie.

Aubrey maniobró con suavidad la pesada cobertura de vidrio y extrajo una moneda. Después cerró la urna y guardó el objeto de oro que acababa de tomar sin mirarlo demasiado, en el interior del sujetador, entre sus pechos. No solo sintió el peso de la conciencia, sino también el frío del metal en el instante en el que guardó el objeto que no le pertenecía. Pero procuró ignorar la sensación, porque su cuestionable acción no estaba causando un mal. «¿Qué tanto podría afectar la falta de una moneda a quienes tenían millones de dólares en el banco, propiedades y demás? Vaucluse se caracterizaba por albergar residencias de fortunas de antiguas familias», pensó Aubrey.

Fue hasta el sofá y se sentó un instante. El razonamiento o historia que intentaba contarse continuaba sin convencerla. El pálpito desbocado de su corazón no era por los nervios, sino por la vergüenza propia debido al acto cometido. Intentó serenarse, pero las lágrimas amenazaban con desbordar sus ojos. Pasaron varios minutos y no llegaban los invitados del brindis. Ella seguía agitada, preocupada y a eso le sumaba el estar decepcionada de sí misma por haber tomado esa maldita moneda. Sentía el cuerpo agotado, los hombros tensos y los ojos ardiéndole ante las lágrimas que ya no pudo contener. «Este era el punto más bajo en el que podía haber caído: robar. No era una maldita ladrona», pensó, dejando de lado las estúpidas justificaciones y reflexiones anteriores sobre lo mucho o poco que afectarían sus acciones a los dueños de esta mansión. Se obligó a levantarse de inmediato del sofá.

Sentía un nudo en la garganta. Fue hasta la urna de nuevo y la abrió con suavidad. Sacó la moneda del bolsillo y la dejó en el sitio con rapidez. Quería alejarse lo antes posible y fingir que lo que acababa de hacer, en realidad no había tenido lugar. En el preciso instante en el que cerraba la urna, la puerta de la estancia se abrió con firmeza, sobresaltándola. Aubrey, asustada, dio media vuelta para encontrarse con la expresión hostil de un hombre que poseía el

porte de un guerrero. Un guerrero muy furioso, sin duda, pues acababa de encontrar a un molesto infiltrado en su territorio.

El hombre tenía la clase de belleza masculina cinzelada por Miguel Ángel y salpicada con toques elegidos por Ares y una clase de energía conjurada por Eros. La combinación era extremadamente peligrosa, en especial si esos ojos azules, insondables, fijaban la atención en una sola persona: ella. Aubrey tragó saliva, inquieta.

—Oh, yo estaba… —farfulló la mujer sin completar la frase.

Aubrey, atónita y asustada, no se sentía capaz de moverse. Tampoco necesitaba una introducción para comprender que este era el señor St. James que Rachel le había mencionado, el anfitrión de la fiesta. «Claramente no era de la tercera edad», pensó.

—Debes ser una ladrona con poca experiencia para no considerar que existen las alarmas silenciosas, en especial en una casa como esta —dijo el hombre con marcada hostilidad—. Cuando levantaste la tapa de vidrio, tus movimientos activaron la seguridad. La única razón por la que he venido personalmente, en lugar de que lo hiciera la policía, es porque tengo un evento en desarrollo y prefiero zanjar esta idiotez lo más pronto posible. En pocos minutos entrarán seis invitados a esta sala. Vas a ejercer tu trabajo de camarera y luego lidiarás con las consecuencias de tus acciones.

—Yo… —susurró como si una mano le apretara la garganta—. Lo lamento de verdad. Acabo de dejar la moneda en su sitio. No la tengo conmigo. Estoy pasando una situación que nubló mi juicio. Aunque no lo justifico. He devuelto lo que tomé…

Él avanzó hacia ella y extendió la mano con la palma hacia arriba. Enarcó una ceja con arrogante autoridad. La señal que estaba haciendo era una orden inequívoca.

—No existe ninguna razón por la que deba creer en la palabra de una ladronzuela. Devuélveme lo que me pertenece —exigió en tono acerado, mirándola.

Aubrey aspiró el exquisito aroma de la colonia masculina. La cercanía del hombre le provocó un cosquilleo inesperado en la piel.

Ella elevó el rostro, porque el millonario era mucho más alto y no lograba mirarlo a los ojos. Tragó saliva, inquieta.

—Señor St. James… —empezó con suavidad.

Él elevó la mano para que se callara. Aubrey cerró la boca de inmediato.

—Estoy seguro que usaste alguna artimaña para que te asignaran a esta sala, en lugar de servir con el resto de camareros —acusó Gabriel con hostilidad—. Sabes quién soy y también que tengo afición por el arte antiguo. Te salió mal la jugada.

Ella hizo una negación ante la conclusión de él. El hombre era intimidante.

—No supe de su existencia, hasta hace pocos minutos cuando me dijeron que el anfitrión estaría en esta sala. Asumí que es usted el señor St. James, porque acabo de cometer un error de juicio, pero mis neuronas pueden sacar deducciones correctas. Sobre la moneda, insisto, la he devuelto —dijo, mientras señalaba la urna de cristal.

Pero se dio cuenta al instante, al observar con más atención, que existía un horroroso problema. La moneda que estaba en la urna era de dos dólares australianos, la misma moneda que recogió del piso, antes de conocer a Étienne. En las prisas de regresar el objeto a la urna, ella tomó la moneda que tenía en el bolsillo del uniforme, en lugar de la que estaba en su sujetador. Miró al hombre con una expresión de absoluta consternación. «Dios, no puede ser. No puede ser», pensó ella, desesperada.

—¿Problemas de memoria, ladrona? —preguntó Gabriel dando un último paso.

Ella meneó la cabeza; ese apelativo le escocía. Porque no era una ladrona, en verdad, no lo era. Sí que cometió un error horrible de juicio, pero recapacitó rápido.

—No soy lo que usted dice —susurró mirándolo con pesar—. Me llamo…

—Tu identidad se la dirás a las autoridades —zanjó el hombre con rabia—. Te guardaste el galeón español entre tu ropa, el video de la cámara de seguridad fue claro. Puedes usar los siguientes cinco minutos para entregármelo o esperar a la policía.

Aubrey tragó saliva. Tenía que liberar los cuatro botones de la parte superior del vestido. Eso implicaría que tenía que alejarse para conseguirlo. Necesitaba espacio.

—No puedo hacerlo frente a usted. Si me da un instante de privacidad…

—Perdiste el derecho cuando me robaste —interrumpió él sin moverse. Una moneda valorada en ochenta mil dólares era calderilla para sus bolsillos, pero el asunto iba más allá del dinero—. Así que haz lo que estoy ordenándote, mujer. ¡Ahora!

Gabriel había tenido un día de mierda. Los balances financieros eran un caos, porque hubo un error en el nuevo sistema informático. Perdió varias horas de trabajo productivo, hasta que se logró solucionar el incidente. Luego tuvo que atender varias reuniones fuera de la oficina y esta noche, una vez que acabara la fiesta, viajaría a Auckland, Nueva Zelanda, por negocios urgentes. La jornada parecía interminable. Que hubiera una mujer que intentara robarle, en sus narices, lo terminó de cabrear.

Después de haber visto el video de seguridad, se sintió intrigado no solo por la deslumbrante belleza, sino también por el toque de vulnerabilidad que notó en la mujer. Gabriel no tenía por costumbre hacerse cargo de asuntos que podía delegar a otros a quienes pagaba muy bien para despejar su agenda. Por eso, el haber cedido a la curiosidad de acercarse a esta ladronzuela, para encararla, solo aumentó su enfado.

—No te he robado —dijo ahora tuteándolo, porque él también lo hacía—. Para devolverte el galeón tengo que darme la vuelta y estás en mi espacio personal.

Aubrey se sobresaltó, porque la actitud intimidante del hombre le recordó a lo que había vivido en Kings Cross. Las situaciones eran

diferentes, pero el efecto similar. Se abrazó a sí misma para que su cuerpo no entrara en un proceso de pánico.

—Tú también estás en mi espacio personal, robándome nada menos, así que elige: un grupo de policías que haga el cacheo o empezar a buscar por ti misma.

Ella frunció los labios con rabia y apartó la mirada, al tiempo que desabotonaba la parte superior del vestido. Los botones eran pequeños y transparentes. Al llegar al último, justo debajo del broche delantero del sujetador, deslizó los dedos entre sus senos, consciente de que estaba siendo observada por un halcón. Pero ella no era ninguna presa que le apeteciera consumir, sino destrozar bajo el peso de la ley. Esto era algo que la aterraba, porque ya tenía suficientes problemas en su complicada existencia. La moneda, ahora tibia por el contacto con su piel, se había deslizado bajo el pecho derecho. Lo sacó y cometió el error de elevar el rostro hacia el hombre.

Por un instante, las miradas de ambos se enredaron en una conexión tan fuerte que el silencio alrededor pareció detonar una explosión. Aubrey notó que él la observaba con una mezcla de reproche, enfado y, ¿lujuria? No estaba segura; no podía definirlo.

Gabriel apretó los dientes. Por lo general no era tan hijo de perra, menos si consideraba la expresión atormentada de la mujer, que parecía estar a punto de llorar. Pero detestaba a las arribistas y aprovechadas. Él no era mejor persona tampoco, pues no dejó de notar los generosos montículos que sobresalían del sujetador color gris. No tenía ningún derecho a hacerlo. Sus padres le habían enseñado mejores modales y también la compasión. Una lástima que esta última no formase parte de su repertorio regular con ladronas. Debió apartar la mirada, mas no lo hizo, mientras la mujer se tocaba los pechos de una forma que no era en absoluto sexual, buscando el galeón. Aún así, el gesto inocente agitó en Gabriel toques de lascivia. «Lo que le hacía falta para expulsar el maldito estrés y caos de su vida era follar. Iba a remediarlo cuando llegara,

en unas horas, a Auckland». Sus ojos no se apartaron de la figura femenina.

—Aquí tienes el galeón —murmuró Aubrey con los ojos llovidos por la humillación—. No merezco que me hayas tratado de este modo… Me disculpé…

Él estuvo a punto de ser quien se disculpara, pero esa posibilidad se perdió cuando escuchó voces en el pasillo. Sus invitados, así como su socio en la compañía, estaban a punto de entrar en la sala. Los empresarios eran de Sillicon Valley y manejaban nuevas tecnologías que lograrían, gracias a este gran acuerdo, aumentar la fortuna St. James y a la par mantener la racha imbatible de sus inversiones exitosas.

Gabriel sintió la tibieza del galeón, en la mano, al recibirlo de la mujer de ojos profundos. Él ignoró la súbita necesidad de querer conocer los secretos que ocultaba el cuerpo de la bella ladrona. El rostro de ella aparentaba inocencia y abatimiento.

«No tenía tiempo para esos análisis con una sinvergüenza», pensó Gabriel.

—Haz tu trabajo y mantén las manos lejos de los bolsillos de mis invitados —interrumpió, en un tono insultante y severo, mientras devolvía la moneda a la urna.

Ella abrió y cerró la boca. Ofendida por el comentario.

—No soy una ladrona —susurró Aubrey, pero él ya no la escuchó, porque le había dado la espalda para acercarse a sus colegas de negocios con paso ágil y firme.

Durante el resto de la velada, que duró al menos una hora y media, Aubrey mantuvo la cabeza en alto. No se le ocurrió hacer contacto visual con el anfitrión y procuró no hablar, a menos que fuese para ofrecer más comida o champán o vino alrededor. Logró pasar desapercibida, pero se sentía nerviosa y podría jurar que la mirada que sentía a ratos, como si quemara su nuca, era la del Diablo de ojos azules.

Preocupada por la posibilidad de que, una vez terminado el extenso brindis, el dueño de la mansión cumpliera su amenaza de hacerla pagar por sus acciones, lo cual podría implicar a la policía, Aubrey decidió actuar antes de que fuera demasiado tarde. Contraviniendo la indicación de Rachel, pidió al personal, a través del walkie-talkie, que retirara los utensilios antes de tiempo. Tampoco esperó a que el último invitado se marchara. Sabía perfectamente quién sería y no estaba dispuesta a enfrentarse a Gabriel —cuyo nombre de pila ella conocía ahora, después de escucharlo nombrar varias veces durante la velada— ni a recibir de él más amonestaciones verbales capaces de destruir la poca entereza que aún le quedaba. La única solución era marcharse lo antes posible. Gabriel ignoraba su nombre y ella no constaba en la nómina oficial de ArticFoods. Solo era una trabajadora temporal, una recomendación para un encargo breve, alguien que recibiría su paga en efectivo y podría desaparecer sin dejar rastro, como si aquella noche jamás hubiera ocurrido. Eso fue exactamente lo que hizo: irse.

Tan pronto como los encargados de ArticFoods le informaron que estaban fuera de la sala, ella les abrió la puerta con discreción mientras, al mismo tiempo, comenzaba a alejarse. Aubrey se mezcló entre los invitados de la planta baja, que habían aumentado desde que ella llegó horas atrás, y luego se acercó a Étienne para preguntarle quién hacía los pagos del día. El estilista le dio las indicaciones y Aubrey cobró el dinero por el poco tiempo que había trabajado. Era eso o nada. Luego salió de la mansión con prisas y caminó vertiginosamente, hasta la estación de buses. Una vez que estuvo sentada en el vehículo, la suma de todo el día la sobrepasó. Sus ojos se llenaron de lágrimas y esta vez, durante el camino de regreso a casa, no las detuvo.

Aubrey no consideró que, aunque se podía esquivar situaciones ocasionalmente, no podía hacer lo mismo con el destino. Ese concepto, tan abstracto y tan real a la vez, era aquel con el que ella y Gabriel se habían encontrado esa noche. Nada era fortuito. ¿Y qué

decían los sabios antiguos? Que el destino siempre termina por encontrarte.

CAPÍTULO 1

Meses después.

La finalidad de la firma de capital privado de Gabriel, Aussie Equinox, era invertir en negocios o proyectos prometedores, adquiriendo una parte o el control total como accionista, para luego optimizar su valor y venderlos, logrando cuantiosas ganancias. Él era meticuloso al elegir aquellas empresas que prefería mantener en su portafolio personal, quedándose como inversor, cuando sabía que podría triplicar sus beneficios a largo plazo. Sus decisiones eran estratégicas y a la par un juego intelectual. A sus treinta y cinco años, él había sobrepasado con creces las expectativas de su familia.

De hecho, era el primero en cinco generaciones que rompía con la tradición del negocio de los St. James. Estos eran conocidos por sus minas de oro en Kalgoorlie (Australia Occidental) y las de aluminio en Weipa (Queensland). Pero la minería, y todo lo vinculado a esta, siempre le pareció un rubro predecible e inclusive aburrido.

Él disfrutaba la adrenalina que surgía del riesgo; el reto de la apuesta de la teoría a la práctica; el tablero del mercado y su versatilidad. La emoción de ganar, así como convertir en posible lo que parecía improbable, lo estimulaban a continuar expandiendo el alcance de mercados en los que podía invertir. A su familia no le sentó bien que optara por desvincularse del rubro del negocio usual de los St. James, pero lo apoyaron. Gabriel fundó Aussie Equinox junto a uno de sus mejores amigos de la universidad. Desde entonces ya habían transcurrido diez años. Con un portafolio variopinto de inversiones, su empresa ahora estaba valorada en un billón de dólares.

En el trayecto de esa década Gabriel conoció a Heath Redmond, un reconocido desarrollador de proyectos inmobiliarios de amplia experiencia, que no solo se convirtió en su primer asociado comercial, posteriormente en un mentor, sino en un gran amigo. Aunque llevar su conocido apellido venía ligado a muchos privilegios en los ámbitos social, político y empresarial, Gabriel apreció el voto de respaldo y consejos que recibió de un hombre ajeno al mundo minero como Heath.

Por ese vínculo, él había recibido la invitación a cenar y festejar el cumpleaños de la mujer de su mentor, Amanda, que cumplía setenta años. Gabriel habría preferido asistir a la partida de Póker de los jueves que solía tener con sus amigos, pero los Redmond siempre le habían demostrado aprecio y él procuraba ser recíproco en la medida que lo consideraba correcto. Como en esta ocasión. Así que ahora estaba entre los asistentes que disfrutaban de una magnífica cena con vistas a la bahía de Sídney.

—Gabriel, vi las noticias de tu alianza con los de Sillicon Valley hace unos meses. Qué buena jugada que Knox y tú se adhirieran —dijo Heath, amable, cuando empezaban a servir el postre y los invitados conversaban entre sí en la amplia mesa.

La memoria de Gabriel le recordó la súbita imagen de la hermosa ladrona que había conocido aquella noche de la celebración. La bribonzuela logró largarse en medio del cierre del brindis. Al darse cuenta de lo ocurrido, él se cabreó. Cuando Gabriel le preguntó al dueño de ArticFood por la identidad de la mujer, mostrándole el video del robo, este le informó que ella no constaba en la nómina de empleados y que fue una contratación de emergencia. Él habría podido pagar a un investigador privado, pero hubiera sido un desperdicio de recursos en una persona sin importancia.

Por el simple hecho de haberla recordado en este instante, cuando la música de fondo, el ambiente agradable y la exquisita comida lo rodeaban, se enfadó. No obstante optó por ignorar el recuerdo y concentrarse en su conversación con Heath.

—Habría sido absurdo dejar pasar la oportunidad —replicó Gabriel —. Knox y yo —dijo refiriéndose a su socio y mejor amigo—, consideramos que este boom de la inteligencia artificial apenas empieza. No es el futuro como dicen, sino el presente.

—La gente de mi generación prefiere lo tradicional —dijo riéndose —. Esos mundos raros me resultan ya demasiado complicados para intentar asimilarlos ahora.

—Creo que todo depende de la óptica—comentó Gabriel, pensativo—. Knox y yo estamos en conversaciones para desarrollar un software de simulación en IA justamente para empresas de arquitectura, construcción general y, como la tuya, desarrolladoras de proyectos inmobiliarios. Aún estamos en los procesos iniciales.

—Te preguntaría sobre los detalles, pero sé que no me los dirás al estar en las primeras etapas de desarrollo —dijo Heath—. Si crees que puede ser útil para mi compañía, cuando tengas todo listo y aún si no he nombrado un sucesor, búscame.

—El asunto de la jubilación está nuevamente en la palestra, ¿eh? —preguntó Gabriel con humor, porque Heath llevaba un par de años diciendo que iba a retirarse. Pero siempre, con alguna excusa, postergaba esa decisión para ejecutar otro proyecto.

El hombre de ojos verdes y barba blanca hizo un asentimiento.

Décadas atrás, Heath había sido diagnosticado con leucemia. La detectaron a tiempo, así que gracias a su fortuna y acceso a los mejores médicos logró recibir un trasplante de médula ósea. Llevaba ocho años en remisión completa, pero mantenía la cabeza rapada como un recordatorio personal de lo frágil y volátil que era la vida.

—En esta ocasión es una decisión que está tomada —dijo Heath, aunque no estaba contento al tener que dejar su larga carrera—. Le prometí a mi familia que le daría más tiempo, en especial por mis nietos, y que delegaría pronto un sucesor. Mis hijos prefieren contratar un consejero delegado, porque dicen que no quieren ser esclavos de la corporación cuando existen otros rubros por explorar

—suspiró—. Así que actualmente estamos realizando reuniones para elegir un candidato idóneo.

—Vaya, ese sí es un giro importante —comentó Gabriel elevando ambas cejas.

—Lo es —replicó meditabundo—. Por cierto, sé que este no es el momento ideal, pero en unos días haré un tour por Europa con Amanda. Durante ese tiempo es probable que tu agenda y la mía no coincidan pronto, así que prefiero aprovechar que estás aquí ahora para hablar de dos temas importantes, en lugar de llamarte a mi regreso —dijo Heath, mientras el camarero le servía un Pavlova con kiwi y fresas—. Además, el manejo de las formalidades excesivas tampoco me gustan mucho, lo sabes.

Gabriel se rio e hizo un asentimiento. Se sintió intrigado.

—Sin duda, ¿qué ocurre? —preguntó bebiendo un trago de whiskey.

—El primer aspecto es profesional. Quiero proponerte que inviertas en un plan de construcción que ya estoy desarrollando en Towradgi Beach, a una hora y media en coche desde Sídney. —Gabriel frunció el ceño, mas no interrumpió, mientras Heath empezaba a explicarle de forma precisa el proyecto y cuánto sería el monto a invertir—. Lograr los permisos de construcción del hotel boutique, al ser un área virgen y con reserva natural cercana, me tomó tres años. Hace pocos meses me dieron la aprobación final. Este no solo es mi último trabajo antes de jubilarme, sino también un sueño que he postergado más de lo que me habría gustado —continuó Heath—. El capital inicial es mío. Los trabajos de base están en marcha. Sin embargo, me gustaría proponerte que te unieras como accionista. Seríamos solo dos socios.

—Aprecio que hayas pensado en mí —replicó Gabriel, mientras su mente registraba la información que acababa de darle su mentor sobre el hotel—. Asumo que, al tratarse de un asunto con matices más personales para ti, no querrás que el porcentaje de acciones que estás ofreciéndome se venda a terceros. Preferirás mantener la

sociedad entre quienes elijas. En este caso, yo. ¿Es correcto? —preguntó.

El hombre hizo un asentimiento con una expresión de admiración. El joven siempre le pareció alguien brillante y que trabajaba, inclusive llevándose al límite en ocasiones, para dejar claro que, si bien era un St. James, sus logros profesionales eran alcanzados por esfuerzo personal, no por las conexiones de su multimillonaria familia.

—Sí, correcto, Gabriel —dijo Heath—. Quiero que seas inversor, porque eres un empresario despiadado, pero con ética laboral. Además, te conozco desde tus inicios y hemos trabajado en otros proyectos. Sé muy bien qué clase de socio eres.

—Me gusta la visión que me has contado y el área de construcción. Aprecio que pensaras en mí como socio —dijo—. Envíame los documentos necesarios a la oficina. Así podré estudiarlos en profundidad y luego los revisaré con mi equipo legal.

El anciano hizo un asentimiento, satisfecho, y esbozó una sonrisa.

—No vas a arrepentirte si aceptas invertir, Gabriel —expresó el desarrollador inmobiliario dándole una amistosa palmada en el hombro al joven—. Llevo años analizando los mejores sitios y sus expectativas de crecimiento para este hotel. Así que estoy convencido de que Towradgi Beach es el área idónea —concluyó con orgullo.

Gabriel no hacía apuestas financieras sin tomarse al menos dos semanas para analizarlas, como mínimo, porque necesitaba tener plena certeza con sus fondos. Con Heath podía relajarse un poco y haría una excepción, así que procesaría el material del hotel en menos tiempo. Eso implicaba que su equipo legal trabajaría contra reloj. Para Gabriel existía una línea fina en la que solían romperse las amistades y esta la trazaba el dinero. Por eso prefería siempre mantener las reglas muy claras y también procurar ser cauto. Le haría caso a su instinto que le decía que esta apuesta era una ganadora.

—Estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo de negociación rápido en términos legales —dijo Gabriel, amable. En ese instante el teléfono vibró en su bolsillo, pero no creía que se tratara de nada importante. Su mente estaba colapsada, después de haber logrado desvincularse de una inversión en el sector ganadero. Los otros socios incumplieron las cláusulas pactadas. Esto los cabreó a él y a Knox. Las reuniones sobre ese asunto, que finalizaron horas atrás, fueron agotadoras. Además, su asistente acababa de empezar la baja por maternidad y al reemplazo le estaba costando adaptarse al sistema digital interno. Por eso, Gabriel tuvo contratiempos que le quitaron un tiempo valioso—. ¿Cuál es el segundo tema del que querías hablar?

Alrededor los asistentes brindaban, reían y compartían anécdotas.

El ambiente era una mezcla de sofisticación, así como un derroche de lujo. Cada plato costaba alrededor de doscientos dólares. Los Redmond pagaban todo.

—Hace poco me contactó mi ahijada, una chica que siempre ha sido muy lista —dijo Heath sin dar más detalles, pues no le pareció importante—. Bree fue nombrada Dux en la secundaria, la mejor de su promoción. Está buscando un empleo con buenas prestaciones y me comentó que la tecnología se le da muy bien. Considerando tus conexiones en ese ámbito, ¿podrías considerar darle trabajo?

Gabriel giró el líquido ambarino que le quedaba en el vaso de cristal.

—Sabes que yo no contrato a nadie por simple recomendación —dijo el hombre de cabellos rubio oscuro—. Pero si viene de tu parte sé que no me defraudará.

—Aprecio el voto de confianza. Bree posee una mente ágil —replicó Heath, porque era la verdad. Él no decía halagos en vano, ni siquiera con sus propios hijos.

—Dile a tu ahijada que vaya a mis oficinas y que solicite hablar directamente con el gerente de recursos humanos —replicó el CEO —. Tendrá que pasar una prueba de conocimientos en el área

informática, Heath. Si lo consigue, le darán una plaza en el área de IT. Puedo ofrecerle la oportunidad, no garantizar su contratación.

—Por supuesto, no esperaría que le dieses un trato preferencial, sino tan solo una oportunidad. Lo acabas de hacer al acceder a que haga las pruebas —contestó.

Gabriel hizo un asentimiento y se levantó para ir al baño. En la barra del restaurante una rubia, que había estado mirándolo con insistencia a lo largo de esas dos horas, le hizo un guiño. No estaba sola, sino con una amiga. Gabriel era aventurero en el sexo, aunque nunca hacía promesas que no estuviera dispuesto a cumplir. No le gustaba crear falsas esperanzas y prefería ahorrarse enredos absurdos.

Si estas dos amigas estaban interesadas en un trío, él aprovecharía la ocasión y disfrutaría de unas cuantas horas para satisfacer su libido. No solo eso, sino que le serviría para desahogar las contrariedades que tuvo en ese largo día en la oficina. Si bien el gimnasio o el surf eran las actividades que solía elegir para combatir el estrés, en este momento no estaban disponibles. Al final, el sexo era la vía más atractiva. Se aproximó a la barra y ambas mujeres le sonrieron. En el instante en el que Gabriel iba a preguntarles si les interesaría compartir algo más que una bebida esa noche, el teléfono le vibró en el bolsillo. Agarró el aparato y deslizó el dedo sobre la pantalla.

Un mensaje de voz. Dos de texto. Gabriel escuchó y leyó rápidamente.

Había pasado mucho tiempo desde la última ocasión en la que recibió esta clase de mensajes. Él no podía ignorarlos, en especial porque no se trataba de una persona cualquiera. Guardó el móvil y su mente borró a las dos mujeres que habrían podido ser su entretenimiento nocturno. Antes de marcharse, él se acercó a Heath para despedirse y asegurarle que los temas que discutieron se resolverían con rapidez.

Después, el atractivo millonario puso rumbo al hospital.

Existían compromisos con el pasado que eran ineludibles de atender en el presente, en especial cuando las acciones imprudentes dejaban secuelas perennes.

La habitación del St Vincent's Private Hospital estaba silenciosa, pero esa quietud la rompían los sonidos de la máquina que registraba los signos vitales de la mujer de cabellos rubios. Gabriel permaneció en el umbral de la puerta, contemplándola, y sintiéndose apesadumbrado al verla enchufada a una intravenosa y con ambas muñecas de la mano vendadas. Habían pasado al menos cuatro años desde la última ocasión en la que ella tuvo una recaída por sobredosis. Pero esta era la primera vez que intentaba suicidarse. Los padres y la hermana menor de Claudia estaban fuera del país, así que el siguiente en la lista de contactos de emergencia era Gabriel. Por esa razón, la enfermera lo contactó y, al llegar, el doctor le dio detalles sobre la situación.

Dio un paso hacia adelante y el sonido de la suela de su zapato tuvo un eco quedo, pero fue suficiente para que los ojos celestes, que conocía desde hacía más de quince años, se abrieran poco a poco. Gabriel agarró la silla de visitantes y la acercó para acomodarse. Se inclinó hacia adelante apoyando los codos sobre las rodillas. Él había sido el responsable de que la vida de Claudia, y también la suya, cambiara radicalmente. La tragedia solía tener dos caras cuando resquebrajaba los caminos que visitaba. En un lado, unía a quienes compartían el mismo dolor en formas retorcidas o expulsaba emociones que, durante mucho tiempo, permanecieron adormecidas. El otro lado era el más complejo, porque dejaba cicatrices, visibles y otras invisibles, que no siempre sanaban, transformando a las personas en extraños incluso para sí mismos. La mezcla de esos lados fue la situación que había marcado la vida de Claudia y Gabriel. Pero el espiral de la depresión y luego las adicciones solo le ocurrieron a ella.

Él sabía que fue quien detonó el desastre que los marcó irreversiblemente. Por eso, en lugar de haberse ido con las dos mujeres del bar o intentar llegar a la última mano de Póker con sus amigos o inclusive llamar a la mejor amiga de Claudia para que se hiciera cargo de la situación, él se movilizó personalmente. Si Gabriel estaba en el interior de un hospital, lo primero que solía sentir era una opresión en el pecho, como si fuese a quedarse sin respiración. Esa molesta sensación pasaba con rapidez, pero no dejaba de lograr que él odiara estar en esta clase de lugares. Además, el ruido de las ambulancias, el tono urgente de la gente pidiendo información, llantos, la iluminación blanca excesiva de los pasillos, el aroma del ambientador que provocaba más arcadas que agrado, las llamadas por altavoces, todo, en conjunto, lo enviaba a ese sitio oscuro del que logró salir casi indemne. El anterior no fue el caso de Claudia.

—Si algo iba mal debiste llamarme —dijo Gabriel contemplando las vendas. Extendió la mano y apretó los dedos delicados, pero marcados con viejas cicatrices que las cirugías plásticas no lograron borrar del todo—. ¿Por qué hiciste esto…?

Ella giró levemente la cabeza y esbozó una sonrisa tenue. Llevaban cuatro años separados, pero se conocían desde que Claudia tenía doce. Siempre estuvo enamorada de él y por eso, después de todo lo que vivieron juntos, la ruptura de su compromiso fue un duro golpe. Daba igual que Gabriel lo hubiese hecho con argumentos válidos.

—Sé que estás ocupado… Más que antes —tragó saliva—. Te he visto en varios eventos de alto perfil, ¿por qué habrían de interesarte mis conflictos?

Él meneó la cabeza y le soltó las manos con suavidad.

—Porque sé que tu hermano habría esperado que recurrieras a mí, pues sabría que hallaría la forma de ayudarte —dijo con un toque amargo en la voz.

Ella hizo una mueca. Le dolía la cabeza y solo quería dormir. Descansar.

—Calder ya no está, así que da igual. Tampoco es que lo tuvieras tan presente, en especial cuando te llamé la última ocasión, el día del aniversario de su muerte, pero tu asistente me comentó que tenía órdenes de no pasarte ninguna llamada…

Gabriel se apoyó contra el respaldo de la silla. Sintió una punzada de culpa. No olvidaba el aniversario de la muerte del que fue uno de sus mejores amigos, porque los recuerdos sobre la manera en que falleció continuaban martilleando su mente. Tan solo que ese día era difícil de sobrellevar, aunque sabía que lo era más para su ex.

—Herzog es el reemplazo temporal de Corrine y lleva poco tiempo en el puesto, así que es probable que cuando llamaste él recién hubiera asumido el cargo —comentó Gabriel—. ¿Por qué quisiste quitarte la vida, Claudia? ¿Por qué cuando estás a punto de presentarte como la protagonista de Un tranvía llamado deseo en el teatro?

Ella enarcó una ceja ante el comentario.

—Entonces sabes de mí, pero optas no contactarme —suspiró—. Te echo de menos, Gabriel, eres el único con el que puedo hablar de mi hermano y que estuvo…

—Sé de la obra por la publicidad que está circulando —interrumpió él, porque no quiso que ella terminara la frase que iba a usar como argumento. No quería que detonara recuerdos que solo lograrían amargarlo y contrariarlo—. De hecho, pensaba ir a verte en el teatro. Si no te contacto, puedes llamarme. —Ella apretó los labios —. Me aseguraste, la última vez que hablamos, que llevabas doce meses sobria —dijo Gabriel soltando una exhalación—. Sé que tienes la fortaleza de salir adelante y mejorar. No me explico esta situación. ¿Qué pasó? —preguntó serio, observándola.

Claudia hizo una mueca. No tenía cómo evadir el interrogatorio.

—Quizá esa vez que conversamos no fui del todo sincera… Solo quería que habláramos de otras cosas, pero no llevaba un año sobria, sino unos pocos meses…

Él apretó los labios. Se quitó la corbata y la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Cuéntame lo que ocurrió para que acabaras en un puto hospital —exigió.

—No lo sé… Me sentía demasiado triste, sola… No lo sé, Gabe —susurró llamándolo por el apodo cariñoso que usaban los que pertenecían a su círculo íntimo de amigos. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. Lo siento mucho…

—¿El terapeuta? —preguntó él y optó por sentarse en el borde de la cama.

—Creía que ya estaba bien, que podía sola, así que dejé de verlo un tiempo… —Gabriel le limpió las lágrimas con una servilleta. Fue un gesto impersonal—. Pasaron las semanas y fui a una fiesta con varios compañeros de reparto. Me dieron algo en la bebida… Todo se volvió más vibrante de repente; más alegre; más intenso.

Él maldijo por lo bajo. «Sí que existe gente muy hija de puta».

—¿Te hicieron algo, Claudia? —preguntó en tono tenso.

—No. Fue una fiesta de pocas personas y todas nos respetamos…

—Drogar a otros sin su consentimiento me suena más a un crimen que una demostración de respeto o ética —dijo Gabriel con ironía. Él era consciente de que la alternativa del arte que había elegido Claudia, en este caso ser actriz, distaba mucho de aquella opción que ella en verdad nació para hacer: músico. Pero Gabriel había sido el responsable de que, en lugar de tocar el violín en grandes conciertos, ella estuviera interpretando vidas ajenas para escapar de la propia, bajo el amparo de un guion—. ¿Es esa la clase de gente con la que te rodeas? ¡Demonios, Claudia! —espetó.

Ella hizo una mueca. No tenía ánimos de discutir al respecto.

Algunas de las peleas entre los dos habían sido por el tipo de amistades, clase alta o no, que Claudia frecuentaba. La mayoría eran sanguijuelas a las que Gabriel no les permitía sacar provecho de su apellido, menos de la fortuna de los Waltson. Porque su exprometida

provenía de una familia que era la propietaria de una de las marcas de helados emblemáticas de Australia. Se trataba de un legado de cuatro generaciones.

—Supongo… —susurró la rubia.

La expresión de Gabriel se volvió severa.

—¿Qué más ocurrió esa noche? —preguntó meneando la cabeza.

—Me sentí impotente cuando la adrenalina, que mi antiguo yo conocía, regresó de repente; volvió a ese lugar complejo en el que todo parece más vibrante, en especial en los días difíciles. Desde esa noche… —dijo sollozando—, empecé a consumir de nuevo. Creí que podría controlarlo, en dosis pequeñas. Hasta que no fue así… Llegué a un punto en el que me sentía acorralada y desesperada. Fue en uno de esos días que agarré el móvil y te llamé, pero no te localicé… Sentía el mundo cerrándose a mi alrededor, todo parecía tan caótico, y necesitaba hablar con alguien —tragó saliva al pensar en esas semanas—, y ese día aumenté la dosis y al fin me calmé…

Gabriel se frotó el puente de la nariz.

—¿Cómo llegaste al punto de intentar quitarte la vida, Claudia…?

Ella soltó una leve exhalación.

—Esta mañana encontré en una de mis cajas de la mudanza, ni siquiera recordaba que la tenía, unas fotos de Calder. Lo extraño y siento el vacío de su partida como si hubiera sido ayer, en lugar de hace once años —se rio de sí misma—, ¿no es estúpido? —Gabriel negó—. Y hace unas horas pensé en todo lo que perdí y entré en un estado de tristeza profundo —elevó el brazo que no tenía la vía, temblorosamente—, porque estas manos son inútiles para tocar el violín… Solo me queda actuar, algo que disfruto, pero que no amo, Gabe… Sé que es difícil de comprender para alguien que utiliza la lógica para mirar el mundo, en lugar del arte.

Gabriel experimentó una sensación de tristeza por ella, porque ahora era la sombra de la chica alegre, desenfadada y también determinada que él conoció tanto tiempo atrás. Sabía que Claudia hacía esfuerzos por vencer a los fantasmas del pasado que la

atormentaban, pero no eran suficientes. La evidencia era lo ocurrido esta noche.

—Claudia —murmuró—, tu voz es una contribución al mundo artístico y merece ser escuchada. No tienes derecho a apagarla … ¿Cuánto llevas en esta crisis?

Ella tomó una respiración entre sollozos.

—Ocho meses… Entre idas y vueltas. Estoy cansada, Gabe.

Él apretó la mandíbula. Su compromiso con Claudia no se había terminado por terceras personas, sino porque descubrió la adicción de ella a los opioides y también porque sus agendas profesionales empezaron a ir en vías diferentes. Pero el hilo del pasado que los unía, en etapas alegres y más aún en la tragedia, seguía firme.

—Sabes muy bien lo que necesitas, ¿verdad? —preguntó con suavidad.

Claudia apartó la mirada e hizo un asentimiento imperceptible.

—No puedo hacerlo sola, Gabe… Me hiciste dos promesas…

—Las recuerdo bien y una de ellas es la razón de que esté aquí, ¿o no? —preguntó retóricamente. El día en que ambos estuvieron haciendo largas horas de espera en este mismo hospital, en un ala diferente, él prometió que siempre la ayudaría. Por eso, inclusive después de haber terminado su compromiso, seguía cumpliéndola—. Aunque te ayude, el trabajo final es tuyo, es tu mente y cuerpo.

Ella lo miró con ojos llovidos de nuevo.

—La segunda promesa que me hiciste…

—No, Claudia —interrumpió con seriedad, porque no quería hablar de ese tema, no ahora—, iremos un paso a la vez. Si no tienes la fuerza de voluntad para entrar sola en una clínica de rehabilitación, cuando te den el alta médica, yo te llevaré. Pero primero tienes que someterte a la asistencia psiquiátrica que te ofrecerán en el hospital y conocer tu diagnóstico. Te intentaste suicidar cortándote las muñecas y, además, tomaste una ridícula cantidad de pastillas para dormir. No fue cualquier cosa.

—¿Estás decepcionado de mí? —preguntó la mujer en un tono vulnerable.

Quería que Gabriel volviera a su lado, pero sabía que sería una batalla cuesta arriba. Para lograr ganarla, lo más importante era estar sobria y que, como consecuencia, él se sintiera orgulloso de ella. La posibilidad de recuperar lo que tuvieron era una motivación para intentar no darse por vencida consigo misma; con esta vida. Por otra parte, si Gabriel no quería hablar de la segunda promesa que le hizo cuando rompió el compromiso, ella no intentaría sacarla a colación de nuevo.

—Mi opinión de ti no tiene ninguna importancia —replicó él, apartándose y presionando el botón para llamar a la enfermera—. Antes de entrar, logré hablar con tu hermana. Shayna me aseguró que regresarán en el primer vuelo desde Oregon.

Claudia hizo un asentimiento. No quería contrariar más a Gabriel. Además también tenía que pensar en que había arruinado las vacaciones de su familia y que, en lugar de regresar a un entorno agradable, se encontrarían con su crisis existencial.

—Gracias, Gabe —murmuró—. Cuando me den el alta también tendré que llamar al director de la obra para negociar mi ausencia y el tema de los ensayos —soltó una exhalación suave y se limpió los rastros de lágrimas—. Supongo que Calder debe estar cabreado de verme fracasar en mi intento de salir del mar de la depresión.

Gabriel, ante la mención de su amigo, dejó caer los hombros.

—Pensaría que tienes treinta y dos años y que, aún así, no dejas de ser un dolor en el culo para él, porque de seguro estará meneando la cabeza de frustración al saber que quieres unirte a su destino cuando no te corresponde —expresó con humor ácido.

Ella sonrió de medio lado. Su primera casi sonrisa completa en todo el día.

—Gabe, quédate un poco más… Por favor… —pidió exteniendo la mano.

En ese instante entró la enfermera. Una profesional robusta y de aspecto severo. Se acercó para controlar los signos vitales, después le tomó la presión a la paciente. Le habían hecho todos los exámenes necesarios cuando ingresó, un par de horas atrás, además de un lavado gástrico. La condición de Claudia era estable por ahora y la mantenían en la unidad de cuidados intermedios. En esta área no se permitía el ingreso de visitas, pero un St. James no era un ciudadano común en Australia.

—Tienes que descansar, Claudia. Mañana vendrá tu familia —dijo él, agotado. El día había sido demasiado largo—. Llámame si crees que puedo ayudarte, pero no vuelvas a ponerte en este escenario. Si no te respondo y realmente estás en una situación desesperada, entonces piensa en tomar un jodido Uber e ir a buscarme. ¿Vale? —preguntó. No sabía si estaba empleando o no las palabras correctas en estas circunstancias, pero no era un maldito psicólogo, sino tan solo hombre que había tomado una decisión errónea siendo joven y el precio seguía generando intereses.

—Vale, Gabe… —susurró ella con un asentimiento.

Una vez que Gabriel estuvo en la cama, luego de que la presión de agua caliente del jacuzzi hubiera ayudado a sus músculos tensos, revisó el iPad tal como hacía todas las noches antes de dormir. De ese modo, él confirmaba que hubiera sido resuelta la agenda del día y también monitoreaba algún dato de interés. Le gustaba estar informado. Por otra parte, en lo que menos quería pensar era en Claudia y el susto que se llevó cuando el doctor le explicó la razón de que lo hubieran contactado. Pero si Gabriel creía que al fin iba a dormir sin contratiempos adicionales se equivocaba.

El email que acababa de recibir era la prueba de ello.

Su mentor no le había enviado los documentos de la inversión, no, pues ese era un asunto de negocios y como tal Heath lo manejaría con la asistente personal al día siguiente. Lo que Gabriel acababa de

recibir era un archivo adjunto, desde el correo personal de su mentor, con el currículo de la ahijada. No alcanzó a leer, porque se quedó mirando la fotografía de ella como si se tratara de un mal chiste. Soltó una maldición. «¿Cómo se conectaba alguien honesto como Heath con una ladronzuela? Gabriel jamás había escuchado que su amigo la mencionara, lo cual era curioso considerando que era una persona que se mostraba muy orgullosa de su familia». Pero indistintamente de la respuesta que eligiera, él le había prometido a Heath que el proceso de selección que llevaría a cabo recursos humanos, con la mujer, sería justo.

El CEO mantendría su palabra, sin duda, pero si ella pasaba las pruebas en Aussie Equinox lo que menos aprendería sería sobre tecnología. Ahora, finalmente, él tenía un nombre que ponerle al rostro de ángel que escondía malas mañas. «Aubrey Laura Blackeney», repitió el nombre mentalmente. No debería causarle satisfacción reencontrarse con ella a través de esta simple página pdf, pero por alguna retorcida razón eso era lo que experimentaba. Al leer que tenía veintitrés años, Gabriel decidió que le daría un ejemplo sobre lo que era el trabajo honesto y con esfuerzo. No tendría miramientos. «Una lección que ella recordaría bien», pensó, apagando rápido el iPad.

Gabriel notó que la mujer no había enviado a Heath lo que él consideraba un currículo decente, sino que tan solo enumeró sus habilidades informáticas y el nombre de la secundaria en la que se graduó, la misma en la que el joven magnate lo hizo diecisiete años atrás. Al parecer tampoco contempló como oportuno el mencionar en qué universidad había estudiado. Las referencias personales eran Heath y el gerente de un hotel en el que ella trabajaba desde hacía unos años. ¿Por qué la ahijada de un multimillonario era recepcionista, en lugar de ocupar un cargo alineado a sus intereses profesionales? «¿Acaso, aún a esa edad, estaba en una etapa de rebeldía que incluía ser camarera? Las piezas sobre ella no encajaban. Vaya día», pensó meneando la cabeza.

Él supuso que probablemente Aubrey fuese mimada y creyese que trabajar era un pasatiempo similar a hacerse la manicura. Cuando se

aburriera, entonces utilizaría su herencia para despilfarrarla o se casaría con algún pobre diablo que le consintiera los caprichos. ¿Por qué la idea de que la mujer pudiera casarse con alguien lo cabreaba? La respuesta era sencilla: luego de veinticuatro horas, con demasiados frentes por resolver, su cerebro tenía muchas formas de defenderse del estrés extremo y pensar idioteces, al parecer era una de ellas. Gabriel apagó la luz y acomodó la almohada.

Dar lecciones de vida era lo que menos le correspondía, pero eso no se aplicaba al territorio que Gabriel dominaba al revés y al derecho: Aussie Equinox. Por eso le parecía genial tener una satisfacción, después de un día tan arduo, al pensar en las formas en que haría que la ahijada de Heath —este de seguro apreciaría que ella recuperase la honestidad como un estandarte— aprendiera el verdadero valor del esfuerzo. Sin embargo, Morfeo no estaba de acuerdo aparentemente con lo anterior y parecía más bien inclinado a gastarle una broma. Gabriel suponía que ciertas deidades eran caprichosas e impedían a los humanos regocijarse en el ego. Lo comprobó cuando la última imagen, antes de dormirse, fue la sonrisa de cierta ladrona.

CAPÍTULO 2

En los días que le siguieron a la humillante experiencia en la casa de aquel millonario, Aubrey logró con dificultad reunir el dinero para pagar la hospitalización de Bonnie y cubrir la receta médica. Para conseguirlo tuvo que solicitar un anticipo salarial en el hotel. Pero no pudo aplicar el mismo método para afrontar el costo de la inmunoterapia, pues eran varias sesiones y su economía familiar no sobreviviría a ello.

Por eso tomó la difícil decisión de modificar los pagos de la hipoteca, realizándolos solo por montos mínimos de los acordados, y así priorizar la salud de su madre. El estrés de los tres meses posteriores a esa decisión fue agotador. Aparte, las notificaciones del banco exigiendo el pago de las cuotas hipotecarias mantuvieron a Aubrey en tensión. Al cumplirse noventa días de impagos, el banco emitió una carta de advertencia por incumplimiento. Ese documento les notificaba que disponían de treinta días para cubrir el saldo pendiente, incluidos los intereses por mora, o, en caso contrario, iniciarían un proceso que implicaba acudir a los tribunales y perder la casa.

Agobiada ante esa posibilidad, Aubrey pensó en la vía más rápida y fácil de solventar la urgente situación: envió varias aplicaciones a las páginas web de los clubes de caballeros más elitistas de la ciudad. El proceso de selección fue ágil y en menos de cinco días consiguió un empleo de camarera. Así comprobó los rumores de que en esos sitios, efectivamente, las propinas eran excelentes al ser frecuentados por hombres de clase alta, adinerados. El uniforme que le tocó usar a Aubrey era de una tela exquisita, pero resultó tan corto que si ella no hubiera usado bragas debajo, ni reajustado la falda en casa para hacerla más larga, entonces sus nalgas habrían quedado casi a la vista. Muchas de sus compañeras, que no eran

bailarinas, también ofrecían servicios sexuales. Aubrey no las juzgaba, pero ella jamás habría incurrido en algo así.

Los toques indeseados, los sibildos de apreciación y los comentarios vulgares fueron una humillación que la dejaban en lágrimas al volver a casa cada noche. El equipo de seguridad removía a los clientes, sin importar cuál tenía más dinero que otro, cuando alguna de las empleadas se quejaba. No era un burdel de mala muerte, sino un club VIP. Aún así, el instinto animal siempre aparecía para barrer con el mínimo de respeto. Algunos hombres ricos creían que tan solo por trabajar en un sitio como aquel, las mujeres les pertenecían o podían tratarlas sin consideración. Aubrey logró que un compañero del club fuese quien atendiera las mesas de los clientes conflictivos. Solo así consiguió tolerar varias semanas en ese club. Cuando finalmente pudo reunir el dinero, para estar al día en los pagos atrasados de la hipoteca, renunció.

Se prometió que no volvería a un sitio como aquel.

Aubrey necesitaba un empleo con mejores prestaciones y oportunidades.

La estabilidad de un buen salario también le permitiría ahorrar un poco para sí misma. Inclusive podría tener un margen más amplio de tiempo libre y divertirse como cualquier chica de veintitrés años. Por ahora solo le quedaba ser paciente, hasta la graduación de Craig y saber si le aprobarían a él la beca deportiva en la universidad.

A pesar de las dificultades vividas en esos meses, ella estaba feliz porque la inmunoterapia que recibió su madre parecía haber ido bien. El oncólogo les informó que dentro de tres meses realizaría exámenes para monitorear los resultados y determinar los efectos reales de las sesiones que Bonnie recibió por vía intravenosa.

Con ese panorama, Aubrey logró un respiro ante una lucha que era la de una familia, no solo de quien padecía el cáncer. En medio de esos desenlaces temporales, claroscuros, halló el impulso para seguir postulándose a plazas laborales en tecnología.

Necesitaba el dinero, pero también aprender y crear conexiones profesionales para abrirse camino. Por eso aplicó a los anuncios en las áreas de IT de las empresas, pequeñas o multinacionales. Todas exigían al menos tres años de experiencia, una titulación universitaria o un diploma avanzado. Nada de eso tenía ella, sin embargo no se detuvo e igual decidió presentarse como candidata. De las cuarenta aplicaciones, consiguió cinco entrevistas. Pasó todas las pruebas técnicas, pero al final la historia siempre se repetía: no entraba a la última fase de los procesos, porque las personas de recursos humanos elegían a quienes tenían experiencia laboral y un título profesional.

Las negativas no eran fáciles de digerir, pero desistir no entraba entre sus opciones.

La anterior fue la razón de que hubiera decidido llamar a un hombre al que solo había visto pocas veces en su vida. Una de las últimas ocasiones ocurrió en la graduación de la secundaria, solo semanas antes de su debacle familiar. Aubrey no quería saber nada de las personas asociadas en su vida por elección de su padre, pero también era consciente de que no podía continuar en modo supervivencia y aislada.

Encontrar el número personal de Heath no fue difícil. ¿Para qué si no servían sus habilidades informáticas? Así que, aún con el temor de que él rechazara su petición o la enviara a la lista de pendientes a largo plazo, agarró el móvil y marcó el número.

Ella había tragado saliva y tomado una profunda respiración.

—¿Quién habla? —había sido la respuesta indiferente de Heath.

—Hola, padrino, soy Aubrey —había replicado un poco nerviosa, sentada en el lobby del hotel durante uno de sus descansos. El hombre había sido siempre amable y cercano, pero no al punto de estar siempre presente. Se había tratado más bien del tipo de tío o padrino distante al que, si existía la necesidad, se podía recurrir en busca de apoyo. Nada más. Tal como era el caso de ella—. Sé que ha pasado mucho tiempo desde que te vi y hablamos. Creo que son casi cinco años. ¿Tienes un momento…?

—¿Bree? —había preguntado retóricamente en un tono más amable—. Claro que tengo tiempo para ti. ¿A qué debo el gusto de recibir tu llamada y dime cómo están yendo las cosas en casa? ¿Cómo está Bonnie? Pareciera que se los tragó la tierra.

Aubrey había soltado una risa que no tenía nada de alegre. En realidad, lo que había sentido fueron ganas de llorar, pues parecía que todo hubiese ocurrido a años luz de distancia: recuerdos mancillados con amargura, amistades falsas y la tristeza.

—Casi podría decir que tu comentario es acertado. La historia es larga, padrino, así que solo te diré que nos hemos apañado bastante bien para poder acostumbrarnos a una vida distinta a la que teníamos —había replicado de forma vaga. El divorcio de sus padres no había sido un secreto para el círculo de amistades más cercano, pero no fue lo mismo con las razones detrás de los hechos—. Siento llamarte después de tantos años para pedirte un favor. No me gusta incomodar. Pero recordé que en alguna ocasión me dijiste que si llegase a necesitar de tu ayuda te la pidiese.

—Ciertamente, Bree. Los padrinos estamos para eso, así que me alegro de que hayas decidido buscarme —había expresado, sincero —. Dime, ¿qué ha ocurrido?

—Como supiste alguna vez, mi mamá tuvo cáncer —había comentado—. Cuando creíamos que estaba superado, volvió más agresivo. Para nosotros no ha sido sencillo cubrir los gastos médicos sin desequilibrar otras facturas por pagar. Mi trabajo de recepcionista en un hotel no me genera suficientes ingresos. Lo anterior es el contexto del porqué estoy buscando un mejor empleo. De verdad lo necesito —había explicado cerrando los ojos—. Padrino, tú eres dueño de una desarrolladora inmobiliaria reconocida. La tecnología se me da muy bien. Si hago las pruebas de informática en tu empresa sé que daría la talla. ¿Podrías darme empleo, por favor?

—Bree, siento las noticias sobre Bonnie y confío que logre vencer el cáncer de una vez por todas. Como sobreviviente de la Leucemia puedo empatizar. En verdad, me aflige la situación que estás atravesando, pues sé que no es nada sencilla, más allá de la

economía —había comentado—. Sé que eres una chica muy lista, Bree, pero en mi empresa no puedo ofrecerte el tipo de versatilidad en el ámbito que buscas. Sin embargo, podría ayudarte de otro modo. ¿Necesitas un préstamo? Porque puedo hacerte uno si lo deseas. Te pondría en contacto con mi contador y así lo concretas.

Aubrey habría considerado esa oferta en otras circunstancias, pero ya tenía suficientes deudas encima. Aceptar responsabilizarse de otra más sería un gran error.

—Oh, aprecio tu generosidad, padrino —había contestado con franqueza—. Pero en estos momentos no estoy en la capacidad de asumir algo que no tengo la certeza de que podré cumplir: pagarte. Lo que en verdad necesito es un nuevo empleo.

—Lo comprendo, Bree. Entonces, envíame tu currículo a mi correo personal. —Aubrey había anotado en una libreta cuando él se lo dictó—. Voy a buscar, entre los contactos empresariales y amigos, la compañía que podría ajustarse a tu perfil.

Ella, aunque no había sido una certeza, sintió un soplo esperanzador.

—Te lo agradezco muchísimo —había replicado con franqueza—. Acabo de enviarte mi currículo. Vas a notar que carezco de una formación universitaria, la mayor razón es la misma por la que busco un mejor empleo. Pero he procurado tomar cursos sobre desarrollo de softwares, así como análisis de datos e inteligencia artificial.

Aubrey había esperado la respuesta de Heath, mientras contemplaba cómo pasaban de un lado a otros los huéspedes. Ella había pensado en lo curiosa que era la vida: todos solían asumir que el prójimo tenía el destino resuelto. Nada más alejado de la realidad. Lo cierto era que cada individuo, cada familia y cada corazón llevaba a cuestas espinas que todavía dolían, pero hacían lo imposible para disimular el pesar.

—Me acaba de llegar tu correo, Bree —había dicho, haciendo una pausa, leyendo. Al cabo de unos momentos había retomado la

conversación—: Entre tus referencias personales agrega mi nombre y luego reenvíame el currículo actualizado.

—Gracias de nuevo, padrino, no sabes cuánto aprecio tu ayuda —había expresado ocultando la desesperación en la voz, porque necesitaba mejorar sus condiciones laborales con urgencia, pues no creía que pudiera pagar la siguiente cuota hipotecaria. El agente de crédito le había advertido que no cayera de nuevo en mora.

—Me gustaría seguir hablando contigo, Bree, pero me pillas en un momento en el que estoy bastante liado con proyectos en desarrollo, fuera de Sídney, así que tengo que monitorearlos con mi equipo —había dicho Heath—. Intentaré hacer un espacio para buscar con calma opciones para ti y darte una respuesta lo antes posible.

—Muchas gracias. Estaré pendiente de tu mensaje o llamada.

Desde esa conversación había pasado una semana.

Aubrey aprendió a ser paciente, por sus vivencias familiares, pero continuaba sin tener una buena relación con la incertidumbre. Sin embargo, esta fue su incómoda compañera durante los días en que esperaba noticias de Heath. Para ignorar los efectos colaterales, como la ansiedad, Aubrey aprovechó en mejorar las fotografías de los tejidos de su madre, en eBay, que no se habían vendido. Además usó parte de su tiempo para ir a una competencia importante de Craig. Casi no tenía oportunidad de ir a apoyarlo, así que fue un momento emotivo. No solo eso, sino que su mejor amiga la llamó para decirle que había conseguido un trabajo como lectora de manuscritos, Scout, en una editorial dedicada a publicar libros de terror y thrillers. Aubrey y Clarissa Sneider se conocían desde el Kinder, pero la pasión de esta última no eran los números, sino las letras. Ambas amigas compartían la ilusión de consolidar una carrera profesional de la que pudieran sentirse orgullosas y también vivir de ella. Pero, tal como estaban las circunstancias, solo una de las dos parecía estar logrando el objetivo.

—Deberíamos vernos más seguido, Bree. No recuerdo la última vez que nos tomamos un café sin prisas o que aceptaste venir de fiesta conmigo —había dicho la mujer de cabellos rojizos—. Entiendo

la situación por la que atraviesas, pero también estoy para recordarte que merecemos divertirnos y vivir experiencias increíbles. No necesitamos dinero para muchas de ellas, mi querida amiga, sino tan solo dejar fluir.

Aubrey había esbozado una sonrisa leve ante el comentario.

—Lo sé, Clarissa, lamento haber estado tan ausente —había replicado, acostada en la cama y con el móvil pegado a la oreja —. Por un instante pensé que todo empezaba a cobrar un mejor rumbo, entonces el cáncer de mamá regresó. No tengo otra opción que intentar conseguir dinero de cualquier forma que me sea posible. Ir de fiesta no es un ítem entre mis prioridades, aunque lo eche en falta. Como te acabé de contar, lo que me tiene inquieta es la llamada pendiente de Heath…

—En lugar de haber ido a ese club de caballeros pudiste aceptar que te prestara dinero, Bree —había replicado. La familia de Clarissa no era millonaria como los Blackeney. La chica había sido becada toda su vida académica, porque sus padres eran empleados de una unidad especial de las Naciones Unidas. Cuando los amigos ricachones le dieron la espalda a Aubrey, al mudarse a un barrio pobre, Clarissa había permanecido a su lado—. Cruzo los dedos para que tu padrino te consiga un curro.

—No acepté el préstamo, porque estás ahorrando para comprarte un coche desde hace tiempo y es algo que siempre quisiste. Si yo no puedo concretar mis objetivos todavía, me sentiría fatal ser la causa de que tu retrases los tuyos, Clarissa —había replicado con afecto, porque su amiga era muy generosa —. Sobre mi padrino, la verdad también espero que me ayude y no se quede todo en una simple promesa.

—Sí, pues así no tendrás que hacer idioteces como intentar robarte una jodida moneda. Por cierto, nunca me dijiste el nombre del millonario aquel —había dicho.

—No tiene importancia —había replicado Aubrey—. Eso es el pasado, Clarissa, pero sí puedo decirte que ese hombre es un ogro sin corazón ni compasión.

—¿No intentó ligar contigo? Porque siempre que vas a algún sitio, por trabajo o lo que sea, sueles terminar con alguien interesado en algo más que saber tu nombre.

—Se te olvidó la parte en que ese idiota buscaba dejarme en manos de la policía, no flirtear conmigo. Si no me hubiese largado, él habría logrado su propósito.

—Menos mal tienes tus instintos de supervivencia intactos —había replicado Clarissa—. Así que esa es una razón para celebrar y yo aprovecharé para hacer un trato contigo. Para compensar tanto tiempo sin vernos, ni divertirnos como merecemos en esta vida, ¿qué tal si vamos a una de las fiestas que organiza Dylan?

Aubrey había reído con suavidad olvidando al Diablo de ojos azules.

—¿Dylan Mulroney? Creía que seguía en Melbourne —había dicho. Dylan fue compañero de las dos hasta cuarto de secundaria, y luego él se había mudado con la familia a otra ciudad—. No me contaste. Me haría ilusión verlo, ¿qué clase de fiestas?

—Ahhh, olvidé hablarte de él, es cierto —había dicho de buen humor—. Nos encontramos por Circular Quay hace unos seis meses. Me contó que llevaba un año en Sídney y que abrió un bar con unos amigos. En el lugar se organizan eventos temáticos y para acceder a ellos solo puede hacerse por invitación. Dylan me dijo que si alguna vez me animaba a ir que lo llamara y él me anotaría en la lista de asistentes.

—Suena interesante…

—¡Venga! Sé que Bonnie y Craig aprobarían que salgas una noche de copas. Además, aunque el bar funciona regularmente, las fiestas no ocurren siempre. Así que cuando me entere de la próxima, tú vendrás conmigo, ¿tenemos un acuerdo, Bree?

Aubrey había esbozado una sonrisa, porque Clarissa siempre le subía la moral.

—Lo tenemos. ¿Qué clase de temáticas tienen las fiestas? —había insistido.

—Todas son distintas. Si supiera cuál sería el próximo tema, pues no te lo diría para que no tengas tiempo de repensar demasiado y luego negarte a acompañarme —había dicho Clarissa y de fondo escuchó que la llamaban—. Acabó mi hora de lunch.

—Vale, pues que vaya bien, nos vemos pronto.

—¡Me gusta esa actitud! Quizá incluso puedas tener un ligue de una noche. ¿Cuándo fue la última vez que disfrutaste del placer de un beso? ¿Sexo tórrido?

—Clarissa, ya sabes que eso es complicado…

—Los corazones sanan y el tuyo también lo ha hecho. Solo tienes miedo. No todos los hombres son unos mentirosos, así que no se vale juzgar a todos por igual.

—Bastian estaba comprometido con otra —había susurrado sin ahondar en los recuerdos—. En mi poco tiempo libre prefiero enfocarme en otros aspectos.

—Ahora eres más sabia y esa experiencia no puede determinar las próximas —había dicho Clarissa—. La vida puede sonreírte también, ¿sabes? Quizá no la dejas.

Aubrey había soltado una exhalación.

—Quizá. No lo sé. Confiar ya no es fácil, menos si sumas lo de Bastian a cómo mi padre, con su ambición y su egoísmo, destruyó a mamá, por ende, a nosotros…

—Estoy segura de que Dylan tiene muchos amigos que podrá presentarte. Solo déjate llevar y no pongas condiciones innecesarias —había dicho su amiga—. Por cierto, mi jefa es un poco gruñona y de seguro hará que me quede diez minutos extras por no estar en mi cubículo. Hablamos pronto, Bree, ¡prepárate para divertirnos!

—Vale, hablamos pronto —había contestado entre risas.

Aubrey continuó los siguientes días, que sumaban once, sin saber de su padrino, dando clases de matemáticas como alternativa. Además, aprendió a preparar bebidas con uno de los bartender del hotel. Acompañó a su madre a hacer la compra de la comida y a

cuidar del pequeño jardín trasero de la casa. Aubrey también salió al cine con unas compañeras de trabajo, porque el hotel tenía convenios comerciales y solían regalar entradas a los empleados. Se vieron la última película de Colin Farrell.

A ella no le era ajeno el hecho de que los hombres la encontraban guapa, pero no era arrogante ni tampoco se valía de su físico para obtener sus objetivos. Si el anterior fuese el caso, su hipoteca no existiría y su cuenta bancaria estaría a reventar de ceros a la derecha. Aubrey solía tener invitaciones a salir, pero las rechazaba. Más allá de tener una disputa personal con las mentiras de Cupido, su negativa de aceptar una cita se debía a que no sentía atracción suficiente por quienes se acercaban para flirtear con ella. El punto más importante era que temía equivocarse de nuevo al elegir.

Con Bastian bajó sus barreras y se dejó llevar por la manera especial en que él la trataba, por la adrenalina al compartir su lado rebelde en ese tiempo, y porque su mantra de escapar del caos de su realidad familiar se materializó. Sin embargo, el resultado de su ingenuidad le dejó una factura que incluyó la tristeza y la decepción.

Pero Aubrey no quería recordar y esas no eran las reflexiones que necesitaba.

De hecho, cualquier pensamiento que no fuese su objetivo financiero y profesional quedó de lado cuando finalmente, al onceavo día desde la conversación que tuvieron, Heath la llamó. Eso alivió la incertidumbre de Aubrey. Su padrino le comentó que la esperaban para una entrevista de trabajo en Aussie Equinox, una corporación de inversiones a gran escala. Le explicó que tenía que preguntar en recepción por el gerente de recursos humanos y le aseguró que era la mejor opción.

La emoción de Aubrey se convirtió en shock al leer quiénes eran los dos socios.

Un socio en concreto.

Inexplicablemente su pulso se disparó, al leer la información en la web, como si de un momento a otro Gabriel St. James pudiera

presentarse en su pequeña habitación e invadirla con su cercanía amenazante. Mentiría al decir que no pensó en esos meses, un par de veces, en él. Aunque hubiese sido un recuerdo amargo, ella jamás había experimentado la sensación de que su piel vibrara, literalmente, ante la cercanía de alguien del sexo opuesto. Le parecía absurdo que hubiera sido ese hombre quien se la provocara y más cuando lo había conocido en una situación bizarra.

La fotografía corporativa en la web no hacía justicia al hombre en carne y hueso. Ella siguió leyendo sobre él. Gabriel Henry St. James, treinta y cinco años de edad, heredero de un imperio de minería de varias generaciones. Asociado con Knox Nero Wentworth, el CFO, gerente financiero. Aubrey entendió, luego de leer más sobre Aussie Equinox, el porqué Heath consideró que era la empresa idónea para ella: gran parte de los negocios en los que invertían eran de tecnología y desarrollo IA.

Más allá de lo bien que encajaba esa compañía en sus intereses, el hecho de que Gabriel ahora conociera su identidad la ponía de nervios. ¿Por qué habría aceptado que fuese entrevistada para una plaza laboral en Aussie Equinox? ¿Por qué no le habló a Heath que ya la conocía? Su padrino no le había mencionado nada al respecto de lo ocurrido en la mansión. ¿Gabriel aceptó que fuese entrevistada solo para cumplir con Heath, pero había dado la orden de que no la contrataran y alegara que no tenía habilidades informáticas como señalaba en su currículo? «Detente», se amonestó. No tenía las respuestas a esas preguntas, pero recordó lo que alguna vez un huésped del hotel le comentó: "Si quieres hacer algo hazlo, incluso con miedo. Solo basta que sepas la razón correcta detrás para que el propósito tenga sentido".

Así que en esos instantes, mientras subía en el elevador del sofisticado y minimalista edificio de Aussie Equinox, lo que tenía sentido era demostrar su valía intelectual y defender su idoneidad para trabajar en el departamento de informática. Sí, era osado pensar hacerlo sin un título ni experiencia, pero grandes científicos y personajes habían desarrollado el éxito a base de autopreparación y determinación. Ambas definían a Aubrey. Ella había pedido el día

libre en el hotel, a sabiendas de que le descontarían del salario, y descartó la idea de cancelar la entrevista. No podía ignorar los esfuerzos de Heath, ni traicionar su propio orgullo. Así que aquí estaba, mirando su reflejo en el espejo del elevador, evaluando a la mujer que le devolvía la mirada.

Llevaba una falda azul marino que le llegaba hasta la rodilla y resaltaba su figura con elegancia; blusa beige de seda; zapatos de tacón color gris y una chaqueta que aportaba formalidad. Su cabello largo y castaño lo llevaba recogido en una media coleta. Se había aplicado delineador negro y labial rosa pardo. En conjunto presentaba una imagen profesional, aunque también cercana. Si bien ahora ya no contaba con un armario con prendas de diseñadores, ella tenía buen gusto y sabía combinar su ropa.

Estaba lista para la entrevista. O al menos, tenía que estarlo.

—Bienvenida, señorita Blackeney, soy Zeik Bloomberg —dijo el gerente de recursos humanos—. Por favor, necesito que llene estos tests psicológicos —le entregó un iPad— y al terminar, le pediré que me acompañe al sitio en el que se realizarán las pruebas de desempeño. El jefe del área es Ambrose Johnson y será el que decida, basándose en sus resultados, si está apta o no para la plaza laboral.

Aubrey se sentía a la par de contenta por la oportunidad, también inquieta. Lo anterior no era porque dudase de su intelecto, sino por el antecedente con el CEO.

—Buenos días, gracias por recibirme —replicó con una sonrisa, aliviada de que el jefe inmediato no fuese Gabriel—. Comprendo las directrices, no hay problema —dijo, mientras se sentaba con la tablet y empezaba a responder el largo cuestionario.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, Aubrey concluyó la tarea. No hizo preguntas sobre temas salariales, porque no quería anticiparse o parecer desesperada.

—Para que conozca los pormenores de la que sería su área de trabajo, por favor, acompáñeme al piso once. Le presentaré al

equipo de colaboradores —dijo él.

—Oh, gracias —expresó y empezó a seguir los pasos que Zeik marcaba.

—En raras ocasiones se necesita abrir el área en la noche, pero, si existiera una reunión que se extendiese y hubiera empresarios aún trabajando, las horas extras se pagan el triple. —Aubrey frunció el ceño ante el comentario—. Se exige que no se realicen cambios de turnos, a menos que sea una emergencia —dijo instándola a entrar en el elevador con él—. Los pagos son semanales, como en todas las empresas del país, y se entregará una bonificación por desempeño. Eso lo determinará Ambrose.

Aubrey escuchaba, pero lo que él decía no tenía sentido. Estaba confundida.

—No comprendo el tema de abrir y cerrar el área de informática —expresó. Las puertas del elevador se abrieron para dar paso a un precioso vestíbulo. Esta zona parecía más animada y podían escucharse conversaciones—. ¿Me puede explicar?

El hombre avanzó, saludó con un gesto a algunos empleados que estaban alrededor, y después giró a la izquierda por un pasillo. Aubrey esperaba la respuesta.

Después, entraron a la cafetería, que por cierto estaba bien iluminada. Las mesas eran de madera y suelo de parqué; las ventanas tenían vistas al mar. Ella iba a decirle que prefería empezar las pruebas en el departamento de IT, en lugar de tomar un café, pero el hombre la sorprendió abriendo una puerta y haciéndole un gesto para que ingresara. Lo que vio Aubrey a continuación fue la pulcra cocina de la cafetería.

—Lo lamento, señorita Blackeney —dijo Zeik en tono también confuso, deteniéndose finalmente. La cocina tenía implementos de alta gama. Los empleados estaban en un descanso y no les prestaban atención. Se escuchaba el afilar de cuchillos y el lavavajillas funcionando—. Me parece que hay un mal entendido de

su parte. En las pruebas que acabó de hacer hay una tendencia referente a servicio al cliente…

—Sí, claro, pero creía que eran preguntas estándar de protocolos usuales de la compañía —interrumpió ella con suavidad—. Asumí que la vacante era para IT.

Zeik meneó la cabeza y vio que Ambrose se aproximaba a ellos.

—La plaza que me ordenaron ofrecerle es la de ayudante de cafetería. Lamento haber asumido que usted tenía conocimiento al respecto —comentó el hombre.

Aubrey lo quedó mirando un instante y su mente empezó a comprender de qué se trataba todo esto. Estaba segura de que su padrino tuvo que haber mencionado que su talento era en tecnología, mas no el servicio al cliente. Caía en la cuenta de que este era un mensaje claro y alto del CEO para ella: le estaba haciendo un favor a Heath, por la razón que fuese, pero lo haría bajo sus condiciones. No solo eso, sino que era evidente que la razón de que la hubiese enviado a la cafetería, en lugar del área de IT, era una señal de que él recordaba claramente lo ocurrido hacía más de tres meses.

«Qué hombre tan insoportable y ridículo», pensó ella.

—Un trabajo siempre es bienvenido, Zeik —replicó. Entonces se atrevió a hacer la pregunta que, minutos atrás, había optado por omitir—: ¿Me podría decir cuál es el salario? Como mi presencia aquí es por una recomendación, y considerando esta confusión —sonrió— no tengo idea de cuál es la remuneración para esta plaza.

Zeik se lo dijo con rapidez, así como también le dio a conocer las prestaciones del cargo. Aubrey disimuló el asombro, porque era más del triple de lo que ganaba en el hotel. No quería anticiparse haciéndose ilusiones, pues no sabía si iban a contratarla.

—Le presento al chef Ambrose Johnson —dijo Zeik cuando el hombre de cabellos negros se acercó a ellos con seriedad—. Ambrose, ella es Aubrey Blackeney. La razón de que esté aquí es para que le plantees pruebas de desempeño. Si consideras que

cumple con tus requerimientos para ser ayudante de cafetería, entonces envíame tu aprobación por correo —expresó el gerente de recursos humanos—. ¿De acuerdo?

—Seguro, no hay problema —dijo el chef en tono firme.

Zeik le deseó buena suerte a la mujer y luego se marchó.

El chef tenía un tatuaje que sobresalía ligeramente sobre el cuello del uniforme. Su aspecto físico era corpulento e intimidante. Aubrey se sorprendió de que una empresa tuviera tantas consideraciones para sus empleados. Un chef y comida exclusiva nada menos, en lugar de un catering externo, eran un lujo. Ella ignoraba cómo funcionaba el mundo corporativo de caprichos a gran escala en estos ámbitos.

—Gracias por darme la oportunidad, chef, ¿cuáles son mis tareas? —preguntó ella en un tono respetuoso. Agradeció la experiencia de su trato con los chefs del hotel, porque así sabría cómo interactuar con este en particular. Aubrey era consciente de que los cocineros eran muy peculiares y se creían que vivían en una dimensión especial, tan solo por saber cómo alimentar a la humanidad con toques extravagantes.

El hombre de ojos negros la observó unos instantes.

—Tu pasión no es la gastronomía —expresó cruzado de brazos, mirándola.

—¿Usted sabe juzgar bien el carácter de las personas con apenas conocerlas? —preguntó sin evitar el sarcasmo. La sorprendió cuando el chef soltó una carcajada.

—Al menos sabes decir lo que piensas y eso es importante —replicó Ambrose. De sus cincuenta años, veinticinco los llevaba como chef—. Te pondré a prueba el resto del día. No servimos desayunos, pero las fuentes de té y café deben estar siempre abastecidas y el espacio impecable. El almuerzo se sirve entre la una y las tres de la tarde. Este no es un restaurante. El personal consiste en dos camareros, dos asistentes de cocina, y la plaza de asistente de cafetería que se ha inventado Gabriel —expresó.

—¿Se ha inventado…? —preguntó ojiplática.

El chef la miró inquisitivamente y luego meneó la cabeza.

—Menos hablar y más hacer, Aubrey, y por cierto, puedes tutearme —replicó ignorando la expresión perpleja de la mujer—. En este momento —miró el reloj— son las nueve de la mañana y los camareros deben llevar un tentempié a la sala de reuniones. Aprende cómo organizan todo y encárgate de que no quede rastro de que alguien tomó té o café o consumió un bocadillo. A las once de la mañana Knox y Gabriel, los socios de la empresa como debes ya saber, se reúnen en el despacho del segundo. Te voy a encargar que te responsabilices del servicio de café para ambos.

Aubrey tragó saliva e hizo un asentimiento breve.

—Oh, yo… Claro, no hay problema, chef —murmuró ocultando su inquietud. Se había preparado mentalmente para volver a ver a ese hombre arrogante, pero que fuese algo inminente no le agradó particularmente—. ¿Cómo me vas a calificar?

—No lo haré yo —replicó meneando la cabeza—. Mi trabajo es darte tareas y analizar si me pareces lo suficientemente eficiente. La decisión final es de Gabriel.

Aubrey hizo un asentimiento y se preparó para enfrentar el resto de la jornada.

¿Quieres saber más de Aubrey y Gabriel?

Viaja a Australia y deslízate entre las páginas de Trazos de euforia. ¡**Disponible** en **Amazon**, digital y papel! Si tienes suscripción de Kindle Unlimited lees gratis.

Enamórate hoy : mybook.to/TREUF

Gracias por elegir mis novelas.

Nos leemos pronto,

Kristel.

Continúa leyendo Pasión Irreverente (Autoconclusiva):

Pasión Irreverente

(Libro 1) – Bilogía Sombras

Sinopsis:

Ryder Toussaint es un millonario experto en finanzas, cuyas cicatrices del pasado aún lo torturan. Hostil y encantador; apasionado y distante; son solo algunas contradicciones que lo caracterizan. Las mujeres lo desean, y los hombres lo admiran por su reputación en la jungla empresarial de Nueva York. Cuando el trato comercial más ambicioso de su carrera corre peligro por culpa de una exasperante mujer, Ryder toma una inusual decisión que pondrá su ordenada vida del revés. Julianne, "la piedra en su camino", ahora está en deuda con él, así que Ryder hará un control de daños a su modo. Tan solo debe ignorar la extraña opresión en el pecho que siente cuando los expresivos ojos de Julianne lo observan, como si fuesen capaces de ahondar en la oscuridad que en él habita.

Julianne Clarence es testigo de cómo su esperanzadora entrevista de trabajo se evapora el día que sufre un accidente de tránsito. El arrogante con rostro de Adonis, "el agraviado", pretende que ella asuma el costo de la reparación del lujoso automóvil que él maneja. ¿Pueden las cosas irle peor a Julianne? Claro que sí, después de todo posee un gran magnetismo para los problemas, y acaba de encontrar uno colosal en Ryder Toussaint. La propuesta que él le hace a cambio de no demandarla por el accidente es ridícula; el orgullo la impulsa a pensar muy bien su respuesta. Sin embargo, el

verdadero reto consiste en ignorar la burbujeante química que siente por el insufrible empresario.

¿Podrá Ryder abandonar el cinismo y doblegar su soberbia? ¿Logrará Julianne abrir su corazón y domar la testarudez? A veces, los accidentes son parte de un plan del destino para unir dos vidas o destruirlas para siempre, en especial cuando las cicatrices del pasado amenazan con crear nuevas heridas.

PASIÓN
Irreverente

BILOGÍA SOMBRAS 1

AUTORA FINALISTA DEL 2° PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER

KRISTEL RALSTON

PREFACIO

Queens, Estado de Nueva York.

Estados Unidos.

Años atrás.

El cielo estaba parcialmente despejado. Las hojas de los árboles caían al son de cada ráfaga de viento que se atrevía a besarlas según el capricho del tiempo. Los niños jugaban bajo la consabida inocencia de aquellos que vivían en calma sin saber la verdad detrás de las apariencias; aquellos que sobrevivían con la candidez intacta hasta que las tragedias golpeaban a sus puertas destrozándolo todo y cambiando el rumbo de sus vidas para siempre.

Las zonas más pobres de Queens, invadidas de migrantes y gente sin suficiente dinero para comprender la ambición de aquellos que dirigían el mundo desde los rascacielos de Manhattan, aprendían a disfrutar de los pequeños placeres mundanos: cervezas a cualquier hora del día, apuestas sin motivos, intimidación, robos a mano armada sin ser pillados por la policía local o tan solo el sentarse a ver televisión en alto volumen, mientras el vecino follaba a viva voz con su mujer o alguna amante de turno. Sobrevivir era la palabra clave. Unos sabían hacerlo bien, otros no.

En medio de aquel ambiente crecían lo hermanos Toussaint. Ambos de padres distintos, despreocupados de su existencia, y al amparo de una madre que no solo les había dado el apellido, sino también las agallas para enfrentarse al mundo como si ellos fuesen los amos y señores. Edith era hija de inmigrantes franceses, y sucumbió al placer de su sangre habituada a los gustos teatrales, aunque también a la fantasía de lo que era en verdad el amor.

Quizá era una maldición o una simple mofa de la vida, el que llevara el nombre de una cantante de vida tan trágica como Piaf, y que su canción preferida para embriagarse en años de soltería, si el presupuesto lo permitía, fuese La Vie En Rose. Esa melodía era un poco nostálgica de sus primeros años de vida en París, entre idas y venidas con sus padres para visitar la familia; también un poco de masoquismo por sus erróneas decisiones con el sexo opuesto.

Fruto de ese ideal bohemio del amor, herencia genética de sus antepasados tal vez, Edith tuvo dos hijos: Ryder y Dereck; por quienes no volvió a caer presa de las botellas de licor ni la tentación de la cocaína. Sin una figura paterna para guiarlos, ella se convirtió en padre y madre. Su familia estaba dispersa por Europa e incluso sus propios padres y abuelos regresaron a Francia cuando ella cumplió la mayoría de edad y parecía encaminada a una exitosa vida.

Hasta que un embarazo llevó a otro.

Las ayudas sociales empezaron a convertirse en una crucial necesidad, y los sueños de decorar interiores se esfumaron. Para llevar el sustento a casa, no solo trabajaba como mucama, sino también limpiando casas. A veces, una vecina de confianza solía cuidar a sus hijos a cambio de algún favor de regreso; nada complicado. Claro, no todos los vecinos eran de fiarse, menos en un área de Queens plagada de sospechas de tráfico de drogas, alta violencia y crímenes que convertían el sonido de las patrullas de policía en la melodía nocturna.

Edith no juzgaba a la gente por su profesión siempre que no hicieran daño a terceros o se aprovechasen de los más débiles. Había aprendido a sobrellevar la pobreza con dignidad, y no tenía amigas. Eso sí, ella sabía elegir a quiénes saludaba y a quiénes prefería mantener la distancia. En esta última categoría, curiosamente, no estaban las prostitutas ni las strippers. Muchas de esas mujeres tenían familia o eran madres solteras, como Edith, y si explotar su cuerpo les permitía llevar un bocado a la mesa, entonces la supervivencia solía anteponerse al pudor.

La dignidad no estaba relacionada a la profesión, sino en la manera con que se llevaba la vida y sus avatares.

Criados con libros de otros tiempos, influjos de las pandillas locales, los programas de televisión violentos, y los raros cotilleos de prostitutas —amigas de su honorable madre— que les contaban los entramados sobre los secretos femeninos sin tapujos e incluso se ofrecían a enseñarles cuando tuvieran suficiente edad; Ryder y Dereck sabían que iban a aprender bien los secretos de cómo follarse a una mujer. Los contenidos sexuales estaban a la orden del día, y Edith no endulzaba la verdad de cómo se procreaba. Por eso, ninguno de los dos muchachos tenía reparos en decir lo que pasaba por su cabeza. Un gran problema en la escuela, pues se imponía la exhortación al silencio en lugar de incentivar la libre opinión de los estudiantes.

Edith, mucama de una cadena de hoteles de cinco estrellas en pleno Times Square, no era tan selectiva con sus amistades. Prefería ignorar que sus hijos hablasen o no con meretrices, siempre que estos llevaran buenas calificaciones, mantuvieran el miembro en la bragueta, al menos hasta que alcanzaran la mayoría de edad, y respetaran la autoridad de la casa. Jamás permitiría que sacaran ventaja sexual de sus hijos. Esa no era la clase de mujer en que se había convertido, pobre o no.

Los hermanos Toussaint eran rebeldes, mundanos, y ambiciosos. Poseían una mente privilegiada para los números, y envidiable capacidad de crear discursos convincentes, esta cualidad salió a flote cuando empezaron a trabajar como ayudantes temporales de venta en una tienda de electrodomésticos. Edith les había enseñado bien: nada se consigue sin un gran esfuerzo, y una vez logrado el objetivo, mantener a flote el éxito era lo más importante.

No existían palabras de amor o dulzura en la casucha que los abrigaba de los crudos inviernos y los mantenía protegidos en otras estaciones del año. Edith no quería holgazanes, ni mequetrefes, salidos de su útero, y les dejaba claro que, si embarazaban a una

mujer, se largaban de la casa y aprendían a mantener un hogar fuera de esas maltrechas paredes.

Con su experiencia de dos embarazos con hombres distintos, ella había tenido suficientes sinsabores, peleas y lágrimas hasta quedarse inmune a las emociones. No tenía por qué mentirles sobre fantasías románticas, perdidas tiempo atrás, a ninguno de sus dos hijos. Les enseñó a Ryder y Dereck que solo la capacidad de sobrevivir debía prevalecer sobre los absurdos ideales sentimentales, y más les valía entenderlo.



Una tarde de junio, los dos hermanos recibieron una bofetada del destino. La hora en que la madre de ambos solía llegar a casa estaba retrasada por ochenta minutos. A pesar de los problemas en el transporte público y las conexiones entre las líneas del metro o tren, aquella tardanza era muy inusual en Edith.

—¿Revisaste las noticias? —preguntó Ryder, el mayor de los hermanos por tres años. Tenía unos luminosos ojos verdes y el cabello rubio. Su cuerpo en crecimiento prometía estirar lo suficiente para ganar corpulencia, al menos si corría con la suerte de alimentarse mejor. Su carácter era mesurado, silencioso, y había aprendido a defenderse en la escuela con los puños.

Estaba en el jardín delantero de la pequeña casa tratando de arreglar la tostadora que una de las vecinas había enviado al botadero. Ellos, que no desperdiciaban nada, encontraron el aparato y estaban tratando de componerlo.

—No hay anuncio alguno de accidentes en las rutas usuales que toma mamá —replicó Dereck. Con ojos azules, como la laguna más clara en el Caribe, y el cabello negro, llamaba la atención con facilidad. En una ocasión se le acercó un fotógrafo para preguntarle si le interesaría dejarse fotografiar para una campaña de ropa infantil, pero con su habitual desconfianza, él rehusó.

Su aire de indiferencia contrastaba con la locuacidad al momento de defender un argumento o dejar claro su punto de vista. Su madre solía decirle que, si llegaba a encontrar la forma de estudiar en la universidad, sería un gran abogado, y su hermano, un comerciante astuto.

—Espera —dijo Ryder observando a lo lejos la silueta de su madre recortada por los rayos de sol de inicio del verano norteamericano—. Ahí viene… —frunció el ceño de su frente libre de arrugas—. Algo no está bien.

Dereck se incorporó del césped, verde gracias al cuidado de Edith, apartándose. Se puso la mano como visera para tratar de ver mejor.

—Está cojeando… Eso no es normal. Vamos —dijo con urgencia, y Ryder dejó de lado el aparato de metal en el que estaban trabajando.

Cuando la sombra del contraluz les dejó ver mejor a su madre, más cerca de casa, ambos sintieron que su vida no volvería a ser igual. Una rabia como ninguna otra los agarró desprevenidos, destrozando cualquier mínimo cimiento de civilización que hubiera existido en ellos.

Edith tenía el vestido hecho girones, el rostro golpeado, el labio partido y tenues rastros de sangre en los brazos. Ella fingía que nada estaba fuera de sitio y argumentaba que había tenido un accidente, mientras cerraba la puerta principal de la casa, ante las constantes preguntas y preocupación de sus hijos. Ellos no se creían la mentira, porque era absurdo cuando conocían al dedillo las porquerías de las calles, gracias a rumores, la prensa, las noticias, y algunos cretinos que intentaban reclutarlos para robar o dedicarse a la venta de sustancias prohibidas.

—Chicos, no hagan lío —dijo con voz rota—. Necesito darme una ducha… Ha sido un largo día. ¿Preparaste la pasta, Ryder? —le preguntó como si su hijo mayor no fuese capaz de notar la mueca de dolor al hablar debido al labio medio partido.

—Sí…

—Mamá, ¿quién te hizo esto? —preguntó Dereck con las manos hecha puños a los costados de su frágil cuerpo.

Ambos estaban hartos de llevar ropa que apenas los protegía del frío. Comer escuetamente, y luchar con todas sus fuerzas para no quedarse dormidos en clases y así evitar ser el hazme reír de sus compañeros. Sin embargo, amaban a su madre, porque era todo lo que tenían en el mundo, y a pesar de sus modos hoscos al tratarlos, era justa la mayor parte del tiempo.

Despreciaban a quien sea que hubiera hecho el más mínimo rasguño en Edith.

No culpaban a su madre de las circunstancias en que vivían. Ella los cuidaba a su modo, y era todo lo que tenían en este mísero mundo. Además, sabían los turnos extras que Edith hacía en el hotel en el que trabajaba para llevar dinero adicional a casa, comprarles libros para que estuviesen al día en la escuela.

El Día de Acción de Gracias, los tres tenían la mitad de un pavo para comer. Un pequeño lujo al año, porque durante la Navidad veían películas y aceptaban invitaciones de alrededor para no quedarse sin comer cuando llegaba la usual nevada que cubría los techos y azoteas en invierno.

Eran pobres, mas no imbéciles.

Sabían que, si sucumbían a las seductoras propuestas de las bandas barriales, perderían las escuetas oportunidades de salir de ese atolladero en el que la vida los había escupido. De sus viajes a Manhattan en el metro con su madre, recorriendo Central Park, y conociendo de lejos cómo vivían gran parte de los privilegiados neoyorkinos, al pasar por los distritos de Flatiron o Garment, el SoHo, Tribeca, Midtown Manhattan, Hudson Square, y demás áreas, tanto Ryder como Dereck sabían que existía otra realidad más confortable.

Ninguno tenía pensado trucar la posible salida de la zona en la que vivían aceptando tratos con pandillas, por más que la tentación

de hacer dinero fácil fuese irresistible. Y eso que las ofertas eran muy interesantes.

—Deja de interrogar a tu madre, que aún no eres abogado, jovencito —replicó Edith con tono cansado.

Ya había hecho el reporte de su violación a la policía, y el tiempo que tardó fue porque la mantuvieron para hacerle los exámenes de rigor que confirmase su denuncia. Dudaba que fuesen a agarrar a quien la ultrajó, pero al menos había dejado sentado el precedente. Odiaba que sus hijos la vieran en ese estado.

—Mamá…

—Dereck, déjala en paz —zanjó Ryder con determinación en la mirada, instando a su hermano menor a callarse. Después miró a Edith—: ¿Podemos ir a comprar algo a la farmacia para curarte?

—Ya lo hicieron en el hospital… Tengo Medicare, menos mal.

—Sí, pero si acaso necesitas, tengo un poco de dinero del trabajo que hice para la señora Lawndes limpiándole la casa el otro día —dijo Ryder, que para esa época acababa de cumplir los quince años.

Edith sabía que sus hijos valían más por su nobleza que por su dinero, y a pesar de que no era el tipo de madre excesivamente amorosa, los amaba a su manera. No quería quitarle la buena voluntad a Ryder. De sus dos muchachos era el más rebelde, impulsivo, y no quería desanimarlo. Además, si se iban por un instante, ella tenía una excusa para estar a solas, llorar en silencio, y agarrar fuerzas para continuar.

—Okay… Como sea. No tardes, y ve con tu hermano —murmuró, mientras iba al único cuarto de baño que compartían entre los tres.

Ryder agarró a su hermano del brazo y salieron de la casa. Tan solo esperaron a que el agua de la ducha empezara a caer, conscientes de que Edith ya no podría detenerlos si ella cambiaba de opinión sobre dejarlos ir a la farmacia.

Una vez en la calle, varios bloques lejos de la casa y, evidentemente, en una dirección contraria a la farmacia, Dereck

detuvo a Ryder del hombro.

—¿A dónde coño vamos?

—Ojo por ojo, y diente por diente —replicó Ryder.

—No tenemos pistas ni idea de lo que pasó… Somos solo dos chavales agraviados. Si mamá ya fue con la policía ellos van a encargarse.

—La policía no va a hacer ni mierda. ¿Es que no miras las noticias, Dereck?

—Tengo doce años, idiota, y ser precavido también implica tener sentido común. Uno de los dos debe utilizarlo. Nos van a cobrar por la información. ¿De dónde te piensas que vamos a sacar ese dinero si a duras penas nos alcanza en casa?

Ryder detuvo su andar, manos en la cintura, expresión de enfado. Él no tenía ganas de pelearse con su hermano, porque tenía la furia reservada para el que sea o los que sean que hubiesen agraviado a Edith.

—¿Vienes o no?

Dereck, rascándose la cabeza, tan solo asintió. No iba a dejar solo a su hermano, porque eran un equipo, en las decisiones coherentes y en las disparatadas.



En una zona que conocían al dedillo, la posibilidad de encontrar respuestas no era alocada. Por la información que habían recibido, los dos hermanos se comprometieron a pagar quinientos dólares. No sabían de dónde carajos iban a sacar el dinero, pero tenían la certeza de que lo conseguirían. Caso contrario, el que les dio el dato iba a molerlos a golpes. No querían ocasionarle más problemas a Edith, ni tampoco morir en el intento de hacer justicia.

Después de cuatro largas horas, localizaron a su objetivo: un tipejo que acababa de lanzar la botella de cerveza vacía al botadero de un callejón. Llevaba un pantalón beis, camisa blanca y zapatos que parecían nuevos. Era corpulento, pero la adrenalina de los hijos de Edith los instaba a no tomar en cuenta la desventaja física.

—¿Qué piensas hacer, Ryder? Son quinientos dólares…—preguntó en un susurro, mirando a uno y otro lado. Ya era de noche, así que solo las luces de la calle iluminaban algunas partes. Los claroscuros a veces resultaban una ventaja.

—Pelear.

—¿Peleas callejeras? Acordamos que no volveríamos a meternos en esos asuntos. La última vez, mamá creyó que había sido alguno de los muchachos de la escuela. Si no la hubiera convencido de que fue un robo, le habrías tenido que dar explicaciones —argumentó Dereck.

—Sé defenderme con los puños, y si tengo que pelear lo haré, pero el crimen de mamá no quedará impune. No todo se puede hacer llegando a acuerdos verbales, Dereck. Crece de una puta vez.

—Las autoridades…

—Puedes en este momento tomar la decisión de dar media vuelta y largarte o agarrar a ese animal que violó a mamá y darle un escarmiento —replicó Ryder, mirando al hombre que había violado a Edith despreocupado por su entorno, como si no hubiera causado daño físico ni psicológico a nadie—. ¿Qué va a ser? ¿Estás conmigo o no?

Dereck soltó un suspiro renuente. Empuñó con firmeza el cuchillo. Ryder tenía otra arma blanca, porque utilizar una pistola le parecía demasiado arriesgado. Sí, las cuchilladas eran más sanguinarias, pero al menos no tenían que pagar dinero adicional para comprar un revólver y luego preocuparse de cómo deshacerse de él. El tiempo era escaso, y su madre debía estar esperándolos.

Debían darse prisa.

—Sabes que sí… Sabes que sí.

Aquel fue el primer evento con ese nivel de violencia de los Toussaint. El agresor sobrevivió, aunque quedó con severas lesiones físicas. A ellos les daba igual, porque el honor de su madre, aunque ella jamás lo supiera, fue reparado. Lo ocurrido era un gran secreto que los unía de la forma retorcida en que lo hacía el pecado; un secreto que los convertía en hermanos ya no solo de sangre, sino de conciencia.



Ryder y Dereck, jamás consideraron que otras personas pudieran ser más que alimañas, llevándose lo poco que ellos tenían y aprovechándose de la buena voluntad de Edith. Prometieron que nunca antepondrían otras personas a su propio bienestar.

Los hermanos eran opuestos en personalidades, pero estaban siempre presentes si el otro lo necesitaba. Cada Toussaint tenía su propia historia.

CAPÍTULO 1

En el exterior de Manhattan una fuerte nevada había dejado las calles convertidas en un desastre para los conductores, y muchos ejecutivos optaron por trabajar esos días desde casa. No era algo inusual durante los meses de invierno, en especial enero, pero Ryder prefería desafiar las sugerencias de los expertos climáticos y dirigirse a su torre corporativa de cincuenta pisos desde la que comandaba un imperio de tres billones de dólares. Su única ética consistía en no derribar opositores por el simple hecho de poseer la capacidad de lograrlo con el menor esfuerzo.

Abrirse paso en la jungla de poder que era el casco financiero de la ciudad de Nueva York fue un gran reto. Su salida de las zonas más críticas de Queens estuvo patrocinada por el dinero que ingresaba a su billetera producto de las peleas ilegales, y también por sus habilidades matemáticas para sacar de líos a los idiotas que ignoraban los principios básicos de la economía. Una de sus grandes enseñanzas consistió en aprender a mezclarse, como si fuera uno más, con los que lideraban las altas esferas de las finanzas en Estados Unidos.

La idea de mirar hacia atrás implicaba dar poder a situaciones y personas que no lo merecían; Ryder Toussaint no daba segundas oportunidades. Después de los primeros años trabajando en Wall Street, aprendió a desarrollar sus capacidades sociales camaleónicas, es decir, llevarse con todos en apariencia. Él era esquivo de todo lo que no fuese estrictamente necesario para prosperar en sus ambiciones corporativas, y eso incluía las relaciones demasiado personales con una mujer.

Evadía como la peste todas las invitaciones sociales si estas no poseían un fin de negocios en el horizonte. La extraña fascinación de las revistas que inundaban de llamadas y correos su oficina

buscando una entrevista cada dos por tres parecían interesadas en la vida personal que Ryder rehusaba abrir a desconocidos. Le gustaba hacer dinero, incluso jugar a ser el rey Midas, pero eso no implicaba que tuviese que formar parte de las sandeces propias de los cotilleos sociales.

—Buenos días, señor Toussaint —dijo la recepcionista de cuarenta y ocho años de edad, sonrojándose tenuemente—. Su correspondencia la subió hoy el encargado de distribución de la compañía, al menos hasta que delegue una nueva asistente personal que se encargue de ese detalle otra vez.

Aquella reacción ante Ryder no era ninguna novedad en el género femenino; daba igual la edad que tuviesen. Después de todo, la belleza era un asunto indiscutible cuando resultaba tan obvia en otro ser humano.

No era novedad que el CEO de la Corporación TS2 era un espécimen masculino digno de admirar. Los ojos verdes hacían juego con el abundante cabello rubio oscuro peinado hacia atrás con aparente descuido, dándole un aire rebelde y sexy. Nadie en TS2 confundía la distante amabilidad de Ryder con una puerta abierta al flirteo, y quienes cometieron ese error, ya no trabajaban en la compañía.

Un par de ejecutivas, años atrás, habían perdido su puesto de trabajo por intentar cruzar la línea profesional con el apuesto neoyorkino. No era un secreto que, después del amargo y bastante público divorcio seis años atrás, Ryder prefería marcar una abismal distancia entre sus asuntos privados y aquellos profesionales. De hecho, se rumoreaba que tenía varias amantes, aunque el alto nivel de seguridad que estaba 24/7 a su lado, impedía que se filtraran fotografías o momentos privados del magnate.

—Gracias, Heydi —replicó con estoicismo—. Los ejecutivos húngaros debieron llegar hace diez minutos, y puesto que ayer despedí a mi asistente personal, necesito que coordines cualquier detalle que te solicite desde presidencia. Espero que el puesto no quede vacante demasiado tiempo. Te pagaré una bonificación.

—Por supuesto, señor…

—¿El equipo de seguridad escoltó a mi asistente personal fuera del edificio? Espero que no haya existido ningún tipo de incidente incómodo.

Él conocía a todos sus empleados más cercanos por el nombre. Su madre, que ahora vivía cómodamente en un piso céntrico de París, lo llevó incontables ocasiones al hotel en el que trabajaba. Fue entonces que Ryder notó que los empleados recibían la orden de un superior con una sonrisa, y solían acatar directrices con más rapidez, si los llamaban por su nombre. Aplicado el ejemplo en su compañía, notó el mismo efecto en su staff, y por eso decidió mantener la costumbre.

—Todo ocurrió con calma —le aseguró—. Los agentes de la empresa acompañaron a la señorita Robins hacia la salida hace veinte minutos. ¿Desea que solicite el video de las cámaras y que se lo envíen a su correo, señor?

Natasha Robins intentó utilizar el acceso al CEO para gestionar pequeñas promesas comerciales a terceros como si fueran suyas, lucrándose. Cuando todo salió a la luz, Ryder le dio a elegir entre la cárcel o una renuncia sin carta de recomendación, además de una declaración juramentada de que salía por cuenta propia de la compañía y no interpondría ninguna demanda. La asistente personal eligió esto último.

—No hace falta, Heydi —replicó él.

Le dio la espalda para dirigirse hacia las puertas del elevador privado que lo llevaba directo al último piso, y en el que también estaba la sala de conferencias. La negociación con los húngaros no iba a ser sencilla, a pesar de que se habían preparado durante más de cuatro meses para proporcionarles el mejor plan de inversiones que manejaban en TS2 para fondos que sobrepasaban los dos millones de dólares, en este caso euros. El portafolio de clientes de Ryder era sólido, además de que tenía el respaldo de su imbatible reputación profesional.

Una vez en su oficina, él dejó el maletín de cuero a un lado, sacó su portátil y empezó a dirigirse hacia la sala de reuniones. En el camino, la vicepresidenta de negocios se acercó a saludarlo, y posteriormente acompañarlo hacia el mismo destino.

—Todos los sistemas operativos fueron actualizados para la simulación que pediste —dijo Becca—. Entrarán en funcionamiento una vez que lo decidas. Entregamos hace pocos minutos una portátil a cada uno de los cinco representantes de Larmanne S.A., para así no darles opción a distraerse.

Él asintió, complacido, aunque no lo demostraba. Siempre disfrutaba poniendo a prueba a su personal, porque no le gustaba conformarse. Su inquietud por abarcar más conocimientos era inherente a su personalidad, y por eso procuraba saber al dedillo detalles importantes de quienes lo rodeaban. Esto último se aplicaba tan solo a su círculo de colaboradores más cercano: vicepresidentes corporativos, asistentes ejecutivas de altos rangos, y gerentes generales. La información era poder, y aquella que resultaba valiosa, todavía más.

Una de las políticas bajo las cuales se fundamentó la creación de TS2 era la diversidad de género en los cargos gerenciales, y siempre basándose en mérito por resultados en la compañía. Si querían pertenecer a TS2 era indispensable que los candidatos tuviesen una hoja de vida profesional impecable.

Los errores eran admitidos, pero a la segunda equivocación lo que el ejecutivo encontraba en su correo electrónico era la solicitud de vaciar el escritorio y reportarse con recursos humanos. No existía empatía con los números, porque estos eran directos y sin opción a ligerezas, tal como Ryder.

—Cerraremos el acuerdo por cuarenta millones de dólares en la proyección de ganancias para TS2 —dijo él a su vicepresidenta de negocios—, y así aumentaremos el margen anual previsto. Becca, necesito urgente una nueva asistente.

—Por supuesto, aunque la última no te duró más de cuatro meses.

—La eficiencia y la corrupción no pueden ir de la mano —replicó con dureza.

—Concuerdo, Ryder, tomaste la decisión acertada. Una lástima que todo este desastre haya ocurrido en medio de negociaciones tan importantes.

Él asintió, haciendo una mueca, cabreado por haber considerado suficiente el veto positivo del gerente de recursos humanos. Tanto este último, como Natasha, estaban fuera de la compañía. La corrupción era el cáncer de cualquier sitio, y para Ryder daba igual en qué circunstancia ocurriese, le parecía inadmisible.

—Acepto recomendaciones, porque no creo que pueda pasar más de cuatro días sin alguien que coordine mi oficina y todo lo que mi cargo implica.

Becca se acomodó el pendiente de oro de la oreja. Aquel era un gesto inconsciente que solía aplicar cada que estaba pensando algo.

—La verdad es que mi nueva asistente, Daisy, es un cielo. No tuve oportunidad de presentártela, pero lo haré pronto. Aunque, dada tu reputación de tirano, pues no creo que le haga gracia trabajar para ti.

—Ja-Ja. Confío en tu criterio, ¿puedo contar contigo para encontrarme un asistente ejecutivo lo antes posible?

—Claro… Dame un margen de dos días, asumo que no querrás que pase esta vez por recursos humanos como veto final —dijo Becca.

—Me fiaré de tu criterio, porque no tengo tiempo para tolerar procesos largos.

—¿Quieres una universidad de la Ivy League? —preguntó ella con cautela.

Ryder no era esnob, aunque sabía apreciar una buena preparación académica, a pesar de que no siempre garantizaba que el candidato o candidata fuese tan inteligente como el título universitario acreditaba. Aquella era la realidad.

—Esta vez prefiero que tenga recomendaciones que avalen su experiencia o expedientes académicos que certifiquen su inteligencia. Me da lo mismo si es una institución de la Ivy League o no —replicó—. Por ahora me interesa enfocarme en la reunión que está a punto de comenzar y que será el precedente a la que tengo en la tarde. No tengo cabeza para otra cosa, así que lo dejo en tus manos. —Becca asintió —. El jeque Dafah Al-Kajar, Sultán de Balgratva, nos espera en el Hotel Plaza a las cinco de la tarde, y no se admite ningún margen de error. Queda claro, ¿verdad?

Ella reparó en las oficinas alrededor, que eran pocas en el piso de Ryder, incluida la suya. Todas estaban vacías. Aquello implicaba que todos los que eran indispensables en la junta ya estaban reunidos. Tanto el CEO como ella, cuando tenían proyectos en conjunto, solían ser a propósito los últimos en llegar.

Les gustaba sentar el mensaje sutil de que, a pesar de que los posibles clientes tenían el dinero, TS2 decidía —daba igual si era o no cierto— si aceptaba en su portafolio de inversionistas nuevos miembros. Jamás era una buena estrategia dejar saber a los millonarios que eran importantes o necesarios, porque en ese caso ya se podía dar por perdido el margen de ganancia que TS2 pretendía lograr al cerrarse el acuerdo. El cerebro humano era bastante simple.

—El jeque quedará complacido con la propuesta para invertir en los pozos petroleros de Noruega, además está todo bien calculado desde el punto de vista de conservación del medio ambiente. No creo que ningún gestor de fondos de inversiones haya considerado ese gran detalle, como lo hemos hecho nosotros para él, en una propuesta inicial. Son doscientos millones de dólares que estamos buscando ingresar en nuestro portafolio. Me parece impresionante, Ryder.

—Nos abrirá el mercado de Oriente Medio.

—Por supuesto, y eso que todavía quedan algunas horas, así que podemos repasar los detalles adicionales más tarde.

—Estoy de acuerdo —acordó Ryder.

—Por cierto, tu hermano, como abogado principal, recomendó que no fijaras términos con el jeque hasta que él haya revisado las posibilidades. Hay que darle a Dereck una consideración especial —miró a través del vidrio al hermano menor de la dupla Toussaint que estaba sentado en la cabecera opuesta a la que ocuparía Ryder en breve—, mira nada más, llegó temprano. Creo que le prometiste una bonificación para este gran paso —rio por lo bajo, mientras el CEO de TS2 le abría la puerta de vidrio para que entrasen en la sala ya ocupada al completo, salvo los dos asientos que a ellos les correspondía.

La vista a la ciudad desde ese piso estaba tenuemente difusa, debido a la lluvia que caía en esos instantes, pero durante los días en que el cielo estaba despejado era fabulosa. El costo del edificio había sido colosal, no solo por la estratégica ubicación, sino por el número de pisos que contaban con una estructura antisísmica, decoración base realizada por los mejores profesionales del país, así como servicios de tecnología de punta y de limpieza de planta. No todos los pisos eran de TS2, tan solo doce de los cincuenta; el resto estaba alquilado a otras compañías que no tenían nada que ver con los negocios de los hermanos Toussaint.

—El muy cretino —murmuró con una sonrisa de soslayo. Dereck, como segundo a bordo en capital de inversión, tenía la tendencia a llegar a las reuniones cuando se le daba la gana. Sin embargo, su trabajo como abogado era impecable y había salvado a Ryder de algunas catástrofes—. Si no fuese porque es brillante en lo que hace, ya le habría comprado su parte de nuestra empresa.

La mujer de cabellos negros y elegante forma de vestir meneó la cabeza, al tiempo que la puerta de vidrio se cerraba tras ella.

—Hacen una buena dupla; cada cual a su modo.

—Debe ser que eres la única en esta compañía que tiene corazón.

—Tu corazón debe latir en algún momento y no solo por negocios, Ryder.

Con cincuenta y cinco años de edad, Becca Hart, había perdido la capacidad de tragarse sus pensamientos, y en esos instantes era preciso enfocarse en la negociación que tenían por delante. Apreciaba mucho a su jefe, y sabía que detrás de esa fachada de tirano existía un hombre muy solo. Incontables ocasiones intentó llevarlo a las cenas de Navidad de su propia familia, incluso le pidió que llevara a su madre, Edith, pero Ryder siempre rehusó con amabilidad.

Tal vez era su corazón maternal el que intentaba que ese muchacho se abriera un poco a la vida que estaba lejos de los números y las ambiciones. Le pagaban un salario generoso con bonificaciones y acceso a privilegiados contactos sociales de los que sus hijos se habían beneficiado, así como su esposo que era constructor.

Ella llevaba en TS2 desde que esta se inició, ocho años atrás, y aportaba con sus conocimientos invaluables que le daban dos décadas de experiencia en el mercado. Conoció a Ryder en Wall Street, y fue quien lo animó a abrirse camino para gestionar fondos de inversiones por cuenta propia. Desde entonces, la sólida relación profesional de ambos tomó un rumbo más firme.

—En el Infierno de seguro —murmuró con acidez.

—Por algo se empieza —replicó Becca, antes de estrechar la mano de los integrantes de la mesa de negocios.

Con paneles de madera en el fondo, como único elemento clásico en medio de una decoración más bien minimalista y confortable, así como una pantalla especial para proyección, aparatos de comunicación para teleconferencias en el centro de la mesa con doce puestos, la sala de juntas era muy elegante. Todos los elementos posibles que pudieran requerirse en reuniones donde se negociaban cientos de millones de dólares y euros como si fueran bagatelas del día a día estaban presentes. Cada persona ajena a la compañía tenía un flamante bolígrafo Montblanc, como detalle que TS2 obsequiaba, frente a ellos. Un detalle costoso, claro que sí,

aunque comparado con la loca cantidad de dinero que se manejaba, no era nada.

—Buenos días —dijo Ryder cuando todo estuvo a punto para empezar la reunión—, muchas gracias por estar aquí.

Los empresarios húngaros asintieron con una sonrisa que era más bien tensa. Imposible culparles cuando el hombre que tenían como anfitrión podía triplicar los porcentajes de ganancias de su ya ostentosa cuenta bancaria. El manejo de fondos financieros era todo un entramado de estrategias que tan solo una mente brillante, pero visionaria, era capaz de desentrañar para llegar al punto más importante: entender los algoritmos que, a corto o largo plazo, producirían rentabilidad en diferentes clases de inversiones de alto y bajo riesgo.

—Procuraré que vuestro tiempo merezca la pena —continuó Ryder —, pues el beneficio de un plan económico idóneo será mutuo…



Tres horas más tarde, los elegantes dedos masculinos de Ryder agarraron la taza de café que acababa de dejar una de las camareras de la cafetería de la compañía en el piso quince. La idea de delegarle a una asistente ejecutiva que le llevara una bebida, le parecía absurdo; él pagaba por resultados de carácter corporativo, más no para saber comprobar si la cantidad de azúcar que le agregaban a su café era perfecta.

¿Acaso no era abuso laboral pedirle a una persona académicamente preparada que se encargara de entregar café? A él, sí se lo parecía, en especial cuando tenía millones de dólares para contratar una compañía de catering que proveía bebidas, snacks, y almuerzos a todo el staff de TS2.

Los correos electrónicos continuaban llenando la bandeja de entrada, y acumulándose, porque él no tenía tiempo de responderlos

todos. La gran mayoría de las solicitudes eran naderías que poco tenían que ver con su trabajo real: manejar números, porcentajes, probabilidades, algoritmos, tasas de interés, y demás, así que la partida de su anterior asistente era un gran desastre. Su hermano iba a encargarse de liquidar los detalles legales sobre Natasha, y también de Brandon.

Si algo lo desquiciaba a Ryder era que sus subalternos lo defraudaran, porque aplicaba especial empeño en rodearse del personal profesional más eficiente y preparado. Sabía que los márgenes de errores existían, pero con las finanzas solían ser previsibles o salvables. Odiaba que los seres humanos fuesen tan volubles. No se llegaba a la cúspide de una compañía por permitirse emociones absurdas.

Si las personas fuesen tan solo números en el sistema —como eran percibidas en las instituciones de los gobiernos—, la vida sería más fácil de sobrellevar. Quizá en ese detalle consistía la gran diferencia entre él y su hermano. Dereck era igual de cínico, pero poseía empatía y con ello aportaba la cuota de calidez en la toma de decisiones. Algunos adversarios solían confundir la personalidad desenfadada e informal de Dereck con descuido o estupidez, y era entonces cuando su hermano los aplastaba en los tribunales. Él era un abogado letal cuando creía en una causa.

Ryder movió la cabeza de un lado a otro. El cuello empezaba a dolerle más de lo usual y eso implicaba que la postura que debía mantener, y que le recomendaron los fisioterapeutas después del accidente que tuvo, no era la adecuada. Hizo un par de estiramientos en la silla, y cuando creyó que estaba un poco mejor, volvió su atención a la pantalla que tenía enfrente.

Tal como previó, los húngaros firmaron el contrato con TS2.

El triunfo de cada gestión provocaba en él un corrientazo de adrenalina. La única forma de canalizar la euforia era en el gimnasio o en la cama con alguna mujer que conocía en Tinder o incluso en un bar de alta sociedad que sabía que era discreto. Sin embargo, en esta ocasión, el día todavía estaba en su punto más complejo en

materia de trabajo, así que tendría que postergar su búsqueda de desfogue personal.

El día a día estaba perfectamente estructurado, tal como le gustaba todo. No le gustaban las sorpresas. Su rutina empezaba a las cinco de la madrugada en el gimnasio, y luego desayunaba sustanciosamente para tener suficiente fuerza y así lograr soportar a los imbéciles, y tolerar a los que no lo eran… del todo. Ryder se sentía muy cómodo en ese mundo que con esfuerzo había creado y en el que, al igual que otros magnates, ahora ejercía gran influencia.

Ryder estaba a punto de devolver la llamada a un colega en Dubai, para testear si había o no algún comentario que pudiera servirle durante su reunión con el jeque esa tarde, cuando la puerta de su oficina se abrió de repente. Desistió de la llamada y frunció el ceño. La expresión de preocupación en Becca lo puso en alerta. No era usual que ella perdiese la calma en su semblante.

—¿Qué ocurre? —le preguntó fijando su atención en la mujer.

—Tengo una pésima noticia. Tu antigua asistente terminó de hacer una estupidez como despedida. —Él enarcó las cejas—. La reunión con el jeque Dafah es dentro de una hora, no dentro de tres o cuatro, lo acabo de confirmar porque me llamó mi contraparte en el equipo de trabajo del jeque para preguntarme un par de cosas, al final comentó que me vería dentro de una hora con el resto de la comitiva de Emiratos Árabes Unidos que está en Nueva York para esta junta. Natasha cambió los horarios de la reunión de hoy en la agenda electrónica de todo el staff y pudo hacerlo porque mantenía el acceso a tu agenda y servidor.

—Maldita sea —replicó incorporándose, mientras agarraba la chaqueta y la portátil—. Tenemos sesenta minutos para llegar, y cuando esto termine me encargaré que ningún jodido dueño de las Fortune 500 contrate a esa incompetente ladrona.

Becca, agitada por todo ese desafortunado escenario, tan solo asintió.

—Mi chofer está esperándome abajo, Ryder, ¿vienes conmigo o con Paul?

«Ostras, mandé a Paul a la revisión del Tesla confiándome en el horario planeado para este día», pensó él de mala gana. Iba a utilizar su convertible, el cual solía tener en el garaje del edificio por si le apetecía largarse solo a la playa o si ya salía demasiado tarde y prefería reflexionar a solas, camino a casa, sobre alguna situación de trabajo. En esta ocasión le venía fenomenal tener su Porsche disponible.

—No creo que tolere que otra persona lleve el mando ni siquiera de mi automóvil, nos vemos allá. Así me dará tiempo de calmarme en el camino. Pídeles a todos que vayan al Hotel Plaza, inmediatamente, y me da igual si tienen que contratar una puñetera flota de taxis.

—Como vicepresidenta de negocios, el manejar crisis es parte de mi trabajo. Wall Street, ¿recuerdas? —dijo tratando de aligerar la tensión que se respiraba en el piso cuarenta y cinco—. Todos los del staff están avisados. Nos vemos en breve.

Él tan solo asintió.

—Joder —murmuró Ryder, una vez solo, picando el botón del elevador privado. No estaba cabreado, sino furioso.

Podía ignorar cualquier aspecto de su vida personal que lo contrariase, pero no de sus negocios. La certeza de tener el control de lo que proponía y conseguía con su cerebro era el motor que lo impulsaba a despertarse con ánimo para luchar en la jungla corporativa. Después del estúpido error de haberse casado con Prue, su corazón solo servía para mantenerlo vivo, más no para sentir emociones.

Más le valía a cualquiera que se cruzara en su camino que no obstaculizara el paso, porque no iba a responder por las consecuencias. El trato con el jeque era medular para su plan empresarial y no iba a perderlo. Sesenta minutos eran suficientes para sortear el tráfico de Manhattan y llegar al Hotel Plaza.

El motor de su Porsche rugió con la sutileza de un ronroneo y en pocos instantes estuvo en la calle. La aguanieve era peligrosa, así que le parecía indispensable mantener la cabeza fría, por más cabreado que estuviese. El jeque Dafah era terminante, y nadie lo dejaba plantado ni lo hacía esperar. No se podía esperar menos, pues era miembro de la realeza árabe.

Ryder no pretendía dar ni un paso en falso, porque sentaría un precedente fatídico para cualquier tenue posibilidad de llegar a Oriente Medio como potencial administrador e inversor de capitales privados. La palabra del jeque marcaría un antes y un después en su carrera.

A pocas calles antes de alcanzar la curva que lo llevaría a su destino final ocurrió lo impensado. Como si se tratara de una película en cámara lenta, Ryder vio el momento exacto en el que un automóvil parecía salido de la nada y se precipitaba contra el costado del pasajero de su Porsche. Frenando a raya, el único recurso que sus reflejos le permitieron en esos nanosegundos soltó una maldición porque no creía que pudiera sobrevivir al impacto.

CAPÍTULO 2

El edificio en el que vivía Julianne, desde hacía tres años, poseía un carácter familiar, elegante, aunque sin los excesos del bullicio que podían encontrarse en áreas más transitadas por turistas. Cuando encontró el estudio de treinta metros cuadrados creyó que la suerte le sonreía sin trucos de por medio. Hasta el momento no podía quejarse, en especial porque su estudio tenía la renta más barata con relación a la de otros inquilinos. El precio estaba relacionado con el tamaño de cada unidad, claro.

Debido al exceso de recién graduados de todas partes del mundo que añoraban vivir en Nueva York, encontrar un nuevo empleo era una batalla diaria. Tan solo le faltaba agregar pegatinas de colores y hacer una animación en 3D con su hoja de vida, para llamar la atención en su perfil. En su último puesto de trabajo, ella fue parte del recorte de staff que se realizó porque la compañía era pequeña, el asunto presupuestario se volvió insostenible para la paga de la nómina.

Al menos había agregado esa breve experiencia laboral como secretaria en la gerencia comercial de Construcciones Porter en su currículum, y era un referente. Claro, no había quemado sus pestañas para ejercer como secretaria, y tampoco se hallaba en la postura de rechazar oportunidades cuando apenas iniciaba su intención de forjar una trayectoria. Si encontraba una vacante en una empresa y tenía relación con su título de administración de negocios, entonces la tomaba, así de simple.

Su jefa, Chantelle, la ayudó a poner en práctica lo aprendido en la universidad. Esto último fue una ganancia en sí misma, en especial considerando que muchos ocupantes de cargos altos en las compañías solían ser egoístas. Ese no fue el caso con Chantelle Richards. Antes de marcharse, le entregaron a Julianne una carta de

recomendación por sus casi tres años en la empresa, además de un paquete de liquidación financiera que estaba evaporándose con más celeridad cada día.

Llevaba dos meses sin encontrar trabajo.

Aún no le había comentado a sus padres, Amanda y Darren, la mala noticia. De hecho, continuaba enviándoles dinero para ayudar con los gastos que generaba la granja familiar en Louisville, su ciudad natal en el Estado de Kentucky. Julianne no quería preocuparlos, menos cuando la casa-granja había sido hipotecada por segunda ocasión cuando tuvieron que pagar las facturas del tratamiento médico que salvó a su padre de la leucemia, años atrás.

Los ciento ochenta acres de propiedad requerían mantenimiento para continuar la cosecha cíclica de maíz, soja, heno. Además, el flujo de capital debía ser constante para invertir en la elaboración de sus productos lácteos artesanales. ¿Cómo podría Julianne no ayudarlos? Sus padres, conscientes del inmenso trabajo que implicaba el negocio, aceptaban a regañadientes la ayuda económica de sus hijos.

En la sencilla tienda familiar de la granja, Sweet & Sour, se vendían mermeladas, quesos, yogurt, dulces, aparte de otros abastos, y era conocida alrededor de la ciudad por la excelente calidad de los productos que solo podían conseguirse visitando Granja Clarence. La tienda estaba ubicada a pocos metros de la entrada principal y poseía zona de parqueo. Julianne había sido la encargada de ser la cajera y manejar la atención al cliente desde la adolescencia; fue cuando descubrió la pasión por la administración de negocios y decidió que estudiaría eso en la universidad.

Darren y Amanda tenían un temple de acero, porque a pesar de que Oliver —su hermano mayor— estaba enlistado en las Fuerzas Armadas y desplegado en una localidad desconocida de Oriente Medio, se mantenían optimistas. No era fácil tener un integrante de la familia en la milicia. Julianne echaba en falta ver a todos sus seres queridos reunidos, y esperaba con ansias los festivos para volar a

Louisville, pero sabía que regresar a vivir a Kentucky no estaba dentro de sus opciones.

Si algo aprendió trabajando en la granja —aparte de ordeñar, limpiar establos, cosechar y dar mantenimiento a los envases en que comían los animales— era a no dejar de lado sus responsabilidades hasta que su cuerpo estuviera cansado, pero su espíritu satisfecho. Aplicaba esos principios también para sobrevivir anímicamente en una ciudad como Nueva York, que no era solo abrupta y fantástica, sino muy solitaria a pesar del bullicio del entorno.

El salario de Julianne había sido muy bueno en Construcciones Porter, así que necesitaba encontrar una posición con una remuneración similar o superior. El gran problema era que todos los gastos debían ser cubiertos mes a mes.

Después de ducharse y darle de comer a Pirata, su gato negro con beige, escuchó la melodía de su móvil. Frenética, porque estaba esperando la llamada de Phoebe, su mejor amiga, desordenó todo hasta que dio con el aparato bajo uno de los cojines de su sofá gris. Con un resoplido agarró el teléfono.

—¡Salió negativo! —gritó Phoebe, eufórica a modo de saludo—. Jules —dijo llamándola con el apelativo que usaban todos sus amigos—, qué susto el que he pasado. Max estaba pálido en la videollamada cuando le dije que me haría la prueba. Tan solo le volvieron los colores al rostro cuando supo que no tendría que postergar toda su rutina para incluir un nuevo integrante de la familia.

—Ufff —exhaló Julianne cerrando los ojos—, no sé cómo resistes la tensión de esperar esos minutos hasta que la prueba de embarazo te dé el resultado. Y Max en Canadá nada menos, a punto de firmar el contrato de su vida, y tú le sales con estas noticias. De verdad, el hombre debe amarte. Siempre tienes alguna situación para ponerle contra las cuerdas.

Phoebe soltó una carcajada.

—Tenemos un bebé que adoramos, y la posibilidad de otro en la mitad de un cambio de casa sería una hecatombe. Quiero ser mamá de nuevo, pero no todavía. Esto me da un respiro y una bofetada al mismo tiempo para ir con más calma.

Julianne meneó la cabeza y se rió con suavidad. Su mejor amiga era chispeante, alegre, atrevida y carismática. El hecho de que era una diseñadora de interiores, con clientes que pagaban muchísima pasta para que ella personalizara la decoración de millonarias propiedades en Manhattan, que ostentaba sin pretensiones un portafolio profesional muy vistoso siendo tan joven, pues era de aplaudirse.

—Envidio que tu vida sexual, con tres años de casada, siga siendo tan interesante como el primer año de novios. Creo que pocas tienen la suerte de experimentar eso llamado "amor a primera vista", así que ten un poco de compasión por el resto de los mortales, Phoebe —dijo bromeando—. Debo decir que me gusta la idea de ser madre algún día, pero de momento me conformo con tener sobrinos.

El sonido del llanto de un bebé en el fondo dejaba en firme que, si el pequeño Kiernan estaba ya despierto, su madre y la mejor amiga de esta no podrían cotillear. No era la primera vez, después de todo el nene tenía solo un año y medio.

A diferencia de Phoebe Nielsson, Julianne siempre supo que antes de tener hijos necesitaba consolidarse en algo que la apasionara. Y estar sin empleo no era precisamente su concepto de éxito profesional a sus veinticuatro años. ¿Qué clase de madre sería si vertía sus emociones de sueños frustrados en sus hijos? Conocía muchos casos de esos y los traumas que venían enlazados. Ella no pretendía sumar en esas estadísticas sociológicas.

—Te he presentado al menos dos amigos de Max, y siempre pones excusas después de la primera cita. No te culpo, me he equivocado con algunos, pero tampoco es que hubieran sido catastróficas elecciones, Jules.

Julianne soltó una exhalación y acomodó mejor el trasero sobre el sofá. El tiempo invertido en sus estudios apenas le dio la posibilidad

de salir con chicos. Tenía muy claro que abrir su propia compañía de asesoría de negocios era una prioridad, y no lograría su cometido si se dedicaba a ir de fiesta en fiesta o de cama en cama. Sabía cómo divertirse, claro que sí, pero llevaba claro su objetivo.

Después del fiasco con su exnovio diez meses atrás, ella no tenía intención de involucrarse sentimentalmente con nadie. El muy cretino, después de serle infiel, tuvo el descaro de decirle que la culpable era ella. Julianne no tenía inclinación a dejar pasar las afrentas por estar o no enamorada; daba lo mismo que Blake le hubiera propuesto matrimonio tres meses antes de que ella lo pillara con el pene en la boca de la secretaria de la oficina en la que ejercía como abogado criminalista. El amor no justificaba dejar pasar las mentiras. Además, para ella el respeto de una mujer empezaba por sí misma, y hacer la vista gorda con un hombre infiel era atentar contra ese principio.

Por otra parte, Julianne tenía el ejemplo del vínculo de sus padres: un matrimonio que llevaba cuarenta años de vigencia, con altos y bajos, pero jamás con infidelidades. Aquel referente dejaba el listón alto para sus relaciones sentimentales. Por eso, perdonar una traición tan grande como la de Blake no fue una opción. Merecía amor, y no iba a conformarse con menos. ¿Acostarse con alguien solo por placer? Lo había hecho una o dos ocasiones. De eso aprendió que el vacío que dejaban en su cama, y daba lo mismo si era o no buen sexo, no solo era físico.

—Bueno, quiero sexo, pero también algo más en el departamento emocional, Phoebe. Desesperada no estoy. Que si tengo urgencia está Thor.

Phoebe soltó una risotada, mientras agarraba a su bebé en brazos para acunarlo. La experiencia del parto fue dolorosa, aunque jamás podría arrepentirse cada que conectaba con la mirada pura de amor incondicional que le brindaba Kiernan.

—Tu vibrador nada menos, mira ¡qué pesar contigo, Jules! —dijo en tono bromista, y dándole palmaditas suaves en la espalda a su

hijo—. Sé que Blake te hizo una jugarreta, pero es injusto tratar a todos los prospectos como potenciales infieles.

—Lo sé, Phoebe… A veces es inconsciente.

—Trabaja en ello, aceptando mis próximas ideas como Cupido.

—Ja-ja-ja. Paso.

Phoebe esbozó una sonrisa.

—En todo caso, Jules, no dudes que te presentaré otro candidato que esté buscando algo más que sexo de una noche. Lo prometo. Además de mi gran noticia sobre el no-embarazo —rio—, te tengo una información muy interesante.

—¡Cuéntame! —exclamó, feliz de dejar de lado el tema de parejas. Su amiga, a quien conocía desde que ambas salieron de Kentucky para forjarse una vida en Nueva York, podía llegar a ser muy persistente.

—Una clienta me ha dicho que necesita orientación para elaborar una guía de ruta con un nuevo negocio que tiene en mente. Me pidió recomendaciones, y de inmediato le di tu nombre. ¿Cómo estás de tiempo hoy?

—Tengo que hablar con mi casera, pero aparte de eso estoy libre.

—Debra Michaels, mi clienta, es la gerente de bebidas y alimentos en el Hotel Plaza. ¿Puedes reunirte con ella? Sé que no es tu idea de empleo el dar asesoría, sino que buscas manejar fondos pequeños de capitales, y sé que lo vas a lograr en algún momento, pero Jules, antes de que digas no, si Debra te contrata, pues esta sería una manera de salir del bache hasta que llegue algo mejor.

Julianne esbozó una sonrisa y se incorporó del sofá.

—Claro que estoy interesada, ya sabes que jamás rechazo las oportunidades.

—Sí, pero como sé cuán enfocada eres cuando buscas algo…

—Lo que no es equivalente a ser tonta. Los que necesitan no pueden hacerse de rogar. Y yo necesito un jodido empleo lo antes

posible. ¿Te dejó saber tu clienta algún detalle sobre el negocio que tiene en mente?

—La idea de Debra es crear una línea de cosméticos ecológicos, algo pequeño y personal, pero necesita la orientación adecuada. No quiere dejar su trabajo en el Plaza, aunque sí explorar este proyecto que, según me contó, lo lleva en mente desde hace ya bastante tiempo. Es todo lo que alcanzó a decirme.

—La llamaré de inmediato. Gracias, Phoebe.

El bebé empezó a quedarse dormido en brazos de su madre, aunque esta sabía que el descanso le duraría poco. Pronto le tocaba el biberón.

—Te acabo de enviar la información de ella. —El sonido de mensaje recibido sonó en el móvil de Julianne—. Jules, déjame saber cómo va todo. ¿Vale?

—Seguro que sí, nos vemos la próxima semana para el cumpleaños sorpresa de Max. Ojalá todo salga bien en Canadá con él. ¡Eres la mejor amiga del mundo!

—Lo sé. —Ambas se rieron—. Ahora iré a preparar el biberón de tu ahijado.



Julianne llamó a Debra y acordaron reunirse esa tarde en el lobby del Hotel Plaza. Le quedaban un par de horas libres, así que iba a aprovecharlas para hablar con la dueña del edificio, Renée Winchester. La señora le extendió el plazo de pago de la renta cuando Julianne le comentó que estaba desempleada, y por eso quería compensar la generosidad.

Sabía que las personas que más dinero poseían eran menos propensas a ser flexibles en asuntos monetarios, y eso hacía que valorara más el gesto de Renée.

Se calzó unas botas altas de tacón que compró en rebajas, era así como conseguía gran parte de su guardarropa de diseñador, que eran Gianvito Rossi. Se recogió el cabello negro azabache en una coleta alta. Llevaba un jean oscuro ajustado, y una blusa con cuello alto que hacía juego con el tono de sus ojos azul cielo.

La chaqueta larga para el frío, así como la bufanda y los guantes, los dejó sobre el sofá antes de salir de su estudio. Apenas regresara del piso de Renée, sabía que la mujer disfrutaba de las largas charlas, estaría a tiempo para ir hacia su reunión en el Plaza. Le hizo mimos a su gato, y cuando este ronroneó varias veces, Julianne se quedó tranquila. Pirata era una mascota muy engreída y adorable.

Salió al pasillo y se dirigió hacia los elevadores.

—Me alegra que seas puntual, hoy tengo muchas actividades —dijo Renée con una sonrisa abriendo la puerta de madera oscura—. Pasa, por favor.

La muchacha asintió con suavidad. El tono de voz de la casera era gentil, aunque distante. Por lo general parecía mantener una barrera emocional, al menos así era durante las ocasiones en que se llevaban a cabo las reuniones de inquilinos una vez cada cinco meses, aunque con Julianne parecía más abierta en su conversación.

—Aprecio que me recibieras.

—No hay problema.

Con el cabello tinturado de gris platino, peinado con mimo con una sutil raya a un lado; ataviada una falda larga y una blusa de seda, Renée era una mujer elegante. Aquella era la segunda ocasión que Julianne entraba en la casa de la mujer. La primera fue al firmar el contrato de arrendamiento.

El penthouse ofrecía una vista espectacular a la ciudad, y a pesar de que toda la infraestructura estaba hecha de materiales de primera categoría, no parecía ostentoso. El entorno tenía toques que creaban calidez e invitaba a sentirse en casa.

—Toma asiento, mientras Harriet trae el té —replicó Renée, haciéndole un gesto con la mano para que se acomodara en uno de

los dos sofás grandes color café—. Ahora, sí, cuéntame en qué puedo ayudarte.

Julianne sonrió.

—Ya lo has hecho al aplazarme el pago del alquiler, pero me gustaría compensártelo de algún modo. Es ese el motivo por el que pedí verte.

Renée elevó ligeramente ambas cejas.

—Ese es un gesto muy noble de tu parte, aunque no hace falta que compenses nada. Alguna vez, durante algunos años, mi vida pendía de un salario mísero. No siempre he sido una persona adinerada. Cuando las cosas no van bien para alguien y puedo ayudar, como en este caso, lo hago sin esperar algo a cambio —dijo con amabilidad—. Dicho lo anterior, y ya que hemos quedado para esta pequeña reunión, sería una grosería de mi parte no escucharte.

Julianne asintió con una sonrisa.

Renée era una mujer con modales propios de personas con educación, y que al mismo tiempo eran educadas; ambas características no solían ir de la mano. También poseía la capacidad de ser un camaleón, pues jamás parecía fuera de sitio y daba igual la edad de sus interlocutores. Ella adaptaba con perfecta naturalidad su interacción a cualquier tipo de persona que estuviera a su lado.

Las personas que vivían en el edificio sabían que la dueña era viuda y tenía dos hijos que se preocupaban mucho por ella. No solo eso, sino que el nombre Winchester se reconocía como uno de los mayores donantes en campañas filantrópicas de misiones humanitarias en países de África.

—Gracias… —se aclaró la garganta—, tengo una maestría en negocios, Renée, y según me comentaste hace poco, has considerado lanzar una línea de ropa especial para mascotas y accesorios de cuidado especial para ellas. Yo puedo ayudarte a crear la estrategia de negocios, la ruta de aplicación con calendario y presupuestos estimados e incluso hacer el perfil de los inversionistas

para este tipo específico de operación si acaso los llegases a requerir.

Renée esperó a que Harriet sirviera el té, y una vez que cada una tuvo su taza en mano, procedió a beber un pequeño sorbo. El sabor que prefería era Darjeelin.

—Es bastante refrescante saber que algunas personas prestan atención a las conversaciones breves —sonrió—, Julianne. Efectivamente, aun tengo esa idea en mente, porque me gustan muchos los animales, pero debido a mis alergias no puedo tenerlos conmigo. Me gustaría tener un inversionista o dos que no tengan que ser mis hijos —se rió bajito—, pero de ese asunto me encargo yo. Sin embargo, acepto tu ayuda para el plan de negocios e incluso hablaríamos de que seas tú quien lo administre cuando yo esté fuera de la ciudad por viajes o eventualidades. Mis ideas, por lo general, no se quedan en concepciones creativas; ahora que tengo la posibilidad procuro siempre concretarlas. Lo cierto es que has llegado en un momento idóneo, porque dentro de nueve días pensaba reunirme con alguien que ya ha hecho proyectos para mí y mi familia, pero quiero ver un punto de vista diferente y creo que el tuyo será más que bienvenido.

Julianne asintió complacida de poder ayudar.

—Suena estupendo —replicó dejando la taza sobre la mesita de centro. Enlazó las manos sobre el regazo—. Hoy tengo una entrevista de trabajo, y espero conseguir el empleo, así me permitirá estar al día con el alquiler de mi estudio.

—Te dije que no tengo prisa, y has sido una buena arrendataria, así que puedo esperar un par de meses.

Julianne meneó la cabeza. La posibilidad de acumular más la renta le parecía horrorosa, porque además de sus préstamos de la universidad lo que menos deseaba era incrementar el valor que le adeudaba a Renée.

—La idea es no quedarte mal, ni continuar viviendo a base de ramen —dijo con una risa, aunque era precisamente ese su alimento

base los últimos meses—. Mi oferta no tiene ningún costo, que lo sepas, Renée. Por Dios, imagínate qué descarada tendría que ser para decir que quiero ayudarte y luego pedirte una paga.

Renée, con la espalda siempre erguida en una postura regia, inclinó la cabeza un poco, mirando a su interlocutora.

—Julianne, no puedes obsequiar tu trabajo, porque las personas se mal habitúan y luego se te hará difícil decir no. Todo es costumbre, incluso aprender a darle valor a tu tiempo, ¿queda claro? Es un consejo no pedido de una mujer que lleva en el planeta más años que tú —dijo con suavidad.

—Pero…

—No, no, déjame terminar. —Julianne cerró la boca—. Acepto tu ayuda, porque entiendo que es un gesto que surge de tu generosidad, pero voy a pagarte lo mismo que le pagaría a cualquier profesional con tus credenciales. El tiempo es dinero, muchacha. Yo no estoy dejando de cobrarte la renta, tan solo he aplazado sin intereses el cobro; jamás entregues más de lo que recibes.

—Vaya… Llevas razón en lo que me dices, Renée. Quizá deba venir a charlar contigo más a menudo.

Renée se rió.

—Escucha, si no me gusta lo que haces, te lo diré; no seré indulgente. Como te he dicho, no quiero que retribuyas regalándome nada.

—No esperaría menos, claro que tendrás que decirme si no te gusta algo. Quiero que ese proyecto para mascotas, porque las adoro, sea un éxito. Y lo será.

—Me complace tu optimismo —replicó, mientras observaba con disimulo el reloj que estaba sobre la pared a su derecha—. Creo que eres una muchacha con mucho carácter, y haces lo que sea necesario para sobrevivir. Lo último que podría ofrecerte sería lástima, creo que no eres ese tipo de persona. Me recuerdas un poco a mí cuando era joven. La vida me quitó mucho, pero me entregó a cambio unos hijos de los que estoy muy orgullosa.

A pesar de que Julianne solía toparse con la anciana de vez en cuando, las charlas que sostenían eran encantadoras, aunque breves. Esta era la primera ocasión que revelaba algo sobre su vida personal; por lo general era bastante críptica.

—¿Vienen a visitarte muy seguido? —preguntó con interés.

—Ya quisiera —se rió, meneando la cabeza—. Ese par tiene adicción al trabajo. Un mal que no logro arrancarles. Ahora que he envejecido encuentro la necesidad de decirles a mis hijos que el dinero soluciona muchos problemas; que la ambición lleva lejos; pero sin el soporte de una persona o una familia a tu alrededor, nada vale la pena. Tan solo mi hijo mayor, Nicholas, lo entendió y me ha dado dos preciosos nietos. El caso de Erick es más complicado.

—Seguro pronto encontrará a la persona que le haga cambiar de opinión —replicó llevándose una galleta a la boca. A pesar de que llevaban charlando veinte minutos, a ella le parecía que eran apenas dos.

—Pocos están dispuestos a luchar por el amor cuando lo encuentran. Los jóvenes de ahora tienen unas normas extrañas… —dijo con un tenue atisbo de nostalgia, evocando los recuerdos de su vida con Arnold, su difunto esposo con el que estuvo casada durante treinta y ocho años—. Imagino que soy demasiado vieja y obtusa para intentar entenderlos —terminó.

Julianne reparó en los dos portarretratos que descansaban en la mesita que estaba al lado izquierdo de su anfitriona. Una de las fotografías era en blanco y negro: Renée en el día de su boda. En la otra fotografía estaban dos niños pequeños, imaginaba que eran los dos hijos de su casera, porque se notaba bastante antigua.

—Nah, lo cierto es que a veces a mí me cuesta entender a mi propia generación —se rió—. Da igual el método que utilicemos para tratar de encontrar pareja; nadie escapa de las decepciones —dijo sin evitar la amargura en su voz recordando a su ex—. Nuestra cultura contemporánea del romance está enfocada en lo descartable.

Renée dejó su taza de té vacía sobre la mesita de centro, y se incorporó. Julianne la imitó. El tiempo de charla se había agotado.

—Me gustaría continuar esta conversación, pero pronto debo atender unas diligencias. Ven a verme cuando te sea posible, y coordinamos tu participación en mi nueva línea de negocios. ¿De acuerdo?

—Fantástico —replicó, mientras Renée caminaba con ella hacia la puerta principal—. Estoy segura de que lograremos algo bueno con tu proyecto.

—Buena suerte en tu entrevista de hoy.

—Voy a necesitarla —murmuró, mientras salía del penthouse, con la idea muy clara de que no iba a extender más meses la acumulación de su renta.

Daba igual que Renée le acabase de decir que estaba libre de intereses, y que podía esperarla. A veces la presión que Julianne ejercía sobre sí misma en relación con sus responsabilidades, en especial las financieras, era más fuerte que si tuviese al ejecutivo más atroz del Servicio de Rentas tras ella.

Bajó a su estudio, y durante las siguientes horas previas a la entrevista, organizó su habitación. Aquella era la forma de mitigar la ansiedad o el enojo. Aprovechó para imprimir su hoja de vida, pero tan solo lo hizo cuando sintió que sus nervios estaban apaciguados. A pesar de que ya había enviado su currículum a Debra, por email, Julianne creía que llevarlo en papel era una precaución ante una posible excusa usual: "no lo leí", "no alcancé a leerlo", "seguro está en la carpeta de spam".

No podía echar a perder esa entrevista y dejarle a la tecnología todo el trabajo. ¿Qué si se iba la conexión y su email no llegaba? ¿Qué si de pronto había un apagón en la ciudad? Okeeey… Estaba exagerando un poco, pero es que no solo estaba ante una tabla de salvación potencial, sino que se trataba de una recomendación de Phoebe.

Su mejor amiga, por más de que la quisiera y conociera desde sus primeros años en el Kinder en Louisville, jamás la recomendaría si no confiara plenamente en su capacidad profesional. Prefería cubrir todos los frentes, y eso incluía llevar una mini presentación hipotética de todo lo que podría hacer para el proyecto de Debra si esta decidía contratarla.

Le dio un beso a Pirata, y este maulló antes de ir a esconderse bajo la frazada que Julianne le había comprado. La butaca solitaria de la esquina izquierda de la sala era el sitio preferido en el que ese consentido dormía.

La primera parada, antes de ir a la entrevista, era la gasolinera.

Su automóvil era un Toyota C-HR plateado relativamente nuevo. No necesitaba que fuese cuatro puertas. Tan solo era ella, Pirata cuando iba al veterinario, y sus compras. Procuraba usar el vehículo lo menos posible para evitar el gasto que implicaba ponerlo en circulación; en su vivienda el garaje estaba incluido dentro del alquiler; otro alivio presupuestario. Además de que parquear en Manhattan era una pesadilla y cual más prefería usar el transporte público.

Esta vez, Julianne iba a hacer una excepción e iría en automóvil. Primero porque hacía un frío de cojones y prefería estar calentita todo el tiempo; y segundo, porque Debra le aseguró que, si iba en coche, no tendría que pagar parqueo en el hotel, porque era una cortesía ya que iba a reunirse con ella.

A Julianne le costaba entender cómo el Gobernador de Nueva York de turno parecía perder la perspectiva. Gastaban el presupuesto en chorradas, cuando los neoyorkinos necesitaban a gritos un metro en buenas condiciones. Eso no implicaba solo que funcionara, sino que estuviera libre de hedores, y suciedad. Quizá en otra realidad, ella podría ser una eficiente política en su país.

El panorama esa tarde, aunque con aguanieve alrededor, pintaba estupendo.

Le quedaban pocas calles para llegar, y el teléfono empezó a sonar. Solía dejar el aparato en el asiento del copiloto por si alguna llamada de casa la pillaba; aunque no era una conductora imprudente, la posibilidad de no estar disponible si sus padres tenían noticias de Oliver o si ellos necesitaban algo, la causaba un poco de ansiedad.

El semáforo estaba a punto de cambiar, así que Julianne miró con el rabillo del ojo la pantalla. El número era desconocido. Sabía que podían ser los de telemarketing, así que prefirió ignorarlo. En esas milésimas de segundo, en que enfocaba de nuevo su completa atención a la calle, la luz roja dio paso a la verde. Dudó varios segundos antes de ponerse en movimiento.

Un automóvil que estaba detrás de manera súbita impactó contra el de ella, y su Toyota pareció zigzaguear sobre la calle. Asustada maniobró como pudo para intentar guiar el vehículo, pero en medio de la inestable situación su pie, en lugar de presionar el freno, piso el acelerador de nuevo.

Con un balbuceo incoherente de miedo intentó cambiar su pie hacia el freno, activó el freno de mano, pero era demasiado tarde. El Toyota patinó e impactó contra otro vehículo con fuerza. «Quizá había sido muy apresurado creer que el universo estaba confabulado para darle solo buenas noticias durante ese día».

¿Quieres leer el resto de **PASIÓN IRREVERENTE?** Ya puedes comprar esta novela o leerla GRATIS con Kindle Unlimited.

Este libro pertenece a la Bilogía Sombras

Son 3 libros en total, y cada uno se lee de forma independiente.

Descubre más de la historia de Julianne & Ryder, aquí:

http://mybook.to/PasionIrreverente

Quédate en contacto con Kristel Ralston

FACEBOOK

INSTAGRAM

BLOG

Encuentra todos los libros de Kristel Ralston aquí:

AMAZON

Únete al grupo VIP de lectoras en Facebook:

Entre páginas con Kristel.

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Disponible en las principales plataformas digitales. AppleBooks, Kobo, Scribd, Tolino, El Corte Inglés, La Casa del Libro, Fnac, etc.

Formato papel + audiolibro (Audible).

La mayor parte de las novelas están gratis con Kindle Unlimited vía Amazon.

Trazos de euforia

Detrás de la perfidia

El legado de las dunas.

Al filo de la medianoche.

Placeres furtivos.

Sinuosa tempestad.

Cautivos en la penumbra.

Veneno en tu piel.

Hermosas Cicatrices.

Pasión Irreverente (Bilogía Sombras 1)

Silencio Roto (Bilogía Sombras 1.5)

Pasión Sublime (Bilogía Sombras 2)

Los Mejores Planes

El placer del engaño

Seduciendo al destino

Bajo tus condiciones (Grupo Editorial Planeta)

Hermosas Cicatrices

Regresar a ti (HarperCollins Ibérica – HQÑ)

Lazos de cristal

Entre las arenas del tiempo (Maktub 1) (Papel con Nova Casa Editorial)

Estaba escrito en las estrellas (Maktub 2)

El llamado del desierto (Maktub 3)

Más allá del ocaso

Un capricho del destino

Desafiando al corazón

Un orgullo tonto

Brillo de luna

Oscura redención

Mientras no estabas

El precio del pasado

La venganza equivocada

Si hubiese un mañana

Un hombre de familia

Tentación al amanecer

La última princesa del desierto

El último riesgo (Match Point 1)

Un acuerdo inconveniente (Match Point 2)

Punto de quiere (Match Point 3)

Un desastre perfecto (HarperCollins Ibérica – HQÑ)

Votos de traición.

Antes de medianoche.

Cálido Invierno (Relato corto).

Puedes encontrar a la autora también en **Wattpad** con su usuario: @KREATEB

También tiene cuenta en **Inkspired:** @KristelRalston

SOBRE LA AUTORA



Escritora de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasiona narrar historias en las que un héroe arrogante y obstinado hace todo lo posible para conquistar a la mujer que ama. ¿Enemigos y amantes? ¡Sí, ese es uno de sus temas favoritos a escribir, además de las venganzas entre los protagonistas! La autora disfruta recreando y creando escenarios en diferentes partes del mundo.

Kristel se graduó de periodista, pero optó por dar otro enfoque a su carrera y fue a Europa para estudiar un máster en relaciones públicas. En su estancia académica descubrió su pasión por la narrativa romántica y decidió escribir su primer libro.

En el 2014, Kristel renunció a su trabajo de oficina, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para

dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados 40 títulos y ese número promete continuar en ascenso. La autora no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que ha publicado también con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico HQÑ), y Nova Casa Editorial. Muchas de sus historias pueden encontrarse también en diferentes plataformas digitales de pago, así como en Audible.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y escritora de novela romántica entre los finalistas. Ella también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, con el libro "Bajo tus condiciones", organizado por la Editorial Vestales de Argentina y el blog literario Escribe Romántica. La novela finalmente fue publicada por Grupo Planeta España y Ecuador, en formato papel y digital.

Kristel ha publicado varias novelas como Trazos de euforia, Detrás de la perfidia, El legado de las dunas, Sinuosa tempestad, Veneno en tu piel, Hermosas Cicatrices, Sueños Robados, Seduciendo al Destino, Pasión Irreverente, Pasión Sublime, Silencio Roto, Seduciendo al Destino, El Placer del Engaño, Los Mejores Planes, Tentación al amanecer, Votos de traición, Un hombre de familia, Un desastre perfecto, Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Los libros de Kristel también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán, hindi y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador, Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por

su destacado trabajo literario. En el mismo año participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el estand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México y Monterrey.

Kristel ha sido jurado del Premio Literario Amazon Storyteller en español, ediciones 2020, 2021, 2022, 2023 y 2024. Ella es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. La autora se considera una ciudadana del mundo que disfruta viajando y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices. En 2025 fue reconocida con un doctorado *honoris causa* en Bellas Artes por la Universidad Anglo Hispano Mexicana.

Instagram: @KristelRalston

Grupo VIP de Facebook: Entre Páginas con Kristel

Email: kristelralstonwriter@gmail.com

Web: www.kristel-ralston.com